Premio Planeta 1975 - La gangrena



Salisachs, Mercedes

Produced by calibre 0.6.13

OceanofPDF.com

La gangrena

Mercedes Salisachs

OceanofPDF.com

… un mal que los roe por dentro,

una gangrena que tal vez se llame vivir.

(Frase leída en un libro de ensayo.)

REMEDIOS

OceanofPDF.com

No voy a defenderme: soy culpable. He arrastrado mi culpa desde la infancia. Tal vez por eso, mucho antes de que ocurriera el siniestro yo intuía ya que, algún día, iba a encontrarme en la encrucijada actual.

OceanofPDF.com

Era algo así como una lacra prematura, una prenoción insistente: una de esas ráfagas de aire medio cálido que, al apuntar la primavera, parecen sumergirnos en el verano.

No podría precisar cuándo lo supe con certeza; la evidencia crecía al margen de mi conciencia. Era algo natural dentro de lo más antinatural del mundo. Lo cierto es que, al convertirse en un hecho consumado, ni siquiera me extrañó. Había ocurrido. Estaba allí: con todas las agravantes, todas las consecuencias y todo el horror que yo venía esperando.

Con frecuencia me entra la tentación de culpar a Serena, a los Moraldo, a los intocables: a todos los que, de algún modo, han contribuido a roturar la tierra. Pero, debo reconocerlo, la semilla era mía, sólo mía.

La nebulosa empieza con mi padre. Dicen que murió cuando yo era niño (demasiado pequeño para recordarlo). Sin embargo muchas veces he pensado que todo cuanto se refería a él acaso fuera una tremenda mentira, perfectamente urdida para evitarme complejos.

En todo caso a él (sea quien fuere) le debo parte de la semilla. A él y a mi madre y a mis abuelos y a toda esa legión de seres que, de alguna forma, han colaborado a que naciera tal como soy.

O mejor dicho: «tal como fui», porque luego vino lo demás: el ambiente, las presiones, la lucha, la interminable carga de elementos ajenos a mi propio ser: eso que nadie puede asir, pero que aceptamos o rechazamos, según crecemos y respiramos.

En cuanto a mi padre, siendo yo muy niño, suponía un interrogante para mí. Luego cambié. Era imposible poner en duda el breve pero fecundo paso por la tierra del heroico doctor Hondero, muerto en aras de la profesión, allá por los años veinte, cuando la epidemia de la peste.

Por otro lado, si fuerzo mucho la imaginación, consigo evocar un bigote espeso que me cosquilleaba al besarme y unas manos rechonchas totalmente exclusivas: dos detalles inequívocos que no se acoplan a ningún otro personaje de mi infancia.

También recuerdo un aroma «suyo», una mezcla peculiar (entre ácida y dulzona) a cigarro, a gomina y a formol.

Los restantes recuerdos viriles vienen condicionados al tío Rodolfo.

No sé aún por qué lo llamaba «tío». Desde siempre tuve la certeza de que aquel hombre jamás había pertenecido a la familia.

Aseguraba que mi padre y él habían sido amigos desde la época escolar y que más tarde habían cursado juntos sus estudios en la Facultad de Medicina.

–Un hombre excepcional -decía el tío Rodolfo-. Uno de esos personajes que a lo largo de la vida se cuentan con los dedos de la mano.

Fueron los relatos del tío Rodolfo los que consiguieron darme una imagen viva de mi padre: mucho más viva que la que conseguía mi madre cuando se lanzaba a hablarme de su marido. Casi siempre se limitaba a enseñarme las fotografías de su época de estudiante. Allí estaba él junto al tío Rodolfo. Era un hombre delgado, de mirada

soñadora y sonrisueña, que por mucho que pretendiese dar la sensación de vivir, llevaba clavada en su persona el estigma de la muerte. Más de una vez intenté sacar algún parecido entre aquel fotografiado-muerto y yo. Jamás lo conseguí. Naturalmente, había también una esquela. (Mi madre la había recortado del periódico para enseñármela algún día.) *Su desconsolada viuda, doña Remedios Ruiz de la Argamasa y Borgoñán, hijo Carlos y la Institución Sanitaria Virgen de la Providencia ruegan una oración por el alma de ese gran héroe de la medicina, muerto en el duro cumplimiento de su deber.* (Años más tarde hubieran sustituido el «muerto» por la palabra «caído».) Las esquelas de entonces eran grandilocuentes, abarcaban un buen pedazo de periódico y resultaban tremendamente dramáticas y exclusivas, como si cada difunto que figuraba en ellas fuera efectivamente una personalidad. Todas esas cosas y alguna más (por ejemplo la desvaída fotografía de su boda y la partida de mi nacimiento) disipaban rápidamente las dudas sobre mi origen. Sin embargo, el apremiante deseo de tener un padre de carne y hueso, no un fantasma heroico, me hacían cavilar sobre la posibilidad de que mi auténtico progenitor fuera el tío Rodolfo.

Era duro saber a ciencia cierta que aquel a quien yo debía llamar padre, se hallaba enterrado, olvidado y convertido en una simple esquela cursilona, o en una fotografía amarillenta o en un relato trasnochado: «Vivía para su carrera: no pensaba en otra cosa.» Y al hablar de su marido en aquellos términos, mi madre adoptaba cierto aire de celos retrospectivos, como si el despecho de saberse segundona en la vida de aquel hombre fuera más importante que su admiración por él. El tío Rodolfo rubricaba: «Fue un golpe duro para tu pobre madre; muy duro. Ni siquiera la dejaron acercarse a él después de haber muerto.» Así iba enterándome yo de la historia de mi primera infancia: a empellones de fragmentos y comentarios

sin excesiva continuidad: «Una mujer valiente, tu madre, ¿sabes, Carlitos?» Se refería a las estrecheces que, al parecer, tuvo ella que soportar cuándo mi padre dejó de existir: «En este país ya se sabe: mucha gloria momentánea, mucho bombo y platillo… Luego: ahí queda eso.» Y mi madre añadía: «Si al menos hubiera sido más precavido… Pero la verdad es que el pobre Carlos era un manirroto: nunca pensó que podría morirse y dejarnos en la miseria.»

Fue a partir de aquella muerte cuando nos vimos obligados a abandonar el piso del Ensanche, para instalarnos en una vivienda modesta situada en la calle de Fernando: «Tenías que haber visto esta calle en la época de los abuelos: era el punto de reunión de los elegantes.» También mis abuelos habían muerto. Yo creo que entonces la gente duraba menos. O acaso nunca hubieran existido y toda la historia (incluida la peste bubónica) fuera un colosal embuste. Lo barruntaba cuando al querer indagar sobre mis parientes paternos, me contestaban con evasivas y se escudaban en el fácil recurso de la emigración. «Se marcharon a América a buscar fortuna. En España no quedan más Hondero que tú y el tío Baltasar.» Pero jamás conocí al tío Baltasar. Ni siquiera figuraba en la guía telefónica de Barcelona. Cuando hablaban de él (escuetamente y con cierta timidez), lo describían como un ser extraño, desarraigado de la familia y totalmente opuesto al carácter abierto y jovial de mi padre.

También la familia de mi madre se ocultaba, pero no entre nebulosas sino entre reproches. Su origen era madrileño y, por quedarse huérfana muy niña (mis abuelos se ahogaron en un lago suizo mientras hacían un viaje de placer), había vivido en casa de unos tíos con los que había suspendido toda clase de relaciones por lo mal que se portaron con ella: «Se oponían a mi boda», alegaba

mi madre para justificar la ruptura. «Decían que tu padre era poco para mí.» El tío Rodolfo aclaraba: «Tu madre pertenecía a la nobleza.» Eso era bastante razonable. En aquella época los aristócratas guardaban distancias enormes con ciertas clases sociales. «Así que ya lo sabes, Carlitos: cuando seas mayor podrás rehabilitar un título.» Pero cada vez que el tío Rodolfo rozaba aquel tema, se le ponía la cara como de parodia y de los ojos le brotaba una guasa que desmentía rotundamente aquella posibilidad. Para él, el hecho de rehabilitar un título era siempre un acto grotesco propio de mentes atrofiadas por la vanidad. Y yo, inconscientemente, me asociaba a su escepticismo. El apellido de mi madre (altisonante y castellano) me dejaba frío, y los miembros de mi aristocrática familia me tenían sin cuidado. Al fin y al cabo, España entera estaba llena de *Ruices.* ¿Qué importancia podía tener que uno de los innumerables Ruiz hubiera parado en aristócrata? Esa forma de pensar me la imbuía el tío Rodolfo: no podía remediarlo. La nobleza, para él, debía medirse por otro rasero: el de la «honestidad», el de la «hidalguía laboral», y ningún título podía ser más importante que un título universitario. «A mí que no me den memos con tratamiento de excelencia. Prefiero un barrendero con garantías de señor.»

Desconozco el origen del tío Rodolfo, pero aunque presumía de catalán, se llamaba Tramacho. Cuando mi madre hablaba de él con la vecina, solía decir: «El doctor Tramacho.» Probablemente a él le hubiera gustado llamarse «Poch» o «Casáis», o «Fontanals», pero apechugaba con su apellido porque no le quedaba otro remedio.

Parece que lo estoy viendo hablando de política con don Alberto (otro catalán con apellido castellano), saboreando el queso que mi madre guardaba para él en el aparador, o revisando el botiquín de nuestra casa, que, gracias a él, estaba en todo momento repleto y

bien abastecido. Casi siempre se refería a los esfuerzos que mi madre desplegaba para hacer de mí un hombre. También él cooperaba. Eran unos esfuerzos sesudos, casi irritantes de puro asiduos. Acaso un poco deshonestos. (Años más tarde averigüé que tampoco él tenía fortuna y que el dinero que gastaba con nosotros distaba mucho de pertenecerle.) Pero entonces aquel despliegue de generosidades se me antojaba normal y, de haberse malogrado, mi vida hubiera constituido una pura frustración.

A pesar de todo (acaso para cubrir apariencias), mi madre trabajaba. Cosía para la gente elegante y tenía ocupadas todas las tardes. Las mañanas las reservaba para limpiar la casa y servirle al tío Rodolfo el queso que sólo ella sabía encontrar en los vericuetos misteriosos de la Barcelona antigua. Cuando se ausentaba, yo quedaba al buen recaudo de la vecina. «Los tiempos están muy malos y hay que aprovechar todo lo que caiga -decía aquélla-. Por eso tú, cuando seas mayor, debes estudiar mucho, Carlitos: algún día tendrás que devolverle a tu madre todo lo que está haciendo por ti.» Yo soñaba ya con ese día. Lo venía asimilando desde siempre entre desarrollos, digestiones y rebeldías. Me veía taladrando muros, escalando peldaños, buceando en aguas profundas para tocar el fondo… También la vecina (lo sé), también la vecina contribuyó a acrecentar mi «sana» ambición (ese sentimiento que algunos confunden con dignidad), y a espolear mis ímpetus, y a concentrar las peculiaridades de mi semilla, la que luego, cuando creciese, debía esparcir por la tierra que los mayores habían roturado.

Los domingos eran alegres. Tenían la alegría de saber a mi madre «toda para mí». (Curioso que en aquella época yo deseara tanto su compañía.) Fue mucho más tarde cuando su presencia me resultó insufrible. El fenómeno se produjo imperceptiblemente. Resultó

una transición lenta. De pronto descubrí que sus labios estaban siempre húmedos y que sus axilas despedían un olor acre y desagradable, que su cogote era un muro rígido de lamentaciones sofocadas y que, salvo su belleza, nada en ella resultaba atractivo. Pero entonces yo no veía ni olía más que su perfección. Por eso resultaba tan deseable y necesaria.

Después de oír misa, nos metíamos en un tranvía y nos íbamos al Tibidabo. Desde allí contemplábamos la ciudad (casi siempre envuelta en niebla), los montes despoblados, el mar sin horizonte y los barcos difuminados por la distancia y la bruma. «Bonito, ¿verdad, Carlitos?» Era agradable oírle decir «Carlitos» a mi madre. Y, sobre todo, era agradable saber que el tío Rodolfo nos esperaba allá, junto a la balaustrada, con su sombrero calado y el cuello del abrigo alzado para proteger del frío sus orejas. «Fíjate bien en lo que estás viendo, Carlitos: cuando crezcas todo será distinto y te gustará recordarlo tal como es ahora…» Pero aunque lo recuerdo ya no veo nada, como lo veía entonces… Es imposible. Las cosas mueren cuando se modifican. Por eso mi recuerdo es tan vago, y por eso, a veces, quisiera derribar el torreón de Can Pou: para olvidarlo, para convertirlo en un cadáver, como aquel paisaje. «Llegará un momento en que tal vez necesites evocar esos montes vacíos.» El tío Rodolfo aseguraba que las ciudades crecían tanto, que cuando menos se esperaba ya no tenían afueras (al menos las que siempre se habían considerado como tales), ni descampados, ni zonas montañosas, con árboles capaces de prestar vigor y salud. «Por eso, cuando las ciudades crecen demasiado, se vuelven enclenques.» Era su teoría. Entonces la mayoría de la gente de aquella época emitía vulgaridades como catedrales, pero todo lo que aquel hombre decía, me parecía importante.

Un día, mirando la ciudad bajo un sol estallante, y apoyados los

tres en la balaustrada, me comunicó solemnemente: «Pronto irás al colegio.» Y se miraron los dos con los ojos abiertos, elocuentes. Recuerdo que la luz daba de lleno en las contraídas pupilas del tío Rodolfo y las bolsas bajo sus párpados se le arrugaban como globitos deshinchados. «Será un colegio de pago, naturalmente.»

Hablaba como si yo no estuviera allí y se dirigiera exclusivamente a mi madre. Tal vez por ese motivo ella frunciera el entrecejo y hurtara su rostro a mi inspección. Fingía contemplar el mar (aquel día tenía horizonte), el cielo, los barcos… Y yo veía su escorzo; únicamente su escorzo. «Carlitos es inteligente como su padre -dijo-; estoy segura de que tendrá buenas notas.» Otra vez sacaban a relucir el muerto de la fotografía. Otra vez la esquela, la sonrisa desvaída, *y* el vago recuerdo de su bigote cosquilleando mi mejilla.

Mi madre daba por hecho que yo sacaría mis estudios adelante a fuerza de becas: «Todos los Hondero fueron inteligentes. Hasta el tío Baltasar, con ser tan raro, tenía fama de sabio.»

Ahora sé que todo aquel palabreo era una simple añagaza, una excusa para desviarme de la verdadera cuestión. Debían adelantarse a mis posibles lucubraciones y recelos. Debían rellenar los huecos, antes que mi imaginación los rellenara. A lo largo de los años he comprendido que mi porvenir dependía íntegramente del tío Rodolfo. Sin embargo, era esencial que, en aquellos momentos, yo no maliciara sospechas, ni conociera orígenes. Por eso discurrían de aquel modo.

Efectivamente, cuando empezó el curso escolar, yo ingresé en el colegio. Mis compañeros eran hijos de burgueses ricos, y alguno de ellos pertenecía a la aristocracia. Aunque allí se respiraba un nítido tufo a derechas, éramos todavía demasiado jóvenes para

comprender las luchas de clases. Lo único que contaba era la propia valía y las ganas de estudiar.

Yo las tenía. No fue difícil destacar. Cuando, por las causas que fuere, me entraba la tentación de flaquear, me repetía a mí mismo que, siendo un Hondero, no podía permitirme el lujo de actuar como un vainazas, y que a costa de lo que fuera debía hacer honor a mi apellido. Durante toda mi vida había ido yo empapándome de aquella servidumbre (probablemente eso que llaman talento suele condicionarse a lo que nos han hecho creer en la infancia) y acabé por esclavizarme a ella. Me entraba una urgencia grande de llegar a los primeros puestos. De algún modo debía sosegar mis apremios (los que me habían forjado mi madre y el tío Rodolfo); pero, sobre todo, debía justificar mi apellido (el de mi padre y el del tío Baltasar) y también dar paso a las perspectivas aglutinadas en la mente durante años y años en las soledades infantiles que la vecina custodiaba.

En cierta ocasión, el Rey visitó el colegio. Aquel día hubo comida extraordinaria tras de la reunión en la sala de actos. Los alumnos aventajados (entre los que me incluyeron) formábamos una fila aparte. El padre Celestino (entonces prefecto de la comunidad) nos advirtió:

–Desfilarán ustedes ante Su Majestad y le estrecharán la mano.

Parece absurdo que un detalle tan parvo hubiera podido resultar importante. Pero lo fue. La vida está llena de menudencias como aquélla, que de momento impresionan y luego, cuando se evocan, parecen puntos, motas, escarchas disueltas o evaporadas. Sin embargo, aquel día hasta mi madre (tan republicana) dio muestras de emoción.

–¿Te das cuenta, Carlitos? El Rey ha estrechado tu mano.

Para hacerme el hombre me encogí de hombros:

–¿Y eso qué tiene de particular? Al fin y al cabo es como todos.

El tío Rodolfo dejó escapar una de sus habituales carcajadas: tenía ese tipo de risa contagiosa, sonora y taladrante que parecía abarcar la casa entera.

–El chico tiene razón, Remedios. Así me gusta, Carlitos: no hay que dejarse alucinar por cosas tan fútiles como ésa.

Sin embargo, impresionaban. También impresionan hoy día los coches aerodinámicos, y las viviendas elegantes y las sonrisas que nos dedican los que están en la cumbre.

Desde aquel día, los compañeros de mi clase me miraron de otro modo. Para ellos yo no era el mismo. Aunque mi posible talento fuera idéntico, nadie verdaderamente encumbrado lo había reconocido oficialmente. De ese modo empezó mi prestigio: con un apretón de manos.

Imaginé aquella mano aislada, carente de cuerpo: la vi tecleando sobre un piano, o rasgueando las cuerdas de una guitarra, o firmando, señalando, sosteniendo cubiertos, desabrochando prendas, desplegando un pañuelo para sonarse, empuñando un bastón… Dijeran lo que dijeran, era igual que las otras: con falanges y falangetas, con piel, venas y nervios. Pero nadie parecía reconocer aquella igualdad. Hasta Paco Moraldo, mi compañero de pupitre, tan abúlico él, tan estirado y tan aferrado a su condición de

señorito inútil, parecía admirarme por aquel ademán consumado:

–Vaya suerte, chico.

Era la primera vez que Paco se dirigía a mí de tú a tú. La primera que me hablaba igual que si yo fuera como él.

–También tú hubieras podido estrechársela si te hubieses tomado la molestia de estudiar.

–No todos nacemos empollones.

Paco era perezoso. Tenía la pereza muelle de los que están acostumbrados a que se les dé todo hecho. Incluso sus conatos de agresividad eran abúlicos. Descargaba su energía enseguida. Sus arrebatos brotaban de él como cohetes disparados cielo arriba, lanzando lengüetas de fuego que herían y fulminaban, pero que se apagaban al instante mismo de refulgir. Quedaban en elementos chamuscados, retorcidos e inservibles. Él mismo se extrañaba de su propia agresividad; parecía avergonzado y cohibido tras su incongruente y ridículo arrebato de furia. Retrocedía, negaba su cólera, decía que todo había sido una broma. Y olvidaba. Olvidaba al instante lo que le molestaba recordar. Tenía una gran predisposición para el olvido de cuanto pudiera rebajarlo o disminuirlo. En cambio, jamás olvidaba las facetas adversas de los otros. Se las arreglaba a la perfección para abocar sobre ellos lo que debía adjudicarse él. Decía que habían sido «ellos» y no él los causantes del estropicio. Y lo afirmaba con tal seriedad, que uno acababa por creerlo. La cuestión era huir de sus propias deficiencias: olvidarlas como olvidaba sus bocadillos o los libros escolares. No, Paco no quería ser esclavo de su memoria.

Por eso decidió ser amigo mío. Intuyó pronto que yo podía ser su memoria, su ayuda y su comodín. Pero nuestra amistad (o lo que fuera) empezó, naturalmente, el día del apretón de manos. No antes. Pronto se acostumbró a mis intervenciones: «Mira, Honde, no consigo entender ese problema.» No lo decía para que se lo explicara, sino para que se lo diera resuelto. Yo comprendía sus intenciones (las adiviné en cuanto decidió ser amigo mío) y no me daba la gana de ser su criado: «Veamos, ¿cuál de ellos?» Me hacía el remolón, el lejano, el difícil: quería que hocicara y se humillase ante mí. Y cuando conseguía mi intención procuraba explicarle las cosas del modo más enrevesado posible para que no las entendiera: era mi forma de llamarlo burro. Más de una vez conseguí exasperarlo: «Mira, Honde: no te pongas pedante y abrevia. Si no te explicas mejor, no hay dios que te entienda.» Entonces yo lo miraba con todo el desprecio que podía acumular: «Pues es muy sencillo.» Y volvía a la carga, complicando más el asunto, disminuyéndolo suavemente, concienzudamente.

También a Paco suelo recordarlo muchas veces tal como era entonces: chaparro y cabezota, con su pelambrera tiesa y sus ojillos huidizos, recorriendo el aula como un gallo recorre el corral, nervioso, engreído y desconfiado… O caminando en fila india, sus anchas caderas (algo feminoides) balanceándose con desgana: patosas, siguiendo un ritmo que no era el de los otros. «Sé paciente y escucha.» Pero Paco jamás fue paciente: tenía una abulia inquieta, una de esas abulias que exigen y machacan y fastidian a todo aquel que se veía envuelto en ella. Y, por descontado, sólo escuchaba lo que podía halagarlo: «Para eso no me haces falta», confesaba cuando se ponía furioso. «A mí los empollones pedantes me dan cien patadas en el estómago.» Lo dejaba llegar hasta el límite, pero evitaba que se lanzase al vacío. Cuando lo veía al borde del zarpazo, arriaba velas y me colocaba a su nivel: entonces

le describía los pormenores del problema con sencillez meridiana. El juego se repetía continuamente: a decir verdad, jamás, hasta hace pocos días, ha dejado de repetirse. Cada problema que yo le resolvía, me iba atando imperceptiblemente a él. Así me volví imprescindible en su vida. Aunque me odiase, me necesitaba: no podía remediarlo. Mi presencia era su droga: la que le permitía pasar cursos y presumir ante sus padres de estudiante aventajado.

Pero su venganza era también refinada. Me invitaba a su casa. Allí Paco era el rey, el amo, el sabio. Yo era el segundón, el advenedizo, el desgraciado que no sabía cómo comportarse para estar a la altura de las circunstancias. Él comprendía aquello: por eso me invitaba. Allí mi superioridad escolar se venía abajo y mis donaires estudiantiles se esfumaban. Ni siquiera la anécdota de la mano era importante en aquel lugar.

Todo allí era nuevo para mí; todo era extraño e indescifrable. Me agobiaba el refinamiento de los criados, la sutileza de las costumbres, la incomprensible jerarquía de los objetos y de las personas… Lo peor eran las meriendas en el comedor. La mesa solía prepararse con los utensilios más inauditos. Los cubiertos se me antojaban jeroglíficos (los Moraldo eran ceremoniosos hasta en las meriendas) y mi atosigamiento era tan grande, que más de una vez pretexté falsos dolores de estómago para evitar el bochorno de caer en ridículo utilizando inadecuadamente aquel arsenal de adminículos-misterio.

Había también otro capítulo difícil en aquella casa (entonces vivían en la avenida del Tibidabo, en una torre llena de salones): los padres de Paco. Los veíamos poco, pero nada podía evitar que de vez en cuando se dignaran asomar por la sala de juegos con la suave brusquedad de los temblores de tierra. Bastaba verlos

comparecer bajo el dintel, para que inmediatamente surgiera en mí aquella molesta sensación de riesgo que más adelante fue crónica. Todo se volvía peligroso, todo podía de un momento a otro paralizarme para siempre.

Entonces los señores Moraldo formaban una pareja elegante: altos los dos, displicentes y distraídos, con la distracción un tanto ficticia y estudiada de los que se saben por encima de lo vulgar. Observaban las cosas (¡qué bien lo recuerdo!) como si no las vieran, como si sus ojos hubieran sido creados para mirar más allá de las paredes y de los objetos, y, por supuesto, más allá de nosotros, los niños, con las pupilas llenas de estupor glacial, muy parecido a los de los maniquís de cera que se veían en los escaparates de las peluquerías.

Al entrar en la sala de juegos, apenas nos dirigían la palabra. Eran visitas convencionales, obligadas y rutinarias, para acudir a sus reuniones con la conciencia tranquila, para que no se dijera que habían salido sin «pasar» por los niños. A mí me saludaban con un «hola, chico» sin entusiasmo ni cordialidad, después besaban a Paco en la frente, discurrían en inglés con miss Dory y se iban dejando tras ellos una estela de frialdad perfumada que tardaba mucho en disiparse.

Paco solía aclarar (acaso para justificar la continua ausencia de sus padres o acaso para presumir): «Van a una cena importante, ¿sabes? Todas las noches tienen compromisos…» Y yo, automáticamente, recordaba la falta de compromisos de mi madre (exceptuando los propios de una costurera), su escasa y sencilla indumentaria, su desconocimiento del inglés y su aroma, nada frío ni perfumado.

Así eran las venganzas de Paco (no podía encontrar otras; al menos

entonces). Todo se reducía a mantenerme en su mundo privado para avergonzarme del mío (aquel mundo sórdido, sin complicaciones rituales, ni protocolos avasalladores, ni cubiertos jeroglíficos), por eso lo odiaba y por eso también cuando me encaminaba hacia el colegio el lunes por la mañana, no hacía más que pensar en cómo iba yo a vengarme aquel día de la venganza suya del día anterior.

Sin embargo, jamás rehuía sus invitaciones: en el fondo eran divertidas, apasionantes e instructivas. Sobre todo cuando miss Dory intervenía. Tenía varias frases clave que servían de pauta para educar y enderezar las frecuentes groserías de Paco: *«Ladies first. Dont be rude. Close your mouth when you eat. Dont talk with your hands.»* Así me iba enterando yo de que no «había que hablar con las manos» ni comer con la boca abierta, ni entrar en algún lugar antes que las damas.

Pero la obsesión de miss Dory parecía ser las dichosas manos. Decía que los españoles no sabíamos hablar sin utilizarlas y que aquello estaba muy mal visto en las islas. (Decía las islas refiriéndose a su país, como si no pudiera haber más islas que las de su tierra.) Al anochecer, se metía en el cuarto de juegos: «Carlos, el chófer te espera.» Aquello significaba que debía marcharme. Los Moraldo eran detallistas y jamás se olvidaban de «devolverme» a mi casa con mecánico uniformado conduciendo un Renault, flamante (negro brillante), con telefonillo en el asiento trasero para comunicar con el conductor (previamente separado de los señores por un cristal fijo), que se deslizaba por las calles de Barcelona (entonces casi desiertas) despertando la envidia de los peatones.

Las despedidas eran breves. Lolita, todavía imprecisa, todavía

inmersa en su mundo impúber y desvaído, solía chuparse el dedo mientras yo pasaba por su lado, sin dedicarle más atención de la que sus padres me dedicaban a mí. «Hola, niña.» A lo que ella jamás respondía porque entonces debía de considerarme una especie de fenómeno de feria.

Llegaba yo a mi casa sentado al lado del chófer, preguntándome a mí mismo cómo diablos aquel hombre podía conducir enfundado en aquel uniforme estrecho, abotonado hasta el cuello, sus guantes de piel pegados al volante y sus polainas de charol negro ciñiéndole las pantorrillas. Eran jornadas agotadoras: domingos tensos que me abatían y me restaban fuerzas. Pero me gustaban. Eso era lo peor. La idea de que, al llegar el domingo, yo pudiera ser invitado por los Moraldo, me halagaba como a un perro le halagan las caricias de un amo arisco. Bastaba pisar el jardín de aquella casa para que la sangre se me encandilara y todo en mí adquiriese anchura: una anchura sabia, sin límites.

Pero al regresar a la mía, algo moría siempre dentro de mí. Eran muertes pequeñas, casi imperceptibles, muertes que apenas dejaban huecos: sin embargo, dolían. Sólo años más tarde comprendí que aquello que parecían huecos, eran simas tremendas. Instintivamente buscaba paralelos que nunca encontraba: allí, en la vivienda de los Moraldo, era el jardín de tilos, con sus mecedoras de lona y sus mesas de mimbre; los salones espaciosos con muebles firmados y tapices del xvi; la biblioteca salpicada de incunables; la sala de estar con sus cuadros antiguos, sus porcelanas del Retiro y sus jarros de La Granja; los vestíbulos, con sus estatuas romanas y sus alfombras persas; el comedor con su cristalería francesa, sus platos ingleses, y su cubertería jeroglífico… Y los jarrones de flores (siempre frescas, siempre recién arrancadas de la tierra) y los butacones confortables y el reloj sonoro…

En cambio, en mi casa era la portería estrecha, oliendo a moho y a sardina frita con ajo (la portera se empeñaba en guisar sardinas en el pequeño fogón que se alzaba al fondo de la garita y que no tenía más tiraje de humos que la propia puerta), la escalera de peldaños desiguales y torcidos, con su baranda abrillantada por las manos de los inquilinos, y la bombilla de los rellanos, empolvada y mosqueada, y el piso con su eterno y peculiar olor a calle estrecha, a comidas apresuradas y a lejía; y el comedor, con su aparador fin de siglo, ostentando, sobre la repisa, el queso (cubierto por una campana de cristal) que el tío Rodolfo degustaba todas las mañanas para reponer fuerzas y continuar sus visitas. Y el jarrón de vidrio tallado (ganado por mi madre en una tómbola del Turó Park) sobre la mesa, con sus flores artificiales de trapo (entonces no existía el plástico) imitando amapolas y otras especies campestres… Y la caracola gigante sobre el velador (aquel que un día mi madre encontró abandonado en una playa de la Costa Brava). Y mi madre: tan distinta a la madre de Paco, besando mis mejillas con los labios húmedos (tenía el vicio de mordérselos), preguntándome curiosa cómo había pasado la tarde y repitiéndome día tras día lo difícil que se estaba poniendo todo, la miseria que dominaba el país y las continuas huelgas que estábamos padeciendo.

Nada era igual. Nada, salvo la manía de mencionar los repetidos desórdenes políticos. Al parecer, aquella obsesión abarcaba España entera. Sin embargo, para mí, aquellos temores eran ya una costumbre. Nunca me impresionaban. Había nacido entre huelgas (aquellas que dejaban las calles vacías), entre disturbios y entre aprensiones siniestras y llegué a imaginar que todo aquello era lo corriente. No conocía otra cosa. Se producía como se producía el aire, y estaba allí, como estaba el sol, o la luna o las nubes, o la casa de enfrente.

Era evidente que algo funcionaba mal, pero a fuerza de oírlo, ni siquiera me molestaba en averiguar la causa. Cuando los hechos surgen al mismo tiempo que se desarrolla nuestro uso de razón, jamás provocan curiosidad: se aceptan, se padecen o se ignoran.

Recuerdo que de pronto la gente mayor se volvía taciturna: los rostros se contraían (como si el miedo los chupara por dentro) y los pasos de los transeúntes parecían precipitarse. Era el anuncio de la huelga. Al menos para mí lo era. Los síntomas no fallaban. Después venía todo lo demás: los carruajes desaparecían, las tiendas se cerraban y las porterías tenían las puertas entornadas. Entonces la ciudad entera parecía presidir un duelo. En días así no había colegio, ni espectáculos: la gente se retraía: el miedo paralizaba la ciudad. Era un día muerto: como si la gente hubiera huido y las casas se hubieran quedado deshabitadas, o como si todos hubiesen caído repentinamente enfermos.

Mi madre, cuando ocurría eso, temblaba. Hablaba mucho del somatén. A pesar de sus ideas políticas, el somatén constituía una garantía para ella. Con evidente nerviosismo, cerraba las contraventanas que daban a la calle, hablaba sola y vagaba por el piso como alma en pena. Luego, cuando se calmaba, encendía una lamparilla de aceite a la única imagen religiosa que había en la casa. Se trataba de una talla policromada que reproducía una Virgen: al parecer había sido el regalo de un cliente agradecido de mi padre. Y debía de ser verdad porque el tío Rodolfo hubiera sido incapaz, en aquella época, de obsequiarnos con una imagen religiosa.

–Sobre todo, Carlitos, no te asomes al balcón: puede alcanzarte una bala.

–Pero, mamá, eso es imposible.

–Cosas más imposibles se han visto.

Era el diálogo de siempre; me lo sabía de memoria como la tabla de multiplicar. Hasta que un día, cansado ya de tanta precaución, me asomé al balcón.

Y me alcanzó la bala. No era como todas ni había salido de ningún rifle. Salió de una frase: una simple e inesperada frase que bruscamente cambió de un modo rotundo el panorama de mi vida.

Recuerdo que la calle de Fernando era un río seco con barbechos humanos en las orillas. Había grupos de hombres en las esquinas: unos grupos extraños que desorientaban e impedían formar una idea concreta sobre lo que tramaban. Les brotaba la desconfianza por los poros y sus respectivas miradas iban cruzándose y descruzándose a modo de un ballet casi armonioso. Se comprendía que todo en la calle era suspicacia y tensión. De pronto vi al tío Rodolfo: iba hacia nuestra casa con el sombrero calado hasta las orejas, el paso decidido y la actitud resuelta. Espontáneamente grité su nombre. Mi madre acudió aterrada:

–Pero, Carlitos, hijo, ¿te has vuelto loco?

Y tiraba de mí hacia adentro, al tiempo que, con la otra mano, intentaba cerrar el balcón.

–¿No te he dicho mil veces que…?

La interrumpí:

–Saludaba al tío Rodolfo. Viene hacia aquí.

Mi madre se llevó la mano a la frente:

–Lo que faltaba: ¿estás seguro?

No tardó en pulsar el timbre. Entró en casa sonriendo, sus ojos llenos de guasa temerosa: como si fuera un niño que acabase de cometer una picardía.

–Quería asegurarme de que estáis a salvo.

Mi madre se desplomó sobre una silla. Luego, apoyando los codos en la mesa, escondió la cara entre las manos y rompió a llorar. Su espalda se agitaba histérica, casi rabiosa, y sobre la mesa iban quedando pequeñas lagunas de lágrimas. El tío Rodolfo reía. Se le iban las carcajadas de la boca, como chorros de aire comprimido: «Pero, mujer…» Mi madre hipaba y, entre sollozo y sollozo, decía: «Así no podemos continuar: es imposible, es inhumano.» Y señalando al tío Rodolfo le reprochaba: «Y tú… tú eres un imprudente incorregible…» Enseguida empezó a romper lanzas contra el gobierno, contra las huelgas, contra todo lo que le pasaba por el magín:

–A quién se le ocurre: venir hasta aquí. Como si éste fuera un barrio tranquilo… En circunstancias tan graves… Cualquier día te acribillan a balazos.

Pero cuanto más lloraba ella, más se acentuaban las carcajadas del tío Rodolfo.

Muchas veces he pensado que aquel modo de reír, grueso y desbocado, era lo que más caracterizaba a aquel hombre: no hubiera sido posible imaginar al tío Rodolfo sin aquella risa.

Fue entonces cuando me alcanzó la bala. Llegó inesperadamente, a traición, pese al balcón cerrado y a las precauciones de mi madre. Fue un impacto directo, extraño, que se metía en mí con la lentitud de los asombros sordos y voraces. Mi madre dijo:

–Piensa en tu mujer, en tus hijos, en nosotros… ¿Te das cuenta de lo que puede ocurrir si llegan a matarte?

De pronto calló. Se dio cuenta de que yo estaba delante. Se alzó de la silla con las mejillas todavía húmedas, pero los ojos se le habían secado repentinamente. Me miraron los dos: asustados, intentando averiguar cuál era mi reacción. Ella ya sin llanto. Él sin risa. Pregunté:

–¿Tú tienes hijos?

La sorpresa no me dejaba pensar. No entendía cómo el tío Rodolfo podía tener hijos y mujer sin que jamás me hubieran hablado de ellos. Pero la pregunta estaba hecha y era demasiado directa para eludirla. También la respuesta lo fue:

–Claro que sí: dos niñas y un niño.

–¿De mi edad?

–De tu edad.

–¿Y por qué no los traes a casa?

El tío Rodolfo no contestó. Se comprendía que estaba incómodo. Miraba a mi madre. Le pedía ayuda con los ojos. Le suplicaba, sin decirlo, que lo sacara del atolladero. Era inaudito ver al tío Rodolfo suplicando de aquella manera.

Mi madre se llevó el pañuelo a los ojos para enjugarlos. Pero no enjugaba nada. El sobresalto la había dejado seca. Solo se tapaba el rostro. Intentó desviar la cuestión:

–Hace calor -dijo.

El tío Rodolfo cambió de aspecto; encogió las piernas, curvó la espalda y fingió apuntarme con un fusil hipotético:

–Aparta, Carlitos, que te doy…

Pretendía distraerme, jugar como otras veces conmigo a guerras o a maleantes. Se comprendía que intentaba llevar mis ideas a su terreno, borrar la existencia de aquellos tres niños que yo no conocía.

No me moví. Me quedé frente a él desafiando el ademán, esperando que claudicara, haciendo caso omiso de su esfuerzo.

–Dime, tío Rodolfo, ¿por qué no los traes a casa?

Se irguió: recobró su postura. Miró el queso de la consola. Dijo luego como si tal cosa:

–Algún día los traeré. Eso es, Carlitos: algún día los conocerás. Estoy seguro de que Rodolfo y tú haréis buenas migas juntos.

Pero la bala estaba ya en mi cuerpo: sin dolor. Únicamente con extrañeza. Era una bala incómoda: sólo incómoda. Una bala que aturdía, como aturden los golpes en la cabeza o las caídas de bruces. No comprendía, no acertaba a asimilar lo que había descubierto. Pero me sentía vejado, insultado, disminuido. Tal vez porque imaginaba que entre mi madre, el tío Rodolfo y yo jamás había habido secretos. Y, he aquí que, de pronto, me daba cuenta de que, a espaldas mías, se había colado un secreto grande, lleno de pequeños dilemas que acaso nunca pudiera descifrar.

No hice más preguntas. El miedo a que me mintieran me impedía hacerlas. De pronto había descubierto que tanto el uno como el otro guardaban algo que no deseaban decirme. Lo difícil era saber por qué.

Fui comprendiendo poco a poco. Era un comprender inseguro: sin estridencias, sin sentirme verdaderamente humillado. Era un averiguar a medias: un saber y no saber; algo bendecido por la costumbre, y las costumbres casi nunca eran malas. Hasta que al fin llegó a parecerme natural, como las enfermedades o los cambios de estación, como las huelgas y los disturbios.

Ahora intuyo que aquel modo de comportarse fue realmente un error. Probablemente si, desde el principio, el tío Rodolfo me hubiera hablado de aquellos tres niños y de aquella mujer (luego supe que era muy rica y que gracias a ella vivíamos todos), yo habría tardado mucho más en saber la verdad y, por descontado, no me habría preocupado de analizarla como hice más tarde. Pero el obstinado silencio del tío Rodolfo y de mi madre los había delatado. «No se esconde aquello que puede admitirse», decía siempre el padre Celestino.

Efectivamente: creo que fue a partir de aquel día cuando empezó el declive de mi madre. Por mucho que el padre Celestino predicara sobre la necesidad de honrar a los padres «especialmente tú, Carlos: No olvides que desde que murió tu padre ella asume los deberes de un cabeza de familia…», por mucho que yo hubiese practicado hasta el límite la sugerencia de honrarla, algo empezaba a fallar en nuestras relaciones. Hasta entonces, mi amor por ella había casado perfectamente con las diatribas que lanzaba el padre Celestino contra la inmoralidad y el adulterio. Y he aquí que, de pronto, surgía el escollo. Era difícil compaginar ambas cosas.

Pero el dilema no alcanzó verdadero relieve hasta que Paco Moraldo me habló de su tío Lorenzo:

–Un cara, ¿sabes, Honde? Su mujer ha descubierto que tiene una amiga.

Yo no sé si en aquel tiempo Paco conocía con exactitud el alcance de aquella palabra. Probablemente lo había oído contar a sus padres y me lo repetía sin saber realmente lo que decía. Pero a mí su relato me produjo el efecto de una puñalada.

–Bueno, ¿y eso qué importa? Muchos hombres tienen amigas.

Se quedó perplejo ante mi reacción: la pelambrera centelleante, más tiesa que de costumbre, los ojillos abiertos:

–Pero *eso* está prohibido.

Enrojecí: no sé si de vergüenza o de coraje. Enrojecí con uno de esos rubores furiosos que van desde el cuello a la frente y que dejan

las orejas brillantes como el charol.

–Hombre: si tu tío Lorenzo se ha enamorado de ella…

Paco no me entendía. Más aún, no comprendía cómo podía yo argumentar de aquella manera.

–Pero ¿tú no sabes que eso de enamorarse de otra estando casado es un pecado mortal?

–El mundo entero está lleno de pecados como ése.

La endeblez de mi argumento era evidente, y yo me daba cuenta: el número no excluía la calidad de la falta, y lo que acababa de exponer distaba mucho de ajustarse a lo que nos había enseñado el padre Celestino.

–Vaya estupidez, Honde: también está lleno de tuberculosos y de anormales. No irás a decirme que resulta aceptable…

Lo peor de Paco era que, por primera vez, argumentaba con aire seguro, convencido de no errar. Era eso lo que me fastidiaba: que Paco tuviera razón, que se mostrase lógico y consecuente.

Lo veía ante mí todavía chaparro (luego no: luego creció como una espiga desmantelada), su pelambrera rubia arremolinada en la cresta, sus ojos de tonto súbitamente inteligentes, con la inteligencia insolente de los que se saben en posesión de la verdad, crispadas las manos (aquellas manos que por vagas e inútiles no habían podido estrechar las del monarca), el gesto asombrado y el lazo del cuello torcido por la violencia del ademán:

–Eso de «estupidez» te lo vas a tragar en el próximo problema de álgebra -le amenacé-. No esperes que te ayude.

Y me di cuenta de que estaba utilizando el sistema de los impotentes, de los que no admiten la verdad, por narices, por nada más. Pero me faltaban argumentos sólidos, se me iban de las manos. Paco bajó velas. Le asustaba verme tan furioso:

–Perdona, Honde: no creí que te enfadaras por tan poco.

Y encogía la ceja derecha, acoquinado, como le ocurría cada vez que mentía.

Nos hallábamos en el jardín del colegio: de un momento a otro iba a sonar la campana anunciando el final del recreo. Corría una brisa cálida que me obligaba a parpadear a pesar mío, y el rubor no se me iba. Continuaba en el cuello, en el rostro, en las orejas. Tras un silencio breve, añadió:

–De todos modos no entiendo tu religión, Honde. Si tu madre se enterara de lo que acabas de decir…

Fue un alivio saber que ignoraba lo de mi madre. Respondí:

–Ten por seguro que se pondría de mi parte. Mi madre es… -no encontraba la palabra- caritativa. Eso: jamás juzga a la ligera como haces tú.

Paco torció la cabeza: cavilaba. Quería hallar una respuesta inteligente (entonces Paco todavía se esforzaba por defender una ética que más tarde llegó a perder totalmente). Pero sólo dijo:

–En eso llevas razón.

Seguramente quería zanjar el asunto. El esfuerzo metafísico era demasiado para él. No creía en mi razón, pero me la concedía, para amainar, para acabar de una vez aquella maldita conversación. Lo estaba delatando su ceja derecha (la que se encogía cuando mentía). En realidad Paco jamás defendía sus razones: su pereza podía más que su lógica.

Y de nuevo me sentí vejado. No le perdonaba aquel modo de ser cómodo y frívolo. Me ofendía. Hubiera preferido que continuase llevándome la contraria. Darme la razón de aquel modo era considerarme poco menos que un niño o un loco.

Sonó la campana. Nos pusimos en fila. Él iba delante de mí: su escorzo pálido, las piernas mazacotas y torpes avanzando con aquel paso tardo que movía sus anchas caderas descompasadamente. Creo que aquella tarde lo odié más que nunca. Sus malditos comentarios habían planteado en mí un problema insoluble: uno de esos problemas que no se podían resolver con la facilidad con que se resolvían los problemas de álgebra. Hasta entonces el conflicto interno del tío Rodolfo y mi madre había quedado dentro de mí, en sordina, como los universos que se presienten pero que no nos afectan, y de pronto el universo de sus palabras había rozado mi ética. Lo sentía latir dentro de mi como un bicho rabioso que deseara angustiarme.

Al llegar a la capilla (después del recreo íbamos siempre a la capilla), me instalé en el fragmento de banco que me correspondía. Quise rezar, pero no pude. El problema de mi madre continuaba allí, cada vez más acuciante y más vivo. El banco parecía endurecerse: se volvía incómodo. Los recuerdos se apelotonaban

no sólo en el cerebro, sino en todo el cuerpo. Venían a ráfagas: sin concretar. Luego se iban; daban paso a otros. La selección de los recuerdos no era previsible. Nacía espontáneamente y venía apoyada por reflejos condicionados.

De pronto evoqué a mi madre, el día de mi primera comunión. La volví a ver, avanzando lentamente hacia el altar, como el resto de las madres: comulgando, regresando al banco… la cabeza gacha, las manos unidas… Hasta entonces aquel recuerdo me enternecía: era hermoso saber que mi madre había comulgado el mismo día en que yo lo hacía por primera vez. Pero luego, ¿dónde había quedado aquella comunión? ¿Por qué se manifestaba siempre tan abiertamente indiferente en materia religiosa? ¿Estaría la vida hecha solamente de momentos? ¿Pequeños instantes sin continuidad ni lógica? Comenzaron las dudas: las terribles dudas que durante tanto tiempo me quitaron el sueño. Y las ganas de vivir se debilitaban. ¿Por qué era todo tan sórdido, sucio y aborrecible? ¿Por qué no se podía compaginar la felicidad del recuerdo con la realidad? Comprendí entonces que había una dimensión prohibida, una especie de barrera que no permitiría jamás el paso de la despreocupación, sin pedir cuentas. Y supe que la mayoría de las bases que nos predicaban eran endebles, capaces de hundirse al menor soplo. No era prudente confiar en ellas. Se corría el riesgo de naufragar en desilusiones. Nada debía de ser sagrado e inamovible: nada; ni el amor materno, ni la amistad, ni la pureza de alma. Algo superior a todo ello acababa por romper, y quemar, la parte bella de la vida.

El padre Celestino no tardó mucho tiempo en llamarme a su despacho:

–A ti te ocurre algo, Hondero.

Cuando estábamos a solas me tuteaba. El padre Celestino era un hombre alto, corpulento, de voz apagada y mirada directa. Llevaba ya un año ejerciendo el cargo de superior y tenía fama de santo. Más de una vez mis compañeros de estudio me habían advertido: «Cuidado, Honde, están fichándote para cura.» Es posible que tuvieran razón, pero la idea de ser cura se me antojaba ridícula. Ni mi madre ni el tío Rodolfo me hubieran permitido jamás que me convirtiera en eclesiástico. Al margen del día de mi primera comunión, nunca había visto yo a mi madre rezar: ni siquiera cuando me acompañaba a la iglesia para cumplir con el precepto dominical. Lo más que hacía era encender la famosa lamparilla de aceite ante la imagen policromada, cuando asomaba algún peligro.

–Vamos, contesta: a ti te ocurre algo.

Era difícil eludir la inspección del padre Celestino. En cuanto clavaba su mirada en la frente, producía la sensación de que taladraba el cráneo y escudriñaba el rincón más oculto de la mente.

–Es posible -dije.

–Llevas varios días distraído y, además, no comulgas.

Balbucí una excusa que no creyó:

–Me he visto obligado a violar el ayuno por enfermedad.

Entonces era sencillo dar aquella excusa. El canon exigía ayuno estricto desde las doce de la noche para acercarse a la eucaristía. El padre Celestino se pasaba la mano por el mentón sin dejar de mirarme: «Entiendo, entiendo», decía entre dientes.

–¿Cuándo calculas que vas a ponerte bueno?

Su ironía era evidente. Me sentí pillado en falta:

–No lo sé: pregúnteselo a mi madre.

–Lo haré.

Pero no lo hizo. Y comenzó la incomodidad. Después vino la encrucijada: o mi madre o los derechos de Dios. Había que definirse, concretar y decidir. La servidumbre no podía repartirse a capricho.

Comencé a analizar a fondo a mi madre. Hasta entonces jamás se me había ocurrido que las madres fueran también analizables. Nunca supuse que se trataba de un ser humano como cualquier otro, con sus defectos, sus bajezas y sus servidumbres. La desilusión fue grande. Pronto cada uno de sus gestos y ademanes se me antojaron manidos y triviales. Por primera vez me molestaban sus labios húmedos, y aquel modo de limpiarse el resto de la sopa con la lengua para no manchar la servilleta, y su manía de separar los vasos del plato, aun cuando ella misma los hubiera colocado en la mesa, y aquellos suspiros que lanzaba sin motivo cuando nos quedábamos silenciosos, y su modo de apretarse el estómago con el codo para meter hacia adentro un hipotético rollo de grasa… Todo en ella iba cayendo sobre mí como una lluvia de plomo. También sus argumentos iban resultándome insoportables: «Por favor, Carlitos, no comas con los dedos: el infierno está lleno de criaturas malcriadas que comieron con los dedos.» Su concepto de la religión era así de fútil. Pero lo peor fue cuando se rozó el tema de los Moraldo: de pronto tuve una idea clarísima de su ética, de su

endeble y servil modo de pensar. Empezó preguntándome cómo eran los padres de Paco. ¡Qué bien recuerdo aquel momento! Cosía ella junto al ventanal del comedor: en el halda descansaba un vestido que debía entregar aquella misma tarde, y sus dedos, ágiles y huesudos, manipulaban insistentes y vertiginosos en el pedacito de tela que sostenía entre las manos con esa especie de maestría rastrera y vanidosa.

–No lo sé -repuse-; los veo poco.

Dejó la costura en el halda y sus dedos quedaron inmóviles y contraídos, como los de un artrítico.

–Deberías esforzarte en mostrarte simpático con ellos.

Y yo, por no mirarle la cara, continué con la vista fija en sus dedos, cada vez más encogidos y agarrotados. Eran igual que diez percebes rígidos.

–El día de mañana pueden servirte para triunfar.

Lo dijo claramente. Tan claramente que a menudo, pese a los años transcurridos, sigo escuchando aquella frase. Quedaron sus dedos inmóviles hasta que oyó mi respuesta: la aguja suspendida entre el pulgar y el índice, la tela rosada del vestido, enrojeciendo sus yemas: «Diez percebes…»

–Ya me esfuerzo -respondí.

Atacó de nuevo la costura. Hincaba la aguja en la tela, tiraba del hilo; rápido, como queriendo recuperar el tiempo perdido.

–Así me gusta -contestó-. En la vida lo único que cuenta es alcanzar metas: la tuya ahora se llama Moraldo.

Tenía la impresión de que el hilo que introducía en el vestido nacía en mi cuerpo. No era un hilo. Era una cuerda: algo que tiraba de mí en cada puntada. Luego empezó a canturrear, aliviada, tranquila. Siempre rompía a cantar así cuando se sentía satisfecha o cumplía una misión importante. Y yo, repentinamente, me sentí avergonzado de aquel canto. Bruscamente, en aquel momento, dejó de ser la madre de mi infancia para convertirse en la costurera cotilla e intrigante con la cual yo debía convivir. Una de esas personas «quiero y no puedo» que se sumergen en la cursilería de un falso señorío.

Y llegaron las censuras: no podía evitarlas. Me dije que nadie con sentido común y medianamente decente vivía como estaba viviendo mi madre: de espaldas a la fe, hablando de Dios como si fuera un objeto remoto, pero eso sí: encendiendo lamparillas de aceite a la imagen de una Virgen cuando el peligro asomaba. Y, para reforzar mi teoría, volví a refugiarme en la religión: pero ya sin madre, sin mi incondicional cariño por ella, sin sentirme ligado a su vida: únicamente atado, con las ataduras de sus hilos y de sus agujas.

Por primera vez me sentí víctima. Era una sensación casi grata. Resultaba fascinante saberse limpio de culpa y atribuirla a los demás. Así busqué a Dios: es decir, lo tomé como excusa para desahogar mi protesta contra la vida y echar cargos contra los que me resultaban adversos.

El padre Celestino continuaba intrigado:

–A ti te pasa algo, Hondero.

No se equivocaba; me había metido de lleno en el mundo de los escrúpulos. Todo me parecía pecado: comulgar censurando a mi madre y no comulgar por haberla defendido a través de los que se encontraban en su misma situación; estar amable con el tío Rodolfo y no estarlo por rencor; agradecerle sus atenciones y despreciarlas por orgullo; tener envidia de sus hijos y desear que fueran ellos los que me envidiaran a mí… Además existían otras razones: mi despertar a la vida, mis terrible pesadillas nocturnas, la vergüenza de aceptar mi hombría siendo todavía niño… Mis conversaciones con Paco sobre mujeres. Los descubrimientos que ambos nos confiábamos en secreto, como si de hecho fuéramos dos amigos de verdad y ni él me odiara a mí ni yo lo odiase a él.

–Ya no estoy enfermo -respondí.

–No importa -dijo el padre Celestino-. Te veo hecho un lío y quisiera ayudarte.

–No sé a qué se refiere.

Sonrió con una sonrisa inédita en él: como de alguien que claudica, que espera ser comprendido y aceptado. Era una sonrisa suplicante, casi rastrera. Posó su mano sobre mi hombro y me sacudió ligeramente:

–Eres un buen alumno, hijo: sería una lástima que te estropearas…

–Procuraré no estropearme.

Lo dije con insolencia. Años atrás jamás me hubiera atrevido a

responder de aquel modo a un cura. El padre Celestino frunció ligeramente el entrecejo, pero no se inmutó:

–¿Qué te ocurre, Carlos?

Cuando quería sonsacarme algo me llamaba Carlos:

–La raíz, Carlos, la raíz: el mal arranca siempre de la raíz. Échala fuera. Vamos: sé franco.

Dudé: estuve a punto de claudicar y contárselo todo: «La raíz, la raíz…» Sabía yo muy bien que la raíz era mi madre, su posición equívoca, su amancebamiento disimulado con el tío Rodolfo, su gran mentira disfrazada de costurera… Después venía mi ambición: entonces la ambición era todavía vaga: todavía podía confundirse con un sano e inocente afán de medrar. Pero ¿cómo explicar todo aquello? Casi todo eran sensaciones: *"Fealings"* decían los ingleses. Y las sensaciones no tenían normas para ser expresadas. Era todo difícil, complicado. Salí del apuro como pude. Le dije la verdad a medias:

–Me atormentan los escrúpulos, padre.

Me invitó a sentarme junto a él. Se achicaba de nuevo para colocarse a mi nivel, para convertirse en mi amigo. Casi podía imaginarlo sin sotana, como un compañero de estudios, como un Paco inteligente y sin odio.

–Comprendo, hijo: esas cosas ocurren a tu edad.

Me habló crudamente, como jamás creí que un cura podía hablar. Luchaba denodadamente para ganarse mi confianza, ayudarme,

confabular su apoyo con mis problemas. Me recomendó que no confundiera las tentaciones con las caídas; me explicó lo que debía hacer para vencer el temor: «Sé valiente: recibe a Dios sin miedo. Acéptalo como un padre: el que te falta. Dios conoce, comprende, perdona…» Insistió en que sólo las almas privilegiadas conocían la tentación. «También Cristo fue tentado, no lo olvides. Incluso por el desánimo…» Y al oírlo hablar todo se alisaba, todo recuperaba una lógica, una razón de ser.

–Pero si cayeras, piensa que lo importante no es la caída, sino levantarse otra vez. Levántate, Carlos. No pretendas huir de esa posibilidad…

Se refirió luego a la oculta naturaleza de los escrúpulos: «Muchas veces se producen por soberbia…» Era un sosiego grande oírle hablar. Sin embargo, entonces no me daba cuenta de lo importante que era tener aquel hombre al lado. Lo sé ahora, desde mi caos actual, ese frío caos, sin escrúpulos, pero lleno de realidades concretas y trepidantes. Y quisiera retroceder, regresar de nuevo a su voz, a su fuerza, a todo lo que la vida me fue quitando sin darme cuenta de lo que perdía.

Por eso la mella que sus palabras me causaron, se disipó enseguida. Fue como una de esas tormentas que lo revuelven todo para dar paso rápidamente a un sol estallante, y quedarse en nada.

Tardé poco en encerrarme de nuevo en aquel «yo» hirsuto que venía incubando lentamente, y acabé por convencerme de que las soluciones que el padre Celestino me había propuesto eran sólo válidas desde un punto de vista general. Ninguna de ellas conseguía darme una solución concreta a mi problema particular: «La raíz, Carlos, la raíz…» Yo no le había mencionado la raíz. Sólo el tallo a

ras de tierra. Terminó dándome dos golpecitos secos en la mejilla:

–Bueno, Hondero, cuando necesites un consejo, ya sabes dónde me tienes.

Le di las gracias y nos separamos. Salí de allí aturdido. Estuve a punto unos instantes de volver a entrar en su despacho y volcárselo todo. Pero no lo hice. Lo guardé para mí como un tumor prensado.

Fue más o menos en aquella época cuando ocurrió lo de Lolita.

Como todos los años, los Moraldo se disponían a emprender su viaje por el norte de España: solían repartir la temporada de vacaciones entre Santander y San Sebastián. Decía Paco que aquellas dos ciudades eran idóneas para alternar con la gente bien. Varios días ante de la fecha prevista, miss Dory empezaba el equipaje: los botines por si llovía, las sombrillas por si salía el sol, las bufandas por si refrescaba… Paco y Lolita jamás intervenían en la tarea. La dejaban actuar sin inmiscuirse, como correspondía a todo niño de casa grande.

Recuerdo que aquel domingo Lolita no sabía qué hacer con sus huesos y se había instalado con nosotros en la sala de juegos, como se instalan las moscas, sin más afán que el de molestar.

–Aquí sobras -le dijo su hermano-; conque ¡ya te estás largando!

Lolita había crecido: ya no se metía el dedo en la boca, pero continuaba con su aspecto infantil. Todo en ella, salvo sus ojos, era puro infantilismo. Los ojos no. Los ojos eran de persona mayor. Negros, de pestañas espesas y largas, tintaban de oscuro sus obsesionantes ojeras. Sin prestar atención a la insolencia de su

hermano, se acercó al fonógrafo y empezó a darle cuerda. Paco levantó los brazos, escandalizado:

–Encima música: ¡pues sí que la hemos hecho buena!

El disco sonaba rasposo, y, de vez en cuando se atascaba:

–No has cambiado la aguja -gritó-. Vas a estropearlo.

Pero Lolita no parecía oírlo. Se limitaba a dar golpecitos suaves al diafragma y aguzaba el oído para captar la letra:

–*In a little Spanish Town…* -canturreaba.

Y cerraba los ojos dejando que sus pestañas la volvieran mayor; Paco me miró furioso:

–Vamos, Honde: ayúdame a sacarla de aquí.

–¿Por qué? En fin de cuentas no hace nada malo.

Indignado, se llegó hasta su hermana y cogiéndola por el brazo, fue arrastrándola a empellones hacia la puerta. Intenté separarlos:

–No seas bruto, Paco. Lolita es una niña.

Entonces ocurrió lo imprevisible. Bruscamente Lolita se desasió de su hermano y, enfrentándose conmigo, rompió a hablar con voz de mujer, sus ojos vueltos hacia los míos: duros, violentos, hirientes. Era como si su voz saliera de ellos, como si cada palabra que emitía fuera impregnándose de su negrura:

–¿Quién eres tú para defenderme? ¿Me oyes bien, mamarracho? Yo misma me basto y me sobro para hacer lo que me dé la gana. ¿Te enteras?

Y, sin esperar respuesta, salió del cuarto de juegos con aires de reina ofendida. Pero la palabra «mamarracho» quedó allí, incrustada en mi estupor, en mi vergüenza, en mi sangre. Era una palabra enorme, bramante, como hecha de brasas. Se acoplaba perfectamente con todo lo que yo empezaba a detestar: los labios húmedos de mi madre, la protección del tío Rodolfo, la pobreza de mi casa, el hedor a sardina frita que emanaba de la portería. Toda mi vida se condicionaba a aquel insulto: los antiguos paseos por el Tibidabo, mi incapacidad para descifrar los cubiertos-jeroglíficos, la caracola gigante, el queso que mi madre guardaba tan celosamente para su amante…

Miré hacia el balcón para hurtarme a la inspección de Paco. No quería darle la satisfacción de verme vejado. Pero él debió de intuir lo que me ocurría:

–Vamos, Honde: no hay que hacerle caso. Es una niña litri.

Allá en el jardín, las copas de los tilos se veían chamuscadas por el calor, y las ramas se balanceaban lentas siseando al roce de la brisa. Era lo mismo que si me sisearan a mí:

–No irás a preocuparte por una idiotez semejante.

Pero mis ojos se achicaban cosquilleantes:

–Por el amor de Dios, Honde, no vayas a llorar por tan poco.

Fue la puntilla. Me volví hacia él, de espaldas a la luz, mi indignación clavada en la garganta:

–Jamás he llorado -le grité-. ¿Lo oyes bien, «señorito» Paco? ¡Jamás he llorado!

Y mantuve la mirada con los ojos secos, echando dentro las lágrimas que se empeñaban en brotar, confiando que la palabra «señorito» le causara el mismo daño que me había causado a mí la de «mamarracho».

–Bueno, chico: no hay para tanto. Perdóname.

Pero no le perdoné. Era difícil perdonar a Paco. Para perdonarlo en aquellos momentos, me hacía falta algo imprescindible: sentirme al mismo nivel que él. Y yo (eso era lo grave) me sentía por debajo de aquel desgraciado. Los niveles eran esenciales para los perdones (eso al menos creía yo entonces): fuera como fuese debía conseguir que aquel imbécil y yo llegáramos a ser iguales. Luego vendría el perdón y el olvido y hasta la indiferencia por aquel olvido y aquel perdón. Desvié el tema como pude:

–Ese disco es una porquería -dije deteniendo el mecanismo del fonógrafo. Y nos metimos de lleno en otra ocupación, como si no hubiera ocurrido nada y Lolita jamás hubiese incordiado.

Aquel día no volví a verla (pasaron tres meses antes de que tuviéramos ocasión de encontrarnos otra vez), pero a partir de aquella noche ya no hubo insomnio para mí sin la imagen de Lolita transformada en mi esclava. Era un placer grande idearla sometida, hollada, aplastada y suplicante, mirándome con sus ojos llenos de luto picante, envueltos en dulce terror. ¡Cuántas veces me vengué

de Lolita de aquel modo! Luego, mucho más tarde, fueron aquellos mismos ojos los que consiguieron mi libertad; sin embargo, ellos jamás perdieron su sello de esclavitud.

Tal como tenían previsto, los Moraldo se fueron al norte con su equipaje, sus manías de grandeza, sus tópicos sobre lo que era respetable y sobre lo que no lo era, con miss Dory y sus sombrillas, sus paraguas, sus bufandas y sus botines. Cuando volví a verla era tan alta como yo:

–Pero si eres tú -le dije asombrado.

Y ella me sonrió como si jamás me hubiera llamado mamarracho. A partir de aquel momento (quizá por culpa de su sonrisa o acaso por el cambio de su estatura), Lolita se convirtió para mí en una pesadilla.

Recuerdo que, al inaugurarse el curso, el padre Celestino, como de costumbre, nos había reunido a todos en el salón de actos. Allí nos largó un discurso sobre los buenos propósitos relacionados con los estudios y la pureza. De pronto me vi pillado en faltas nuevas, la de mi odio por Lolita y la de mi deseo de ella. Era difícil confesarse de todo aquello. No hubiera sabido por dónde empezar. Recuperé de golpe todos mis escrúpulos (había pasado el verano sin acercarme al confesionario), la confusión angustiosa de lo que debía decir, los sudores fríos ante el temor de faltar a la verdad, de recibir la absolución sin merecerla… Durante el verano todo aquello se había esfumado. El tío Rodolfo nos había proporcionado una casita de pescadores en algún lugar de la costa muy cerca de la ciudad. Era un pueblecito mediocre, pero apacible y grato. Conocí a muchachos de mi edad que me enseñaron a remar, a pescar y a nadar. También mi madre se bañaba. Eran baños graciosos y convencionales,

cronometrados y dosificados: «¿Sabes, Carlitos? Ya me he sumergido diez veces en el mar.» Para ella el baño de mar no era un placer, sino una terapéutica para hacer salud.

De vez en cuando el tío Rodolfo iba a visitarnos. Casi siempre llegaba con algún regalo. Era su forma de remediar sus largas ausencias: «Para que no olvides a tu viejo tío», me decía. Imposible olvidarlo. Su personalidad era demasiado vital para ser archivada entre lo que se olvida. Ni siquiera ahora, después de tantos años, he conseguido borrar su imagen: a menudo suelo verlo bajando del tren; sus zapatos (habitualmente impecables) cubiertos de polvo, su jipi de anchas alas en la mano, para abanicarse; su pelo (raya en medio) aplastado contra las sienes por el sudor y la gomina, su americana de dril, arrugada hacia el centro de la espalda debido al roce y a la humedad que empapaba su camisa (una camisa de cuello alzado y almidonado, pese al calor) rematado con una corbata de lazo un tanto raída. «Pero si estás hecho un hombre…», me decía invariablemente en cuanto cruzábamos el andén.

A mi madre le besaba la mano, como correspondía a un caballero, y así, con su regalo y el maletín a cuestas, nos encaminábamos a la casita de pescadores para que se refrescara y repusiera fuerzas.

Fue aquel verano cuando se suscitó el tema de mi porvenir:

–Deberás ir pensando en tu futura carrera.

Yo no sabía aún cuál iba a ser mi carrera. Sabía únicamente que quería prosperar: como fuese. La profesión, para mí, era lo de menos.

–Como eso de los números se te da muy bien, podrías estudiar

Comercio.

Decía que tal como se ponía la vida, sólo aquellos que estuviesen preparados para afrontar la crisis podrían subsistir.

–Ya sabes lo que ocurre con la medicina. No tienes más que ver lo que le pasó a tu padre.

Y me repitieron por milésima vez lo de la peste bubónica, lo de la miseria que nos había caído encima cuando hubo muerto.

–Conozco gente importante que podrá proporcionarte empleo.

La meta: de nuevo surgía la meta. La que se basaba en la gente influyente, la que me permitía soñar con escalar peldaños. Recordé otra vez que «los Hondero eran brillantes e inteligentes» y me dije que no tema por qué arredrarme ante unos tipos como los Moraldo.

Pero en cuanto vi a Lolita, mi superioridad se vino abajo. De nuevo surgieron los complejos, las dudas, los temores de quedarme toda la vida en el hijo de la costurera.

Aquel año Paco se mostraba eufórico. Traía discos inéditos de Biarritz y ya no opinaba que la música que se podía oír en el fonógrafo era denigrante.

–¿Sabes, Honde? Conozco un baile nuevo.

Y rompía a bailar de un modo extraño, agitándose mucho, poniendo los ojos en blanco y torciendo la boca. Lolita reía:

–Así no es, tonto.

Y se metía en el ritmo como una persona mayor, contoneándose, serpenteando su cuerpo igual que si no tuviese huesos. Decía haber aprendido a bailar de aquel modo mirando por el ojo de la cerradura a los invitados de sus padres.

–¿Te gusta?

Luego se ceñía a mí para enseñarme los pasos.

–Vamos, rápido, que la cuerda se acaba.

Era hermoso bailar con Lolita. Su aliento caía sobre el mío como una ducha de aire ardiente. Y mis pies obedecían, alígeros, ingrávidos sin el menor fallo. Pero en cuanto sus ojos se fijaban en los míos, todo en mí empezaba a flaquear y tropezaba y me volvía torpe. Paco reía:

–Menuda pareja. – Luego reclamaba su puesto-. Me toca a mí.

Y agarraba a su hermana, como la había agarrado yo, agitándose como una coctelera y poniendo cara de babieca.

Los discos eran siempre los mismos y miss Dory se cansaba de oírlos:

–Vaya una manera de pasar el tiempo -decía-. Los niños no deben bailar, sino jugar. ¿Para qué existe el mah-jong, o los naipes, o la oca?

Miss Dory era joven, pero a nosotros, entonces, nos parecía vieja. Tenía la vejez de la gente que censura y educa y recrimina.

–Usted lo que necesita es un novio -le lanzaba Paco para enfurecerla, mientras le estiraba los mechones rebeldes que le asomaban rizosos bajo el moño-. Un novio que le acaricie esos rizos tan rubios y desconsolados.

Miss Dory se enfadaba y le llamaba *rude* y lo amenazaba con explicarle a su padre lo mal que se portaba con ella.

–A mí esa inglesa me huele a chamusquina. No sé por qué, pero no me gusta -me decía Paco cuando nos quedábamos solos.

Su vida era un misterio para nosotros. Pasaba las tardes de asueto metida en su dormitorio, escribiendo cartas interminables a la familia o haciendo calceta para los pobres de la señora Moraldo. En cuanto a las mañanas, nadie sabía cuál era su ocupación. Al parecer acompañaba a Paco y a Lolita al colegio y luego desaparecía hasta la hora de almorzar.

En cierta ocasión mi madre me preguntó sin venir a cuento:

–¿Continúa miss Dory con los Moraldo?

–¿Por qué iba a marcharse?

–Por nada: sólo preguntaba.

Las facciones de mi madre eran correctas, lisas, casi inexpresivas. Tenía ese tipo de facciones que esconden a la perfección todo lo que los labios no dicen y quisieran decir. Pero había algo en ella que la delataba: su modo de cambiar de conversación cuando temía ser descubierta. Se agarraba al menor detalle, al motivo más

ilógico.

–Tienes una legaña en el ojo derecho, Carlitos.

Por eso, cuando Paco me confió que miss Dory había llorado sin causa aparente, me acordé de aquella pregunta y de la legaña de mi ojo derecho, y comprendí que mi madre sabía algo relacionado con la inglesa que ni Paco ni Lolita podían saber.

–Habrá tenido malas noticias de Inglaterra.

–Es posible.

No tardé mucho en averiguar lo que ocurría. Era ya pleno invierno: faltaban pocos días para las vacaciones de Navidad. Aquella mañana yo me había visto obligado a salir del colegio a deshora, debido a un cólico intestinal que me había llevado a la enfermería. Tenía mucha fiebre y me aconsejaron que me fuera a mi casa inmediatamente. La mañana era fría. Aguardé en la parada de tranvías, tiritando. Todo se volvía lejano: la calle, los carruajes, la gente. Era como estar metido en un sueño donde todo fuera real y falso a la vez. De pronto los vi: salían de un portal cogidos del brazo; los perfiles encarados, la expresión ensimismada. Se miraban como si al mirarse sufrieran o como si el sufrimiento que sentían fuera un placer. Pasaron junto a mí sin verme, sin hablarse, el ademán indolente y mecanizado. Se comprendía que no era la primera vez que pasaban juntos por allí. Al volverse de espaldas vi los dedos del hombre atornillando los rizos de la mujer. Después se metieron en el coche. Conducía él. Se perdieron calle abajo.

Cuando llegó el tranvía subí con dificultad. El peldaño se me antojaba enorme. Una punzada aguda me atravesaba el vientre. El

cobrador me tendió el billete. Tardé en percatarme de lo que me decía. La frase de mi madre lo abarcaba todo: «¿Continúa miss Dory con los Moraldo?» Ella debía de saber. Las costureras y las manicuras saben siempre ese tipo de cosas. Recordé al señor Moraldo entrando en la sala de juegos en compañía de su estirada mujer, el rostro impávido como si ninguna de sus facciones pudiera alterarse, como si no fuera capaz de suavizarse, ni humanizarse, ni lanzar quejas amorosas con los ojos… Tratando a miss Dory como si fuera una subordinada (como si nunca hubiera cruzado con ella palabras de amor, ni le hubiese acariciado los rizos que Paco había calificado de desconsolados), recomendándole, con la frialdad propia de los jefes, que tuviera buen cuidado de sus hijos, mientras él se ausentaba. Y evoqué la sumisa actitud de la inglesa, púdica y recoleta, contestando un *yes, sir* despersonalizado, cargado de neutralidad, para que la estirada señora Moraldo "no sospechara" lo que había entre ellos, ni advirtiese que, más allá de una educación arbitraria y correcta, se fraguaba un mundo de mentiras y engaños. Y recordé las bromas de Paco sobre la apremiante necesidad de que la institutriz se echase un novio, alguien que fuera capaz de humanizarla y de convertirla en algo más que una estaca dispuesta siempre a censurar nuestros hábitos. Y los misterios de sus salidas matinales, y la soledad de sus tardes de asueto, y la excusa de sus cartas interminables…

–El billete.

Tendí una moneda de a real y esperé el cambio. Me gustaba ver cómo el cobrador rompía el billete, cómo introducía la mano en la cartera sobada que pendía del hombro, cómo levantaba la tapa de cuero y hurgaba en las monedas… Pero aquel día, el asco del mareo me tenía agarrotado. El tranviario tiró de la campanilla. Anunció una parada. El tranvía se detuvo: «Hacer esas cosas con

miss Dory…» Recordé su prestigio. «Siempre tienen cenas importantes.» ¿Qué éramos nosotros? Gusanitos machacados por la presunta castidad de una inglesa y el señorío de un burgués adúltero. Un verdadero asco. Pero existía el padre Celestino con sus diatribas contra la inmoralidad. ¿Qué hubiera hecho el padre Celestino si hubiese sorprendido al señor Moraldo y a la inglesa saliendo de un portal cogidos del brazo y bebiéndose los vientos el uno al otro? «Tal vez los hubiera justificado», pensé. La gente mayor era arbitraria, increíblemente cínica. El retortijón otra vez y las náuseas: «No quisiera vomitar en el tranvía.» «Nadie está limpio de culpa», pensé: «Ni mi padre, ni el tío Lorenzo, ni el tío Rodolfo, ni miss Dory…» ¿Por qué? ¿Por qué nadie era limpio? Tal vez el padre Celestino lo fuera… Afortunadamente, me dije, no me habían visto. Las represalias hubieran sido feroces. Fin de los domingos con Paco y Lolita. Fin del comedor con sus cubiertos-jeroglíficos que ya sabía utilizar. Fin de mis idas y venidas por la ciudad con el Renault. Fin del camino que debía conducirme a la meta. No me daba cuenta de que, al pensar de aquel modo, tampoco yo obraba con limpieza.

Llegué a mi casa jadeante, sin fuerzas, la náusea en la garganta, las piernas bamboleantes, el cerebro hueco. Mi madre puso cara de alarma:

–Pero, hijo, ¿qué te ha ocurrido?

Afortunadamente no me habían visto, volví a decirme. Me sentía igual que si acabara de sortear un peligro inminente. Los había visto yo a ellos. No había sido un sueño ni una pesadilla. Era una realidad. Una de esas realidades que los mayores se empeñan siempre en desmentir. Seguramente, de habérselo contado al tío Rodolfo hubiera intentado convencerme de que todo aquello era

producto de la fiebre. Por eso callé. No quería más embustes. Nada de comedias, de sofismas, de mentiras.

Mi madre me obligó a meterme en la cama y me dio una aspirina. Luego le rogó a la vecina que avisara al doctor Tramacho (entonces aún no teníamos teléfono en casa). El tío Rodolfo no tardó en llegar. Comenzó a examinarme con aire preocupado. Apenas contesté a sus preguntas. Me lo impedían las mías, las que no hacía, las que se iban pudriendo por dentro a fuerza de acogotarlas. Mi madre comentó:

–Debe de estar muy enfermo porque apenas habla.

Y me besó en la frente con los labios húmedos, los ojos inquietos y el gesto crispado.

Fue un proceso largo. Entonces cualquier enfermedad era morosa. No había antibióticos, ni sulfamidas, ni hidracidas. Pasé las vacaciones navideñas en la cama. Una tarde estuvo a verme el padre Celestino. Me preguntó si quería comulgar el día de Navidad. Le contesté que no. Se quedó mirándome de aquella forma penetrante que en tiempos no muy lejanos, me había impresionado. Casi podía percibir el roce de su fluido en la frente. Pero aquella vez mi cráneo era de hierro: imposible al taladro. El padre Celestino ya no me impresionaba: me lo impedían la ira y el despecho y la vergüenza de saberme atado a unos hilos invisibles que tiraban tan arbitrariamente de mí. El padre Celestino cambió súbitamente de tema. Bromeó sobre mi hipotética carta a «los Reyes». Mi madre dejó escapar una carcajada. Su risa era molesta. Las risas en labios húmedos lo eran siempre. El padre Celestino le siguió el juego. Habló de la Navidad, de lo bonitas que eran las fiestas que se avecinaban, de lo unidos que debíamos estar todos

los cristianos aquel día… Y yo me preguntaba: «¿Por qué ese día? ¿Por qué no todos?» Me fastidiaba aquel convencionalismo. No: las fiestas de Navidad no eran bonitas. Eran tristes. Terriblemente tristes. Angustiosas como los remiendos demasiado visibles, o los sinapismos sobre el tórax, o las vendas de una herida.

–¿Sabes, Carlos? No hay fecha más importante en la historia de la humanidad. Dios hecho hombre… Dios adoptando nuestra carne…

Pensé entonces que acaso también el padre Celestino estuviera mintiendo. No me cabía en la cabeza que Dios hubiera querido humanizarse siendo los hombres tan inestables, tan absurdos y tan falsos. Así empecé a dudar de la existencia de Dios. Así comenzó aquel largo éxodo de oscuridades que me obligaron, años más tarde, a dar bandazos como un barco a la deriva. Mi madre intervino:

–Carlitos, haz el favor de escuchar lo que te están diciendo. De un tiempo a esta parte te has vuelto muy extraño, hijo. Cualquiera diría que la Navidad no te importa.

Tenía razón. No me interesaba. No la comprendía. Hasta aquel momento la religión, para mí, había sido otra cosa. Algo mucho más profundo que el hecho de sentarse a una mesa para tomar pavo relleno o turrones de Jijona. Pero mi madre insistía:

–Una fecha tan hogareña… Tan agradable… y alegre.

Y recordaba sus desvelos por adornar la casa, el belén, el muérdago, el acebo… Y las tiras plateadas y las campanillas de mentirijillas: «Acércame el musgo, Carlitos», decía cuando la ayudaba a montar el Belén: «Aquí pondremos los pastores…»

Comprábamos el corcho en la feria de la Catedral. Había empujones; olía a humedad, a barro cocido, a hierba: «El Rey Melchor tiene la cabeza rota: hay que comprar otro juego de reyes…» Así un año y otro. Siempre con la nostalgia luchando contra la alegría, pero venciendo la última.

Aquel año no. Aquel año la nostalgia y la desilusión lo estaban dominando todo. «Una comedia.» ¿Para qué tanta historia meliflua, si faltaba lo esencial: aquello que, según decían todos, provocaba el festejo? La miré desde aquel rencor que ya no podía reprimir:

–No me gusta que me llamen Carlitos -repuse secamente.

El padre Celestino carraspeó. Su voz surgió más apagada que de costumbre:

–Tiene razón, señora: Carlos es ya una persona mayor. Un hombre.

Efectivamente, era ya un hombre. Un hombre con todos los atributos de los demás; descreído, desilusionado y escéptico. Ignoro si el padre Celestino lo dijo para halagarme. No me halagó. La toma de conciencia de mi hombría era demasiado dolorosa.

Al levantarme había dado un estirón tan grande que la ropa ya no me servía. Me miré al espejo: un bozo negro asomaba agresivo, sobre mi labio superior y bajo el mentón. Me asombré de mi propio aspecto. Parecía un chivo. Era difícil admitir que aquel muchacho flaco, de pelos lacios y ojos hundidos, pudiera ser yo.

No lo era. El *yo* que echaba de menos había muerto. Tenía plena conciencia de aquello. Pero el nuevo *yo* era incómodo: no me gustaba, me daba miedo. Mi madre me observaba asombrada:

–¡Qué pena, Carlitos! Ya no eres un niño. El padre Celestino tenía razón.

Sin embargo, no apeaba: continuaba llamándome Carlitos. Era increíble que, alguna vez, aquel diminutivo hubiera llegado a gustarme. En aquellos instantes lo odiaba como odiaba cualquier recuerdo de mi adolescencia.

También el tío Rodolfo seguía utilizando aquel vocablo:

–Hay que hacerte ropa nueva, Carlitos.

Él mismo me acompañó al sastre para elegir mi indumentaria. Me encargó pantalones bombachos. Decía que, por muy alto que yo fuera, a los trece años no se podía llevar pantalón largo. Lo acepté. No me quedaba otra solución. El que pagaba era él. Además, todo era mejor que la indumentaria antigua.

A veces el tío Rodolfo se me quedaba mirando insistentemente. Debía de preocuparle mi aspecto, mi desgana de todo, mi sumisión sin comentarios.

–Tomarás un reconstituyente y pasarás muchas horas al aire libre. No volverás al colegio hasta que estés completamente repuesto.

Empezaron los paseos matutinos con mi madre. Me llevaba a Montjuich: le gustaba presenciar los preparativos para la futura exposición. «Va a ser un espectáculo increíble, Carlitos. El mundo entero se asombrará de nuestra hazaña.» Decía «nuestra», como si parte de aquel proyecto le perteneciese; como si todo lo que se fraguaba para inaugurarla fuera un poco idea suya: «La de Sevilla

va a quedarse en mantillas.» A pesar de su origen madrileño, mi madre se sentía catalana: no podía remediarlo. Barcelona, para ella, era «la ciudad»: las demás ciudades, incluyendo Madrid, eran sólo capitales de provincia. Su filia por Cataluña era tan grande, que a veces rompía a hablar en catalán sin darse cuenta de lo mucho que su acento la delataba. El tío Rodolfo, cada vez que la oía, estallaba en risas: «No te va, Remedios: no te va. Lo quieras o no, eres hija de tierra adentro.» Ella se enfadaba con los enfados mohinosos de las amantes que saben, a pesar de todo, dominar la situación: fingiendo más enfado del que sentía, pero dejando entrever que aquel enfado era pura broma.

Allá en Montjuich había muchos curiosos, gentes como nosotros, grises y desocupadas, deambulando por el recinto como beocios. Mi madre no vacilaba en departir con ellos. Hablaban asombrados igual que advenedizos ante un hecho nuevo. Yo los escuchaba en silencio, incapaz de asimilar aquel persistente afán de comunicación: «Probablemente eso va unido a la profesión de costurera», pensaba, y, en cuanto nos quedamos solos, le pregunté:

–Te gusta hablar, ¿verdad?

–Vaya pregunta, Carlitos: a todo el mundo le gusta hablarse -pasó la mano por el ala del sombrero y torció la cabeza-. Bueno, tú eres la excepción. No he conocido a nadie más callado que tú. Me gustaría saber qué diantres estás pensando.

Me encogí de hombros.

–Antes no eras así -me reprochó.

Tenía razón. Nadie es nunca como ha sido. Lo curioso del caso es

que nos llamamos igual y nos consideramos los mismos y se nos juzga o se nos analiza por actos pasados y actitudes marchitas. Le dije que me aburría. Echaba de menos mis estudios, mis idas al colegio, mis domingos en la casa de Paco.

–Pronto reanudarás tu vida normal -dijo ella.

Y un domingo la reanudé. Lo encontré todo igual: el vestíbulo, el criado abriendo la puerta con la majestuosidad de un autómata, el salón lleno de flores, el jardín oliendo a tilos. En cuanto escuchó el sonido del Renault, Paco salió a recibirme:

–Vaya, hombre, por fin.

También él había crecido: ya no era chaparro, y su pelambrera se veía aplastada por la gomina.

–Menudo cambio has dado -me dijo.

Todavía era más bajo que yo, pero la diferencia no era ya tan notable. Pregunté por sus padres, por Lolita, por el tío Lorenzo, por miss Dory.

–¿No te has enterado? La botaron hace una semana.

–¿Y eso por qué?

–Al parecer, era una zorra de tomo y lomo. Ya te decía yo que me olía a chamusquina. Lo que a mí se me escape…

Presumía de avisado, de infalible, como todos los tontos. Fingí sorpresa:

–No puedo creerlo.

Me contó él que su madre llevaba mucho tiempo tomándole ojeriza a la inglesa:

–Hasta que un día provocó una discusión, para que la miss se insolentara. Mi madre suele hacer esas cosas. Entonces la puso de patitas en la calle por haberse insolentado.

–¿Y ella? ¿Cómo reaccionó ella?

–Lloraba. Parecía una catarata. Lolita, la muy incauta, pretendía consolarla. Pero mi madre le advirtió que «nada de consuelos». Que cuando fuera mayor le contaría.

–¿Y tu padre? ¿Qué hizo tu padre?

–Se fue al cine para no presenciar la discusión. No le gusta meterse en cuestiones domésticas.

–¿Y qué es lo que tu madre ha de contarle a Lolita cuando sea mayor?

–Vete tú a saber: cosas de mujeres.

Pero Lolita no se había convencido. En su terquedad de niña continuaba creyendo que miss Dory era una pobre víctima de la injusticia de su madre. En cuanto tuvimos ocasión, me habló del caso:

–Era una buenaza, Carlos: te lo aseguro. Mi madre ha sido muy

cruel con ella.

–¿Cómo lo sabes?

–Papá me lo ha dicho. Y papá nunca miente.

Así estaban las cosas: Papá nunca mentía. Era lo establecido. Probablemente venían repitiéndole esa frase desde que tenía uso de razón: «Papá nunca miente, Lolita. Papá es perfecto», y lo había creído. Por eso, según todas las Lolitas del mundo, los padres nunca podían mentir: se lo impedía su calidad de padres. Tampoco la historia mentía. Ni la ley. Ni Abraham Lincoln, ni el lucero del alba…

–A lo mejor tu padre está equivocado.

–Papá nunca se equivoca.

–¿Y tu madre? ¿Se equivoca a menudo tu madre?

–Mamá ha sido cruel.

Se lo había metido en la cabeza aquel «papá que nunca mentía».

–¿Y ahora quién va a educaros?

También lo de la educación era un hecho establecido. Los padres «bien» de entonces no solían educar. De la educación de los hijos se encargaban los colegios, las institutrices o los preceptores. Jamás los padres. Ninguna chica elegante salía a la calle sin la compañía de una carabina que hablase inglés o francés.

–Una francesa: llegará mañana.

Aquella tarde estuvimos los tres solos. Fue una tarde divertida, anárquica y despreocupada. Intuíamos que nuestra libertad iba a ser corta y sacamos todo el partido que de ella pudimos. Bailamos, fumamos, bebimos sorbetes de ron…

–Hay que aprovechar la libertad -dijo Paco-. A partir de mañana volveremos a la esclavitud.

Fue una reunión agitada, dislocada y alegre. Algo parecido a lo que ocurre sin duda en los sanfermines. Teníamos bula para todo. Nos acercábamos al toro, nos sentíamos diosecillos, pamploneses decididos. El alcohol nos volvía locuaces; decíamos barbaridades, saltábamos como simios alocados. Ni siquiera tuvimos el freno de los señores Moraldo. Aquel día, «la cena importante» tenía lugar fuera de la ciudad y pudimos ahorrarnos los cinco minutos de envaramiento establecido. Teníamos a Justo: el criado inmutable. Pero su presencia no importaba. Justo era, para los Moraldo, una máquina que servía: sin ojos para ver ni boca para hablar.

Regresé a mi casa con la nariz roja y las orejas ardiendo:

–Barrunto que lo has pasado muy bien -comentó mi madre.

Me escudriñaba entre asustada y contenta. Pero no preguntaba. Tampoco yo era muy explícito. Guiado por la fuerza de la costumbre, le di un beso en la mejilla y esquivé el suyo. Los labios húmedos de aquel rostro iban resultándome insoportables: me obligaban a pasar una mano por la cara y el ademán la ofendía:

–Han botado a la inglesa -dejé caer fríamente.

Mi madre ni se inmutó. Probablemente lo sabía. Se limitó a preguntarme con falso interés:

–¿Y eso por qué?

Sin duda quería averiguar hasta dónde sabía yo. No intenté desorientarla. O, mejor dicho: me complací en desorientarla con la verdad:

–Porque se entendía con el padre de Paco.

Era la primera vez que yo abordaba un tema de aquella especie con mi madre. Jamás, hasta aquel momento, le había yo demostrado mis conocimientos sobre tal aspecto de la vida. Debió de asombrarse de mi inmutabilidad, pero dominó cada músculo de su cara con maestría insuperable. Siguió hablando como si aquel tipo de problemas hubiera sido abordado por nosotros continuamente:

–¿Lo sabe Paco?

–Todavía no. Pero lo sabrá. Los hijos acaban enterándose siempre de lo que hacen sus padres.

Ya estaba dicho. Y no me arrepentí. Continué sosteniendo su mirada y desafiando su miedo. Reaccionó con talento. No intentó llevarme la contraria. Tampoco me preguntó cómo me había enterado de lo ocurrido con la inglesa. Ni siquiera se molestó en desmentirlo, como hacía siempre cuando algo «real» la molestaba.

–Son cosas que pasan -dijo escuetamente.

Y se metió en la cocina. Lo peor hubiera sido que se hubiese escandalizado. Mi madre no tenía derecho a escandalizarse por ese tipo de cosas. La imaginaba entre cacharros recorriendo de nuevo nuestra conversación; sorteando dentro de ella misma vericuetos difíciles y terrenos pantanosos. Pero su capacidad de disimulo era muy grande. La oía yo canturrear desde el comedor como si tal cosa, cacharreando, abriendo grifos…

Creo que nuestra congelación empezó aquella noche: tras el despido de miss Dory. Fue como si el hilo de su aguja se hubiera roto y entre nosotros ya no hubiera ataduras. Durante la cena me preguntó si me sentía con fuerzas suficientes para reanudar las clases; le contesté que sí. Entonces ella me habló del nuevo proyecto del tío Rodolfo: tenía la intención de incorporarme a un club.

–Debes practicar algún deporte. A tu edad es necesario hacer ejercicio. ¿Qué prefieres? ¿Tenis? ¿Jockey?

–Golf.

–Vaya una idea peregrina, Carlitos El golf es cosa de viejos.

–Algún día espero llegar a serlo. Eso tendré adelantado.

Los deportes me tenían sin cuidado. Si había mencionado el golf era porque Paco lo practicaba y porque intuía que para llegar a la «meta», el camino del golf era imprescindible.

–Dile al tío Rodolfo que me haga socio del golf.

Intentó disuadirme (debo reconocerlo). Me habló de «dificultades».

Dijo que se trataba de un club «muy cerrado» y que no admitían a todo el mundo.

Pero me mostré inflexible: o golf o nada.

–De acuerdo: se lo diré al tío Rodolfo.

Pronto los domingos Moraldo empezaron por la mañana. Ya no era sólo la tarde dominguera la que pasaba yo con Paco. Después de oír misa juntos, nos íbamos al golf metidos en el Renault, como dos señoritos repelentes. En aquella época, el club del Prat era sólo un vivero de moscas y mosquitos. Fue mucho más tarde cuando empezó a sonar. Entonces los golfistas tenían su sede en lo alto de Pedralbes, y los campos se extendían desde la carretera de Esplugas hasta lindes todavía separados de la ciudad por cotos privados.

Una antigua masía servía de refugio a los golfistas. Era un lugar elegantemente tosco, intencionadamente sencillo y despreocupadamente confortable. Tenía un pavimento desigual y una chimenea de piedra donde en los días fríos se quemaban leños enormes y chismes pequeños. Cuando se tramitó mi ingreso, mi madre no veía claro que me aceptasen: «Van a poner dificultades, Carlitos: esa gente es muy pedante.» Olvidaba que el señor Moraldo era un socio arraigado en la pedantería del lugar. Bastó su aval para que me abrieran las puertas. En cuanto al señor Moraldo, debo decir que, desde el primer momento, acogió la idea con entusiasmo: «Amigos como tú es lo que necesita Paco.»

No en vano sabia él que, sin mí, su hijo (el empecinado y abúlico hijo que Dios le había dado) hubiera ido para burro con la velocidad de un alud. Para justificarse ante sus consocios, se liaba a hablar de mí como si mi *pedigree* fuera insuperable: «Se trata de

Carlos Hondero, hijo de un médico famoso que murió cuando la peste. ¿Le recordáis?» Nadie recordaba nada, pero decían que sí para no pasar por desmemoriados, «…y de Remedios Ruiz de la Argamasa y Borgoñán. Habréis oído hablar de los Borgoñán de Madrid…» Aquellos apellidos resultaban más familiares: «Naturalmente, Merceditas Borgoñán era su abuela… No: no tiene título. Pasó al hermano de Merceditas… Eso: el marqués de la Triponna: origen italiano: muy antiguo.»

Los más enterados me abordaban:

–De modo que tu abuelo fue el célebre marqués de la Triponna…

Enseguida les aclaraba que no: que se trataba de un hermano de la abuela. Daba lo mismo. Una vez en el ajo, yo era para todos ellos el futuro marqués de la Triponna.

El título aquel me avergonzaba. Escurría el bulto cada vez que lo mencionaba alguien. Me producía un sofoco grande saber que un antepasado mío hubiera podido firmar algún papel estampando un nombre tan ridículo como aquél. Nunca supe cómo el señor Moraldo había conseguido acumular tal cantidad de datos sobre mi árbol genealógico. De hecho conocía la historia de mis antepasados mucho mejor que yo. Durante varios días fui el tema de conversación entre aquellas gentes:

–¿De modo que tú eres un Ruiz de la Argamasa? Yo traté a tu abuela -me decía la vieja Repecho-. Era una auténtica belleza. Una gran señora.

También la anciana Sobrado (algo desdentada, pero todavía coqueta) recordaba al abuelo:

–Lo llamábamos «Pepito Patillas»: le llegaban hasta la mandíbula inferior. Siempre tan correcto, tan educado…

Porque para todas aquellas gentes lo más importante era la corrección, las maneras; eso que «no se hace sino que nace». Recordaban luego el siniestro que los había obligado a naufragar en el lago Lemán:

–Para que luego digan que los lagos son inofensivos. Una desgracia, una verdadera desgracia. ¡Quién podía prever semejante calamidad! Y todo por una chispa inesperada… Cuando quisieron darse cuenta, el barco era un horno a la deriva. Al parecer, tus pobres abuelos se tiraron al agua para no quemarse… Nunca dieron con ellos.

Algunos se compadecían de mi madre:

–Tan niña y huérfana. Debió de ser horrible.

Los más informados eran los Sobrado hijos: aquellos que jamás se separaban de los padres de Paco, ni de los Repecho:

–Cayó en manos de unos tíos poco escrupulosos. Luego perdimos la pista de tu madre…

«Los de la pelea», pensaba yo. Los que se habían opuesto a que yo naciera. Porque, naturalmente, al oponerse a la boda de mi madre forzosamente se habían opuesto a que yo existiera.

El señor Moraldo se derretía de gusto cada vez que mencionaban mi genealogía. Era una rúbrica a su aportación, a su aval, al buen

gusto de haber incorporado al club un muchacho de tanta alcurnia.

En cambio, a mí todo aquel palabreo me infundía un extraño malestar que me advertía del peligro que suponía llegar al meollo del asunto. Hurgar demasiado podía poner en evidencia la página oscura de mi vida; la que se refería al tío Rodolfo.

Pronto descubrí que tampoco el señor Moraldo era amigo de rozar aquel tema. Probablemente él conocía la historia de mi madre: por eso la limitaba a su infancia.

El club de golf, en aquella época, no se parecía al de ahora. En él jamás se hubieran aceptado socios tan poco apetecibles como los dueños de las cocinas Morera, o los príncipes de las trituradoras Sabanas, o los polifacéticos y archimillonarios Rampardal, representantes de bebidas con patentes americanas, fabricantes de caramelos, importadores de salchichas, poseedores de una cadena de zapaterías y muchas otras cosas más, que después de la guerra consiguieron para ellos tanto brillo y ascendencia. Y hubieran puesto el veto a los quinielistas afortunados o a los provincianos recientemente trasplantados a Cataluña, gracias a la repentina alza de unos terrenos, o al enriquecimiento brusco provocado por la ola turística del país.

Allí, en aquella masía restaurada y acondicionada, todo era exclusivo, reducido y tremendamente *snob*. Los socios tenían el esnobismo de los que se consideran intocables, privilegiados y refinados por herencia. Era divertido observarlos: siempre alerta, siempre preparados para estar a la altura de las circunstancias, a la altura de su «buena educación», a la altura de su intachable origen. Es decir, todo lo que exigía depuración, gustos internacionales y convicciones monárquicas. Lo demás no podía ser distinguido. Por

eso no se hablaba nunca el catalán en aquel lugar. Porque el catalán era el idioma del pueblo. Y ellos eran ciudad: ciudad cosmopolita estrechamente ligada al palacio de Oriente.

Su ética no tenía más principios que conservar airosamente las apariencias y los desarrollos de su pequeño círculo. La marcha del mundo, con sus aberraciones, sus cataclismos, sus guerras y sus injusticias sociales, eran sólo letra impresa, bulos, noticias que no interesaban… A no ser, naturalmente, que amenazasen el propio decoro o la propia estabilidad. Lo demás no existía. O mejor dicho: existía para los otros, los que no eran como ellos, los que se veían obligados a mirar de abajo arriba. Es decir: los nadie.

Sin embargo, no todos eran iguales. Dentro de la unidad clasicista, había categorías. En el fondo eran aquellas categorías lo que les permitía completarse, admirarse o incluso criticarse mutuamente.

Había bufones y reyezuelos, cobistas y halagados, generosos y gorristas, aristócratas y burgueses. Naturalmente, burgueses con derechos adquiridos de antiguo, no como los de ahora, recién enriquecidos por oportunismos más o menos legales. Pero, al margen de esas diferencias, todos se consideraban exclusivos, con la exclusividad indiscutible que nacía en el golf para acabar en Chez Maxims. Lo demás era puro adorno, simple ornato, como las gaviotas sobre el mar o el perejil en la fuente.

Poco a poco fui conociéndolos a todos. Tenían nombres que sonaban, que se leían en *Blanco y Negro:* títulos nobiliarios que despertaban la admiración de las modistillas, la sumisión de los acomodadores de la ópera y la envidia de los ricachones sin *pedigree*. Los Repecho, los Sobrado, los Hendidura, los Cabeza de Moro… Todos recalaban allí, en aquel coto cerrado; hablando,

discutiendo, riendo… Comentando los pormenores de la moda parisiense y la elegancia inglesa, presumiendo de palco liceístico en el principal, y fotografías de Sus Majestades dedicadas y firmadas.

Uno de los temas de conversación favoritos entre aquellos ejemplares, era «los puestos de la mesa» (al parecer surgían piques eternos por un invitado mal colocado), pero lo que siempre esgrimían como «salsa picante» eran los gazapos de algunos advenedizos cuando «recibían» en sus casas. Lo curioso era que las cosas más convencionales, dejaban de serlo en cuanto caían en sus manos. Tenían una rara habilidad para convertir lo más insignificante en algo fundamental, y lo fundamental en cosa de poca monta. Casi todos profesaban un extraño culto a todo lo que oliese a rancio. Nada importaba que a veces «los elegidos» ostentaran lacras o miserias humanas si las deficiencias (estupidez, epilepsia, truhanería, alcoholismo o manía sexual) iban respaldadas por raigambres ilustres. La cuestión era que se tratara de deficiencias distinguidas, de alta prosapia, heredadas de algún antepasado glorioso (cuanto más antepasado mejor) o vinieran condicionadas a un título (más o menos reciente) o tuvieran apellidos esplendorosos.

Aquel año la habían emprendido con la gobernadora. Las críticas más feroces surgieron al día que la infeliz había decidido reunir en el Palacio de Gobernación a los miembros más depurados de la alta sociedad catalana. Al parecer se había atrevido a ofrecer champaña nacional en lugar del indispensable *champagne* francés.

Reían mucho cada vez que mencionaban a la gobernadora (tan satisfecha ella, tan pechugona y rolliza) y la llamaban «Juana la coma, coma» porque aseguraban que se había pasado la noche

repitiendo a los invitados: «Vamos, coma usted, coma sin reparo: que luego sobra comida y hay que tirarla.» Decían de ella que era «divina», que no tenía desperdicio, que su cursilería era digna de trofeos… Y como la gobernadora había tres o cuatro personas clave, a las que siempre sacaban a relucir para descuartizarlas sin más motivo que el de considerarlas «distintas».

Pero ello no excluía que en cuanto «Juana la coma, coma» hacía su entrada en el recinto del golf, todos, hasta los Moraldo, los Repecho y los Sobrado, se ponían en pie y le ofrecían asiento, y le dirigían la palabra con extrema solicitud, para alabar su vestido, su sombrero, su fiesta (tan depurada, tan escogida, tan bien servida), porque, a pesar de todo, siempre coleaba algún favor sin realizar, o una petición pendiente de respuesta, o un indulto por firmar…

También hablaban mucho de un tal Freudman. Pero a él se referían con respeto. Nadie se preocupaba de hurgar en su pasado. Desde entonces he comprendido que existe una especie de aristocracia que no precisa de títulos ni de antepasados: una aristocracia «original» propia de los señores feudales (los de la Edad Media y los de la edad espacial) que, por hallarse en olor de dólares (en otros tiempos fue olor de torneos y victorias guerreras) se hacen acreedores al mayor respeto. Ese debía de ser el caso de Freudman. Para todos, aquel hombre era eso: una especie de señor feudal de nuestros días: un creador de estirpes como Abraham, padre de nobles como el Rey David, y antepasados del futuro como Cristóbal Colón. Los más internacionales (aquellos que pasaban temporadas en París o en Londres o en Nueva York) aseguraban haber conocido a Freudman (a saber las bajezas que habrían realizado para ser presentados a aquel hombre) y se recreaban describiendo sus palacios en Venecia, en Francia, en Viena… sus obras de arte, su exquisita educación, su *savoir faire* y su atractivo

físico.

–Un *gentleman* indiscutible -afirmaban los más exigentes.

Lo cierto es que, en aquellos momentos, Freudman era considerado el hombre más rico del mundo. Cuando hablé de él a mi madre, contestó: «No se equivocan: es un genio financiero. También tú llegarás a ser un Freudman algún día.» La frase me fue siguiendo años y años: al principio con ilusión, luego con esperanza, más tarde con terror. Ahora es sólo un recuerdo que confirma la teoría del presentimiento.

Aquel ambiente me iba absorbiendo sin darme cuenta (es decir, me idiotizaba). Pronto me vi adoptando los giros y las actitudes de aquellas gentes, como si las hubiera tratado toda la vida. Un día le propuse a mi madre:

–Deberías hacer las paces con tu familia.

Cosía, como de costumbre, junto al ventanal del comedor. Al oírme dejó la ropa en el halda y alzó la vista:

–Siempre dije que el ambiente del golf te embrutecería, Carlitos. Ahí lo tienes: ya empiezas a trastornarte.

Todavía insistí:

–Pero, mamá, el tiempo lo borra todo.

–No seas incauto, hijo: el tiempo lo único que hace es envejecer a los que quisieran «borrar». Yo nunca podré borrar los malos tratos ni los insultos. ¿Has olvidado ya lo mucho que rebajaron a tu

propio padre?

Era difícil olvidar lo que nunca se había vivido.

–Además -remachó enseguida-, los aristócratas me repatean.

–Sin embargo, tu abuela era hermana del marqués de la Triponna.

También a mi madre le avergonzaba aquel título. No podía escucharlo sin taparse los oídos y echarse a reír.

–Con su pan se lo coman y se lo entripen.

Probablemente las tendencias republicanas de mi madre se debían en gran parte a aquella pelea, pero sobre todo a las teorías políticas del tío Rodolfo. Desde que yo tenía uso de razón no había escuchado de aquel hombre más que peroratas contra la monarquía, la dictadura, y las sandeces (decía él) que caracterizaban al partido monárquico. Añadía luego que España no llegaría a su mayoría de edad hasta que despertara de su modorra y se decidiera a implantar la república.

Al principio, cuando lo escuchaba, tenía la impresión de que sus argumentos eran sensatos, pero en cuanto me introduje en el ambiente de los «exclusivos e intocables», surgieron las dudas sobre la validez de sus argumentos. Allá, entre prados, tés, gorras de cuadros y sombrillas gigantes, todo se reducía a pregonar las excelencias de la monarquía, y cuando alguien se atrevía a lanzar diatribas contra algún miembro monárquico, lo hacía con timidez, con una especie de cariño disgustado, anteponiendo siempre un amoroso «que conste que lo digo porque me duele». En realidad, nadie pensaba seriamente que la monarquía podía ser algún día

derrocada. Para todos ellos la palabra «república» era tan remota y dañina como la palabra infierno. No obstante, jamás alegaban razones de peso para justificar sus principios: sus bases se ceñían a vocablos ambiguos como «tradición», «honor», «buen gusto», «poca clase» y otras variantes sobre el mismo tema.

Lo cierto es que el dogmatismo político de aquellas gentes era tan rotundo, que llegué a pensar seriamente que el tío Rodolfo vivía equivocado y que la razón estaba de parte de los Moraldo, de los Repecho, de los Sobrado, de los Cabeza de Moro… de todos los que pululaban por el golf. Pero la verdad es que no conseguía formarme una idea muy clara de ningún partido político.

Luego venían los almuerzos en la casa de Paco. (Desde que nos dedicábamos al golf, yo no regresaba a mi casa hasta la noche.) No es fácil que olvide aquellos almuerzos, silenciosos y majaderos, en los que la señora Moraldo apenas me dirigía la palabra y en los que Lolita me lanzaba miradas enigmáticas, entre altivas y amorosas.

Más tarde, cuando me introduje en la casa de Alicia, me di cuenta de que también las mesas de casas bien tenían categorías, ritos y derechos peculiares y diversos. Los almuerzos de los Moraldo eran breves, matemáticos, sin comentarios, sin opiniones (las opiniones sobre la comida eran vicios poco ingleses, propios de personas ineducadas). Justo, el criado, estoico y envarado, actuaba casi displicente, con la sobriedad de los adornos inútiles, y sólo entre plato y plato los miembros de la familia Moraldo se dignaban hablar. Lo contrario hubiera supuesto atentar contra las establecidas reglas de «la buena mesa», una alteración de mal gusto, una pérdida de tiempo incalificable… Además, se hubiera caído en el imperdonable riesgo de hablar con la boca llena. Los temas se restringían casi siempre a nuestras clases de golf: «¿Habéis

aprovechado el tiempo, niños?» Lo preguntaban sin interés, y por descontado se referían a Paco. Él respondía a su aire, inventando jugadas maestras y ocultando lo que podía disminuir sus dotes golfísticas. La señora Moraldo miraba a su marido con evidente satisfacción: «Lo que ese hijo nuestro se proponga…» Y la ceja de Paco se encogía hasta convertirse en una raya horizontal.

Por la tarde solíamos ir al cine. La novedad de las películas habladas era irresistible. No nos importaba ver el mismo rollo tres o cuatro veces. La nueva institutriz decía que eran instructivas porque se hacía práctica de idiomas (las películas todavía se exhibían en versión original) y en vista de su cualidad didáctica, nadie nos prohibía la diversión. Por lo regular íbamos solos, pero si Lolita decidía acompañarnos, la institutriz iba con nosotros. Era francesa y hablaba el inglés casi sin acento. «Una alhaja», aseguraba la señora Moraldo.

Cuando la conocí, me quedé perplejo. Indudablemente la señora Moraldo había querido curarse en salud. Mademoiselle Marie era una mujer entrada en años, patizamba y fea (tenía una de esas fealdades ofensivas que no admiten solución), lo que sin duda constituía una garantía para la estabilidad del matrimonio Moraldo. A pesar de su aspecto, mademoiselle Marie era simpática, de sonrisa fácil y jamás nos importunaba, como había hecho miss Dory, cuando se refería a nuestras diversiones. Además sabía jugar al *bridge* y, cuando nos quedábamos en casa, nos daba lecciones.

Lolita, cada vez más espigada y sinuosa, aprendía rápidamente: contaba sus bazas con desparpajo y aunque daba la impresión de que marcaba juego al tuntún, casi siempre ganaba.

–Inteligente -comentaba mademoiselle Marie.

Paco solía burlarse de la francesa. Le había sacado el mote de miss Francia y no perdía ocasión de imitarla para dejarla en ridículo. Lolita se enfadaba:

–A ti lo que te molesta es que no te llamen inteligente.

Era verdad. Paco envidiaba a su hermana. La envidió siempre. No podía sufrir que fuera superior a él. Pero tampoco podía sufrir que le dieran lecciones:

–Mocosa ridícula y famélica, mejor harías, si fueras a lavarte. ¿Nadie te ha dicho que hueles mal?

Y cuando Lolita, llorando, salía de la habitación, Paco se me quedaba mirando como si no comprendiera la reacción de su hermana:

–No entiendo por qué se ha puesto así… Cualquiera diría que la he insultado. Al fin y al cabo, yo bromeaba.

Lo de siempre: jamás reconocía su culpa. Una vez que había descargado su furia, se sosegaba, olvidaba su violencia y recobraba su apatía.

En el fondo se consideraba ponderado (jamás tuvo en cuenta su violencia solapada y brusca); por eso presumía de inalterable, de hombre recto y sereno: «Desconozco la venganza», decía.

Sin embargo, toda su vida ha sido un continuo bandearse entre vindicaciones, entre amenazas, entre avasallamientos, para conseguir sus fines.

Aquel invierno fue revelador para mí. Comprendí que, andando el tiempo, Paco iba a volverse insoportable. Él mismo iba creándose una aureola falsa de prócer en embrión que, sin duda, más adelante (como no surgiera algún cataclismo) iba a acabar por embrutecerlo totalmente. No admitía la más leve insinuación sobre sus deficiencias. El *hereu* de los Moraldo jamás podía ser deficiente. Se lo habían imbuido desde la más tierna edad y no era fácil que lo olvidara. Había mamado su presunta importancia día tras día, entre inciensos de pacotilla y cepillos rastreros. Era imposible desprenderse de aquello cuando rozara la madurez.

Al llegar la primavera, la ciudad empezó a llenarse de extranjeros. Recalaban en ella gentes de todo el mundo para asistir a la inauguración de la exposición catalana. De pronto, Paco dejó de invitarme. Pretextaba excusas sin fundamento cargadas de impertinencia: «Han llegado a Barcelona familias con muchachos de mi edad, ¿sabes, Honde? Debo atenderlos: son amigos de toda la vida… Así que no podré salir contigo».Ni siquiera dijo «Lo siento», «es un fastidio» o «más adelante volveremos a vernos». Sencillamente me barría porque ya no le hacía falta. Se acabó el coche llevándome y trayéndome. Se acabó la clase de golf. Se acabó el almuerzo carambola, el té servido en el comedor, la sesión de cine, el *bridge*, los bailes en el cuarto de jugar… Todo había ingresado, repentinamente, en la zona de lo que se entierra, de lo que se desdeña porque sobra.

Barcelona bullía de alegría, pero mi tristeza no se avenía con el excitante alborozo de las calles. Era una algazara barroca y festiva. Tal vez por eso mi tristeza fuese tan honda y tan inaguantable. Me dolía aquel continuo vaivén despreocupado, saturado de españolismo, de orgullo de raza y de país en franco progreso. Por

todos lados se respiraba un ambiente hinchado, grandilocuente y optimista. Parecía como si aquella euforia fuese a durar siempre, como si nuestras garantías de solidez fueran eternas. Ni por el forro se podía barruntar la insolvencia de nuestro porvenir.

A veces recordaba frases agoreras que el señor Moraldo dejaba caer entre sus amigos: «Veremos lo que ocurre cuando la dictadura se acabe. España, sin mano dura, sería peor que un lupanar. Aquí, sin puños, nos apuñalan.» Y las comparaba con las que emitía mi madre cuando el tío Rodolfo le decía que España nunca llegaría a desarrollar sus posibilidades hasta que fuera libre. No era posible sacar nada en limpio. La nebulosa continuaba. Todo era confuso. ¿Cuál de las dos tendencias tenía razón?

De cualquier forma, la inauguración de la Exposición tuvo un sello luminoso y estridente (a veces, cuando he pensado en aquella primavera, la he comparado al indudable fenómeno de la mejoría de la muerte). «España mejora, doctor: dice encontrarse más saludable que nunca», y yo veía al doctor Tramacho moviendo la cabeza dubitativamente: «Falsas ilusiones, amigo: no tardará en empeorar para siempre. He visto demasiadas muertes parecidas.»

La multitud era agobiante. Apenas se podía dar un paso. El hacinamiento humano crecía con la torridez del sol. Únicamente allá en lo alto, donde los monarcas se movían, cabía la holgura y el bienestar. Imaginaba a los Moraldo, a los Sobrado y a los Repecho… Todos estarían allí, bailándoles el agua a los reyes, gozando de los puestos privilegiados, estrechando aquella mano que un día (ya lejano) estrechara la mía…

–¿En qué estás pensando, Carlitos? Cualquiera diría que esta maravilla te deja frío.

Al contrario, me quemaba, me lesionaba el alma. De nuevo me sentía marginado, desairado. Recordaba a Paco: lo suponía allá, en el núcleo de los que saboreaban la Exposición con dignidad, no como la veíamos mi madre y yo, envueltos en plebe, zarandeados por multitudes y sofocados por el hedor a sudor y a cuerpos humanos poco higiénicos. Al llegar a casa todo me parecía desangelado y absurdo. Me encerré en mi cuarto y di la excusa que debía estudiar:

–Vas a enfermar otra vez -decía mi madre-. Hoy es un día excepcional. No deberías estudiar tanto.

–Los exámenes se acercan.

–Todo debe hacerse a su debido tiempo, hijo. No hay que apresurarse.

Pero yo tenía prisa. Necesitaba avanzar: llegar cuanto antes a la meta.

El domingo siguiente, mi madre se empeñó en que la acompañara de nuevo a la Exposición. Probablemente quería rellenar un poco el vacío que los domingos truncados me estaban dejando: «Hoy podremos verla con mayor holgura.» Acepté a regañadientes. Algo me decía que no debía acompañarla. Hay cosas que se intuyen: flotan en el aire y se captan sin saber por qué razón. Yo estaba captando lo que iba a ocurrir: sólo que sin concretar exactamente los motivos. Y la acompañé. La tarde era larga y soleada: una de esas tardes que obligan a respirar verano, aunque el verano esté por llegar.

Como la vez anterior, entramos en el recinto a empellones, convertidos en muchedumbre. De nuevo vimos el palacio, las fuentes, las cascadas… Avanzábamos, como todos, a trompicones, alelados, camino arriba, con ese paso incierto que caracteriza a los que deambulan (alucinados y sin prisa) hacia lo indeterminado. Corría una brisa sofocante, impropia del mes de mayo. Fue tal vez aquella brisa lo que empezó a despejarme. Casi me sentía contento.

La intuición peyorativa (aquella que me había asaltado antes de salir de casa) se había esfumado. Ya no me arrepentía de haberle dicho «sí» a mi madre. A veces uno se siente alegre sin saber por qué, como si una fuerza invisible nos obligara a ello. Llegamos hasta el tenderete de un hombre que voceaba su mercancía con voz atiplada. Era una voz chillona que a ratos se confundía con el sonido de una banda de música que lanzaba sus marchas triunfales desde la glorieta cercana. El hombre decía «Acérquense, señoras y señores, y observen la maravilla…» No recuerdo lo que ofrecía: quizás un crecepelo, o un elixir de juventud, o una estilográfica… Cualquier cosa de esas que luego no sirven para nada, pero que si no se adquieren, nos persiguen durante meses y meses como un remordimiento. En torno a la glorieta, allá donde la banda trompetera rasgaba el aire con agudos molestos, se extendían hileras de banderitas variopintas y luminosas, que se movían inquietas como flanes agitados. Y más acá, muy cerca de donde nos encontrábamos, había un barquillero haciendo girar su rueda de la fortuna y llamando a los niños a pleno pulmón. También un puesto de churros (desde aquel día odio los churros) atractivo: olía a patatas fritas y a aceite quemado. Y el ventero de gaseosas «fresquitas y dulces para matar el calor y la sed». Era un pugilato de ruidos, de aromas y coloridos. Pensé que, a pesar de todo, la vida era bonita, y que no debía preocuparme por la deserción de los Moraldo; al fin y al cabo, todos éramos iguales. Contemplé el

rostro de mi madre: todavía joven y hermoso y, por primera vez, advertí que sus labios no estaban húmedos. Le pregunté:

–¿Por qué no te pintas los labios, mamá?

Arqueó las cejas, extrañada:

–¡Qué cosas se te ocurren, Carlitos!

–Todas las señoras de tu edad se pintan los labios.

Y señalaba a las mujeres que me rodeaban.

–Fíjate en ésa, y en ésa…

Ella echaba vistazos sonriendo:

–No son de mi clase, tonto.

Y yo, por bromear, volví a mencionarle al marqués de la Triponna. Reíamos los dos despreocupados, como si fuéramos un par de amigos. Y la gente nos miraba: casi me sentía orgulloso de la atención que estábamos despertando en los demás. Hasta que de pronto todo se vino abajo. Vi a una mujer elegante, enjoyada y altiva. Vestía un traje gris de gasa plisada. Una zorra negra le cruzaba el pecho a la moda de entonces y llevaba la cabeza tocada con un sombrero de paja, cuya ala derecha caía graciosamente sobre la mejilla, al peso de un racimo de cerezas artificiales, probablemente rellenas de algodón. Era bonita: tenía la belleza relamida y peripuesta de las mujeres cuidadas. No sé cuándo empecé a sospechar el peligro. Fue algo simultáneo a la advertencia:

–Fíjate en ésa…

A veces la reacción se adelanta a las prenociones, como si el propósito fuera más débil que el descubrimiento y más fuerte que la comprensión. El charlatán continuaba voceando: «Vengan, señoras y señores…» Mi madre la miró. Fue un otear inadvertido, indefenso, excesivamente espontáneo. Uno de esos vistazos que podían pasar por no dados. Y rápidamente se volvió hacia el charlatán, como si lo más importante del mundo, en aquellos momentos, fuera él y las engañifas que anunciaba. Se agarraba a él, como los desesperados se agarran a una cuerda que pueda salvarlos. Entonces volví a fijarme en la señora de las cerezas. La vi crispada, con cierto ramalazo de ira en las pupilas. Se le había puesto en la cara una de esas expresiones que fulminan y despedazan. Habló. Mejor dicho: gritó. Y yo escuché lo que dijo entre acorde y acorde. Fue lo mismo que escuchar una sentencia de muerte. Lo dijo sin mirarme, pero se dirigía a mí aunque aparentemente llamara a sus hijos: «Luz, Rodolfo, Rosario.»

Era una voz forzada, erizada de cólera, una voz que no admitía tregua, apremiante, despótica. Los niños corrieron hacia ella, la bolsita de churros en la mano, los labios impregnados de aceite y de azúcar. Una de las niñas (no recuerdo cuál) se detuvo junto a mí: entonces la señora de las cerezas, como si temiera un contagio, se acercó a su hija y le tiró de la manga para que no me rozara.

–Cuidado, no te acerques a ese niño… Vámonos de aquí enseguida. Este lugar apesta.

Me volví hacia mi madre. Continuaba pendiente del charlatán: ensimismada, abstraída, completamente ajena a lo que estaba

ocurriendo. Se había vuelto de espaldas, como si se desentendiera de mi hundimiento, como si no hubiera oído lo que aquella mujer acababa de gritar. Pero al mirar su espalda, comprendí que también ella sufría: había una curva nueva en aquel modo de encogerse, un raro abatimiento que la volvía débil e indefensa. Jamás una espalda me había parecido tan elocuente ni tan angustiada como la de mi madre en aquellos momentos.

Después lo vi a él. Se hallaba a dos pasos de la glorieta departiendo en voz alta con un desconocido. Era imposible que no nos hubiera visto. Era imposible que ambos estuvieran allí, a pocos metros de distancia, sin que ninguno de los dos diera muestras de conocerse.

Y lo comprendí todo: fingían. Era un fingimiento incómodo, pero decidido: un fingimiento impuesto por la señora de las cerezas. Enseguida vi a Luz, a Rodolfo y a Rosario corriendo hacia él. Le llamaban papá y le explicaban que su madre quería marcharse «inmediatamente». Y fue como si me hundiera en un pozo, o como si el suelo se hubiera resquebrajado y mi madre y yo hubiéramos caído en una fosa sin posibilidad de salir de ella.

Lo demás se confunde en una masa de acontecimientos rápidos, sin relieve. El tío Rodolfo pasó junto a nosotros sin volver el rostro, sin mirarnos: la tez pálida, la vista fija en aquella mujer vestida de gris; sometido a ella, cabizbajo, achicado, el susto brotándole por los poros.

Luego se alejaron los cinco, camino abajo, como una familia modelo, mientras mi madre y yo nos quedábamos allí, clavados, pendientes del charlatán, escuchando palabras sin sentido: envilecidos los dos sin decírnoslo, pretendiendo ambos que no había pasado nada, paliando con disimulos la vergüenza del

ridículo que acabábamos de experimentar.

A los pocos días de aquel percance, el tío Rodolfo se presentó en casa como si nada hubiera ocurrido. Me negué a verlo. De nuevo el pretexto de los estudios: el encierro en mi cuarto. Desde allí podía escuchar el susurro de la conversación que mi madre y él mantenían. De vez en cuando alzaban la voz para que yo los oyera y no sospechara lo que se cocía entre ellos. Hablaban de la situación política, del inminente final de la Dictadura, de los disturbios que ocasionaban los estudiantes… «Se están cansando de la censura. Te digo, Remedios, que esto va a durar poco…» Los imaginaba a los dos mirando la puerta entreabierta, haciéndose señas para ser cautos, preguntándose acaso hasta qué punto yo sabía o no sabía, hasta qué grado aquel incidente me había afectado. Después (quizás para comprarme, para halagar mi vanidad) rompieron a hablar de mí: de mi loable empeño en estudiar, de mis indiscutibles dotes para discernir lo que era o no era oportuno (¿se referían acaso a mi discreción al verlo pasar ante mí sin dar muestras de conocerlo?) y yo los dejé hablar sin intervenir, sin inmiscuirme en aquella mezcla de argumentos-biombo, que pretendía inmunizarlos contra cualquier reproche. Preferí mantenerlos en la duda. Jamás hice la menor alusión al incidente. Lo dejé pudrir dentro hasta que la fetidez cesó de molestarme. Ni siquiera ahora, al recordarlo, siento rencor. (Años más tarda volví a ver a la señora de las cerezas, y al niño que se llamaba Rodolfo convertido en un hombre, pero todo había cambiado.) Ahora, cuando pienso en aquella escena comprendo que sólo fue un hecho más entre los mil que me llevaron al siniestro.

Faltaban pocos días para los exámenes cuando Paco, libre ya de sus «amistades forasteras», se incorporó al colegio. Como era de

esperar, su falta de asistencia a clase había desnivelado notablemente sus estudios.

–Cuento contigo, Honde. Si no me pongo al día, esos cabrones son capaces de catearme.

De nuevo me reclamaba. De nuevo quería ser amigo mío. En su ética simplista, el despegue anterior no contaba. Lo había olvidado como todo lo que le producía conatos de arrepentimiento. Y, lo que es peor: si yo se lo hubiese echado en cara, me hubiera llamado resentido y susceptible. Para él las cosas «una vez pasadas» ya no existían. Los hijos de los amigos de sus padres se habían marchado y yo, lógicamente, debía ocupar el puesto de amigo-recurso. Estuve a pique de mandarlo a la mierda, pero no lo hice. Lo ayudé. De no ayudarlo, hubiera perdido yo más que él. En realidad, los dos nos necesitábamos. Y él lo sabía: por eso me ponía la pistola en el pecho. Por eso me presionaba: «Sin mí, estás perdido, Carlos Hondero: no tienes más remedio que aceptar lo que te ofrezco.» Ha sido el estribillo de nuestra vida, el *leitmotiv* que nos ha ligado durante años y años. El mismo que ahora me apuñala para que no hable, para que silencie la verdad de los hechos. «O aceptas, o hablaré con Carlota…»

Fue inútil: a pesar de mis esfuerzos y de las influencias desplegadas por el señor Moraldo, los exámenes de Paco tuvieron un resultado catastrófico. Cuando le dieron la noticia a la señora Moraldo, parecía Manon Lescaut entrando en San Sulpicio, dispuesta a acabar con todos los curas: «Atreverse a suspender a mi hijo… ¡después de todo lo que se ha desgañitado el pobre…!» Paco había adoptado una actitud digna dentro de su derrota. Todo se le iba en chasquidos de lengua y en protestas gesteras, sin comentarios verbales. Pero su madre pensaba por él, hablaba por él y protestaba

por él. Tanto ahínco ponía aquella mujer en defender el talento de su hijo, que el muy imbécil acabó por creer que su madre tenía razón. De repente dio en decir que en aquel colegio se cometían injusticias y que así, entre paniaguados y enchufados, no se podía vivir. «Y que conste que no lo digo por ti, Honde: tú, al menos, estudias.» A veces para reforzar su teoría, me llevaba hasta su padre: «Vamos, Honde, dile la verdad: dile que en ese maldito colegio todo son injusticias y enchufes.» Bastaba mirarle la ceja (convertida en una raya) para comprender que ni siquiera él creía en su argumento. Pero los señores Moraldo desconocían el fenómeno de la ceja de Paco. Como es lógico, no hice el menor esfuerzo por llevarle la contraria. Hacía tiempo que me había dado cuenta de la inutilidad de desengañar a los que se nutren de inciensos. Además, temía las represalias: podían ser funestas (lo fueron más tarde). De Paco Moraldo era posible esperarlo todo. Por eso le seguí la corriente y mentí con él, sin comprender cuánto me ataban aquellas mentiras.

Lo comprendí después, cuando también yo ingresé en la casta de los halagados, de los que reciben lamidos en sálvese la parte, y escuchan continuos «tiene usted razón» sin tenerla. Era una fracción del sistema establecido. Entonces me acordaba de Paco y del servilismo que yo había desplegado con él, de lo mucho que mi actitud había contribuido a idiotizarlo y a endurecerlo, y me preguntaba si también yo estaría endureciéndome e idiotizándome.

Pero ni siquiera el recuerdo de lo que yo hacía con él bastaba para apartarme del sistema y desdeñar adulaciones. Costaba mucho apearse del burro en las horas triunfales. Tampoco España en aquella época parecía dispuesta a renunciar a su apogeo.

El verano aquel llegó hasta nosotros bañado en dólares y

entusiasmos. Nunca había yo visto las calles de la ciudad tan concurridas ni tan exóticas. Hasta mi madre, tan austera en el vestir, dio muestras de contagio. Se había confeccionado ella misma un traje de seda blanca, y estaba verdaderamente elegante con su boina de angorina ladeada, sus medias de seda natural, con espiga, y sus zapatos de tiras, con tacones aluisados. Creo que fue aquel día cuando descubrí que mi madre era elegante y que en nada tenía que envidiar a la señora Moraldo. Cuando salió de su cuarto, me quedé pasmado ante ella: «¿Te gusto, Carlitos?» Su rostro, sin maquillar, me recordaba al de la aviadora Amelia Erhart, sólo que el de mi madre era menos joven. «Únicamente te falta fumar con boquilla», le respondí.

La tirantez provocada por el incidente de Montjuich se había disipado entre nosotros. El tiempo y la reincorporación a los Moraldo habían ido debilitando la humillación de aquel día. Fue una especie de muerte silenciosa, por desgaste. Una muerte en la que el tío Rodolfo resucitaba indemne, con su risa contagiosa y sus muestras de cariño y adueñándose de todo: mi porvenir, mi presente, mis ambiciones… Y, por descontado, nuestros veraneos.

También aquel año fuimos a la costa. Mi madre volvió a contar sus baños y yo me dediqué a la pesca con aquellos amigos ocasionales que jamás veía durante el invierno. Algo parecido a lo que hacía Paco conmigo cuando yo le sobraba.

De vez en cuando, Paco me escribía: eran cartas breves y mal redactadas, abocadas sólo a despertar mi envidia: «Hemos presenciado un concurso de tenis…» «El otro día me llevaron a Biarritz.» «Lolita se clavó la púa de un erizo en una playa francesa.» Yo guardaba aquellas cartas como si fueran reliquias. Era mi único nexo con los Moraldo. Mientras aquellas cartas

durasen, mis garantías estaban aseguradas. Eran prolongaciones extremas que más adelante nos obligarían a comentar: «Cuando me dijiste lo del tenis…» o «explícame lo que hiciste en Biarritz…» La vida comunicativa estaba hecha de pequeñeces de ese tipo: naderías ociosas que servían de eslabón para unir otras, acaso menos aparatosas, pero más íntimas y satisfactorias. No obstante, hacia el final del verano, Paco dejó de escribir y yo volví a mis temores de perderlo, de saberme de nuevo marginado, por Dios sabía qué nuevas amistades… Era igual que una enfermedad aquel terror mío. Supe después que su silencio se debía al rigor de un profesor especializado en vagos, contratado por su padre para superar el escollo de los suspensos y sacar adelante los exámenes de septiembre:

–Un tío atravesado -explicaba él con el rencor de los suspensos clavados en el alma-. No me dejaba tiempo ni para ir al retrete. Todo el día pendiente de mí: «Señor Moraldo, la raíz cuadrada; señor Moraldo, la regla de tres…» Me perseguía, me fastidiaba, pero hay que reconocer que enseña bien.

Lo decía con recochineo, para echarme en cara mi incapacidad para ayudarle en los exámenes de junio.

Lolita era ya una mujer. No podía disimularlo. Incluso andaba de otro modo, como si ostentase su nueva condición de menstruante.

Evidentemente se había colocado en poco tiempo en un plano muy superior al que nos correspondía a Paco y a mí. Estaba un poco ridícula en su reciente condición de adulta. Sin embargo, me atraía más que nunca.

Aquel otoño se había agenciado un grupo de amigas que apenas

nos dirigían la palabra: «Ése es Carlos Hondero: amigo de mi hermano», solía decir ella cuando las presentaba. Y se iba, nos dejaba a Paco y a mí con el mismo desdén que había mostrado hacía un par de años.

OceanofPDF.com

Miss Francia la acompañaba. No estaba bien visto que las muchachas de su edad circularan por el mundo sin una compañía respetable.

Las mañanas domingueras volvían a centrarse en el golf. Si llovía, nos metíamos en el pabellón y jugábamos al *bridge*. Siempre había algún despistado dispuesto a probar fortuna con nosotros: nuestra fama de jugadores empezaba a extenderse: «La pareja Hondero-Moraldo es peligrosa», decían. Cuando los padres de Paco cayeron en la cuenta de aquella afición nuestra, se alarmaron: «No iréis a exponer dinero…» Todavía no. Todavía jugábamos por amor al arte. Nos complacía que nos considerasen niños prodigio.

Cierta mañana todos parecían preocupados. Algo muy grave debía de haber ocurrido para que nadie diera muestras de interesarse ni por el golf ni por el *bridge*. Muchos de ellos se habían reunido junto a la chimenea y hablaban con la elocuencia agitada de las moscas pegadas al mosquero. Supe entonces que el célebre Freudman (el prócer norteamericano) había muerto. Decían que lo habían encontrado bañado en sangre en un parque público y que después de su muerte se había descubierto lo que aquel hombre era en realidad: «La noticia ha conmocionado al mundo entero», decían. Todos los trusts, las grandes empresas y los grupos de presión se habían visto afectados por aquella extraña muerte. Al parecer, Freudman era un *bluff*, un ladrón de guante blanco, un estafador de la peor especie. Las noticias aumentaban a medida que iba llegando la gente. Alguien insistía: «Nada de eso: era simplemente un gángster a las órdenes de Al Capone…» Los otros preguntaban, querían saber: «Eso va a suponer la ruina para muchos.» Se miraban unos a otros sugestionados por el ambiente

de terror que invadía el recinto. Quien más quien menos lo había conocido, había presumido de su amistad y acaso se hallara involucrado en algún negocio con aquel hombre. La repentina insolvencia de Freudman los dejaba perplejos: «Tú dijiste que lo conocías…» El aludido se replegaba, negaba, no quería ya ser «internacional». Se defendía diciendo que llevaba mucho tiempo sin salir de España. Se contradecía. Titubeaba. Yo no entendía… Me negaba a admitir que aquel hombre al que todos repudiaban, hubiera sido el mismo que en otros tiempos despertaba la envidia y la admiración de los intocables. «¿Entonces lo han matado?» Nadie sabía nada en concreto: «Tal vez se haya suicidado.» Al llegar expuse el caso a mi madre. Me tendió el periódico. Freudman estaba allí, retratado. Había dos fotografías suyas: una sonriendo, mostrando una hilera de dientes blanquísimos bajo un bigote fino y bien recortado. La otra, sin cara, el cuerpo apelotonado en la tierra, junto a un matorral de adelfas. Se veía el charco de sangre estancado entre el brazo y el vientre.

–Tienen razón -repuso mi madre-. Freudman era un gángster. Ya no se acordaba de lo que me había vaticinado hacía poco tiempo: «Algún día también tú serás un Freudman.» Pero yo sí. Lo recordaba con el horror que me producía contemplar aquel cuerpo derrumbado, su sangre empapando la tierra, su grandeza convertida en fraude.

Fue el primer síntoma de la inestabilidad mundial que se avecinaba. La inflación postbélica había llegado al tope y Freudman había sido la víctima de vanguardia: el estallido inicial. Como un preludio macabro de una sinfonía inevitable.

Enseguida se produjo el colapso. Y la Bolsa de Nueva York se resquebrajó. Los suicidios se producían en masa. Todo en América

era así: grandilocuente y masivo. Los cuerpos caían a la calle desde lo alto de los edificios, como si fueran pedruscos, como si en ellos no cupiera más dimensión que la del dinero esfumado. Como si los engranajes financieros al perder su ritmo detuviesen el ritmo de la vida humana. La fiebre de vender se iba extendiendo como una epidemia sin antídoto. «Las acciones invaden el mercado», así se producía la caída de precios. «Eso ocurre por vivir al día…» Los comentarios en el golf eran cada vez más alarmantes: «Se han vuelto locos…» De España todavía no hablaban. España era Europa. España había medrado y tenía en su debe dos exposiciones importantes. Pero cada vez que hablaban de América, España estaba en la mente de todos. Se comprendía por el empeño que ponían todos en aunar los fenómenos de una y otra nación: «Los atentados son cada vez más frecuentes…», decían refiriéndose a América. Pero también en España había atentados. «Confiaban demasiado en el crédito. No se puede vivir confiando siempre en el crédito.» También en España teníamos deudas. «Su fianza era el consumo.» Como en España. El consumo de un país invadido de extranjeros, de dólares, de importaciones a largo plazo.

Por eso, aunque se intentara velar nuestra situación, el pánico empezaba a salpicarnos. De vez en cuando los periódicos nos tranquilizaban: «No hay que dejarse vencer por el pánico: nos llevaría al caos igual que en Estados Unidos. No hay motivo de alarma en nuestro país.» Pero el hecho de advertir la necesidad de «no alarmarnos», era una forma de despertar alarma.

La crisis no tardó en extenderse. Las inversiones yanquis en los países europeos apremiaban, exigían: «Las deudas de guerra: hay que zanjar de una vez las deudas de guerra.» América reclamaba el pago de esas deudas, como un náufrago reclama su porción de agua (por escasa que sea) para sobrevivir.

Era extraño que la gente del golf se refiriese con apasionamiento a unos temas tan alejados de los habituales. Ya nadie mencionaba los palcos liceísticos del principal, ni los puestos de la mesa, ni los gazapos de «Juana la coma, coma». De repente todos pensaban y se expresaban «como si no fueran ellos», como si el trastocado ritmo del mundo hubiese despertado en ellos fibras dormidas. Hasta sus antiguos desdenes económicos empezaban a flaquear. Ya nadie consideraba un síntoma de mal gusto mencionar su precaria situación económica. Daba la impresión que los bolsillos de todos ellos, hasta entonces púdicamente salvaguardados, se pusieran a pública subasta para valorar su propio contenido.

Todo perdía vigencia ante la palabra «crisis». Casi siempre venía acompañada de la palabra «crac». De pronto era como si «parecer tonto e ignorante» dejara de ser elegante. Todos, hasta los Repecho y los Sobrado (siempre tan intencionadamente y distinguidamente frívolos), daban en discurrir como si fueran inteligentes y estuvieran preparados para afrontar la situación. Nadie buscaba ya el chiste fácil para amenizar las conversaciones. El temor capitalista les salía a flote: «Las importaciones extranjeras se han acabado.» Seguían refiriéndose al continente americano, pero todos pensaban en el europeo: «Dicen que han suprimido los préstamos a cualquier súbdito extranjero…» Aquello era grave, muy grave: América había sido siempre líder de las finanzas. ¿Qué iba a ocurrir si América se retraía? «Si se suprimen los créditos americanos, pronto se suprimirán los europeos.» Nadie dejaba de entender aquello. Hasta la señora Moraldo, tan dada a no mencionar jamás la faceta económica, hablaba ya de reducir personal doméstico y vigilar estrechamente el ahorro cotidiano: «Cuatro millones de personas sin empleo…» La cifra era pavorosa. «Dos ciudades grandes sin trabajo… ¿Imagináis lo que es eso?»

Recordé a Justo, el criado de los Moraldo: siempre tieso, aferrado a su estabilidad. Lo imaginé recibiendo el despido: «Esa catástrofe va a llevarnos a la corrupción…» Pero la corrupción estaba allí, en aquel oscuro manejo de Freudman y de todos los Freudman del mundo, amenazando nuestro continente. Citaban casos, vergüenzas públicas, sobornos políticos. «Hasta la policía se ha dejado comprar…» Decían que los gángsters lo controlaban todo. Era como una peste: algo incurable que se extendía a diestro y siniestro.

Aquel día el silencio ya no regía en la mesa de los Moraldo. Hablaban incluso con la boca llena: no esperaban a que Justo cambiara los platos para comentar los acontecimientos norteamericanos. Volvían a la cifra de los desempleados, repetían temores…

Justo servía la comida con un temblor indomable en las manos. Me dolía que estuviera escuchando aquellos comentarios. Era una forma de decirle que su empleo peligraba. El señor Moraldo hizo una seña a su mujer:

–Afortunadamente, España está fuera de peligro -dijo con voz de falsete.

Lo decía para no alarmar al criado, para paliar de algún modo su desasosiego. No obstante, era evidente que el empleo de Justo pendía de un hilo. Todo se tambaleaba en aquellos momentos. Para nadie era un secreto que la palabra «parados» comenzaba a divulgarse en nuestra ciudad. Justo no ignoraba que la actividad de Barcelona iba mermando, que el globo de la Exposición se deshinchaba, que sus amos podían decirle, en cualquier momento: «Se acabó, Justo: la crisis empeora.» También los que habían

trabajado con tanta euforia en la Exposición, habían temido como estaba temiendo él. Y su temor no había sido una utopía: todos ellos habían ingresado ya en el gremio de los «parados». Todos ellos podían considerarse «detenidos», presos libres, con la pavorosa libertad de los atacados de cáncer. Todos eran hombres y mujeres sin motivos de acción, sujetos a una muerte con movimiento. El tío Rodolfo opinaba:

–Un problema serio, más serio de lo que parece a simple vista.

Y, como tenía por costumbre, achacaba la culpa a la impericia del Gobierno:

–Como las cosas no se arreglen, se va a armar una escabechina de padre y señor mío.

De pronto las calles cambiaron de aspecto. Surgieron los pordioseros. Se veían amontonados en las esquinas, en los portales de las iglesias: todo era manos tendidas y lamentaciones. Tampoco las caras de los transeúntes eran las mismas. Nadie sonreía. Las facciones se alargaban: el hambre hundía los ojos, adelgazaba las mejillas, afilaba las narices…

Se inventaron recursos extraños para no morir de inanición. Surgieron los hombres-anuncio: seres desesperados que se prestaban a pasear por las calles (cada vez más vacías y secas) la publicidad de un producto o de una película, o de una función de teatro. Caminaban en procesión, emparedados entre dos carteles, venciendo la vergüenza de sentirse objeto. Y las chicas-taxi. Y las vendedoras de flores ambulantes. Se recurría a cualquier bajeza con tal de hacerse con unas monedas. Así empezó el declive de la ciudad: naufragando en «parados».

Freudman fue olvidado, pero su fantasma estaba en cada uno de los ciudadanos. La Dictadura comenzaba a resultar incómoda. No eran sólo los tíos Rodolfos quienes la atacaban: incluso los monárquicos la convertían en blanco del declive. «Está desprestigiando al Rey», decía el señor Moraldo. «Juana la coma, coma» se defendía: «Al contrario, el Rey se sostiene gracias a ella.» Tal vez lo dijera porque la Dictadura estaba sosteniendo a su marido. Resulta difícil decir con exactitud dónde empieza el patriotismo o la fidelidad y dónde acaba el egoísmo. Lo cierto es que ya no había acuerdo entre las gentes del golf. Las divisiones se producían incluso al referirse a cosas que siempre se habían considerado inamovibles. Muchas de aquellas gentes se expresaban como lo hacía el tío Rodolfo. Casi utilizaban las mismas palabras cuando se referían a la Dictadura: «A estas alturas: enseñarnos a andar…» Años después comprendí que aquella afinidad no era anómala. Pero entonces no me cabía en la cabeza. Mis ideas se cruzaban y se entrecruzaban convirtiendo la mente en un laberinto. Ahora, desde nuestra evolución, todo se vuelve diáfano. De hecho, el republicanismo del tío Rodolfo (tan avanzado entonces, tan saturado de anticlericalismo y tan condicionado al progreso) era casi monárquico. Y la monarquía de los «exclusivos», tan aferrados al Rey, a sus derechos nobiliarios, y a sus turnos palaciegos, empezaba a ser demócrata. Por eso hablaban de un modo parecido. Por eso, a veces, cuando los oía perorar a unos y a otros, me parecían iguales.

En realidad, el tío Rodolfo era republicano como era médico: por idealismo, por conservador, por tendencia humanitaria. Era lo que hoy se hubiera llamado un reaccionario: un hombre de derechas. Sin embargo, entonces presumía de avanzado y, como todos los de su generación, creía a pies juntillas en el progreso; más aún: se alimentaba de esa palabra, y el progreso, según él, no podía

apoyarse en instituciones caducas. «Si queremos que nuestras tradiciones se mantengan y nutran el porvenir, debemos procurar que España se europeíce, que salga de sus cotos cerrados y de sus tendencias moras.» Lo decía convencido, como si diagnosticara una enfermedad y recetara un medicamento. Pero respetaba al Rey: «Si no lo respetara no sería liberal; y, ante todo, yo me considero liberal.» También era capitalista (no en vano estaba casado con una mujer rica). Decía que sólo una buena administración de la riqueza privada podía estabilizar la economía pública. «¿Qué sería de nosotros si no contáramos con la listeza de unos cuantos March?»

Fue un año inquieto, expectante, sumergido en confusionismo. La clase obrera, espoleada y angustiada por su larga cola de «parados», creaba problemas. Y, naturalmente, los estudiantes aportaban como de costumbre su consabida porción de disturbios. Cierta tarde la señora Moraldo dijo:

–He hablado con tu madre por teléfono: me ha pedido que no salgas de nuestra casa; los ánimos están muy revueltos y resulta peligroso circular por las calles.

Me quedé a dormir en casa de Paco. Durante la cena apenas se habló; fue una cena mortuoria, burbujeante de temores y malos presagios. La abortada sublevación militar en el sur de España y detenida a tiempo por la intervención del monarca, caía sobre el mantel como un interrogante: se adivinaban futuras alarmas, terrores todavía vagos, incertidumbres que nadie podía concretar. Frente a mí tenía a Lolita. No la miraba. Escuchaba el tintineo de su cuchara rozando el plato sopero, el deglutir de su garganta, el susurro de sus dientes masticando. Al llegar al postre me dijo:

–Estás muy callado, Carlos.

Los demás no lo oyeron. Los señores Moraldo hablaban en voz baja entre ellos. Miss Francia y Paco discurrían acaloradamente sobre cierta jugada de *bridge.* Alcé la vista y contemplé sus ojeras. La luz de la lámpara que pendía del techo, caía sobre sus pestañas sombreando sus mejillas.

–Pensaba.

–¿En qué?

No hubo respuesta: los mayores se levantaron. Miraban la hora. Decretaron: «Diez minutos de charla, y a la cama.» Al día siguiente había que madrugar. Y nos fuimos al cuarto de juegos, como siempre. (Los niños no podían estar en el salón.) Aquella noche el cuarto de juegos parecía distinto. Nunca lo había visto con el ventanal cerrado y las cortinas de seda azul corridas.

Lolita se apresuró a poner en marcha el fonógrafo. Enseguida rompió a bailar sola, con pasos inéditos y contorsiones que yo desconocía. Todo parecía desmoronarse al ritmo de aquel baile nuevo. Recuerdo que Paco, cansado y aburrido, se había recostado en el diván y nos miraba con ojos entornados, más entregados al sueño que a la vigilia; los párpados pesantes e indiferentes. Miss Francia se había ausentado. Sin duda preparaba el catre junto a la cama de Paco, para que yo pudiera dormir con él. Se podía decir que Lolita y yo estábamos solos. Era una soledad rara, novedosa, llena de sombreados azules provocados por las cortinas. Cuando terminó el baile, Lolita volvió a dar cuerda. Me acerqué a ella: tenía su cogote delante. Era un cogote despejado, joven (iba peinada con raya central y dos moñetes recogidos sobre las orejas), tieso, lleno de rizos rebeldes y negros. Me acordé de la escena

presenciada desde la parada de tranvías, cuando los dedos del señor Moraldo jugaban con los mechones de la institutriz. Fue instantáneo: puse los labios sobre el cogote de Lolita. No se inmutó. Únicamente dejó de dar cuerda. Quedó inmóvil, mirando el disco, como si mi beso la hubiera paralizado. La agarré por los hombros y la obligué a que me mirase:

–Te quiero -le dije.

Lolita cerró los ojos. Era su juego supremo. Probablemente sabía ya que, si los cerraba, el resto de niñez que pudiera haber en ella se esfumaba. Era ya una mujer. Una mujer íntegra, completa, con todos los agravantes y todas las ventajas de la plenitud.

–Yo también te quiero a ti -dijo claramente.

Y su voz era honda, susurrante, llena de entrega.

–He sufrido mucho, Lolita: creí que me despreciabas.

Entonces Lolita debió de acordarse de las películas que habíamos visto, de lo que los protagonistas hacían y decían en las escenas de amor y dijo una frase sublime:

–No quería encadenarme, Carlos.

La misma frase que Janet Gaynor le había dicho a Charles Farrell en un filme acaramelado recientemente estrenado en Barcelona. Pero a mí me sonaba a frase única, a música acariciante, a campaneo glorioso:

–Es maravilloso, Lolita.

Estábamos frente a frente, despegados del mundo, de sus anomalías. Éramos dos estatuas vibrantes, sin más horizonte que nuestro amor:

–Nunca dejaré de quererte -le prometí.

Jamás pronuncié un «nunca» más sincero que aquél; sin embargo, no podía ser más absurdo. Tenía la petulancia de los «siempre», de los «eternamente», de los «para toda la vida…». Yo no podía adivinar que a aquella edad las promesas extremas son siempre palabreos sin destino, voces que al menor tropiezo se estrellan contra el silencio.

Hace pocos días se lo he recordado. Lolita acababa de decirme: «Los sueños no se realizan.» Y allá, en el fondo, había un cielo despejado sobre un mar liso que sólo se encabritaba al paso de las gaviotas.

–Y cuando seamos mayores, nos casaremos.

–Sí, Carlos, nos casaremos.

Alzó la vista para mirar el techo: era alto como todos los techos de las casas «bien». Un techo que hubiera podido permitir la colocación de otro piso sin alterar las normas establecidas por el reglamento de la construcción. Tal vez no se atreviera a mirarme porque mis ojos la turbaban, o acaso estuviera temiendo que alguien entrase de sopetón y la sorprendiera encandilada. No tardaron mucho en interrumpir nuestro idilio. Miss Francia entró en la estancia para advertimos que los diez minutos habían pasado y que debíamos acostarnos.

Paco se levantó del diván, dando tumbos: tenía el sueño entroncado en las piernas. Como todos los que despiertan de improviso, balbucía incongruencias: decía no sé qué sobre la pelota de fútbol. Y Lolita se reía de él, con risa floja, más nerviosa que alegre.

El catre me esperaba en el dormitorio. Me acosté con un pijama prestado. Me venía pequeño y me sentía incómodo. Las sábanas olían a casa Moraldo, a gente refinada, a cogote de Lolita. En cuanto se echó en la cama, Paco empezó a roncar. Eran sonidos molestos, como de hemipléjico. Pero, de cualquier forma, sin ellos, tampoco hubiera podido dormir. Al apagarse la luz, volví a ver a Lolita, su cogote, sus ojos cerrados: «Te quiero, Carlos…» La escena volvía una y otra vez como las avemarías de un rosario. No me cansaba de ella. Parecía nueva en cada retorno. Así pasé la noche: soñando despierto: con el sucio deseo de antaño amortiguado, convertido en un deseo asexuado, sublime, laxo. Era todo una especie de embrujo. Algo que imaginaba inacabable. «Para toda la vida…» En la adolescencia era fácil imaginar cosas «para toda la vida». «Toda la vida» era entonces su juventud, su pureza, sus sueños románticos unidos a los míos. Así iba a ser nuestro amor, pensaba yo: un mirar el futuro juntos, escuchando con un solo oído, respirando los mismos climas, los mismos ambientes, amando las mismas cosas… Sin escollos, sin nadie dispuesto a separarnos. Un mundo donde no hubiera Serenas, ni Raimundos, ni Victorias empuñando candelabros… Un mundo sin guerras, ni enfermedades, ni achaques, ni sillas de ruedas condicionando silencios.

La vida entonces se me antojaba perfecta: nada era malo ni vicioso ni humillante. Ni siquiera miss Dory me parecía censurable, ni mi madre, ni el tío Rodolfo, ni el señor Moraldo. Todos se volvían repentinamente inmunes a toda maledicencia y a toda corrupción.

Dios regresaba. Era imposible no creer en Dios sintiendo dentro aquel amor tan espumoso y sedante.

Empezaba a dormirme cuando miss Francia fue a decirnos que era hora de levantarse. Fue un despertar glorioso, activo, saturado de emociones alegres. Nos desayunamos los tres juntos en el comedor. Hasta Justo parecía contento. Desde que su empleo peligraba, algo había cambiado en él. Sonreía con frecuencia y sus ademanes resultaban menos envarados.

Fuimos al colegio con la sabrosa sensación agridulce de afrontar un peligro. Aquel día me esforcé más que nunca en ayudar a Paco. Era ya algo más que un amigo. Era casi mi hermano. Su abulia y su estupidez se volvían entrañables, como si en parte me pertenecieran. Paco no entendía mi solicitud. Ignoraba lo ocurrido la noche anterior, mientras él dormitaba en el diván. Era un secreto que Lolita y yo debíamos guardar para que las cosas no se estropearan.

Sin embargo, tuvimos una aliada: mademoiselle Marie. Como buena francesa, se sentía casi obligada a facilitar nuestro noviazgo. «Vosotros confiad en mí -decía con el aliento entrecortado por la emoción-. También yo he sido joven. También yo…» Costaba mucho imaginar a mademoiselle Marie enamorada y correspondida. Costaba mucho comprender que alguna vez aquella mujer hubiera podido ser joven. «Nosotros nunca seremos así, ¿verdad, Lolita?» Nosotros éramos «distintos», nosotros éramos nosotros…

Mademoiselle Marie disfrutaba con su inocente celestinaje. Las francesas jamás dejaban de estar enamoradas del amor. Cualquier sensiblería las sensibilizaba: «El amor todo lo perdona -decía-, todo

lo explica…» Nos hablaba del amor como si recitara: con la misma cadencia grandilocuente con la que un académico lanzaría su discurso.

Fueron unos amores blancos, obstinados, con su porción de cursilería inevitable. Pero a nosotros nos parecían únicos, indestructibles y, por supuesto, eternos.

Cuando ahora recuerdo nuestras entrevistas (siempre vigiladas por miss Francia), comprendo hasta qué punto aquel noviazgo fue arbitrario e inmaduro. El amor verdadero llegó después, mucho después: cuando Lolita arrastraba su fracaso de mujer y yo mi horror de ser hombre. Entonces apenas hablábamos de amor: hablábamos de nuestra calidad de novios, de la trascendencia de nuestra condición de enamorados. Nos gustaba jugar a comprendernos, aun cuando entonces ignorásemos todavía lo que debíamos comprender el uno del otro. Comenzamos un Diario al alimón. Ella describía lo que sentía, copiando párrafos de una novela rosa (casi siempre de Delly) y yo intercalaba poesías aprendidas en las clases de literatura o frases lapidarias extraídas de algún libro más o menos sensual. Para evitar peligros, aquel Diario lo guardaba miss Francia y sólo lo sacaba de su escondrijo cuando Lolita o yo lo reclamábamos para escribir en él.

Mi madre debió de presumir el cambio que yo había dado, porque su modo de abordarme era también distinto:

–Vaya, ¡al fin te lavas los dientes! ¡Ya era hora!

Y como yo no le respondiera, insistió:

–¿Has descubierto la vida, verdad, hijo?

Aquel modo de minimizar mi condición de adulto me irritaba:

–La vida está descubierta hace mucho tiempo.

–Carlitos, Carlitos, no presumas de experimentado.

–Todos tenemos derecho a la experiencia -contesté furioso.

Y al verme encorajinado, se enfrentó conmigo:

–¿Se puede saber qué cuernos te pasa?

Nos miramos de hito en hito, como dos fieras enjauladas:

–¿Qué quieres que me pase?

–Tú sabrás. ¡Eres tan reservado!

Intuía algo, pero no sabía definir lo que era. Y yo me negaba a explicárselo. También ella, me decía yo, era reservada conmigo. Aunque viviéramos juntos, la distancia que mediaba entre nosotros era enorme. Al poco tiempo el tío Rodolfo, instado probablemente por ella, intentó sondearme:

–Un día de estos hablaremos, Carlitos: de hombre a hombre.

–¿Para qué?

Carraspeó. La situación le resultaba incómoda y no sabía disimularla. Se acarició el mentón y puso ojos de pícaro:

–Estás en la edad crítica y debo explicarte muchos aspectos de la vida que desconoces… Si tu padre viviera…

Otra vez mi padre, otra vez la esquela y la fotografía y la peste bubónica. La cara del tío Rodolfo eran un balón rojo con burbujas de sudor en la frente:

–Como gustes, pero es innecesario. Estoy enterado de todo.

Arqueó las cejas, perplejo, las retinas fijas:

–¿Todo?

–Todo.

–De cualquier forma…

–No te canses, tío Rodolfo: conozco los peligros, las enfermedades, las tentaciones… todo.

El rubor se le volvió palidez. Daba la impresión de que el adolescente era él.

–Tú verás… Sólo pretendía ayudarte.

–Te lo agradezco.

Y hablamos de otra cosa.

Por aquella época, la presencia continua del tío Rodolfo en mi casa ya no entraba a debate en mi fuero interno. Había acabado por aceptarlo como se aceptan los resfriados y los cólicos. Lo único que continuaba molestándome en él era su terquedad política. Influido por la familia Moraldo (a la que consideraba ya mi propia familia) no admitía que una persona decente pudiera declararse abiertamente republicana. Repentinamente, aquel trasnochado

hecho relacionado con el apretón de manos de Alfonso XIII, cobraba un relieve inusitado. Me sentía monárquico, sobre todo, por aquel apretón de manos, por la sonrisa que el Rey me había dedicado, por su felicitación efusiva. Había detalles en la vida de un niño que sellaban condiciones irremisiblemente. No comprendía la arbitrariedad de unos ideales que se basaban en un simple roce de pieles, un choque de dedos. A veces contemplaba la M de mi palma (aquella M donde miss Francia decía que se podía leer el porvenir) y tenía la convicción de que aquella M encabezaba mi destino político. Era como si el Rey la hubiera grabado allí para recordarme lo que me correspondía ser. Y convencido de aquella necedad, empecé a difundir ideas que armonizasen con mi descubrimiento:

–La familia de mi madre pertenece a la nobleza ¿lo sabías, Lolita?

Y al decirle aquello me sentí superior a ella, a sus padres, a los intocables y exclusivos del golf. Lolita se derretía de gusto. También daba importancia a ese tipo de cosas en aquella época:

–Sí, lo sabía. Me lo dijo mi padre hace ya mucho tiempo.

Había sido su forma de justificar mi presencia en aquella casa. Perteneciendo a la nobleza, aunque mi condición fuera humilde, podía, sin menoscabo de la reputación familiar, formar parte de la intimidad Moraldo.

–Así que, cuando nos casemos, podré rehabilitar un título.

Estoy seguro que Lolita, entonces, se veía ya marcando una coronita en sus camisones y en sus pañuelos. Ni siquiera me molestaba que un antepasado mío hubiera ostentado el título de marqués de la Triponna. Ya no era un nombre ridículo, era,

simplemente, un nombre italiano, como cualquier otro. Por eso, cuando el tío Rodolfo rompía a hablar contra la Monarquía y aseguraba que no iba a tardar mucho en desaparecer, yo me sentía ofendido, desafiado y rebajado. «Te lo aseguro, Carlitos: desaparecerá pronto, muy pronto.»

Lo que desapareció pronto fue la Dictadura. Pero la Monarquía continuaba.

La Dictadura cayó de repente cuando el año en curso comenzaba. Lo recuerdo muy bien. El día era gris, la atmósfera pesada y el frío intenso. Mi madre leía los periódicos ávidamente: «Fin de la censura -decía con voz cantarina-, por algo se empieza…» Y el tío Rodolfo se acariciaba el mentón: «Al fin nuestros catedráticos exiliados podrán reintegrarse a sus puestos…» Los exiliados ya no eran parias: eran héroes, y su regreso enardecía a las muchedumbres que tan oprimidas se habían sentido bajo la opresión de Primo de Rivera. «El primer paso…», comentaba. Efectivamente, aquellos regresos fueron «primeros pasos», primeras piedras para un edificio que pronto, muy pronto iba a desmoronarse.

También los Moraldo se regocijaban. No captaban hasta qué punto aquel «primer paso» iba a herir la Monarquía. «Tenemos la República a la vuelta de la esquina», decía el tío Rodolfo frotándose las manos.

Pero la supresión de la Dictadura no estaba dando los frutos apetecidos. El malestar general crecía. Podía captarse aquel malestar en infinidad de detalles: los Moraldo recibían anónimos, la Bolsa bajaba, los pordioseros se volvían agresivos… Y los temores iban en aumento. Los atracos habían vuelto a empezar: la

vida adquiría un ritmo más acelerado. Las novedades duraban poco. Todo se volvía urgente. Luego otra vez las huelgas, las manifestaciones, los desmanes. Fue un mal año para los estudiantes. El maremágnum general entorpecía los estudios, y la mayoría de mis compañeros sufrieron las consecuencias. El padre Celestino daba muestras de preocupación: «No sé adónde iremos a parar, Carlos.» Ya nunca me llamaba Hondero. Su trato conmigo era cada vez más amigable. Había comprobado con satisfacción que, desde hacía una temporada, yo volvía a frecuentar la Eucaristía, y aquel síntoma lo llenaba de complacencia. «Veo que has derribado tus escrúpulos: así me gusta, muchacho.» No preguntaba la causa. Sabía que algo en mí había cambiado. Pero su tacto le impedía ahondar en mi conciencia. Me hablaba de la situación política: le asustaba el porvenir. Decía que España iba a la deriva. No le llevé la contraria. La política me importaba poco. Para mí la política era seguir unido a los Moraldo, fundir mi destino con el de ellos. Lo demás eran «asuntos de mayores», de aquellos que se empeñaban en ver simas donde podía ser todo llano. Lolita me había devuelto a Dios. Eso era suficiente. Creía en Él porque creía en ella. Cuando la felicidad apuntaba en la vida, no era posible dejar de creer en Dios.

El padre Celestino se alzó de la silla con ademán cansado, como si fuera viejo, como si su juventud le pesara: «Estoy contento, Carlos; veo que has vuelto al redil.»

No volví a verlo a solas hasta el día que se fue de España. Pero sus vaticinios no tardaron en producirse. Hacia finales de aquel mismo año, el tío Rodolfo llegó a casa con el rostro demudado. Jadeante, se dejó caer en la butaca:

–Han fusilado a Galán y García Hernández -decía-; se han atrevido a fusilarlos…

Yo no entendía su indignación. En la casa de los Moraldo se hablaba favorablemente de aquel consejo de guerra: «Dos peligros menos», habían dicho. Era desconcertante aquella diversidad de pareceres. Ahora, desde mi presente, comprendo hasta qué punto nuestra generación naufragaba en desconciertos. Éramos navegantes a la deriva, jinetes a lomos de dos caballos que a toda costa debían quebrar nuestras vidas. Era imposible concentrar ideas, crear ideales y estabilizar razones fluyendo entre dos orillas tan opuestas y tan cercanas. «Tu meta está en los Moraldo», «me había dicho mi madre, pero los Moraldo, según ella, representaban todo lo decadente, todo lo equivocado. No había que tomarlos en serio: sólo aprovecharse de ellos. La contradicción era evidente. En cuanto a los Moraldo: «Hay que derrocar la Dictadura», pero atacaban a los que deseaban verla derrocada. ¿Dónde diablos estaba el sentido común?

¿Qué diantres era la política? ¿El bienestar de unos cuantos? ¿El amor propio de un clan? ¿La justicia de los injustos? ¿La injusticia de los justicieros? ¿Qué significaba la palabra «política»? ¿Afán de poder? Algunos insistían: «un medio de acabar con la conmoción social», sin embargo la incrementaban, la encandecían: nadie se disponía a evitarla. Había que acabar con ella: de acuerdo, pero ¿cómo? ¿Con violencia? ¿Con mansedumbre? ¿Fingiendo que todo marchaba a la perfección?

Imposible: todos hablaban de la famosa conmoción social: los intelectuales, los sabios, los grandes hombres… No había más que leer sus declaraciones en la prensa para convencerse que la conmoción social era un hecho. Todos: científicos, escritores,

políticos… nadie dejaba de mencionar aquello a su aire con argumentos distintos, con soluciones diversas, opuestas y belicosas y, por supuesto: apasionadas.

¿Cómo salir de aquel caos? Hasta los intocables del golf se impacientaban. «Juana la coma, coma» no era gobernadora ya. Casi nadie la recordaba, pero cuando lo hacían ya no se burlaban de ella. Al contrario, daba la impresión que la estaban echando de menos, que, gracias a ella (a todo lo que su contorno había representado, incluso a los que, como ella, habían hecho el «ridículo» en las reuniones de «sociedad»), España se había mantenido una temporada estable, risueña y dichosa.

Lo que más les preocupaba era la actitud de los hombres de letras, tan subversivos y revolucionarios: nombres destacados, con su porción de rencor particular proyectado hacia la masa. De pronto se había formado una agrupación intelectual al servicio de la República (una República todavía mítica, todavía esgrimida como un ideal lejano, una República legendaria como la ciudad de Troya o las andanzas de Ulises). ¿Qué significaba aquella agrupación? ¿Un torneo de palabras para ver quién vencía a quién?

Fue en el golf donde me enteré de que el general Berenguer había dimitido y que se había formado un gobierno presidido por un almirante. Era el primer paso para la gran manifestación de aquel temor que nadie desechaba, pero que todos aumentaban. Se confiaba mucho en aquel nuevo Gobierno.

Sin embargo, el tío Rodolfo encogía los hombros y movía la cabeza inflexible: «Apaños agonizantes -decía-. La Monarquía está perdida.»

Según él la Monarquía era un cadáver en potencia. Pero yo todavía no lo creía: yo tenía una M en la mano y un título medio perdido que algún día podía rehabilitar: «¿Entiendes tú lo que está pasando?», me preguntaba Paco. Una vez más quería apoyarse en mí, buscar en mi clarividencia lo que su torpeza le impedía ver. No se daba cuenta de que también yo estaba cegado, que tanteaba, como todos, peligros invisibles… «Estamos viviendo un mal momento», repuse. «Toma, vaya un descubrimiento.» Y yo le repetía que todo era una cuestión de rachas, que luego vendrían rachas buenas.

Los Moraldo no se apeaban: todavía imaginaban que sus fueros iban a ser eternos.

Cierta mañana acabé con mis dudas. Todo se volvió diáfano y escueto. El caos dejó de serlo y los fueros de unos y de otros se separaron definitivamente al modo de dos siameses operados.

La elección fue rápida y extrema. Ya no dudaba. No podía dudar. Era tan claro todo como que dos y dos son cuatro. Claro como el día y como los almendros en flor que presenciaron la escena.

Visto a distancia, también lo que ocurrió aquella mañana se me antoja ridículo, pero en aquellos momentos fue importante (todo lo importante acaba pareciendo ridículo, todo se minimiza, se desvirtúa). Sin embargo son esas poquedades las que van arrastrándonos al siniestro.

Ahora tengo la impresión de que a lo largo de mi vida nada ha sido importante salvo el miedo, y es que, en el fondo, el miedo es lo único que perdura en mí. Lo demás queda en montones de

escombros, en objetos inservibles, viejos y rotos, pese a que, en su día, cumplieron funciones esenciales, dramáticas o grotescas.

Era un domingo más. Un domingo de primavera sin nubes y sin viento. Un domingo inofensivo muy parecido a los otros. Un sol atronador, caliente y generoso abrillantaba el césped del golf y le daba la apariencia de un lago verde. Todo en aquel lugar exudaba paz. Resultaba imposible imaginar que, más abajo, allá donde la planicie del campo topaba con las tierras privadas, comenzara una ciudad agrietada de incertidumbres y rencores. En lo alto la vida seguía siendo plácida, monótona y quien más quien menos, adoptaba aún posturas normales, como si todos ignorasen (o quisieran ignorar) lo que allá abajo estaba ocurriendo.

Faltaba una semana para las elecciones. Unas elecciones que nadie tomaba en serio. La gente del golf hablaba de ellas como podía haber hablado de un grano en vías de curación: «Al fin se convencerán de que todas esas bravatas son innecesarias.» Los Moraldo se habían reunido bajo una sombrilla gigante con los Repecho y los Sobrado. Departían animadamente, reían… Paco y yo íbamos hacia el pabellón: habíamos boleado toda la mañana con paso decidido y el busto erguido. El profesor nos había dicho: «Algún día llegaréis a ser campeones.» Y la frase nos seguía, como los honores a los homenajeados, hinchándonos de orgullo y acelerando la circulación de la sangre.

Al pasar junto a los Moraldo, Paco alzó el brazo para saludar sus padres: era un ademán muy al día, muy desenvuelto y seguro. Se metió luego en la masía: teníamos el tiempo justo para ducharnos y reunimos con ellos. Luego, como todos los domingos, se suponía que yo iba a almorzar en su casa.

Me chocó ver a Lolita dentro del vestíbulo, apoyada en la barandilla de la escalera. Pero me chocó aún más, que, al dejar pasar a su hermano, me impidiese el paso a mí:

–No tardes en arreglarte: necesito hablar contigo enseguida -me dijo.

No fue su voz solamente: fue su ademán rígido y nervioso, y también su temblor, lo que me alarmó. Tenía los ojos hinchados y se comprendía que había llorado.

–¿Qué ocurre?

–Luego… -insistía ella.

Entonces vi a mademoiselle Marie: se había sentado junto a la chimenea, de espaldas a la escalera, el rostro vuelto hacia el jardín. Y tuve miedo de su inmovilidad. Había algo muy extraño en aquel otear como si hurtase su rostro a mi inspección.

–Vete a duchar y baja enseguida.

Allá en lo alto, Paco deliberaba con otros jugadores mientras se duchaba. «En el hoyo del tres» Se pavoneaba, como hacían todos los maniáticos del golf, explicando jugadas entre reales e inventadas. Me vestí con urgencia y bajé al vestíbulo. Lolita me esperaba en el jardín, sentada a una mesa bajo un almendro que empezaba a retoñar; a unos metros de distancia, frente a nosotros, los Moraldo continuaban platicando con los Repecho y los Sobrado.

Pensé aún que la mañana era bonita: una mañana dominguera, envuelta en vagancia y atildamiento: una mañana correcta, con la

corrección de las gentes que saben comportarse. Una mañana civilizada, articulada al modo clásico: con ecos, con trinos, con brisa tonificante. Las voces de los Moraldo y de sus amigos rebotaban nítidas contra las paredes de la masía (repletas de buganvillias) y las palabras quedaban luego flotando en el aire, como papeles a la deriva. Eran palabras incoherentes, pero cargadas de sentido: «Rebeldes», «Clan republicano», «Mitos», «Elecciones plebiscitarias». Sonaban a lo que siempre habían sonado: a monarquía, a derechas, a gente refinada.

Lolita se sentó frente a mí, bajo el almendro, mirando a sus padres de reojo, el rostro alterado, las ojeras acentuadas, la mesa entre ambos. Recuerdo que sus dedos tambaleaban inquietos sobre el tablero como si le estorbaran y no supiera qué hacer con ellos:

–Vamos, Lolita: desembucha ya.

Me obsesionaban aquellos dedos. Me restaban facultades. Hubiera querido que dejaran de teclear para no fijarme en ellos.

–Mis padres se han enterado de lo nuestro.

Continué inmóvil: hubiera dado un mundo por volverme hacia los Moraldo y ver en sus caras lo que estaban pensando.

–¿Quién les ha ido con el cuento? ¿Tu hermano?

Lolita negó:

–No, no ha sido Paco.

Inclinó la cabeza con expresión cansada, como si acabara de perder una batalla difícil.

–Paco ignora lo nuestro. No le eches la culpa a él. Lo han averiguado ellos: era fatal. Mis padres se enteran de todo.

Suspiró con doble resuello, el pecho oprimido, el sollozo prensado a punto de estallar.

–Ha sido espantoso -dijo-. Me han prohibido que vuelva a verte.

No sollozaba, pero las lágrimas le caían por el rostro. La voz de la señora Moraldo llegó nítida hasta nosotros: se refería a «Juana la coma, coma» y reía con carcajadas sonoras y despreocupadas.

–Aunque parezcan indiferentes, nos están espiando -aclaró Lolita-. Me han obligado a que te hable delante de ellos. Quieren estar seguros de que voy a despedirme de ti.

–¿Despedirte de mí?

Asintió con los labios encogidos, las lágrimas formando charquitos sobre la mesa.

–Eso es una locura.

–No me queda más remedio: van a enviarme a un colegio al extranjero.

Todo previsto. Todo calculado. La facturaban al extranjero para que no me viera, para que me olvidara, para que ni siquiera cupiera la posibilidad de una protesta o una rectificación.

–No es posible -dije-. No pueden hacernos esa guarrada.

Bruscamente me volví hacia el grupo de enfrente. La madre de Lolita sonreía: era una sonrisa ignominiosa, triunfante, como si dijera: «Tú mismo te has buscado ese desbarajuste, idiota.» Recuerdo que el sol daba de lleno en mi frente y el calor de sus rayos se me metía cerebro adentro. Mi cabeza hervía. La sentía tensa, burbujeante: el odio y la vergüenza más unidos que nunca.

Después, la señora Moraldo se volvió hacia sus amigos: cuchicheaban entre ellos, me señalaban (sin ademanes, sólo con miradas), reían: eran risas interminables, como ríen los beodos o los drogados.

–Se han propuesto que te olvide -dijo Lolita-. Pero no van a conseguirlo, Carlos: vaya donde vaya y esté donde esté, tú irás conmigo.

–¿Por qué, Lolita? ¿Por qué quieren separarnos?

Lolita se mordió el labio inferior: la respuesta a mí por qué se le iba por los ojos, pero no se atrevía a pronunciarla. Era un por qué demasiado gravoso.

–Vamos, Lolita: no tengas reparo. Quiero saberlo todo.

Y Lolita habló.

–Dicen que tu madre es republicana y que tú no eres de nuestra clase.

Esperaba todo menos aquella respuesta. Probablemente si en vez de oír aquel argumento, Lolita hubiera tenido el tacto de decirme: «Alegan que somos demasiado jóvenes», nada se hubiera modificado. Lolita se hubiera ido al extranjero y yo habría

continuado frecuentando la casa de sus padres y ayudando a Paco, mientras aguardaba a que Lolita creciera. Pero Lolita no tenía tacto: Lolita era joven. Lolita se estaba comportando como más tarde se comportó Sofía: con la verdad por delante. Sincerándose: hablando claro. Le faltaban años para comprender que nadie hace favores repitiendo las injurias al pie de la letra. Por eso no mencionó nuestra juventud ni nuestra falta de experiencia; mencionó la diferencia de clases y habló de esferas distintas, de mundos aparte, de ideas políticas: las ideas que el tío Rodolfo defendía y que yo había desdeñado por culpa de los intocables.

–¿Nada más?

Lolita calló sin convicción. Era un callarse que insultaba, que irritaba.

–Escúpelo todo, Lolita: no vas a asustarme. Dime que soy un don nadie, un portalacras sin remisión, un pelele que se aprovecha de la situación, de vuestra caridad, de vuestras comidas, de vuestro chófer… Venga: suéltalo, Lolita; no tengas miedo. Estoy preparado.

Lo estaba: «De un momento a otro me reprochará lo del tío Rodolfo», pensaba yo. Era inevitable. Tarde o temprano Lolita debía acabar vomitándolo, sin piedad; creyendo tal vez que me hacía un favor.

Pero al mismo tiempo, me veía incapaz de resistirlo: «No podré soportar que me hable de mi madre, ni de su amante, ni de la señora Tramacho y sus malditos niños…» Por eso, lentamente, me iba creciendo por dentro una ira grande contra Lolita. La odiaba

sólo por eso: por lo que todavía no me había dicho, pero que sin duda estaba pensando.

–A mí no me importa que tu madre sea republicana -protestaba ella-, además pertenece a la nobleza: mi padre lo sabe. Yo misma se lo he recordado. Pero no ha querido escucharme. Se ha hecho el sordo. Dicen que lo que tú buscas es mi dinero…

–Tu dinero…

–Eso han dicho. Pero yo sé que no es cierto, Carlos. Son injustos, son crueles…

No le contesté. De repente me estaba dando cuenta de que los padres de Lolita tenían razón: el dinero de los Moraldo me importaba, me impresionaba, me tenía sujeto. No lo había comprendido hasta aquel momento: «No podré perdonarle lo que me ha dicho», pensé. Era difícil perdonar algunas verdades.

–Me ensucio en tu dinero -dije furioso.

Pero me ensuciaba en ella: en la desilusión que repentinamente me caía encima, en el fraude de aquel amor mío que de pronto se mostraba interesado y vil.

Volví a mirar a los Moraldo. En aquellos momentos consultaban el reloj: decían que ya era muy tarde, que tenían apetito, que debían irse. Prescindían de nosotros, o, al menos, fingían prescindir. Eran cobardes. No nos afrontaban abiertamente. No se atrevían a plantearme la cuestión como hubieran hecho si hubiese yo pertenecido a «su clase». No me decían, como hubiera sido lo lógico: «Haz el favor de no seducir a nuestra hija… A ella le corresponde otra cosa.»

–Algún día se comerán esos insultos -mascullé.

–Carlos, por favor… ¿Qué vas a hacer?

Y comprendí que Lolita temía por ellos, no por mí. Súbitamente se ponía de su parte. No era ya mi novia: era la novia de su ambiente, de su ridículo y angosto círculo burgués.

–Hundirlos -respondí-. Eso voy a hacer, Lolita: hundirlos. No sé cómo ni cuándo, pero te juro que los hundiré…

–Pero, Carlos… Son mis padres.

–Aunque lo sean, aunque lleves su sangre y sufras cuando los veas hundidos.

Lolita se levantó del asiento. Sin lágrimas. Con terror.

–No hables así, Carlos: me das miedo.

También yo me levanté. La mesa nos separaba. Era una mesa sombreada por el almendro, llena de entresijos luminosos y movedizos:

–Te habré contagiado el mío -dije-. No es bonito. Es un miedo de asco.

–¡Cállate!

–Ya es tarde.

–Van a oírte.

–Tanto mejor. Estoy deseando que me oigan.

Me oían. Sé muy bien que me oían, porque los rostros de todos se volvieron hacia mí. Eran miradas llenas de estupor, de sorpresa, de expectación. Parecían caras suspendidas por un imán.

Pero Lolita (aquel fragmento de los intocables) no se resignaba a mi desafío. Le salía el orgullo de raza en cada sílaba que pronunciaba:

–Sólo han querido prevenirme: por mi bien, pero no son malos.

–Tampoco mi madre es mala -dije gritando.

–Ellos no me han dicho que tu madre fuera mala.

–Lo piensan.

Lolita se dejó caer de nuevo en la silla. Se llevó la mano a la cara: se pellizcaba las mejillas como si temiera haber perdido el tacto:

–Sólo han dicho que era republicana.

Entonces la señora Moraldo volvió a reír, y yo tuve la impresión de que aquella risa me abofeteaba. Pronto dejó de ser una risa aislada: venía arropada por las otras. Y las carcajadas crecían, crecían… Probablemente les había hecho gracia el comentario de Lolita. Probablemente se estaban riendo de aquella defensa mía, tan pobre y escuálida, tan característica de los tiempos que corrían… «Tampoco mi madre es mala…» Para ellos, ser republicano era ser malo. No había vuelta de hoja. Todos pensaban así. Incluso Lolita.

La mesa que nos separaba parecía un mar: un mar de contrasentidos y de incomprensiones. Y a orillas de ese mar, cada vez más extenso, Lolita y yo, contrapuestos, distantes. Acabábamos de descubrir que la vida no era fácil. Existían lagunas inmensas de convencionalismos, de incompatibilidades, de malformaciones políticas y sociales. Existían granizos de verano y aludes de primavera, siniestros de todas las épocas: barreras que detenían, incendios que devastaban, lluvias que desbocaban ríos… Y ambientes: el suyo y el mío; clases, castas.

–No debiste decir eso: va a pesarte mucho, Lolita.

La vi palidecer tras mi amenaza. No se atrevía a mirarme. Probablemente también ella había comprendido de golpe todo lo que estaba yo comprendiendo. Amainó velas:

–No quería ofenderte.

–Pero me has ofendido. Todos vosotros me ofendéis: tus padres, Paco, los amigos de tu familia…

–Eres demasiado susceptible, Carlos. Trata de comprender.

–Estoy comprendiendo, Lolita.

Se replegaba en su silla, escondía las manos, bajaba la cabeza; su busto parecía deshincharse.

–Nunca imaginé que pudieras ser tan odioso -murmuró enfurruñada.

Se parecía a la niña que años atrás me había llamado «mamarracho», tenía la misma voz de entonces, la misma soberbia

insultante.

–Hay algo peor que ser «republicano» -dije.

–No te entiendo, Carlos.

Era imposible que me entendiera. Era imposible que intuyera todo cuanto estaba atropellando mi mente.

–Vas a entenderme enseguida -contesté carraspeando.

Señalé a su padre. El señor Moraldo consultaba de nuevo el reloj (llevaba ya mucho rato echando vistazos intencionados a su saboneta). Y la cadena de oro se balanceaba sobre el chaleco, despidiendo destellos.

–Míralo, Lolita: fíjate bien en tu padre.

No se atrevía a alzar la vista. Palidecía, temblaba.

–¿Recuerdas? ¿Recuerdas lo que me dijiste una vez? «Papá nunca miente.» -Lolita entreabrió los labios, pero no la dejé hablar-. Eso te habían hecho creer desde la infancia: «Los padres nunca mienten: los padres son señores respetables…» Eso es tu padre: un hombre digno de admiración, ¿no es cierto? Un padre intachable y un marido perfecto…,

–No sé lo que te propones.

–Estoy planteando la cuestión -dije-. Estoy intentando demostrarte que tu padre es un canalla.

–Cállate.

Pero no callé. Lo volqué todo: no omití detalles. Mi inesperada salida del colegio a una hora inusitada. Mi espera en la parada de tranvías. El retortijón que cruzaba mi vientre. La idílica actitud de miss Dory mientras se dejaba acariciar por los dedos del señor Moraldo. La frase de mi madre: «Ella lo sabía, Lolita: lo sabían todos.» Luego respiré hondo.

Lolita levantó la cabeza y me miró fijamente:

–Eres malo, Carlos: eres perverso.

–Soy realista.

–Eres cruel, quieres vengarte.

–No es venganza: es justicia; me estoy defendiendo.

–Con mentiras.

–Eres muy dueña de no creerme. Si te gusta engañarte… Tu madre lo sabía: por eso la echó de casa. Por eso te dijo que cuando fueras mayor «te explicaría».

Los ojos de Lolita no parpadeaban: parecían petrificados.

–Nunca te perdonaré lo que me has dicho.

–Jamás te daré ocasión a que me perdones.

Volvió a ponerse en pie. Quedamos frente a frente: el sombreado del almendro cada vez más luminoso y menos oscuro.

–No quiero tu perdón, Lolita: quiero tu sufrimiento. El mismo sufrimiento que tú y los tuyos me habéis dado a mí.

Y la dejé allí, bajo el árbol, sin tenderle una mano, sin decirle adiós. Tampoco subí al vestuario para despedirme de Paco, ni me digné mirar hacia el lugar donde quedaban sus padres.

Salí del golf transformado en republicano.

Llegué a la carretera de Esplugas pisando firme, sabiendo ya con certeza «quién tenía razón» y «quién no la tenía». Me sentía republicano como me sentía hombre: por orgullo, por amor propio, por llevarle la contraria a lo que acababa de perder. Al fin me había liberado de mis dudas, de mis prejuicios, de todo lo que me ataba al desconcierto. El mundo de los Moraldo quedaba atrás, con sus miserias y sus complicaciones, con sus ridiculeces y sus grandezas de pacotilla. El que contaba era el mío. El de la calle Fernando, el de las bombillas mosqueadas y la baranda reluciente. Llegué a mi casa a las cuatro de la tarde: el recorrido era largo y los tranvías morosos. Mi madre me recibió sorprendida.

–Pero, Carlitos, ¿qué haces aquí a estas horas?

Imaginaba que, como de costumbre, yo había almorzado en casa de los Moraldo. Le dije que había terminado con ellos. Creí que iba a reprocharme mi actitud, pero no chistó. Se dejó caer en el asiento y aguardó a que yo prosiguiera:

–Te han llamado republicana, como si el hecho de serlo fuera un insulto.

Era una verdad a medias: una de esas verdades que, de puro reales, llegan a ser mentira. No mencioné la verdadera causa de aquella

injuria. Nunca le dije que se debía a mi noviazgo con Lolita.

–De modo que no quieren tratarte porque soy republicana…

La indignación le crecía por dentro: se le notaba en el modo que tenía de mover las manos, al ralentí, como si actuara en una película con cámara lenta. Esbozó una sonrisa y esperó:

–Al parecer, todo es cuestión de tener clase o no tenerla. Los Moraldo han decidido que yo no tengo clase.

–Los muy puercos: atreverse a…

Pero lo decía sin alterarse, sin levantar la voz, como si rezara. Y se mordía los labios: casi los comía, acaso para que la ira no la comiese a ella.

–Peor para ellos -dijo-. Veremos dónde irán a parar sus humos cuando lleguen las elecciones. La aristocracia va a hundirse: te lo aseguro, Carlitos. No van a ser más que ciudadanos normales; gentes grises: nadie.

Tomó aliento:

–De hecho ya lo son ahora. Por eso han reaccionado de esa forma contigo. El porvenir se les ha puesto delante de pronto. Están lanzando las últimas bocanadas y no saben lo que hacer para atacar, para defenderse, para convencerse a sí mismos de que todavía son algo.

También ella intentaba convencerse con razones utópicas. También ella buscaba explicaciones para aquella reacción absurda. La dejé con la creencia de que, efectivamente, aquel modo de tratarme se

debía sólo a la necesidad de defenderse en una hora extrema, la de las futuras elecciones: un modo de discriminar personalidades e ideas. Noté su mano en mi hombro. Era un ademán cariñoso: casi olvidado.

–¿Te han herido mucho, hijo?

Lo decía sintiendo en ella mi propia herida: doliéndole acaso más que a mí.

–No -mentí-. Hacía algún tiempo que lo estaba comprendiendo todo.

–¿Cómo ha ocurrido?

–De una forma indirecta: a través de la hija. Ya sabes: esa niña ridícula: Lolita. Ha sido ella la que me lo ha dicho: «Tu madre es republicana y mis padres no quieren que te trate.»

–¿Y tú? ¿Cómo has reaccionado tú?

–Los he plantado y me he venido. ¿Qué otra cosa podía hacer?

–¿Y Paco?

–Ni siquiera se ha enterado. Lo he dejado en el vestuario, hablando de golf.

–A lo mejor llama por teléfono.

–Le dices que no estoy, que he salido: no quiero volver a verlo.

Mi madre guardó silencio unos instantes. Dijo luego, como si hablara consigo misma:

–Ya sabía yo que el ambiente del golf no iba a funcionar.

–¿Has olvidado tu consejo? – salté-. El ambiente del golf es el de los Moraldo: «La meta», decías. «Tu meta está en los Moraldo.» ¿Lo recuerdas? Ahí tienes en lo que ha parado la famosa meta.

No respondió. Encajó bien el reproche. Se mordió los labios. La vi luego estirar con los dientes una pielcita rebelde que le crecía en la comisura:

–De cualquier forma, las cosas van a cambiar. Insisto: esa gente va a quedar en la retaguardia. – Y escupió la pielcita arrancada sin dejar de mirarme-. Esa niña… Lolita, ¿qué más te ha dicho?

También ella temía que Lolita me hubiese puesto al corriente de «aquello». La dejé con la incertidumbre. Pensé que su duda iba a beneficiarme.

–No quiero volver a tratar a los Moraldo -dije resueltamente.

Y mi madre interpretó aquella decisión mía como un homenaje a su buen nombre:

–Siempre dije que eras un hijo ejemplar, Carlitos. ¿Estás seguro que no vas a echarlos de menos?

–¿Se puede echar de menos a un nido de piojos?

Esbozó una sonrisa complacida, una sonrisa aliada. Y yo transformé su sonrisa en carcajadas cuando empecé a imitar la voz del señor Moraldo, mientras consultaba su reloj: «Las dos y media:

hora de almorzar…» Y enredaba mis dedos en una cadena invisible que pendía de una hipotética saboneta.

–Así habla el muy ampuloso. – Y acto seguido atiplé la voz para imitar a la madre-. «Esta noche cenaremos en casa de los Repecho…» Se acabó -decreté-. Dejaré el colegio: me niego a continuar fomentando la estupidez de Paco.

–Pero tus estudios…

–Los acabaré por libre.

Creí que protestaría, pero me dio la razón:

–Cuando se es tan inteligente como tú, los colegios sobran.

Al día siguiente fui allí para recoger mis cosas y anunciarles a los curas que no volvería. Afortunadamente, el padre Celestino se hallaba ausente y me evitó explicaciones. Era la hora del recreo. Hablé con el prefecto: no entendía aquella súbita decisión.

–Pero si estás a punto de acabar tu bachillerato; a quién se le ocurre. Un estudiante tan aprovechado como tú…

También allí dije la verdad a medias:

–Mi madre lo ha decidido.

Faltaba recuperar el equipo de golf. Pensé en llamar a miss Francia para que me ayudara a rescatarlo. Pero el temor a recibir un chasco me impidió hacerlo. De pronto me acordé del Diario. Hacía pocos días había escrito yo en él una frase que me parecía lapidaria:

Cuanto más se quiere a una amante, más se expone uno a odiarla. Era de La Rochefoucauld y parecía una prenoción.

Aquella semana el tío Rodolfo apenas dio señales de vida. Las futuras elecciones y los enfermos ocupaban casi todo su tiempo. Probablemente se enteraría de lo ocurrido por boca de mi madre. Quedaban dos meses escasos para los exámenes: era necesario estudiar. Estudiar mucho para no empañar mi falta de asistencia a clase.

Aquel día mi madre me dijo: «Ahora sí que necesitas pantalones largos.» Los confeccionó ella misma robando horas al sueño: «Quiero que los estrenes el domingo.» Y los estrené el domingo: el día de las elecciones. Recuerdo que, al levantarme, corrí al comedor para ver si el cielo estaba despejado. Un sol vigoroso cubría la ciudad. Imaginé el campo de golf: lo supuse desierto. El sol de aquella mañana no pertenecía a los golfistas; pertenecía a la masa, a la gente que debía votar, a los que se lanzaban a la calle con pancartas festivas y altavoces sonoros.

El bullicio callejero había comenzado muy temprano. La multitud iba creciendo a grupos, como larvas maduras que dieran en abrirse. La actividad crecía a medida que pasaba la mañana, autopotenciándose, multiplicándose en progresión geométrica.

De la calle llegaban hasta mí frases desacostumbradas: «Vote su porvenir.» «Acaba de una vez con la muerte de España.» «Españoles, la libertad os espera.» La gente voceaba desde los balcones, desde las aceras, desde los vehículos que fluían, estrepitosos, hacia las Ramblas. Primero eran voceos aislados, tímidos dentro de su audacia. Luego se unían a otros, cada vez más afianzados y seguros. Aquel día no fuimos a misa: los domingos

miseros se habían acabado. Mi madre decía: «¿Para qué ir a misa si ya eres una persona mayor?» Y me miraba orgullosa por lo bien que me sentaba el pantalón largo. Poco antes del almuerzo llegó el tío Rodolfo, nervioso, su alegría demasiado histérica para no desentonar: «Vaya, Carlitos: ahora sí que estás hecho un hombre.» Y me obligó a dar vueltas por la estancia, para contemplar el efecto que mis pantalones le producían. «Has elegido un buen día para estrenar» Daba por hecho el triunfo de la República: «Vas a ver en lo que paran tus amigos los Moraldo: un palmo de narices van a salirles a todos…» Aquel día no probó el queso. Estaba demasiado agitado para detenerse a comer. «Nos veremos por la noche», dijo al salir de casa.

Horas después, también mi madre y yo salimos. El entusiasmo sordo que se respiraba en la ciudad, nos atraía. Las calles parecían hormigueros, sobre todo en nuestro barrio. La gente circulaba abstraída, pendiente del resto, mirándose unos a otros de reojo, con recelo alegre, como si quisieran adivinar quién pensaba o dejaba de pensar como ellos.

En el pavimento había una confusa mezcla de papeles. La propaganda electoral era ya sólo eso: papeles dispersos arrastrados por el viento. Monárquicos y republicanos se fusionaban allá en el suelo a impulsos de pateos, de pisadas y roces.

Llegamos hasta la Horchatería Valenciana. La mayoría de las mesas estaban ocupadas. Pero conseguimos un lugar junto a la esquina, allá donde la Gran Vía, más tarde Cortes Catalanas, bifurcaba con el paseo de Gracia. Todo tenía un tinte nuevo: menos aristócrata, pero mucho más alegre. Pedimos horchata y chocolate con *melindros.* «Un día memorable -dijo mi madre-. Una página gloriosa de la historia de España.» Regresamos a casa cuando la luz

del día relumbraba aún. El crepúsculo era siempre tardío en aquel mes. Pero la calle de Fernando se veía fatigada, como si en ella se hubiera hecho de noche.

Tal como lo había prometido, el tío Rodolfo se presentó en casa después de la cena. En la mano traía una botella de champaña:

–Triunfo -gritaba-, triunfo rotundo.

Abrazó a mi madre, me abrazó a mí: brindamos los tres por una República consecuente, justa y prolongada. Me acordé de los Moraldo: de su fracaso, de su hundimiento. ¡Qué lejos quedaban ya los Moraldo! Era como si la República, todavía en mantillas, lo estuviera barriendo todo: los remilgos de Lolita, la abulia de Paco, la altanería de sus padres…

–Por fin España ha despertado de su modorra -decía el tío Rodolfo-. Por fin vamos a saber lo que quiere decir «vivir sin privilegios», sin manías arcaicas, sin atrasos civiles, sin atropellos de clases.

A medida que bebía, la nariz se le iba abrillantando y los ojos le chispeaban con destellos fosforescentes:

–Se implantará la justicia, el orden: todos tendremos las mismas oportunidades…

Lo decía convencido: su afán de progreso lleno de buena intención, pregonando paz. Mi madre, en cambio, empezaba a tener miedo:

–A lo mejor no todos piensan como tú.

El tío Rodolfo no admitía aquella duda:

–No seas insensata.

–Pero ¿y el Rey? Sabe Dios lo que hará el Rey…

–Nunca dio muestras de violencia: cederá. Se irá de España y se acabó.

–No me gustaría que le causaran daño.

–¡Qué cosas tienes, mujer! Salimos ahora con ésas: la República es una institución civilizada, liberal. Ningún republicano es un caníbal.

Lo recordé de nuevo estrechando mi mano: su felicitación, su mostacho grueso, su sonrisa… Sentí algo parecido a una pena sorda.

–Ahora ya no es Rey -decía el tío Rodolfo-. Ahora es un ex monarca.

También el marqués de la Triponna era un ex, y los Repecho y los Sobrado y los Trigo, y los Remo… Ningún título podía esgrimirse sin anteponerle un ex escueto y alambicado.

La tertulia se prolongó hasta la madrugada. El tío Rodolfo no daba muestras de querer marcharse. Era conmovedor que hubiese preferido pasar aquella velada con nosotros en vez de quedarse con su familia.

Me pregunté qué pensaría aquella familia del resultado de las votaciones: evoqué a la mujer de las cerezas y a los tres niños que comían churros: en aquellos momentos eran cuatro utopías que

nada tenían que ver con nuestra realidad. Al desnudarme, todo me daba vueltas. Me miré al espejo. El champaña ingerido me permitía ver reflejado en la luna una especie de gigante. El resto del cuarto era un silencioso y persistente tiovivo. No hubiera sabido decir si estaba contento o estaba triste. Todo era desusado. En realidad, aquel día, más que día de las elecciones, era el día de mi primer pantalón largo: la ocasión de arrastrar por las calles mi apariencia de hombre.

De vez en cuando imaginaba la expresión desolada de los Moraldo. Saqué la lengua: la tenía blanca, punteada y seca. Fue una reacción infantil, impropia de mi pantalón largo:

–Para vosotros, mierdicas relamidos -dije al espejo.

Aquella noche soñé que venían a buscarme para llevarme a la cárcel: «No los dejes entrar», le gritaba yo a mi madre. Y el timbre seguía sonando, sonando… No sabía exactamente de qué se me acusaba: tal vez de ladrón o de jugador de golf, o de estudiante enchufado. Lo malo era la insistencia del timbre. Alguien golpeaba la puerta de mi cuarto. El timbre había dejado de sonar. Y la puerta tenía sonoridades de trueno. Yo gritaba: «No los dejes entrar, no abras: quieren atraparme…» Pero la puerta se abrió lentamente, despóticamente.

Vi a mi madre a los pies de la cama:

–¿Qué te sucede, Carlitos? ¿Por qué no me dejabas entrar?

Me incorporé todavía asustado.

–¿Qué ocurre?

–Nada particular: en el comedor te espera una francesa que desea hablar contigo.

–¿Joven?

–Me temo que no.

Me vestí a toda prisa. Encontré a miss Francia sentada junto al balcón.

–¿Usted?

Me tendió la mano tímidamente, como pidiéndome perdón.

–No esperabas verme… ¿verdad, Carlos? He venido a traerte eso.

Y me entregó el Diario que Lolita y yo hacíamos al alimón.

–No debió molestarse -le dije-. Puede romperlo o echarlo a la basura.

Hubo un silencio breve. La francesa deglutía saliva y su cuello de pellejos caídos subía y bajaba con obsesionante persistencia.

–Siento mucho lo ocurrido -dijo suavemente.

Por unos instantes pensé que se refería al resultado de las elecciones. Pero enseguida comprendí que aludía a mi ruptura con los Moraldo:

–¿Por qué? Yo no lo siento.

Torció la cabeza. La llevaba tocada con uno de esos sombreros que parecían orinales: redondos, acharolados, coronados de borlitas que

imitaban madroños.

–Los amores contrariados duelen siempre.

Probablemente se acordaba del suyo: de aquella historia apagada que tan inverosímil nos había parecido a Lolita y a mí. Se ajustó el sombrero con la mano enguantada y me dijo solemnemente:

–Hoy mismo saldré de España: vuelvo a mi país.

–¿Por qué?

–Me han despedido.

Lloraba por dentro, estoy seguro, pero sus labios sonreían. Lo que delataba aquel llanto, eran los pellejos de la garganta y aquel constante deglutir.

–No pueden hacerle esa faena. ¿Por qué la han despedido?

–No me perdonan que os hubiera ayudado.

Causaba pena verla tan hundida, tan esclavizada a la vergüenza de su celestineo.

–De cualquier forma, no me pesa. El amor es bonito -suspiró-. Lo más bonito de la tierra: lo único que nos justifica.

Le temblaba el mentón cuando dijo aquello.

–¿Cómo se enteraron?

–La señora Moraldo encontró el Diario. Sospechaba de mí: registró el armario.

–Como si estuviéramos en la Edad Media: una actitud muy feudal, muy digna de la elegante señora Moraldo. Debí imaginar algo parecido; así viola esa gente el derecho a la libertad.

Se encogió de hombros:

–Al fin y al cabo, estaba en su casa.

–Pero el armario era suyo: una isla sagrada dentro de su propiedad.

Miss Francia no se defendía.

–Hay que aceptar las cosas tal como vienen.

Contemplé el Diario: estaba sobre la mesa, manoseado, forzado su cierre.

–Me obligaron a reconocer mi culpa y me comunicaron que en cuanto Lolita se fuera, yo también debía marcharme. Sin ella no van a necesitarme.

–Así que Lolita se ha ido…

Miss Francia asintió: las lágrimas de la garganta apiñadas en los ojos. No hubiera querido verla llorar. Cuando los viejos lloraban se volvían ridículos. Las lágrimas no encajan en unos ojos caducos.

–Me alegro -dije-. A Lolita le conviene salir de su casa… y viajar y comprender que no todo se reduce a la majadería de su ambiente.

Pero miss Francia no me oía. Seguía preocupada por el truncamiento de aquellos amores nuestros.

–Ha sido una lástima, una verdadera lástima… Erais una pareja tan pura, tan limpia…

Probablemente se remitía a su historia: la nuestra era sólo un pretexto para revivir su amor perdido. Estuve a punto de desengañarla: «Fue todo una parodia…» Pero la dejé con su idea. Desengañarla hubiera sido cruel. Había perdido su empleo por aquel hipotético amor, y los empleos perdidos en aquellos instantes eran irrecuperables. Por eso regresaba a su país. También mademoiselle Marie era una «parada», una «detenida» más entre las mil víctimas vacantes.

–Tal vez pudiera usted encontrar otra casa…

Alzó la mano zanjando el asunto:

–Imposible: ya lo he intentado. Nadie quiere «tomarme». La señora Moraldo me ha negado su apoyo. Dice que no quiere exponerse a quedar mal entre sus amistades.

Era lamentable verla tan indefensa, tan inmovilizada por una sociedad rígida y despiadada. Hubiera querido gritarle: «Rebélese, defienda sus derechos…» Pero mademoiselle Marie no pertenecía al mundo de la polémica, ni al de la rebeldía, ni al de la democracia. Pertenecía al mundo de la fatalidad, de los altos y bajos, de los encumbrados y los caídos.

–Ese tipo de injusticias va a acabar muy pronto -le dije-. Las cosas han cambiado en España.

Se llevó un pañuelo a los ojos y esbozó una sonrisa desencantada:

–No creo en los cambios, Carlos: tengo demasiados años para creer en ellos.

–Ahora vendrá la República -insistí-. Se acabarán los favoritismos. El prestigio de los Moraldo va a quedarse en agua de cerrajas.

–Surgirán otros Moraldo -contestó ella-. No es cuestión política, sino humana. Se llamarán de otro modo y adoptarán otras costumbres, pero habrá siempre oprimidos y opresores.

No sé lo que ha sido de mademoiselle Marie: hará ya mucho tiempo que debe de descansar bajo tierra, con su cuello rugoso y sus lágrimas convertidas en barro, pero sus palabras continúan vivas, vigentes: jamás he podido olvidarlas.

–¿Cómo han reaccionado? – pregunté-. ¿Cómo han tragado lo de las elecciones?

–Mal: no acaban de creerlo. Todavía confían en que el Rey no se vaya. Madame ha pasado la mañana llorando. Monsieur no ha hecho más que telefonear. Apenas me han hablado. Pero cuando lo hacían era para meterse con mi país. Decían que por culpa de la República francesa, España había caído en el fango. Luego… Paco dijo que tenía anginas y se metió en la cama.

–La excusa de siempre: anginas, debilidad: Hipoposfitos Salud y descanso. Veremos quién le saca las castañas del fuego este año. Se habrá enterado ya de que yo he dejado el colegio.

No le pregunté dónde habían mandado a Lolita. Probablemente no lo sabía. Los Moraldo eran demasiado suspicaces para incurrir en la ligereza de informar sobre ello a mademoiselle Marie.

–Paco dice que has dejado el colegio por causas económicas…

También yo tragué saliva con dificultad: se me había vuelto repentinamente espesa. Así era Paco: así reaccionaba cuando las situaciones lo desposeían de lo que precisaba para seguir adelante.

–Espero no volver a verlo en todo lo que me queda de vida -dije furioso-. En cuanto termine el bachillerato, buscaré trabajo. Ya va siendo hora de que ayude a mi madre.

–Siempre fuiste un buen chico, Carlos: los padres de Lolita no se dan cuenta de lo que han perdido… No te pareces a Paco.

Miraba el suelo: su sombrero orinal le cubría las facciones. Contemplaba sus guantes de cabritilla, gastados en las puntas. Enternecían aquellos guantes, enternecían aquellos botones abrochados en las muñecas. Todo en aquella mujer enternecía.

Ese tipo de institutrices ya no existe. Se extinguieron con la segunda guerra mundial. Se fueron, como las pesetas de plata y los coches de caballos, los trenes de carbón y las muñecas de porcelana (aquellas que Lolita conservaba en su cuarto) con ojos de cristal y cabello verdadero. Luego vinieron las «señoritas» *(seño* para muchos) exigentes y mal educadas, cuya función ya no consiste en educar, sino en soportar a los niños mientras las madres cocinan, o lavan o toman copas con los amigos del marido. Y, por supuesto, ninguna usa sombrero, ni guantes de cabritilla abotonados en las muñecas.

–Siento dejar España -decía-. Pero no me queda otro remedio. Lo malo es… Bueno, ¿para qué voy a preocuparte a ti con mis problemas?

Probablemente se refería a su situación económica. La vida en Francia era entonces todavía más precaria que en España. Y, a su edad, no era fácil encontrar empleo.

–Si yo pudiera ayudarla…

Me tendió la mano:

–Buen muchacho -dijo-, buen muchacho.

Y volvió a llevarse el pañuelo a los ojos. Hasta nosotros llegó la voz del locutor (mi madre había decretado hacía ya mucho tiempo que el aparato de radio debía estar en la cocina). Hablaba de Alfonso XIII (no recuerdo qué decía), y mademoiselle Marie intentó bromear:

–También él va a perder su empleo.

Reímos los dos sin ganas.

–Procura acordarte de mí -dijo al marcharse-. La muerte se vence así: con el recuerdo.

Me dejó el Diario. Lo llevé a la cocina. Mi madre preparaba el desayuno. Sin decir palabra abrí el fogón y lancé el cuadernillo a las brasas.

–¿Qué estás quemando, Carlitos?

No contesté: quemaba una etapa: la de mis bombachos, la de mis prejuicios, la de mi fe.

El día transcurrió sin relieve. Fue una jornada quieta y expectante, como si la sorpresa de la novedad política (todavía no precisada, todavía aturdida por el trauma del parto) impidiese reaccionar. Teníamos las manos llenas de República, pero no se sabía qué hacer con ella. Tampoco el Rey se definía. Las calles se veían nuevamente adormiladas, con la resaca de la embriaguez política reflejándose aún en los papeles de la propaganda electoral que los barrenderos, cachazudos y soñolientos, iban recogiendo mezclados al estiércol de los caballos.

Mi madre volvía a sentir miedo:

–Demasiado silencio -decía-. No es lógico.

La gente, como de costumbre, se reintegraba a su trabajo, pero aquel día el tío Rodolfo no apareció por casa. Llamó por teléfono para decirnos que seguía bien y que se llegaría en cuanto pudiera.

Aquella noche mi madre volvió a cerrar los batientes del comedor y encendió su famosa lamparilla de aceite. Yo estudié hasta la madrugada. Dormí de un tirón. Desperté a la hora de almorzar. Por la tarde se proclamó oficialmente la República.

De pronto, una algarabía violenta se instaló en la calle. Me asomé al balcón: Una muchedumbre espesa venía de la plaza de San Jaime, camino de las Ramblas. Voceaban y se agitaban: las fuerzas recuperadas. Las efigies de los ejecutados Galán y García Hernández, se plasmaban de nuevo entre los vivos; ampliadas, resucitadas y victoriosas: Los vitoreaban llamándolos mártires y precursores. «Mueran los asesinos.»

A los dos días se publicó la renuncia del Rey: *Las elecciones del domingo revelan claramente que no tengo el amor de mi pueblo.*

Decía aún «su pueblo». Se iba, pero no claudicaba, ni abdicaba, ni vendía sus derechos de Rey: *Soy el Rey de todos los españoles.* Aunque no lo quisiéramos: lo era por derecho, por herencia, por sangre: *Pero resueltamente quiero apartarme de cuanto sea lanzar a un compatriota contra otro en fratricida guerra civil…* Se negaba al derramamiento de sangre. No quería ser la causa de lo que todos temíamos. Y terminaba con un *Viva España.*

Mi madre se escondió para que yo no viera que sus ojos se habían empañado; a pesar de todo, ella respetaba al Rey:

–Si al menos los monárquicos le hicieran un homenaje…

Pero los monárquicos también se escondían: se replegaban. La monarquía aquella era ya un cadáver, y los cadáveres se entierran para que no crezcan y delaten y remuerdan la conciencia.

Una corriente de aire cruzó el comedor y llegó hasta la cocina: «Carlitos, por favor, cierra ese batiente.»

Lo decía temblando. Aunque no lo confesara, tenía miedo, como antes, como siempre. Nerviosa, tiraba de mi brazo y me empujaba hacia adentro. «Vas a pillar frío.» No quería confesar su temor. Intenté bromear: «No te preocupes, mamá, es un frío republicano.»

La radio interrumpió nuestro coloquio. Informaba: existía ya un gobierno provisional; el orden imperaba en la península. Sólo había que lamentar algunos actos vandálicos sin importancia, cosas insignificantes como el derrumbamiento de la estatua ecuestre de Felipe IV. «Ya empezamos», decía mi madre. «El Rey se marcha para no derramar sangre y la derraman las estatuas… No entiendo ese salvajismo.» Pero no quería perder la moral. Le parecía

vergonzoso desconfiar del orden al amparo de la República. «¿Te has enterado, Carlitos? Ahora la bandera tiene otro color…»

Se autodominaba con detalles así, pequeños, anecdóticos. «También el himno nacional ha cambiado.» Y lo tarareaba para que yo lo escuchase, con voz insegura, más amedrentada que emotiva.

El tío Rodolfo llegó a casa entrada la noche: el rostro fatigado, la risa menos escandalosa y los ojos hundidos:

–Un día agotador, pero muy fructífero. Todo está saliendo a pedir de boca -comentaba-. Al fin, como hubiera dicho Castelar, el interés privado va a dejar de sobreponerse al derecho humano. Al fin…

Pero la violencia empezaba ya a desmentir aquel arranque de optimismo.

–¿A qué no sabéis lo que le ha pasado a la bandera? – continuaba él poniendo cara de guasa-. Pues que, del golpe que ha recibido, le ha salido un morado.

Y lanzó una carcajada como las de antes, sonora, hueca, llena de despreocupación. El tío Rodolfo lo arreglaba todo así: riendo, echando mano del chiste fácil, amalgamando su sentido trágico de la vida con la faceta grotesca. Era una especie de Sancho Panza con ribetes de don Quijote. Mi madre movía la cabeza:

–Eso es lo malo de los españoles -decía-, que lo echamos todo a broma.

La tensión cívica se le estaba contagiando: temía que la libertad recién implantada nos viniera ancha y no supiéramos aprovecharla

adecuadamente.

–Eres agorera, Remedios…

–Soy realista.

–Naciste con el miedo en el cuerpo.

–Tal vez porque nací en el siglo de la dinamita.

–Cosas más grandes veremos, mujer: los adelantos científicos no han hecho más que empezar.

–Con tal que no nos obliguen a retroceder…

Muchas veces me he preguntado cómo aquellas dos personas, tan distintas entre sí, tan opuestas en todo, habían llegado a una compenetración sentimental tan matemática y tan sólida. Se entendían a la perfección, incluso sin hablar: sólo mirándose, o levantando la mano, o gesticulando. Había resortes que únicamente ellos conocían: carraspeos que plasmaban mundos ignotos, muecas que alzaban cortinajes, suspiros que señalaban presagios… Todo para ellos era exclusivo, propio: no permitían que nadie se introdujera en su coto cerrado.

–Deberías ser más optimista: el Rey se ha ido y no ha habido que lamentar ni una muerte. Hemos dado una lección al mundo: no cabe duda.

Pero la lección empezó a flaquear pronto. Un mes más tarde el foco soterrado que mi madre temía, dio en brotar en forma de huelgas e incendios. «En Madrid queman conventos…» De nuevo la conmoción social salía a flote. El descontento no se paliaba con

idealismos. Hasta el tío Rodolfo acusaba aquella nueva desorientación:

–Hay que confiar en el Gobierno. Esas cosas ocurren por no confiar en él.

Decía que la quema de conventos era una lógica protesta contra la injusticia y el mal ejemplo de los monárquicos:

–¿Sabías tú que una cuarta parte de la riqueza ha sido escamoteada a la Hacienda? Más de mil millones han sido sustraídos de España para ser llevados a Suiza. Y ahora se quejan de que el Gobierno dicte medidas de seguridad… ¿Qué se pretende? ¿Vaciar el Tesoro?

–Sin embargo, lo de los conventos… -Mi madre no tragaba aquello.

Aquel año el calor caía sobre la ciudad a peso de plomo. Era angustioso moverse, respirar y pensar. A pesar de todo, yo acabé el bachillerato con notas brillantes. El tío Rodolfo parecía Herodes después de admirar a su hijastra Salomé:

–Pídeme lo que quieras, Carlitos: lo mereces.

Pedí trabajo: me apremiaba ganar dinero y dárselo a mi madre.

Nadie (ni siquiera yo) podía sospechar que, en realidad, estaba pidiendo la cabeza del Bautista. Lo supe después, cuando ocurrió lo de Carlota, cuando Serena lucía su bikini en la playa de Can Pou. Entonces la cabeza del Bautista ni siquiera existía en mi panorama interno. Y Can Pou era una mota ignorada en la vastedad de la Costa Brava.

–Dejaremos pasar el verano -me dijo-. Has realizado un esfuerzo grande y necesitas descansar. Al entrar en otoño cumpliré mi promesa.

Me habló de la Banca Salcedo. Decía que tenía un gran prestigio, que su capital era considerable y que su garantía económica era sólida. «Allí podrás medrar, Carlitos.»

El descanso veraniego me cansaba. Todas las noches, dormido o despierto, soñaba con mi ingreso en el Banco. El tiempo se me hacía largo, interminable, tal vez porque, por miedo a las futuras elecciones y sus posibles consecuencias, mi madre optara por quedarse aquel verano en Barcelona. En su pesimismo, veía más allá de los hechos: «En la ciudad estaremos más seguros.» El fantasma del comunismo empezaba a asomar en sus temores:

–No hay que alarmarse, Remedios -decía el tío Rodolfo-. La gente está cansada de dictadura, y el comunismo es una dictadura.

Sin embargo, el triunfo socialista en las elecciones a Cortes Constituyentes, fue rotundo. Al día siguiente el tío Rodolfo llegó a nuestra casa con el entrecejo fruncido, sin risa, sin bromas:

–Me duele el estómago -dijo. Y rechazó el queso.

Aquella negativa alarmaba a mi madre: «Es la segunda vez en cuatro años.» Y miraba desolada el plato vacío como si también ella tuviese dolor de estómago.

–Malas digestiones -se excusó el tío Rodolfo-. Demasiados enfermos, demasiado trabajo.

–No te engañes -contestó mi madre-. Lo que te preocupa es el auge socialista.

–Durará poco -dijo él-, las aguas volverán a su cauce. Lerroux ha hablado muy claro: «la República ha venido para servir a España, no para servir los intereses de unos cuantos».

Me acordé de miss Francia, de sus comentarios sobre los oprimidos y opresores: «El mundo no cambia, Carlos…» Y comprendí que el idealismo del tío Rodolfo empezaba a descomponerse: algo profundo lo estaba agrietando.

Fue un verano inquieto y vacío. Las declaraciones de Lerroux empezaban a imponerse en nuestro pequeño clan. Era extraño oír repetir al tío Rodolfo frases tan distantes de las que siempre había pronunciado: «La religión no es una tiranía, sino un consuelo…» O bien: «Nos atropellamos por ir demasiado deprisa…» Antes jamás hubiera dicho que la religión era un consuelo: la hubiera calificado de droga. Antes jamás hubiera hablado de precipitaciones; al contrario, hablaba de lentitudes perniciosas, de principios sociales vergonzosamente rezagados…

Al iniciarse agosto, mi madre se llevó una alegría: el plebiscito de Cataluña fue favorable al Estatuto. «Un paso digno», comentó: «Al fin se nos toma en cuenta.» Había entrado de lleno en su fase catalanista y se sentía halagada por aquel adelanto.

Octubre tardó mucho en llegar aquel año. Pero un día, cuando el frío apuntaba discretamente sobre la ciudad, el tío Rodolfo cumplió su promesa. Me llevó a la Banca Salcedo. El edificio abarcaba dos plantas y estaba situado en el paseo de Gracia. Hasta hacía pocos meses se trataba de una entidad privada, totalmente controlada por

el viejo Salcedo. Al morir él, se había constituido una sociedad, cuyas acciones, en su mayoría, se habían repartido entre los tres hermanos: Alberto, Jesús y José.

–Quiero prevenirte: el único que tiene importancia es don Alberto -me explicó el tío Rodolfo-. Los hermanos J. J. no cuentan.

Hablaba de aquellos hermanos con el mismo desdén con que hablaba de sus colegas. Para él, el único médico que valía era mi padre, quizá porque estaba muerto.

Aseguraba que don Alberto era un hombre inteligente: un republicano de buena ley: «Disciplinado, justo y honrado.» Insistía en que debía ganarme su confianza desde el primer momento: «Si lo haces así, tendrás la partida ganada de antemano».

Entramos en el vestíbulo: era un lugar oscuro, decorado al estilo modernista. Una larga hilera de ventanillas circundaba el acceso al pasillo. Tras ellas asomaban rostros macilentos, despersonalizados: rostros que miraban igual y que sólo muchos meses después fueron exclusivos.

De pronto, en aquel manchón oscuro, surgió una figura clara. Llevaba uniforme negro, pero todo en ella era luz.

–Buenos días, doctor Tramacho.

El tío Rodolfo la llamaba Estrella, la trataba con respeto, le decía que teníamos una cita con don Alberto. Y Estrella nos miraba sonriendo, con oteos fugaces, penetrantes y turbadores. Enseguida avisó al botones.

–Acompaña a esos señores al despacho de don Alberto.

Se despidió de nosotros. El tío Rodolfo dijo: «Es la secretaria de los hermanos J. J.» El botones nos hizo subir por la escalera. Era un chico más o menos de mi edad y se llamaba Juan Villoria. Cuando ahora lo recuerdo tal como era en aquella época, comprendo que Juan Villoria es de las pocas personas que no ha cambiado. Pese al tiempo transcurrido, sigue siendo exactamente el mismo, con otra estatura, otro color de pelo y otra indumentaria, pero con idéntica mentalidad.

Al llegar al rellano alto, atravesamos dos salas y nos detuvimos frente a la puerta de la gerencia.

Al abrirse vi a don Alberto por primera vez. Era un hombre de mediana estatura: llevaba el chaleco puesto y las mangas de su camisa blanca tenían el crujir de la ropa almidonada. El cuello y los puños eran duros. Se acercó a nosotros con aire desenvuelto:

–Conque tú ees Calitos…

Don Alberto se comía la erre. No sabía pronunciarla ni en francés ni en castellano. Era como si aquella letra no existiera para él. Pensé: «Otro que va a llamarme Carlitos.» Rectifiqué enseguida:

–Carlos Hondero.

Quería dejar bien sentado que los apreciativos debían quedarse en la calle cuando un hombre se metía a ganarse el pan. Don Alberto debió de entender mi indirecta e incluso debió de resultarle graciosa. Puso una mano en mi hombro:

–Muy bien: te llamaé señó Hondeo.

Su defecto estaba a punto de resultar risible. Muchas veces he pensado que, si en vez de tenerlo él lo hubiera tenido cualquiera de sus hermanos, aquel defecto hubiera resultado insufrible. Pero en don Alberto todo lo defectuoso se suavizaba enseguida: hasta la ridiculez de su dicción.

Lo que más destacaba de aquel hombre eran sus ojos claros, reflexivos y arrolladores, tan parecidos a los de Carlota. Le expuse mis proyectos sin mostrarme cohibido:

–Cuando salga del trabajo, iré a clases nocturnas: estudiaré Comercio: perfeccionaré mis idiomas.

Don Alberto me dejaba hablar sin interrumpirme. Algo en su mirada me estaba diciendo que mi forma de expresarme le caía bien. Quizá se acordara de sí mismo cuando tenía mi edad. Al terminar de hablar, me dijo:

–Empezaás desde abajo. Es la única foma de apendé los manejos bancaios con solidez.

Y yo le repuse que el trabajo, como fuere, no me asustaba:

–Haré lo que sea.

También don Alberto llevaba una saboneta metida en el bolsillo del chaleco, pendiente de una cadena de oro, también él tenía entonces un busto erguido y esbelto, como el señor Moraldo. Sin embargo, no se parecía a él: tenía otro estilo, otra forma de mirar, otra forma de comportarse.

–Así me gusta, muchacho. A tu edad yo también ea como tú: nada se me ponía po delante. Peo te advieto: no va a sete fácil.

El tío Rodolfo intervino:

–Carlitos está acostumbrado a vencer obstáculos, ¿verdad, hijo? Desde muy niño ha comprendido que los grandes hombres se forjan con luchas.

Daba por sentado que yo acabaría siendo un grande hombre. Entonces «ser un grande hombre» suponía desarrollar ideas y colaborar en el progreso.

Más tarde supe en realidad lo que significaba ser un grande hombre: tener la conciencia embotada, dominar el destino y meterse en la vorágine de la incoherencia, de la ética dirigida: aquella que avasalla y destruye.

Me fijé en lo que me rodeaba. Era como si todo aquello lo hubiera visto antes: como si, al estar allí, acabara de recuperar un pasado que aún no existía. Miré la fotografía que don Alberto había colocado en la mesa escritorio: era un grupo formado por una mujer joven y cuatro niños.

–Mis hijos -me indicó don Alberto.

Tres varones y una hembra. Allá en la fotografía resultaban remotos, como si no pertenecieran a este mundo. Los chicos eran mayores que la niña. La pequeña (tal vez tres años) sonreía con rictus forzado como si el fotógrafo le hubiera dicho: «Piensa en algo alegre» y ella, por obedecer, hubiera estirado los labios más de la cuenta.

Era rubia, como su padre, de ojos desteñidos y pelo lacio.

Llevaba un traje hecho de cintas y tenía aspecto de muñeca «Lency» comprada en El Fayans Català. Los chicos se parecían a la madre: también ellos sonreían con labios tensos, pero en sus miradas había cierta tristeza resignada, sintomática, hueca y vacía.

No: entonces no podía imaginar que acababa de pedir la cabeza del Bautista, ni que aquella niña que fingía sonreír, pudiera, andando el tiempo, convertirse en un reproche. Pensé únicamente en que estaba dando el primer paso para alcanzar la meta: la de mi empleo. Un empleo que, igual que todos, podía bambolearse al menor error, como el de Justo, el de miss Francia o incluso el del Rey.

Recuerdo que el tío Rodolfo y don Alberto hablaban entre ellos: se referían a la evasiones del capital: «El popio monaca ha dado el ejemplo -decía don Alberto-. No debe extañanos que los demás lo hayan imitado.» Y el tío Rodolfo volvía a su tema: «Si Lerroux se hiciera con las riendas…» Yo seguía mirando la fotografía de la niña.

Me obsesionaba la melancolía de su sonrisa: «No tenemos aeglo -continuaba don Alberto-, ni con Leu, ni sin él. Todos quieen mandá: todos se empeñan en llevá las aguas a su popio molino. A los españoles no nos gusta el oden: nos gusta el palo.» Voceaban como si estuvieran llevándose la contraria, pero estaban de acuerdo. Simplemente voceaban porque era la costumbre: como eludir impuestos o merendar chocolate.

Cuando salimos de allí, la calle parecía distinta. Algo en el transcurso de nuestra entrevista la había cambiado. El tío Rodolfo se puso a silbar despreocupadamente. Yo andaba silencioso, sobrecogido aún por aquella extraña sensación de haber vivido ya lo que acababa de ocurrir, o, como si lo que acababa de ocurrir,

fuera sólo el recuerdo de un futuro remoto. Lo que había entre medio de aquel lapso, se me escapaba, se volvía borroso. Sin embargo, me abrumaba. Me parecía que el paso que acababa de dar, no consistía en subir peldaños, sino en bajarlos, para meterme luego en un terreno cenagoso.

Los árboles del paseo de Gracia amarilleaban, pero las hojas aún no se habían secado: «Todavía no estás seco, todavía puedes salvarte» Pero era difícil hacer caso de un pasado que seguía siendo futuro. Miré en torno: era una avenida completamente distinta a la de ahora. Apenas había circulación. También los carruajes eran diferentes. Y los sonidos. Por mucho que me esfuerce, resulta imposible recuperarlos con exactitud. Vienen a mí a ramalazos y se van enseguida: cloqueos huecos de trotes caballunos, chirridos de unas ruedas mal engrasadas o siseos resbaladizos de otras bien engrasadas. Cláxones roncos, bocinas persistentes… Recuerdo también que, a veces, las pisadas y las voces se escuchaban nítidas, como si no pertenecieran a la ciudad, como si sonaran en pleno campo… Y también los balidos de rebaños ovejunos que insólitamente cruzaban la calle interrumpiendo el tránsito.

El único ruido concreto: el que no he podido olvidar, era el que provocaba el paso del tranvía: metálico y cacharroso.

–Bien, Carlitos: has estado muy bien.

No contesté: seguía inmerso en aquella extraña prenoción que no llegaba a asimilar. Caminamos hacia mi casa. Ramblas abajo. En la plaza de Cataluña las estatuas recién colocadas (con gran disgusto de los celadores de la moral) contemplaban nuestro paso, pletóricas y provocativas. Los vendedores de periódicos aireaban su

mercancía anunciando, con voces ininteligibles y aullantes, que Azaña acababa de ser nombrado jefe del Gobierno.

OceanofPDF.com

ESTRELLA

OceanofPDF.com

Al principio las preguntas eran todas parecidas: «¿Por qué lo has hecho?» Se diría que lo esencial es saber la causa, no el resultado. Pocos son los que aciertan a sospechar que los hechos se suceden más allá de los por qués. «Tú siempre fuiste un hombre consecuente, un hombre bueno…», decía doña Alicia. No entendía mi silencio, mi falta de reacciones: «Te mandaré al mejor abogado de España.»

Lo peor era el cansancio. Me cansaba mucho escuchar tantos despropósitos, tanta hipótesis equívoca. Nadie podía inmiscuirse en mi conciencia; nadie era capaz de hurgar en ella y conocer la verdad.

–No quiero abogados -le dije.

En aquellos momentos me acordaba de don Ramón Pérez (el asesor jurídico del Banco), de sus chanchullos para hundir a los J. J., sus tejemanejes para trastear los famosos maletines que tanto escándalo provocaron hacía algunos años, sus relaciones con el conde de Trigo, su estúpida boda con Pilar Berruguete y, sobre todo, su modo de absorber a Estrella…

Total, ¿para qué? También Ramón Pérez había caído en la trampa como había caído yo: también él había sido barrido al llegar a la cumbre.

–Si al menos hablaras… Si me dijeras cómo ha ocurrido y por qué ha ocurrido…

–No se canse, doña Alicia…

–Si al menos me explicaras por qué no quieres defenderte…

Tuve que rogarle que se fuera. Prefería estar solo entre las cuatro paredes de mi celda: contemplar el ventanal alto para que la escasa luz que penetraba tras los barrotes aclarase un poco el laberinto de mi pasado. No podía haber

solución para mi problema. De hecho, las soluciones casi siempre suelen ser paños calientes, remiendos fortuitos. Nadie acaba de comprender que la vida se repite, que todo lo que hacemos o dejamos de hacer tarde o temprano se vierte sobre nosotros, que por mucho que luchemos, todos, incluso los que circulan por la calle creyéndose libres, son simples condenados a muerte, presos como yo, marcados por estigmas que jamás podrán borrarse.

Pero doña Alicia no se daba por vencida.

–No esperes que me cruce de brazos, Carlos. Aquí hay gato encerrado. Me dejo cortar la cabeza si tú no eres inocente.

La infeliz creía aún en mi inocencia. Doña Alicia siempre fue optimista y pueril. La recuerdo ahora cuando era joven, atractiva, vital, generosa y estúpida.

También Estrella lo era. Pero entonces la estupidez de Estrella no me importaba. La estupidez de la gente suele molestar después, cuando nos hartamos de ella.

Estrella me gustó desde el primer momento que la vi en el Banco, cuando el tío Rodolfo y yo acudimos a la cita que nos había concedido don Alberto.

Fue una atracción repentina y purulenta, algo que ni siquiera mi condición de «botones» podía descartar.

Mi trabajo en aquellos momentos era degradante: bastaba echar un vistazo a Juan Villoria, el botones antiguo, con su gorrita ladeada y su chaquetilla ajustada, para comprender que tanto él como yo éramos la escoria de la empresa. Ganábamos treinta pesetas al mes y nuestra tarea era descorazonadora. Distribuíamos mensajes, informábamos a los clientes, recibíamos a las visitas, atendíamos el teléfono y rellenábamos impresos.

Pero a mí me asignaron una tarea más: me convirtieron en cómplice de los turbios manejos de don Jesús y don José: los hermanos de don Alberto.

Desde el principio se sirvieron de mí para redondear sus trapicheos. Entonces tenían ambos los despachos en el fondo del pasillo, frente por frente. Los timbres tenían sonidos distintos: un timbrazo corto era para Estrella, dos timbrazos para mí. Solían reclamarme cuando tenían visitas femeninas: «Si viene "mi señora", ya conoces la lección.» Era sencilla: debía detener a la intrusa, entretenerla, hablarle de reuniones importantes, de discusiones graves, de complicaciones bancarias que, de interrumpirse, podrían acarrear consecuencias catastróficas. Las respectivas señoras Salcedo, me creían o fingían creerme. Acababan siempre pidiendo dinero. Tenía yo orden de rellenar el talón por la cantidad que solicitaban y presentársela al señor Jaume: «Ha dicho don Jesús que lo firmará más tarde.» Mi palabra era una especie de aval y el señor Jaume les entregaba el dinero. Luego, las señoras Salcedo (juntas o separadas) salían del Banco con su propósito cumplido y su vindicación satisfecha.

Aquel tipo de actividad me proporcionaba propinas: «Muy bien, Hondero: lo has hecho muy bien.» Después Estrella acompañaba a las damas hasta la puerta. Ninguna se parecía a ella. Todas se esfumaban al lado de aquel cuerpo donoso, turgente y provocativo que tanto me había impresionado al verlo por primera vez.

El trabajo de Estrella era complicado: debía redactar cartas (textos larguísimos que los J. J. eran incapaces de dictar) dando largas a un asunto, o prometiendo apoyos en los próximos consejos, o reclamando algún pago retrasado, y también recordarles sus compromisos sociales: los cumpleaños de las esposas, los aniversarios de boda… Todas esas cosas que un hombre olvida en cuanto ingresa en los paraninfos de la infidelidad.

–¿Te gusta tu trabajo, Estrella?

–Algo hay que hacer -contestaba ella mirándome de aquel modo suyo que parecía devorar con los ojos-; la vida está difícil.

Y yo soñaba con sacarla algún día de aquella servidumbre que tan humillante me parecía.

En cierta ocasión me atreví a insinuárselo:

–Cuando crezca, no permitiré que trabajes para esos puercos.

Estrella rompió a reír y señaló mi gorrito:

–Ese día me habré convertido en una vieja.

Me dolía que fuera mayor que yo, que me viera como a un chiquillo.

–Tú nunca envejecerás.

Y ella, condescendiente, me daba golpecitos en las mejillas sin comprender hasta qué punto el contacto de sus manos quemaba mi piel:

–Vaya con el niño precoz…

Los empleados, cuando me veían tan encandilado, se burlaban de mí: «Te faltan todavía muchas papillas para pensar en mujeres…» Y me explotaban como si fuera un esclavo: «Hondero: vete a comprar *El Diluvio.*» «A mí el *Be Negre.*» Obedecía a desgano, furioso conmigo mismo por no poder rebelarme, deseando fervientemente que aquel «empezar por abajo», propuesto por don Alberto, acabase de una vez. Al salir del Banco me iba a las clases nocturnas. Más de una vez intenté convencer a Juan Villoria para que hiciera lo mismo. «No sirvo para estudiar», me decía. «Si no lo pruebas…» Pero aseguraba que ya lo había probado: «Me falta memoria.» Juan Villoria había cumplido ya los quince años y su cultura era escasa. Lo habían colocado en el Banco porque su madre trabajaba como cocinera en la casa de don Alberto, y esperaba que algún día, cuando creciera, lo aceptase como criado. «Ya lo has visto: ni siquiera sirvo para rellenar esos impresos que rellenas tú.»

Fue una época sórdida y tensa. Ocurrieron muchas cosas en el interior del Banco: sucesos que más tarde iban a cambiar estructuras y definir posiciones. Entonces todavía existían incógnitas, como por ejemplo don Pablo Daniel, el director general. Los J. J. le habían sacado el mote de

Peca-Cura (había un producto para embellecer la piel que se llamaba de aquel modo) porque tenía el rostro picado de viruelas.

Don Pablo Daniel era un hombre extraño, ensimismado, trabajador y parco en palabras. Cuando paseaba por el Banco lo hacía siempre con premura, sin alzar los ojos del suelo, el paso algo oblicuo y el ademán encogido. (Tardé mucho tiempo en averiguar la verdadera condición de aquel hombre.) En aquellos días, don Pablo era un ser híbrido, como caído de otro planeta: un cerebro inteligente que nadie podía sondear.

–¿Te has fijado? – me decía Estrella-. Cuando don Pablo camina, parece que no sepa a dónde quiere dirigirse…

Como andaba con la cabeza gacha, solía tropezar con los que se cruzaban con él en el pasillo: «¿Se ha hecho usted daño, don Pablo?» Respondía con una especie de gruñido sin enfado, como si diera las gracias, y continuaba su camino. Los J. J. le gastaban bromas despiadadas. Le echaban gomina a la tinta, le enviaban anónimos: casi siempre eran cartas de amor, sin excluir alguna de carácter terrorista. Don Pablo no se alteraba. Se limitaba a echar en la papelera las cartas sin firma y ordenaba a Juan Villoria que enjugase el tintero y volviese a llenarlo. Nunca preguntaba quién había entrado en su despacho. Lo aceptaba todo como un hecho natural. Aquella indiferencia exasperaba a los J. J. «Tiene que haber algo que lo saque de sus casillas», decían. Se metían con su impavidez: recalcaban que no era normal que un hombre soltero (todavía joven), viviese aparentemente tan fuera del mundo. Lo llamaban castrado, muñeco de goma, asceta de mierda, y, por descontado espía: para ellos todo aquel que estaba a bien con don Alberto, era un espía indeseable. «A mí ese tipo de gente, tan misteriosa, me mosquea mucho», decía don Jesús, y se lanzaban a inventar para él toda clase de malformaciones éticas. «A saber lo que esconderá ese hombre tras su máscara de santurrón.» Sabían que vivía solo y que jamás nadie le había conocido una aventura, ni un desliz, ni una historia amorosa. Pero lo que más les molestaba era que estuviese al corriente de los chanchullos medio profesionales y medio privados que tenían lugar en los despachos del fondo. Eran asuntos poco claros, de orígenes turbios, que el Banco toleraba a espaldas de don Alberto. Por eso odiaban a don Pablo: por el temor que

sentían cuando intuían que podía delatarlos a su hermano.

También Estrella había sido utilizada infinidad de veces para poner zancadillas a don Pablo. Querían a toda costa pillarlo en algún gazapo, en alguna debilidad: algo que pudieran esgrimir si las tornas cambiaban: «Te metes en su oficina con cualquier pretexto, te acercas a él y finges quitarle un pelo de la solapa: a ver qué pasa.» Los J. J. sabían que Estrella, en cualquier hombre medianamente normal, era capaz de provocar fogatas inextinguibles. Pero el resultado era siempre desalentador: «Sólo ha gruñido: ya saben: de ese modo suyo… como si diera las gracias.» Otra vez le aconsejaron que se topara con él en el pasillo: «Ha vuelto a gruñir», dijo Estrella. «¿Nada más?» «Nada más.» Fue entonces cuando don Jesús decretó: «Ese hombre debe de ser marica.»

Decididamente me hiere recordar todo el daño que hicieron a aquel hombre los hermanos J. J. Parece que lo estoy viendo entrando en la casa de Angelina algunos años después, tendiéndome una mano helada, a pesar del calor, mirándome ya fijamente, su cara, picada de viruelas, estrenando una expresión reflexiva, llena de paz: «Bueno, ahora ya lo sabes», me dijo: «Al principio pensaba no podré: ha hecho falta que estallase una guerra para comprender que podía…»

Pero entonces todavía no había estallado la guerra y don *Peca-Cura* paseaba su misterio como quien pasea una lacra física que a toda costa quiere ocultar.

El decaimiento del tío Rodolfo empezó a acentuarse poco antes de Navidad, aproximadamente cuando Alcalá Zamora fue nombrado presidente de la República. Sus auspicios no eran muy alentadores: temía la exclusión del partido radical y, por consiguiente, la caída de Lerroux.

El cuerpo de la República se iba definiendo (la Constitución Española se había aprobado y el presidente del Gobierno llevaba en cartera proyectos definidos, que sin duda no iban a tardar mucho en aprobarse); sin embargo, al tío Rodolfo todo se le antojaba trashumante, como si estuviera esperando algo que no acabara de cuajar.

El queso del comedor apenas disminuía bajo la campana de cristal. El tío Rodolfo llevaba muchos días sin probarlo. Achacaba su desgana a la inestabilidad del momento político: «Decididamente, ésta no es la República que esperábamos», decía mirando el queso cada vez más endurecido y sudoroso. «Demasiados intereses creados, demasiados resabios contenidos, demasiados partidos…» Luego se llevaba la mano al estómago: «Es como si tuviera aquí adentro todos los partidos enquistados.» Mi madre le aconsejaba: «Deberías consultar a un médico.» Aquel tipo de sugerencias irritaba mucho al tío Rodolfo: «Para esos menesteres, me basto y me sobro», decía.

Adelgazaba: la ropa se le iba quedando ancha y el cuello de la camisa cercaba una piel apergaminada cada vez más pálida.

También mi madre había cambiado. Ya nunca se mostraba alegre: decía que las noticias del periódico la inquietaban. Un día me comunicó:

–Se ha disuelto la orden religiosa de tu colegio.

–¿Y eso qué puede importarte?

–Es un atropello, Carlitos: un golpe bajo.

Aquella reacción suya se me antojaba inaudita. Mi madre jamás se había preocupado por los problemas eclesiásticos.

–¿Qué opina el tío Rodolfo de eso?

–Tampoco está conforme. Esa medida va contra sus ideas liberales. Al fin y al cabo, los curas son hombres como los demás.

Y de repente me di cuenta que se estaba expresando exactamente igual que los Moraldo, los Repecho, los Sobrado…

Traté de evocar mis épocas de estudiante: recordé al padre Segundo, tan

inmerso siempre en su idealismo religioso; al padre Celestino tratando de encarrilarme hacia lo que él llamaba «el camino del bien». Imaginé también la alegría de Paco cuando le comunicaran que ya no podría volver allí: «Lo tienen merecido por injustos», acaso dijera.

–Espero que no los maten -comentó mi madre.

–¡Qué cosas se te ocurren, mamá!

–Deberías despedirte del padre Celestino, Carlitos. No olvides todo lo que hizo por ti en el colegio; es cosa de bien nacidos acordarse de los postergados.

Me presenté allí el día que salió de España. Fue un encuentro breve, incómodo y extraño. Había un revuelo grande en la comunidad. Todos se afanaban por ultimar detalles. Había que darse prisa. Un cerco de curiosos rodeaban los camiones que debían trasladarlos a la frontera. El padre Celestino, en aquellos momentos, era un cura más: un estigmatizado por la República. Recuerdo que el frío se calaba en los huesos y el viento arremolinaba las sotanas, como banderas lúgubres.

Cuando me vio, se quedó frente a mí, estático, grave:

–Gracias por venir -dijo.

El barullo que nos rodeaba iba en aumento. Algunos entre el público los abucheaban, los insultaban. Los curas, impasibles, cargaban con sus maletas, sus fardos, su fracaso y su humillación.

–Lo siento -murmuré.

Bajo el abrigo le asomaba la sotana algo manchada de barro. Dejó su maleta en el suelo y se acercó a mí.

–Mal tiempo te ha tocado vivir -dijo-. Una época de lobos hambrientos.

–Procuraré sortearlos.

–Tendrás dificultades.

Me habló entonces de la futura promulgación del Estatuto. «Será el primer paso a un separatismo…»

–Si España se divide…

Me acordé del señor Jaume, el jefe contable del Banco. También él hablaba del plebiscito de Cataluña, también él esperaba que aquél fuera el primer paso para que las Cortes aprobaran el Estatuto catalán.

–…y el divorcio, y la igualdad de derechos entre el hombre y la mujer… -Parecía cansado. Cambió de conversación-. Fue una lástima que abandonaras el colegio. Paco Moraldo te echó mucho de menos.

No debió mencionar a Paco: la herida estaba aún abierta.

–El pobre se vio en aprietos. No pudo acabar el curso. Le faltaba tu ayuda.

–No importa: la amistad entre Paco y yo no fue más que un intercambio de explotaciones.

Frunció el entrecejo. Me escudriñó de arriba abajo. Los demás curas lo acuciaban: había que darse prisa. Preguntó de pronto:

–¿Seguirás teniendo fe?

Daba la impresión de que le apremiaba saber aquello. Era como si no pudiera marcharse hasta que yo le hubiera contestado. Mi silencio debió de fulminarlo. «Sin fe no se puede vivir…» dijo.

Hubiera querido desmentirle lo que estaba pensando.

Pero solamente dije:

–En los hombres no puedo creer.

–Yo hablaba de Dios.

–Se esconde demasiado…

El padre Celestino respiró hondo:

–Si no se escondiera, la fe no sería necesaria…

Me fijé en la maleta que había posado en el suelo. Tenía la cerradura rota y la habían atado con una cuerda. No sé por qué aquel detalle me conmovió tanto.

–Sin fe nada logrará satisfacerte, Carlos: recuérdalo… Te encontrarás siempre vacío.

Quería convencerme de aquello en unos pocos minutos: no quería marcharse sin verme reaccionar.

–Es posible -repuse-, pero no puedo evitarlo.

Movió la cabeza de un lado a otro; palidecía, el viento arrastraba su pelo hasta la frente.

–Me siento culpable -dijo-. No he sabido ayudarte, ni comprenderte, ni encauzarte… He fallado, Carlos. Si al menos me quedase tiempo…

Pero el tiempo se iba y la mayor parte de los curas estaban ya en el camión.

–No se atormente -le dije para sosegarlo-. Hubiera sido lo mismo.

Me acordaba de aquellas mil pequeñeces que jamás le había dicho, de aquel innumerable ejército de insignificancias (engorrosas y torpes) que me obligaban a actuar como un autómata y a seguir impulsos que ni yo mismo

habría sabido definir… ¿Qué hubiera podido hacer el padre Celestino para defenderme de todo aquello?

–Yo hubiera encontrado la fórmula… Dios me habría ayudado… Pero no te busqué: te dejé marchar…

Se autoacusaba. Necesitaba hacerlo. Ignoraba que la culpa de todo radicaba en mi silencio, en el horror que me causaba hablarle de mi madre, de mis problemas internos, de todo lo que provocó la crisis de aquella fe mía, tan poco consistente y tan subjetiva.

–Vas a encontrarte terriblemente solo, hijo mío.

Se oían bocinazos, murmullos, exclamaciones. Y su voz se perdía en aquel caos helado. Quedaban las palabras en simples trámites, enseres inútiles que para nada iban a servir.

–Debí comprender mejor lo que te pasaba… Debí…

Vinieron a interrumpirnos. No podía entretenerse. Lo estaban esperando. Se iba. Me dio un abrazo apresurado. Subió al camión, todavía ágil, todavía lleno de vitalidad, pero con su culpa a cuestas. Me marché de allí antes que el camión se pusiera en marcha. También aquella escena había marcado el final de una etapa: en adelante pensaría: «Aquello ocurrió antes de la expulsión de los curas, o después…»

Años más tarde recuerdo haberle hablado a don Pablo de aquella despedida. «No podía con su culpa -le dije-; sin embargo, era inocente.» Y su respuesta fue tajante: «Es peor sentirse inocente cuando se es culpable, Carlos: mucho peor.»

Pero entonces, don Pablo no había roto aún el cerco que lo aislaba de todos y yo seguía siendo el botones miserable que se dejaba sobornar por dos sinvergüenzas. Tampoco simpatizaban con don Ramón Pérez, el asesor jurídico. Decían de él que tenía dos caras, que se pasaba la vida trayendo y llevando chismes y que, por descontado, «barría para dentro» todo lo que

podía. Le habían sacado el mote de *Ratoncito Pérez* por su forma de andar, como si los pies apenas rozaran el pavimento. Por los pasillos se escurría rápido, camuflado entre sombras y muebles: «Le gusta esconderse para pescar conversaciones», decían de él los J. J.

Ramón Pérez era bajito, miope y vivo como una ardilla. En aquel tiempo era muy joven, pero sus gafas de cristales gruesos, lo envejecían: «Un perfecto indeseable.» No ignoraban que cuando el *Ratón* se proponía hundir a una persona, lo conseguía. Por eso lo respetaban aunque lo odiasen.

A veces lo imitaban: creían que, imitándolo, lo desposeían de la dignidad que unos y otros le conferían. Montaban entre los dos hermanos una conversación hipotética que fingía ser un remedo de conversación entre don Alberto y el *Ratón:* «Al gano, don Amón: ¿qué noticias me tae?», decía don José, a lo que don Jesús contestaba adoptando la voz del abogado: «La regularidad y permanencia han sido las características más destacadas, don Alberto…» Y el otro se apresuraba a decir: «Menos ees, don Pablo, menos ees.»

Así se divertían aquellos bellacos. Guaseándose sobre las erres de su hermano y destruyendo los pedestales de los que le guardaban fidelidad. Era notorio lo mucho que lo envidiaban. No le perdonaban su capacidad, su ascendencia, su bondad.

Todas aquellas cosas las comprendí más tarde: en aquellos momentos mi única obsesión era el uniforme de botones y la presencia de Estrella. Había algo muy procaz en su mirada y en la forma de moverse; sin embargo, en ciertos momentos parecía una niña, una criatura indefensa que no supiera cómo recalar en la vida.

A veces, cuando se cruzaba conmigo en el pasillo, la agarraba por el brazo, pretendía besarla: «Serás descarado…» Y se desprendía de mí con la agilidad de una lagartija. Su constante coquetería me traía en vilo: al margen de los jefes de sección, todo el personal se metía con ella, salvo Juan Villoria, naturalmente, que encima la llamaba «Señorita Estrella».

Había una vitalidad grande en la negrura de su uniforme y de su cabellera. Una vitalidad que a veces llegaba a doler: la distancia que mediaba entre ella y yo era demasiado grande para que no me doliera. Tenía la impresión de que Estrella sería siempre inalcanzable, «tanto como su nombre», pensaba. Pero a veces me sentía audaz. Le decía que, por su culpa, no había podido dormir en toda la noche. Ella lo tomaba a broma y me contestaba con un desplante: «No seas precoz y suénate, que te cae el moquillo.» Aquellas asperezas me desmontaban el alma; era lo mismo que si Lolita volviera a llamarme mamarracho. En realidad, lo era: bastaba mirarme al espejo, metido en aquella funda azul celeste, con doble hilera de botones dorados y el cuello alzado (como el chófer de los señores Moraldo) para comprender que los desdenes de Estrella eran más que justificados.

Sin embargo, aquellos desaires servían de acicate para mis estudios. «Cuanto antes los termine, antes saldré del pozo», pensaba. Confiaba en que, una vez conseguido el peritaje, don Alberto me destinaría a una sección determinada.

Cuando evoco aquella terrible atracción que Estrella ejercía sobre mí, me doy cuenta de que tampoco aquello era amor: era una forma de sentirme hombre, de acariciar mi vanidad. Pero entonces, para mí, la encarnación del amor era Estrella. Lolita se había esfumado; ni siquiera me acordaba de ella. Lolita era un cuadernito quemado y una sombra de almendro sobre una mesa blanca.

A veces el tío Rodolfo, cuando me veía ceñudo, me preguntaba por mi trabajo. Yo solía responderle que estaba hasta la coronilla de soportar impertinencias. «Procura tener paciencia, hijo: luego será distinto.» Lo decía alicaído, sin las energías que siempre lo habían caracterizado: «Hablaré con don Alberto a la primera ocasión.» Pero el tiempo pasaba y don Alberto no daba muestras de acordarse de mí.

Por aquel tiempo mi madre pasaba horas y horas con la vecina. Un día nos informó al tío Rodolfo y a mí:

–La vecina, por fin, se ha divorciado.

Fue así como me enteré que la vecina tenía un amigo:

–Al menos, ahora podrá regularizar su situación.

–Entonces, ¿volverá a casarse? – pregunté.

Instintivamente miré al tío Rodolfo. Por unos instantes cruzó mi mente la idea de que tal vez también él fuera a divorciarse para casarse con mi madre. Hubiera sido horrible. Una cosa era tener al tío Rodolfo como protector, y otra compartir con él la casa, el baño y la cocina. Además existían sus tres hijos (los de los churros) y la mujer de las cerezas (la rica señora de las cerezas). Hubiera sido descorazonador pensar que por culpa de mi madre aquella familia fuera a desmoronarse. El escándalo hubiera trascendido, la gente se hubiera enterado…

Pero la desazón me duró poco. Ni mi madre ni el tío Rodolfo admitían el divorcio.

–España se está pasando -dijo él-. Con todos esos juegos pirotécnicos, lo único que se consigue es engrosar las filas de los monárquicos. Nos vamos de un extremo a otro.

Y para reforzar su tesis añadió que ni siquiera el propio presidente de la República era partidario del divorcio.

–Se está perdiendo el sentido de la decencia.

Era curioso oírle hablar con tanto aplomo e intolerancia sobre algo que, en el fondo, venía él practicando impunemente. Como la mayoría de los burgueses de entonces, el tío Rodolfo consideraba que el divorcio era propio de gente inculta, plebeya o inserta en la bohemia:

–Fíjate bien, Remedios: ni una sola persona decente se divorcia. Todavía hay clases.

Preferían el adulterio, el tradicional y prestigioso adulterio: aquel ensalzado adulterio que a nada comprometía; libre de compromisos legales y de encadenamientos económicos.

El tema del divorcio pareció exasperar al tío Rodolfo. Recuerdo que cogió el periódico y lo estrujó entre las manos como si quisiera triturar las noticias que acababa de leer:

–No hay medida: nos falta sentido de la proporción -decía-. Ahora hablan de la reforma agraria. De repente les ha dado por decir que la masa obrera está preparada para regir la industria agrícola. ¡Toma castañas, majo! ¿Has oído un disparate mayor, Remedios? Es lo mismo que si Carlitos -y me señaló a mí- diera en ser nombrado presidente del Consejo de la Banca Salcedo… ¡Lo mismo! Las gentes del campo, sabrán mucho de siembra y siega, pero ¿qué caray sabrán ellos de sistemas productivos?

La alusión a mi presidencia en el Consejo me llegó al alma. Aunque yo mismo no quisiera confesármelo, intuía, ya entonces, que mi meta era aquélla. Fue al decirlo él cuando la vislumbré en mi horizonte como una mota todavía pequeña, una especie de historia, todavía por escribir, de alguien que pudiera parecerse a Ford o a Rockefeller o a March… «¿Sabes… cómo empezó su fortuna ese tal Ford? Nada menos que recogiendo alfileres del suelo. Todo cuanto veía lo conservaba. Es el principio del ahorro, el imprescindible principio…» También yo había recogido alfileres y corchetes y tijeras, pero no para ahorrar, sino para que mi madre se abstuviera de agacharse. Y me preguntaba si también Ford o March, o Rockefeller, se habrían enamorado, en su adolescencia, de una secretaria mayor que ellos, con pelo y uniforme negros y una sonrisa burlona fluctuando constantemente en los labios.

El tiempo pasaba lento en aquella época. Era un pasar eterno que no modificaba nada y que lo dejaba todo como embebido en viscosidad. Se comprendía que pasaba porque los pantalones se me iban quedando cortos y estrechos, pero por nada más. En el Banco todos seguían utilizándome como si fuera una máquina que anduviera: «Vamos, Hondero: tráeme un cortado y límpiame las botas.» Y yo obedecía, procurando que Estrella no

me viera arrodillado ante los empleados, lustrando calzados, o cepillando los bordes de los pantalones.

La primavera llegó hasta el Banco envejecida: cansada de su propia lentitud. La inestabilidad que se extendía por todo el país, no podía ser ajena a la empresa. Los pasivos disminuían, los créditos se restringían, las letras quedaban impagadas, los números rojos aumentaban y las suspensiones de pago empezaban a ser endémicas. Jaume Palafell, el jefe de contabilidad, realizaba equilibrios para mantener en forma la sección: Pedro Villalta acababa de ser violentamente despedido del Banco por (según decían) haber descubierto cierta información secreta a la competencia, y el departamento de Contabilidad andaba escaso de personal. Paquito, su ayudante de tercera, no conseguía la altura del antiguo empleado y Jaume Palafell se mostraba agobiado. Jaume Palafell (el señor Jaume como lo llamaban todos) era un puntal en el Banco; su honradez consumada le había dado fama de hombre insobornable; por eso, cuando había ocurrido el incidente de Pedro se había sentido herido como si el que hubiese estado en falso fuera él: «Pensar que trabajaba conmigo y yo no me daba cuenta…»

Pedro Villalta había dejado en el Banco un recuerdo amargo (hacía escasamente un mes que lo habían despedido): nadie se avenía a creer que aquel hombre joven, inteligente y de aspecto simpático hubiera cometido lo que se le imputaba. «Todavía no puedo creerlo…», se lamentaba el señor Jaume.

Pedro Villalta llevaba trabajando en aquella sección hacía cuatro años, y cuando yo ingresé en el Banco era de los pocos empleados que me trataban con manifiesta consideración. También yo sentía que se hubiera marchado. «De ahora en adelante no volveré a fiarme de nadie», decía el jefe con disgusto. De hecho Jaume Palafell era desconfiado incluso consigo mismo: a la menor duda consultaba con Ramón Pérez. Se encerraban luego los dos en el despacho del director gerente y allí deliberaban sobre las medidas que se debían adoptar para vencer la crisis.

Según Jaume Palafell, la Banca Salcedo (todavía local) corría el peligro de ser engullida por entidades más fuertes, acaso (eso era lo grave para él)

centralizadas en la capital. «Todas las empresas catalanas están acabando así: devoradas por los madrileños», decía en castellano para que don Ramón lo entendiera: «Como no aprueben pronto el Estatuto, dentro de poco Barcelona será la alfombra de Madrid.» Jaume Palafell era separatista: sin disimulos, con todas las agravantes y todas las responsabilidades que acarreaba el vocablo. Tenía la convicción de que sólo una Cataluña libre podría salvar a los catalanes de la servidumbre y la esclavitud madrileña. Su distingo sobre la geografía ibérica era muy sencilla: Portugal, Castilla y Cataluña. Él, por supuesto, se jactaba de no haber salido jamás de su «país»: «Nací en Cataluña y moriré en Cataluña»; y cuando don Ramón le gastaba bromas sobre el particular, medio en broma y medio en serio, el señor Jaume le llamaba «extranjero»: «Siempre lo he dicho: Madrid para mí es el "extranjero", conque ya sabe lo que pienso.» No le importaba decir cosas así delante de quien fuera, aunque su interlocutor fuese el propio don Pablo: «Usted es distinto -advertía-, usted merecería haber nacido en Cataluña»

Su respeto por don *Peca-Cura* era grande. Creo que, entonces, sólo don Alberto y el señor Jaume conocían la verdadera condición de don Pablo; quizá por eso, cuando se refería a él, lo tratase como si aquel hombre perteneciese a otra esfera y, pese a su condición de castellano, tuviese los méritos que negaba a los de su tierra.

Don Pablo lo miraba condescendiente: jamás le llevaba la contraria y a menudo, cuando creía que Jaume Palafell podía molestarse, añadía un discreto «con perdón», que el otro agradecía ceremoniosamente: «Uno ha de tener su criterio.» y cuando se terciaba añadía: «Eso no quita que los demás puedan opinar. Para algo nos hemos democratizado.»

Como buen liberal, Jaume Palafell había votado la República: «Pero sólo como recurso», advertía. «Conste que para mí, la República es únicamente un paso.»

El sueño dorado de su vida era ver a su región convertida en un especie de país: una tierra autónoma, libre y unificada por la belleza fonética de su idioma.

El catalán de Jaume Palafell era fluido, sedoso, pulcro y musical. Le gustaba pronunciar las palabras lentamente, como si las saborease. «España sería menos adusta si en vez de haber adoptado el castellano como idioma oficial, hubiese adoptado nuestro idioma.» Y añadía indefectiblemente: «Cosa que muy bien hubiera podido acontecer.»

Aseguraba que el lenguaje influía en los pueblos: «Los caracteriza…», decía.

Y añadía que, por eso, en gran parte, la gente de fuera de Cataluña era tan áspera y tan dura:

«En cuanto a la cultura, que no me vengan con pamplinas: poetas, músicos, pintores… Todos los artistas importantes tienen apellidos catalanes.»

Comprendí pronto que si me hacía amigo de aquel hombre, su carácter sensible, su exceso de trabajo y el hueco que había dejado Pedro Villalta le obligarían a decantarse hacia mí.

La sección que él dirigía estaba en pleno caos: Paquito no rendía lo suficiente. Todo era cuestión de espabilarme para horadar obstáculos.

Empecé ayudándolos desinteresadamente, procurando aligerar el trabajo y espoleando mis conocimientos recién aprendidos en la Escuela de Comercio.

El señor Jaume se mostraba complacido:

–Muy bien. Hondero, muy bien: un gesto muy generoso…

Cuando al fin conseguí que me trasladaran a su sección, me recibió ceremoniosamente, tendiéndome la mano y dándome la bienvenida:

–Muy honrados de tenerlo entre nosotros…

Jaume Palafell jamás tuteaba a nadie: ni siquiera a Juan Villoria. Decía que, para ser respetado, no había mejor medio que respetar.

–De ahora en adelante, podrá usted prescindir del uniforme.

Recuerdo que, al oír aquello, vi a Estrella rezagada tras la ventanilla de la sección: sonreía y me guiñaba.

Jaume Palafell no tardó en preguntarme a qué partido pertenecía. Le repuse que no entendía de política:

–Pues hay que entender y definirse, y ser consecuente.

Luego me sometió a un pequeño examen: los principios esenciales para llevar un Diario; los asientos, las reglas para discernir cuándo debía emplearse el debe y el haber.

Y planteaba problemas con zancadillas para hacerme tropezar. Ignoro aún por qué sondeaba en mí aquel tipo de conocimientos.

Daba la impresión que el que iba a llevar los libros era yo.

En realidad, mi tarea debía ser mucho más simple: archivar, prever, tomar datos, calcular tantos por ciento y manejar números secundarios en diversas operaciones.

Al salir de allí, Estrella me esperaba junto a la puerta:

–Enhorabuena, Carlos.

Y me miraba como si ya no llevase uniforme. Enseguida preguntó:

–¿Cuánto vas a ganar?

–Cien pesetas.

Lo dije con petulancia, como si se tratara de millones.

–Eso está muy bien para tu edad.

De nuevo mi edad: mi pajolera edad. Era inútil que presumiera de empleo; en el fondo, para Estrella seguía siendo Carlos Hondero, adolescente. Estrella rompió a reír y yo estuve a punto de pegarle por aquella risa.

–No te enfades, hombre: lo he dicho en broma. Ya sé, ya sé: tienes mucha experiencia…

Y se fue hacia el fondo del pasillo, contoneándose, avivando mi coraje, mi frustración, mi terrible y acuciante deseo de ella.

Lo que menos soportaba eran sus prolongados encierros con los J. J. (A veces llegaba a pensar que se acostaba con ellos por turno.) Tenía la impresión que aquellos dos hombres la manchaban y la envilecían. Lentamente me iba enterando de las turbiedades de sus manejos. Ya no eran sólo las juergas sicalípticas lo que ensuciaba los despachos del fondo; había algo más: las actividades profesionales, las especulaciones comerciales que aquellos dos sujetos desplegaban a espaldas de su hermano, sin escrúpulos de ninguna especie y respaldándose en el prestigio del Banco. Al parecer, incluso habían llegado a negociar basándose en terrenos inexistentes. Pero lo habían hecho con tal arte, que nadie había podido pillarlos con las manos en la masa.

Muchos de sus tejemanejes tenían su origen en el agobio de algún desesperado que recurría a ellos a través de la propia mujer. Si la recién llegada era fea, la mandaban salir de allí adoptando aires ofendidos y negándose a toda clase de diálogo. Pero si la intermediaria era bonita, todo acababa bien. A los pocos días se presentaba el marido: iba cargado de papeles. Los J. J. se encerraban con él horas y horas. Luego llamaban a Estrella y le decían: «Escribe al Ministerio de Hacienda. Redacta tú misma la carta. Ya sabes: como la del otro día. Solicita el plazo de una semana…»

Todo eso lo iba yo averiguando lentamente, como había averiguado el

amancebamiento de mi madre. Desde la sección a que me habían destinado, era fácil detectar ese tipo de cosas. La situación financiera de la empresa y de los que la dirigían se volvía diáfana.

Los momentos eran difíciles para la economía del país: los proyectos de expansión fluctuaban entre un capitalismo socializado y una socialización capitalista: dos situaciones parecidas pero difíciles de compaginar. Fue una época de gran actividad para Ramón Pérez: «Ese madrileño tiene recursos para todo», comentaba el señor Jaume.

De pronto, un día se sintió comunicativo. Miró hacia el fondo del pasillo y dijo abiertamente: «Las cosas funcionarían como una seda si no fuera por esos dos incordiantes.» Tampoco él era partidario de los J. J. Conocía demasiado sus triquiñuelas particulares para tolerarlos sin reservas. «Acabarán estrellándose cuando menos lo esperen.»

Hablaba para sí mismo, igual que si pensara. Me fijé en Paquito: movía la cabeza asintiendo: era evidente que tampoco él simpatizaba con los J. J. En realidad, nadie en la empresa, salvo Estrella, parecía simpatizar. Por lo bajo Paquito me decía: «Están al borde del precipicio.» Y comprendí que Jaume Palafell tenía fundamentos sólidos cuando argumentaba que los J. J. iban a arrastrarnos a la ruina. Pero entonces yo no podía saber lo que, al poco tiempo, iba a ocurrir.

Paquito era algo mayor que yo y llevaba dos años metido en el Banco, ayudando al señor Jaume. «Aproximadamente los mismos que don *Peca-Cura* lleva de director general», me aclaró. Supe entonces que también don Pablo era nuevo en la empresa. Don Alberto lo había nombrado director al morir su antecesor y quedar la plaza vacante. «Un hombre raro, pero muy sagaz», aseguraba Paquito.

Para contentar al señor Jaume, Paquito se expresaba en catalán y se declaraba separatista, pero en realidad (no tardé mucho en averiguarlo) Paquito tenía otro tipo de aspiraciones políticas. Aunque no lo confesara abiertamente (entonces aquellas tendencias hubieran hecho peligrar su empleo) soñaba con sistemas internacionales y cambios ecuménicos. Era,

como yo, hijo de viuda y, según decía, su madre estaba enferma: «Al menos la tuya trabaja, pero la mía no puede.» Comprendí enseguida que Paquito era un nido de rencores sociales, de diatribas contra la injusticia humana y de ataques directos contra el capital. Pero trabajaba en un Banco privado y no le quedaba otro remedio que apechugar con todo lo que odiaba. Aunque no podía admitir el sistema, estaba viviendo de la empresa, y aquel factor condicionaba su silencio y su prudencia. Pero cuando su madre empeoraba, el disimulo decrecía. Se le ponían los labios tensos y la voz le salía gangosa: «Hasta que España no adopte una conciencia mundialista…» Cuando el señor Jaume escuchaba susurros, nos mandaba callar: «Mientras se trabaja, no se habla.» Era riguroso no sólo con los demás, sino consigo mismo y no perdonaba el menor desliz. Amaba la Banca Salcedo como si fuera algo propio: como si al tiempo que se hubiera creado, él hubiese empezado a nacer. No había horas para su trabajo. Más que trabajar para vivir, daba la impresión de que vivía para trabajar: para dejar su huella en cada talón que ingresaba o en cada operación que pasaba por sus manos. Su gran aspiración era ésa: ser útil, sin ambiciones, sin afán de lucro: sencillamente por idealismo.

Creo que nunca he conocido un hombre más idealista que Jaume Palafell. Me pregunto qué hubiera hecho ahora, en este mundo tan necesitado de ideales y tan invadido de ideas. Jamás hubiera podido avenirse con la Banca Salcedo de nuestros días, extendida por toda la región, ramificada en toda España (incluida aquella ciudad que detestaba porque se llamaba Madrid), con sus horas de trabajo estrictas e inviolables, sus conatos de huelga parodiando protestas sordas y sus computadoras sustituyendo al hombre.

Y pienso que tal vez haya sido mejor que muriese antes de sentirse estafado por el desarrollo (españolizado y antirregionalista) de aquella empresa que hasta cierto punto consideraba suya, y un poco también de aquel Estado Catalán (breve y quimérico) perdido ya entre los escombros de una historia sin memoria. Jaume Palafell era inteligente, tenaz y sobre todo bueno. Por eso Paquito se esforzaba tanto en ocultarle sus verdaderas tendencias, porque en el fondo tenía miedo de su rectitud.

Sin embargo, a mí Paquito no me engañaba. Su forma de pensar era cada

vez más diáfana. La iba pregonando en mil detalles. Uno de ellos lo constituían los hijos de don Alberto, cuando periódicamente nos visitaban: «Ya los tenemos aquí», decía Paquito entre dientes. Era un rito establecido. Primeramente iban los tres al despacho de su padre, luego, acompañados por él, recorrían las distintas secciones del Banco. Cuando entraban en algún lugar, los empleados se ponían en pie y don Alberto decía: «Aquí están mis *heeus:* Jodi, Quimet y Tomé.» Los tres eran rubios, como él, altos para su edad, de ojos claros y movimientos tranquilos, pero las facciones eran de su madre. Con ademanes mecanizados iban estrechando manos uno tras otro. Los empleados sonreían, saludaban y departían con ellos con la familiaridad democrática que a don Alberto tanto le gustaba fomentar. Como los J. J. no tenían hijos, don Alberto daba por sentado que aquellos tres niños iban, con el tiempo, a convertirse en los amos de la Banca Salcedo, y ponía mucho empeño en que el personal fuera acostumbrándose a ellos.

Los recuerdo muy bien: eran tres caras sin relieve; tres dibujos de Ingres, planos, sintéticos. Criaturas que, sin poderlo evitar, iban despidiendo vacío: tres cuerpos a medio crecer que, de antemano, advertían su imposibilidad de hacerlo. Pero don Alberto no parecía intuir que aquellos niños jamás llegarían a ser hombres. Cuando se iban, Paquito volvía a sus indirectas: «Así ¡ancha es Castilla! ¡En cuanto nacen se les da todo hecho!» No admitía que aquellos niños pudiesen heredar algún día todo lo que se desarrollaba gracias al trabajo nuestro: los que estábamos a sueldo; aquel sueldo que le permitía mantener, a medias con el de su hermana, la existencia de una madre enferma. «Y luego se creerán los dueños y presumirán de poderosos.»

Por contraste, la reacción de Jaume Palafell era completamente opuesta: «Ya los ha visto usted, Hondero: con el tiempo serán ellos los responsables del Banco. Cuando llegue ese día, procure usted ayudarlos con lealtad, como he hecho yo con su padre. Van a necesitarlo. Yo me habré jubilado y es posible que usted ocupe mi puesto.» A Jaume Palafell le gustaba hacer proyectos: pertenecía a una generación en que todavía se consideraba lógico planear para el futuro.

En cierta ocasión le dije:

–Dios sabe lo que ocurrirá cuando lo jubilen… Es usted muy joven aún y pueden suceder mil cosas.

No me resignaba a admitir que mi meta consistiera en sustituir Jaume Palafell. Era imposible que yo, algún día, fuera capaz de estancarme en la ingrata sección de Contabilidad. Sin embargo, Jaume Palafell no aspiraba a más. Le parecía que nada podía enaltecer tanto a un hombre como una jubilación honrosa: «Es como ganar una carrera, o aprobar unas oposiciones difíciles… malo es no tener hijos.» Aquella lacra era el gran fallo de su vida, su terrible mancha negra. «Un hombre sin hijos es un hombre a medias», decía siempre. «Poco más o menos lo que les ocurre a ésos.» Ésos, naturalmente, eran los J. J. Pero a los J. J. no parecía importarles demasiado la falta de descendencia. La vida para ellos era simple juerga, sin más aspiraciones que las de rellenar el día de satisfacciones personales. La política les importaba poco; sin embargo, habían jugado su baza fuerte apostando por la República. Eran liberales por comodidad, no por sentido de justicia. Tal vez por eso, cuando ocurrían desmanes cogían el portante y se iban al extranjero. Sus ausencias me irritaban, porque Estrella dejaba de asistir al Banco.

Aquel verano los acontecimientos políticos iban embrollándose cada vez más. En Madrid y Sevilla se había intentado un golpe militar sin consecuencias: el general Sanjurjo fue condenado a muerte, pero el indulto no tardó en llegar. Los pequeños intentos monárquicos morían a poco de nacer: les faltaba coherencia y apoyo masivo. Por eso nadie los consideraba virulentos. Los cabecillas rebeldes eran deportados a lugares insólitos, como si el hecho de alejarlos de la península fuera suficiente garantía para la República. Y mi madre, como siempre, temía: «Son ganas de incordiar ¿Cómo se convencerán que lo que España quiere es una República consecuente y nada más?»

Aquellas vacaciones las pasé estudiando: quería adelantar cursos, prepararme para examinarme de algunas asignaturas en la convocatoria de septiembre. El tío Rodolfo ya no venía por las mañanas: nos visitaba al

atardecer: decía que la canícula arreciaba y que se cansaba mucho llegándose hasta la calle Fernando a pleno sol. «La ciudad a esas horas parece un horno.» Al hablar soplaba como un viejo y sus palabras iban acompañadas de un sonido lacerante y desacostumbrado. Bajo la campana de cristal ya no había queso. Era igual que contemplar un nicho vacío en espera del cuerpo.

Me molestaba que mi madre no retirase de una vez aquel objeto inservible. Ahora pienso que, a lo mejor, lo dejaba allí para no claudicar, para convencerse a sí misma de que pronto el tío Rodolfo reanudaría sus mañanas queseras. Pero aquellas mañanas jamás se reanudaron. Todo en el tío Rodolfo había cambiado. Su risa era simple sonido y sus frases cada vez más parcas.

En cuanto llegaba se instalaba en el silloncito junto a la ventana del comedor y miraba la calle con un columbrar pasivo, callado y lleno de interrogantes. Se asía a cualquier detalle para abstraerse y evitar el parloteo. Había un asomo de envidia en sus pupilas cuando veía pasar la gente. Eran caras conocidas, personas que, a lo largo de los años, habían circulado por allí de un modo rutinario: el borracho que cantaba, la vendedora de cerillas, los niños que jugaban en las aceras… Había gentes cachazudas (como la sorda cojitranca y el abuelo reumático). Y había gente apresurada, como si la prisa fuera la única finalidad de sus vidas y jamás pudieran detenerse. También había perros merodeando, buscando, incansables, desperdicios estancados en las bocas de los sumideros o cerca de algún bar. Luego cerraba los ojos como si soñara. Pero no dormía. Tal vez los cerrara para retener en la mente todo lo que estaba viendo, como si quisiera acumular recuerdos para echarlos de menos cuando ya no le fuera posible sentarse allí, junto a nosotros.

En cambio, mi madre se había vuelto locuaz: probablemente quería compensar el silencio del tío Rodolfo, para que su callar no fuera tan descarado ni tan punzante. No se resignaba a que aquella voz y aquella risa (que antes lo abarcaba todo y lo caldeaba todo) se fuera apagando de un modo tan irremediable. Refería minucias, cosas sin verdadera consistencia: temas socorridos que no conducían a ninguna finalidad concreta.

Lentamente, todo en aquel piso se estaba volviendo insípido y desabrido. Nada lograba verdadero relieve.

Mi tristeza se acentuaba cuando, al llegar al Banco, percibía el vacío de Estrella. Hacía ya mucho tiempo que los J. J. se hallaban fuera de España y Estrella tenía permiso para ausentarse.

Hasta que un día volví a verla. Nos encontramos de sopetón cuando yo llegué al Banco:

–No puedo creerlo…

Me miraba como si contemplase un aparecido o un ejemplar de la selva:

–Increíble… Nunca imaginé que se pudiera cambiar tanto en tan poco tiempo.

Venía de la calle, como yo, y no llevaba el uniforme puesto. Recuerdo que vestía un traje floreado, de escote pronunciado y sin mangas. Estaba tostada por el sol y sus ojos parecían todavía mayores:

–Tú en cambio sigues siendo la misma -le dije-. Más morena y si cabe más guapa.

–He ido a la playa.

Lo decía con cierta timidez, como si mi cambio la impresionara.

–Podías haber avisado: te hubiese acompañado -le dije.

–Todavía estás a tiempo.

No podía creer lo que me estaba diciendo. Imaginé que bromeaba: «¿Por qué iba a bromear?» El cristal de la puerta reflejaba nuestras efigies; ya no se veía tanta diferencia de edad entre nosotros. Agarré su codo antes de

entrar:

–¿Quedamos para el domingo?

–Hace.

La vi perderse enseguida hacia el fondo del pasillo, camino de los lavabos. Era como un sueño: como flotar en algodones. No imaginar que Estrella hubiera accedido a ir conmigo a la playa. Aquel día el señor Jaume tuvo que llamarme varias veces atención: «Hondero, que se me desliza…» En efecto: me deslizaba. Me iba hacia regiones que nunca soñé conseguir. Veía a Estrella en mis brazos, sometida a mi cambio, a mi nueva apariencia de hombre.

Y al final llegó el domingo: era un domingo soleado, estruendoso, como si no perteneciese a septiembre. Nos encontramos en la Barceloneta, en el lugar convenido y a la hora precisa. La vi venir de la caseta de baños metida en un albornoz azul, el pelo sujeto por una redecilla, para que el viento no la despeinara. Llevaba un traje de baño Jenzen, de color negro, y faldita escasa. (Entonces las mujeres jamás se bañaban con maillot.) Y al tenderse a mi lado pensé que nadie podría ser más feliz de lo que lo era yo en aquellos momentos.

La playa estaba casi desierta y el oleaje era grande. Recuerdo que el viento irritaba la superficie y las olas parecían concentrarse a medida que el viento arreciaba.

–Es como si estuviera soñando… -le dije.

Estrella no contestó. Me miraba: le gustaba mi bañador. Era también de lana con listas rojas y azules hasta la cintura; el pantalón era negro y tenía una media falda delantera.

Imagino lo que ocurriría ahora si nos presentáramos en alguna playa con aquel par de modelos. Sin embargo, en aquellos momentos yo me sentía casi desnudo.

–A veces se olvida uno de que en esta ciudad hay mar.

Estrella me preguntó si sabía nadar. Le dije que sí.

–Acompáñame: yo no sé.

El frío del agua le obligaba a ensanchar el busto y a respirar entrecortadamente:

–En agosto el mar estaba caliente -decía.

Y se aferraba a mí para defenderse del oleaje, del frío, de su impresión.

–¿Sabes, Carlos? No te recordaba tan alto ni tan fuerte ni tan hombre…

Y su cuerpo se pegaba al mío, zarandeado por las olas, maltratado por el estallido del agua. Era dulce proteger a Estrella para que no se ahogara, era dulce poner la mano en su barbilla y sujetar su cintura: «Bracea, vamos, bracea; mueve los pies.» Era dulce comprender que su vida entera, en aquellos momentos, dependía de mí, de mi fuerza, de mi capacidad para sortear la brusquedad del mar.

Salimos del agua con la circulación acelerada, la piel enrojecida y la risa taladrando el aire. Nos tumbamos de nuevo en la arena, los cuerpos muy juntos.

–¿Tienes novio, Estrella?

Negó ella con la cabeza, mirando el cielo.

–Entonces eres libre.

–Según para qué.

Intenté abrazarla, pero ella se apartó enseguida.

–No estropeemos la mañana -dijo-, hemos venido aquí para bañarnos.

–Yo he venido para estar contigo -repuse-. Para nada más.

Me sentía cohibido: no sabía qué partido tomar. La actitud de Estrella era un arcano para mí. Bastó salir del agua para que de nuevo se volviera distante, inasequible.

–No sé lo que me ocurre contigo -dije.

Ella no contestó. Continuó mirando el cielo, su perfil graciosamente incorrecto recortando el insulso paisaje de la playa.

De pronto se levantó. Se puso el albornoz y dijo:

–Es hora de marcharnos… No quiero llegar tarde a mi casa.

Así zanjó ella aquella mañana de septiembre; una mañana cálida aunque con los auspicios del otoño apuntando en las encrespadas olas que roían la playa. Al día siguiente volví a verla en el Banco.

–¿Qué tal has dormido? – me preguntó.

–Peor que nunca.

Pero ella ya no me decía: «No seas precoz…» Bajó la vista entre halagada y esquiva y dejó escapar un «Este muchacho…» que ya no podía herir.

Fue aquel mismo día cuando Paquito intervino:

–Estás metiéndote en terreno pantanoso, Carlos.

Dejé de escribir y me volví hacia él. Su advertencia era inusitada.

–¿A qué terreno te refieres?

–No te hagas de nuevas -repuso él-. Me refiero a la secretaria.

Y como viera que yo me quedaba embobado, insistió:

–Te aconsejo que te apartes de ella.

–¿Y a ti qué cuernos puede importarte que me aparte o no me aparte?

Paquito tensó las mandíbulas e insistió:

–Yo sólo te advierto. Lo que hagas me importa un pepino. Pero mi consejo es que la olvides.

La conversación iba volviéndose desapacible: irradiaba presagios molestos, situaciones dudosas.

–Esa chica no es trigo limpio.

–Si te refieres a que no es virgen, debo contestarte que ya lo había sospechado. Así es que no me dices nada nuevo.

Me molestaba que me tomase por ingenuo. Pensé: «Debe de estar enamorado de ella, y Estrella no le hace caso; por eso habla de ese modo.» Paquito, al fin y al cabo, era un resentido, y los resentidos eran maestros en destrozar ilusiones.

–Una cosa es «no ser virgen» y otra cosa es ser puta.

Me puse en pie: me sentía una especie de D'Artagnan:

–Retira lo dicho o te rompo la cara.

Recuerdo que en aquel momento llegó el señor Jaume. Nos miró por encima de las gafas y nos obligó a guardar silencio. Paquito no tardó en susurrarme:

–De acuerdo: si quieres, retiro lo dicho. Pero ten presente que yo te he advertido.

Me fijé en el cuello de su camisa, raído y rozado, en los puños deshilachados, en su corbata sobada, sus pantalones arrugados: «Un resentido», pensaba. «Un asqueroso resentido.»

–Tengo bastante edad para saber lo que debo hacer -le dije.

Me brotaba un sudor frío por todo el cuerpo. La cara se me encendía de rabia y el susurro de Paquito era cada vez más hiriente:

–Está jugando contigo.

–Eso a ti no te va ni te viene.

–Pero soy tu amigo y me revienta que te tomen el pelo.

–A ti lo que te pasa es que tienes celos.

Paquito se llevó la mano a la boca y empezó a toser para disimular su risa.

–¿Celos yo de esa zorra?

Aquella conversación a hurtadillas me dejó un regusto agrio. Volví a recordar a Estrella tumbada en la arena: su perfil nítido, sus labios de comisuras alzadas, sus ojos llenos de cielo. Y recordé el mar erizado de brisa y embravecido por corrientes hondas, recalando brusco junto a nosotros.

–Te prohíbo que la llames zorra.

Aquella semana transcurrió lenta, cuajada de dudas y esperanzas. Varias veces le rogué a Estrella que me esperase a la salida del Banco: le dije que tenía que hablar con ella… Pero Estrella nunca me esperaba; siempre salía

del trabajo cinco minutos antes que yo.

Me quedaba la posibilidad del domingo. Pero aquel domingo amaneció lluvioso y desapacible. La llamé por teléfono. Me dijeron que había salido y que no pensaba volver en todo el día.

Me lancé a la calle esperando encontrarla. Conocía su dirección y me encaminé hacia su casa; confiaba aún en que la voz que contestara el teléfono, me hubiese mentido.

A pesar de los transeúntes que se dirigían a la iglesia, aquella mañana había una desolación grande en la calle de Fernando. Las campanas de San Jaime tocaban a misa (entonces rara era la calle que no recogiera campaneos) y los fieles acudían presurosos al lugar de la cita.

Atravesé la Rambla, llegué a Pelayo, subí por Balmes y me detuve en la esquina de Consejo de Ciento. Allí vivía Estrella, en uno de los pisos de aquel edificio. Me apoyé contra un farol cercano y encendí un cigarrillo. Entornando los ojos, todas las mujeres que veía pasar, podían ser ella. Pero ninguna lo era.

La lluvia caía fina y persistente como un calabobos melancólico que apenas mojaba. Pensé en lo que le diría yo a Estrella al día siguiente: «Estuve esperándote en tu calle por si te veía pasar…» Era una forma de estar a su lado, sin estarlo; un modo de hablar con ella, sin emitir palabras. No sé cuánto rato estuve allí aguardando algo que, de antemano, sabía que no iba a llegar.

Regresé a mi casa a la hora del almuerzo. Mi madre no hizo preguntas ni se fijó en la desolación de mi aspecto. Andaba preocupada por la salud del tío Rodolfo: «El otoño se presenta malo y el tío Rodolfo tose mucho», dijo.

Nunca me había sentido tan desamparado como entonces. Me restaba la esperanza de ver a Estrella al día siguiente. Pero aquel día Estrella no acudió al Banco. Al entrar en mi sección, Paquito me echó una ojeada displicente: «Te advertí que no tuvieras ilusiones, Carlos.» No quise

averiguar; tenía miedo de lo que fuera a decirme. No acertaba a comprender cómo intuía mi desánimo. Tal vez lo llevara escrito en el rostro.

Al llegar la noche intenté hablar con ella por teléfono. Me contestó la misma voz del día anterior diciéndome que Estrella había salido de la ciudad por cuestiones de trabajo y que no regresaría hasta pasados varios días. Mi desconcierto era peor que mi orgullo herido. No había forma de imaginar lo que estaba ocurriendo.

Al poco tiempo las Cortes Españolas aprobaron el Estatuto Catalán. Jaume Palafell no cabía en sí de gozo.

–¿Se dan cuenta? Ha sido aprobado…

Aquel día apenas se trabajó en el Banco: las novedades políticas soliviantaban al personal.

–Ahora es cuando va a empezar la prosperidad de Cataluña -decía Jaume Palafell.

Añadió que aquella novedad debía celebrarse y nos invitó a que fuéramos todos a su casa el domingo siguiente.

Septiembre estaba ya hacia la mitad del camino cuando Jaume Palafell nos recibió en su casa; era un día lluvioso y frío. Uno de esos días que prodigan resfriados y lesionan vidas pendientes de un hilo. Pero la alegría de Jaume Palafell parecía revestirse de verano.

Su casa no estaba lejos de la mía; más de una vez, al salir del Banco, habíamos hecho el recorrido juntos hasta la bifurcación de Fernando. Yo solía decirle al separarnos: «Allá, frente a la iglesia, tiene usted su casa.» Él, correcto, respondía: «Muy amable, Hondero, muy amable.» Y, cruzando la Rambla, se iba hacia su calle. Yo le veía perderse entre los transeúntes, el paso firme, algo cachazudo. Decididamente aquel hombre me resultaba simpático. Todo cuanto hacía y decía era distinto a lo de los demás. Tenía un sello peculiar y humano que lo transportaba a una esfera superior a las

restantes.

Al entrar en el piso, me abrió la puerta su mujer. Era delgada, de media edad, nariz aguileña, ojos saltones y movimientos acelerados. Su voz, simpática y cantarina, se confundía con el grilleo que venía del fondo:

–Usted debe de ser Hondero; mi esposo me ha hablado mucho de usted. Yo me llamo Angelina.

Me tendía una mano huesuda, fría y vigorosa. Angelina era castellana, pero Jaume se dirigía a ella siempre en catalán.

También la casa se parecía a la mía: desvaída, sin alicientes artísticos, repleta de lugares comunes y vulgaridades de la época. El pasillo, empapelado y floreado, conducía al comedor.

–Usted es el último -explicó Angelina.

Al entrar en él vi rostros conocidos: gentes del Banco atildados con sus vestimentas domingueras y corbatas austeras. Departían todos animadamente, despojados de su condición de oficinistas, convertidos en señores de sí mismos, sin jerarquías burocráticas; Jaume Palafell discurría eufórico: el famoso Estatuto reinaba triunfalista en todas sus frases: «Trescientos catorce votos contra veinticuatro», explicaba hinchado de entusiasmo. Angelina me tendió un vaso de vino.

–Cosecha de la tierra -advirtió.

Sobre la mesa se había colocado una fuente grande con pan y tomate, salchichón de Vich y butifarra. Un enjambre de manos la vaciaron en un instante. El vino enristraba las voces, provocaba frases alegres, sin continuidad. Había una mezcla densa de palabras, de humo, de calor.

Vi a Juan Villoria trayendo otra fuente de la cocina. Vi a los jefes de sección comiendo y bebiendo, vi a los meritorios fumando… Pero no vi a Estrella.

Inconscientemente había esperado encontrarla allí. Fue como si un gran vacío cayera sobre todos los presentes. De vez en cuando alguien me golpeaba suavemente el hombro: «Vaya, tú también has venido.» Angelina enseñaba su perrita: «Se llama *Pola:* por Pola Negri.»

–Muy original, ¿idea suya?

Más tarde también fue idea de las otras Angelinas poner nombres de actrices a las perras mimosas. Volví a contemplar a Angelina y me pareció difícil concretar su edad. Tenía una especie de madurez sin años, como si jamás hubiera sido joven.

Angelina se subió a una silla. Brindó por el futuro Estado Catalán.

Imposible olvidar aquella tarde; todo vuelve a estar ahí: la euforia de los comensales, los gruñidos asustadizos de *Pola.* Todo se ajustaba perfectamente a lo que vino después.

Recuerdo que, de vez en cuando, me sorprendían los ojos saltones de Angelina. Era como si su mirar fuera tangible, como si el fluido que despedían aquellos ojos llegara a tocarme. Y el señor Jaume decía: «Ahí tenéis a "mi señora": una castellana intachable.» ¡Cuántas veces me he acordado de aquella sentencia! La castellana intachable sonreía satisfecha. Repartía vasos, le rogaba a Juan Villoria que escanciara más vino…

No sé por qué, al oír aquella frase, me acordé de los hijos de don Alberto (aquellos niños con miradas de ultratumba y aspecto fantasmagórico, mientras se paseaban por las secciones del Banco, estrechando manos y cumpliendo a la perfección su condición de *hereus).* «Con el tiempo serán ellos los responsables del Banco…» Luego había hablado de su jubilación: «Usted, Hondero, ocupará mi puesto; sea tan leal con ellos como lo he sido yo con su padre…»

Había gente que nacía para que sus palabras fueran simples rellenos, cosas que jamás podían ocurrir: palabras con vejez prematura y razones inservibles. Sin embargo, en aquellos momentos todo era real, exacto,

tremendamente fundado en lógica.

Aquel invierno fue movido y contradictorio: hubo la fuga de Villacisneros. Y las rencillas entre monárquicos y republicanos volvieron a soliviantar a la masa. Pero el desasosiego llegó al paroxismo cuando se proclamó el comunismo libertario en Casas Viejas.

En el Banco hubo un revuelo grande a causa de aquella audacia.

–Gaditanos tenían que ser -comentaba Jaume Palafell, de nuevo inmerso en su condición burocrática-. ¿Qué diantres tendremos que ver nosotros y nuestro *seny* catalán con esos desalmados?

También mi madre acusó el golpe, pero de otra forma. Se apiadaba de los rebeldes por sentido humanitario:

–Esos pobres detenidos… Esos obreros que juraban su inocencia mientras los fusilaban…

Fue más o menos en aquella época cuando ocurrió el caso de «Vidrios y Metales». Hacía ya mucho tiempo que Estrella no había vuelto al Banco y los J. J. carecían de secretaria. Sin embargo, no se tomaban la molestia de sustituirla: tampoco ellos frecuentaban demasiado los despachos del fondo. Y cuando se encerraban allí daban la orden de que no se los molestara.

Por Paquito me enteré de que se habían metido en un negocio escabroso:

–Creo que al fin han caído en la trampa.

–¿Qué clase de trampa?

–Un cebo preparado por don Ramón.

Al parecer se habían liado con un negocio ruinoso relacionado con la fabricación de vidrios. Según decía Paquito, todo el mundo sabía que aquella empresa era peligrosa, pero los J. J. lo habían ignorado.

En cierta ocasión recibieron la visita de un abogado.

–Me juego doble contra sencillo a que ese abogado es un esbirro de don Ramón -me anunció Paquito-. El otro día los sorprendí juntos en un bar de Canaletas.

Las intenciones de *Ratón Pérez* parecían claras: llevaba mucho tiempo queriendo barrer del Banco a los hermanos de don Alberto.

–Es una lucha sorda -continuó explicando Paquito-. Algo que viene coleando hace ya mucho tiempo. Los J. J. se han empeñado en destronar a su hermano y don Ramón quiere sacudirlos de la empresa para evitar que eso ocurra.

Fue entonces cuando me enteré de que Estrella trabajaba, desde hacía algún tiempo, con el asesor jurídico. Tuve la impresión de recibir un golpe. Me quedé aturdido. No me atrevía a preguntar…

–¿Y por qué tanto secreto?

–No conviene que se sepa. Estrella conoce a la perfección los tejemanejes de esos dos estúpidos… Una maniobra perfecta.

–¿Insinúas que Estrella es una especie de espía?

–No lo insinúo: lo afirmo.

–Pero ella… Era fiel a los J. J.

Paquito dejó de garrapatear en el papel y se encaró conmigo:

–Cuando digo que eres un ingenuo…

Y volvió a sus números sin soltar prenda. Todavía insistí:

–Por favor, Paquito… aclárame ese embrollo.

–¿Para qué? Tampoco ibas a creerme.

Le juré que lo creería. Le supliqué. Le pedí perdón por haberme mostrado violento en otras ocasiones. Paquito «se crecía», se esponjaba, se aprovechaba de mi debilidad.

–¿Cuántas veces tengo que decirte que ninguna mujer es fiel a nadie? A ver si de una vez caes del burro.

Comprendí que Paquito «sabía» más de lo que decía, y que lo que yo había tachado de resentimiento, probablemente no era más que auténtico compañerismo.

Me explicó entonces que el abogado que acababa de entrar en los despachos del fondo, era el que había aconsejado a los J. J. que asumieran las deudas de «Vidrios y Metales» y avalasen los préstamos solicitados por el gerente.

–¿Te has fijado en él? Un hombre de paja. Estoy seguro de que ha sido don Ramón el causante de ese aval. Y si no me crees, al tiempo. Tu querida Estrella se encargó de poner a don Ramón en la pista…

–¿Cómo lo sabes?

–Porque la firma del contrato coincidió con su desaparición definitiva del Banco. La cosa está muy clara.

Me costaba imaginar que Estrella hubiera hecho aquello. Pero conociendo a Ramón Pérez, su habilidad para hundir a los que le estorbaban y su falta de escrúpulos, todo podía ocurrir.

Lo que más me dolía era que Estrella hubiera cesado en su trabajo sin despedirse de mí.

–¿Por qué no se despidió de nadie?

–Porque había que llevar las cosas a la chita callando. Estrella es capaz de prestarse por dinero a lo que sea. Por lo pronto se ha independizado y ya no vive con los tíos. Se ha instalado en una pensión.

–¿Sola?

Paquito se encogió de hombros.

–No tienes arreglo -exclamó ladeando la cabeza.

Pregunté cómo había averiguado todo aquello.

–Por la propia Estrella. Llamó por teléfono para despedirse de mí.

–¿De modo que se ha despedido de ti?

Le odiaba por decir aquello, por saber más de lo que yo sabía, por llamarse Paco… como el imbécil Moraldo: «Un par de cretinos, eso son: un par de jeringados que quieren jeringar a los demás…» Pero tal como me había ocurrido con Paco, me aterraba indisponerme con él. Lo necesitaba. Era mi único y posible nexo con Estrella.

–¿Sabes tú dónde vive?

–Sí.

–¿Querrás darme su dirección?

–Lo pensaré.

Me sentía cogido: atado con la misma cuerda que me había atado al otro. Para mí los dos eran iguales. Con distintos puntos de vista pero con idéntica mentalidad. Era como una predestinación para mí aquel maldito nombre.

–Cuando te decidas, avisa.

Al salir del Banco anduve deambulando por las calles sin darme cuenta de lo que hacía. Era como si la ciudad se hundiera, como si en ella sólo hubiera mar (el mar que Estrella y yo habíamos visto aquella lejana mañana de septiembre): de oleaje furioso y superficie erizada. Un frío seco congelaba la concavidad de mi boca. Tenía mil preguntas en aquel frío. Preguntas que nadie más que ella podría contestar.

Mi madre se alarmaba: «A ti te ocurre algo, Carlitos…» Le dije que estaba preocupado por las cosas del Banco: «Hay mucho cacao con los J. J.» Mi madre respondió que el tío Rodolfo no podía ver a los hermanos de don Alberto: «Son dos sujetos de mala ley», insistió.

La convulsión esperada no tardó en producirse. Fue un estallido repentino. El Banco entero pareció estremecerse. Era como un reventar silencioso que nos hubiera alcanzado a todos. Jaume Palafell, con el rostro congestionado, se afanaba por buscar papeles que no aparecían; no hablaba. Rezongaba palabras ininteligibles, escurridizas, que se confundían con los chasquidos de la lengua. Luego, angustiado, subía al despacho de don Alberto, para bajar enseguida y volver a hurgar en los archivos:

–¿Ocurre algo, señor Jaume?

No me contestó. Removía carpetas, lo dejaba todo en desorden. Y volvía a marcharse.

–La trampa -decía Paquito-. Por fin han descubierto la trampa.

–¿Qué trampa?

–Ya te lo dije: la de «Vidrios y Metales», la que tu querida Estrella ha venido preparando minuciosamente con el *Ratón.*

Don Ramón entró en el Banco como un meteoro: fue directo al despacho de don Alberto; desde la ventanilla de Contabilidad podía verle subir la escalera de aquel modo suyo, decidido y rápido, como si fuese un hombre

alto y tuviera las piernas largas.

–Ahí lo tienes -decía Paquito señalándolo-. El promotor de la caída. Adiós a los J. J.

Hacía ya varias horas que los hermanos de don Alberto deliberaban en el despacho de arriba. Con ellos estaba don Pablo Daniel.

–Dentro de poco reclamarán la presencia del otro abogado -explicaba Paquito como si estuviera presenciando una función de teatro-. Ya sabes: el hombre de paja, el del aval… Veremos cómo se desenvuelven.

Se hicieron llamadas telefónicas urgentes. Se enviaron emisarios a varios lugares. Se valieron de mil argucias para localizar al abogado en cuestión. Fue inútil. El hombre de paja había volado: se había marchado de España sin dejar rastro.

Hacia el mediodía, las voces que venían del despacho alto eran ya gritos.

–Van a liarse a tortas -comentó Paquito.

Yo seguía sin comprender exactamente lo que ocurría.

–A veces pareces tonto -insistió Paquito-. Están buscando documentos imprescindibles para salvar a los J. J. Una comedia perfecta. Don Ramón sabe mejor que nadie que esos documentos ya no existen. El hombre de paja los ha hecho desaparecer. Así -y abrió las manos simulando echar cenizas al aire-. Volatilizados.

El señor Jaume entró en la sección alicaído, pálido: un cúmulo de saliva reseca circundaba sus labios:

–Menudo conflicto -dijo.

Se dejó caer en la silla y se quedó mirando los libros. Los gritos aumentaban arriba. Venían hasta nosotros a ramalazos como oleajes

furiosos. Paquito me deslizó al oído:

–Ese *Ratoncito Pérez* es un lince. Todo lo tenía previsto.

Pero cuando el *Ratón Pérez* entró en nuestra sección con la corbata desanudada, el rostro sudoroso y la expresión desolada, llegué a pensar que Paquito mentía: El *Ratón Pérez* sabía fingir como nadie; compadecía a los J. J., despotricaba contra el abogado desaparecido: «Un punto filipino ese buscapleitos», decía compungido: «Escapar de España y dejar a ese par de infelices en la estacada…»

El señor Jaume se daba golpes en la cabeza: «No me lo explico, no entiendo cómo han podido ser tan confiados, tan estúpidos…» Y don Ramón insistía: «No están los tiempos para fiarse de nadie, señor Jaume… Y menos de un tinterillo como el que acaba de escapar…»

Paquito los miraba con una mueca de asco:

–Fíjate en el *Ratón;* ahí lo tienes: un típico producto de la podredumbre burguesa…

No reparaban en nosotros. Hablaban entre ellos, dando vueltas al asunto sin encontrar solución: «Si al menos me hubieran consultado -continuaba diciendo don Ramón-, si al menos no hubieran prescindido de mí… En el fondo, les está bien empleado.» Y el señor Jaume protestaba: «No diga usted eso, don Ramón…» Pero el otro no apeaba: «¡Elegir un rábula sin prestigio! Un desconocido con ínfulas romanistas. ¡A quién se le ocurre!»

Y Paquito otra vez:

–Será cabrón… le repito que yo mismo los he visto tomar café juntos en Canaletas. Para que venga presumiendo ahora de que no lo conocía.

«Seguramente se había vendido a la parte contraria -seguía diciendo el *Ratón Pérez*-, hay letrados así: sin escrúpulos. Abogadillos intrigantes que desprestigian la profesión…» Y se arreglaba el nudo de la corbata con aire

seguro, de hombre insobornable. Jaume Palafell preguntó: «¿Y ahora qué va a ocurrir?» Don Ramón se miraba al espejo que pendía de la puerta: contemplaba sus dientes, su bigote, sus ojillos inquietos tras las gafas de miope: «No tendrán más remedio que vender sus acciones al hermano. Es la única forma viable para cancelar la deuda.»

El señor Jaume negaba con la cabeza: «Don Alberto jamás accederá.» Y don Ramón se volvió hacia él, le puso una mano en el hombro: «No se preocupe, señor Jaume: eso corre de mi cuenta. Lo convenceré. No le queda otra solución: no hay otra salida para salvar a los hermanos y al Banco.»

Pero fue difícil convencer a don Alberto. Se resistía a convertirse en dueño absoluto de la empresa. Alegaba que aquélla no había sido la voluntad de su padre.

Estuvieron deliberando hasta muy entrada la noche. (Nos lo contó la encargada de la limpieza.) De vez en cuando, las respectivas señoras Salcedo llamaban por teléfono; pretendían saber lo que ocurría. La respuesta era siempre la misma: «Que no molesten y se estén calladitas.»

Fueron días penosos, distintos. Nada funcionaba como debía funcionar. Los clientes se alarmaban: «Corren rumores…» Don. Pablo los tranquilizaba: «Nada importante: problemas domésticos…» Pero era indudable que algo en la empresa se estaba resquebrajando. A veces yo mismo me sentía herido por aquel impacto que los clientes barruntaban. Un largo desfile de acontecimientos internos (que pocos conocían) había ido preparando el terreno para que al fin estallara la bomba. Había estallidos que se fraguaban así: a fuerza de acumular gases pequeños, imperceptibles y solapados. Debieron de empezar a escapar hacía muchos años (quizá desde que los Salcedo eran niños) en forma de rivalidades inconcretas, en los juegos, en sus noviazgos, en sus formas de vida… Todo debía de tener una raíz honda, todo debía de arrastrar resabios, costumbres, influencias: imposiciones acaso involuntarias que lentamente habrían ido fomentando la división de aquellos tres hombres, como si no hubieran nacido de la misma madre, ni hubiesen crecido juntos, ni se hubieran dicho alguna vez que se querían.

Cierta mañana don Alberto y don Ramón se encerraron en el despacho de arriba. Sus voces, aquella vez, no llegaron hasta nosotros. Hablaban bajito, como acaso hablaran los gladiadores entre sí mientras luchaban por sobrevivir. Sin duda esgrimieron palabras rivales, razones opuestas, pretextos distintos y posibilidades ajenas… Uno de los dos debía acabar triunfando.

Naturalmente, triunfó don Ramón.

Palafell fue requerido. Bajó luego a nuestra sección con aspecto cansado.

–Ese don Alberto es un romántico incorregible -nos dijo como si hablara para sí mismo.

Paquito y yo lo mirábamos expectantes, sin chistar, aguardando a que nos diera la noticia:

–Se olvida de que tiene cuatro hijos.

Paquito preguntó:

–¿No quiere comprar?

–Se resiste. Está empeñado en dividir su fortuna con los hermanos.

–Pues estamos todos listos.

–Confiemos en que don Ramón lo convenza.

Lo convenció. Tenía argumentos sólidos para convencerlo. Había demasiadas responsabilidades en aquel asunto para andar jugando a ser Quijote. Existían unos hijos, una maquinaría empresarial, un peligro de repetir gazapos como el que acababa de producirse. Y don Alberto acabó haciéndose con las acciones de los J. J.

Así terminó el reinado Salcedo de aquellos dos hombres. Fue un final

moroso, lleno de trámites, de ceños, de carraspeos nerviosos, de protestas y de dudas. Cuando llegó el notario, vimos subir a los J. J. por la escalera que conducía al despacho de arriba: tenían las espaldas encorvadas y el fracaso de sus proyectos en la morosidad de las piernas. Se firmaron documentos, se transfirieron las acciones, se fijaron plazos… Aquella misma tarde los hermanos J. J. decidieron vaciar sus despachos. Juan Villoria los ayudó. De vez en cuando veíamos al botones cruzando el pasillo para dirigirse a los sótanos: iba cargado de papeles que debía echar en la caldera.

–Serán cartas de amor -me decía Paquito por lo bajo-. Todos los maridos que engañan a sus mujeres, guardan en sus oficinas la correspondencia sentimental.

Un buen día los J. J. dejaron de asistir al Banco, y los despachos del fondo quedaron vacíos. Los empleados, cuando iban a los lavabos, se permitían el lujo de dar un vistazo a aquel lugar. Luego regresaban a sus puestos con la expresión satisfecha: «Me gustaría saber quién heredará esos despachos», decían algunos. Pero don Alberto no se definía sobre el particular. Prefería dejarlos tal como estaban. Acaso le pareciera que, utilizándolos, traicionaba a sus hermanos…

Fue una época híbrida, desangelada. Estrella continuaba obsesionándome tanto como la política obsesionaba a mi madre. Pronto los partidos comenzaron a multiplicarse. Por primera vez los monárquicos se denominaban a sí mismos «Renovación». Era extraño que se diera el nombre de renovación a lo que había quedado en franco retroceso.

Luego había «los otros monárquicos», los que no eran partidarios de don Alfonso, los que se consideraban legitimistas y tradicionales.

Pero la ola de novedades no sólo afectaba a España. También en Alemania se hablaba de un partido nuevo: algo todavía inmaduro con premisas extrañas, ligeramente parecidas a las que, en un acto de afirmación española, algunos patriotas presentaron posteriormente en Madrid.

Cuando se refería a Alemania, el tío Rodolfo se ponía nervioso:

–No entiendo lo que persiguen. Hablan de «puntos», de nacionalsocialismo… No sé lo que quiere decir eso de nacionalsocialismo… Me suena a camelo. Me gustaría saber dónde caray quiere ir a parar ese tal Hitler… ¿Quién diantres es ese hombre? ¿Y la palabra *nazi?* ¿Qué significará esa palabra?

El miedo de mi madre aumentaba. Los continuos atentados y los desmanes imprevistos la mantenían en un perpetuo temor: «Si al menos la fuerza pública interviniera…» Pero la fuerza pública se inhibía. El desacuerdo entre los socialistas y los conservadores la estaba inhibiendo. No sabían a qué carta quedarse. «Lo de Casas Viejas ha sido una rémora grande para la fuerza pública… Ahora no habrá quien defienda el orden.»

En realidad, todo el mundo estaba descontento. Los proletarios llamaban a la fuerza pública «Fusiles burgueses del Gobierno» y los conservadores, tras la refriega de Zaragoza, aseguraban que se trataba de «Infanticidas al servicio de la anarquía».

Empezaron a correr rumores de que la crisis provocada por el debate entre Lerroux y Azaña iba a provocar otro referéndum: «Es indudable que el país necesita definirse.» La lucha se iba a repartir entre Gil Robles, Lerroux, Azaña e Indalecio Prieto. Pero la tónica general de aquellos candidatos, más que plantear soluciones, parecía plantear motivos para entorpecerlas. Era como si, en todos ellos, lo esencial no fuera encarrilar al país y sosegar sus inquietudes, sino vencer, mandar, imponerse y, por desconfiado, poner el pie sobre el vencido.

Fiel a sí mismo, el tío Rodolfo seguía siendo partidario de Lerroux: «Al menos está dando pruebas de sensatez.» No obstante, las derechas, reorganizadas, repuestas y aumentadas, confiaban aún en que Gil Robles ganara.

–Los mismos perros con distintos collares -opinaba Paquito.

Y yo le seguía la corriente para no alterarlo. Paquito era el único que

conocía las señas de Estrella. Me apremiaba ganarme su confianza, hacerlo mío, traerlo a mi terreno y convencerlo de que yo era un amigo para él. Ignoraba aún lo que se estaba escondiendo tras aquel silencio obstinado que me mantenía en vilo día y noche.

A veces, cuando salíamos juntos, me acompañaba hasta mi casa. Yo intentaba sonsacarlo, pero Paquito se envolvía en enigmas:

–No te fíes de las mujeres… Y mucho menos de Estrella.

Aquellas respuestas me dejaban helado. Paquito, en lo tocante a Estrella, se volvía implacable.

–¿Por qué lo dices? ¿Qué sabes de Estrella?

–Todo.

Y miraba en torno, para que yo no le hiciera más preguntas. En las fachadas se veían letreros grandes que la gente se detenía a leer. La Acción Popular no dormía: cualquier contingencia era aprovechada para la publicidad. Estadísticas, datos: «Dos años de gobierno de izquierdas…» «Reforma de la reforma agraria…»

–¿La ves a menudo?

–Eso a ti no te importa.

Otra vez Paco Moraldo encarnado en Paquito. Otra vez el odio y la furia dominada, y el asco de saberme amigo de él.

–La llamaré por teléfono al despacho de don Ramón.

Lo decía para espolearlo. Nunca me hubiera atrevido a hacerlo.

–Guárdate muy bien de cometer semejante insensatez… Si don Ramón descubre tu llamada, puedes empezar a preparar tus trastos y a salir del

Banco… Ya lo conoces: es implacable.

Todo era implacable en aquellos momentos. Los ánimos de mi madre eran buenos ecos de aquella implacabilidad. Hacía poco tiempo que el Estatuto Vasco había sido aprobado por aplastante mayoría en el escrutinio general de las Vascongadas y aquello la traía por la calle de la amargura: «Una cosa es Cataluña y otra esa gente del Norte… Así acabaremos todos divididos, desmembrados, transformados en morcillas…» No comprendía que sus argumentos eran tan drásticos como la Dictadura que siempre había atacado. Sin embargo, todavía confiaba, todavía se apoyaba en las elecciones convocadas para noviembre. «Con el voto de la mujer se arreglará todo», decía.

Era la primera vez que en España las mujeres iban a acercarse a las urnas. Ante aquella posibilidad, Palafell se erizaba de entusiasmo: «Un gran paso eso del voto femenino…», decía. Como buen progresista se decantaba hacia la apertura femenina y rechazaba la diferencia intelectual de los sexos.

Tal como habían previsto, ganaron las derechas. Mi madre aquel día pareció rejuvenecerse, decía que jamás se había sentido tan persona como aquella mañana: «Han sido las monjitas -se hartaba de repetir-, tenías que haber visto el desfile de monjitas que se encaminaban hacia las urnas…» El tío Rodolfo intentaba sonsacarle a qué partido había votado. Mi madre se hacía la remolona: no quería mentirle, pero tampoco quería confesarle la verdad. Ignoraba que el tío Rodolfo, a pesar de su lerrouxismo, también había votado a Gil Robles. Lo supe cuando le oí hablar por teléfono con don Alberto. Creo que fue la primera vez que entre aquellos dos seres se produjo una laguna.

Al llegar la Navidad, la ciudad pareció remozarse. Había épocas que servían de puente entre las adversidades y el sosiego, épocas neutralizantes que todo el mundo aceptaba para recobrar fuerzas y volver a la lucha con mayor vigor. El resultado de las elecciones había contribuido notablemente al aspecto risueño de las calles: las tiendas se veían repletas; las calles, adornadas; las gentes, tranquilas.

El único que daba muestras de descontento, era Paquito: «No ha sido más que un paso en falso: un compás de espera. Casi me alegra que hayan ganado las derechas: cometerán errores y acabarán merendándose ellos mismos.» Más tarde, mucho más tarde, aquella frase de Paquito también tuvo vigencia. Eran precisamente aquellos errores y aquel merendarse entre ellos lo que permitía a una tercera potencia intervenir y vencer. Todo, para el adversario, era cuestión de paciencia; de aguardar a que las luchas internas acabaran por desmoronar lo establecido. Luego sólo restaría tender la garra y dar el zarpazo.

Paquito lo veía muy claro: por eso no se inmutaba ante el triunfo de las derechas.

Un hecho luctuoso empañó la alegría de los catalanistas aquellos días: la muerte de Macià. Palafell acusó el golpe y acudió al Banco con una corbata negra y un brazal del mismo color.

Aquella muerte coincidió con la deflación del país y, tras la euforia navideña, asomó la miseria. No tardó mucho en asentarse en las calles, en los comercios, en la clientela del Banco. Las calles volvían a ser regueros de mendicantes y los atentados se contaban otra vez a docenas. Así vivimos aquel año: tristes y desangelados.

Sin embargo, para mí, al llegar octubre, todo cambió.

Ocurrió inesperadamente como las lloviznas soleadas. Bajaba yo por las Ramblas distraído, sin preocuparme del contorno. Y de pronto la tuve delante.

En los brazos llevaba un ramo de crisantemos y en su rostro había un rubor aterciopelado que confundía sus mejillas con el color de la flor.

–Estrella…

Se quedó frente a mí, sonriendo, las manos aferradas al ramo.

–¡Por fin, Dios Santo! ¡Creí que nunca volvería a verte!

–¿Tanto me has echado de menos?

De nuevo era la mujer de la playa coquetamente distante.

–Más de lo que puedes suponer: ha sido duro, muy duro.

Torció la cabeza y el pelo cubría parte de las flores.

–¿Qué ha sido de tu vida, Estrella? Me dijeron que trabajabas con don Ramón.

–En cierto modo.

–No te entiendo.

–Trabajo para él, pero en mi casa.

–¿Dónde vives?

–En una pensión. Te dirían ya que dejé la casa de mis tíos. Nos peleamos.

«Como mi madre», pensé.

–Serían malos contigo…

–O yo con ellos. Vete tú a saber…

La perplejidad y la emoción no me dejaban hablar. Tenía mil cosas que preguntarle, pero todas se borraban, todas se volvían aire.

–¿Podré visitarte algún día? Tengo tanto que decirte…

–Imposible -dijo ella-. Las visitas están prohibidas. Es una pensión muy estricta y decente.

–Comprendo -añadí-. Paquito me informó sobre tu traslado, pero el muy guarro no ha querido darme tus señas.

Estrella alzó las flores, como si no pudiera soportar su peso.

–¿Puedo ayudarte? – pregunté.

–No, gracias.

–¿Son para ti?

–Son para mi patrona: quiere llevarlas al cementerio.

–Falta un mes para los difuntos.

–Ella prefiere adelantar la fecha. Dice que luego el tránsito se vuelve insoportable… Al fin y al cabo una vez muertos…

Pero sus flores estaban vivas y ella asumía aquella vitalidad:

–Nunca he olvidado aquella mañana en la playa -le dije.

–Fue divertido.

–Si no hiciera tanto frío, volvería a invitarte.

–¿Qué importa el frío, Carlos? Podemos contemplar el mar sin bañarnos.

Se comportaba como una enamorada que se resistiese a demostrarlo. Y yo empezaba a considerarme el hombre más dichoso del mundo.

–El domingo próximo, Estrella… Podríamos encontrarnos el domingo próximo… En el mismo lugar.

–De acuerdo: en la Barceloneta… ¿A qué hora?

–A las once.

–Bueno -dijo ella sonriendo-. Allí estaré.

Y se fue con sus flores, su andar ondulante y su belleza fundida a los crisantemos.

Y yo llegué a mi casa con las amarras de mi nostalgia completamente desatadas. Todavía aturdido, todavía incapaz de asimilar con exactitud lo que acababa de sucederme. No sabría explicar qué clase de sensación estaba experimentando. No era propiamente felicidad. La felicidad no dejaba aquel extraño regusto a quimera, a esperanza frustrada.

No acertaba a captar la reacción de Estrella. Era difícil saber lo que sentía, lo que pensaba, lo que se escondía tras aquella forma de responderme y de mirarme. A pesar de todo, confiaba.

Y esperé.

No le conté nada a Paquito. Temí que mi felicidad (o lo que fuera) pudiese quedar truncada por sus comentarios. Probablemente me diría: «No te fíes de las mujeres.» Y yo necesitaba fiarme. Especialmente de Estrella.

Hora tras hora fui contando aquella semana los días que faltaban para llegar al domingo. Pero aquel domingo no llegó nunca.

A veces los sueños eran devorados por las pesadillas. No hubo despertar plácido, ni mar turbulento, ni arena escrita, ni cuerpos en la playa. Hubo un paro total en la vida española: un silencio atronador en las calles y un temor rígido en el rostro de mi madre:

–Se ha declarado el estado de guerra -dijo.

Y comprendí entonces por qué mi encuentro con Estrella me había parecido tan utópico y tan lejano. Había cosas que se intuían, que, sin saber cómo ni

por qué, se adelantaban al tiempo.

Otra vez la angustia, y la lamparilla de aceite, y el aparato de radio y las llamadas telefónicas… Estaba cansado de todo aquello: estaba harto; tenía la hartura de la juventud envejecida, de los tiempos detenidos, del fluir estancado, de los proyectos sin horizonte. Y rabioso. No podía perdonarle a la vida aquel continuo negarme placidez y esperanzas, aquel robarme horas y proyectos y domingos alegres frente al mar de mi ciudad. Quería ser joven de una vez: sin rémoras, sin escamoteos, sin sentirme explotado por sistemas políticos, por apoteosis históricas, por manías de poder… No podía soportar verme de nuevo atrapado en aquella madriguera que iba siendo mi casa, mientras escuchaba las quejas de mi madre o sus peroratas políticas siempre al día, siempre vigentes; con monarquía, con república, con estados de guerra y con triunfos electorales. Y percibir la humedad de sus labios cuando repetía lo que está ocurriendo: «Algo pasa en la plaza de la República. Algo pasa en la Generalidad. Algo pasa en Asturias…»

–Basta, mamá, por favor…

–Pero, hijo… ¿No te das cuenta de que estamos sobre un volcán?

Era inútil luchar contra aquello. Algo pasaba siempre en alguna parte: algo que surgía sólo para minar nuestra juventud, nuestro afán de vivir, de ser libres sin la continua amenaza de un cambio político ni el temor de estallar por los aires convertidos en lava.

–No puedo más -le dije-. Estoy harto de todo eso…

Y señalé el balcón cerrado.

–Todos lo estamos -contestó ella.

Abajo, un continuo rodar de carruajes llenaba de sonidos roncos el hueco de la calle. Venía de las Ramblas y se dirigía a la plaza de la República.

Me coloqué ante ella y señalé con el dedo:

–Tú, al menos, has conocido la paz -le reproché-. Yo no: me trajisteis al mundo en plena guerra mundial; fui amamantado con huelgas, con disturbios, con levantamientos militares. Me enseñasteis a odiar la Dictadura… ¿Qué vino luego? Rebeliones, traiciones, confusiones y torbellinos sociales… ¿Quién tiene razón? Nunca lo he sabido. Juraría que nadie lo sabe. Tú misma… Tú misma ignoras dónde está la solución. Hablaban de progreso, de reafirmaciones futuras, de libertad… Ya ves en lo que ha parado vuestra famosa libertad: os sentís tan inestables o más que antes. Como si estuvierais pisando arenas movedizas. En cualquier momento podemos quedar sepultados por ellas.

Mi madre me contemplaba asustada: sus labios, por primera vez, secos, sus ojeras marcadas, sus mejillas pálidas.

–No me mires así -le grité-. El estafado soy yo.

Mi madre se volvió de espaldas y rompió a llorar. No me vi con ánimo para consolarla. Solamente dije:

–Lo siento: no he querido herirte.

Sollozando aún, se dejó caer en la silla y se llevó el pañuelo a los ojos.

–De modo que nos das la culpa…

No contesté: era difícil saber quién tenía la culpa de aquello. Debía de ser una culpa múltiple, con mil raíces y mil influencias.

–No eres justo, Carlitos.

–Tampoco vosotros lo habéis sido -volví a decir-. Teníais un juguete en las manos… y no habéis parado hasta romperlo. Como hacen los niños. Eso ha sido para vosotros el progreso: un juguete. Ahí lo tenéis: con su teléfono, su radio, su electricidad, sus coches voladores… ¿no los llamabais así al principio? Todo eso os «divertía». Era un progreso lleno de inventos para

eso: para divertir, como la política. También ella era una diversión. Ya ves dónde nos está llevando esa estúpida diversión.

Creí que iba a volver a llorar, pero de repente cambió de expresión. Me hizo señas para que callase y se llegó hasta el aparato de radio. Estaban dando noticias y no quería perderlas: «Es inútil», pensé.

–¿Lo has oído, Carlitos? Están hablando de un posible Estado Catalán.

Ya no se acordaba de todo lo que habíamos hablado. Volví al comedor. El tiroteo había empezado. Desde el balcón cerrado se oía claramente. De vez en cuando mi madre comentaba: «¿Será posible: Un Estado Catalán…» Y yo pensaba en Estrella, en aquella playa vacía, en aquel mar lejano que ni ella ni yo podríamos contemplar.

Me acordé de Jaume Palafell: debía de ser feliz al escuchar aquella noticia.

Imaginé a Angelina, hablando con su perrita *Pola,* comentando con ella los acontecimientos del día: la clave estaba en Batet: en si aceptaba o no aceptaba la requisitoria de Companys… La duda nos mantenía en suspenso. Nadie podía decir exactamente lo que estaba ocurriendo ni lo que podría ocurrir. De hecho, todo en la vida debía de ser así: bamboleante. Tampoco yo podía afirmar que, después de aquel zafarrancho, iba a encontrarme algún día con Estrella en la playa de la Barceloneta. Cada instante que transcurría iba separándome más y más de ella. «Son crisantemos para los muertos», había dicho. Tal vez también yo mereciera flores, tal vez también yo estuviera muerto.

Lo que vino después fue un largo pasar las horas embebidos en sobresaltos y zozobras. Un torneo demencial de vaguedades concretas, de situaciones extremas. Primero fue el amanecer, difuso: luego el día claro y definido, y, enseguida, el timbrazo. Un sonido agudo, largo y desasosegado. Y la voz exhausta filtrándose por la rendija de la puerta. Y su figura, disminuida, encogida, desvencijada… Y el brazo herido chorreando sangre. Y el brazo sano sosteniendo el herido. Y las exclamaciones de mi madre, el horror de sus ojos: «Ese hombre nos traerá complicaciones, Carlitos, ese hombre va a

ser nuestra perdición…»

Lo llevé como pude hasta mi dormitorio: «Avisa al tío Rodolfo», le dije a mi madre. Pero mi madre no reaccionaba: «¿No me has oído? Avisa al tío Rodolfo, que venga enseguida… Se está desangrando…» Era una orgía de sangre. Toda mi habitación se iba llenando de ella. «Una venda.» No sé aún cómo pude vendar aquel brazo destrozado. La voz de Jaume Palafell era como un disco estropeado. Siempre decía lo mismo: «Se los han llevado a todos, a todos… Los han encarcelado.» Tiritaba. Toda la cama se agitaba. Los ojos eran dos botones cosidos a una esclerótica amarilla. Mi madre hablaba por teléfono. Por fin me había entendido. Daba explicaciones ambiguas: «No tardes… El maletín. Bala…» Y Jaume Palafell continuaba salmodiando desgracias: «El Gobierno se ha rendido. Se los han llevado a todos.»

Intenté calmarlo: «Olvídelo.» Casi lo grité. «Por favor: reaccione: Eso ya ha pasado.» Le di a beber coñac. Se atragantaba. Y mi madre, desde la puerta repetía: «Ese hombre va a ser nuestra perdición, Carlitos.»

Hacía ya mucho rato que el tiroteo había cesado. Pero la angustia crecía…

Después empezó la refriega interna: la de extraerle la bala. El tío Rodolfo llevaba cloroformo. Un hedor nuevo. Un olor fuerte que podía con todos, que devoraba el eterno olor a calle humilde y a comidas apresuradas. Era como si de pronto nuestro piso ya no fuera el mismo. El tío Rodolfo decía: «Hay que abrir las ventanas y establecer corrientes de aires.» La bala estaba allí, en la jofaina. Y Jaume Palafell dormitaba, narcotizado, en mi cama.

Había un montón de toallas y de sábanas teñidas de rojo:

–Hay que avisar a su mujer -dijo el tío Rodolfo-. No respondo de lo que pueda pasar.

Él mismo la llamó por teléfono. Las exclamaciones de Angelina sonaban violentas más allá del auricular. El tío Rodolfo respiraba con fatiga:

–En cuanto vomite estará en condiciones de marcharse. Aquí no puede quedarse. Podría involucrarnos… Todo el mundo sabe cómo piensa ese hombre…

Cuando la mujer llegó, Jaume Palafell empezaba a despertarse. Decía incongruencias. Lloraba, reía. Recordaba su infancia, su juventud, su boda con Angelina. Se lamentaba de todo: sin hijos, sin Estado Catalán, sin ilusiones… Pedía perdón por haber llamado a nuestra puerta: «No podía llegar hasta mi casa…» Y Angelina le reñía llorando: «Te lo advertí: con esas cosas no se juega…» Se volvió hacia nosotros: «Se lo supliqué de rodillas, le pedí que no se fuera… Pero los Palafell siempre han sido muy tercos: "Cataluña me necesita", me decía…» No se atrevía a abrazarlo: le acariciaba la cabeza. Y las horas pasaban lentas, desnutridas, sin más relieve que el miedo.

El tío Rodolfo se empeñaba en que lo hospitalizasen. Pero Palafell se negaba: «Sería peligroso. Harían preguntas. Prefiero morir en casa.»

Pidieron un taxi. Lo ayudamos a bajar la escalera. «Haga un esfuerzo y procure disimular. Diremos que ha sufrido un ataque al corazón.»

La calle estaba vacía. La portera, como siempre, brillaba por su ausencia. En la escalera se veían manchas oscuras que mi madre se apresuró a limpiar.

Jaume Palafell duró dos días. No pudo regresar al Banco. No pudo jubilarse.

Murió víctima de la infección que la herida le produjo. El tío Rodolfo, en el parte médico, especificó que había muerto de neumonía.

Angelina aseguró que había muerto de pena.

Su entierro fue nutrido. El Banco en peso lo acompañó al cementerio. Vi a don Alberto, a Ramón Pérez, a don Pablo Daniel… Había coronas de flores. Había trajes oscuros. Y había un ramo de crisantemos muy parecido al de

Estrella. Pero Estrella no estaba allí. Las mujeres, en aquella época, no iban al cementerio.

–Ése, al menos, ha sido consecuente -me dijo Paquito en cuanto cerraron el nicho.

No le contesté. Todos, aunque no lo manifestaran, conocían la verdadera causa de la muerte de Jaume Palafell.

En el fondo, estoy seguro, se alegraba de su muerte. No podía tolerar que el señor Jaume anduviera siempre husmeando en sus trabajos para censurar lo que hacía.

Paquito para mí, en aquellos momentos, era la viva imagen de lo abyecto. No podía perdonarle sus continuas burlas, sus aires misteriosos, cuando citaba a Estrella: sus triunfalismos políticos…

–Veremos en qué para lo de Asturias.

Parecía regocijarse con la sangre que, en aquellos momentos, se estaba derramando en diversas partes de la península. A pesar de haberse sofocado la colisión de Carabanchel en Madrid, Gijón continuaba empecinada en su rebeldía, y el estado de guerra proseguía agarrotando a los españoles.

Al salir del cementerio, procuré abordarlo. Le dije que había visto a Estrella y que, por culpa de lo que había ocurrido en la Generalidad, había perdido contacto con ella. Paquito no pareció extrañarse; se limitó a decir:

–Esa chica no es para ti, Carlos.

–Necesito verla, Paquito: quisiera hablarla, aclarar muchas cosas… Dame, al menos, su teléfono.

–Lo pensaré.

Estuve a pique de liarme a tortas con él. Me contuve.

–Si no me lo das tú, acabaré por pedírselo a don Ramón.

–No te canses: ya no trabaja para él.

–¿Desde cuándo?

–Se la sacudió en cuanto dejó de necesitarla.

–¿Y tú cómo sabes todo eso?

–Averígualo.

Cuanto más trataba yo a aquel ser, más lo asociaba a Paco Moraldo. En la vida debía de haber secciones humanas que encasillaban a las gentes al margen de sus ideas y de sus costumbres. La única diferencia que había entre Paco y Paquito era que, con el primero, llevaba yo la batuta, y el segundo, en cambio, la llevaba él.

Cierto día, al llegar a mi casa, volví a ver a Pedro Villalta. Al principio me costó reconocerlo. Iba vestido como un obrero y distaba mucho de parecerse al empleado que había trabajado en mi sección antes de ponerme yo a las órdenes de Jaume Palafell.

–Pero, Carlos… A eso le llamo yo una sorpresa…

Me abrazaba, me golpeaba la espalda: «Quién diría que tú eres aquel botones…»

Me preguntó enseguida por mi trabajo. Le dije que había dejado de ser botones y que estaba de ayudante en la sección de Contabilidad.

–Algo me habían dicho… Pero ya no lo recordaba. Te felicito, Carlos. Estás mejor que yo.

Me invitó a tomar una copa… decía que teníamos que hablar… Pedro

Villalta me era simpático. No era un hombre corriente. Tenía una vivacidad fuera de lo común, y a pesar de sus antecedentes, uno se sentía inclinado a confiar en él.

Me llevó a La Toya. Era una especie de taberna desvencijada, de aspecto sucio y desaliñado, donde se apiñaban junto al fregadero vasos turbios y botellas empolvadas.

–No puedo permitirme grandes lujos, ¿sabes, amigo? Desde que salí del Banco voy a salto de mata… No es fácil hoy día encontrar empleo…

Enseguida sacó a relucir la injusticia que habían cometido con él: «Fue todo un chanchullo ideado por el *Ratón Pérez*.…» Añadía que lo habían acusado de extraer información para la competencia:

–Mentira todo. Pregúntaselo a Estrella… Ella sabe perfectamente lo que ocurrió.

Aseguraba que el *Ratón Pérez* era el causante de aquella felonía.

–Se había liado hasta los topes con el otro Banco y necesitaba una víctima para justificar sus propias trapisonderías…

Lo decía tan convincentemente, que no era difícil creerlo.

–Tú ya conoces los tejemanejes de ese buscapleitos. Se las arregla perfectamente para quedar siempre libre de culpa…

Me chocó que me hablase de Estrella. Le pregunté si la veía con frecuencia:

–De vez en cuando. Es una buena chica.

Pero aseguraba que ignoraba sus señas.

Decididamente, Pedro Villalta me caía bien.

No tardé mucho en hacerme amigo suyo. Casi todas las noches nos íbamos a La Toya. Pensaba siempre: «Tal vez algún día Estrella se presente allí…» Al menos con Pedro podía hablar de ella sin que se convirtiera en una «zorra», como me ocurría cuando la mencionaba a Paquito. Al contrario, Pedro la respetaba, la encontraba digna de todo elogio…

Cuando mi madre me veía salir todas las noches de casa, se alarmaba:

–¿Se puede saber adónde vas?

–Al cine con unos amigos.

–¿Qué amigos?

–No los conoces.

En cierta ocasión se aventuró a decirme:

–No me gusta que salgas tanto.

–Voy a cumplir dieciocho años, mamá. Ya no soy un niño. Creo que tengo derecho.

Mi desplante y mi forma de responderle debió de herirla:

–¿Sabes lo que te digo, Carlitos? Que lo que nos hace falta en España es una buena dictadura.

Me eché a reír:

–Conque ahora quieres dictadura. Es lo más gracioso que me has dicho en tu vida… Como si no hubieras despotricado contra ella hasta reventar…

–Es de sabios cambiar de parecer.

Pero el parecer de mi madre ya no me importaba. Como era de esperar, no

le hice caso.

Continué yendo a La Toya. En el fondo, era un lugar siniestro. La gente que lo frecuentaba tema un aspecto completamente distinto al que ofrecía Pedro. Más de una vez llegué a decirle: «Si no fuera por que tú me traes aquí, pensaría que estamos en una guarida de desalmados…»

Pedro reía, decía que me hacía falta baquetearme y que en la vida no todos eran tan finolis como los que yo trataba en el Banco: «Son gente obrera, pero de buena casta.» Allí apenas se hablaba de política. Los fanatismos se diluían. Y, por descontado, se mostraban abiertamente anticomunistas. Se metían con los procedimientos que utilizaban en el Sur de España: decían que no estaban de acuerdo con aquellos vergonzosos atracos que se realizaban en las carreteras bajo el pretexto de atender al «Socorro Rojo». Hablaban también de Hitler: guaseaban sobre su bigote, corto y profundo, su oratoria espasmódica, sus ademanes rígidos y autoritarios… «Pretenden acabar con el desempleo a cambio de engrosar las filas nazis…» Y añadían que era muy cómodo eso de emplear a la gente para crear un partido. Pedro, con su habitual dialéctica, aseguraba que aquello era un chantaje y que lo único que Hitler iba a conseguir sería un partido de desesperados. Aquella actitud apolítica me convencía. Estaba ya hasta las narices de tanta diatriba partidista.

–No hay que fiarse de nadie -siguió diciendo Pedro-. Lo que ese Hitler pretende no es acabar con los judíos para depurar la raza, sino para engrosar, con el capital de esas gentes, las arcas de su país.

Por fin, un domingo por la mañana ocurrió el milagro que yo venía esperando hacía mucho tiempo. Recuerdo que un viento cortante, que venía de las Ramblas, se colaba en mi calle arrastrando hojas y esparciendo papeles. Cuando los días amanecían así, ventisqueros y quisquillosos, la vitalidad callejera disminuía: los chiquillos no jugaban en las aceras y los perros husmeaban aturdidos y amedrentados, con el rabo entre las piernas. De pronto sonó el teléfono: con brío, con impaciencia, como si cada segundo que pasaba sin que yo descolgara el aparato, pudiese acarrear una catástrofe. Enseguida escuché su voz: «¿Eres tú, Carlos?»

–No puedo creerlo.

Estrella reía. Y yo seguía repitiendo: «No puedo creerlo…»

–Nos estropearon el domingo -bromeó ella-. ¿Recuerdas? Hará pronto dos meses.

–¿Estropearlo? Fue mucho peor, Estrella. Me mutilaron, fue un escamoteo indigno.

Estrella continuaba riendo. De pronto tuve miedo de que la comunicación se truncara:

–Escucha, no cuelgues. Dame tu dirección, tu teléfono…

Pero Estrella continuaba riendo:

–No temas -dijo-, de ahora en adelante nos veremos con frecuencia.

Jamás nadie me había hecho una promesa tan esperanzadora.

–¿Y eso por qué?

–Porque también yo te he echado de menos.

–Estrella, Estrella…

Ni siquiera me detuve a pensar en lo insólito de aquella respuesta: «Estrella, amor…»

–Si quieres, podemos vernos esta misma mañana.

–¿Dónde?

–Dónde tú quieras.

Me parecía un sueño que de pronto Estrella se volviera asequible. Me acordé del mar, de los puestos de flores, de los crisantemos:

–Podemos citarnos en el portal de la Virreina.

–Hecho: ¿a qué hora?

–Enseguida: estoy a un paso.

–Hombre: dame tiempo. ¿Te parece dentro de media hora?

–Estaré allí como un clavo.

En cuanto colgué el aparato mi madre me preguntó con quién hablaba. Le contesté que se trataba de un amigo. Probablemente no me creyó. No importaba. «Que piense lo que quiera.» Lo esencial era que yo creyese a Estrella y que Estrella me creyese a mí.

Me vestí a toda prisa: camisa limpia, corbata austera, colonia fuerte sobre el fijador… Bajé la escalera a toda prisa. Al llegar a la calle me salió al paso una violenta ráfaga de aire. Anduve acelerado hacia la Rambla. Había mujeres con la mantilla puesta, camino de la iglesia, hombres endomingados, viejos parsimoniosos… Ninguna de las mujeres que se cruzaban a mi paso se parecía a Estrella.

Todavía se me antojaba imposible que me hubiese llamado por teléfono. Mil veces había soñado con aquella posibilidad; sin embargo, estaba seguro de que jamás iba a producirse.

La esperé un buen rato junto al portal de la Virreina, fumando y haciéndome el distraído. Me fijé en los puestos de los escribanos: estaban cerrados porque era domingo. Allí acudían los que deseaban mandar cartas y no sabían escribir. En el fondo, pensé, eran felices aunque fueran analfabetos; lo malo era saber escribir y no saber dónde mandarlas.

Me detuve a observar los árboles, casi desnudos, todavía azotados por la reciente ventisca, impregnados de un noviembre frío que nunca podría olvidar… Las sillas, donde (mediante un precio módico) se sentaban los tranquilos, los que disfrutaban viendo pasar la gente por no tener Estrellas a quienes citar.

Recordé a Jaume Palafell: disfrutaba bajando por las Ramblas: «No hay otro lugar en el mundo que pueda compararse a éste», solía decirme cuando pasábamos por allí a la salida del Banco. Y ensanchaba los pulmones para aspirar el aroma dulzón de flores, pájaros y libros.

De pronto la vi bajar del tranvía: llevaba un abrigo azul y una boina blanca, graciosamente ladeada. Quedamos frente a frente sin saber qué decirnos. Ella rompió el hielo echándose a reír:

–Cielos: cuánto has cambiado.

–¿Eso es todo lo que se te ocurre?

Estrella me tendió la mano y yo la conservé entre las mías:

–No -dijo muy bajito-, hay mucho más.

La cogí del brazo y anduvimos Ramblas abajo. Quería llevarla de nuevo junto al mar, pasear con ella por el puerto, ver la estatua de Colón:

–Estrella…

Se me llenaba la boca de aquel nombre. No podía decir otra cosa. No me cabían más letras que aquellas: «Estrella, Estrella, Estrella…»

Ella reía a compás de los pasos, desenvuelta, su brazo (duro y delgado) aferrado al mío. Me detuve unos instantes. Pregunté:

–¿Por qué me has llamado?

Estrella ladeó la cabeza y encogió los ojos:

–Para decirte que aquel domingo no pude acudir a la cita.

Y volvió a reír echando a broma su respuesta.

–Fue horrible, Estrella… Estoy cansado de tanta política. ¿Por qué ha de haber estados de guerra? ¿Por qué no nos dejan vivir en paz?

–No te preocupes -respondió Estrella-. Esto acabará muy pronto.

Llegamos al puerto. El mar allí se oía denso y bronco. Desde la Virreina era imposible escucharlo. En cambio, junto al malecón, aquel día era casi estruendoso. Lo mirábamos los dos en silencio: se extendía ante nosotros inmenso, fraccionado por los barcos… Las boyas se movían lentas, parsimoniosas, al balanceo de un oleaje pastoso y verdusco que se estrellaba contra los diques con virulencia. Agarré sus codos y la atraje hacia mí:

–Estrella, creo que estoy loco por ti…

Era como si estuviéramos solos, como si nadie pudiera observarnos.

–Te necesito, Estrella.

La abracé allí mismo, sin importarme lo que los transeúntes pudieran pensar.

–También yo te necesito a ti, Carlos.

Era maravilloso escuchar aquello. No tenía lógica, pero era maravilloso. Las lógicas dejaban de serlo cuando el mar que teníamos al lado se metía en los sentidos y los bamboleaba con su oleaje.

–No me importa lo que haya sido tu vida, no me importa lo que hagas o lo que pienses… Te quiero tal como eres, Estrella.

Y a pesar del frío todo era calor y luz y placidez. Volvimos a mirar el mar: parecía como si se hubiera sosegado.

–Vámonos -propuso ella.

–¿Dónde?

–A mi casa.

Me condujo hacia Atarazanas, silenciosa, decidida.

–Creí que vivías en una pensión.

–Me mudé hace dos meses: desde que dejé de trabajar con don Ramón.

Me acordé de lo que me había dicho Paquito:

–¿Es cierto que don Ramón te despidió?

–¿Quién te ha dicho eso?

–Paquito.

Estrella esbozó un ademán que denotaba despreocupación y aclaró:

–No es cierto. Me despedí yo. Ahora trabajo en una casa de curtidos. Me pagan mejor.

Comenzaba una lluvia fina y sosegada: una de esas lluvias que fertilizan la tierra y fomentan el deseo de refugiarse entre cuatro paredes.

–He alquilado un pisito y vivo sola -me dijo-. Quiero que lo veas.

Entramos en el portal chorreando:

–Tengo un brasero: nos secaremos enseguida.

El piso de Estrella era el último. Había dos puertas en el rellano y se comprendía que, anteriormente, la división de viviendas no había existido. Se trataba de una casa antigua (probablemente señorial) que había parado en pisos humildes.

Su departamento era pequeño; constaba de tres piezas: comedor, dormitorio y cocina. El aseo lindaba con ella.

No hace muchos días pasé por allí. El edificio ya no existe: lo derribaron para ensanchar la calle hacia los años cincuenta. En torno a ella construyeron bloques de viviendas modernas. También la topografía de aquel lugar ha cambiado. Sin embargo, entonces tenía la impresión de que el piso de Estrella iba a ser eterno, que mi futuro y mi vida entera dependían de aquellas tres habitaciones.

Estrella me condujo directamente a la alcoba. Estaba amueblada con sencillez: había un armario de luna, dos sillas, un lecho y una mesita de noche. Sobre la mesita vi una fotografía de Estrella vistiendo el uniforme del Banco. Allí, en la fotografía, Estrella era la secretaria que un día nos recibiera al tío Rodolfo y a mí, cuando por primera vez visité a don Alberto:

–Siempre te recuerdo así -le dije.

Estrella, desenfadada, se quitó la boina y el abrigo y dejó ambas prendas sobre una silla:

–Ponte cómodo -dijo-. Voy a encender el brasero.

Lo trasladó al dormitorio, pero no llegó a encenderlo. Se quedó unos instantes junto a mí, mirando el edificio de Atarazanas. Sobre los tejados se veía un fragmento de cielo gris.

Su cuerpo ceñido al mío me transportaba más allá de los tejados y de aquel pedazo de cielo.

–No puedo comprender aún lo que está ocurriendo…

Estrella cogió mi rostro entre sus manos:

–¿Qué falta te hace comprender? ¿No me tienes a tu lado?

Después vino el oleaje; aquel que nos había mantenido entrelazados una mañana de septiembre, con sus bramidos y sus golpetazos. La vida entera se trenzaba y destrenzaba en aquel continuo fluir de instantes. Y los ojos ya no veían: sentían. Y el tacto no rozaba: veía. Y los rumores se mezclaban al palpitar, y la eternidad podía asirse, volverse propia.

–Te quiero, Estrella: te quiero.

Y, al mirar hacia el ventanal, vi que la lluvia se había sosegado y que el día se dilataba lleno de luz sobre aquel pedazo de cielo. Y los cristales ya no goteaban llorones, sino alegres. Todo había cambiado repentinamente:

–Si me dejaras, me volvería loco.

Había una gran inmovilidad en el piso, un silencio que parecía brotar de la ciudad misma.

–Quisiera vivir contigo…

Estrella tapó mis labios con la mano:

–Más adelante… quizá más adelante.

Poco a poco la mañana fue languideciendo en promesas, y yo me veía incapaz de separarme de ella. Contemplaba su perfil tendido junto al mío (como aquella mañana de septiembre), los ojos vueltos hacia el techo:

–Háblame de tu vida, Estrella… Quisiera saberlo todo de ti.

–No es muy alegre.

Me pareció que sus ojos se inundaban de lágrimas. Los besé con devoción, como si besara una reliquia.

–No creo necesario explicarte que tú no has sido el primero -dijo ella.

–¿También don Ramón?

Estrella negó con la cabeza, sin mirarme.

–Ni siquiera lo intentó: tampoco yo lo hubiera soportado. Me pagaba bien: por eso trabajaba a sus órdenes.

Tenía una pregunta en los labios, pero no me atrevía a formularla. Al fin la eché fuera:

–¿Es cierto que le soplaste los secretos de los J. J.?

–No lo niego -repuso ella decidida-. Los J. J. estaban proyectando desbancar a su hermano. Creí prestar un servicio a don Alberto informando a su abogado.

Hablaba tranquila, con la sinceridad de las personas consecuentes:

–Admito que fue una labor poco airosa… Pero no me arrepiento.

Me gustaba su franqueza, la manera tan lisa que tenía de exponer el asunto.

–¿Y qué hubo entre tú y los J. J.?

–Esos intentaron mil veces acostarse conmigo. Nunca lo consiguieron. Me asqueaban. Fue uno de los motivos por los que dejé el Banco.

Todo sonaba a razonable, a honrado, a perfecto.

–¿Y Paquito?

Su rostro dejó de ser un perfil: quedó frente al mío, enorme por la cercanía, bellísimo por el brillo de los ojos y el suave tinte rosado de las mejillas.

–No me gustan las preguntas -dijo sin perder la sonrisa-. Además, ¿qué puede importar el pasado? Lo esencial es el presente, el futuro: ambos te pertenecen.

Y yo la creí. Era imposible no creerla.

–Todas las noches vendré aquí -le dije-. No habrá ya una sola noche sin ti.

Dejaría La Toya, dejaría a Pedro. Pero Estrella puso objeciones:

–Imposible: no puedo permitirme el lujo de trasnochar. Al día siguiente no sirvo para el trabajo.

–Entonces…

–Los domingos. Todos los domingos serán tuyos.

Cuando el día siguiente llegué al Banco, Paquito se apresuró a abordarme:

–¿Te llamó, verdad?

–¿Cómo lo sabes?

–Lo estaba intuyendo…

–No empieces con tus misterios, Paquito… Detesto ese afán tuyo de hacerte el enterado.

–Al parecer últimamente sales mucho con ese tal Pedro…

–¿Qué hay de malo en Pedro?

–Todo el mundo sabe que no es ningún santo, Carlos. Cuando lo botaron del Banco por algo sería…

–Yo no sé si Pedro es culpable o no lo es, pero al menos no me suelta esos rollos que sueltas tú sobre la servidumbre humana, la conciencia pública, el despotismo capitalista y el atropello obrero. Si te refieres a que piensa atracarme, te diré que saldrá trasquilado: soy tan pobre como él.

–Atracarte no, pero aprovecharse de ti… tal vez.

–¿Cómo?

–Eso está por ver. Yo sólo te aviso.

–Conmovedor… Una vez más te sientes paternalista. Muy agradecido, don Paquito.

Callamos bruscamente. El nuevo jefe de sección acaba de entrar en el departamento:

–Buenos días, camaradas.

Se llamaba Escolástico Rodríguez y utilizaba aquel vocablo con notoria asiduidad.

Al principio, Paquito me había dicho: «Ese hombre me cae bien.» Pero en cuanto se enteró de que pertenecía al nuevo partido falangista, cambió de parecer. «No lo entiendo: nos llama camaradas, pero no es de los nuestros.»

Escolástico Rodríguez no era catalán, y su personalidad no podía ser más dispar de la del antiguo jefe. Intentaba tutear a todo el mundo y si alguien daba muestras de ofenderse por el tratamiento, jamás se inmutaba. «Peor para él», decía.

Su simpatía era arrolladora; no tardó mucho en granjearse el beneplácito de

todos los empleados. Él aprovechaba la coyuntura para propagar su doctrina política. Decía siempre que España acabaría teniendo solos dos opciones: comunismo o falangismo. «Y eso de Falange, ¿qué diantre es?», preguntaban algunos. «La salvación de España», contestaba Escolástico Rodríguez, y se quedaba tan ancho. Cuando Paquito le oía hablar de aquella forma se ponía nervioso: «Ese hombre desvaría, lo que hay que procurar es la salvación del mundo.» Para él la salvación del mundo nacía en lo que su organización política representaba.

«No sabe lo que dice…», me soplaba por lo bajo Paquito. «Ignora por completo el auge que está adquiriendo nuestra organización. Vas a quedar sorprendido, Carlos, cuando vengan las nuevas elecciones; el triunfo va a ser completamente nuestro.» Así me enteré yo de que pronto (no se sabía aún la fecha) España volvería a pasar por una nueva prueba electoral.

Aquella noche intenté hablar con Pedro, pero no se presentó en La Toya. Me hubiera gustado preguntarle si había sido él quien le aconsejara a Estrella que me llamase por teléfono. «Una muestra de amistad», pensaba.

Llegué a mi casa relativamente pronto. Mi madre dormía. Me costó mucho conciliar el sueño. No sabía exactamente por qué. El domingo próximo se me antojaba terriblemente lejano.

Por fin llegó, radiante, concreto. Un sol nítido y alegre cubría la ciudad y el frío apenas se percibía al filo de sus rayos.

Llegué al piso de Estrella como una exhalación. El resuello agitado, el sol metido en el cuerpo. Estrella me esperaba con la puerta abierta:

–Tus pasos son inconfundibles -dijo.

La abracé, la levanté en vilo, la besé: «Estrella, Estrella…»

Y de nuevo fue el mar, el oleaje y el sordo rugido de aquella felicidad extraña que no parecía tener fin.

Después vino el sosiego y el columbrar hacia la ventana y el pedacito de cielo que se vislumbraba por encima de los tejados:

–Dime, Estrella… Tú conoces a Pedro, ¿verdad?

–¿Pedro Villalta? Sí, lo conocí en el Banco… Un buen chico.

–Paquito asegura que es un mangante.

–No hagas caso de Paquito: tiene una lengua muy larga.

–El caso es que sabía que tú me habías llamado…

–¿Quién? Paquito… No podía saberlo. No lo he visto hace mucho tiempo.

–¿Y a Pedro?

–Tampoco.

Estrella cambió rápidamente de conversación. Me preguntó si estaba contento con el trabajo del Banco:

–Todo lo contento que se puede estar en mis condiciones.

–¿Te gustaría medrar?

–¿Cómo?

–Todavía no lo sé… Pero más adelante quizá pueda darte alguna idea.

El lunes amaneció agitado: los hijos de don Alberto visitaron el Banco como solían cuando se aproximaba la Navidad. Don Alberto los presentó al nuevo jefe de sección. Los *hereus* saludaron, sonrientes, algo más crecidos: «Ésta es mi única hija.» Todavía era pequeña. «Me llamo Alicia.» Y tendió la mano doblando la rodilla izquierda como hacían las niñas educadas por una institutriz. «Buenos días, señor.» Le habían enseñado a saludar así,

ceremoniosa y correcta. «¿Y usted, cómo se llama?» Acaricié su mejilla: «Me llamo Carlos Hondero.»

Se fueron, cambiaron de sección: se metieron en el departamento de Cartera. También aquella escena forma parte de los recuerdos que perduran: no es un mal recuerdo; en el fondo viene a confirmar que, a pesar de todo, hubo un tiempo en que yo era inocente: al menos inocente de una culpa concreta.

Aquella noche no fui a La Toya. Salí con Paquito. Se había empeñado en que lo acompañara a tomar unas copas.

Yo no sabía aún lo que pretendía de mí. Imaginaba que deseaba conquistarme para engrosar las filas de su partido.

Le salí al paso advirtiéndole que yo no podía aceptar muchas cosas de aquella doctrina suya: «Me resisto a admitir todo ese cuento sobre la iniciativa privada, el engranaje común y la asociación de iniciativas…»

–Es lo mismo que si te resistieras a que el mundo futuro sea feliz.

–¿Por qué ese empeño en hacer feliz un mundo futuro (que probablemente ni tú ni yo viviremos), a costa de conseguir que el nuestro sea desgraciado? Además, ¿quién nos garantiza que ese mundo futuro tenga la misma idea que nosotros tenemos de la felicidad?

Paquito se envalentonaba: decía que no se podía ser tan egoísta, que todos deberíamos derramar nuestra sangre gustosos para que en adelante jamás nadie tuviera que derramarla.

–No seas iluso, Paquito… Ninguna generación futura dejará de derramar sangre porque nosotros la derramemos. Sólo se vive una vez, Paquito y quiero ser libre, independiente. Me parece una ingenuidad sacrificar esa libertad por una idea que acaso más adelante resulte grotesca.

–Empiezas mal, Carlos: el individuo nunca puede ser considerado una

finalidad. El individuo es un medio, un motivo: lo importante lo constituye la colectividad, la suma de esos individuos.

–No entiendo esa colectividad. ¿Podrías tú explicarme en qué consiste, Paquito? ¿Qué quiere decir esa palabra? ¿Te refieres a un conjunto de seres dirigidos, maniatados y obligados? No, Paquito: yo no quiero pertenecer a un partido que esclaviza.

Paquito se pinzó la nariz, me miró con cierto mohín enigmático y añadió:

–De acuerdo: respeto tus ideas. Pero debo comunicarte que ya estás esclavizado.

No sabía a qué se refería. Pensé que se trataba de una nueva adivinanza suya a que tan aficionado era.

–Te crees muy perspicaz, Carlos, muy listo… Y estás desde hace una temporada metiéndote en una ciénaga sin darte cuenta…

–¿De qué diablos estás hablando?

–Parece imposible que no lo comprendas: juegas con fuego y ni siquiera te enteras.

Entonces me habló de Pedro:

–Lo conozco bien, Carlos: si no es un gángster, le falta poco…

Me explicó luego que La Toya era un lugar inmundo donde se reunían los delincuentes de la ciudad.

–Están queriendo llevarte a su terreno…

–¿Por qué?

–No me extrañaría que Pedro planease un golpe en el Banco…

–¿Y por qué yo? ¿Por qué he de ser yo el que le ayude…?

–Porque estás en la sección que le conviene y sabe que conmigo no puede contar.

No podía creerlo. Era demasiado inverosímil. Pensé aún que Paquito mentía.

–Si fuese cierto… ¿por qué no me has avisado antes?

–Porque no te veía en peligro hasta que ha entrado en escena esa zorra.

Volví a recordar a Estrella… Me daba horror que la mencionara.

–Supongo que estás mintiendo.

–¿Por qué iba a hacerlo?

–Porque tienes celos.

Paquito rompió a reír:

–Decididamente no tienes solución.

–En todo caso, ¿qué tiene que ver Estrella con todo eso?

Paquito sorbió el último trago que le quedaba en el vaso:

–¿Es posible que no comprendas aún la maniobra?

No la comprendía… Era demasiado inverosímil, demasiado cruel.

–Yo sólo te prevengo. Ándate con mil ojos.

A la noche siguiente volví a La Toya. Pedro me esperaba allí, sonriente,

afable. Fue aquella noche cuando comprendí que Paquito tenía razón.

Empezó diciéndome que después de lo mucho que el Banco lo había perjudicado a él, se creía en el derecho de cobrarse el perjuicio: «Sé que por la ley no voy a conseguir nada…» Pretendía que yo, como buen amigo suyo, lo ayudase: «Será muy sencillo: no tienes más que darme unos datos; unos simples datos del archivo… Yo podré decirte dónde están…»

Lo dejé hablar sin interrumpirle. Pedro era elocuente, tenía el don de la convicción, sabía exactamente lo que debía decir y cómo decirlo.

Cuando terminó de hablar, me levanté del asiento y salí del local sin despedirme.

Me acordaba de todo lo que me había dicho Paquito. Era como recordar un derrumbamiento o un terremoto. Me resistía a creer que Estrella también estuviera involucrada… «Ella no, Dios mío: ella no…»

Aquel domingo llegué a su casa más temprano que de costumbre. Me recibió con aire sombrío. Enseguida me advirtió que no podíamos estar juntos porque su tía había caído enferma y le había pedido que volviera a su lado.

–Estás mintiendo, ¿verdad?

–¿Por qué iba a hacerlo?

Se puso el abrigo, la boina, se maquilló los labios.

La agarré por los hombros:

–Confiésalo de una vez: te han dado órdenes.

–¿Qué clase de órdenes?

Todavía se hacía la ignorante, todavía pretendía fingir.

–Te han dicho: «Hasta que no claudique, niégate a él.»

–No es cierto.

–Eres una ramera a sueldo de esos desalmados.

–No te tolero…

La interrumpí:

–Un subterfugio… Eso es lo que has sido tú: un asqueroso subterfugio para cazarme, para obligarme a claudicar…

La empujé con fuerza; cayó sobre la cama; las ojeras enormes, los ojos asustados.

–Nunca te perdonaré lo que me has hecho… -dijo-. ¡Tratarme de ese modo!

–¡Cállate, perra!

Necesitaba pensar, comprender. Cerré la puerta del dormitorio, cogí la llave y la guardé en el bolsillo.

–Carlos, escucha; estás equivocado.

Hubiera dado años de vida por creerla. Pero no podía. Era todo demasiado claro.

La vi ponerse en pie. Avanzaba hacia mí; sonreía.

–Dame la llave, Carlos; debo irme.

No contesté. No me moví. La miré fijamente:

–Pídeme perdón, Estrella.

Escuché un soplido entrecortado… Luego una risa. Le grité:

–Te he dicho que me pidas perdón.

La risa se truncó repentinamente:

–Tú estás chaveta, Carlos… ¡A quién se le ocurre! Pedirte perdón yo… ¡Yo! Después de lo complaciente que he sido contigo… Pero ¿no comprendes? ¿No comprendes, infeliz, que soy yo la que debo perdonarte a ti?

Se le había puesto el rostro lleno de furia, de ira, de fuego helado. De pronto lo volcó todo; era una catarata, una especie de vómito verbal, lleno de confesiones nauseabundas. Habló de todo, de su desamor, de sus esfuerzos por fingir un entusiasmo que no podía sentir, de su asco por mi cuerpo (demasiado joven, demasiado inexperto), de las presiones a las que la había sometido Pedro…

–Antes todos los domingos eran suyos… Tú me los has quitado: él quería que yo colaborase, que le ayudara…

–Basta.

Pero Estrella ya no callaba.

–¿Querías saber la verdad? Pues ahí la tienes, Carlos. Me repugnas. Me causas horror. Nunca te he querido. Nunca me has gustado. Entérate bien: te odio, te odio por ser como eres, por tu voz, por tu forma de besarme, por tu torpeza de niño infatuado… Y por algo más: por dejarte engañar. Jamás he soportado a los hombres que se dejan engañar. Tú eres uno de ellos, Carlos Hondero. Un ejemplar que tropieza, que cae, que alimenta cebos… Como los J. J… Exactamente igual. Sois hombres marcados, estúpidos, vanidosos.

–¡Basta!

Tragó saliva. Se fue hacia la puerta… Manipulaba el manillar con furia.

–¡Ábreme! – gritó.

No me moví. No podía moverme. Me sentía petrificado, transportado a una esfera donde todo se detenía, donde las fuerzas se inmovilizaban.

Recuerdo que la puerta se agitaba, la madera crujía, la cerradura rechinaba, la habitación entera se descomponía en gritos, en pitidos, en vibraciones.

Súbitamente Estrella se precipitó hacia mí. Me empujaba, me palpaba los bolsillos, quería dar con la llave.

–Dámela, ¿me oyes? Te mando que me la des.

Tenía de pronto unas manos nuevas, afanosas, hirientes: unas manos-puñales que roían y acuchillaban. La cogí por las muñecas. La miré a los ojos; la vi fea, torpe, histérica.

–Pídeme perdón -repetí.

–Me estás haciendo daño -volvió a gritar.

–Todavía no he empezado -dije fríamente-. Arrodíllate.

Empezaba a asustarse.

Entonces la abofeteé.

–Cobarde, repugnante cobarde.

Tenía el carrillo rojo, como un payaso a medio maquillar.

La cogí por los hombros y la empujé hacia el suelo:

–Arrodíllate.

Estrella se defendía: «Sádico, estúpido, sádico…»

Volví a pegarle una, dos, cien veces… Quedó en el suelo hecha un ovillo; los labios entreabiertos, las lágrimas fundidas a la sangre que le salía de la nariz.

–Puedes llorar cuanto quieras, nadie va a escucharte.

Ya no hablaba: gemía. Me acerqué a su oído: «Pídeme perdón, pídeme perdón», le grité. Intentó apartar la cabeza (la boina estaba ya en el suelo), pero el aturdimiento le restaba fuerzas.

–¿Me oyes, perra? Quiero que me pidas perdón.

Le di un golpe en el pecho con la punta del pie. Se retorció gimiendo. Escuché un «perdón» vago, lleno de miedo.

–Más fuerte.

Se incorporó. Se miraba las manos: chorreaban sangre.

–Perdón -volvió a decir.

Me acerqué a la puerta. La abrí. Contemplé el ventanal.

El cielo continuaba azul.

Salí del piso sin volverme a mirarla.

OceanofPDF.com

ANGELINA

No han querido aceptar la fianza que doña Alicia les ha ofrecido: «En casos como el del señor Hondero, la fianza es imposible.» Ha sido un alivio saber eso. Me hubiera resultado terriblemente penoso volver a mi casa y enfrentarme con Carlota.

Me dijeron: «El juez ha encontrado indicios racionales de culpabilidad y ha dictado auto de procesamiento.»

De acuerdo. Eso suena a lógica. Va a empezar el sumario: «Un sumario secreto que puede durar hasta un año…» Dios sabe lo que puede ocurrir en ese período de tiempo.

Eso va a permitirme analizar a fondo la cuestión. Lo cierto es que, hasta ahora, he tenido poco tiempo para pensar. El ser humano se halla demasiado ocupado en odiar, y en defenderse del odio ajeno, para meditar sobre las causas que nos llevan a él.

Bien: ahora tengo suficiente tiempo para analizar todas esas cosas.

El odio que llevaba yo dentro aquella mañana superaba con creces todos los odios que había percibido hasta entonces.

Recuerdo que, al salir del piso de Estrella, las Ramblas bullían de gente, de voces, de pasos… Las mañanas domingueras eran siempre alegres en aquella zona de la ciudad.

Sin embargo, aquel día todo aquello se me antojaba absurdo, como si estuvieran representando una parodia de la vida real. Para mí la vida real era lo que acababa de ocurrir: aquella que precisaba perdones para vindicar injurias, la que se nutría de mentiras para conseguir fines…

La otra, la que me estaba rodeando en aquellos momentos, era únicamente una burda representación gazmoña y falsa. Una estafa humana para obligarnos a creer que se podía ser feliz. Una especie de ensayo general para una existencia que no existía, un traje de etiqueta cubriendo a un muerto.

Entré en un café. Me sentía desfallecido. Mi odio por Estrella lo estaba presidiendo todo. Me acerqué a la barra: desde allí podía ver la calle. Los transeúntes hablaban entre sí, sonreían, se referían a la situación política, al fútbol, a las películas sonoras.

–¿Qué va a ser?

–Un vermut.

En el recinto había un rumor confuso de voces, pisadas, risas y tintineos. Tras el mostrador me miraba un hombre que llevaba un delantal blanco, chaleco negro y cuello de pajarita.

–¿Sifón?

La cabeza me dolía. Era la primera vez que pegaba a una mujer. Tal vez por eso las manos me pesaran tanto. El hombre del mostrador secaba vasos, silbaba, me miraba.

–Otro.

El local se volvía espeso. Las voces y las pisadas se coagulaban. El hombre del mostrador comentó:

–Bebe usted demasiado deprisa.

–Métase en sus asuntos.

Pagué. Salí de allí. Arrastré las piernas hasta mi calle. Era de nuevo una calle llena de desolación, de vacío, de horas viejas vividas sin Estrella.

Cuando entré en el piso, me había convertido en un reaccionario.

Aquella tarde no salí de mi casa. Me quedé junto al tío Rodolfo frente al balcón del comedor. Mi madre sirvió el chocolate, los *melindros* y el agua con azucarillos. Sólo mirar aquello, me producía náuseas.

–Deberías esforzarte. Carlitos -decía mi madre-. Apenas has almorzado.

Y me oteaba con desconfianza como si intuyese algo. El tío Rodolfo se mostró más locuaz. Le preocupaba la situación de Alemania: aseguraba que, para entrar en aquel país, pronto iba a ser preciso que el consulado estampara un visado. «Es como una isla en Europa -decía-; se rumorea que van a racionar el pan, que los impuestos van a subir». Y terminaba afirmando que todo aquello olía a preparación guerrera.

–Y no vayáis a creer que España va a salvarse. España está invadida de focos terroristas: lo sé de buena tinta. Lugares clandestinos que activan movimientos subterráneos.

Lo peor era enfrentarme con Paquito al día siguiente en el Banco. Me causaba horror verlo otra vez y escuchar sus probables reproches y amenazas.

Recuerdo que aquella tarde fue a visitarnos Angelina. Desde que Palafell muriera, iba a nuestra casa con relativa frecuencia. Se sentía obligada a agradecer todo lo que habíamos hecho por su marido. Tenía la convicción de que mi madre se había prestado a ayudarlo desde el primer momento.

Angelina había mejorado: a pesar de su traje de luto, parecía menos delgada, y sus ojos no eran ya tan saltones.

El pago de los seguros, la nómina de su viudedad y los ahorros que su marido le había dejado en herencia, le permitían vivir con relativa holgura. Por eso, cada vez que iba a casa, se permitía el lujo de regalarle a mi madre un ramo de flores que adquiría en los puestos de las Ramblas.

A veces llevaba consigo a la perrita *Pola:* «Me da pena dejarla sola en el piso.» Mi madre solía recibirla con gusto. «Bien venida a esta casa.» También el tío Rodolfo daba muestras de contento: no parecía preocuparle que una persona extraña invadiera nuestra paz hogareña y nuestra intimidad dominguera. «¿Qué tal se porta su estómago, doctor Tramacho?» Era la pregunta ritual, la que ya le hacía todo el mundo. El tío Rodolfo se llevaba una mano al abdomen y respondía indefectiblemente: «Bah, no puedo quejarme…» Entonces, Angelina se dirigía a mí: «¿Y usted, Carlos?»

Continuaba tratándome de usted; seguía las normas de su marido. Aquel día le respondí que me encontraba algo indispuesto, y con aquella excusa me fui a mi cuarto. Intenté estudiar, pero no pude: era difícil olvidar la escena de la mañana; la voz de Estrella gritando su odio, la nariz sangrante, mi incapacidad para hacerla feliz… «Me das asco, Carlos.»

De noche me dormí llorando de rabia.

Al día siguiente llegué al Banco con el ánimo hundido. Paquito se sentó a mi lado sin despegar los labios. Buscó los papeles de turno y empezó a trabajar. Al final rompió a hablar:

–Te advertí que no te fiaras de ella.

–Luego tú lo sabías.

–Sabía que era la amiga de Pedro. El resto lo imaginaba.

–"¿Por qué no me lo dijiste?

–Intenté hacerlo mil veces. No me dejabas.

–¿Sabes ya lo que ocurrió ayer?

Paquito asintió. Enseguida me advirtió: «Ojo con esa gente.»

–¿Qué pueden hacerme? ¿Matarme?

–Hombre, tanto como eso… Pero darte una buena paliza…

–Que se atrevan. Verás dónde los mando.

–Son maleantes -añadió Paquito-. Cabe esperarlo todo de ellos. Lo de Estrella ha sacado de quicio a Pedro.

–¿Lo ves con frecuencia?

–No mucho. Pero me entero por otros.

Naturalmente, no volví a La Toya. Cuando salía de noche me iba a los burdeles: alquilaba una mujer. La llamaba Estrella. La obligaba a callar. Hablaba yo, la insultaba y la amaba a un tiempo. Ella (la que fuera) se adaptaba a mi parodia. Comprendía. No hay mujeres más comprensivas que las prostitutas. Eran obedientes, sumisas, complacientes. Pero cuando abandonaba el local, me sentía estafado, herido en lo más vivo de mi dignidad, dispuesto a no volver nunca más. Pero volvía. Necesitaba volver. Era mi purga contra el deseo, contra el recuerdo, contra el vacío.

Un día Paquito me dio una noticia inesperada: «Aunque no lo creas, los partidos burgueses van a formar un bloque con el nuestro.»

–Supongo que se trata de un embuste más.

–Piensa lo que se te antoje: son órdenes de Moscú.

Era ya otoño: un otoño viejo, cansado. El frío no llegaba a asentarse en la ciudad y la respiración se volvía difícil. Cierta mañana, don Alberto se metió en el despacho del director. Discutían. Hablaban de lo que podía suceder si el pacto entre las izquierdas y los burgueses se llevaba a cabo. Don Alberto decía que si aquello llegaba a ocurrir, podíamos preparar las maletas. «Y usted, don Pablo, especialmente usted… debe salir cuanto antes de la ciudad.» Aquella frase me intrigaba.

Paquito se frotaba las manos.

–¿Lo estás oyendo?

Las voces de aquellos dos hombres se filtraban por las rendijas de la puerta: llegaban nítidas hasta nosotros. «Si ocurriese semejante cosa acabaríamos como en Rusia… Todos degollados. Un buen truco ese de la unificación. Sería lo mismo que unir el fuego con el agua… Uno de los dos iba a quedar dueño de la situación: le garantizo que no seríamos nosotros.»

–Veremos lo que ocurre con las elecciones -dije yo.

Paquito esbozó una sonrisa tranquila:

–Esta vez no ganarán las derechas. ¿Te olvidas ya de lo que ha dicho el propio Calvo Sotelo: «Prefiero una España roja a una España rota»? Nadie desea una guerra civil.

Lo cierto era que la situación del Gobierno era cada vez más precaria: el escándalo Strauss y Perle le había obligado a perder muchos puntos y la palabra *estraperlo* empezaba su reinado.

–Te lo dije, Carlos: el bonito sueño derechista se está desmoronando.

La tensión iba siendo cada vez mayor; sin embargo, Escolástico Rodríguez se mostraba optimista:

–La cosa está muy clara: no habrá alternativa. Nuestro partido no precisa elecciones para saber lo que debe hacer…

No acertaba a comprender a qué se estaba refiriendo: lo supe cuando faltaban pocos días para las elecciones. El Año Nuevo había llegado casi de improviso, con su frío sedentario plagando la ciudad de enfermos. Pero el frío me gustaba. Era como una garantía contra el peligro. Los acontecimientos graves solían ocurrir en verano.

Sin embargo, aquella mañana, a pesar del frío, fue verano: un verano tórrido que lo quemaba todo. Recuerdo los hechos a pinceladas: momentos, palabras, sensaciones… Instantes que fueron eternos, se metían cuerpo adentro corroyendo ideas, sentimientos, inclinaciones.

Don Alberto me había mandado llamar a su despacho a eso de las diez.

–Siéntate, muchacho.

Don Alberto hinchaba el tórax, carraspeaba, se apretaba el nudo de la corbata. Luego habló. Tenía que darme un mensaje: el doctor Tramacho estaba enfermo, muy enfermo; un tumor en el estómago. En el fondo se sabía desde hacía mucho tiempo. Pero en boca de don Alberto aquel tumor resultaba implacable: «Tiene los días contados.» Luego añadió lo demás: «No puede salí de su casa…» Me tendió el sobre: «Sus últimas voluntades.» Era extraño oír aquello: don Alberto se comía la erre, pero su forma de hablar era directa y no admitía dudas. «Te ha tansfeído acciones del Banco.» Pensé de pronto: «Soy accionista. El tío Rodolfo me quiere: por eso me regala acciones…» Era lo normal: años y años llamándome Carlitos; años y años preocupado por mi porvenir, por mis estudios, por mis trajes… «Pídeme lo que quieras, Carlitos.» Y yo había pensado: «Como Herodes…»

Había algunas cosas que necesitaba aclarar: «Le daré las gracias cuando lo vea.» Don Alberto ponía cara de circunstancias y negaba con la cabeza: «No volveás a velo.» Era difícil imaginar aquello. «Me ha pedido que cuide de ti.» Don Alberto estaba dispuesto a cumplir su promesa: para él, el tío Rodolfo era como un «hermano». Así que, en vista de eso, iba a cambiarme de sección, aumentar mi sueldo y subirme de categoría… «¿Te hace?» Asentí. Había que dejar pasar seis meses; luego me trasladarían al Departamento de Extranjero. Era un alivio pensar que ya no trabajaría con Paquito. Pero el tío Rodolfo iba a morir. Aquello era como una puñalada que hurgaba por dentro. ¿Lo sabría mi madre? Don Alberto insistía: «Es una sección muy buena…» Luego vinieron las instrucciones: no debíamos llamar por teléfono al doctor Tramacho; lo habían incomunicado, no debía agitarse ni emocionarse… Recordé a la señora de las cerezas, a los tres

niños de los churros… Por fin iban a confinarlo: por fin iban a ser los dueños absolutos del tío Rodolfo. ¿Cómo soportaría él aquel asedio? ¿Y mi madre? ¿Cómo reaccionaría mi madre? El sobre era grande y abultado. Don Alberto siguió aleccionándome: entre los papeles había también una carta para ella. Pensé: «Será una carta de despedida, larga, desesperada… En ella trazaría caminos, enderezaría posturas… «Bien entendido: no podás tocá el dineo hasta la mayoía de edad…» Y cuando mi madre leyera la carta, todo «sería otra cosa», todo tendría otro enfoque. Después vendría la adaptación; la difícil y descorazonadora adaptación; y los domingos vacíos y la costumbre de no acostumbrarnos a pasar los domingos junto al ventanal del comedor sin él, sin sus comentarios, sin su voz, cada vez más apagada: «Así que ellos han ganado…», murmuré. Don Alberto esbozó una sonrisa embelesada: «Nadie gana», dijo.

Nuestra conversación era una mezcla de palabras sin sentido, pero nos entendíamos. Probablemente don Alberto «sabía». Todo el mundo «sabía aquello». «Va a resultarle muy duro vivir sin él», dije yo. Don Alberto carraspeó como si mi frase se le hubiera atragantado. Palpé el sobre. Parecía un tumor: el del tío Rodolfo. Pero el tío Rodolfo aún vivía. Todavía, en algún lugar de su casa, su corazón latiría y la sangre correría por sus venas y su cerebro pensaría, y su dolor físico sería quizá tan agudo como el que sin duda iba a proporcionarle nuestra separación. «Un desatino», pensé. «Lo han encarcelado.»

Don Alberto debió de adivinar mis pensamientos: «No la culpes a ella.» Probablemente se refería a la mujer de las cerezas: la carcelera, la que había conseguido secuestrarlo: «Al fin y al cabo, es lógico…» Pero la lógica, para mí, era otra. Algo que sólo mi madre y yo podíamos comprender.

Quería marcharme de allí; salir a la calle; percatarme de que no era verano; y de que siendo invierno nada malo podía ocurrirme. Me levanté; la habitación se tambaleaba.

–¿Manda usted algo más?

Don Alberto fue a hablar, pero se tragó las palabras: quizá temiera herirme.

Negó con la cabeza.

–Entonces ¿puedo retirarme?

Me acompañó hasta la puerta. Bajé la escalera con el sobre en la mano. Salí del Banco. Era invierno. La calle continuaba imperturbable, helada, rígida. «Lo peor van a ser los recuerdos», pensaba. En aquellos instantes se estaban agrupando todos en mi cerebro. Cada paso hacia mi casa iba aumentándolos: el queso del comedor, el sombrero jipi, la corbata de lazo, mis pantalones bombachos, la lima que llevaba siempre en el bolsillo, las tijeras con que recortaba los artículos del periódico… También los objetos podían ser crueles cuando perdían la facultad de ser utilizados.

Y sus frases: «Fíjate bien en este paisaje, Carlitos; cuando seas mayor, ya no estará ahí…» Y su risa, sobre todo su risa… Y el modo de mirar a mi madre, y su voz, sosegada, habiéndome de mi padre… Y sus ideas políticas. Su amor a la República. ¿De qué iba a servirle ya todo? Nada: ni su voto, ni su entusiasmo, ni aquel brindis lejano podían devolverlo a la vida.

Restaba lo peor: decírselo a mi madre; entregarle el sobre, repetirle lo que me había dicho don Alberto: «No podemos llamarlo por teléfono, mamá.» Era la consigna, la condición que sin duda había impuesto la mujer de las cerezas… El derecho la asistía. El nuestro se había acabado. Era igual que una deserción. Involuntaria, pero deserción. Algo parecido a lo que había ocurrido aquel día en la Exposición. También aquella vez el tío Rodolfo había desertado de nosotros. ¡Qué bien lo recordaba! Había pasado por nuestro lado sin mirarnos, sin dar muestras de conocernos.

Y los tres niños lo llamaban «papá», y la mujer de las cerezas decía: «Vámonos de aquí, este lugar apesta.»

Pensé: «También ahora nos ha barrido de su vida.» El frío cosquilleaba mis ojos, los irritaba: «No es justo.» Me fijé en los letreros electorales: la propaganda había empezado otra vez. Era una manía endémica eso de votar. Las izquierdas se preparaban a fondo para la gran embestida. Y Paquito me había dicho: «Esta vez no ganarán las derechas.»

En el arranque de las Ramblas, había grupos de gentes discutiendo. Lanzaban opiniones absurdas, fuera de tono: «Yo votaré a Companys, porque fue el presidente de la Generalidad…» «Pues yo votaré a los comunistas porque no quiero ser fascista…» Me acordé de Escolástico Rodríguez: también él opinaba que la cuestión se debatía entre Falange y Comunismo. Para la mayoría, «votar» debía de ser algo parecido a una distracción como ir al teatro o presenciar una corrida de toros. Había también opiniones burguesas: no confiaban en Gil Robles: «Si gana, nos dará un zarpazo.» No le perdonaban que formase un bloque con Lerroux. Todo aquello resultaba tremendamente frívolo, pedante, infantil. Nada tenía valor al lado de la noticia que acababa de darme don Alberto: «El tío Rodolfo se está muriendo.» Eso sí que era un problema de adulto: un problema serio. Como yo. También yo me sentía repentinamente adulto, viejo y desengañado. Me notaba envejecer a medida que avanzaba hacia mi casa. El sobre me pesaba. Lo sentía pegado a mis manos por un sudor frío: «Las últimas voluntades, la carta, los consejos, las disposiciones postreras.» Luego… ¿Qué vendría después? Me acordé de Estrella. También ella era una especie de tumor…

Encontré a mi madre sentada junto a la camilla, mirando la calle: sin costura, sin delantal; su cara lavada, brillante, sus labios, como siempre, húmedos. Apenas se volvió a mirarme. Me dije que debía hacer acopio de serenidad para plantearle los hechos tranquilamente, sin aspavientos, sin provocar en ella reacciones violentas.

–Escucha, mamá.

Alzó la vista; miró el sobre, cruzó las manos y preguntó:

–¿Lo sabes ya?

Luego señaló el sobre:

–Dámelo, por favor. Te lo habrá entregado don Alberto…

Cogió el sobre sin abrirlo; lo dejó en la falda.

–Sabrás que el tío Rodolfo está muy grave -dijo con voz tranquila.

Asentí sin hablar. Tenía un nudo en la garganta y no podía expresarme.

–Ya ves…

Hubo un silencio largo. Pregunté:

–Entonces tú lo sabías…

–Desde hace mucho tiempo. Lo sabíamos los dos.

La campana del queso había desaparecido. Fue un golpe duro ver aquel vacío. Mi madre esbozó una sonrisa triste:

–Todo se acaba tarde o temprano.

Aclaré la voz; le dije:

–Don Alberto me ha recomendado que no lo llamemos por teléfono.

–No me hacía falta esa recomendación. Y yo misma le pedí que se aislara de nosotros, que no volviese por aquí, que procurase vivir lo más unido posible con su mujer… el tiempo que le quede.

Había una mansedumbre grande en su voz, en sus ademanes, en sus ojos.

–¿Por qué?

Suspiró hondo y miró la calle:

–Últimamente sufría mucho… Tenía remordimientos.

–¿De modo que ha sido por eso? Por sus remordimientos…

Imaginé al tío Rodolfo agitado, nervioso, aterrado ante el paso que debía afrontar: «De ahora en adelante debéis prescindir de mí. De ahora en adelante deberéis haceros a la idea de que he muerto…»

–Demasiado cómodo -dije.

–No eres justo, Carlitos: también yo los tenía.

–¿Tú? ¿Qué clase de remordimientos?

La vi dudar. Probablemente no se atrevía a hablarme claro. Probablemente le avergonzaba confesarle a su propio hijo lo que tal vez no hubiera confesado a nadie.

–Pisábamos en falso: nadie tiene derecho a interferirse en la vida de los demás… Me di cuenta hace poco tiempo. Cuando se es joven, ciertas cosas no se ven claras. Pero cuando llega el final, la verdad prevalece.

–¿Qué verdad?

–La de los lazos indisolubles.

Se apretujaba las manos, las enrojecía.

–Así que pensé: «Todavía estoy a tiempo.» Y le supliqué que no volviera. Ahora podrá morir tranquilo.

Sufría, lo sé. Sin embargo, no lo demostraba. Aquel disimulo era su heroísmo.

–Dentro del sobre hay una carta para ti.

Se apresuró a rasgarlo. Era una carta breve. La leyó en un segundo. Me la tendió. La carta decía escuetamente: «Gracias», y firmaba Rodolfo.

La dejé sobre la mesa y me fui a mi cuarto.

La palabra «remordimientos» me seguía. Era difícil de asimilar. Hasta entonces la palabra aquella se condicionaba a mi infancia, la que me había sumergido en el terror de los escrúpulos. Luego se había esfumado. Era extraño que mi madre la hubiese pronunciado con tanta convicción.

La ventana de mi cuarto daba a un patio interior. En lo alto había una claraboya rota. Cuando llovía, el agua se filtraba por el agujero y encharcaba el pavimento del piso bajo. En aquellos momentos estaba seco. Había ropa tendida en algunos pisos; ropa fría, helada, rígida: un viento tormentoso se colaba por el agujero. El niño del tercero lloraba. La madre lo arrullaba con voz impaciente: «Vamos, pesadito: duérmete de una vez.»

Me dije: «Tal vez algún día también yo sienta remordimientos», pero entonces aquella postura del tío Rodolfo se me antojaba egoísta. «Es tarde, excesivamente tarde…», se habían creado demasiadas necesidades entre nosotros y el tío Rodolfo para que se volatizaran al soplo de un estúpido remordimiento. Recordé otra vez a la mujer de las cerezas. ¿Podía contentarse con aquella limosna de última hora? «Nadie gana», había dicho don Alberto.

Aquella noche tampoco dormí. Cada instante que pasaba era una búsqueda desesperada de la verdadera razón de todo aquello, dije que el padre Celestino estaría satisfecho si pudiese saber lo que ocurría. Pero el padre Celestino se había marchado. Dios sabía dónde andaría en aquellos momentos. Y el galimatías de mi conciencia se acrecentaba. Jamás hubiera creído que mi madre fuese capaz de reaccionar del modo que había reaccionado. «Nadie conoce a nadie», pensé. La gente debía de ser así: dual, inconcreta, inconsecuente y bamboleante.

Al día siguiente llegué al Banco enervado, decaído, con las huellas del insomnio en los ojos.

Escolástico Rodríguez me dijo: «Apuesto a que anoche anduviste de juerga…» Lo dejé con la idea. Me sentía incapaz de discutir. Faltaba un mes

para las elecciones y el clima del Banco era tenso. Los clientes se agitaban, se preocupaban. Todos los días llegaba un cliente importante dispuesto a retirar su cuenta corriente: «Supongamos que, tras de las elecciones, los bancos se nacionalizan… ¿Qué ocurriría con el capital privado?» Don Pablo intentaba hacerlos entrar en razón: alegaba pretextos legendarios, citaba entorpecimientos graves: los de la fluidez monetaria, los del error financiero que suponía dejar los bancos sin pasivo: «La maquinaria económica se descompondría y el resultado iba a revertir sobre ustedes mismos…» Decía que todos debíamos colaborar: «Además, si los bancos se nacionalizasen, también las industrias serían nacionalizadas… Nada tendría valor particular…» Los clientes se resistían: «Pero cancelando las cuentas salvaríamos nuestra situación momentáneamente.» Les costaba apearse: dudaban, temían. Hablaban de marcharse al extranjero, de retirar las alhajas de las cajas fuertes, de asegurar un porvenir más allá de las fronteras…

La desconfianza era general y la Bolsa empezó a dar un bajón súbito. El temor al comunismo crispaba ya la España capitalista: ni el banco más solvente podía ya garantizar honradamente la inmunidad de los capitales confiados a su custodia.

A veces don Alberto bajaba al despacho de don Pablo. Discutía con él, buscaba soluciones, reclamaba la presencia de don Ramón. Luego se enfrascaban los tres en polémicas interminables. Cuando ocurría aquello. Escolástico Rodríguez dejaba el trabajo y aguzaba el oído. El despacho de don Pablo lindaba con el nuestro y la conversación llegaba hasta nosotros a retazos. Escolástico Rodríguez se exasperaba:

–Hombres de poca fe -decía moviendo la cabeza de un lado a otro-. Venga lo que venga, España será salvada. Falange no permitirá que se hunda.

Me intrigaba verlo tan seguro de aquel triunfo. No me cabía en la cabeza que un partido tan reciente pudiera acabar con la amenaza que todo el mundo presentía.

En cuanto me pillaba a solas, Paquito me deslizaba al oído:

–Esto se acaba; al fin se implantará la justicia.

Sin embargo, lo recuerdo muy bien: nadie pensaba en guerra, sólo en revolución. La de siempre. La que detenía la vida unos días para volver de nuevo al interrogante, a la lucha de partidos y al continuo vaivén de la opinión pública.

De pronto hubo un toque de alerta. La frase de José Antonio recorría la península de cabo a rabo: «Si el resultado de las elecciones es contrario a los intereses de España, Falange no acatará el resultado de las urnas.» Era algo más que un aviso: era un desafío. Y recordé lo que hacía pocos días me había dicho Escolástico Rodríguez: «Nuestro partido no precisa de elecciones para saber lo que debe hacer.» Ambas frases coincidían, se enraizaban el mismo tronco.

A pesar de todo no hubo comunismo, pero ganaron las izquierdas. Azaña formó Gobierno con los elementos moderados: la vida proseguía, el temor se debilitaba, la gente regresaba del extranjero. Y las acciones en la Bolsa volvieron a subir.

Cierta mañana de marzo, don Alberto me reclamó de nuevo en su despacho. Me indicó que me sentara. Tensó las mandíbulas. Dijo escuetamente:

–Ha fallecido.

Allá, tras el balcón, empezaban los trinos de los pájaros, los brotes de los árboles, el vocerío de los transeúntes que barruntaban la primavera… Y el cielo apenas tenía nubes.

–Esta noche sale la esquela.

–¿Cuándo ha muerto?

–Hace un momento.

«Pronto llegará el verano», pensé. «Ha muerto por eso…» A pesar de todo

había una diferencia grande entre imaginarlo muerto o «saberlo» muerto.

–¿Puedo irme?

–Vete, hijo, vete.

Me daba palmadas en la espalda, sus ojos aguanosos, tremosos sus labios.

–Mañana no vengas -añadió.

Cuando entré en mi casa, mi madre salía de su cuarto. Nos quedamos los dos en el pasillo, paralizados, incapaces de reaccionar. No hubo necesidad de decírselo. Lo comprendió en cuanto escuchó la llave de la puerta. La abracé. Lloraba. También yo lloré.

La esquela decía: «…habiendo recibido los Santos Sacramentos y la Bendición Apostólica de Su Santidad…» Me acordé de sus diatribas, ya lejanas, contra los curas, contra todo lo que, según él, suponía retroceso. Me acordé de sus afirmaciones: «Supersticiones, lacras, infantilismos…» Pero al morir había querido volver a todo aquello.

¿Por «si acaso», o por convicción? Era difícil saberlo.

Le prometí a mi madre que asistiría al entierro. Fue nutrido. En el acompañamiento había un número considerable de sacerdotes, de personajes con levita, de guardias engalanados. Era un entierro vistoso con caja sólida, carruaje de primera y remolques repletos de coronas, arrastrados por caballos empenachados con plumeros negros.

Allá en la presidencia, destacaba el hijo (aquel ex niño que se llamaba Rodolfo, como él y que una tarde había comido churros en la Exposición). Iba con el semblante sombrío, enlutado, recién afeitado.

Llegué hasta el cementerio. Sabía que mi madre me agradecería aquel detalle. Tenían panteón familiar: grande, barroco. Se rezó un responso; sus voces sonoras y lúgubres (de barítonos inexpertos) salmodiaban quejicosas

súplicas para su alma.

Vi a don Alberto: iba con sus tres hijos; el gesto contraído, los pasos solemnes y lentos. Don Alberto lo quería: habían sido amigos. El doctor Tramacho era el médico de la familia. Probablemente infinidad de veces había atendido a aquellos niños cuando estaban enfermos. Pero el doctor Tramacho ya no existía. Todo en él había terminado. Fin de la gran representación Tramacho. Fin de sus ideas políticas, de sus ideales, de sus rebeldías, de sus fobias y de sus filias… de sus enfermos y de sus curados. Pensé que nadie volvería a hablarme de mi padre. Y tuve la impresión de que mi padre volvía a morir, que una nueva peste se lo había llevado.

El ambiente olía a mimosas, a retama, a brisa salobre. Era un aroma denso que se apelmazaba en los pulmones y cosquilleaba los ojos. Intenté recordarlo cuando lo había visto por última vez. No conseguí evocarlo. Me lo impedía la presencia de aquel muchacho alto que se parecía a él y que, junto con los familiares más allegados, estrechaba manos y daba las gracias.

Pensé en unirme a la comitiva, me atraía estrechar la mano de aquel chico… No lo hice. (Lo hice muchos años después, cuando Sofía y Carlota se acercaron por primera vez al altar del colegio para comulgar.) Ignoraba cuál sería su reacción. Temí que dijera como su madre: «Este lugar apesta.»

El despliegue de lujo me ofendía. El tío Rodolfo no se había parecido a su entierro. Nunca había sido así: ampuloso y abigarrado. El tío Rodolfo era hombre de nicho, de caballos sin plumeros y de carruaje sencillo. «La familia no lo entendía», pensé. Tal vez por eso se habría refugiado en nuestro ambiente. Pero aquella suposición no me convencía. Debía de haber algo más: algo más fuerte que su afán de simplicidad.

Los hijos de don Alberto también vestían de negro (entonces los entierros eran duelos de verdad). Avanzaban junto a su padre tiesos, obedientes, centrados en su papel, arrastrando, como siempre, aquel extraño halo fantasmal que tanto llamaba mi atención cuando visitaban el Banco.

Los tres miraban de frente, silenciosos, sin mostrar interés por nada, como

si estuvieran allí por derecho propio, como si todo aquello les perteneciera. A veces dirigían la vista hacia el mar y era como si sus ojos fueran azules sólo por eso: porque el mar se estaba reflejando en ellos.

Al regresar, me sentí decaído y achicado. Tenía las cruces del cementerio grabadas en la retina. Metí la llave en la cerradura y entré en el piso. Anduve, silencioso, hacia el dormitorio. Quería retardar el encuentro con mi madre. La suponía en la cocina, o en el comedor, o acaso en la vivienda de la vecina. En aquellos momentos también mi casa era un panteón: un lugar inhóspito, sin vida, frío, lúgubre como el hueco donde habían metido el cuerpo del tío Rodolfo.

Una luz muy tenue parpadeaba por la rendija que formaba la puerta entreabierta del cuarto de mi madre. Me detuve frente a ella. La vi allí, frente a la imagen policromada, arrodillada y rezando. La luz de la lamparilla suavizaba la contracción de sus facciones. Era un espectáculo nuevo, incomprensible, totalmente inverosímil.

Estuve a punto de acercarme a ella, sacudirla y preguntarle por qué hacía aquello. Pero me deslicé, sin hacer ruido, hasta mi cuarto. Me encerré allí. El muro que siempre nos había separado parecía agigantarse. Era ya un muro inexpugnable. Tenía la impresión de que el tío Rodolfo se la estaba llevando con él a regiones inaccesibles: lugares legendarios que sólo ellos dos hubieran descubierto. «No tienen derecho», pensaba. Me estaban dejando solo. Más solo que nunca. Me sentía estafado, saqueado y burlado. Era inverosímil e insólito que mi madre claudicara de aquel modo. «¿Por qué?» Todo era un gigantesco porqué, todo se entrelazaba al absurdo, al incómodo malestar de «no comprender», de «no admitir», de «no participar».

Al poco rato escuché sus pasos. Salí a su encuentro.

–No te he oído llegar -dijo.

Parecía serena: sus ojos no acusaban rastro de lágrimas. No me atreví a confesarle que la había sorprendido rezando. Dije solamente:

–Todo ha ido bien.

También aquella frase mía era absurda. No había razón para que las cosas fueran mal.

–Así que ya lo han enterrado

Fue lo único que comentó. Después añadió que iba a preparar el almuerzo.

A partir de aquel día, mi madre dio un cambio grande. No sabría decir exactamente en qué consistía. Aparentemente todo seguía igual. Sin embargo, no lo era.

Por lo pronto ya no tenía miedo. Apenas hablaba de política. Y cuando lo hacía era para referirse a temas particulares, aislados y urgentes.

Salía de casa muy temprano, la cabeza cubierta por una mantilla. Volvía luego para prepararme el desayuno. Era evidente que había ido a la iglesia. Hasta su forma de andar era otra. Caminaba con esfuerzo, como si intentase abrirse paso por un bosque enmarañado, o como si estuviera escalando un monte enhiesto. Nunca preguntaba. Lanzaba ideas inconcretas, vaguedades que en vano pretendían convencerme: «Hay que perdonar», o bien: «La mayor parte de los conflictos nos los creamos nosotros mismos.» Razones que parecían sentencias y que ella aprovechaba para colar intrusamente en nuestras conversaciones.

Angelina la visitaba con frecuencia. Eran dos viudas que se entendían, que se encontraban bien juntas, que procuraban camuflar su dolor en el discurrir cotidiano. Mi madre ya no trabajaba (llevaba varios años prescindiendo de la tarea que había presidido mi infancia), sólo cosía para ella, para la vecina y para Angelina.

«Una buena persona», decía mi madre cuando se refería a la viuda de Palafell.

Debía de serlo. Lo ignoro. Hace mucho tiempo que no llego a captar la maldad o la bondad de las personas. Hace mucho tiempo que me cuesta catalogar a la gente entre buenos y malos. Yo diría que nadie es decididamente bueno o malo: depende de los momentos, de las circunstancias, de las frustraciones o del miedo.

Entonces Angelina era para mí «la amiga de mi madre», la compañera de fatigas, capaz de rellenar un poco el hueco que en ella había dejado el tío Rodolfo.

Luego fue mucho más. Luego fue el refugio, la heroína, la salvación y la vergüenza de mi vida.

A medida que el tiempo pasaba, Angelina parecía rejuvenecer. Continuaba vistiendo luto (hubiera sido mal visto que una viuda de entonces buscara alivios demasiado pronto), pero su semblante desmentía la oscuridad de su indumentaria. Era ya una cara llena de colores, de vivacidad, de futuro. Cuando entraba en mi casa, todo parecía alegrarse. Tenía una conversación desenvuelta, salpicada siempre de agradecimiento: «Fueron ustedes tan buenos con el pobre Jaume…»

Le gustaban las flores: jamás entraba en el piso sin traernos un ramito: «Pensar que ya tenemos la primavera en la ciudad…» Decía cosas así: frases alentadoras que nos dejaban un regusto a consuelo.

Un día nos habló de don Pablo. Nos confió el gran secreto. «Nadie en el Banco lo sabe: únicamente don Alberto y mi pobre Jaume conocían la verdad.» Mi madre, al oírla, se quedó algo avergonzada. Le costaba creer lo que Angelina nos decía. Entonces aquellos casos eran muy raros y despertaban recelos. «Es una buena persona… Pero no se veía con ánimo para ejercer su ministerio. Colgó los hábitos y se echó a vivir.»

–Así que don Pablo es sacerdote.

–De pies a cabeza.

–Pero… ¿Cómo hizo eso?

–Fue leal: no podía mentir. Le faltaba vocación. Lo metieron en el seminario cuando era muy niño.

Recordé las diatribas de los J. J., sus continuos ataques contra don Pablo, la paciencia con que aquel hombre lo soportaba todo.

–¿Fue por culpa de una mujer? – preguntó mi madre.

–Nadie lo sabe. Lo cierto es que don Pablo lleva una vida intachable. Nadie puede poner en entredicho su reputación. Lo único que hace es inhibirse, pero continúa practicando.

A Angelina le gustaba hablar de don Pablo. Era su gran tema: «Jamás lo hubiera dicho si no tuviese la seguridad de que ustedes van a callarlo.» Al parecer don Pablo vivía en Valladolid cuando decidió secularizarse. Por eso cambió de lugar y se vino a trabajar a Barcelona. «Un amigo de Jaume lo conocía. Habló con don Alberto y sustituyó al director difunto.»

Era extraño imaginar a don Pablo con sotana. Más extraño que imaginar a un cura dirigiendo el Banco.

Cuando volví a verlo, después de saber la verdad, me costó mucho contener mis reacciones. Aquel día había dado orden de cancelar todas las visitas: el presidente de la República había sido destituido y todo el mundo andaba soliviantado. Intuía la alarma que iba a cundir entre los clientes. De nuevo los tres jefes se reunieron en el despacho alto: deliberaban, discutían… Al bajar iban los tres con aire circunspecto, sus iniciativas exprimidas, la incertidumbre escrita en los rostros.

Paquito me sopló por lo bajo:

–Eso se acaba, ¿te has fijado en la cara de don *Peca-Cura*?

Recordé la promesa de don Alberto: «Pasados seis meses te cambiaré de

sección…* Faltaba la mitad del plazo para ingresar en el Departamento de Extranjero. Me regodeaba pensando en mi ascenso: la sección que iban a destinarme me seducía; mi futuro jefe era un hombre agradable, apolítico, desenvuelto y servicial. Luego, cuando los años pasaran, me trasladarían sin duda al departamento de Cartera… Mi escalafón había comenzado. Nada podría impedirlo. Todo se reducía a trabajar, a ampliar mis estudios, a mostrar interés por lo que hiciera.

Era bonito soñar con aquel futuro. Aunque los agoreros dieran en decir que el futuro de España era incierto, yo no podía aceptarlo. El mío estaba allí: en mi sangre, en mis latidos. Nada ni nadie podría arrebatármelo.

Sin embargo, don Alberto vivía atemorizado. Decía que iba a mandar a la familia fuera de España. Don Pablo lo tranquilizaba: «También el año pasado hubo alarma y, ya vio usted: no pasó nada.»

Hubo cambio de presidente, pero los trinos de los pájaros proseguían. Incluso, al atardecer podían escucharse sus gorjeos.

Eran sonidos añejos e inofensivos que sosegaban el ánimo y avivaban los deseos de respirar. Angelina se aferraba a aquellos gorjeos para justificar su eterno optimismo: «Da gusto pasear por las Ramblas y escucharlos.»

Pero un día fue verano.

Cayó sobre la ciudad de improviso. En el patio de mi casa, la ropa tendida chorreaba sobre un pavimento cálido y seco. Sin embargo, había humedad. Una humedad abrasante como el fuego dantesco. No se sabía si la piel sudaba o si el relente metía el sudor hacia dentro.

Por la abierta ventana de mi cuarto, entraban efluvios de otras ventanas: eran mezclas familiares de cuerpos humanos, zotal y tabaco.

Así empezó todo: con calor. Un calor agobiante que la gente llamaba canícula.

Primero fue la muerte del teniente Castillo. Después la de Calvo Sotelo.

Y la vorágine, el laberinto. Era un viernes destemplado, ceniciento, de pulso desbocado. Los comentarios se transmitían en voz baja como si en la habitación de al lado hubiera un enfermo grave al que fuera preciso atender enseguida para que no muriese.

Se fraguaba algo solemne en aquel siseo continuo y en aquel pisar silencioso. La suspicacia general crecía. Y la desconfianza aislaba a todos.

El sábado amaneció como un día cualquiera. A pesar de las noticias y de los rumores, la gente circulaba por las calles, convencida de que «no iba a pasar nada». Se decía que en la Generalidad se convocaba a los *escamots* y a las juventudes de la *esquerra* para defenderse de un posible desorden. También se rumoreaba que en Marruecos había «algo» y que convenía vivir alerta para afrontar una inminente sublevación militar.

Aquel día Angelina nos dijo que los anarquistas estaban asaltando los barcos mercantes anclados en el puerto para hacerse con algunas armas…

–Pero no hay que preocuparse: Companys no tolerará que Cataluña caiga en manos de la F.A.I. o de la C.N.T.

Todo me parecía confuso y tremendamente contradictorio.

Al atardecer, me llegué hasta el puerto. Había una actividad desusada en aquella zona.

Funcionaban remolcadores, grúas, carros…

Y el calor era cada vez más pegajoso.

A pesar de todo, la ciudad era bonita. Nunca como entonces me había sentido tan unido a ella.

Vi el mar: necesitaba verlo. Cada vez que lo tenía delante, algo en mí se

sosegaba. Una calma angustiosa cubría la superficie. Las gaviotas revoloteaban agitadas sin atreverse a planear. El sol achicharraba el pavimento, las fachadas del paseo de Colón, los tejados de Atarazanas…

Me pregunté qué estaría haciendo Estrella: era duro saber que nunca volvería a pasear con ella por el malecón. Era duro saber que, a pesar de lo mucho que la odiaba, continuaba acordándome de ella.

Al regresar, mi madre me advirtió:

–No debiste salir. Es muy expuesto. La vecina asegura que esta vez no es como las otras. Ella tiene buena información: su marido trabaja en la Generalidad.

Me dijo entonces que Companys estaba hecho un lío, que los acontecimientos lo habían desbordado:

–Al parecer ha pactado con Durruti: les ha entregado armas.

Al anochecer me sentía agotado: dormí de un tirón hasta las once de la mañana. Me desperté sobresaltado; un tiroteo continuo rasgaba el silencio de las calles. Salté de la cama asustado. Un humo denso se colaba por las rendijas, se estancaba en el patio de mi cuarto, subía por la escalera del portal… La puerta de mi casa estaba abierta: en el rellano de arriba se habían concentrado varios vecinos. Hablaban con voz trémula; informaban, detallaban: «Lo he visto con mis propios ojos; primero la han saqueado, luego la han rociado con gasolina y le han prendido fuego…» Se refería a la iglesia de Belén. Mi madre los escuchaba apoyada contra la pared del descansillo: las manos en la boca, la respiración anhelosa.

Al verme, me echó una ojeada de terror. La gente de arriba continuaba explicando: «Belén no es la única iglesia que han quemado…»

Nos metimos en el piso y atrancamos la puerta. El tiroteo era cada vez más intenso. Por la tarde quemaron la iglesia de San Jaime: la nuestra; la de mi infancia. La que cuando aún creía, recogía mis rezos.

Pronto la ciudad entera fue como una gran cocina. El humo, aplastado por el calor, se esparcía a lo largo y a lo ancho de las calles, chamuscaba fachadas, empañaba cristales.

Permanecimos encerrados. Mi madre encendió la lamparilla: la fue renovando toda la noche. «Acabaremos todos achicharrados.» Ya no se ocultaba para rezar. Lo hacía mientras escuchaba las noticias de la radio, mientras preparaba la comida, mientras se vestía o se desnudaba.

Enseguida supimos la noticia: Barcelona había triunfado. Barcelona ingresaba en la zona legal; la que admitía partidos y grupos internacionales.

Al atardecer, el tiroteo empezó a disminuir.

Pero la tensión continuaba. La vecina decía que habían empezado los saqueos, las incautaciones y los asesinatos:

–Los facinerosos se aprovechan del desorden para medrar…

Añadía que la masa se había desbordado y que los grupos anarquistas dominaban la ciudad.

–Se han aliado con los comunistas y no quiero decirle la que están armando.

En aquellos momentos sonó el teléfono.

–Carlos, escucha…

La voz de Paquito parecía alterada. Causaba escalofrío oírla.

–Vete enseguida, corres peligro…

–¿De qué estás hablando?

–No hagas preguntas. Y, por favor, no seas cabezota: vete, huye donde

sea… Pero no te quedes en tu casa…

Se me helaba la sangre al escucharlo.

–Acuérdate de lo que pasó…

–No estarás gastándome una broma…

–No seas imbécil… Me estoy jugando el pellejo y todavía lo tomas a broma…

No me dejó continuar. Colgó el auricular.

Me acordé de Pedro, de las advertencias de Paquito, del cuerpo de Estrella arrebujado en el suelo.

Mi madre preguntó: «¿Con quién hablabas, Carlitos?»

Seguía aturdido, no podía concretar exactamente lo que estaba pasando.

–¿Qué te han dicho?

–Era un amigo: un compañero del Banco.

–Te has quedado blanco.

–Dice que debo escapar, que huya…

También mi madre palideció.

Se apoyó contra la pared. Temí que fuera a desmayarse.

–Debe de ser una broma -dije-, una broma de mal gusto.

–No lo era, Carlitos: estoy segura de que no lo era.

Señaló la calle.

Era ya una calle fosca, extranjera, de transeúntes extraños.

Parecía como si acabara de nacer.

Una calle que no recordaba a ninguna.

Mi madre insistió:

–Fíjate…

Daba miedo mirarla.

–Esa calle no es ninguna broma.

Mi madre tenía razón.

Los portales se veían entornados, cerradas las persianas: había grupos de mujeres enfundadas en monos azules, hombres con fusil al hombro… borrachos que voceaban.

–Si te ha advertido es por algo, Carlitos: hay que huir.

–Pero ¿dónde? ¿No te das cuenta de que eso es imposible?

–No lo sé, pero vete.

–¿Y tú?

–Yo sabré arreglarme sola.

–No: si me voy yo tú irás conmigo donde sea. No tengo intención de dejarte.

Mi madre cedió:

–Pasearemos hasta que anochezca. Luego regresaremos a casa.

Anduvimos deambulando sin rumbo fijo. La ciudad era una extraña masa de edificios dormidos. Parecía una ciudad estrangulada. Los establecimientos permanecían cerrados: no había autobuses ni tranvías ni taxis. Sólo coches requisados y peatones despistados, como nosotros. De vez en cuando un hedor nauseabundo invadía nuestro olfato. Los caballos muertos en la refriega se descomponían rápidos en la torridez de la atmósfera y nadie se preocupaba de retirarlos.

Pasamos ante el Banco Salcedo. Estaba cerrado:

–No tardarán en saquearlo -vaticinó mi madre.

Me acordé de los clientes asustadizos, de sus reacciones, de los esfuerzos de don Pablo para evitar que retirasen las cuentas corrientes…

Todo parecía lejano: como si hubiese ocurrido hacía muchos años. También mi futuro ascenso era ya un sueño. Evoqué a don Alberto. ¿Dónde andaría metido? ¿Y sus hijos? ¿Y don Pablo…? El más difícil de encasillar era don Pablo.

Regresamos a nuestra casa cuando anochecía. Al pasar junto a nosotros, las patrullas de control saludaban con el puño en alto. Había que contestar de la misma forma. Aunque aún no se hubieran legalizado, dominaban la ciudad. Algunas circulaban en coches requisados, voceando y lanzando vivas a la F.A.I. y a la C.N.T., a todas las siglas que acababan de surgir. Todas eran iguales: todas significaban lo mismo, todas deseaban una sola cosa: «Guerra al fascismo.»

Mi madre no lo entendía:

–¿A qué diantre llamarán fascismo?

Ella seguía siendo republicana, solamente republicana. Ignoraba aún que ser

republicano era casi un delito: un subterfugio para encuadrar grupos de presión, para camuflar ideas, para tapar otros principios y otras metas.

La vecina nos esperaba en el portal:

–No suban -nos indicó-. No se les ocurra subir.

Atropelladamente nos refirió lo que había ocurrido durante nuestra ausencia: habían venido unos hombres, habían forzado la puerta de nuestro piso, habían destrozado las paredes, los muebles, los objetos. Se habían llevado mantas y comida…

–Parecían tigres.

Mi madre lloraba: quería subir. La vecina insistía: «Es peligroso.» Aseguraba que iban a volver: «Buscan a Carlos: lo han dicho claramente: "No pararemos hasta dar con él…"»

–Vámonos -le dije a mi madre-. No perdamos tiempo.

Me acordé de Angelina:

–Nos debe favores. No podrá negarse a darnos hospitalidad.

Angelina no era sospechosa: pertenecía al partido de Companys y frecuentaba la Generalidad.

–Allí nadie podrá molestarnos.

Mi madre vacilaba. Temía. No sabía qué hacer. Tuve que llevarla a casa de Palafell casi a rastras. Le dije a la vecina que la pusiera al corriente para que estuviera prevenida.

Angelina nos esperaba en el portal de su casa:

–Rápido, entren… No conviene que nadie los vea.

Subimos al piso con el resuello agitado. Otra vez su comedor, el pasillo floreado, el dormitorio donde había muerto su marido Jaume… Y *Pola* ladrando su bienvenida con aire desconfiado.

–Vamos *Polita:* no gruñas. Son amigos, tonta.

Angelina se mostraba radiante. Se había quitado el luto y llevaba puesta una bata estampada, de tonos alegres: «Para romper tradiciones… Hay que mostrarse contento. La tristeza está mal vista.»

Mi madre le explicó lo que había ocurrido:

–Será cuestión de pocos días. Esto no puede durar mucho. Pero entre tanto hay que ser precavido. Los ánimos andan revueltos y cualquier persona puede ser sospechosa.

Allí, en su casa, podíamos estar tranquilos hasta que todo acabara:

–La Generalidad no permitirá que Cataluña se desangre…

Pero la Generalidad era ya una sucursal obligada de los partidos terroristas. En vano Companys se esforzaba por defender su tierra: le presionaban, le obligaban, le amenazaban…

Y el terror cundía.

A veces mi madre se desesperaba: «No podemos continuar así…» Angelina protestaba: no iba a tolerar que nos fuéramos. ¿Por quién la habíamos tomado? También nosotros nos habíamos jugado el pellejo cuando hirieron a su pobre marido… Y por si fuera poco, la arriesgada intervención del «pobre» doctor Tramacho… Y la amistad que nos unía: «Hay que ser agradecido y demostrarlo…»

Repentinamente se había puesto a tutearnos: «En semejantes circunstancias es tonto tratarse de usted.» Y se encaraba conmigo:

–Y tú, Carlos, haz el favor de tutearme también.

Era extraño tutear a Angelina. También lo era verla trajeada con colores vivos, como si ya no fuera viuda ni jamás hubiera llorado a su marido.

Su recibimiento había sido una bocanada de aire fresco en la hoguera de la ciudad. Todo le parecía poco para nosotros. A mi madre la instaló en el dormitorio principal: «No he podido usarlo desde que murió el pobre Jaume.» Prefería, decía ella, dormir en la habitación de huéspedes. Era un cuarto pequeño contiguo al mío, muy cercano a la puerta de la escalera.

–Aquí nadie os molestará. Yo no tengo familia y nadie se acuerda de mí.

El miércoles nos trajo una noticia inesperada: El Gobierno de Cataluña había mandado bombardear Zaragoza. Pero Angelina todavía justificaba a Companys: «Hay que acabar con los rebeldes de algún modo. Luego será todo distinto. Companys es un hombre pacífico y no está de acuerdo con los terroristas.»

Tras aquella noticia, la sensación de alivio que mi madre y yo habíamos experimentado al llegar allí, empezó a debilitarse. Los días pasaban y Companys no se definía. Cuando Angelina explicaba los desmanes que ocurrían en la ciudad, mi madre quería volver a su casa: necesitaba ver con sus propios ojos cómo la habían dejado. Echaba de menos sus objetos, sus pequeñas necesidades cotidianas. «Si al menos pudiera traerme mi cepillo de dientes, mis camisones, mis zapatillas…» Angelina prometió ayudarla: «Tantearé el terreno: pediré protección a la Generalidad.»

Aquel día salió temprano a la calle. Regresó hacia el mediodía. Llegó sofocada: «Es mejor que no te acerques por allí: han dejado tu piso hecho una ruina. Tenía la puerta sellada: afortunadamente, un guardia de asalto me acompañaba y hemos podido entrar…»

Mi madre se mordía los labios, se pinzaba la nariz, y los ojos se le llenaban de lágrimas.

–Toma -le dijo Angelina, tendiéndole un paquete-. Te he traído lo que me ha parecido más preciso.

Mi madre se dejó caer en la silla con el paquete en las manos. Lo miraba sin verlo: el rostro crispado, la tez pálida.

–¿Y ahora? ¿Qué vamos a hacer ahora?

Angelina la abrazó. Lloraban las dos mejilla contra mejilla.

De pronto atajé su llanto:

–Yo tengo la culpa de todo -dije.

Se quedaron las dos mirándome, estupefactas, sin acertar a comprender lo que les estaba diciendo.

–Sólo faltaba eso, Carlos: que te considerases culpable. Lo que ocurre es que de repente se han vuelto locos… Están sacrificando gente sin razón ninguna. Tendrías que ver los depósitos de cadáveres: están hasta los topes. Los llevan a la Rabassada, a los descampados… Los fusilan a mansalva…

–No -insistí-, lo mío es diferente. Quieren matarme por una razón concreta.

No se atrevían a preguntarme.

–Querían que me uniese a una partida de indeseables. Me pusieron una mujer por delante para hacerme caer en la trampa. Me di cuenta del engaño y acabé golpeándola.

Angelina me miró como si la que me hubiera dado a luz fuera ella:

–A eso le llamo yo ser un hombre.

Mi madre se llevó la mano a la boca.

–Nunca me hablaste de eso, Carlitos.

–¿Para qué iba a hacerlo? Te hubiera inquietado…

Angelina reaccionó enseguida:

–De cualquier forma no debéis preocuparos… En cuanto los grupos facciosos se reduzcan, la Generalidad volverá a empuñar las riendas. Mientras tanto podéis disponer de esta casa todo lo que sea preciso.

Y me acariciaba el brazo, como dándome ánimos.

Fue en aquellos momentos cuando intuí vagamente lo que iba a ocurrir. Quizá por eso propuse a Angelina que me ayudara a salir al extranjero.

–Si pudieras gestionar el asunto con el consejero de Gobernación…

Angelina prometió ayudarme, pero los días pasaban y las gestiones nunca acababan de realizarse.

–Hace falta un pasaporte: con pasaporte sería muy sencillo: yo misma me ocuparía de que el señor España estampara el visado… -luego se quedó mirándome fijamente-. Además, Carlos es muy joven. No permitirán que un muchacho de su edad salga de Cataluña como no sea para ir al frente.

La guerra había empezado. España estaba dividida en dos zonas y los crímenes aumentaban día tras día. Tal como se había hablado en el Banco, cuando don Pablo intentaba convencer a los clientes de lo contrario, los establecimientos al fin se habían nacionalizado. Y las colas para adquirir comida, vestidos o cualquier objeto imprescindible eran enormes. En vano desde la Generalidad se nos comunicaba que la normalidad caía sobre la ciudad. Nada era normal. Nada podía serlo. Angelina procuraba tranquilizarnos con noticias idiotas: «Ya funcionan los tranvías: los taxis se han requisado, pero los tranvías funcionan.»

Al oír aquello mi madre se impacientaba; quería salir:

–A veces me gustaría ser *Pola,* para acompañarte.

Angelina la sosegaba:

–En cuanto los días se acorten. Ahora no conviene que nadie sepa que estáis aquí.

Entonces los días eran largos, inacabables. Todo se reducía a escuchar la radio, a interesarnos por lo que se decía. Nos hablaban del frente de Aragón, de los éxitos gubernamentales, del heroísmo de los voluntarios… «Muchachos adolescentes corren a los puestos de vanguardia para defender la República.» Lentamente aquel tipo de noticias se enroscaba a mis sueños. Sin querer me sorprendía a mí mismo proyectando huidas. Empezaba a cansarme de tanto encierro y tanto temor. A veces me asaltaban recuerdos de mi vida pasada… Pero el encierro los deformaba: nunca recordaba las cosas tal como habían sido, sino como yo hubiera querido que fueran. En realidad, lo que yo precisaba en aquellos momentos, no era «pasado», sino futuro: por eso me recreaba en pensar lo que podía haber ocurrido de no haber estallado la guerra. Imaginaba a don Alberto prometiéndome puestos importantes, me veía consiguiendo el título de profesor mercantil, matriculándome para llegar a ser intendente… Todo se había detenido el día en que Angelina nos había recibido en su casa. «Aquí no os faltará nada…» Pero me faltaba todo: el aire, la calle, la vida, la libertad…

También mi madre languidecía, adelgazaba y se encontraba molesta. Le dolía el pecho y decía que se había resfriado. Angelina le preparaba infusiones calientes, le daba aspirinas, le ponía el termómetro: «Unas décimas sin importancia…»

La solicitud de Angelina a veces me exasperaba. Me resultaba engorrosa aquella manera suya de tratar a mi madre, a mí, incluso a la perra. Mi madre se daba cuenta de mi impaciencia: «Deberías mostrarte más amable con ella, Carlitos: en fin de cuentas nos ha salvado la vida.» Pero no era cierto. «No por respirar y comer se vive, mamá.»

–¿Qué más quieres, Carlitos? No están los tiempos para elegir -decía ella.

Cuando se rumoreó que los alimentos iban a escasear, Angelina se apresuró a tranquilizarnos: «A vosotros nunca os faltará comida.» La conseguía a través de la Generalidad. Pero también aquella servidumbre me molestaba: «Demasiados favores», pensaba yo: «Demasiadas solicitudes…»

Mi madre, en cambio, se mostraba agradecida:

–Nunca podremos pagarte lo que estás haciendo por nosotros.

Lentamente mi madre perdía fuerzas. Su tos era cada vez más persistente y el pecho continuaba doliéndole. Hasta que un día se agravó notablemente. Ocurrió todo a raíz de la noticia que Angelina trajo de la calle. Era ya septiembre. El frío empezaba a colarse por las rendijas de las ventanas: estábamos sentados a la mesa del comedor. Mi madre apenas hablaba y tenía los labios secos. Cogí sus manos: estaban heladas; sin embargo, su frente parecía fuego.

–Deberías meterte en la cama…

Cuando llegó Angelina, entró en el comedor con aire compungido. Lo dijo bruscamente:

–Han muerto los tres hijos de don Alberto.

Mi madre se levantó oscilando. No pronunció palabra. Se acercó al ventanal. Miraba el patio, la espalda encorvada, la tos sofocándola.

Tras ella, el patio recogía una luz débil. Angelina me miró de aquel modo suyo: absorbente y penetrante.

–¿Por qué? – pregunté.

Comprendí enseguida que los habían matado. Pero Angelina se resistía a

admitirlo. Había dicho «han muerto» por eso, para no confesar la verdad de aquel crimen, como si las muertes a grupos fueran naturales.

–Corren varias versiones…

–Dímelas todas.

Angelina partía el pan, sus manos inseguras, su voz quebrada. Y mi madre continuaba inmóvil, la espalda curvada, la tos sofocada.

Me acordé de la fotografía que descansaba en la mesa de don Alberto, de sus visitas al Banco, de su paso por el cementerio mientras enterraban al tío Rodolfo. El por qué estaba allí: en todos aquellos recuerdos. Habían muerto por eso: porque su destino era morir siendo niños.

–Buscaban al padre -admitió Angelina-. Y como no dieron con él, se llevaron a los hijos.

«Han matado a tres muertos», pensé. Pero Angelina insistía:

–Al parecer intentaron defenderse…

–¿Cómo?

–Algunos dicen que disparaban contra las fuerzas gubernamentales…

–¡Basta! – le grité.

No podía resistir tanta fantasía, tanta suposición estúpida. ¿Cómo era posible que tres muertos disparasen contra los vivos?

–Los han encontrado en Montjuich con otros cadáveres.

El pan continuaba en la mesa: desmigado, partido. Y *Pola* dormitaba a los pies del ventanal.

–Perdóname, Angelina, no puedo hacerme a la idea…

–Es lógico -contestó ella-. Tampoco yo puedo admitirlo. Afortunadamente, Jaume no ha vivido este horror. Los quería como si fueran sus hijos.

Mi madre se volvió hacia nosotros: estaba pálida y tenía los ojos hundidos:

–¿Qué ha sido de la niña…?

–La dejaron con la madre.

–¿Y el padre? ¿Dónde está el padre?

–Nadie lo sabe. Tal vez pudiera escapar de España.

«Se acabó el apellido Salcedo -pensé-. Se acabaron las visitas al Banco.» Imaginé el horror de aquel hombre cuando se enterase de lo ocurrido. Angelina lloraba. Tenía un llanto menudo, seguido y apagado.

–No puedo más -dijo mi madre-. No puedo soportarlo.

Tropezó con la silla y me apresuré a cogerla para que no cayera. Ardía. Temblaba.

La llevamos a la cama. Angelina la ayudó a desnudarse.

–Será preciso avisar a un médico -le dije a Angelina-. Mi madre lleva demasiado tiempo enferma.

Era difícil en aquellos momentos encontrar un médico. La mayoría habían sido reclamados para ir al frente o para asistir a los heridos en los hospitales. Muchos de ellos habían sido amenazados: tenían la obligación de delatar, de justificar sus visitas a domicilio y de poner en conocimiento de la autoridad cualquier cliente sospechoso.

–No quiero médicos -balbució mi madre-. Quiero un sacerdote.

Fue así como volví a encontrarme con don Pablo Daniel.

A veces, cuando rememoro aquellos días, tengo la sensación de que todo lo que ocurrió en el estrecho ámbito de aquel piso fue sólo una burla: un modo de hacernos comprender hasta qué grado de insensatez puede llegar el hombre.

Todas las teorías se disolvían al roce de aquella realidad absurda.

Mi madre quería un sacerdote: «Años y años despotricando contra el clero para llegar a eso; precisamente cuando los curas se escondían y los mataban y los encarcelaban.» Angelina no se inmutaba. Angelina tenía recursos para todo: «Conozco el lugar donde se esconde don Pablo…» A mi madre ya no le importaba que fuera un cura renegado: «Tiene la obligación de escucharme, y absolverme.» Creía de verdad que iba a morir. «Necesito reconciliarme con Dios, Carlitos, lo necesito…»

También el tío Rodolfo debió de necesitarlo a juzgar por la esquela: sólo que entonces los curas no precisaban esconderse como ocurría en aquellos momentos.

Angelina consultó conmigo: «No conozco más cura que don Pablo.» Sabía también dónde se había escondido: «Lo andan buscando: el comité ejecutivo lo reclamó para reorganizar el Banco y, al no presentarse, indagaron: supieron lo que era. El comité lo busca por traidor.» No era sólo la deserción del Banco lo que aquel hombre debía purgar: era algo más: era su anteayer oculto, su sello grabado al fuego, su flagrante delito de «haber sido».

Angelina salió a buscarlo. Temí que se negara. Pero mi madre continuaba repitiendo: «Lo necesito; tiene la obligación de escucharme y absolverme, aunque no crea, aunque reniegue de su fe.»

Lo vi entrar en la casa de Angelina convertido en un remedo de sí mismo: iba sin corbata, sin chaqueta, el pantalón arrugado… Me tendió una mano

helada y se fue directo al cuarto de mi madre. Tardó en salir de allí: Angelina estaba nerviosa: jugaba con las migajas que había en la mesa, recogía el pan, hablaba de la comida que aguardaba en la cocina. Y yo no sabía qué actitud adoptar: la vida se me antojaba un manojo de contrariedades, de situaciones ilógicas, de hechos consumados que jamás deberían haberse producido.

Después vino nuestra conversación; aquella extraña conversación en mi cuarto, rodeados de un silencio que parecía bramar y de unas paredes empapeladas con las obsesionantes flores que lucían en el pasillo. «Gran mujer tu madre, Carlos…» Había cumplido la misión de confesarla como si fuera un cura cualquiera y ni siquiera le parecía anormal lo que acababa de hacer. Parecía cansado: tenía los ojos hundidos «como una señal más de su rostro», pensé. Y volví a recordar el mote que le habían puesto los J. J.

Don Pablo se sentó en mi cama: «Bueno: ahora ya lo sabes todo sobre mí.» Se llevó una mano a la frente y suspiró hondo. Luego alzó la vista y me espetó directamente:

–Supongo que te habré escandalizado.

No contesté. Era difícil contestar aquella frase. Hay momentos en que uno no puede discernir dónde empieza y dónde acaba el escándalo. Me acordé del padre Celestino. Le hablé de él: «Siempre nos decía que un cura jamás dejaba de serlo aunque renegara de su condición.» Don Pablo esbozó una sonrisa:

–Hasta en el infierno sigue siendo cura.

Fue entonces cuando le expliqué lo que me había dicho cuando lo expulsaron de España: «Se creía culpable: no podía con su culpa; sin embargo, era inocente: Yo había perdido la fe por causas ajenas a su propia intervención…» Don Pablo trocó su sonrisa en ceño: «Yo, en cambio, me sentía inocente siendo culpable. Eso es peor, Carlos, mucho peor: cuando se descubre esa anomalía, la culpa no deja vivir.»

Le ofrecí un cigarrillo. Lo encendió:

–No sabes cuánto te lo agradezco: llevo mucho tiempo sin fumar.

Después de la primera chupada bajó la vista:

–Perdóname -dijo-. No creo que mi ejemplo haya servido para devolverte la fe.

No supe argumentarle. Me causaba disgusto verlo tan hundido. Don Pablo continuó hablando:

–Comprendo tu desorientación. Es lógica. Si nos diéramos cuenta… Es mucha responsabilidad la que contraemos…

Cuando terminó el cigarrillo, lo aplastó contra el cenicero.

–Estoy marcado -dijo-. Como esto -señaló su cara-. Estoy marcado de viruelas y de órdenes sagradas.

Intentó reír su propia frase. Cruzó las manos y continuó hablando:

–Procuré olvidarlo durante varios años. Al principio era todo fácil. Me sentía liberado. Creía de buena fe que mi destino era el que había elegido libremente… Luego empezaron las dudas. No el tipo de dudas que te asaltaban a ti: al contrario. Eran otras muy distintas. La duda de haber fallado, de haber equivocado el camino de mi supuesta libertad…

Carraspeó ligeramente y prosiguió:

–Empezaron las bromas de los J. J. Ya sabes… la gomina en el tintero, los anónimos, las idiotas tentaciones de Estrella… Lo tenía merecido. Hay erratas que no pueden corregirse. La mía era una de ellas. Debí comprender a lo que me exponía.

Se miró las manos: las tenía blancas; uñas rasas y limpias. Eran unas manos

rechonchas, de hombre inhábil.

–Luego las dudas crecieron: se convirtieron en certezas. Necesitaba volver a lo de antes… Pero cuando pensaba en ello me decía a mí mismo: «No podré.» Era lo mismo que estar metido en un callejón sin salida; una especie de emparedado…

Tragó saliva, miró al techo:

–Ha hecho falta que estalle una guerra para comprender que no sólo «puedo», sino que «debo».

Lanzó un soplido y frunció los labios:

–Yo no era más que un pobre diablo con un cargo importante. La guerra me ha quitado el cargo, pero ha vuelto a convertirme en hombre.

Respiró hondo, como si aquella idea le ensanchara los pulmones:

–Ni siquiera tengo miedo. Es curioso, ¿verdad?

–Procure esconderse -le dije-. Es peligroso que lo descubran.

Movió la cabeza negando:

–No podré esconderme siempre.

–¿No lo comprende? Pueden matarlo.

–Lo sé, hijo, lo sé… No me preocupa demasiado. Tarde o temprano todos hemos de morir. Si me matan habrán hecho de mí algo más que un cura renegado: me habrán devuelto a mí mismo, ¿comprendes?

No. Era imposible entender aquello.

–Pero la vida… La vida es importante.

–La vida es el don más maravilloso que tenemos. No lo niego. Sobre todo porque nos permite ser eternos.

No acertaba a percatarme de lo que decía. Era imposible llegar a penetrar en sus pensamientos.

–Si me matan -repitió-, habré terminado de inventar cosas para vivir, habré alcanzado la eternidad.

«Inventar cosas para vivir…» ¡Cuántas veces me he acordado de aquella frase! Don Pablo se puso en pie: me tendió la mano.

–Es posible que no volvamos a vernos -dijo-. Procura ser fiel a ti mismo, Carlos. La infidelidad pesa demasiado.

Golpeó mi espalda:

–Perdona: no voy a largarte un sermón. He perdido la costumbre y me saldría grotesco.

Se fue. Se mezcló al detrito de la ciudad. Durante algún tiempo formó parte de la organización de curas clandestinos: los que consagraban a hurtadillas, en copas de cristal; los que casaban, bautizaban y confesaban fingiendo hablar de cosas profanas, en las calles, en los cines o en los bares. Lo supe al terminar la guerra. Muchos lo conocían por «el santo de la cara comida». No volvió a vestir sotana ni a subir al presbiterio de una iglesia, ni a meterse en un confesionario, pero dejó de inventar cosas para vivir. Fue la vida la que inventó cosas para él. Cosas inauditas, nuevas, distintas. Después, cuando se hubo saturado de compensaciones, cuando sus flaquezas empezaron a nivelarse a sus heroísmos, lo mataron. Lo convirtieron en mártir.

Cuando ahora pienso en él tengo la impresión de que no ha muerto, de que cualquier día lo veré entrar por la puerta de mi celda para recordarme la conversación que mantuvimos aquel día: «Procura ser fiel a ti mismo,

Carlos…» Él supo a conciencia el precio que se pagaba por la infidelidad. Quisiera definirlo, pero me resulta muy difícil encasillar a aquel hombre: fue un ser humano bandeándose entre dos motes: «Don Peca-Cura» y «El santo de la cara comida». Entre medio de aquellas dos posturas había un alma que flotaba indecisa en un mar tormentoso.

Durante varios días anduve preocupado por la salud de mi madre. Desvariaba, tosía: la fiebre la dejaba postrada. Angelina no se apartaba de ella: «Tú descansa -me decía-. Una mujer se entiende mejor para esos menesteres.» Le preparaba tisanas, le traía jarabes de la farmacia, incluso dormía con ella.

Lentamente empezó a mejorar. Pero, aunque la fiebre cedía, la postración no la abandonaba. Sin embargo, ella parecía contenta:

–Fue un gran alivio confesarme -repetía a menudo.

Angelina bromeaba:

–¿Tanto había en tu saco?

–Lo que se acumula durante una vida entera.

A veces, Angelina, cuando mi madre dormía, se llegaba hasta mí:

–¿Cómo sigue?

–Mejor, mucho mejor.

Y se me quedaba mirando de aquel modo suyo, como si los ojos fueran a saltarle de las órbitas.

A la hora de almorzar nos sentábamos los dos solos a la mesa. Apenas nos dirigíamos la palabra. Comíamos sin prisa, sin excesivo apetito. Alguna vez Angelina me traía noticias de la calle: «Las cosas cada vez se ponen peor: ahora dicen que van a sacar el oro de España.» Y los días transcurrían

insípidos, copiándose uno a otro, con metódico aburrimiento. «¿Sabes, Carlos? Los nacionales han nombrado un jefe de Gobierno: se llama Franco.» Ignoraba quién era. Angelina se apresuraba a explicarme que era un general muy joven. Decía que ella lo conocía por sus hazañas en Marruecos. «Como tú entonces eras un niño no habrás oído hablar de él…»

Hasta que un día la situación entre Angelina y yo cambió radicalmente. Fue después del almuerzo. Estábamos los dos junto a la ventana mirando el patio. *Pola* dormitaba cerca de nosotros.

–¿En qué piensas, Carlos?

El frío se plasmaba tras los cristales y las mohosas paredes de la vivienda contigua chorreaban humedad verde.

–No lo sé: en todo y en nada… Me pregunto cuándo terminará este encierro.

–Lo comprendo -dijo ella-. Ha de resultarte angustioso.

–A veces me entran tentaciones de salir, de respirar aire fresco, de caminar por la calle.

Se acercó a mí alarmada:

–No debes hacerlo. Sería peligroso.

Sujetaba mi codo, el rostro alzado, el busto jadeante.

–Quizá podría alistarme…

Angelina empezó a inquietarse.

–Eso sería espantoso, Carlos. Piensa en tu madre… en mí.

Fue un «mí» tímido, asustadizo, como si lo hubiera lanzado a pesar suyo.

Sentí como si una corriente eléctrica recorriese mi cuerpo. Y, al mirarla, tuve que desviar la vista. Angelina continuaba presionando mis brazos, inquieta, temblorosa.

–¿Tanto te importo?

Entonces ella se desasió de mí y volvió a contemplar el patio:

–Más de lo que puedes suponer.

Me acerqué a ella: la obligué a mirarme. Se apretujó contra mi pecho y empezó a llorar:

–No te vayas, Carlos: sería una locura… ¿No lo comprendes? Nos dejarías deshechas, nos convertirías en dos mujeres desesperadas.

Alcé su mentón. No me fijé en su rostro. Percibí su aliento, su temblor. La abracé allí mismo y la besé con la misma desesperación que había besado a Estrella.

Y de nuevo percibí el mar, el oleaje, la playa mellada. «Te he esperado tanto…», decía ella. Era fácil recoger aquella espera y convertirla en una espera mía. Era fácil olvidar que era fea, que podía ser mi madre, que su cuerpo era un manojo de huesos.

–Debí comprenderlo antes. Perdóname, Angelina.

Fue así como empezó aquella nueva fase: naufragando en aburrimiento. Al principio, gracias a aquella mujer, los días transcurrían rápidos, con sus noches agitadas y sus tardes delirantes. No era ya la viuda desconsolada de un Jaume Palafell heroico: era la mujer sola de un ambiente enrarecido que, al borde del final, se aferraba anhelante a un principio, a una carne joven dispuesta a complacerla y a prolongar un poco su derecho a la vida.

A veces, cuando estábamos los dos solos en su cuarto, la fotografía de Palafell parecía cobrar movimiento. Angelina la volvía hacia la pared: «No

quiero que nos vea.» Debía de sentirse avergonzada ante aquel marido burlado. Yo reía: «Ni que te estuviera viendo de verdad.» Entonces ella me juraba que jamás le había sido infiel, que siempre había sido honesta, que sólo conmigo había infringido las reglas.

–¿Tanto lo querías?

–Era mi marido. Era inteligente. Era bueno.

–¿Sólo por eso?

Angelina se aferraba a mí, me besaba:

–Creo que no he sabido lo que era el amor hasta que te he conocido a ti.

–¿Te das cuenta de que podrías ser mi madre?

Angelina frunció el entrecejo y sus ojos parecieron hundirse entre las bolsas de los párpados:

–No debiste decirme eso, Carlos. Es un insulto. Cuando hay amor, no hay edades.

La palabra amor me preocupaba. Yo nunca le había hablado de amor. Pero ella siempre andaba citando aquella palabra. «Jamás he amado a un hombre como te amo a ti.» La frase iba resultándome cada vez más plúmbea y apelmazada. Pero la olvidaba en cuanto Angelina caía en mis brazos. Ni siquiera se me ocurría pensar en la contradicción que suponía actuar con ella con la misma pasión con que había actuado con Estrella. Era como si, al tenerla en los brazos, la pasión se desligara de cualquier sentimiento, como si únicamente el instinto tuviese importancia.

Por entonces la enfermedad de mi madre estaba ya en franca decadencia. Pero Angelina no le permitía levantarse de la cama: «Has estado muy grave y debes cuidarte. Las convalecencias suelen ser traidoras.»

Le llevaba libros de la calle para que se distrajera, le preparaba, caldos apetitosos, le inventaba labores para que pudiese ocupar sus horas en algo útil.

–Jamás nadie me ha cuidado tanto como tú.

Ignoraba la razón de todo aquello: no podía saber lo que Angelina ocultaba tras sus atenciones. Y al comprobar la indiferencia con que yo observaba sus desvelos, mi madre se inquietaba:

–Deberías mostrarte más amable con ella, Carlitos… Esa mujer es una santa.

Cierto día no pude más y le solté lo que pensaba:

–Angelina es una pelmaza, mamá.

–Por favor, Carlitos: no hables así. Podría oírte.

Mi madre tenía razón. Angelina empezaba a espiarme. Desconfiaba de mí. Cualquier movimiento mío, cualquier frase dicha al desgaire, cualquier mirada mía la ponía en guardia. Era una reacción innata. Algo que no podía evitar. Me examinaba: desmenuzaba mis reacciones, las analizaba, las convertía en un motivo de reproches:

–Estás cambiando, Carlos.

Al principio no le respondía. Me limitaba a besarla para que se tranquilizase.

Hasta que un día empezó el duelo.

Era una tarde lluviosa. Tras el ventanal de su cuarto podía escucharse el persistente goteo del patio. Recordé el patio de mi casa y me dije que estaría inundado. Sentía nostalgia de él. Allí, cuando llovía, el sonido era distinto: el agua que se filtraba por la claraboya rota caía en forma de charco hasta el

piso bajo.

–Antes eras distinto -dijo ella.

–¿Se puede saber en qué he cambiado?

–No lo sé. Pero el instinto me dice que ya no soy la misma para ti.

Empecé a alarmarme. Angelina quería más. Mucho más. No le bastaba mi cuerpo. Quería también algo que jamás podría darle.

–Estás ausente. Como si pensaras en otra, como si yo no te importase.

Se empeñaba en sondear mi cerebro, meterse en él, hurgar mi intimidad:

–Serás fantasiosa… Creo haberte dado pruebas suficientes…

–No me bastan.

–¿Qué pretendes entonces?

Angelina se volvió hacia un lado y empezó a sollozar:

–Vamos, mujer… No seas niña…

Entonces ella dijo una solemne idiotez:

–Ayer me fuiste infiel, Carlos. Estoy segura.

Rompí a reír:

–Se necesita ser tonta. ¿Cómo voy a serte infiel si no salgo de esta casa?

–Se puede ser infiel con el pensamiento… No me contradigas. Ayer deseabas marcharte, salir a la calle… Huir de mi casa.

–Eso lo pienso siempre.

–¿Te gustaría dejarme?

–Dejarte no, pero ser libre sí.

–¿Qué harías si salieras? ¿Buscarías a otra mujer?

–No lo he pensado. La posibilidad es muy remota. Por ahora me tienes encadenado.

Volvió a arrebujarse contra la almohada. Mis palabras aumentaban su llanto, la encogían… Era desagradable ver aquel dorso desnudo lleno de huesos. Era imposible sentir lástima de aquella columna vertebral tan descarnada y macilenta.

–Nunca creí que pudieras ser tan cruel -decía entre sollozos.

Empecé a comprender entonces que no sólo no la quería, sino que la detestaba: por fea, por cursi, por vieja.

–Al fin y al cabo, no he sido yo quien te ha seducido, sino tú a mí. La culpa es tuya.

–Te quería.

–Una mujer de cuarenta y dos años no tiene derecho a enamorarse de un hombre joven. Es peligroso, Angelina. Se expone a caer en ridículo.

Se volvió hacia mí bruscamente, la sábana arrugada bajo sus manos, el busto cubierto por ella, los ojos más saltones que nunca:

–¿Cómo te atreves…? De modo que yo he caído en ridículo…

–Yo no he dicho eso.

–Pero lo piensas… A veces puedes ser odioso, Carlos.

Se enjugó las lágrimas y me dio un manotazo:

–Vete. No quiero tenerte al lado. Vete a tu cuarto.

La obedecí. Su voz me seguía: «Aunque te arrastres, aunque me supliques, jamás volveré a ser tuya, jamás…»

–Peor para ti -le dije. Y cerré la puerta al salir.

Aquella noche soñé que me liberaba, que me iba al frente. Al despertar, el sueño continuaba vigente. El frente era ya mi único recurso, la obsesionante necesidad de marcharme de aquella casa, de no volver a ella jamás. Sabía dónde tenía que dirigirme para alistarme. Todo era cuestión de decidirme.

Después, cuando llevara algún tiempo allí, me pasaría al bando contrario. Según rumores, muchos lo hacían.

Encontré a Angelina en la cocina preparando el desayuno.

–Buenos días.

No contestó. Tenía los ojos más hinchados que de costumbre y se comprendía que había pasado la noche en blanco.

Cuando nos quedamos solos, mi madre me habló de ella:

–¿Qué le pasa a Angelina? Apenas ha pronunciado palabra. Parece triste.

–Será de tanto mirar al patio.

–No habrás estado grosero con ella…

Desvié la pregunta. Le dije:

–No soporto más este cautiverio: quiero marcharme, mamá.

La vi palidecer. Ponía la misma cara que tanto me había asustado cuando cayó enferma:

–No lo dirás en serio, hijo mío.

Procuré suavizar mi frase:

–Son ideas que se me ocurren…

–No lo hagas, Carlitos: te lo suplico: no lo hagas. Comprendo perfectamente que éste no es un lugar muy agradable para ti… Pero estamos en guerra y todos los sitios son malos. Ten paciencia, hijo…

Era duro verla tan asustada. Le prometí que no me iría sin avisar. Pareció calmarse.

Aquel día Angelina apenas estuvo en casa. Prácticamente lo pasó fuera de ella. Había dejado la comida preparada en la cocina para nosotros… Entonces me acordé de Estrella, de sus represalias por lo que le había hecho, y tuve miedo. «Será capaz de delatarnos…» Nadie podía saber lo que una mujer despechada y vieja era capaz de hacer para vengarse de su amante al sentirse traicionada.

Charlé con mi madre mucho rato. Me sentía culpable por lo que acaso le sucediera. La imaginaba de nuevo enferma, desamparada, perseguida por aquel fantasma híbrido que había destrozado nuestra casa…

De pronto tuve la impresión de que Angelina era una desconocida, un ser con el que me había acostado sin tener la menor idea de cómo era: «Lo mismo que me pasó con Estrella.»

No empecé a sosegarme hasta que pude hablar con ella. Aguardé a que mi madre durmiese. Luego llamé a la puerta de su cuarto:

–Vengo a pedirte perdón.

La encontré en bata, cepillándose el cabello ante la coqueta. Recuerdo que llevaba varios días sin teñírselo y se le veía una raya blanca en torno a la frente. Angelina me miró a través del espejo, todavía desconfiada:

–Estaba segura de que volverías -dijo triunfante-. Empiezo a conocerte, Carlos: eres un vicioso.

La infeliz creía, de verdad, que la deseaba. No comprendía que lo único que me había impulsado a llegar hasta ella era el miedo.

–Tienes derecho a insultarme -le contesté cabizbajo, como si estuviera arrepentido-. Lo merezco.

Dejó el cepillo en la repisa y se volvió hacia mí.

–¿Qué te ocurrió? – preguntó-. ¿Por qué me trataste de aquel modo?

–Estaba nervioso. No sabía lo que decía. Tú sabes cuánto me gustas. Te he dado pruebas de ello.

–Pero no me amas.

–¿Cómo quieres que te lo demuestre?

–Diciéndomelo. Dime: *Angelina, te quiero.* Me bastará.

Casi me daba pena verla aferrada a una ilusión tan quimérica. Me acerqué a ella, la cogí en brazos, la besé. Le dije:

–Angelina, te quiero. ¿Me crees ahora?

Me creyó. O al menos fingió creerme. Y yo volví a respirar sosegadamente hasta que las fuerzas se me acabaron.

Pero su presencia era ya una tortura. Todo en ella me asqueaba. Las bolsas de sus ojos, su incesante repetirme que me quería, que no podía vivir sin mí… su columna vertebral, cada vez más descarnada, las clavículas prominentes que se empeñaban en abultar más que los senos, su cuerpo de mujer madura, su olor agrio a hembra mal lavada… Era duro hacer el amor con un ente semejante. Era casi peor que saberse perseguido. A veces me sentía incapaz… Entonces cerraba los ojos, pensaba en Estrella:

–¿Cómo era aquella mujer? La que pegaste, ya sabes: la que os buscaba para vengarse de lo que le habías hecho.

Era indudable que Angelina tenía el don de horadar mi pensamiento.

La describía distinta, la transformaba, para que no intuyese quién era. Tal vez el señor Jaume le hubiera hablado de Estrella, tal vez Angelina hubiera llegado a conocerla. Decía siempre: «No valía gran cosa…» Me aterraba pensar que pudiera saber la verdad.

–¿Cómo se llamaba?

No titubeé. Cualquier fallo podía ponerme en evidencia:

–María Rodríguez.

–Tú la querías, ¿verdad?

–Por favor, Angelina, no empecemos.

Pero los celos retrospectivos podían más que su aguante. La sacaban de quicio, la volvían belicosa.

–Eres un farsante -acabó diciendo-. Te acuestas conmigo para cumplir: sólo por eso.

La tensión crecía.

Fueron días incómodos, desabridos. Era como si todo lo que aquella mujer nos estaba dando: cobijo, seguridad, alimentos, fueran simples canjes para conseguir mi juventud, mis derechos humanos, mi dignidad.

Lo peor era la ignorancia de mi madre; sus continuas advertencias para que me mostrase atento con ella, para que fuese amable y agradeciera lo mucho que estaba haciendo por nosotros.

Mil veces estuve a pique de decirle a mi madre: «No te preocupes, mamá, esa mujer se cobra con creces lo que nos está dando.» Pero me frenaba la vergüenza.

Hasta que un día surgió el estallido.

Era ya noviembre: hacía pocos días que el Gobierno legal se había establecido en Valencia. Los rebeldes ganaban terreno y la obsesión de pasarme al bando contrario era cada vez mayor.

El desvarío senil de Angelina iba volviéndose insistente: sobre todo desde que mi madre circulaba por la casa. Los días ya no eran totalmente suyos; había que aguardar a la noche y aquello la desasosegaba como si también ella estuviera presa.

Sin embargo, yo me sentía mejor: la presencia de mi madre era una especie de defensa contra mi asedio particular. Con frecuencia me quedaba charlando con ella para retardar la comedia, para conseguir que Angelina se cansase y se fuese a dormir.

Pero Angelina era incansable. Daba la impresión de que necesitaba recuperar todos los años perdidos en el angosto mundo de un matrimonio sin horizontes, con un marido mecanizado, enfrascado en números, y una perrita odiosa que sustituía la falta de hijos.

Aquella noche mi madre había comentado algo relacionado con mi infancia (no recuerdo qué era), pero me produjo el efecto de una broma de mal gusto. Sentí que los colores me subían a la cara.

Angelina comentó:

–Te ruborizas, como si fueras un adolescente… Bueno: casi lo eres.

Cuando nos quedamos solos, le dije que aquella broma no me había gustado.

–No veo por qué… En fin de cuentas acabas de salir de la adolescencia.

Y perdí la paciencia.

–También las menopáusicas se ruborizan, pero con una diferencia: los adolescentes se ruborizan cuando los ensalzan y las menopáusicas cuando se contienen para no ensalzar.

–¿Es una indirecta?

–No: es una afirmación directísima.

–¿Debo entender que me llamas menopáusica?

–Debes entender que lo eres.

Angelina todavía se defendió:

–No es cierto: a los cuarenta y dos años…

La atajé antes de que terminase:

–Deberías avergonzarte.

–¿De qué?

–De tener cuarenta y dos años.

Se estremeció como si la hubiera golpeado. Tragó saliva. Tragó mi insulto. Tragó su amor propio:

–Luego dirás que estabas bromeando.

–Si lo digo, será falso. Estoy acostumbrado a mentirte.

Mi tono de voz debió de asustarla:

–Carlos, por favor…

–No me quedaba otra solución: o mentirte o exponerme a ser delatado…

–Pero, Carlos… ¿Qué estás diciendo? ¿Quién iba a delatarte?

–¿Te figuras que no me he dado cuenta de tus intenciones? Ese empeño tuyo en ayudarnos, esas excusas para impedir que saliéramos… Ese pretexto del pasaporte… Cualquier día podías mandarlo todo a la porra si no te contentaba lo bastante.

–No irás a pensar que yo…

–Lo pienso todo, Angelina. Necesitas dominarme para tenerme a tu merced, para encarcelarme a tu modo: «O tu cuerpo, o tu vida…» ¿Crees que no me he dado cuenta del juego?

Angelina se tapaba la cara con las manos; negaba con la cabeza, rompía a llorar. Y yo continué increpándola:

–Cuando una mujer vieja exprime a un hombre joven del modo que tú lo haces, la creo capaz de todo, Angelina: ¡de todo!

–Cállate, cállate.

Gemía, hurtaba su rostro al mío, se encogía de dolor.

–No voy a callar: llevo callando demasiado tiempo. Estoy cansado de callar, de mentir, de fingir que te quiero, de someterme como un animalito, como esa estúpida *Pola* a la que has enseñado a dar la pata.

–Eres inhumano -dijo-; eres peor que un asesino…

Hablábamos bajito para no despertar a mi madre, para evitar que *Pola*, alarmada, abandonara su almohadón y corriera a arañar la puerta de su ama, como había ocurrido otras veces.

–Y tú peor que un vampiro.

Se llevó la mano a la boca. Murmuró:

–Te odio.

Le salía la palabra por entre las rendijas de los dedos, y yo la recogí con la misma fuerza con que había sido lanzada:

–Lo comprendo: comprendo que me odies, Angelina; esas cosas se contagian.

Se sentó en la cama, exhausta. Miró al suelo. Movía la cabeza:

–No entiendo cómo he podido quererte, no lo entiendo.

–Ni yo entiendo cómo he podido soportarte.

Se frotaba los ojos, se apartaba el mechón que le caía por la mejilla. Preguntó:

–¿Desde cuándo me has mentido?

–Desde siempre.

Abrió los ojos asombrada, aturdida, incapaz de comprender:

–¿Por qué? – preguntaba-. ¿Por qué?

Me encogí de hombros. Encendí un cigarrillo:

–Sería por aburrimiento… O tal vez por miedo -contesté.

–¿Y ahora?

–Ahora me aburre estar contigo, verte, soportarte… En cuanto al miedo, ya no me importa. Prefiero morir a continuar a tu lado.

Se pellizcaba las mejillas, no acertaba a creer lo que estaba oyendo:

–Entonces… ¿jamás me has querido?

–Jamás.

–¿Ni siquiera al principio?

–Ni siquiera al principio.

–Entonces… -repitió.

Temblaba. Miraba en torno como si aquel dormitorio no fuera el suyo, como si todo le pareciera extraño.

–¿Cómo podías?

–¿Hacer el amor? ¡Serás incauta! Arreglados estaríamos si cada vez que hacemos el amor, tuviéramos que sentirlo.

–Yo lo sentía, Carlos.

–Porque eres imbécil.

Se apoyó contra la pared: el pecho se le hundía. Sólo las clavículas destacaban en la sombra de la alcoba:

–Te estás volviendo loco.

–Es posible. Todos debemos de estarlo. También tú estás loca, ¡Fiarte de un muchacho: un adolescente…!

De pronto levantó el puño: se dirigió hacia mí. Nos quedamos frente a frente como dos fieras humanas, dos caníbales a punto de devorarse el uno al otro:

–Te mataré -dijo ella.

Lancé mi cigarrillo contra su pecho, lo apartó bruscamente, ahogó un grito y se dirigió a la puerta:

–Nunca te perdonaré lo de esta noche. ¿Me oyes bien? ¡Nunca!

Salí del cuarto. Me encerré en el mío.

A través de la pared la oía yo rezongar, hablando para sí misma, dando golpes con los objetos y paseando de un lado al otro de la habitación. Más tarde empezó a sollozar.

Aguardé a que se quedara dormida.

Después me vestí. Cuando abrieron el portal bajé a la calle. La ciudad recogía aún los restos de la noche. A medida que avanzaba, mis pulmones iban ensanchándose. Aunque desnutrida y desierta, la ciudad tenía oxígeno y libertad. Allí no había guerra: había una paz amodorrada, como de cementerio, pero sin lucha, sin agobio, sin cadenas.

Andaba hacia el día, hacia la luz, hacia un destino incierto que, a pesar de todo, tenía futuro.

Vi casas, ventanales, portales, tiendas todavía cerradas; vi coches requisados, tranvías que sonaban metálicos calle arriba, patrullas metidas en camiones que pasaban veloces por las avenidas vacías. Vi perros husmeando en los montones de basura que se hacinaban en los alcorques de los árboles. Vi supervivientes: gentes como yo, que se sabían vivos, que respiraban sin opresión, que hablaban y esperaban, como si la vida en aquellos instantes fuera algo normal y lógico.

Enfilé hacia el ensanche. El mar, desde allí, no se oía. El mar había quedado atrás hacía mucho tiempo. También Angelina quedaba atrás y *Pola* y mi madre…

Anduve horas y horas eligiendo rutas a capricho, sin meta determinada, «haciendo» tiempo, emborrachándome de aceras, de asfalto, de todo lo que me había sido vedado a poco de estallar la guerra.

Se oían bocinazos, motores, voces, pasos… Toda clase de sonidos gratos. Y hacía frío. Un frío seco, impropio de Barcelona. Ni siquiera lo temprano de la hora provocaba relente aquel día.

Aguardé a que la ciudad despertara. Después me encaminé hacia la oficina de reclutamiento.

PALOMA

OceanofPDF.com

Sería curioso comprobar desde una plataforma neutral los delitos que a diario cometemos los hombres sin sentirnos culpables. Probablemente, las sorpresas que íbamos a llevarnos superarían con creces cualquier suposición. Una ligera inflexión de voz, una frase dicha al desgaire, una mirada distraída, un gesto… Todo puede herir, todo puede modificar la placidez interna. Todo viene a ser como un río que arrastra al hombre hacia su estallido final.

Pero en aquella época yo era incapaz de comprender esas cosas. Ni siquiera comprendí que mi forma de tratar a Angelina no había sido más que un desquite contra Estrella. Mi egocentrismo me impedía analizar las reacciones así. Creí sinceramente que mi desplante era sólo una legítima defensa de mis derechos.

Hace poco alguien me habló de Angelina: todavía vive. Ingresó en un asilo de ancianas al cumplir setenta años. Según mis cálculos, debe de ser octogenaria… Entonces rozaba los cuarenta y tres. ¡Cuántas mujeres mayores que ella me parecieron más tarde deseables!

No fue mala: únicamente cometió el crimen de enamorarse de mí. Probó sobradamente su inocencia al quedarse con mi madre a solas.

Cuando terminó la guerra, volví a verla. Le habían formado expediente por pertenecer a la Generalidad. Me llamaron a juicio y declaré en su favor. No he podido olvidar su mirada de agradecimiento. Entre nosotros ya no hubo más palabras: sólo recuerdos y vergüenzas.

Esta mañana se lo he dicho a mi abogado: «Una vez maté a una mujer sin más armas que la de los insultos.» Servando Fuentevella ha sonreído: «¡Ojalá todos los asesinatos fueran como ése!» Se niega a aceptar aquella culpa mía. No hay forma de convencerle de que también los insultos pueden matar. Son crímenes blancos que no se legislan ni se castigan. Servando Fuentevella es un hombre terco.

Desde el primer momento he comprendido sus intenciones. Haga yo lo que

haga y diga yo lo que diga, ha venido decidido a sacar adelante «mi caso» y declararme inocente. No en vano le va en ello su carrera y su prestigio.

Para no llamarlo a engaño, me he apresurado a ponerlo en antecedentes:

–Supongo que ya le habrán advertido que no voy a ser para usted un cliente fácil.

Servando Fuentevella se ha limitado a asentir con la cabeza.

–No voy a ocultarle que me he negado a aceptar la colaboración de letrados famosos.

–A pesar de todo, mi deber es defenderlo.

Hace pocos días me leyeron un reglamento que no he podido retener. No me interesaba. Sólo me quedó grabada una frase que decía poco más o menos algo así: *Ni un solo hombre debe ser juzgado sin la ayuda de un letrado.* La tramoya legal tiene sus principios y es preciso acatarlos.

Por ello, en vista de mi resistencia, me han mandado a Servando Fuentevella, abogado de oficio.

Imagino su estupor al enterarse de quién era su nuevo cliente. Probablemente su mujer le habrá dicho: «Nunca en la vida volverás a tener una ocasión semejante: aprovéchala, Servando.» Y Servando se ha lanzado a defenderme para sacar el máximo jugo posible de su gran oportunidad.

Por su aspecto debe de ser un hombre listo, pero con poca suerte. Uno de esos alumnos aventajados suspendidos por la vida.

–Supongamos que no colabore, que me resista a ayudarlo. Supongamos que prefiera ser considerado culpable…

–Si no lo es, incurriría usted en delito de rebeldía: un delito por entorpecer la ley…

Es gracioso: a pesar de su juventud, Servando Fuentevella, parece un viejo. Además tiene voz de hombre alto. Sin embargo, es bajito y, según mueve las manos, me recuerda notablemente a Ramón Pérez allá por los años treinta.

–Pierde usted el tiempo -le he dicho-. Mi caso lo hará fracasar.

–Eso, amigo, está por ver.

Lo ha dicho con aplomo, como si de antemano me desafiara a medir nuestras propias terquedades.

–Seamos sensatos, señor Hondero, y empecemos por el principio. Conmigo puede usted franquearse. No necesito repetirle que el secreto profesional es sagrado. Al parecer, lo que lo ha delatado es su empecinado silencio… Hasta ahora, nadie le ha oído decir que usted es culpable. Supongamos que lo sea ¿Mató usted deliberadamente, o fue una fatal casualidad?

Matar deliberadamente… Claro que había matado deliberadamente. Hacía muchos años; cuando me debatía entre el horror de matar y la lucha por sobrevivir. Eran dos muchachos jóvenes; dos criaturas humanas con proyectos que realizar, con madres para llorarlos, con sueños para vivir… Dos hombres-niños, como lo era yo entonces, que al contemplar el pelotón de fusilamiento se apretujaban uno contra el otro, llorando, pidiendo clemencia y jurando que eran inocentes.

No obstante, nadie reprochó aquel acto. Al contrario: casi me felicitaron; me vinieron a decir: «Ahora sabemos que no eres traidor…»

El invierno arreciaba. Durante dos jornadas la agresión del frente había disminuido a causa de la nevada. Pero las treguas de vanguardia son siempre augurios vacíos, sin esperanzas concretas. Recuerdo que la tierra, carente de cuidados, se había vuelto yerma, y la muerte no venía sólo del fuego artillero o de la infantería, sino del propio campamento, minado de enfermedades, de escasez de alimentos y de frío.

Llevaba ya un mes alistado en las filas republicanas cuando me enviaron al frente de Teruel. Allí los hombres morían como moscas envenenadas, y necesitaban refuerzos.

Apenas hubo tiempo de instruir al pelotón. La disciplina se aprendía sobre la marcha, a fuerza de errores, de insultos y de advertencias. Un día recalamos allí para rellenar trincheras. Recuerdo que el frío era tan intenso que incluso agradecíamos el calor que nos prestaban los otros cuerpos. Lo malo eran los contagios. Los piojos se multiplicaban, transmitían enfermedades, y las bajas se contaban diariamente por docenas.

El tiroteo era prácticamente continuo: los nacionales habían conseguido alcanzar puestos estratégicos y los nidos de ametralladoras nos mantenían constantemente en vilo.

Teníamos al enemigo a pocos metros de distancia, camuflado en un bosque y apostado tras una hilera de árboles heridos, que a veces, como para quejarse, cabeceaban sin vigor, barbados por la nieve y envejecidos de hastío.

Aquella noche estaba yo de guardia. Un sopor grande invadía el campamento. Los jefes, agotados, aprovechaban la tregua de la nevada para refugiarse en el cuartel improvisado, convencidos de que, nevando de aquel modo, nada irreparable podía ocurrir.

Frente a mí se alzaba la línea enemiga: un macizo vigilado, implacable y esperpéntico que, de vez en cuando, abortaba escupitajos de fuego, sin más empeño que el de demostrar que continuaba allí, firme, empecinado en la lucha y dispuesto a proseguir la refriega en cuanto la nevada cediese.

Pensé: «O ahora o nunca.» Era mi gran ocasión. El turno que el destino me concedía. Yo no iba a ser el único: antes que yo había habido otros. No era el primer republicano que se pasaba a las filas de los facciosos.

En nuestro bando intentaban justificar aquellas deserciones como podían:

«Volverán: se han ido sólo para espiar al enemigo…» Pero ninguno regresaba. Y la moral de las filas republicanas iba debilitándose de día en día.

Se me antojaba absurdo pertenecer a un bando que poco a poco enflaquecía de hambre, de frío, de epidemias y de abandonos.

Hasta entonces las filas franquistas no habían dado muestras de atacar: resistían, pero sus resistencias eran casi ataques: el continuo machacar de sus morteros, sus fusiles y sus bombas no dejaban lugar a dudas sobre lo que iba a ser el posible ataque.

Vagamente me acordé de mi madre, de Angelina, de *Pola.* Pensé que acaso me hubiera precipitado al marcharme de aquella casa. Quizás hubiera sido mejor continuar allí hasta que el maldito jaleo hubiese terminado. Yo no era un héroe; jamás me había sentido militar. ¿Por qué entonces tenía que andar metido entre fregados militares?

Comencé a andar bosque adentro, camino de las trincheras enemigas, amparado por la nieve y la oscuridad de la noche.

–Alto ahí.

Los percibí a unos tres metros de distancia. Eran bultos difíciles de concretar. Por unos momentos tuve la sospecha de que pertenecían a mi bando.

–La consigna.

Poco a poco, entre la densa cortina de copos, los fui distinguiendo. Me apuntaban con los fusiles y ya no tuve dudas sobre su procedencia. Lancé mi fusil al suelo.

–No disparéis -dije alzando los brazos-. Soy de los vuestros.

Pero el que me había dado el alto insistía:

–La consigna.

–No puedo darla: vengo de las filas republicanas. Quiero pasarme a vuestro bando.

Me sentía eufórico, alegre. Pensé: «Ahora me darán un abrazo, me felicitarán por mi valentía.» Pero lo único que hicieron fue sujetarme por los sobacos y obligarme a caminar.

–Conocemos el estribillo -dijo el que llevaba la voz cantante.

Su forma de tratarme era tan brusca que de momento volví a pensar que me había equivocado. «Estoy perdido», pensé. Me sentí relajado cuando me encontré frente al capitán. Inmediatamente me cachearon, me despojaron de los cigarrillos y empezaron las preguntas: quién era, cuántos años tenía, dónde había trabajado, cuál era mi familia…

El cabo me decía: «Nos hemos llevado muchos chascos y no podemos andarnos con remilgos sentimentales…» Quedé a merced del sargento: era un hombre alto, de mirada torva y barba cerrada. De vez en cuando pasaba su mano por la culata del fusil como si lo acariciara. Tenía el rostro cuarteado y enrojecido, pero seguramente era joven.

–Traerás algún dato, algún soplo, alguna información…

Quería decirle: «Traigo hambre y frío y un deseo loco de dormir…» Contesté la verdad:

–Soy soldado raso: me he escapado de las filas republicanas porque no pienso como ellos.

–Aquí decimos «Filas rojas», no lo olvides.

Su desconfianza era evidente.

–¿Cómo te llamas?

Escribía en un papel con una pluma que carraspeaba, y a cada atasco rezongaba juramentos: «El maldito frío…»

–En este puerco lugar todo se congela: hasta la tinta. Y metía la pluma en la boca para caldearla. Me comunicó luego que hacía una semana dos chicos como yo se habían pasado a las filas nacionales:

–Dijeron lo mismo que tú: «No pensamos como ellos.» Después los sorprendimos merodeando en la tienda del capitán… Dos malparidos emboscados… Eso eran los angelitos. ¿Quién nos asegura que tú no eres como ellos?

Pregunté sus nombres:

–Julio Rodríguez y Antonio Fernández. ¿Los conoces?

Asentí. Habían estado conmigo en las trincheras. Me habían enseñado las fotografías de sus novias, me habían hablado de sus madres. Luego habían desaparecido.

–Mañana serán fusilados. Juicio de guerra sumarísimo.

No contesté. Sentía la mirada del sargento fija sobre todo el cuerpo. Fue lo mismo que si también yo estuviese a punto de ser fusilado.

–Así que ya sabes a qué atenerte. Aquí no nos paramos en barras: o se es leal, o se es traidor. Pero si optas por lo primero, hay que ser consecuente hasta el final.

–Sí, mi sargento.

La nieve cedía, pero el frío era cada vez mayor. Pasé el resto del día vigilado, soportando miradas gravosas y bromas de mal gusto. Nadie se fiaba de mí. Nadie quería aceptar que yo me había introducido en la zona

enemiga por mi propia voluntad. Para todos yo era uno más entre aquellos muchachos que encontraron hurgando los papeles del capitán. Recordé lo que me había dicho el sargento: «Mañana serán fusilados.» Casi no podía creerlo. Habían jugado a espías y lo pagaban con la muerte. La guerra tenía esas bromas.

Me sentía desilusionado y no sabía decir exactamente por qué. Nunca hubiera podido imaginar que mi llegada a las filas nacionales pudiese constituir un problema. Siempre que había soñado con aquel momento, me veía a mí mismo pisando firme el terreno enemigo, recibido entre alborozos, apretones de manos y exclamaciones triunfales. «Un valiente que escapa a la horda marxista.»

–Hondero.

De nuevo el sargento: su barba cerrada, su rostro cuarteado, su mano acariciando la culata del fusil. Me cuadré: el sargento me inspeccionaba; giraba en torno a mí cejijunto, despidiendo vaho y carraspeando:

–Debes cumplir una misión.

–A la orden, mi sargento.

–Te han designado para formar parte del pelotón de fusilamiento. En cuanto amanezca serán ejecutados.

Miré el suelo: la nieve empezaba a ensuciarse. En la maraña del bosque se veían pisadas negras sobre una alfombra grisácea. Parecía como si las sombras de la luna fueran horadando aquellas pisadas hasta convertirlas en fosos.

El tiroteo había vuelto a empezar y los copos de los árboles goteaban sin tregua.

–A la orden, mi sargento.

Intenté dormir. Pero sólo pensaba que dormía. Era un dormir despierto que a veces se volvía sueño de verdad; algo mucho más terrible que la vigilia. Venía a ráfagas, en forma de sobresalto. Era un sueño de segundos: los suficientes para enloquecerme de horror: «Ésta es mi novia y ésta es mi madre.» Los dos sonreían. «Te llamas Carlos, ¿verdad? Yo me llamo Julio.» «Y yo Antonio.» Los dos eran españoles. Los dos hablaban mi idioma. Los dos eran jóvenes… Y yo debía disparar contra ellos en cuanto amaneciera. Era una orden: «Hay que ser consecuente hasta el final.» Pero ¿dónde cuernos estaba el final? Tal vez en recordar «toda la vida» lo que iba a hacer con Julio y Antonio. A veces los finales consistían en un solo hecho dilatado. Un final eterno… Algo que durase años y años. También los finales de las madres aquellas iban a serlo. «Yo mismo voy a contribuir a que lo sean.» Si al menos no los hubiera conocido… Si no supiera cómo se llamaban, si… Pero Angelina me había acogotado, y yo no podía tolerar que me siguiera acogotando… ¿Sabrían ya aquellos muchachos lo que yo iba a hacer en cuanto amaneciera? La cuestión era que el día tardase en llegar, que no llegase nunca… A lo mejor, antes de que el sol apuntase, la guerra terminaba. Y yo me sentiría libre… ¿Tenía miedo? No era miedo. Era otra cosa. Un cansancio infinito. Un cansancio que nunca podría reclamar descanso. Un recordar cosas irrecordables, como si el ajusticiado fuera yo. «No debí pasarme a las filas nacionales…» La crueldad humana era insostenible en todas partes. Nadie podía luchar contra la crueldad humana. Vencía siempre ella. El tío Rodolfo lo sabía muy bien: últimamente andaba siempre discurriendo sobre el salvajismo nacional, la torpeza organizada, la incongruencia lógica… «Si no hubiera nevado… Si no hubiera estado de guardia… Si aquellos dos locos no hubiesen entrado en la tienda del capitán…»

La luna se escondía entre los árboles, rielaba lenta hacia su ocaso, dando paso a un sol débil que asomaba rojizo tras el monte.

Allá, en aquel pedazo de frente, no parecía que hubiese guerra. Era todo tan inofensivo y tan hermoso… Pero el tiroteo no cesaba y la guerra estaba allí, en cada recodo, en la hondonada de las trincheras, en el frío que se metía pulmón adentro.

Repartían café (un líquido oscuro que pretendía serlo). Tragué un sorbo y sentí náuseas. Se enfrió en el cazo sin llegar a mi estómago.

–Listos.

Éramos cinco en total. Los había veteranos: gente ducha en esos menesteres. Me colocaron en medio.

Los cuerpos de Antonio y Julio estaban frente a nosotros, a pocos metros de distancia, ateridos, pegados el uno al otro como si quisieran protegerse. Juraban, suplicaban, invocaban a Dios. El capellán estaba con ellos. Les daba ánimos, les decía que pronto iban a ser felices…

–Retírese, páter.

Fue entonces cuando debieron de verme.

Me gritaron:

–Tú no, tú no puedes hacer eso…

Luego vino la orden. Y el frío pareció intensificarse. Era un frío que se parecía al fuego y que, en vez de helar, me estaba quemando.

–Preparados.

Apunté como hacían los otros. Y el paisaje se volvió rojo. La nieve, el cielo, los árboles, todo, salvo aquellos dos cuerpos, era puro carmín.

La voz que daba órdenes gritó:

–¡Fuego!

La descarga, el silencio. Ya no había voces gritando «Tú no, tú no puedes hacer eso…» Estaba ya hecho. La nieve se teñía de sol. Y los cuerpos caídos eran dos manchas oscuras mezcladas a un barro gris. Alguien tocó

mi espalda:

–Te has portado.

No sé quién era.

Las piernas me flaqueaban. Me senté junto a un árbol aislado. Los demás me miraban, pero ya sin recelo: con aprobación. Dejé pasar las horas sin hablar, sin esperar órdenes, sin preocuparme de lo que estaba ocurriendo alrededor.

Repartían el rancho. Me daban una escudilla y una cuchara. La sostuve en alto sin darme cuenta de lo que hacía. La escudilla tintineaba. Llenaron el recipiente con un líquido espeso que hedía a náusea. Sin embargo, los soldados que me rodeaban lo deglutían con apetito.

Intenté llevarme la cuchara a la boca: la náusea se intensificaba. Recordé los guisos de Angelina, las migajas de pan que aquel día habían quedado sobre la mesa… «Han muerto los tres hijos de don Alberto.» También aquello había sabido a náusea.

–Si no te apresuras, la comida va a enfriarse.

Era el capellán. Quise levantarme. Me lo impidió:

–Descansa -dijo.

Miró la escudilla y se sentó a mi lado:

–Sin comer no se puede vivir.

No contesté. El líquido de la escudilla se agitaba y el oficial la retiró de mi mano:

–¿Estás enfermo?

Seguía sin poder hablar. Jamás me había sentido tan débil, tan ausente, tan perdido en hundimientos.

–Te comprendo -dijo él-. Querrías morir, ¿verdad?

No era exactamente eso. Era que ya me sentía muerto.

–Todos estamos en la misma nave. Todos debemos superar las circunstancias. No se consigue nada plantándoles cara…

Al cabo de unos instantes, preguntó:

–¿Los conocías?

Asentí.

Dijo él:

–He pasado la noche con ellos. Estaban resignados. No creí que a última hora fueran a morir tan desesperados.

Entonces hablé:

–Me han visto. Han muerto desesperados porque me han visto.

–Debe de haber sido muy duro para ti.

–Los he matado yo -dije.

–No has sido tú; ha sido la guerra.

–Pero la guerra la hacemos nosotros.

El capellán torció la cabeza. Miró la escudilla.

–No, hijo. Ni tú ni yo hacemos la guerra. La hace solamente aquel que la

desea. – Se levantó-. Deberías esforzarte en comer: vas a necesitarlo.

Y me dejó allí con el cazo sobre la nieve, sin vaho ya porque se había enfriado.

Después empezó el declive; una cuesta abajo cada vez más enhiesta e interminable; un deslizarme por la pendiente sin que nada ni nadie pudiera evitarlo.

Recuerdo que a veces el cura discutía con el capitán. Hablaban de mí. El capellán le decía: «Necesita urgentemente una revisión médica.» Pero el capitán se resistía. Creía que mi actitud era sólo cobardía, comedia o capricho. «Déjelo que se meta en un buen fregado y verá usted qué pronto se cura.»

Cierta mañana me desmayé. Al recuperar el sentido vi que el cura me sostenía la cabeza; me faltaba el aire, me faltaba la luz. El páter se ponía furioso: «Ese muchacho morirá. Hay que hospitalizarlo enseguida.»

Me trasladaron en una camilla a un pabellón improvisado donde iban a parar los heridos. El cura me acompañaba: «Ánimo, muchacho.»

Se empeñaban en que viviera, en que respirara, en que saliera de una vez de aquella cómoda apatía mía. Pero era difícil escapar al recuerdo: «Tú no, tú no puedes hacer eso…» Y yo continuaba vivo.

Empezó el éxodo; la larga y fatigante peregrinación hacia la estabilidad. El cura me dijo:

–Te trasladarán a un hospital de retaguardia.

Era inútil, pensaba yo, fuera a donde fuese llevaría conmigo aquellas dos muertes.

Me sacaron de allí. Me llevaron a Zaragoza. El diagnóstico era siempre el mismo: «O finge, o está grave.» No mejoraba. No comía. No tenía interés

por nada. Era como si la vida, para mí, se hubiese detenido aquella madrugada.

Una tarde me anunciaron: «Te trasladarán a un sanatorio.» Me subieron al tren. Llegué al sanatorio. Me comunicaron: «Estarás pocos días: aquí no hay sitio para ti. Hacen falta camas para los heridos.»

De nuevo el tren. De nuevo un lugar desconocido. Un sanatorio que parecía un hospital. Y otro…

Así llegué a San Sebastián. Era como si la guerra para mí fuera viajar, subir a los trenes, y recordar, y no dormir, y no comer…

Empezaron un tratamiento angustioso. Me inyectaban insulina; provocaban la muerte artificial, luego dormía. Al despertar había olvidado. Era un olvido total. Un resucitar sin memoria. El doctor Suárez sonreía:

–Pronto estarás curado.

Pero en cuanto la resurrección se debilitaba, el olvido se enmustiaba y el recuerdo volvía a estar allí, virulento, más agresivo antes:

–Será preciso darte más sesiones.

La terapéutica era constante; el doctor Suárez no cesaba:

–Eres joven y podrás resistir.

Resistía, olvidaba, volvía a recordar.

Hasta que un día olvidé por costumbre, por inercia, sin tratamiento. Y ya no fue preciso que me drogaran ni me causaran falsas muertes.

Después, cuando el olvido fue sistemático, empecé a recordar como si estuviera olvidando: sin dolor, sin escalofríos, sin sentir aquella especie de agonía clavada en mi garganta. Y el recuerdo casi se volvía agradable:

«Aquello pasó y yo sigo viviendo.»

Dormía ya sin pastillas, comía sin estimulantes, engordaba sin sueros.

Una tarde el doctor Suárez me comunicó:

–Estás curado, Hondero: dentro de quince días te daré de alta.

Habían transcurrido casi seis meses desde que salí de Barcelona. El doctor Suárez era un hombre simpático: un científico nato que entendía poco de guerras. Pero llevaba estrellas porque trabajaba en un hospital de heridos. No había tardado mucho en saber quién era yo: «Conocí a tu madre cuando era joven…» Y enseguida me habló del tío Rodolfo.

–Fue un gran amigo mío…

Gracias a esa amistad llegué a curarme de aquella extraña apatía que no tenía nombre. Y gracias a ella también, el doctor Suárez consiguió para mí un enchufe en el mismo hospital donde me había curado.

Coincidió aquello con la primavera: en el Norte se había empezado ya la ofensiva tan esperada y los auspicios no podían ser más alentadores.

Es indudable que, de no haber sido por el doctor Suárez, mi reencuentro con Lolita jamás hubiera tenido lugar (al menos durante la guerra); quizá los hechos que luego sucedieron la hubiesen apartado de mí para siempre, y todo lo que ocurrió más tarde se hubiera desarrollado de otro modo. En aquellos momentos mi encuentro con Lolita fue lo mismo que una justificación interna, una especie de conformidad con la propia vida. Sin embargo, lo que me rodeaba no podía ser más lamentable.

Empezó todo inmediatamente después de mi curación. El doctor Suárez, creyendo que me ayudaba, me procuró un puesto en el cuerpo administrativo del hospital: «Al fin y al cabo, eres un evadido de la zona roja. Una proeza como la tuya, debe tener recompensa.»

La recompensa consistía en trabajar en las oficinas del sanatorio a las órdenes de dos mutilados de guerra. Como el doctor Suárez era un hombre influyente, el expediente fue pronto admitido.

San Sebastián, entonces, era una ciudad alegre: un remanso de paz en la burbujeante España nacional. Tenía una playa extensa (según decían llena de pulgas) que no se parecía a las del Mediterráneo: con mareas, con galernas y con leyendas siniestras y sobrecogedoras. Además tenía cines, teatros y cafés llenos de refugiados ilustres.

También tenía entierros patrióticos y desfiles y combatientes con permiso que llegaban allí como los romanos a Pompeya, dispuestos a recuperar sus jornadas de agobio buceando en la vida normal, con sus uniformes de retaguardia, flamantes y vistosos, monopolizando la atención de las mujeres y despotricando contra los chupatintas que no se habían fogueado jamás, mientras ellos luchaban para salvar a la patria de su úlcera marxista.

Los refugiados (gracias a los créditos bancarios que no tenían más garantía que la de ganar la guerra) vivían, dentro de las debidas restricciones, en la más clara opulencia. La «gente bien» se había condensado allí. Era «una gente bien» sacrificada, pero elegante, gentes como los Repecho y los Sobrado, que sabían llevar su repentina indigencia con la misma soltura con que antes habían llevado su abundancia.

Residir en aquella ciudad era, efectivamente, un premio: un privilegio que a veces llegaba a avergonzar. Se comprendía que estábamos en guerra porque de vez en cuando llegaban heridos, porque los uniformes abundaban y porque las mujeres jóvenes eran casi todas enfermeras. Pero ni faltaba comida, ni se oían tiros, ni se registraban bombardeos.

Mi trabajo era sencillo: los años de experiencia bancaria en el departamento de contabilidad me habían adiestrado en los tejemanejes administrativos. En cambio, mis jefes eran dos figuras decorativas que apenas distinguían un *debe* de un *haber.* Los habían colocado allí porque no sabían qué hacer con ellos y para darles la impresión de que trabajaban, pero su desconocimiento en la materia era prácticamente total y la sección estaba a punto de

convertirse en un inmenso galimatías. Al llegar yo vieron el cielo abierto: sabían que tenía el título de perito mercantil y aquello no dejaba de ser una garantía para el futuro de la administración: «Vamos a ver, perito en dulce, ¿cómo se adiestra ese guiso?» Y me planteaban problemas para que los resolviese. De vez en cuando me enviaban a discutir con los de Intendencia: «Diles que la partida de sueros es una engañifa…» O bien: «Diles que no queremos bayetas, sino vendas… Y que no escamoteen tanto las sábanas.» Lo de las telas los traía por la calle de la amargura. Los telares se habían quedado en Cataluña, en la zona roja, y la España nacional carecía de fábricas textiles. Cuando se ponían muy nerviosos, rompían a despotricar contra los rojos: «Los muy cabrones se han quedado con la mejor parte…» Y se liaban a poner verde todo lo que oliera a catalán.

No tenían en cuenta que su forma de hablar podía herirme, o tal vez me hiriesen aposta para desfogar sus iras. Uno de ellos era manco y al otro le faltaba un pie. Y en cuanto les pasaba por el magín se cobraban aquellas mutilaciones a costa de mi integridad física. «Se nota que no te has fogueado: así andas tú, hecho un maniquí.»

Los dos eran sargentos propuestos para alféreces; los dos eran jóvenes (con la edad reglamentaria para estar en activo) y los dos me odiaban por tener dos brazos, dos piernas, por no ser vasco y por ser más inteligente que ellos. Habían perdido sus respectivos miembros a poco de empezar la guerra y presumían de haber expuesto su vida por el glorioso Movimiento Nacional.

Se llamaban Urritamendi y Soldázar (nunca olvidaré sus nombres) y les complacía enormemente repetir sus respectivas odiseas. Entonces todo el mundo contaba la suya: eran relatos parecidos, angustiosos, heroicos y resignados. Apenas escuchaban los que contaban los demás, la cuestión era explicar el drama propio, las vicisitudes propias, las propias desgracias.

–En mi casa siempre fuimos de derechas -decía Urritamendi alzando el mentón y liberando su nuez del cerco del uniforme-. Mi padre era el cacique de Mondragón.

Urritamendi era el más suspicaz, el más intransigente. No podía tragar que

me hubiera escapado de la zona roja: olvidaba que también su provincia, al principio de la refriega, había hecho frente a las fuerzas del ejército.

–¿A qué partido pertenecías?

–A ninguno.

–¿Y tu familia?

Eludía la respuesta, la desviaba:

–Mi madre pertenece a la nobleza madrileña: por eso estábamos perseguidos. Nos pudimos salvar gracias a la protección de una amiga afiliada al partido de Companys.

–Menudo punto filipino sería esa tal amiga.

–Nos salvó la vida.

–¿Y tu padre?

–Murió cuando la peste bubónica en Barcelona: era médico.

–¿Y el resto de la familia?

–Se quedó en Madrid.

Mis alusiones a nuestra precaria sangre azul los calmaba. También los impresionaba lo de la peste. Pero el odio que yo les inspiraba, no llegaba a ceder.

Soldázar había nacido en Bilbao y la guerra lo había sorprendido en Biarritz. Entró en España al caer San Sebastián. También él estaba llamado a filas:

–¿Y por qué tardaste tanto en pasarte a nosotros, jolines? El Movimiento

empezó en julio y tú no diste señales de vida hasta enero.

–No era fácil.

Procuraba ser breve. Temía que acabaran por pillarme en errores o contradicciones. Me aterraba que, puestos a indagar, llegasen a descubrir mi viejo contacto con Paquito, las tendencias republicanas de mi madre…

–¿No te parece que ese chico habla poco? – preguntó Soldázar a Urritamendi-. Yo diría que esconde algo o así.

Y guiñaba moviendo mucho la mejilla para que yo me diera cuenta.

–A lo mejor esconde un duro de plata.

Y rompió a reír para corear su propia broma. Urritamendi me echaba ojeadas severas como si efectivamente yo fuese uno de aquellos aprovechados monopolizadores de monedas que tanto mermaban la moral del Movimiento.

–No me extrañaría; siendo catalán…

La alusión me hurgaba por dentro, me encendía la sangre y amenazaba desmoronar mi aguante:

–Pasé al bando nacional sin un céntimo en el bolsillo. Continúo siendo pobre.

–Pues vaya ganancia que hicimos. Si al menos hubieras aportado algo de provecho…

–Lo siento.

–A pesar de todo, no nos convences: desde el momento en que recalaste por aquí nos dijimos: «Un paniaguado, un enchufado con pinta de señorito…» La retaguardia está infectada de casos como el tuyo.

Y como vieron que yo continuaba callado, volvían a la carga:

–El doctor Suárez asegura que trabajabas en un Banco. ¿Era de tu familia el Banco ese?

No me atrevía a decirles que no lo era. En sus mentalidades «ser un simple empleado» equivalía a ser sospechoso de insatisfacción social. Y si les hubiera dicho que yo poseía acciones de aquel Banco, me hubiesen tildado de burgués.

Comprendí pronto que la gran protagonista de la retaguardia nacional era la suspicacia. La reciente ofensiva del Norte caldeaba los ánimos: había familias partidas en dos: hermanos que vestían uniforme nacional se lanzaban a luchar contra hermanos que defendían desesperadamente la bandera euzkadi. Todos los días el parte oficial nos comunicaba las bajas contrarias, los metros de tierra conquistados, las muertes de nuestros héroes, valientemente caídos en las avanzadillas de Franco.

Soldázar y Urritamendi no perdían ocasión de considerarse aludidos. «Pronto veremos a los nuestros…» Pero muchos de «aquellos nuestros» eran ya francos enemigos de la España franquista.

Por lo que decían, deduje que sus familiares se habían quedado allí, en el saco rojo y separatista que se parapetaba tras el famoso tinturen de hierro. Aunque jamás mencionaban aquello, había detalles que lo delataban.

–Dentro de poco, en Bilbao -decía Urritamendi.

Pero en su aparente alegría había una dosis grande de desconfianza. Miraba luego su *no brazo* como si por arte de magia se le hubiera desprendido del cuerpo para unirse a la refriega y al llegar a Bilbao fuera a recuperarlo.

A veces, cuando me hartaba de sus desprecios, me las ingeniaba para ponerlos en aprietos (como había hecho con Paco Moraldo), planteándoles problemas que de antemano intuía que ninguno de los dos sabría resolver:

–Oye, perito en dulce, a ver cómo se arregla ese lío…

Al volverme necesario me trataban mejor:

–Anda, échanos una mano, catalán…

Cierta vez me atreví a plantarles cara:

–Pero ustedes son los jefes: ustedes deben decidir.

Urritamendi soltó un taco y dio un puñetazo en la mesa:

–¿Serás cabronazo? Si te consultamos es porque eres perito, cuernos: todos los jefes tienen asesores. ¿O no?

–A sus órdenes, mi sargento.

Y los ayudaba.

Pero a la larga mi ayuda los humillaba y la humillación, en aquellos tiempos, era difícil de perdonar.

–¿Sabes lo que te digo, perito en dulce? Que te estás volviendo muy marisabidilla. Y eso ni es patriótico, ni ético, ni consecuente.

Era difícil sortear a aquel par de desgraciados. Su humor dependía de situaciones que a veces resultaba imposible adivinar.

Pero mi paciencia llegó al límite el día que me encontré con Lolita.

Era un domingo y yo tenía permiso. Aunque el tiempo caldeaba, nadie pensaba en ir a la playa: la gente solía reunirse en la avenida o en la plaza del Bulevar. Recuerdo que, aquella tarde, la ciudad hervía de entusiasmo: el avance del Norte se iba perfilando cada vez más nítido en el panorama bélico, y los refugiados se abordaban unos a otros con euforia mal

contenida.

Pasaba yo por delante del hotel Avenida para dirigirme al café contiguo. Y de pronto la vi. Se hallaba sentada a una mesa con dos muchachas de su edad que vestían uniforme de Frentes y Hospitales.

Me detuve a pocos metros de distancia: no podía creerlo. Estaba más bella que nunca. Era ya una mujer completa, independizada de sus resabios infantiles.

Cuando me acerqué no se fijaron en mí. Hablaban entre ellas: discurrían sobre lo que iban a tomar; pedían leche, bolados, reían.

Me planté ante su mesa:

–Lolita…

Alzó los ojos. Pareció dudar. Dijo luego:

–Santo Cielo: tú eres Carlos.

Se le abrían los ojos, estupefactos, negrísimos. Me tendió la mano:

–¿De dónde has salido?

–Llevo aquí algún tiempo -aclaré-. Me pasé por el frente de Teruel: estuve enfermo y ahora trabajo en un hospital. ¿Y tú?

Lolita no contestó. Me presentó a sus amigas: «Chuchi y Paqui.» Y enseguida añadió:

–Carlos Hondero Ruiz de la Argamasa.

Recordaba mi nombre entero y lo lanzó con desafío, como si mi segundo apellido fuera imprescindible para completarme.

–Siéntate con nosotras y cuéntamelo todo.

Se le había esfumado ya el odio de aquella tarde en el golf. Nada de aquello resultaba vigente: ni la lucha de clases, ni las castas, ni las ideas políticas podían empañar la alegría de volver a vernos. Todo era como un renacer, un volver a empezar sin raíces, sin lastres ni rencores.

Me habló de su familia: Paco estaba en Biarritz, «trabaja de enlace…» Lo dijo guiñándome para darme a entender que su labor era importante: una especie de espía a las órdenes de Franco.

Sus padres vivían con ella en el hotel Avenida, y sus amigas, las que acababa de presentarme, eran enfermeras alistadas en frentes y hospitales. Al día siguiente saldrían rumbo a los hospitales provisionales que se iban instituyendo en las retaguardias del Norte.

–Yo también quisiera marcharme, pero mis padres no me dejan.

Recordé a la señora Moraldo, tiesa, encopetada, pronunciando las eses con sonido de ce y las ces con sonido de ese, hablando sin mirar al interlocutor para no perder su altiva compostura, y eché un vistazo al hotel contiguo (donde se hospedaban). Era divertido imaginarla viviendo allí.

–La guerra nos sorprendió en Francia -dijo-. Afortunadamente pudimos salir de España antes que estallara. Al parecer lo hemos perdido todo. Fueron a buscarnos y al comprobar que nos habíamos marchado, saquearon el edificio.

Recordé aquella casa; sus estatuas, sus muebles, sus tapices, su jardín… Recordé a Justo sirviendo la merienda en el comedor. Recordé a miss Francia enseñándonos a jugar al bridge… ¡Qué lejos estaba todo!

Estuve a punto de preguntarle: «¿Cómo es posible que tus padres se avengan a vivir aquí?» El hotel Avenida era un lugar mediocre, una especie de balneario con ribetes de fonda, donde se servían acelgas aliñadas con ajo y los dormitorios carecían de baño propio.

Lolita decía:

–Acabaré convenciéndolos: estoy segura. Estoy cansada de vivir en la retaguardia…

Chuchi y Paqui me miraban intrigadas y sonrientes. Lolita les aclaraba: «Carlos es un antiguo amigo: compañero de estudios de mi hermano… -Y en un arranque de sinceridad, comentó-: Estuvo a punto de ser mi novio, ¿verdad, Carlos?»

Las mesas se habían instalado en la acera y el tránsito de peatones en aquel lugar se entorpecía. No me di cuenta del peligro hasta que lo tuve encima.

Reímos los dos el comentario de Lolita. El pasado ya no existía. Se había esfumado con los primeros brotes de la guerra.

–Cuando mis padres se enteraron, me enviaron al extranjero…

Y volvió a reír, con una risa que yo no conocía en ella: despreocupada y segura.

–Luego nos perdimos de vista hasta hoy. ¡Tiene gracia!

Al parecer, lo había olvidado todo: los motivos de nuestra separación, los reparos de la familia Moraldo, la alusión al republicanismo de mi madre, mi acusación contra su padre, mi odio…

–¿Y tu madre? – preguntó Lolita-. ¿Dónde tienes a tu madre?

Quizá fue entonces cuando «recordó». Lo comprendí porque las cejas se le fruncieron y su mirada registró un extraño desvío.

–Se quedó en la zona roja. No pudo salir.

Las cejas de Lolita volvieron a su normalidad. La cuestión que se debatía

era dolorosa y no era cosa de andar recordando rencores.

Cambió de conversación. Preguntó:

–Se dice que han matado a José Antonio: tú que vienes de allí sabrás algo…

Pensé: «Es inteligente: sabe echar un capote.» La muerte de José Antonio era todavía un interrogante en la zona nacional y yo, a decir verdad, desconocía los hechos.

Las amigas de Lolita eran requetés, pero se afanaban en demostrar que respetaban la Falange. Parecían dóciles e idealistas: en su buena fe consideraban que los partidos unificados iban a ser la columna vertebral del Movimiento. «Margaritas y Flechas: eso somos ya. Pronto tendremos nuestro estatuto y seremos una sola cosa.» Me pregunté qué opinaría Estanislao Rodríguez de aquella unificación.

Enseguida los descubrí: se habían sentado a una mesa contigua a la nuestra: el brazo de Urritamendi multiplicando ademanes y el pie de Soldázar pateando el suelo con aire impertinente:

–¿Estás viendo lo que veo yo?

–Todavía tengo ojos.

Me levanté para cuadrarme cuando Lolita preguntaba: «¿Los conoces?» Urritamendi dijo:

–Lo menos que puedes hacer es presentarnos a esas deliciosas criaturas…

Fue preciso presentárselas. Se trasladaron a nuestra mesa y pidieron ginebra. A partir de aquel momento, empezó la tirantez. Como siempre, Urritamendi llevó la voz cantante. Empezó metiéndose con las muchachas, con sus uniformes, con sus peinados… Luego despotricó contra los transeúntes («tan panchos ellos, tan comodones…») y acabó aludiendo a mi «enchufe»:

–Así que ya os conocíais… Dime, Lolita, ¿fue siempre tan cobardica? Supongo que ya te habrás enterado de su odisea: se puso neurasténico en cuanto escuchó un tiro. Cuando digo yo que el mundo está mal repartido: perder brazos o pies para que niñatos como él se dispongan a comer la sopa boba… -y me dio un manotazo en la rodilla-. Unos primos: eso es lo que somos.

Estaba borracho, pero todavía lo disimulaba. Soldázar, menos belicoso, procuraba paliar la situación:

–De todos modos hay que reconocer que el chico cumple. ¿No es verdad, perito en dulce? El hombre trabaja y trabaja bien.

–Así cualquiera: con dos brazos y dos pies… Pero lo que yo digo: ¿No estará quitando el puesto a quien lo merece de verdad?

Lolita me echaba miradas furtivas alarmada, callada, como si dijera: «Defiéndete.» Y yo me sentía humillado, avergonzado de mí mismo.

–Fijaos bien en toda esa chusma -seguía diciendo Urritamendi, extendiendo el brazo-. La mayoría son como Hondero: refugiados de pacotilla con su letrero en la frente para que nadie se mueva a engaño. Todos dicen lo mismo: todos son muy clericales, muy capitalistas, muy franquistas… Pero de tiros, ¡nanay!

–Bueno, basta de quejas -dijo Lolita.

Pero no le hicieron caso: siguieron hablando de mí, de mi odisea, de mi miedo: «Un miedo de campeonato con sus ribetes de oportunismo muy bien dosificados…» Lolita se atrevió a decirle:

–Has bebido: estás borracho.

La alusión a su borrachera sacó de quicio a Urritamendi:

–Cuando estoy con chicas bien, no tengo por costumbre emborracharme. Así que elige, preciosa: o estoy borracho o eres una chica bien.

Lolita se levantó. Sus amigas la imitaron. Se despedían de ellos. Iba a acompañarlas cuando escuché la voz de Urritamendi:

–Hondero: firme.

Obedecí.

Lolita me miraba, no comprendía… «Adiós, Carlos… -echó un vistazo al hotel-. Ya sabes dónde me hospedo…»

Soldázar me obligó a sentarme con ellos:

–Así que las mujeres te abandonan, perito en dulce… Y eso que a ti no te falta nada: al menos lo que salta a la vista.

Y volvieron a reír, con carcajadas gruesas, de beodo irritado, lagrimeando y atragantándose.

–Fíjate en ése -decía señalando a un soldado bajito-. También lo han mutilado. Hay que cuadrarse ante él: es un mutilado de estatura…

Llegó el camarero. Pidieron más ginebra. El camarero era un hombre maduro y «hacía patria» remplazando a los jóvenes:

–¿Mandan ustedes?

Mandaban todo: le gastaban bromas pesadas, le exigían imposibles para ponerlo en aprietos: «¿Qué opinas tú de la guerra?» El camarero se atropellaba, no sabía qué debía contestar: «Un chico algo confuso, ¿verdad, Soldázar?» Y Soldázar contestaba: «Esperemos que esa calvicie tan reluciente sea verdadera…» El camarero temía: todo el mundo temía cuando algún mutilado se volvía gallito:

–¿Sabes ya que antes de dos meses vamos a entrar en Bilbao? – y posando la mano en mi hombro dijo-: Éste lo sabe muy bien: acaba de llegar del frente.

Y me espetó una ojeada airada:

–Está propuesto para la laureada: es todo un héroe.

Soldázar dijo:

–Bueno: ya está bien de coñac.

La tarde se volvía fosca, irritante, como un frente medio destruido. Pensé: «No podré soportar más esta tensión.» Era preferible exponerse a morir del todo que morir poco a poco, de vergüenza, de reproches y de censuras. «¿En qué piensas, Hondero? ¿En la partida de vendas o en la partida al frente?»

No contesté. Actué.

Al día siguiente me alisté como soldado raso en las columnas de repuesto. Se lo comuniqué al doctor Suárez: «Me he agregado a las fuerzas del Norte.»

Se me quedó mirando reflexivamente y me tendió la mano:

–Tú verás lo que haces. Espero que no recaigas.

–Tal vez recayera antes si continuara aquí.

–Comprendo -dijo-. También en la retaguardia hay guerra…

–Gracias por todo.

–Suerte, muchacho.

No se habló más del asunto. No me despedí de mis jefes. Aquel mismo día me pidieron ayuda: «Oye, perito en dulce…» Los escuché, como siempre, fingiendo interés. Luego los dejé colgados, con su problema sin resolver, con sus bromas sin eco y sus galleos truncados.

Antes de salir, le mandé una nota a Lolita: «Tardaré en regresar: me voy al frente. Acuérdate de mí: Carlos.»

No me sentía héroe: me sentía víctima: juguete de dos hombres que no perdonaban la integridad física de mi juventud.

De cualquier forma, también ellos influyeron en mi futuro. Si no los hubiera conocido, jamás me hubiera alistado en el pelotón de infantería, y el discurso de Rosendo Falstat no hubiera resultado tan brillante cuando se refirió a mis gloriosas páginas militares. Sin embargo, ellos nunca llegaron a saber lo mucho que habían contribuido a mi partida. Fueron ejecutores indiferentes, como lo fui yo con Angelina. Un par de pequeños asesinos que desconocían su potencialidad criminal.

De nuevo me dieron fusil, cantimplora, macuto… De nuevo las caminatas al son de himnos nacionales y hedores a pólvora. Había macizos que se debían escalar contra cualquier contingencia. Y había declives que debíamos recorrer, sin mirar atrás, sin pensar en la sangre que empapaba el suelo. Luego había los «cuerpos a tierra» y los «ataques», y la bandera enhiesta que jamás se doblegaba. Y las borracheras sin alcohol: la embriaguez sin tiempo ni cansancio… Y cientos de vidas proyectadas hacia un solo fin: como si cada una fuera únicamente una molécula de un cuerpo enorme que se dispusiera a acabar con aquel otro cuerpo que le hacía frente.

Apenas había treguas: había alucinación y gritos y gemidos: sonidos ambiguos que se perdían en los estallidos cada vez más violentos y monocordes. Y había mutilados recientes, caídos en la tierra: seres que se desangraban, pero que había que mirar con indiferencia para no perder tiempo, ni moral, ni energías. «Los camilleros: para eso están los camilleros», decía Requejo.

Requejo era un cabo eficaz: un veterano que sabía latín en cuestiones militares. Para él cualquier engranaje debía ser justo, exacto, más matemático que la propia matemática. Todo debía seguir su curso sin contar ni con el pasado ni con el futuro ni con el presente: al margen del tiempo y del espacio: únicamente teniendo en cuenta el «engranaje». Eso era la gran realidad, la gran pauta, la fenomenal meta.

Requejo solía cantar: decía que los himnos ayudaban a respirar: «Arriba, escuadras, a vencer…» Íbamos apelotonados, unidos, formando bloques. A veces tropezábamos, caíamos, nos pisaban y volvíamos a levantarnos, para avanzar, tropezar y acaso pisar otros cuerpos vivos o muertos. No tenía importancia.

Aquel día Requejo iba a mi lado. Me sentía seguro escuchando su voz: «Un artesano de la guerra -pensaba yo-. Un jabato.» Se había visto en infinidad de fregados y siempre había salido ileso. Fiaba en su buena suerte porque le habían metido en la mollera que su madre lo había parido con dos capas craneales: «Así que llevo tres cascos -me decía-. Dos naturales y uno artificial.» Requejo era un entusiasta de todo menos de su apellido: «Parece un taco», solía bromear. La vida le gustaba y la guerra, para él, era su vida. Se agarraba a cualquier circunstancia para ensalzarla. Hacía patria así: lanzando loas a la guerra, a la bandera, a los cachupinazos, y presumía de abrirse paso entre las balas como si fueran cortinas de flecos.

–Ya lo ves, Hondero: no pueden conmigo.

Y enseguida se ponía a cantar. No sabía pelear sin cantos: «Que en España empieza a amanecer…» A veces su voz se volvía gruesa, brusca como una trompeta ensordecedora: «Soy el novio de la muerte.» Lo creía de verdad. «Es un amor imposible», bromeaba. «Nunca podré unirme a ella…» Tal vez por eso creía estar tan enamorado de ella: porque la consideraba inasequible. «Mi más leal compañera…»

Así, cantando, se encaraba hacia el enemigo, sublime, sin arredrarse, sin pensar en las molestias del cuerpo, ni en el calor, ni en la infernal orquestación que nos acompañaba.

De pronto hubo un alto. Requejo obedeció. «Párate, hombre -me dijo-: ¿No has oído la orden?» Era difícil estar atento en medio de aquel zafarrancho de sonidos y estruendos. Sentía su mano sobre mi brazo: firme, dura.

–A tierra.

Ante nosotros había un pequeño otero, un repecho breve. Quedamos estirados en fila, pendientes de la nueva señal. Lo miré. Tenía una expresión beatífica, casi infantil:

–Adelante.

Fue el primero en obedecer. Yo tardé unos segundos. Los suficientes para que la bala que debía haberse incrustado en mi cuerpo, se calara en el suyo. Cayó fulminado: el rostro sin facciones, la canción que iba a cantar tragada con la bala.

–¡Requejo!

Pero ya no me oía. Requejo ya no era. Se había esfumado de golpe con su optimismo, sus himnos y sus tres capas craneales. En sus manos empuñaba el fusil y de la cara le brotaba un manantial de sangre.

–Adelante.

La bandera otra vez; el engranaje y los que venían detrás pisaban su cuerpo… No me daba cuenta de que mi pierna izquierda chorreaba:

–Animal, mírate el muslo -me dijo el de al lado.

Y antes de que pudiera verlo, caí sobre unos matorrales. No me dolía. Me dolió en cuanto vinieron a buscarme. Era un dolor insoportable, como la cara de Requejo, como los gritos de Antonio y Julio cuando juraban su inocencia…

Entonces, sólo entonces, comprendí el resentimiento y la desesperación de Urritamendi y Soldázar. Fue un entender pasivo, desnaturalizado: algo que no me causaba remordimiento por haberlos odiado. Pero lo supe todo de ellos. Los vi por dentro con toda su grandeza y sus miserias, y comprendí que, en el fondo, eran sólo un par de infelices comidos de dolor, de miedo, de espanto. Pensé: «También yo voy a ser un mutilado lleno de rencor.» Sin embargo, no me importaba perder la pierna. Lo horrible era morir: quedarse sin tiempo, sin rostro, sin himnos, sin voz para lanzar loas a la guerra como le había ocurrido a Requejo.

No podía acordarme de él sin experimentar su muerte en todo el cuerpo. Tenía la impresión de que aquella cara estallada me estaba clavando puñales en los nervios. Seguramente ni siquiera se había dado cuenta de que moría: había pasado del canto a la muerte, lisa, sencillamente, como si morir fuera una circunstancia vulgar.

La herida de mi pierna fue grave. Temieron que se gangrenara. La infección crecía… Más de una vez pensé que iban a amputarme aquel miembro.

Recurrieron a una cura de caballo: me provocaron abscesos en distintas partes del cuerpo. Decían que la infección iba a salir por allí…

No llegué a Bilbao: tampoco volví a ver a Urritamendi ni a Soldázar. Cuando, para recuperarme, me llevaron de nuevo a San Sebastián, los dos se habían trasladado ya a Vizcaya.

No hay duda: aquellos hombres me torturaron, me humillaron: pero me convirtieron en un héroe oficial: un auténtico herido de guerra, que cojeaba legalmente, que llevaba bastón y que presumía de baqueteado como ellos habían presumido de mutilados.

Las enfermeras me mimaban, las monjas me sonreían, los médicos me atendían y el ejército me nombró sargento. Fue un nombramiento solemne, rubricado por el Ministerio de la Guerra. Ya nadie podía poner en duda mis ideales políticos, ni mi patriotismo, ni mi valentía.

En cuanto Lolita se enteró de lo que me había pasado, fue a verme al hospital: «Carlos… ¿cómo ha sido…?»

Era un lenitivo grande verla comparecer, con su blusa azul, su boina ladeada, sus ojos cada vez más negros.

Eran visitas largas y jugosas. Caldeaban el ambiente y disipaban la grisura de un tiempo que empezaba a ser inclemente. Me traía noticias de la vanguardia, del frente, de la zona roja. Barcelona llevaba mucho tiempo soportando nuestros bombardeos… Y yo no tenía noticias de mi madre.

Cierta tarde Lolita me comunicó que mi madre vivía.

–No quise decírtelo antes de estar segura, para no inquietarte, pero pude establecer contacto a través de la Cruz Roja.

La hubiera abrazado allí mismo. Cogí su mano: la tenía fría. Algo agarrotaba mi pecho; una emoción grande que apenas podía disimular:

–En cuanto pueda salir, lo celebraremos -le prometí.

La recuperación era lenta, pero la perspectiva de salir algún día con ella y recorrer la ciudad a su lado, era mi mejor estimulante.

No podría decir con exactitud cuáles eran los sentimientos que, en aquellos momentos, me unían a Lolita: sé que la necesitaba, que su presencia en el hospital era mi gran premio.

En cierta ocasión le dije:

–Nunca imaginé que la guerra pudiera ser tan maravillosa, Lolita. A veces hasta me avergüenzo de sentirme tan feliz.

Lolita desvió la mirada: miró en torno; su pecho se agitaba inquieto bajo la blusa:

–Las guerras no duran siempre -dijo.

En el fondo, aquella situación era esporádica: los dos lo sabíamos. Luego vendría la paz con sus distancias y sus niveles, con la supresión de uniformes y la diferencia de clases. En aquellos momentos no había diferencias, ni aristas, ni relieves: sólo comprensión y una suave confusión de ardores que lo volvía todo alegre.

En mis ratos libres, estudiaba. Lolita me había agenciado los libros necesarios para continuar mi curso, interrumpido en la zona roja. «Podrás examinarte en cuanto se anuncie la convocatoria…» Ella misma se había encargado de matricularme en la Escuela de Comercio.

De sus padres nunca hablaba. Tampoco yo los mencionaba. Sin decírnoslo, tanto ella como yo optábamos por enterrar el pasado, por dejarlo languidecer entre nuestros recuerdos infantiles.

A principios de marzo, Franco promulgó el Fuero de los Españoles. Lo recuerdo muy bien porque coincidió con mi primera salida. Aunque renqueante, anduve a pie bajo un paraguas, con Lolita al lado. Nos metimos en un salón de té de la calle de San Marcial, cercano al mercado.

Fue aquella tarde cuando, por primera vez, después de nuestro encuentro, Lolita me habló del pasado. «Sufrí mucho, Carlos… Me dijiste cosas horribles.»

En torno a nosotros había mesas ocupadas: parejas anodinas que hablaban bajo y sorbían el té, con ademanes rituales, guardando la distancia necesaria para resultar honestos. (En aquel tiempo, las apariencias tenían una gran importancia.) Rocé con el meñique la mano de Lolita:

–Estuve insoportable -confesé-. Nunca me perdonaré las barbaridades que te dije.

Lolita dejó su taza en el plato suavemente: se le había encendido la cara y sus ojos brillaban como si hubiera sorbido alcohol.

–Tampoco yo estuve manca… -me dijo sonriendo-. La verdad es que éramos un par de niños tontos.

Hubo un silencio denso y prolongado:

–Te habrás enamorado alguna vez, Lolita.

–¿Y tú? ¿Te enamoraste tú?

Asentí:

–Me enamoré de una mujer que se parecía a ti. Pero era mucho mayor.

–¿Qué ha sido de ella?

–Supongo que se quedaría en Barcelona.

Volvió a su taza de té, el pliegue de los labios algo retraído:

–Pronto entrarán en Barcelona -dijo-. Podrás recuperarla.

Era gracioso que Lolita creyese en mi necesidad de recuperar a Estrella. Dejé escapar una risa breve:

–No tengo intención de recuperarla: ya no me interesa. Aunque se parecía a ti, no era como tú.

–¿Debo tomarlo como un cumplido o como una impertinencia?

–La verdad es que Estrella, a tu lado, era un miserable insecto.

–¿Se llamaba Estrella? Bonito nombre. – Se llevó el índice a la mejilla y sonrió casi malignamente-: Dime, Carlos, ¿cómo soy yo?

–No lo sé: sé cómo me haces «ser» a mí.

Años y años he ido arrastrando aquel fenómeno. Lolita tenía la virtud de «cambiarme», de convertirme en un hombre digno. Todavía ahora, desde mi siniestro, cuando pienso en ella, comprendo que lo poco bueno que he realizado en la vida, ha sido siempre bajo su influencia.

–¿Y cómo te hago ser?

–Consecuentemente, distinto, casi bueno…

Reímos los dos.

–Así que tú querías a Estrella…

–Yo diría que estaba alucinado…

–¿Y ella? ¿Estaba también alucinada?

–Por otro -bromeé.

Sonreía, miraba de nuevo la calle.

–El amor debe ser eso: alucinarse.

–¿Lo crees así?

–No ver los defectos de la persona querida y si los ves, adorarlos… Eso debe ser el amor. – Se detuvo de pronto. Encogió los hombros-. No sé por qué digo eso… No entiendo demasiado en amores.

Dejó de mirar la calle. Cambió el tono de voz:

–Parece que ha parado de llover -dijo.

Aquella noche me costó dormirme. Veía a Lolita con su impermeable azul resguardándose bajo el paraguas nebro camino del Hospital. «La vida está

llena de sorpresas, ¿verdad, Carlos? Quién tenía que decirnos que…» Pero cuanto más la trataba, más comprendía yo que tarde o temprano la vida nos hubiera empujado el uno al otro. De hecho era como si nuestro trato jamás se hubiera interrumpido, como si el lapso de aquella separación hubiera sido breve. Había hechos que nunca podrían escapar a su propio destino: hechos que parecían estar escritos y que nada ni nadie era capaz de violar. Ahora sé que Lolita era entonces una especie de destino para mí. Sin embargo, también lo eran nuestras continuas separaciones: unas separaciones que llegaban siempre cuando algo importante iba a empezar entre nosotros.

Aquella tarde, al subir a Monte Igueldo, ni ella ni yo sabíamos aún que íbamos a tardar mucho en volver a vernos. Tal vez, de haberlo sabido, la separación de aquel día no hubiera sido tan desabrida ni tan desesperanzada.

No llovía; sin embargo, la pierna me dolía mucho. «Mal presagio -le dije a Lolita-. Cuando me duele, suele haber tormenta.»

Ignoraba que mi tormenta verdadera iba a consistir en separarme de ella, volver al silencio de su ausencia, a mis horas de hospital sin su voz alegrándolas.

Desde Monte Igueldo la ciudad parecía otra: más pequeña, más asequible. Era una ciudad indefensa cercada por un mar que parecía devorarla. Lo veíamos furioso estrellándose contra las rocas; el cielo, gris, cargado de nubes que se retorcían y se rasgaban sobre los tejados, la playa, inmensa y vacía, comida por la marea…

Nos sentamos en un banco de piedra: hablamos del fin de la guerra (hacía pocos días que las tropas de Franco habían llegado al Mediterráneo y se rumoreaba que la guerra en Cataluña iba a durar poco), de todo lo que encontraríamos al regresar a nuestras casas…

De pronto Lolita miró mi pierna herida.

–Hasta cierto punto, me alegra que no mejores, Carlos… Podrían volver a mandarte al frente.

Contemplaba mis botas al decir aquello. Y su perfil de estatua clásica permanecía inmutable. De pronto reaccionó:

–Lo sentiría mucho por ti, naturalmente.

–¿Sólo por eso?

Dio un respingo, intentó parecer frívola:

–No voy a negarte que estoy acostumbrándome a tu compañía.

Y se levantó para apoyarse en la balaustrada: abajo, en el mar, no había un solo pedazo de agua que se pareciera al otro. Era un mar contradictorio aquél, un mar diferente del nuestro.

–Además -añadió-, tú ya has dado tu porción de vida a la guerra. Dios no te pide más.

Lolita era religiosa como todas las chicas bien de entonces, y le gustaba mezclar a Dios en sus conversaciones.

–¿Cómo puedes saber lo que Dios me pide?

–Lo intuyo, Carlos: Dios y yo somos buenos amigos.

Fue entonces cuando me habló de su fe. No la entendía, pero me gustaba oírla. Lolita tenía una fe inamovible, como aferrada a ella con cemento. «Te envidio, Lolita.» Le dije que mi fe había languidecido hacía muchos años, que me resultaba imposible comprender infinidad de cosas: «Bastaría que comprendieras que no es posible comprenderlo todo para que la fe volviera a ti…» Decía que le daba pena ver la desolación de la gente que no creía… Que de buena gana hubiera sido misionera…

–Conviérteme tú -le dije bromeando.

–No es cosa mía -contestó ella-. Sin tu colaboración, no puedo hacer nada.

Entonces volví a mis salidas de tono. Le dije que colaboraría con ella gustoso, pero no en aquello. Me miró ofendida:

–Está refrescando -comentó-, deberíamos volver.

Me sentía molesto, cortado y la maldita pierna me dolía… Al regresar apenas hablamos. Había sido una discusión estúpida, un lapso sin lógica ni razón: algo que nacía de la tormenta que sin duda iba a estallar, ajeno por completo a nuestras realidades internas.

La dejé en su hotel y estreché su mano:

–¿Hasta cuándo?

–No lo sé.

Empezaba a anochecer y la actividad cívica disminuía: la guerra exigía retirarse temprano, apagar pronto las luces y dejar desiertas las calles.

–Si te he ofendido, perdóname -le dije sin soltar su mano.

–Perdóname tú a mí -dijo.

–¿De qué he de perdonarte?

–Probablemente no soy la compañía que te conviene, Carlos.

–Te equivocas, Lolita… Tú no sabes cuánto te necesito.

–Porque te encuentras solo: únicamente por eso.

Se acercó a la puerta:

–Adiós, Carlos.

–Todavía no -le supliqué-. Por favor, Lolita, no te vayas aún.

–Es muy tarde -dijo ella-. Te llamaré mañana.

Pero no llamó. Pasó una semana en silencio: una larga semana de inseguridades, de hipótesis descabelladas, de esperanzas huecas. Varias veces intenté comunicarme con ella por teléfono. Jamás la encontraba (Lolita es ducha en ese tipo de escamoteos).

Cierta mañana me llamó ella para comunicarme que se iba:

–Mis padres se van a Lecumberri y quieren que los acompañe. Pasaremos allá el resto de la primavera y todo el verano. Dicen que no es saludable vivir siempre junto al mar.

Pensé: «Otra vez la arrebatan: otra vez quieren separarnos…»

–No podré soportarlo, Lolita.

–Es preciso cambiar de aires.

–Te necesito, Lolita.

No parecía oírme:

–Te escribiré.

–¿Lo prometes?

–Lo prometo.

Y reía: su risa era todavía despreocupada, alegre:

–Pasará pronto -dijo-; luego lo veremos todo más claro.

Fue un verano triste y vacío. El mundo sin Lolita se me acababa, se convertía en un erial desabrido e insulso.

A veces, cuando la nostalgia de ella se volvía demasiado aguda, me iba hacia los lugares que habíamos recorrido juntos; estaban llenos de recuerdos, de ilusiones volatilizadas: el salón de té de la calle San Marcial; Igueldo, con su vista de pájaro sobre la ciudad; La Concha, siempre vacía, siempre comida por la marea… Todo estaba impregnado de ella: todo reclamaba su presencia.

Varias veces me detuve ante el hotel Avenida: las mesas del bar contiguo habían sido retiradas de la acera. El frío empezaba a replegar a la gente y la ciudad languidecía porque otra vez era otoño.

De vez en cuando soñaba despierto: departía con ella; le explicaba mis planes: «Cuando acabe la guerra seré ya profesor mercantil: volveré al Banco, trabajaré como un león… Y cuando sea rico, me casaré contigo.» Los Moraldo ya no podrían rechazarme. Los Moraldo habían recibido una lección de humildad excesivamente rotunda para que se atrevieran a echar mano de sus ínfulas parasitarias. La guerra había unificado a la gente: las clases sociales tenían otro matiz: el de los actos heroicos, el de las jerarquías militares, el de los comportamientos patrióticos.

Lolita me escribía con frecuencia. Sus cartas llegaban a mis manos, abiertas y pegadas con celofán. Entonces el correo era sistemáticamente inspeccionado por censores anónimos. La guerra exigía precauciones. Se trataba de un hecho molesto que coartaba e impedía que la pluma siguiera el ritmo de las ideas o los sentimientos, pero todo el mundo lo aceptaba porque era necesario para mantener el equilibrio del país. En el fondo era una costumbre más, como saludar con el brazo en alto y la mano abierta, o como llevar insignias con el escudo de la nueva España colocado en el pecho.

Recuerdo que, tras la fecha, Lolita colocaba en sus cartas la indispensable

consigna: «II Año Triunfal». Era una adición habitual que nadie dejaba de consignar. Se decía que, sin aquel detalle, las cartas no llegaban a su destino.

Las cartas de Lolita tenían un contenido alegre, jocoso, como de alguien que está seguro de sí mismo. Empecé a conocerla bien a través de lo que me escribía. Su inteligencia era preclara y estaba llena de sentido del humor. También yo procuraba escribirle en aquel tono; pero, sin darme cuenta, la pluma se me iba llenando de lirismos: «Estoy cansado de esta ciudad -le decía-, a veces no resisto pasearme por las calles sin ti: todo me pesa; la multitud, los himnos, la lluvia constante… Cuando tú estabas aquí, jamás llovía, ¿recuerdas? Aunque cayesen chuzos, para mí brillaba el sol…» Y al releer lo que había yo escrito comprendía que estaba enamorado. A veces aquel amor me asustaba; el futuro, por muy optimista que yo pretendiera volverlo, no dejaba de ser una incógnita: la guerra seguía una marcha lenta y nadie sabía lo que más adelante íbamos a tener que sobrellevar… Mi amor por Lolita ya no era aquella inconsciente fantasía de la infancia, aquel «jugar a ser novios», que tan ridículo me había parecido después. Se trataba de un amor sólido, sobrecargado de entusiasmos, que sólo el temor a «razonar* podía mermar.

Entonces yo no la quería por su ambiente, ni por su dinero, ni por lo que representaba en la alta sociedad: la quería por ser ella, por aquella sonrisa que formaba hoyos en sus mejillas, por su modo de aceptar la vida, por sus ideas, siempre nítidas y originales.

A veces, cuando el tiempo se recrudecía y la pierna me dolía demasiado, mi humor se enfoscaba. Entonces mis cartas eran también sombrías y malhumoradas: «Todo el mundo habla de victorias, de triunfos inmediatos, de la inevitable caída de Barcelona… Pero yo estoy triste, Lolita: la alegría de la gente me ofende, me deja rendido. No soporto ver caras risueñas alrededor cuando me siento tan hundido. Por más que lo intento, no consigo formar parte de la masa: apenas la tolero.»

Sus respuestas no se hacían esperar: «Lecumberri cada vez está más animado: muchos refugiados han venido a parar aquí. Es un lugar

pintoresco: lleno de vacas, de niños y de hierba… Pero si a ti te cansa la masa de la ciudad, yo no sé qué hacer con tanta vaca, tanto niño y tanta hierba…»

A veces me entraba la tentación de correr a su lado, de pasear con ella por aquellos paisajes que tan bien describía, aunque sólo fueran unas horas. Pero los médicos no me permitían salir de San Sebastián: «Imposible: no puedes viajar como si tal cosa. Seguramente tendrías una recaída. La herida todavía no se ha cerrado: aguarda a que llegue el invierno.»

En el hospital me agencié amigos: entre ellos al capitán Figueruela. Era un castellano que vivía en Barcelona y su trato distaba mucho de resultar protocolario. Figueruela era un hombre tranquilo, inteligente, de matices netamente cívicos. Había hecho la guerra por convicción patriótica y aunque, por la edad, no estaba llamado a filas, poseía el grado de alférez de complemento y se creyó en la obligación de ofrecerse voluntario. Lo habían herido poco más o menos en la época que me habían herido a mí. Y la coincidencia nos había acercado el uno al otro.

Era un hombre inteligente, culto y, por lo que me contaba, trabajador. La guerra lo había sorprendido en Barcelona, pero el consejero de Gobernación había sellado su pasaporte en los primeros días. Salió de la zona roja en un barco italiano de la Cruz Roja ayudado por el consulado inglés. De Italia se vino a España, decidido a pelear contra el Gobierno.

–Lo peor es no saber nada de la familia -solía decirme.

Aunque era soltero, soñaba con una mujer que había dejado en Barcelona (más tarde se casó con ella) y se recriminaba con frecuencia de haber abandonado a sus padres en el «infierno marxista».

–Todos estamos en las mismas condiciones -le decía yo para consolarlo.

Pero aquel tipo de consuelos no solucionaba nada. Figueruela se sentía solo, como yo, como la mayoría de los heridos que nos bandeábamos en aquel hospital.

Al apuntar el otoño experimenté una notable mejoría en la pierna. Pero Lolita no volvía y yo languidecía de aburrimiento y tristeza.

Transcurrió todavía algún tiempo antes de que volviera a verla: lo suficiente para que al encontrarme de nuevo con ella, nada fuera como antes. A veces el paso del tiempo prepara jugarretas de ese tipo.

Era ya noviembre cuando un día me llamó por teléfono.

–Llegamos anoche.

Aquel día la lluvia caía brutal sobre la ciudad y el viento luchaba contra ella con aquel tipo de arrebatos bruscos, tan típicos del país vasco, arremolinando el agua, alzándola del suelo y volviéndola oblicua.

–Por fin… Ya era hora -le espeté bromeando-. ¿Cuándo podré verte?

–Pronto.

–No -insistí-, quiero verte enseguida.

–Está lloviendo mucho.

–No importa: en cuanto nos veamos, saldrá el sol.

Reía ella con su risa de siempre, confiada, alegre:

–Está bien: nos encontraremos en el Bar Basque.

–¿A qué hora?

–A la una.

El Bar Basque era un lugar céntrico, que en aquella época, se veía plagado de uniformes y mujeres bonitas. Llegué allí con media hora de antelación:

la sahariana mojada, el rostro chorreando, las botas húmedas. El local estaba prácticamente vacío. No tardaría en llenarse. Me senté a una mesa junto a la puerta de entrada. Frente a mí, una mujer vestida de negro, joven y de rasgos armoniosos, me contemplaba distraída. También ella estaba sola y de vez en cuando bostezaba.

El camarero preguntó qué deseaba: le pedí un *ginfizz.* Miré al exterior. Tras la cristalera se veía difuso un paisaje gris congestionado de agua. La mujer sacó un cigarrillo de su bolso y yo me levanté para ofrecerle fuego:

–Gracias, sargento.

Tenía una voz dulzona y nostálgica.

–Ha sido un placer -le dije.

Me tuteó enseguida:

–¿Estás herido? – me preguntó señalando mi bastón.

–Un balazo.

–¿Dónde fue?

–En el frente del Norte.

–Entonces eres un héroe.

Lo decía entre irónica y admirada; sus palabras llenas de humo.

–Un héroe de pierna izquierda -bromeé.

–Lástima: tan joven…

–Dicen que, con los años, dejaré de cojear.

–Los cojos tienen su atractivo… ¿No te lo han dicho?

Y miraba la pierna insistentemente, como si pudiera ver la herida a través del pantalón.

–Esperas una mujer, ¿verdad?

Asentí.

–También yo espero un hombre.

–¿Marido?

–De otra.

–Entiendo.

Su desparpajo era franco, insinuante, terriblemente atractivo.

–¿Y tú? ¿A quién esperas tú?

–A una amiga.

–¿De otro?

Reí la ocurrencia:

–Que yo sepa, no.

–¿Es tu novia?

–Lo fue.

–¿Y ahora?

–Sólo amiga.

Torció la cabeza: la melena le colgaba: era castaña, sedosa y despedía efluvios de lavándula:

–A veces se reincide, ¿lo sabías?

–Es posible. Por ahora todavía no hemos reincidido.

No tardó mucho en proponerme:

–Si quieres, podemos esperar juntos. Es menos desairado.

Me senté a su lado y el camarero trasladó mi *ginfizz* a su mesa.

–¿Eres donostiarra? – pregunté.

–No, madrileña. La guerra me pilló en San Sebastián: en plena luna de miel.

–Entonces… estás casada.

–Viuda: mi marido murió asesinado el primer día de la guerra.

Lo dijo sin inmutarse, como si lo que acababa de exponer fuera lo más natural del mundo.

–Todavía le guardas luto.

–¿Lo dices por el vestido? No: es mi único traje de invierno. Cuando salimos de Madrid era verano. Luego fue imposible renovar el vestuario. No tenía dinero y, además, no era fácil encontrar telas.

Intenté imaginarla sin aquel traje ajustado y sobrio, un poco pasado de moda. La comparé a Lolita. No se parecían. Se parecía a Serena (aquella Serena que aún no conocía y que más tarde asumió durante un lapso grande todas las efigies de las mujeres de mi vida). Tenía los labios gruesos y los pómulos coloreados, ligeramente salientes:

–¿Vives sola?

–A veces.

–¿Cómo te llamas?

–Paloma.

–Yo me llamo Carlos.

–Tanto gusto, Carlos.

Me tendió la mano: era delgada, flexible, ligeramente temblorosa.

–¿En qué te ocupas? – pregunté.

–Soy viuda de guerra. ¿Te parece poca ocupación?

En aquella época, ser viuda de guerra era lo mismo que ostentar un cargo.

–Lo siento -dije por hablar-, debió de ser muy duro para ti. ¿Lo querías?

Paloma aplastó el cigarrillo contra el cenicero: los nudillos de su mano blanqueaban:

–No me gusta hablar de esas cosas.

Se defendía del recuerdo de aquel modo: sacudiéndolo.

–Perdóname -murmuré-. ¿Tienes familia?

–Aquí no: sólo amigos.

Y entonces comprendí. De pronto Paloma fue una radiografía: vi su soledad, su frustración, su dolor estrujado, su sed de felicidad cercenada.

Y también su desesperación, su desconcierto ante aquella felicidad troceada. Vi su desamparo, y el hambre y la necesidad de continuar viviendo, aunque tuviese que luchar a brazo partido contra la adversidad, contra el recuerdo, contra todo lo que la vida le pusiera por delante.

Y la imaginé en Madrid, todavía virgen, todavía dispuesta a convertirse en una esposa fiel, abnegada y sometida. La vi entrando en la iglesia, con su vestido blanco y su corona de azahar, mirando segura hacia el presbiterio, como si al contemplar al hombre que la aguardaba allí, estuviera contemplando un futuro eterno, sin cortapisas ni guerras. Así habría pronunciado el «sí»: confiando. Así habrían trocado sus alianzas, ignorando que su viaje de bodas iba a conducirlos al desastre.

Tal vez apenas conociera al marido, tal vez cuando lo asesinaron acabara de hacer el amor con él por primera vez…

Su mano sostenía un vaso casi vacío. La alianza de oro había sido sustituida por otra. Tendió la mano y señaló la sortija:

–La entregué al Tesoro Nacional. A cambio de la de oro me dieron ésta.

Era un aro burdo, sencillo y mate. Pero, entonces, ostentar aquel tipo de alianzas era un orgullo.

–¿Por qué lo hiciste?

Se encogió de hombros y continuó sonriendo:

–Ya no servía. José había muerto. Y yo necesitaba convencerme de ello. Una forma de olvidar… ¿Comprendes? En aquellos momentos lo esencial era eso: olvidar.

–También ese gesto supone ser heroico…

–Exacto -dijo ella-. No hay duda: soy heroína de dedo.

Apretó los labios en un rictus burlón:

–Parece que nuestros citados se retrasan.

Miré la hora. Faltaban cinco minutos para la una:

–Está lloviendo mucho -comenté.

El alcohol ingerido empezaba a hacerme efecto y la compañía de Paloma me gustaba. Pensé: «Podía haberla conocido antes…»

–¿Cómo es tu amiga?

–Bonita, inteligente, muy joven…

–¿Qué edad tiene?

–Acaba de cumplir diecisiete años.

Paloma frunció los labios. Preguntó:

–¿Sois amantes?

–No: solamente amigos. Nos conocemos desde que éramos niños. ¿Y el tuyo? ¿Cómo es tu amigo?

–Completamente opuesto a tu amiga: no es joven, ni demasiado inteligente, ni le conozco desde la infancia, ni es exactamente amigo. Según tu forma de entender la palabra.

Hubo un silencio cortante:

–Será mejor que vuelvas a tu mesa -insinuó-. Estarán al caer. No conviene que nos vean juntos.

–¿Por qué?

Volvió a encogerse de hombros:

–¡Qué sé yo! A todo el mundo le gusta ser exclusivo.

Su pierna rozó distraídamente mi herida:

–Sentiría perderte para siempre -le dije-. ¿Podré volver a verte?

–No soy una mujer cómoda.

–Me gusta la incomodidad.

–Yo, en cambio, soy comodona.

–Procuraré satisfacerte.

Me dio sus señas.

–¿Tienes teléfono?

Lo apuntó en una servilleta de papel.

–Adiós, Paloma.

Me tendió la mano: la besé. Un fuerte olor a lavándula se metió en mi olfato.

–Hasta pronto, sargento.

Después volví a mi mesa. El local empezaba a llenarse, pero la mirada de Paloma podía con todas. Recordé su apellido: «Señora de Pardueque, de soltera Paloma Marcos.»

Me hubiera gustado continuar charlando con ella: su conversación era

picante, atractiva, había en ella algo nuevo que Lolita no poseía. Pedí otro *ginfizz:* me sentía eufórico, importante… Recordé a Lolita: no tardaría en llegar; sin embargo, algo por dentro me decía que su presencia, en aquellos momentos, no era oportuna. «Debí retrasar nuestro encuentro…» Lolita era mi amor lejano, mi amor sublime… Pero en la vida había algo más positivo que una mujer idealizada.

El marido de otra al que Paloma esperaba, no tardó en llegar. Era toroso, maduro y tenía voz de micrófono. Se comprendía que era un hombre rico por su forma de abordar al camarero y de ajustarse el nudo de la corbata: «Un aprovechado de las circunstancias», pensé. Seguramente su mujer viviría con los hijos en otra ciudad, quizá en la zona roja, o acaso en algún lugar intencionadamente distante de San Sebastián (la ciudad pompeyana, la ciudad regalo), ceñida al presupuesto que el marido le asignara gracias a las transferencias bancarias. Paloma lo escuchaba sonriendo, con mueca estereotipada, llena de falsa atención; oteándome de vez en cuando sin que él se diera cuenta y siguiéndole la corriente para mantenerlo contento.

El alcohol los volvía locuaces, premiosos, ingrávidos. Sin duda hablarían del presente (aquel presente precario que en vano se pretendía desvirtuar con proyectos más precarios todavía), de la necesidad de «vivir» el momento para no dejarse vencer por la guerra, de lo esporádico de una infidelidad pequeña que pronto se desvanecería al afrontar la paz.

Luego salieron de allí, cogidos del brazo, camino de la lluvia, del silencio, de todo aquello que ocurría porque sí.

También lo que me sucedió a mí cuando salí con Lolita fue una reacción esporádica, un «porque sí» absurdo, un borrar toda sensatez, para dejar la vida en simples instintos, en puras reacciones animales.

No entiendo aún cómo pude comportarme de aquel modo con ella: a veces pienso que fue el alcohol, otras imagino que todo se debía al rehilete que Paloma empuñaba cuando nos separamos… lo cierto es que, una vez más, la causa no interesaba. El hombre está lleno de pequeñas causas que condicionan sus reacciones, sus fallos, sus destrucciones… Lo importante

fue el hecho.

Paloma llevaba ya un buen rato fuera del Bar Basque cuando entró Lolita. La vi de pronto frente a la mesa: el rostro tostado, los ojos radiantes, las comisuras de los labios alzadas:

–Lolita…

Me tendía una mano, la mantuve entre las mías. El guante estaba húmedo.

–Ha sido largo, ¿verdad, Carlos?

–Muy largo.

Se acomodó a mi lado: Lolita despedía frío. Un frío que parecía venir más allá de su ropa húmeda. Pensé en mis cartas, en las suyas, en aquella cuesta empinada que mediaba entre Lecumberri y mi hospital, en mis horas vacías (aquel largo desfile de tedios desgranados por culpa de su ausencia) y en la angustiosa necesidad de verla, de oírla, de sentirla a mi lado, tal como estaba ocurriendo en aquellos momentos, sin que mi emoción se encabritara ni mi vacío se llenase.

–Estás preciosa -le dije-. Has tomado el sol… Pero su belleza se disolvía con mis palabras, se volvía neutral. No era la belleza soñada que yo esperaba encontrar. Era un sueño apagado que la realidad de Paloma estaba matando poco a poco.

–¿Por qué has tardado tanto, Lolita?

Me sentía estafado por culpa de aquellos meses sin ella. No tenía derecho, pensaba, no tenía derecho a mantenerme tanto tiempo a la espera.

–Ha sido mejor así, Carlos: mucho mejor. Somos jóvenes y debíamos reflexionar.

–No es bueno -dije-. No es bueno desafiar el tiempo.

No me entendía. Creía aún que todo «era igual que antes».

–¿Has conocido otras mujeres?

–¿Por qué lo preguntas?

–Te convenía -dijo-. Era necesario que las conocieras… No quería ser un obstáculo para ti.

Recordé lo que me había dicho cuando era niña: «No quería encadenarme.» Las dos frases se parecían. Lolita no sabía que las ocasiones vuelan, que cuando se las deja pasar rara vez regresan. Por eso decía cosas así.

–Suponte que las haya conocido… ¿Qué hemos conseguido?

–Estar seguros el uno del otro.

Como si la seguridad fuera inviolable, como si las seguridades eran darse entre los hombres, como si «estar seguro» fuera una constante incapaz de destruirse.

–Todo puede destruirse, Lolita: incluso la seguridad.

Me miró asustada. No me entendía.

–Me has obligado a venir… para decirme eso.

–No: cuando te pedí que vinieras, te estaba necesitando.

Lolita miró mi vaso. Preguntó:

–Has bebido, ¿verdad?

–Sí, he bebido, he pensado, he comprendido…

–¿Comprender qué?

–No lo sé aún. Estoy confuso.

–Me pregunto qué estoy haciendo aquí, Carlos… Nunca te he visto tan extraño… Hace escasamente tres horas, me reclamabas, pedías que viniera… ¿Qué ha podido ocurrir en ese espacio de tiempo?

No eran tres horas, era mucho menos: era escasamente un segundo: el preciso para darme cuenta de que en la vida había algo más que Lolita.

–A veces un instante puede cambiar el rumbo de toda una vida -le dije-. ¿No lo sabías?

–Entonces, ¿vivimos sobre una cuerda floja?

Asentí. Tal vez creyera aún que estaba bromeando, o que el alcohol que había yo ingerido me obligaba a desvariar.

–En ese caso, no me queda más solución que marcharme.

Se levantó. Hice lo mismo. La gente que había alrededor nos miraba extrañada:

–Será mejor que hablemos en otro sitio -le propuse-. Aquí estamos rodeados de imbéciles.

Aguardamos bajo el toldo hasta que pasó un taxi. Nos metimos en él. Ordené al taxista que diera vueltas por la ciudad hasta que le avisara.

Lolita me miraba con el entrecejo fruncido: no captaba mis reacciones, no se explicaba aquella forma mía de reaccionar.

–Escucha, Lolita, he estado reflexionando… Nos han estafado, nos han exprimido, nos han obligado a perder el tiempo.

Me acordaba del marido de Paloma, de aquel amor truncado, de aquel olvido… Sujeté sus brazos:

–Atiéndeme bien: ni tú ni yo tenemos la culpa de que haya guerra. Ni tú ni yo la hemos buscado. Ni tú ni yo deseábamos ese horrible guiso de odios… Han sido ellos, los mayores, los forjadores de partidos, los salteadores de conciencia…

Lo decía jadeante, brusco, como si estuviera pensando en voz alta.

–Estás borracho -volvió a decir ella.

–No lo niego.

Pero me sentía lúcido; más lúcido que estando sereno.

–¿Adónde quieres ir a parar?

–Al desquite.

–¿Qué desquite?

–Quiero vengarme, Lolita: quiero vengarme del daño que nos han hecho.

–¿Cómo? Por favor, Carlos, ¿qué pretendes?

Entonces la besé furiosamente, rabiosamente, como si Lolita fuera Paloma, como si jamás la hubiera respetado, como si mis sueños de la infancia se recrudecieran y Lolita fuera otra vez la víctima de mis vandalismos solitarios.

Lolita no se resistió. Me miró después con los ojos llenos de lágrimas, como si contemplara un edificio en ruina.

–¿Por qué lo has hecho?

–Es lo normal, Lolita: me gustas, te necesito. Por eso te he besado.

–Así no -decía ella-, así no has debido besarme.

–¿Por qué?

–Me has tratado como a una mujer cualquiera…

Respiraba con ansiedad, el pecho alterado, la voz quebrada:

–¿Qué quieres de mí?

–Todo.

Se llevó las manos al rostro y empezó a sollozar. Eran sollozos menudos, silenciosos, como si una arteria vital se fuera desangrando.

Hubo un silencio largo, interminable. El coche proseguía su marcha, chapoteando en los charcos, estrellándose contra la lluvia.

No insistí. Le dije al taxista que enfilara hacia el hotel Avenida. Lolita no protestó. Se llevó el pañuelo a los ojos para secarse las lágrimas.

–He sido un bruto -le dije-. Perdóname, Lolita.

Lolita no me miraba. Miraba la calle, la lluvia, el frío.

–A veces un hombre actúa sin darse cuenta de lo que hace…

La vi pálida, temblorosa.

El coche se detuvo a la puerta del hotel.

Lolita me tendió la mano:

–Adiós, Carlos.

Salió del coche. Quedó unos instantes bajo el dintel del portal, su pelo chorreando, sus ojos tristes:

–A pesar de todo, no ha salido el sol -murmuró.

–Te llamaré cualquier día… Hay que aclarar esto -le dije-. No podemos separarnos así.

Se volvió bruscamente y se metió en el portal. La observé mientras subía por la escalera que conducía al ascensor.

En cuanto llegué al hospital, marqué el número de Paloma.

Así empezó mi verdadero alejamiento de Lolita: refugiándome en los brazos de otra mujer. Una mujer triste que no conocía, que jamás había visto antes y que probablemente nunca podría amar como la había amado a ella. Pero los hechos del hombre suelen ser casi siempre así: insidiosos y torpes, intuitivos, desgarradamente absurdos.

Fueron unas relaciones violentas y fosforescentes: una larga cadena de fuegos fatuos que nos ayudaban a ella y a mí a seguir viviendo, a destruir tedios y a reírnos de la vida a costa de traiciones. Ni ella ni yo nos queríamos el uno al otro: nos completábamos, nos explotábamos mutuamente como dos vampiros ansiosos de vivir su muerte. Tampoco nos odiábamos. Era solamente una forma narcisista de querernos a nosotros mismos, de darnos satisfacciones, sin sentimientos ni exigencias.

Llegó un momento en que ya nada era concebible sin Paloma. Sin embargo, no la amaba. Eso era lo curioso: en el fondo seguía amando a Lolita. Pero Lolita ya no era una obsesión. Se había convertido de nuevo en un sueño, un oasis quimérico que bien podía ser un espejismo.

No volví a llamarla por teléfono ni di un paso para encontrarme con ella. Mi herida se había cerrado y ya no precisaba bastón para circular por la calle: tampoco a ella la necesitaba ya. Se había acabado como se había acabado el

dolor de mi pierna. Pero un día volvimos a vernos.

Fue en enero, la ciudad hervía en exaltaciones: los frentes catalanes habían iniciado su ofensiva por cuatro puntos cruciales y el enemigo, aterrado y desmoralizado, se defendía mal. Por aquellos días, el éxodo catalán había empezado. Nada podía detener a nuestras tropas. La consigna era «llegar a Barcelona antes de acabar enero». De hecho, llegar a Barcelona era para todos como llegar al final de la guerra. La gente, en sus cartas, ya no escribía «III año triunfal». Los más se adelantaban a los acontecimientos y escribían: «Año de la Victoria.» Una victoria precisa, saturada de esperanza y españolismo. Recuerdo que aquella tarde, San Sebastián era un hervidero de alegría. Grupos de refugiados habían salido a la calle para lanzar su entusiasmo. Las fuerzas nacionales habían entrado en Sitges, y la masa catalana se consideraba ya «en casa». Se escuchaban himnos en todas las calles. La gente bailaba, bebía, gritaba…

No llovía y el frío, aunque húmedo, tampoco era riguroso.

Recuerdo que, al día siguiente, yo debía partir con Figueruela y un grupo de militares hacia Cataluña. Era un premio que no podían arrebatarnos. Por fin íbamos a entrar en Barcelona, por fin íbamos a recuperar nuestras casas, nuestras familias…

Paloma se pegó a mi cuello.

–Nunca volveré a verte -me dijo.

–Quién sabe -le repuse-. La guerra está a punto de acabarse.

–Madrid tardará en caer.

–Volveré antes de que caiga -le prometí.

Paloma movió la cabeza negando y sonriendo:

–Sabes muy bien que nunca volverás.

–Si así fuera, ¿te importaría?

Se apartó de mí, se fue hacia el lecho. Se sentó a los pies de la cama. Miró la alfombrilla, la pata de un sillón desvencijado.

–Creo que sí. Pero acabaré acostumbrándome. La vida debe consistir en eso: en acostumbrarnos a desacostumbrarnos. Y renunciar…

No estaba triste, pero se la veía hundida.

–De todos modos, no me quejo: lo hemos pasado muy bien juntos, ¿verdad, Carlos?

Y como viera que yo no le contestaba, preguntó:

–¿Crees que nos adaptaremos?

–¿A qué?

–A la paz.

Me he acordado mil veces de aquella pregunta. Sobre todo al principio de la posguerra, cuando llegó el reajuste, la continuidad cívica sin saludos militares ni heroísmos publicados. Cuando al hablar de la guerra los otros se tapaban los oídos, para «no saber», para «olvidar», para convencerse de que «todo aquello» no había sido más que un incidente: un fuego extinguido, una extorsión superada…

–Todo el mundo se adapta a la paz.

–Yo no lo veo tan fácil. Nada tendría sentido si me adaptase. Se ajustó la bata y se puso en pie.

–Nunca podrá parecerse a la paz que yo conocí antes. Tendré que luchar para superarla. En el fondo -añadió-, será como una guerra particular para

conquistar mi derecho a la antigua paz.

Entonces volvió a abrazarme. Y yo supe que Paloma se acababa allí, en aquel abrazo híbrido, sin emoción, sin deseo, sin amor.

–Hasta pronto -le dije aún.

Pero jamás he vuelto a verla.

Paloma se quedó en eso: un episodio perdido que entorpeció, en su día, mi verdadero destino.

En cuanto salí de su casa tropecé con Lolita. Fue al doblar la esquina de su calle para enfilar la Avenida. Me vi de pronto zarandeado, empujado por un río humano que voceaba entusiasta, lanzando vítores y entonando himnos. Los apretujones eran cada vez más intensos. Casi no se podía avanzar.

Su voz llegó hasta mi oído camuflada entre las otras: «Carlos…»

Y al volverme me encontré con su cara casi pegada a la mía.

–¡Carlos!

–No puedo creerlo… ¿Qué estás haciendo aquí, Lolita?

La empujaban hacia mí, la aplastaban contra mi cuerpo. Y Lolita reía, con una risa distinta, más que alegre, patética.

–Hay que librarse del tumulto -le dije mientras la arrastraba hacia la orilla-. Si no actuamos rápidos, moriremos aplastados…

Se dejó llevar por mí sin ofrecer resistencia, aturdida, el rostro encendido. Conseguí al fin resguardarnos bajo un portal.

–Un esfuerzo más y estaremos a salvo en mi hotel -dijo ella.

La empujé, como pude, hacia el hotel Avenida. Lolita seguía riendo, nerviosa, jadeante, oliendo a alcohol.

–¿Has bebido? – le pregunté.

–¿En qué lo notas?

–Estás distinta.

Se apoyaba contra la pared, respiraba anhelosa, la mano derecha pegada al pecho.

–De algún modo había que celebrarlo, ¿no te parece?

–¿Celebrar qué?

–La inminente entrada en Barcelona.

Hablaba precipitada, nerviosa.

–Estás más delgada, Lolita.

–Tú, en cambio, has mejorado.

Oscilaba, parecía que iba a caerse.

–¿Te sientes mal?

–Lo que tú has dicho: he bebido y no estoy acostumbrada.

–Será mejor que subas a tu cuarto y descanses.

–Ayúdame tú; tengo miedo de caerme.

La conduje hasta el ascensor.

–No te preocupes -dijo ella-. Mis padres están en Biarritz. No regresarán hasta mañana.

Y tiraba de mí para que subiera con ella.

–Ni siquiera hay que pasar por el vestíbulo para llegar a mi cuarto -aclaró-. El ascensor es independiente.

Me vi de pronto metido con ella en aquel ascensor renqueante, que crujía al menor movimiento. Se detuvo en el tercer piso.

–Mi cuarto está ahí mismo: frente al ascensor.

Llevaba la llave en el bolso. Me rogó que la metiera en la cerradura. Era un dormitorio desabrido, con balcón a la Avenida, la cama cercana a la puerta, el lavabo a los pies, el armario de luna en la pared de enfrente.

Lolita se dejó caer en la butaca contigua al balcón. Tenía el rostro encendido y me miraba como jamás lo había hecho hasta aquel momento:

–Debo de parecerte un fardo… Efectivamente, estoy como una cuba. No me quedaba otro remedio.

–¿Qué quieres decir, Lolita?

Se pasó la mano por la frente. Probablemente, todo debía de darle vueltas, porque sus ojos parecían extraviados. Se agarró a los dos brazos del sillón, como si temiera caer.

–Te estaba esperando, Carlos.

Cerré la puerta, me acerqué a ella, me senté a sus pies.

–¿Dónde me esperabas, Lolita?

–No es la primera vez. Sólo que tú no te dabas cuenta.

Empezó a hablar nerviosa, brusca. Se desabrochó el abrigo, lo lanzó al suelo: «Conocía tus visitas a esa casa…» Retiró de su cuello la bufanda: «Era mi única forma de verte…» Cogí sus manos; las tenía heladas: «Han pasado dos meses, Carlos, dos horribles meses sin hablarte, sin oírte, sin recibir ni una línea tuya…»

Se abalanzó a mi cuello y rompió a llorar. Sentía yo su espalda hueca y delgada bajo mis manos: «¿Por qué, Carlos, por qué? ¿Por qué me has dejado tanto tiempo sola…?»

Era difícil contestar. Ni yo mismo lo sabía.

–Un día te vi con esa mujer: la viuda Pardueque. Todo el mundo la conoce. Todo el mundo sabe qué clase de vida lleva… Y comprendí.

–No, Lolita, no comprendes nada.

Pero seguía hablando. Era imposible hacerla callar. Me apretujaba contra ella, lloraba sobre mi mejilla: «Lo comprendí todo. Me acordé de nuestro último encuentro… Fue culpa mía, Carlos: te perdí por eso, por estúpida…»

Repentinamente se puso en pie, se quitó el traje.

–También yo soy mujer -me dijo.

Estaba bellísima, el cabello enmarañado, los ojos brillantes. Su cuerpo medio desnudo.

–Esperé día tras día, Carlos… Nunca imaginé que se pudiera sufrir tanto.

–Por favor, Lolita, cállate.

La abracé; era como abrazar una roca que se fuera derritiendo entre los brazos.

–Yo te quería, Carlos, nunca he dejado de quererte. Te quise desde que éramos niños…

–También yo te quería a ti, Lolita, con toda mi alma…

–¿Y ahora, Carlos? Dime la verdad… ¿Me sigues queriendo ahora?

Cogí su cara entre las manos: le besé la frente.

–No debiste beber, Lolita. Mañana, cuando estés normal, sufrirás demasiado.

–Mañana… Cuando se está en guerra, el mañana no existe. Tú tenías razón. Hay que aprovechar cada segundo.

Volví a abrazarla: caímos los dos sobre el lecho. Era extraño besar a Lolita de aquel modo y tenerla a mi merced, como si fuese Estrella, o Paloma, o Angelina…

Me aparté de su lado. Pensé en todo lo que pensaría ella al día siguiente.

–Tienes una vida por delante… -le dije-. No quisiera hacerte daño.

–¿No lo comprendes? Sin ti mi vida será una larga cadena de muertes.

Las veía ya plasmadas en aquel silencio que sólo el ruido callejero era capaz de violar. Era extraño que me sintiera tan triste cuando abajo todo el mundo reventaba de alegría.

–Debo irme, Lolita.

Se incorporó, me tendió los brazos.

–Carlos… Te lo suplico: dame un motivo para vivir; aunque no me quieras, aunque me detestes… Te estoy pidiendo una limosna, Carlos.

Cerré los ojos; no quería ver su cuerpo, ni su cara, ni aquellos brazos tendidos hacia mí:

–Tú mereces mucho más que eso, Lolita… Eres una niña, ¿no lo comprendes?

–No, Carlos: no lo soy. Nadie es joven cuando hay guerra.

Me agarré a su fe, a sus creencias. Las esgrimí como último recurso:

–Tú creías en Dios, Lolita…

Fui hacia la puerta. La abrí. Bajé corriendo la escalera. La calle se había despejado. Miré el portal: estaba oscuro. También la calle oscurecía, y el cielo y el alma.

El frío me obligaba a caminar deprisa. Al llegar a La Concha vi el horizonte cubierto de tiras rojas. Era un consuelo comprender que en algún lugar de la ciudad podía existir un atisbo de luz. Tampoco aquella noche pude pegar los ojos. La imagen de Lolita tendiéndome los brazos era aún peor que recordar los míos cuando suplicaban a Estrella.

Me sorprendió la madrugada todavía insomne.

–Rápido, sargento: es la hora de partir.

Figueruela estaba ya en el coche con un cabo y dos alféreces. Todos vivían en Cataluña, todos habían sido heridos, todos habían solicitado el privilegio de entrar en Barcelona cuando se tomara la ciudad.

Pasamos por delante del hotel Avenida; miré hacia el balcón de Lolita. Lo tenía cerrado. Se me partía el alma al imaginarla allí dentro desgranando su pena sin que nadie la recogiese.

–¿Qué te ocurre Hondero?

–Mira: ¿ves ese balcón? El de la bandera torcida… Ayer estuve arriba… -¿Qué pasó?

–Nada; eso es lo curioso. No pasó nada.

Figueruela reía. Creía que le estaba gastando una broma:

–¿Merecía la pena?

–Toda.

–¿Entonces…? Ya sé: te acobardaste.

–No; fui demasiado valiente.

–¿Lo sientes?

–Quizá.

Figueruela me dio un golpe en la espalda:

–Gangas del oficio.

Perdimos de vista el hotel. Jamás he vuelto a recuperarlo. Se fue con la guerra, con mi juventud, con aquella Lolita que nunca volvería a reír como antes. Lo demolieron para construir otro edificio.

Íbamos hacia Barcelona con las tropas de repuesto. Fue un viaje incómodo, pero ilusionado. El despliegue de las tropas de vanguardia nos abría paso a lo largo del camino. Daba la impresión de que todos los soldados de España se habían concentrado en aquel frente: apenas encontramos resistencia; sólo algún puente volado y algunos trenes detenidos. Lo demás era casi normal, como si la guerra, que todavía coleaba en las avanzadillas, fuera un simple trámite o un juego de niños. La escapada del enemigo dejaba el paso libre y la tierra conquistada eran parcelas serenas, con sus viñedos y sus trigales muertos, dispuestos a resucitar.

A veces, por decir algo, el capitán Figueruela se quejaba de tanto sosiego: «Demasiado cómodo; una mierda de paseo. Ni un mal tiroteo.»

Pero en el fondo aquello lo regocijaba. Era lo mismo que recoger una cosecha sembrada por otros. Recuerdo que el cabo iba cantando una sardana: «Mucho cuidadito -decía Figueruela-, que no te oigan los madrileños.» Era una frase con sabor a paz. Aquella paz que apuntaba sus exigencias con estilos nuevos. «Sobre todo, nada de catalanismos: mucha atención al acento; hay que castellanizarse y hablar con propiedad.» Reían todos como chiquillos de escuela. «Si vais a San Sadurní de Noya, hay que preguntar por "Saturnino de Chica…" El cabo se llevaba la mano al gorro: «A la orden, mi capitán.» Y continuaba cantando.

Aquella noche dormimos donde pudimos, con los ojos a medio cerrar y el corazón despierto.

La entrada en Barcelona se había previsto para el día siguiente. El cabo no cesaba de hacer proyectos: «Lo primero que haré será correr a las Ramblas…» Cada uno tenía su meta particular, su expectación particular, su esperanza particular. «Si no lloviera…» «Sería hermoso entrar en Barcelona a pleno sol…» Y explicaban lo que habían dejado, lo que esperaban encontrar: lo que pronto harían más allá de la guerra.

Se les notaba el ansia de llegar en el cosquilleo que provocaban sus frases. «Yo correré al puerto…», decía un alférez.

Entramos por la Diagonal.

–¡Mirad!

Guardamos silencio: el pecho oprimido. Íbamos quietos, solemnes; el rencor de todos aquellos años transformado en victoria.

De pronto, el clamor: un estruendoso clamor que ensordecía. Y el campaneo: todas las campanas de la ciudad estaban repicando.

El coronel que iba delante de nuestro coche llevaba un amplificador en la mano. Se dirigía a la muchedumbre que atestaba las calles y se apiñaba en los balcones. El capitán lloraba. Era inaudito ver llorar a aquel hombre.

Al torcer el paseo de Gracia, la multitud crecía. Ondeaban banderas improvisadas, lanzaban flores, se subían a los árboles.

Había mujeres aupando niños, había niños que se subían al pescante de los coches: pedían pan, comida… Asustaba ver tanto rostro famélico, tantas mejillas hundidas, tantos ojos tristes… La ciudad entera era como un gran cadáver.

Había edificios destruidos, cascotes, basura amontonada…

El coronel seguía aleccionando: «Tendréis luz, tendréis víveres, tendréis asistencia médica.» Nada funcionaba: los tranvías se habían detenido por falta de electricidad (nuestras tropas habían cortado el fluido) y, al parecer, tampoco había agua.

Sin embargo el cadáver quería vivir, escapar de su muerte, recuperar su sangre.

Nada era igual a lo que yo había dejado. Pero los edificios principales estaban allí: El Círculo Ecuestre, la Banca Salcedo… Me pregunté qué habría sido de don Alberto. Y de los J. J.

Los soldados de vanguardia iban arrancando las efigies de Marx y de Lenin. Colocaban a Franco y a José Antonio. La multitud los ayudaba: «Los mismos -dijo Figueruela-, siempre son los mismos.» Vencidos o vencedores, la masa nunca cambiaba.

Me acompañaron hasta la plaza de Cataluña: «Vete y no te presentes en el cuartel hasta dentro de cuatro días.» Nos estrechamos las manos: «¡Suerte!» Bajé por las Ramblas arrebujado en muchedumbre. Había un desorden grande en aquella parte de la ciudad. Llegué a mi calle. No vi a la cojitranca

ni al ciego. Vi a la vecina; salía de casa cuando yo entraba:

–¡Carlitos, Carlitos!

La abracé allí mismo, como si abrazarla fuera lo único que había estado esperando durante aquellos años de guerra.

–Deja que te mire: no puedo creerlo… Pero si te han hecho sargento…

Había enflaquecido y tenía el pelo blanco. Pregunté por mi madre. Me enteró de que había salido: continuaba bien y, al saber que las tropas nacionales estaban llegando, había querido sumarse al gentío: «Tenía la esperanza de verte entrar en la ciudad…»

De nuevo el olor a sardinas que fluía de la portería, la bombilla sucia de moscas, la baranda de la escalera.

–Tengo la llave de tu casa.

Subí a toda prisa: el resuello agitado. Me apremiaba contemplar otra vez el piso que habíamos abandonado apresuradamente al estallar la revolución.

La vecina me dejó solo. Se lo agradecí. Necesitaba de aquella soledad para asimilar lo que estaba recuperando. Todo parecía igual, pero era distinto. Mi madre se había afanado por darle una apariencia decorosa a cada rincón y a cada objeto. Pero el resentimiento de Estrella se notaba en todo el piso.

Por lo que me había dicho la vecina, mi madre llevaba ya varios meses ocupando nuestra casa: «Ya no corría peligro…» Angelina iba a verla con frecuencia; continuaban siendo amigas: «Y tu madre nunca careció de alimentos…» Mientras la vecina hablaba, una vergüenza grande me iba comiendo por dentro: «Lo peor fueron los bombardeos…», decía. Era enternecedor imaginar a mi madre tan sola y tan asustada.

La cama de mi dormitorio estaba hecha, las paredes recién pintadas, lavada la alfombrilla… Olía a aguarrás, a zotal, a lejía.

Dejé el macuto en el suelo y contemplé el patio. La claraboya continuaba rota y el suelo del piso bajo volvía a estar encharcado. «Otra vez en casa.» Era extraño vivir allí. Era extraño recuperar los sonidos de entonces, las voces, las pisadas… Contemplé mis libros: «Economía Política y Estadística», «Historia de España», «Contabilidad», «Mercancías», «Legislación Mercantil…» Todo era ya agua pasada, trigo molido. Acababa de conseguir mi título de profesor.

No sé cuánto rato estuve allí, sin hacer nada: mirando, escuchando, recuperando recuerdos. De pronto escuché pasos en el rellano, y la llave hurgando en la cerradura. Abrí la puerta:

–¡Mamá!

Cayó en mis brazos llorando. «Carlitos, Carlitas, Carlitos…» Casi me gustaba que me llamase de aquel modo: «Hijo, hijo, Carlitos…»

Creo que nunca la había querido tanto como en aquellos momentos. Jadeábamos los dos, las mejillas húmedas: sin hablar. Era difícil hablar. Era difícil echar fuera todo lo que se iba atropellando en la mente.

Había envejecido. También estaba más delgada, pero continuaba bellísima.

–¿Estás bien, mamá?

–Perfectamente, hijo. ¿Y tú?

–Sano y salvo: ya lo ves.

Me palpaba, miraba mi uniforme, acariciaba mis galones:

–Así que lo conseguiste… Menudo tunante estabas hecho. Escapar de la zona roja por el frente… ¡A quién se le ocurre!

–¿Tomaron represalias?

–Se olvidaron de mí. Estaban demasiado ocupados en hacer la guerra. Quizá me buscaran, pero yo continuaba viviendo con Angelina. No me dejó salir de su casa hasta que ya no corrí peligro.

–¿Cómo está ella?

–Mal; lleva enferma mucho tiempo. Tendremos que ayudarla.

Le enseñé mi herida.

–¡Dios mío! Y yo sin saber nada. ¿Dónde te hirieron?

Le conté la historia. Me contó la suya. Nos quedamos en el comedor hablando sin parar hasta la madrugada. En la calle la gente continuaba lanzando vítores y aclamando a Franco. Pregunté por don Pablo Daniel. Supe entonces que lo habían matado.

–¿Y don Alberto?

–Nadie sabe dónde se ha metido. Todo está desquiciado, Carlitos. Todo es un gran pudridero…

Me acompañó al dormitorio: me ayudó a desnudarme. Era lo mismo que volver a la infancia.

–Seguramente mañana tendremos agua: podrás tomar un baño.

Una vez metido en la cama, me subió el embozo: «Buenas noches, hijo.» Ni siquiera me importaba que tuviera los labios húmedos.

–Buenas noches, mamá.

Al día siguiente todos los establecimientos permanecieron cerrados. Mi madre quiso que la acompañara a la misa de campaña que se celebraba en la plaza de Cataluña: «Por fin vamos a oír misa sin remiendos: no podemos

faltar, Carlitos.» Se había puesto la mantilla y, a pesar de lo raído de su abrigo, me pareció elegante.

Una multitud activa fluía Ramblas arriba con el gesto risueño. Parecía imposible que todavía existieran ánimos para llegar hasta allí sólo para volver a rezar. Pero lo más inverosímil de todo era observar a mi madre contemplar su recogimiento, su extraña devoción. Apenas hablaba. Lloraba, cantaba, unía las manos y rezaba. Se me antojaba increíble que en un solo ser humano pudiera haber tantas personalidades, tantas facetas distintas.

Al regresar iba silenciosa, cautiva de sí misma, de aquella devoción colectiva que acabábamos de presenciar.

–¡He esperado tanto este momento…! – me dijo.

Aquel día lo pasamos en casa escuchando la radio, recordando y explicando: había un mundo de cosas por volcar y definir. Había que hablar del pasado, de su soledad, de la mía, de su lucha por sobrevivir y de mi empeño en regresar. De vez en cuando lanzaba un suspiro: «¡Cuántos errores, Carlitos! ¡Cuántos errores se cometen en la vida!» No me atreví a preguntarle desde cuándo se había vuelto tan religiosa. Todo debía de ser cuestión de llevar la contraria, pensé.

–Ha sido una guerra de artesanía -dijo-. Una guerra de forja y costura… Ese Franco… ¡Vaya un general ese Franco! Nunca le agradeceremos bastante todo lo que ha hecho.

Aquella misma tarde intenté llamar por teléfono a la vivienda de don Alberto, pero nadie contestó. Mi madre me explicó que habían saqueado su casa, que probablemente él ya no vivía allí.

–Intentaré localizarlo mañana.

Fue difícil. No había forma de dar con él. Según rumores, tras la muerte de los tres hijos, su mujer había logrado escapar con la niña al extranjero, pero de don Alberto no se sabía nada.

Recurrí a oficinas de información, pregunté varias veces en la Cruz Roja, sondeé a todos los que habían podido mantenerse en contacto con él. Pero el resultado era siempre negativo: «Paradero ignorado.» «No hay constancia.» «No figura en la lista.»

Aquel día la ciudad presentaba otro aspecto. Habían comenzado a actuar las brigadas de limpieza y ya no se veían montones de basura en las calles.

Cuando regresé a mi casa, mi madre tenía en las manos un ejemplar de *La Vanguardia*. Le habían agregado otro nombre: *Española*. «Mira, Carlitos: es como un sueño. Aquí hablan de la misa de ayer, de la entrada de las tropas… Tu entrada.»

Un día sonó el teléfono. Me llamaban de la Cruz Roja. Me dijeron que don Alberto vivía, estaba hospitalizado, enfermo, depauperado. Me dieron las señas. Me costó mucho dar con él: era difícil reconocerlo: tenía las mejillas chupadas, los ojos hundidos y le faltaban dos dientes.

En el hospital cundía un gran desorden: había monjas recién llegadas, enfermeras de Frentes y Hospitales, médicos militarizados, curas de nuevo con sotana.

Cuando llegué a su lado tenía los ojos cerrados.

–Don Alberto…

Abrió los párpados lentamente: tampoco él reaccionaba, tampoco él me reconocía.

–¿Se acuerda usted de mí, don Alberto?

Volvió a cerrar los ojos. Tardó unos segundos en comprender. Luego apretó los labios y comenzó a sollozar. Era un llanto impúdico y sin fuerzas, como el de un niño que se supiera abandonado. Trabajosamente sacó una mano del embozo y la pasó por la cara para secarse las lágrimas.

La cogí entre las mías y la estreché con fuerza. La tenía húmeda y los huesos parecían agujerearle la piel.

–He estado buscándole desde que entré en Barcelona -le dije.

No podía hablar. Lo intentaba, pero el intento se le quedaba en sollozo.

–Tranquilícese, don Alberto; todo ha pasado ya. ¡Todo!

–Lo sé -susurró-. ¡También mis hijos han pasado!

Lloraba otra vez. Era imposible detener su llanto. Los evocaba uno por uno, me preguntaba si los recordaba, me repetía sus nombres… «Fue culpa mía…», se acusaba: «Me buscaban a mí…»

Tardó en serenarse. Preguntó entonces por su mujer:

–¿Dónde están Alicia y mi hija?

–Llegarán hoy mismo las dos.

Acababan de informarme de lo ocurrido. Don Alberto había pasado la guerra refugiado en la vivienda de unos separatistas vascos, y su mujer había podido ser evacuada al extranjero. Antes de entrar las tropas en Barcelona, se había sentido enfermo. Quedó solo en el piso cuando los separatistas se fueron a Francia, y tardaron en dar con él. Al fin habían podido trasladarlo al hospital.

La recuperación de don Alberto fue difícil: tenía demasiado lastre doloroso dentro para que pudiera superar su crisis. Varios días estuvo entre la vida y la muerte.

Cuando llegó su mujer, mi madre fue a verla; doña Alicia necesitaba ayuda: se encontraba sola con la niña. La familia de su marido se había exiliado voluntariamente y la suya, el padre y una hermana, habían sido asesinados

los primeros días de la refriega.

Comprendí que la situación del matrimonio Salcedo no iba a ser cómoda ni sencilla. El apellido Salcedo sonaba a subversivo, a izquierdista y a republicano. Nadie ignoraba que la campaña electoral, cuando la caída de la monarquía, había sido apoyada por la Banca que llevaba ese nombre, y los J. J. habían hecho declaraciones antifranquistas desde su destierro. Por otra parte, en la ética general de la posguerra, la palabra «republicano» rozaba niveles de alta traición. En aquellos momentos, todavía expectantes y pendientes de la conquista de Madrid, República y Comunismo era prácticamente lo mismo para todo el mundo. Y don Alberto debía ser, a toda costa, sometido a revisión política. Doña Alicia se desesperaba: «Sería injusto que pusieran en duda la honradez de mi marido… Después de todo lo que hemos sufrido…»

Mi madre procuraba calmarla: «No se preocupe, doña Alicia. Carlitos los ayudará.» Confiaban en mí por haber combatido en las filas nacionales, por haber sido herido, por haber destacado hasta el punto de haber merecido la categoría de sargento…

Recurrí al capitán Figueruela. Le expliqué lo que estaba ocurriendo. «"Don Alberto no está para zarandeos. Continúa muy enfermo…» El capitán Figueruela prometió ocuparse del problema. Al día siguiente fue a verme: «Un asunto complicado, Hondero, pero lo investigaremos a fondo, y si es como tú dices, no habrá dificultades.»

Los hijos muertos pesaban mucho. Fue lo primero que Figueruela esgrimió cuando habló con el coronel. «No es cosa de broma -decía aquél rascándose la cabeza-. Ese señor Salcedo está en entredicho: se reciben anónimos, acusaciones… Habrá que probar que nada de lo que se le achaca es cierto.»

Se lo comuniqué a doña Alicia: no aceptaba aquella arbitrariedad: «Si al menos nos dijeran de qué se le acusa…» Era imposible saberlo. Secreto del sumario. Nadie se atrevía a hablar claro: todo se reducía a poner caras de circunstancias y encogerse de hombros. «Hay gentes malnacidas que tiran la piedra y esconden la mano…», decía Figueruela. Y don Alberto seguía

confinado en su cama de hospital: «Jamás hice mal a nadie…», se defendía débilmente. Pero las dudas crecían y las sospechas y el temor… «No es cosa suya, don Alberto -decía Figueruela-, es cosa de los tiempos. Hemos entrado de lleno en la era de los resentidos, de los que inventan traidores para saciar impotencias o vindicar humillaciones. Usted ha sido un hombre envidiado, no lo olvide.» Y el hombre envidiado languidecía cada vez más de tristeza, de debilidad y de asco. «Si al menos me dijeran quién es ese delator fantasma…» Nadie lo sabía. Eran cuerpos sin cara, odios sin cuerpo. Nubes de ira que de pronto se disolvían en granizo.

–Y decían que la pesadilla había terminado.

–Las pesadillas nunca terminan -dijo Figueruela-. Cambian de aspecto: eso es todo.

La situación de don Alberto iba volviéndose crítica a medida que mejoraba. Las preguntas eran continuas. Al principio todavía tenían cierto tono respetuoso: se formulaban al modo de hipótesis. Luego fueron más concretas y, por supuesto, oficiales: «¿Por qué vivía con separatistas vascos? ¿Dónde los había conocido? ¿Había colaborado con ellos? ¿Por qué, cuando doña Alicia salió de la España roja, no pasó a la zona nacional? ¿Por qué no hizo nada él por acompañarla en el viaje?»

Era lamentable ver a aquel hombre defendiéndose de semejantes preguntas. Tartamudeaba, dudaba, no sabía cómo justificar su actitud: alegaba que lo habían obligado a quedarse en la zona roja, que su mujer no había pasado a la zona blanca para evitar que adoptaran represiones contra él… Pero las preguntas no paraban ahí: «Usted votó por la República, ¿verdad? Y admitía en su Banco toda clase de gente: ¿qué nos dice de Jaume Palafell y del célebre Paquito Rodantera?» Lo sabían todo, lo habían averiguado todo: «Peo se equivocan, amigos: están patiendo de un supuesto falso…», seguía diciendo don Alberto. Y el capitán Figueruela se impacientaba: «¿Qué se pretende? ¿Qué diablos puede hacerse con un hombre cuando se ve acosado por los dos bandos?» En vano don Alberto alegaba que yo, Carlos Hondero y Ruiz de la Argamasa, también había pertenecido a la plantilla del Banco. «Y ya lo han visto ustedes: se pasó a las filas nacionales en cuanto pudo.

No queo que lo consideen dudoso.» Y citaba a Estanislao Rodríguez, el heroico falangista que había dado su vida por Dios y por España a los pocos días de empezar la revolución. Los argumentos de don Alberto no eran válidos. Había más; mucho más. Por ejemplo, los hermanos exiliados: «¿Está usted en contacto con ellos?» Don Alberto juró que llevaba años sin tratar a sus hermanos. Pero el apellido era el mismo, y la lacra que pesaba sobre él empezaba a resultar ulcerosa.

Doña Alicia, a veces, se dejaba llevar por la desesperación.

–Si vuelven a preguntarte, diles que hemos perdido tres hijos asesinados por los rojos, que nos robaron, que nos saquearon la casa… ¿Qué más pruebas necesitan?

Pero tampoco aquello servía: podía tratarse de una coartada, una forma de camuflar tres muertes naturales… En cuanto a los saqueos, ¿quién había saqueado a quién?

Cuando la situación empezaba a ponerse crítica, me llamaron a declarar. Expliqué todo lo que sabía. Respondí con mi vida. Juré sobre un crucifijo que decía la verdad y sólo la verdad.

Un buen día, sin saber por qué, la situación cambió repentinamente, y don Alberto se vio libre de sospechas.

Yo mismo le llevé la noticia al hospital: «Su depuración ha terminado, don Alberto.» Le repetí lo que Figueruela me había dicho: al parecer, se trataba de una venganza personal, un complot maquiavélico para ponerlo en aprieto.

Don Alberto ni siquiera tenía fuerzas para alegrarse.

–A veces me pegunto quién ha ganado esta guea…

Se sentía macerado, herido en su casta, en su apellido. Pero no era sólo él quien padecía aquel tipo de criba. Barcelona entera empezaba a sufrir la

epidemia de los ataques anónimos, de las sospechas alambicadas y de las persecuciones sordas. «A menudo, para implantar justicia -decía el coronel- no hay más remedio que ser injusto.»

Doña Alicia (todavía joven, todavía incapaz de recitar versos) se afanaba por reorganizar su casa. La habían dejado hecha una lástima: los pocos muebles que todavía coleaban se habían quedado inservibles y los objetos eran tristes evocaciones sin vigencia que más valía desterrar. Mi madre la ayudaba a rehacer el piso: «Por lo menos que esté en condiciones cuando regrese don Alberto.» La pequeña solía quedarse en mi casa al cuidado de la vecina. Era una niña alta, flacucha, de mirada triste y aspecto retraído. Tenía ya once años, pero en sus movimientos y en su sonrisa se veía plasmada la vejez de la guerra.

Recuerdo su melena: era rubia, lacia. Y recuerdo sus ojos, azules, enormes, como si echara hacia fuera una experiencia inmadura y asustada.

Gracias a las influencias del capitán Figueruela, conseguí que me destinaran a Barcelona. En aquellos momentos aquel destino era vital para mí: había demasiadas cosas pendientes de reorganización. Aunque la guerra no había terminado, la normalidad en las ciudades conquistadas debía implantarse rápidamente.

Cierto día don Alberto regresó a su casa. Todavía recuerdo la extraña expresión de doña Alicia cuando su marido entró en el piso: quería infundirle ánimos, «estar allí» como habían estado antes. Pero nada podía ser como antes. Don Alberto lloraba: se acordaba de sus hijos: «Hay que cambiá de casa, Alicia…»

Se acostó enseguida, todavía estaba convaleciente. «Si me hubiean dicho todo lo que tenía que pasá…»

Lo peor era su decaimiento, su falta de ganas para luchar otra vez y reorganizar el Banco. «Es una cuestión de salud», decía. «En cuanto me ponga bueno, todo cambiaá.»

Por aquella época Juan Villoria (también depurado) empezó a prestar sus servicios en la vivienda de aquella familia. Estaba hecho un hombre, pero continuaba teniendo cara de niño. Súbitamente me di cuenta de que ya no me tuteaba y que me llamaba «mi sargento». Comprendí que, a pesar de mi juventud, había conseguido un grado de respetabilidad con el que no había contado. «Al fin has llegado a lo que pretendías, ¿verdad, Juan?» Asentía: toda su adolescencia había estado soñando con llegar a ser criado de la casa Salcedo.

Mis sueños, en cambio, se hallaban aún muy lejos de realizarse. La situación de la empresa Salcedo era conflictiva y ambigua. La paralización comercial había herido de muerte la actividad económica del país. Y don Alberto se veía terriblemente desasistido para «empezar otra vez».

Además le faltaba personal: don Pablo Daniel había muerto. Estanislao Rodríguez había muerto, los directores del Departamento de Cartera y del Extranjero estaban aún pendientes de depuración. Don Ramón Pérez se había esfumado. Nadie sabía dónde andaba el asesor jurídico. Se rumoreaba que había conseguido pasar al bando nacional al empezar la guerra, pero no se tenían noticias concretas de él. Quedaban los empleados secundarios, los que no estaban preparados para ser hombres de empresa ni reanimar inactividades crónicas. La colectividad y la nacionalización de los Bancos se había acabado, pero la propiedad privada (quebrada y destruida) apenas podía mantenerse en pie. Había que hacerse con personal nuevo, pagar sueldos atrasados, trocar monedas antiguas por monedas válidas, inventariar, reajustar, solicitar ayudas estatales, captar nuevos pasivos, asimilar nuevas leyes, aplicarlas sin fallos… Todo era difícil, costoso, desalentador. Durante días y días, anduve gestionando trámites, buscando influencias, reclutando empleados, multiplicándome… Había que descerrajar puertas atrancadas, vencer suspicacias, superar desalientos, machacar… Sobre todo, había que sonreír. Hacer frente a las adversidades, confiar en un futuro que escasamente empezaba a tener horizonte.

Don Alberto se veía incapaz de afrontar tanto desbarajuste: «No se preocupe, don Alberto: estoy preparado y podré ayudarlo.» Cuando me veía trajinar para vencer obstáculos, a veces se me quedaba mirando, como si

contemplara una quimera: «No te conozco, Calos. Jamás supuse…» Admiraba mi tenacidad, mi empuje, mis resultados: «Te lo confieso: yo solo no hubiea sabido po donde empezá». Sin embargo, había momentos en que el desaliento lo vencía: «Estoy cansado -decía-, me siento vacío como este hueco» y señalaba su boca, allá donde se había quedado sin dientes.

Cuando lo veía demasiado agobiado, le hablaba de su padre: le decía que él nunca se hubiera dejado vencer por el desaliento, que hubiera luchado hasta el fin. Don Alberto se defendía.

–Él tenía hijos.

–También la niña es hija suya.

–Lo sé.

Aceptaba aquella paternidad como una carga que le obligaba, sin recibir compensación. Para él no era lo mismo una *pubilla* que unos *hereus.* La niña no podía perpetuar su nombre. La niña iba a ser un traslado de nombre a su propia fortuna.

A veces conseguía ponerlo optimista. Le daba a entender que la empresa no tardaría en estar al día. Se buscarían accionistas, se crearía un nuevo Consejo: nada era difícil para quien se proponía algo con tenacidad. «Habrá que cambiar la estructura antigua, pero el Banco será el mismo.» Cuando la guerra terminara, le decía yo, España iba a estar muy necesitada de Bancos, de créditos, de financiaciones, de administración de valores…

–Todo eso podremos realizarlo nosotros, aunque sea preciso multiplicarse, don Alberto…

La cuestión era tener la cabeza bien asentada sobre los hombros y mantener los ojos muy abiertos. Había infinidad de oportunidades que no debían desaprovecharse. Don Alberto esbozó una sonrisa triste, como la de su hija:

–Y ambición. También hace falta ambición. Yo no la tengo ya.

Pero la mía continuaba vigente y no estaba dispuesto a que ni don Alberto ni nadie la entorpeciese con desánimos y letargos.

Recurrí a Figueruela: le propuse trabajar con nosotros como agente. Un capitán en activo era en aquellos momentos la persona más indicada para captar pasivos.

Además, Figueruela era inteligente y trabajador, y estaba deseando ganar dinero para casarse con la mujer que había recuperado al llegar de San Sebastián.

Le ofrecí primas por cada cliente nuevo. Figueruela no dudó. Había un mundo de gente deseando hacerle favores.

–Esto paece un milago -decía don Alberto.

Luego vinieron las adquisiciones. Me enteré de los terrenos que se hallaban en subasta: casi todas eran propiedades de las que el Gobierno se había incautado. Le dije a don Alberto que podían conseguirse solares a precios muy bajos. A pesar de la devaluación de la moneda, se cotizaban prácticamente como antes de estallar la guerra.

–En cuanto al pago, están dando toda clase de facilidades.

Don Alberto se resistía: «¿Qué hace con tanto solá?» Traté de explicarle que pronto, en España, se empezaría a reconstruir y que un solar era siempre un buen negocio.

Luego estaban las empresas quebradas: «Hay que asumir el debe de esas empresas, don Alberto: sería insensato perderlas.»

–¿Peo de dónde saco yo el dineo…?

Fue entonces cuando le propuse emitir acciones y crear un Consejo de Administración: «Más adelante -decía él-, más adelante…»

Era inconcebible que aquel hombre, tan ducho en la materia, no se diera cuenta de las oportunidades que nos estaban pasando por las manos. Las teníamos todas allí, en los escombros de una guerra, en aquello que nadie adquiría ni precisaba.

Tras la campaña de los pasivos, vino la campaña de las hipotecas. Lo enfoqué como programa de propaganda: nuestras cifras eran desusadas y las empresas no tardaron mucho en arrimarse a nosotros. Después surgieran las financiaciones… Había que conseguir para el Banco una clara participación en los negocios… Y los créditos: créditos audaces, sin dinero, con intereses un poco usureros y plazos más usureros todavía.

Lo curioso del caso es que nadie se daba cuenta de que todo aquel tinglado dependía casi exclusivamente de don Alberto y de mí: los empleados que habíamos contratado, eran simples ejecutores de nuestras decisiones, seres mecanizados sin iniciativas que actuaban por inercia fiados de nuestra dirección, de nuestra memoria y de nuestra propia seguridad. En realidad, el Banco era por dentro un esqueleto sin carne, desasistido de jefes y pendiente de nuestra propia leyenda para prosperar.

Lo aceptábamos todo, por insignificante que fuera: asumíamos quiebras, suspensiones de pago, malversaciones de fondos, gestiones… Pero nuestro criterio era irreductible: «Fuera sentimentalismos.» Había que actuar a rajatabla, sin perder el ritmo, sin un solo paso atrás, sin dejarnos llevar por la compasión.

A veces don Alberto flaqueaba. Entonces entraba yo en funciones y afrontaba la situación a pecho descubierto. «Una cosa es la caridad y otra los negocios -decía-. Si nos permitimos el lujo de ser débiles, acabaremos merendados.»

Hasta que un día nuestro tinglado se vio reforzado por la llegada de Ramón Pérez. Fue una aparición repentina: vestía el uniforme de Intendencia y en la bocamanga llevaba dos estrellas.

Apenas había cambiado: continuaba rechoncho, nervioso, sus ojillos de miope más vivos que nunca. Nos explicó enseguida que se había colocado en el puesto más cotizado de la zona nacional: el propio Gobierno de Burgos. «Como llevo gafas, no me quisieron para el frente.» Y reía como antes, chancero, con carcajadas menudas e intermitentes. «De algo tenía que servirme eso de ser miope.»

Su posición era envidiable: conocía al dedillo las nuevas leyes, los trucos para sortearlas, los tejemanejes para conseguir influencias.

Además se había casado. Nos enseñó la fotografía de su mujer. Era la típica provinciana de mirada gazmoña y peinado austero. Se llamaba Pilar (de soltera Berruguete). «En estos momentos todavía ando a caballo entre Barcelona y Burgos -explicaba-, pero en cuanto la guerra termine, volveré definitivamente a instalarme en Barcelona.»

Enseguida nos habló de las personas relevantes que había conocido en Burgos (creo que fue él quien me nombró a Justo Fuentes por primera vez). Describía sus actividades, la forma en que desarrollaba sus cargos. Justo Fuentes entonces debía de ser muy joven y colaborar en alguna Jefatura del Movimiento como persona de confianza y gran capacidad política. Aún no se había casado con Serena ni probablemente la conocía. Según Ramón Pérez, Justo Fuentes era una de las personas claves del Movimiento (todavía en la trastienda) que, andando el tiempo, daría mucho que hablar.

Don Alberto y yo lo pusimos al corriente sobre la situación del Banco. Ramón Pérez se mostraba satisfecho: «Tiene usted un filón de oro en la mano, don Alberto: Un Banco, cuando termine la guerra, puede ser lo mismo que una mina.»

Y por fin, un día, la guerra terminó. Se nos dio el último parte oficial por la radio: *«Cautivo y desarmado.…»*

Estrenábamos paz. Una paz arbitraria, todavía desangelada, todavía llena de manos tendidas, de pesetas de papel, de mercados negros, de restricciones, pero sin bombardeos, sin sirenas, sin terrorismo, sin llamadas al frente… A

decir verdad, se trataba de una paz acogotada que nos venía ancha, que no acababa de asentarse del todo: con iglesias saqueadas y ennegrecidas de humo, con coches aprovechados porque no había posibilidad de comprar otros, con familias deshechas y rencores disimulados, con restricciones eléctricas, con racionamientos, con salvoconductos, con pan negro y azúcar tostado, pero también con un gran sentido de unidad, de concordia frente a la terrible e implacable hostilidad extranjera. La mayoría de los países europeos y americanos no admitían la franca ayuda que Italia y Alemania nos habían prestado. Y aquel resquemor que tanto disminuía nuestra potencialidad, no dejaba de ser un factor común para amalgamar a los españoles en una especie de compañerismo que ni la propia guerra hubiera conseguido.

Mi madre, al oír aquel parte, se acercó y me abrazó emocionada: «Por fin, Carlitos…» Tenía los ojos brillantes y las mejillas muy pálidas.

Ya nunca mencionaba la República ni se apasionaba por las reacciones de los políticos. Se lo dije. Asintió y esbozó una sonrisa:

–Tienes razón, hijo… Muchas veces me pregunto si mi auténtico yo es el actual o fue el pasado… La verdad: cuesta toda una vida saber cómo se es realmente.

Aquella noche me habló del Banco: «Desde que lo habéis puesto en marcha, te has desmejorado mucho, Carlitos…» Le contesté que pronto sería todo distinto, que lo difícil eran los principios…

–Lo malo del caso -dijo ella- es que para la gente como tú, el principio jamás se acaba.

A veces mi madre decía cosas que, sin darse cuenta, se volvían proféticas.

Pronto las denuncias políticas fueron sustituidas por las denuncias económicas. El estraperlo estaba ya a la orden del día y la ley de tasas era severa. Infinidad de industrias catalanas, recién resucitadas de sus cenizas, amenazaban sucumbir por culpa de algún «mal paso» administrativo o por

algún escamoteo ilegal (casi siempre bendecido por los altos jefes financieros). La nueva España se mostraba inflexible contra aquellas evidentes faltas de patriotismo: se nombraban comisiones de investigación, se hurgaba hasta el fondo en las operaciones empresariales, se vivía pendiente de la menor especulación; pero, naturalmente se ingresó de lleno en la trampa.

Afortunadamente Ramón Pérez estaba ya con nosotros para salir al paso de cualquier traspié peligroso.

En el fondo era un descanso saber que el *Ratón Pérez* llevaba estrellas y tenía contactos gubernamentales. Fue a partir de aquel momento cuando el Banco Salcedo empezó realmente su ascenso definitivo. Se las ingeniaba perfectamente para limar asperezas y buscar soluciones.

De cualquier forma, la vida no era fácil entonces. El alumbrado eléctrico se había sustituido de nuevo por el gas, pero el gas también escaseaba, y el agua, y cualquier producto que no fuera de fabricación nacional. El carbón se pagaba a precios altísimos y el frío, aquel año, fue realmente sobrecogedor. Sin embargo, yo recuerdo aquel año como el verdadero año triunfal de mi vida privada. Mi eficaz colaboración (en los primeros meses de paz barcelonesa) con don Alberto me habían aproximado a él mucho más que un número crecido de años en la vida normal. Aunque sin atributos oficiales, podía decirse que yo empezaba a ser el verdadero nervio del Banco. Don Alberto me había asignado un sueldo considerable y de no haber sido por la escasez que inmovilizaba al país, hubiera podido vivir con una holgura muy superior a la soñada por mí al regresar de San Sebastián.

No obstante, aún no formaba parte de la plantilla codiciada. En el fondo era una especie de hombre híbrido, medio secretario y medio asesor anónimo, una especie de gestor sin gestoría.

Probablemente don Alberto debía de considerarme demasiado joven para asignarme un puesto de jefe; además, no había que olvidar que yo continuaba militarizado.

En cierta ocasión me dijo que debía aprender a conducir. Eso era fácil. Lo difícil era agenciarse un coche. La mayoría de los que estaban a la venta eran remiendos mal ensamblados que se averiaban en cuanto se ponían en marcha. Pese a todo, aprendí a conducir. Y en cuanto tuve ocasión, me compré un coche: era un Ford con motor de Chevrolet y ruedas melladas: «Una ganga», me dijeron, y hasta cierto punto lo fue. Me costó quince mil pesetas y un saco de harina que un cliente del Banco me había regalado. Pero en aquellos momentos nadie se avergonzaba de ostentar coches de aquel tipo. La cuestión era motorizarse, trasladarse más deprisa de un lado a otro, dar la impresión de que se vivía en la opulencia…

Afortunadamente, las calles de entonces eran eriales: llanuras asfaltadas prácticamente vacías. Se podía circular en dos direcciones y el trasiego era libre y desordenado.

Acababa de estrenar aquel extraño automóvil cuando al salir un día del Banco me encontré de nuevo con Lolita. Andaba deprisa por la acera contraria. Iba vestida con un traje de chaqueta gris y parecía mayor. La seguí con mi coche sin que se diera cuenta. Necesitaba contemplarla otra vez: observar la armonía de su cuerpo, ver su melena negra flotando hueca sobre sus hombros. Yo no sé qué especie de talismán tenía aquella mujer para absorber mi vida de aquel modo. La recordé en el cuarto del hotel Avenida, sus brazos tendidos, sus ojos abiertos: «Sin ti mi vida será una larga cadena de muertes, Carlos.»

Sin embargo, continuaba viva, briosa, como si el incidente de aquella tarde jamás se hubiera producido.

Estuve a pique de abordarla, de suplicarle que fuéramos amigos, de rogarle que «volviéramos a empezar…» Pero la guerra había terminado, y entre ella y yo volvía a haber distancias. No me veía con ánimos de afrontar otra vez todo lo que antaño había soportado: las displicencias de sus padres, el envarado estilo de su ambiente, los reproches a mi condición humilde, a mi arrastrarme por la vida para escaldar peldaños… En el fondo, ella volvía a ocupar un puesto que yo todavía no alcanzaba: tenía su «gente», su mundo, su alejado y disparatado mundo, al que yo difícilmente podría llegar.

Y tuve miedo.

Desvié el coche de su camino, torcí a la derecha y la dejé perderse entre la masa.

Mil veces estuve tentado de llamarla por teléfono. Pero no lo hice. (Algún tiempo después me arrepentí.)

Un día, cuando menos pensaba en ella, ocurrió algo imprevisto. Algo que sin duda alguna marcó mi destino definitivamente. Me anunciaron la visita de su hermano Paco.

Por entonces yo me había instalado en uno de los despachos del fondo; concretamente el que había pertenecido a don Jesús.

Lo vi entrar como si los años de separación no hubieran existido, como si en él nada hubiera cambiado y continuáramos siendo los amigos entrañables de siempre.

Nos dimos un abrazo. «Conque ése es tu despacho…», decía Paco oteándolo con cierto dejo de envidia: «Al fin lo has conseguido…» Iba bien vestido y su aspecto era el de un hombre cuajado en seguridades.

Estuvimos un buen rato charlando: recordando, exprimiendo evocaciones. Me confesó que no había terminado el bachillerato: «Me faltaba tu ayuda… Luego los curas se fueron…» Pregunté por su familia. Él me habló de sus padres, de las dificultades económicas que estaban sorteando. «La guerra nos ha dejado sin blanca. Los terrenos apenas se cotizan y mi padre es una perfecta nulidad en cuestión de negocios.» Recordé mi promesa de hundirlos… Ya nada de aquello tenía vigencia. Paco siguió explicando: «He venido a verte para que nos eches una mano, Carlos… Para que nos orientes.» Sudaba y la ceja volvía a encogérsele, como siempre que mentía o se encontraba en apuros. «Me han asegurado que tu sentido financiero es notable…» Se parecía otra vez al Paco de los exámenes: «Por favor, Honde, estoy perdido… Si fuera posible que tu Banco nos concediera un

préstamo…» Decía «tu Banco» sin reserva, como si diera por hecho que todo aquel recinto me pertenecía.

Como la mayoría de los rentistas, los Moraldo, al terminar la guerra, se habían quedado estancados en el paro general económico. Las fincas rústicas apenas rendían: faltaban brazos, faltaba abono, faltaba tiempo para ponerlas otra vez en condiciones de rendir. En cuanto a las fincas urbanas, todo se iba en restricciones: muchas de ellas habían sido destruidas por los bombardeos y las que se mantenían en pie eran habitadas por inquilinos indigentes, que se demoraban en los pagos y a los que no se les podía subir el alquiler. «Te ofrezco garantías, naturalmente: las fincas de Lérida.»

Recordaba aquellas fincas: mil veces las habían mencionado en nuestros almuerzos de antaño. Se trataba de terrenos importantes que bien explotados podían dar buen rendimiento. Me contó que ya no vivían en la torre del Tibidabo: «La dejaron deshecha: inservible… la saquearon…» Me dio su nueva dirección: momentáneamente y en espera de tiempos mejores (tiempos que ya nunca llegaron para los Moraldo), se habían instalado en un piso de la calle Muntaner. «Espero que nos visites algún día…»

Prometí hacerlo, prometí estudiar a fondo la cuestión del crédito, prometí reanudar nuestra amistad…

Cuando se iba, pregunté por Lolita:

–Se fue a Madrid -me dijo Paco-. Está viviendo con unos primos que van a presentarla en sociedad.

Me pareció ridículo que después de todo lo que habíamos pasado, se pudiera mencionar todavía impúnemente la palabra «sociedad». «Se trata de una gente muy bien, ¿sabes, Carlos?» Era grotesco oírle decir a Paco aquello. Claramente comprendí que si Lolita se había marchado era para aligerar la carga de la familia, para ser una boca menos en la intrincada y costosa búsqueda de alimentos.

Volvimos a estrechar nuestras manos. «No olvidaré tu propuesta…», le

prometí.

Al día siguiente lo llamé por teléfono para decirle que el Banco estaba dispuesto a proporcionarle el préstamo solicitado a cambio de garantizar con él las fincas de Lérida. «No te pesará, Carlos: en un año esperamos ponerla en condiciones…» Y aunque al decir aquello la ceja se le achicaba, yo sabía que aquella vez tenía razón. Cualquier pedazo de tierra cultivada era en aquellos momentos un negocio seguro. Lo malo fue después, cuando la deserción del campo invadió de agricultores las ciudades. Sin embargo, para aquella época, Paco había ya devuelto el crédito con sus respectivos intereses.

Aquel mismo día me invitó a almorzar en su casa. Encontré a unos señores Moraldo completamente cambiados. Todo se les iba en amabilidades, en alusiones halagüeñas… Preguntaron por mi madre, me ofrecieron su casa. «Sin reservas, Carlos.» Me explicaron su odisea, me alabaron por mi heroicidad… «Debió de ser terrible para ti…» Preguntaron por mi herida. Ni siquiera cojeaba: «Fue aparatosa, pero no dejó huella…»

Era curioso ver a aquella gente tan solícita, tan dispuesta a borrar pasados, a someterse al presente… Comprendí enseguida que de todas las clases sociales, la más vapuleada por la guerra era la de los Moraldo: los que vivían de las rentas, los que jamás habían pronunciado la palabra «rendir», los que nunca habían trabajado…

Pero había en ellos algo que aún se resistía a claudicar: su orgullo de casta, su condición de exclusivos. Aunque lo disimularan, continuaban sintiéndola adherida a ellos: no podían remediarlo. Lo fui comprendiendo más tarde, cuando se volvió a formar el grupo de los intocables, cuando al reunirse entre ellos todavía se hacían distingos entre los pudientes y los que «pudieron», cuando ser nuevo pobre era mucho más eficaz que ser «nuevo rico», y cuando los que «metían la pata» buscaban afanosamente a los que conocían protocolos:

–Hay que ver los tumbos de la vida, ¿verdad, Carlos?

Y al decir aquello el señor Moraldo me daba palmadas en la espalda mientras me ofrecía un puro.

De cualquier forma, siempre dije que tú eras un chico aventajado: no había más que verte; tan estudioso, tan formal…

En medio de todo aquel modo de tratarme, me halagaba. No tanto por lo que me había halagado hacía años como porque me permitía acercarme a Lolita.

Pero nunca me hablaba de ella. Hablaba de Victoria: «Quiero que la conozcas y me des tu opinión.» Decía que se trataba de una «chica divertida», muy deportista y muy «moderna», que aceptaba la vida como un gran pastel de cumpleaños: «Ya sabes: para soplar sobre ella y tragarse la porción asignada…»

Los señores Moraldo me invitaban con frecuencia. Aunque amenazados de indigencia, tenían la habilidad de mantener las apariencias con gran dignidad. En su casa siempre había un invitado importante, un personaje político del momento, un futuro ministro que daba tono y lustre a la reunión.

Paco tenía una especie de sexto sentido para detectarlos y atraerlos a su terreno (en el fondo aquel sistema de captación fue acompañándole durante toda su vida) y cazarlos: «¿Conoces a Justo Fuentes?», preguntó un día.

Era la segunda vez que me hablaban de aquel hombre:

–Está llamado a ser Gobernador Civil dentro de muy poco…

Decía que era una gran persona y un formidable político:

–No me extrañaría que acabara siendo ministro.

Sin embargo, todavía figuraba poco en los periódicos. Se hablaba de él como si sólo fuera un «nombre», un mito o un dios que, andando el tiempo,

debía llegar lejos, muy lejos…

A veces, cuando los Moraldo hablaban de Lolita, tenía yo la impresión de que ocultaban algo: se miraban entre ellos y sonreían.

Pero no me atrevía a preguntar por ella. Algo me decía que no era prudente poner su nombre en mis labios.

Un día mencionaron al marqués de la Palmera: hijo único, aristócrata de solera (no como los Trigo ni los Cascote), gran jugador de golf (tres de *handicap* «por cierto»), jinete invencible en el polo y, por descontado, fortuna considerable, de las de siempre.

–Un mirlo blanco -decía la señora Moraldo acercándose al espejo que pendía de la chimenea para retocarse el peinado-, un perfecto *gentleman.*…

No quise indagar. Dije que no lo conocía. Sin saber por qué me sentía de nuevo perdido, bandeado, alejado de una meta que parecía cercana.

Miré hacia el espejo: la señora Moraldo continuaba allí, poniendo cara de efigie retratada, estudiando su sonrisa, sus muecas, su efecto personal.

–Ya lo conocerás -dijo-. Es el novio de Lolita. Se casarán antes de acabar el año.

ALICIA

OceanofPDF.com

Servando Fuentevella ha cruzado los brazos mientras hinchaba el busto:

–Lo que más me intriga de usted, es ese absurdo empeño en parecer culpable. No hay duda de que tras esa actitud suya se esconde un propósito… Si al menos me dijera usted cuál es…

Estaba cansándome ya de su maldita insistencia:

–Puede haber algo peor que ser culpable -le he contestado-. Perder el derecho a serlo. Y eso es lo que usted está haciendo conmigo, Fuentevella; me está quitando ese derecho.

Se ha reído: mi frase le ha parecido graciosa. Luego ha vuelto a la carga:

–Así que me reprocha usted el quitarle ese derecho…

–Exactamente: todo el mundo tiene derecho a tener derechos.

Mientras hablaba un rayo de sol se ha filtrado por la ventana. Fuentevella ha parpadeado y lo ha eludido, entonces el rayo ha cruzado la estancia de parte a parte. Era estrecho; vibrante; mil gérmenes se movían inquietos al pleno de su luz. Era igual que un camino largo y recto que arrastrase un mundo de esperanzas, desasosiegos, errores y luchas. Mi vida entera parecía bullir en él. Todo estaba allí: en aquella especie de cuchillo gigante que el sol dejaba al desnudo: Can Pou con su mar siempre distinto, con su maldito torreón románico y sus piedras mohosas; el Banco (el de antes y el de ahora) con su largo desfile de intrigas y aciertos… Alicia y su melena rubia flotando, insegura, sobre sus hombros. Serena y su sonrisa de Gioconda y sus ojos de pantera. Paco con su ceja encogida, Victoria, Carlota, Lolita… Era duro ver a Lolita en aquel rayo de sol tan zarandeada por los dichosos gérmenes.

–Usted rehuye la coartada: eso está muy claro.

–Suponga que no la tenga: suponga que no exista… -me he parado en seco.

De nuevo me he enfrentado con él: -Se lo ruego, Fuentevella; limítese a defenderme como Dios le dé a entender, pero le suplico que no se esfuerce demasiado: será mejor para todos.

–Lo siento: no puedo hacerle caso, señor Hondero: quiera o no quiera voy a luchar hasta el fin, hasta apurar el último cartucho. Es mi obligación.

–¿Aun a costa de hundirme?

–Nadie se hunde por ser reconocido inocente.

Y sus ojillos tras las gafas parecían dos bocas de rifle apuntando despiadadamente contra mi libertad.

–Se cansará en vano -he añadido-. Lo que ocurrió aquella madrugada, quedará siempre oculto.

–Yo no estaría tan seguro.

De hecho no lo estaba: hay cosas que por muy escondidas que se encuentren, salen a flote tarde o temprano.

–Váyase, Fuentevella.

–De acuerdo: lo dejo. Pero no claudico. Me niego a claudicar.

Se ha marchado: me he quedado solo, con el rayo de sol, con aquel inmundo arsenal de recuerdos agitándose estremecido al filo de su luz: «La raíz, Carlos, la raíz…» ¿Dónde había quedado la raíz primera? Luego hubo muchas más: raíces que en estos momentos son ya tallos. Sin embargo, la auténtica, la verdadera, permanece incólume, más vigorosa que nunca.

También la guerra es ya una raíz. No obstante, cuando recuerdo aquellos días, tengo la impresión de que acaba de plantarse, que nada de lo que pasó en la década de los cuarenta es ya una raíz vieja.

Entonces nadie la llamaba «guerra civil». Cuando nos referíamos a ella la llamábamos «guerra de liberación». En efecto: nos habíamos liberado. España, al fin, era autónoma, sin interferencias extranjeras, una isla en Europa: un país destruido, pero firme en su destrucción. Una especie de Numancia revitalizada y capacitada para continuar siendo independiente.

Nada importaba que la guerra mundial amenazase su estabilidad: cuanto más se incrementaba el peligro de vernos arrollados por ella, más se reafirmaba la paz interna de nuestro país.

Entonces cualquier adversidad se aceptaba con gusto. Lo esencial era la paz, la concordia. Y la teníamos: con prohibiciones, con tarjetas de fumador, con gasógenos, con marchas nacionales en los entreactos de los espectáculos… Pero todo nos parecía natural gracias a la paz.

Sin embargo, yo me sentía hundido, como si la guerra continuara y me viera en la precisión de regresar al frente.

No tardé mucho en volver a encontrarme con Lolita. Había cambiado. Repentinamente se había vuelto locuaz, dicharachera… Hablaba de todo sin demasiada coherencia, como si intentase buscar palabras para evitar silencios: sólo por eso.

Fue difícil abordarla a solas: siempre hallaba el medio de rehuirme. Era evidente que me rechazaba, que no quería saber nada de mí. Pretextaba ocupaciones: salía con su madre para preparar su equipo de novia, y los días pasaban con desesperante rapidez sin comunicarnos de nuevo, sin que entre nosotros se cruzara la menor explicación.

Faltaba una semana para la boda cuando al fin pude pillarla a solas. Nos encontramos en la portería de su casa:

–Lolita…

Se volvió sorprendida, risueña:

–Me has asustado, Carlos.

La cogí del brazo, la llevé hasta mi coche. Ella se debatía sin demasiada resistencia: «Pero ¿qué haces?» Le rogué que se sentara al lado del volante: «¿Para qué? ¿Qué ventolera te ha dado?»

Puse el coche en marcha y enfilé hacia la Diagonal. Entonces aquel lugar era una avenida casi desierta, incluso al mediodía. El calor arreciaba y la gente no se había adaptado aún al ocio de los paseos.

Anduvimos un buen trecho sin decir palabra. Pregunté luego:

–¿Adónde ibas?

–Los Remo me han invitado.

Los condes de Remo eran los padres de Victoria (aquella muchacha que Paco siempre tenía en los labios y que yo no conocía aún).

–Habrás aceptado porque yo almorzaba en tu casa…

Lolita dejó escapar un soplido displicente y se volvió hacia mí:

–¿No te parece que la deducción es un tanto presuntuosa?

–Tal vez, pero real.

Lolita no contestó. Volvió su rostro hacia la ventanilla y yo detuve el coche. La acera de la Diagonal se veía desierta y llena de sol.

–¿Por qué, Lolita?

Había pájaros posándose en los bancos, picoteando el suelo, emprendiendo vuelos inciertos sobre unos árboles canijos.

–Tú lo quisiste -dijo ella.

–No es cierto.

Cogí su mano: la tenía helada. Parecía uno de aquellos pájaros indefensos que hubiese caído fulminado por un perdigón:

–¿Te das cuenta de lo que vas a hacer? Dentro de una semana vendrá ese hombre para llevarte con él… Te convertirá en marquesa, pero te habrá cortado las alas.

–Eso es cosa mía.

–Y mía también, Lolita. Yo no he dejado de quererte.

–¿Por qué no me lo dijiste aquel día?

–Tenía miedo. Me aterraba pensar lo que podía ocurrir.

–Fuiste cobarde.

–A veces se puede ser cobarde por heroísmo.

Lolita se volvió a mirarme. Había un rictus extraño en sus labios.

–De cualquier forma, obraste como debías obrar.

–Te agradezco que me lo digas.

Cogí su cara entre mis manos. La fui acercando a la mía suavemente:

–No puedes casarte con ese hombre, ¿No lo comprendes?

Se le llenaban de lágrimas los ojos. La besé para no verlas.

Y de nuevo la tierra fue la emoción de vivir, la esperanza de soñar, la permanente vigilia de lo que jamás se cansa de ofrecer.

–No me abandones, Carlos: no permitas que me aparte de tu lado.

Volví a besarla desesperado, sus brazos aferrados a mi cuello, su aliento fundiéndose con el mío:

–No permitiré que seas de otro hombre: nunca, Lolita, nunca.

Apoyó su cabeza en mi hombro; su pecho jadeaba. Olía a menta, a piel tostada, a mujer-niña:

–Será difícil…

–Nada puede ser difícil cuando dos seres que se quieren se alían para vencer…

Había que decir cosas así, para conjugar la realidad, para volverla inservible. Había que hablar de proyectos y de destrucciones y de sueños irrealizables como si de verdad fueran posibles.

–¿Por dónde vamos a empezar, Carlos?

Lolita tenía una frente tersa, una frente todavía virgen, llena de ilusiones. Una frente que disparaba esperanzas con la raíz de su pelo:

–No lo sé aún… Debo pensarlo.

–Raimundo llegará mañana. ¿Cómo voy a decírselo?

Inventé mil fórmulas, sugerí mil ideas… Todas se quedaban en aleteos sin rumbo, como el de los pájaros. Todas se perdían en figuras fatuas que el sol derretía y la acera chamuscaba.

Y el tiempo apremiaba. Nos esperaban: «Te llamaré esta tarde por teléfono… Es imprescindible que nos veamos…»

El almuerzo de los Moraldo fue largo y lúgubre. Se volvía a los temas de antes: «Los nuevos», aquellos que se parecían a «Juana la coma, coma», al empeño que tenían de convertirse en lacayos de los Repecho y los Sobrado para adquirir lustre, para «saber recibir»… Se habló también de la guerra mundial, del cierre de fronteras, de las dificultades de importación: «El mundo está loco -decía la señora Moraldo-. Parece imposible que todavía queden energías para matarse…»

Yo las tenía para vivir, para recuperar los años perdidos entre muertes y frustraciones. Paco, de vez en cuando, me echaba una ojeada preocupada: «A ti te ocurre algo, Carlos…» Le respondía que era el calor…

Por la tarde llamé por teléfono a Lolita. Me contestó ella misma: «Raimundo ha venido», fue lo primero que me dijo. Comprendí que lo tenía al lado. «Lo esperaba mañana, pero ha llegado hoy.»

–¿Puede oírte?

Contestó con voz despreocupada:

–Naturalmente: estaré encantada.

Hablaba así para disimular su apuro, para que yo torciese la conversación.

–¿Cuándo podré verte?

–Eso no se pregunta, Carlos: tú siempre puedes invitar a quien quieras para venir a mi casa… -se detuvo. Habló con Raimundo para que yo la oyese- Se trata de Carlos Hondero, que me pregunta si puede invitar una amiga a nuestra boda…

Hubo un lapso breve:

–Recibirás la invitación: hoy mismo.

Recalcaba la frase para que yo tomara cuenta de ella. «Hoy mismo», repitió.

Y la recibí. No era una invitación. Era una carta suya, breve como el aleteo de los pájaros. Decía: «Tú fuiste cobarde por heroísmo. Yo, en cambio, voy a ser heroica por cobardía. Adiós, Carlos: procura olvidarme.»

No asistí a la boda. No hubiera podido soportarla. Aquella noche me emborraché, la odié, la adoré, la hice mía con otra mujer. Luego empecé a creer que, algún día, tal vez pudiera olvidarla.

Han pasado muchos años desde entonces: tantos, que a veces pierdo la cuenta. Sin embargo, Lolita perdura, sigue estando ahí, allí, en todo lo que ha circundado mi vida. Nunca he podido olvidarla. Fue siempre mi gran rémora ingrávida: la que detenía mi aliento o me obligaba a respirar. Conocí infinidad de mujeres, desperdicié mi juventud con ellas: destruí vidas y emponzoñé la mía; pero ella continuaba inmarcesible, con sus ojos negros cercados por las ojeras, con sus labios llenos de sonrisa desencantada, con sus frases cada vez más tristes…

Me costó mucho reorganizar mi olvido de Lolita. Todo suponía un esfuerzo: especialmente cuando iba a su casa. Paco, ignorante aún de lo que había ocurrido entre su hermana y yo, se esforzaba en estar amable conmigo. De algún modo debía compensarme el gran favor que había hecho yo a sus padres. Incluso me proporcionó clientela. «Si queréis un Banco solvente y eficaz, recurrid a la Banca Salcedo», decía. Y los pasivos aumentaban gracias a su colaboración.

Pero aún hizo más: se procuró la amistad de don Alberto y de Ramón Pérez. Los «presentó en sociedad», los introdujo en ella con todos los honores. Don Alberto se resistía. No le gustaban aquellas gentes. Ramón Pérez, en cambio, no cabía en sí de gozo.

–Ese amigo tuyo es una alhaja -me decía-. Debemos cultivarlo como si fuese una orquídea…

En aquellos momentos Ramón Pérez era el director del Banco. Yo no era más que director adjunto, un hombre de paja que sabía esgrimir ideas y

poner en práctica audacias eficaces.

Por eso cayó bien entre los intocables. Sabía darles coba y alisarles el terreno. No jugaba a político: jugaba a ex militar, que, en el fondo, en aquellos momentos era lo mismo que jugar a ex combatiente. Repentinamente se volvía exigente con los que «no habían hecho la guerra» o pertenecían al bando contrario, y cuando estalló la guerra mundial se declaró abiertamente nazi. En cierta ocasión, me habló de Estrella: «¿Te acuerdas de ella, Carlos? Menudo punto filipino.» Era extraño oír hablar de Estrella y quedarme imperturbable.

–A propósito, ¿sabes cómo me llamaban esos cabrones de los J. J.? El *Ratón Pérez.*… Total: un cambio de letra: una te por una eme. En medio de todo, tiene gracia…

Fingí sorpresa y reí sin ganas:

–De buena nos libramos… Unos sabuesos. Por si fuera poco, a presumir de exiliados… ¿No te parece grotesco?

También lo era ver a Ramón Pérez expresándose de aquel modo y pisando firme por un terreno que hasta hacía pocos años había considerado infranqueable.

De repente se había españolizado, y cualquier vocablo o giro que no fuera estrictamente castellano lo sacaba de quicio. Era de los que jamás decía «Capitol», sino «Capitolio», de los que se mostraban abiertamente partidarios de las películas dobladas, de los que no bebían whisky porque venía de fuera, y de los que combatía el lenguaje catalán por considerarlo antifranquista. Influido por la ola patriotera que inundaba el país, sospechaba de todos y de todo, acaso para que nadie sospechara de él, y como por arte de magia había borrado de un plumazo los tiempos de las elecciones: su aportación a la República y sus antiguas loas a la libertad.

Por eso, cuando «su señora» (aún no se había refinado lo bastante para llamarla «su mujer») hablaba de él, decía siempre que su marido había sido

franquista «toda la vida», como si la vida hubiera empezado en la era franquista, y al decir aquello se le ponía la boca chica, como hacía cuando fumaba.

Parece que la estoy viendo, recién elevada a la categoría de dama elegante, codeándose con los intocables, tuteando a la señora Moraldo y gesteando relamida cuando entraba en algún salón.

Figueruela no podía con ella:

–¡Habráse visto la cursi ésa! Llamarse Pilar Berruguete y presumir de aristócrata.

Sin embargo, también Figueruela, gracias al Banco, estaba escalando peldaños en la sociedad.

A decir verdad, pasado el mal efecto del primer encuentro, todo el mundo encontraba encantadora a Pilar Berruguete de Pérez. Pronto fue «la coma, coma», de los años cuarenta. Su marido no cabía en sí de gozo: «Esa Pilar, hay que reconocerlo, tiene gancho.» A Ramón Pérez le complacía mucho verla entrar en el Banco, tocada con esas especies de chimeneas que eran los sombreros de entonces, maquillada a lo vivo, envuelta en pieles de zorra, totalmente dominada por el espíritu de su época, ridículo y atronador: ostentando un modelo nuevo (caro y exclusivo), glorificándose de nuestros balances, de nuestros dividendos, de nuestra prosperidad y de nuestra solvencia, como si ella fuera parte de nuestro auge, como si, gracias a sus amistades, la Banca Salcedo hubiera dado «el subido» que, en definitiva, estaba dando ella gracias al Banco.

Rechoncha y turgente, de piernas flacas y pechuga generosa, iba pisando el pavimento del Banco con sus zapatos topolino como si pisara su propia casa. A veces se detenía en mi despacho: «Hola, Carlos…» Y se liaba a hablarme de «sus planes», de las reuniones previstas, de los fines de semana que la aguardaban, de «las comidas» que se habían organizado, de lo bien que bailaba el «bugui-bugui». Más de una vez intentó coquetear conmigo. No era un coqueteo franco: sólo esbozado. Un tirar el anzuelo y retirarlo

enseguida para que yo no picara. En suma, un coqueteo provinciano de pies a cabeza.

–Deberías casarte, Carlos. Un hombre como tú no puede desperdiciar toda su vida entre finanzas y juergas…

–Todavía soy joven.

Una vez, Pilar Berruguete fue más lejos:

–Me han dicho que te gusta Victoria. No es mala idea, Carlos. La chica es millonaria y, además, cuando su padre muera, heredará un título.

Lo de los títulos la traía muy inquieta. Creo que hubiera pagado una fortuna por conseguir uno. Pero ni los Berruguete ni los Pérez tenían por donde agarrarse para sumarse a la nobleza.

–Victoria no me gusta: demasiado marimacho… -decía yo.

–Será condesa…

–La vida no acaba en los títulos.

–Pero ayudan a vivir, no te quepa duda.

–Te equivocas: hace un par de años, ayudaban a morir.

–Vas a dejar que Paco te la pise.

–Por mí puede pisarla y hasta triturarla.

Sin embargo, debo reconocer que por entonces Victoria me divertía. Cuando Paco me la presentó, pensé: «Podría ser bonita si no fuera tan simple.» Entonces la sencillez de Victoria y su falta de coquetería se me antojaban espontaneidad, pura simplicidad de espíritu: una forma de derribar barreras y resultar asequible. Era quizá la única mujer joven que

entonces no se maquillaba, ni usaba escotes exagerados, ni se valía de sistemas estridentes para llamar la atención.

Victoria Remo vestía sobriamente, como si se hubiere puesto el traje para no andar desnuda, y jamás iba a la peluquería. Decía que ella misma se cortaba el pelo para no perder el tiempo «con chinchorrerías» sacacuartos.

Además, era ocurrente. Decía cosas que ninguna jovencita de aquella época hubiera dicho: «Las guerras civiles… Yo te diré lo que son las guerras civiles, Carlos: masturbaciones del egoísmo.»

Era difícil coquetear con ella: algo lo impedía cada vez que lo intentaba; sin embargo, tanto Paco como yo lo pasábamos en grande cuando la acompañábamos. En el fondo, Victoria era como un compañero más. Un camarada de diversiones que alguna vez nos daba a entender que era mujer.

Fue una época de aturdimiento aquélla: tanto Paco como yo nos hicimos socios de todos los clubs, conocíamos todas las boîtes, nos apuntábamos a todos los planes que surgían.

La guerra era ya agua pasada, y la gente quería foguearse, recuperar los años perdidos. De repente se había vuelto elegante «protestar». (En sordina, naturalmente.) Era un acto de «buen tono» encontrarlo todo mal: la censura, las restricciones, la falta de cabarets, la obligación de acostarse temprano para ahorrar energía, medir el agua para dar tiempo a construir embalses… Pero en realidad se especulaba con todo y nadie se privaba de nada.

Victoria era el típico producto de aquel tipo de especulación: el del olvido, el de la indiferencia, el de la incipiente insensibilidad.

Casi siempre salíamos los tres por las noches: nos íbamos a la Rosaleda o al Cortijo: escuchábamos la orquesta de Bernard Hilda y bailábamos con ella por riguroso turno. A veces se nos agregaba alguna pareja. Pero, a decir verdad, cuando lo pasábamos bien era cuando estábamos solos.

Mi madre se alarmaba: «A ver qué día te decides a casarte, Carlitos: así no

puedes continuar.» Pero ninguna de las mujeres que yo trataba me seducía lo bastante para perder mi libertad.

Hacía ya varios años que habíamos dejado el piso de la calle Fernando. (Creo que coincidió con la muerte de Alfonso XIII.) Recuerdo que, al marcharme de allí, pensé: «Algo ha muerto también para nosotros.» Era como si el monarca destronado diera en sancionar un episodio de nuestra vida.

Nos habíamos trasladado a un piso del ensanche, cercano a la Diagonal. Lo decoré a mi gusto, recorriendo anticuarios y copiando minuciosamente las viviendas que por entonces yo frecuentaba. Mi madre protestaba: «Demasiado grande para nosotros, Carlitos.»

Fue preciso contratar muchachas de servicio. Aquella novedad exasperaba a mi madre: decía que no estaba hecha a tanto boato y que le estorbaba tener caras desconocidas husmeando en la casa.

–Gano lo bastante para permitirme ese lujo.

–¿De verdad crees tú que eso es un lujo?

A pesar de todo, mi madre no renunciaba a trabajar. Le gustaba hurgar en la cocina, preparar ella los guisos. Ninguna cocinera aguantaba aquello. No toleraban que se interfiriese continuamente en sus quehaceres. Comenzó el desfile de cocineras. No finalizó hasta la llegada de Dolores.

Entonces Dolores era joven, alegre y trabajadora. Ahora continúa siendo trabajadora, pero ni es joven ni tiene alegría.

La única distracción de mi madre consistía en visitar a la señora Salcedo. «Una mujer pintoresca -solía decirme-. Pasa por el mundo flotando, pero es buena y desconoce la envidia.» A veces me hablaba de la niña: «También la niña flota: le gusta el arte, pinta, toca el piano y lee, pero no estudia.» A lo que yo solía responderle: «A una mujer no le hace falta instruirse…» Como el noventa por ciento de los españoles yo tenía la convicción de que una

mujer no precisaba de estudios.

Supe luego que la habían mandado a Portugal: «Querrán internacionalizarla», comenté. En aquella época, Portugal era el único «extranjero de los españoles». La guerra mundial proseguía y nuestros límites continuaban siendo angostos.

Lo peor de entonces era la ausencia de Lolita. A veces le preguntaba a Paco por ella. Se encogía de hombros y decía: «Lleva su vida: se está cargando de hijos…» No podía imaginarla convertida en una matrona a disposición de aquel marido al que no amaba, dando a luz unos hijos de su desamor, arrastrando su título de marquesa como si arrastrase una condena. «¿No piensa venir por aquí?» Y Paco contestaba enseguida: «Imposible… Está demasiado ocupada pariendo y criando…»

Entre Paco y yo no había ya diferencias sociales. Más aún: empezaba a tomarle ventaja. Tenía dinero, tenía prestigio, tenía coche y tenía inteligencia: cuatro cosas de las que él carecía. En cambio, poseía algo que no me veía capaz de alcanzar: un peculiar tacto para granjearse la amistad de los que estaban en la cumbre: «Cuando necesites un favor, no tienes más que decírmelo, Carlos…» Lentamente se había convertido en una especie de agente ministerial, lo que tanto Figueruela como Ramón Pérez explotaban sin el menor reparo.

Cierto día, Paco y yo hablamos de Victoria. Me preguntó si me gustaba. Le dije que para mí era «como un amigo», pero que jamás la había visto como mujer.

–Te confieso que a mí me gusta -afirmó-. Hay algo peculiar en ella. Tiene «clase», ¿sabes, chico? Una gran clase. Y naturalidad. Es de esas mujeres que llevan un traje de noche como si llevaran camisón…

–¿Te gustaría casarte con ella?

Paco encogió la ceja y se pinzó la nariz:

–Hombre… Tiene muchas ventajas. Es hija única y su padre es millonario.

Comprendí enseguida que no la quería, pero que en Victoria veía la solución de su indigencia.

–Trata de conquistarla.

–Ya lo he hecho.

–¿Te rechaza?

–No del todo. Pero temo que tú le gustes más que yo.

Aquel verano se dilucidó la cuestión. Fue un verano caluroso. Paco me convenció para que me fuese con él a San Sebastián: «Allí casi hay que bañarse con jersey.» Me entraba curiosidad por volver a la ciudad donde prácticamente había vivido la guerra.

Recorrí todos los lugares uno por uno. Evoqué mis encuentros con Lolita, la escena del hotel Avenida, nuestra subida a Monte Igueldo… Era doloroso comprender que todo aquello había desaparecido para siempre, que nunca podría recuperarlo.

La playa de Ondarreta estaba atestada. La posguerra la había saneado de pulgas y el peligro del piojo verde había desaparecido con el calor.

El día era alegre y, a pesar de encontrarnos en el Norte, el tiempo era benévolo. Recuerdo que Paco y Victoria acababan de salir del agua cuando nos dieron la noticia: «Ha estallado la bomba atómica.» Hubo una petrificación general. Un paro en las bromas, en las miradas, en los movimientos. Los que lanzaban las noticias, daban toda clase de detalles: la ciudad destruida, pulverizada, la contaminación… Todo era terrorífico y siniestro.

Victoria palideció. «Eso es horrible, horrible…» La gente no se atrevía a pensar. Pensar era comprender que, en adelante, todo iba a condicionarse a

aquel horrible invento. «¿Qué va a ocurrir?» Era como si algo íntimo de nosotros mismos hubiera acabado para siempre, como si los valores más arraigados tuvieran que desaparecer después de aquella noticia.

Había una desazón extraña en la playa: «Moriremos todos», dijo Victoria.

Paco se acercó a ella, rozó su brazo: «¿Tienes miedo?» Entonces Victoria rompió a reír: «¿Miedo yo?» Quería echar fuera su susto, convertirlo en una frivolidad más: «Veréis lo que vamos a hacer: conozco una echadora de cartas. Vive en Atigorrieta. Podemos visitarla esta tarde para que nos lea el porvenir.»

Era su forma de sacudir la trascendencia de la noticia. La gente que nos rodeaba reía su ocurrencia: «Esa Victoria…» Y, por descontado se olvidaron enseguida de la bomba atómica y de la ciudad destruida y contaminada.

Las echadoras de cartas eran la gran afición de aquellas gentes. Les gustaba que les halagaran los oídos explicándoles fantasías que jamás iban a cumplirse.

Yo no sé si Victoria creía en ese tipo de estupideces, pero tengo la seguridad que las cosas hubieran acabado de muy distinta manera si nos hubiésemos ahorrado la visita.

Llegamos a la casa en cuestión cuando anochecía. Nos recibió una mujer envuelta en una bata acolchada y con un pañuelo de seda artificial atado al cuello. Tenía el pelo teñido y llevaba dos rodales de colorete en las mejillas.

Nos obligó a sentarnos en torno a un velador cubierto con una colcha adamascada. Le hablamos de la bomba atómica, le dijimos que deseábamos saber cuánto tiempo íbamos a vivir y qué debíamos hacer para ser felices.

Empezó a barajar sus naipes como quien baraja un tesoro, soplaba en ellos, cerraba los ojos, decretó: «Primero la señorita.» El tema de la bomba atómica lo pasó por alto. Pero habló del futuro: «Está usted en una

encrucijada, señorita…» Victoria se puso seria. Miró el mantel. «Hay algo en usted que puede destruir su vida…» Paco la escrutaba nervioso, como si la vida de Victoria fuese ya suya. La nigromante nos miró a los dos, echó una carta y dijo: «Dos hombres la disputan.» Entonces Victoria rompió a reír: «No se ría usted, señorita, es más serio de lo que usted imagina. De su elección depende el porvenir. En estos momentos no sabe por cuál de los dos decidirse…» Victoria lanzó un suspiro de alivio y se pasó la mano por el cogote: «Es posible», contestó. «Elija usted al más inteligente. No cometa un error. Podría ser funesto.» Y dio por terminada la visita. No quería hablar más. Decía que fuerzas adversas se lo impedían.

Aquella misma noche Paco volvió a abordarme:

–Ya has oído lo que ha decretado la echadora de cartas.

–No irás a decirme que has tomado en serio esa sarta de memeces -le repuse.

Paco movió la cabeza:

–Tengo miedo.

–¿De qué?

–De perderla.

–Entonces la quieres.

–Necesito casarme con ella, Carlos. Victoria y yo nos llevamos bien… Además, tú lo sabes: no tengo un duro. Ella será una mujer rica en cuanto muera su padre.

–Pues, adelante, hombre: cásate.

–Pero tú…

–¿Qué quieres de mí?

–Que abandones.

–No creo ser un obstáculo: jamás me he dedicado a Victoria.

–La impresionas -confesó.

–Intenta impresionarla tú.

–¿Cómo?

Comprendí.

–Me estás pidiendo que me esfume; de acuerdo: me esfumaré.

A los tres meses se anunció la boda.

Fue un acontecimiento ciudadano; una de esas metas comentadas que a veces convierten los países en provincias.

Se había previsto una ceremonia por todo lo alto, con obispo, con autoridades engalanadas y representaciones gubernamentales.

Hubo comentarios para todos los gustos. Pilar Berruguete dijo: «Al fin te la han pisado, ¿verdad, Carlos?» Y como viera que yo no me inmutaba añadió: «En el fondo no te pierdes nada; la verdad es que no puedo imaginarme a Victoria con traje de novia. Claro que a veces son ese tipo de mujeres las que más encandilan a los hombres…»

Pilar Berruguete quería sonsacarme, conocer el grado de mi decepción. Se nutría de cosas así, tontas y sentimentales. Era como una especie de revista del corazón.

–No te canses, Pilar; por ahora no tengo intención de casarme.

A decir verdad, lo único que me importaba de aquella boda era la posibilidad de volver a ver a Lolita. Sabía que había llegado ya a Barcelona para asistir a la ceremonia. Tenía curiosidad por encontrarme de nuevo con ella. Era una curiosidad impaciente, que a veces me espoleaba en pleno sueño: «Han pasado muchos años…» No podía definir con exactitud qué esperaba de ella. Tal vez que me dijese que no me había olvidado, que seguía queriéndome…

Cuando mi madre me tendió el chaqué, me dije a mí mismo: «Me estoy vistiendo para ella…»

Paco me había encargado que llevase yo el ramo a Victoria. «Por algo eres mi mejor amigo…» Me presenté en el palacete Remo a las doce del mediodía.

Los condes de Remo vivían como habían vivido siempre: con criados uniformados, doncellas con cofia y porteros de librea. Para ellos la guerra había consistido en un simple traslado a Méjico, un veraneo que había durado tres años. Luego, al terminar la guerra, todo había vuelto a su cauce. En aquella época, los padres de Victoria empezaban a estar algo pachuchos y, por descontado, ni el padre ni la madre despuntaban por exceso de inteligencia.

Me hicieron subir por una escalera engalanada con guirnaldas de flores, y al llegar al rellano fueron abriendo puertas hasta dar con el dormitorio de Victoria.

Había fotógrafos, había doncellas, había modistas y había peluqueros.

Los condes me tendieron la mano: «Entra jovencito: Victoria está esperándote.»

La encontré sentada ante el tocador, ligeramente maquillada, su velo de novia rodeando un rostro moreno y desangelado. En cuanto me vio, me tendió la mano. «Conque has traído el ramo…» Lo miraba como si contemplase un choque de trenes o el desbordamiento del río: «La verdad,

Carlos: no te pega ese papel.»

Me acerqué a ella y le tendí el ramo:

–Tampoco a ti te pega el tuyo -le contesté por lo bajo.

Victoria mandó que nos dejaran solos. Los fotógrafos protestaron: «Luego -decía ella-; luego sacarán fotografías.»

Al quedarnos a solas cogió el ramo y lo dejó sobre el tocador:

–Un día u otro tenía que decidirme, ¿no te parece?

–No veo por qué: te queda mucho tiempo por delante. Todavía eres muy joven.

–Joven o vieja… estaba condenada al suicidio.

Causaba escalofrío verla tan indiferente, tan fría.

–¿Qué suicidio?

–Ese: el que voy a cometer casándome con Paco.

Se miraba al espejo, sonreía. Dio un tirón a su velo para apartarlo de la cara y quedó algo rasgado junto a la corona de diamantes que sus padres le habían regalado.

–La verdad es que no puedo imaginarte casada con él.

–¿Cómo me imaginas, entonces?

Me hablaba desde el espejo, de espaldas a mí, fingiendo una desenvoltura que no podía sentir.

–¡Qué sé yo! No consigo encasillarte.

Victoria se volvió hacia mí y arqueó las cejas:

–De cualquier forma, ya es tarde.

–No: todavía estás a tiempo. Puedes rectificar.

–No sería ético… Además, no serviría de nada: un escándalo inútil.

Algo fallaba en Victoria, algo que aún no podía descubrir: «le falta una dimensión». Pero no sabía cuál era.

–Luego será tarde, Victoria.

–Siempre es tarde -repuso ella-. Me conozco, Carlos; haga lo que haga, siempre cometeré errores.

Se puso en pie:

–Dile a esa colección de insensatos que entren. Querrán fotografiarnos juntos.

Se llenó el cuarto otra vez. Allá, bajo el dintel, los condes de Remo nos miraban enternecidos.

–Adelante, ya va siendo hora -dijo Victoria.

Parecía María Estuardo cuando la llevaban a decapitar.

–No olvides el ramo -le dije tendiéndoselo.

Lo cogió, besé su mano.

–Nos veremos en la iglesia: buen viaje hasta ella -dijo bromeando.

–Suerte -contesté yo.

Así empezó a convertirse en la señora Moraldo.

Una multitud curiosa se apiñaba en las calles adyacentes a la Merced. Se trataba de la boda del año: una ceremonia abigarrada, sofocante y ostentosa, que el público difícilmente iba a olvidar.

Había invitados de Madrid, de Bilbao y de Sevilla. Gentes todavía advenedizos de paz, que encontraban en aquella boda la culminación de sus aspiraciones. Había también representaciones gubernamentales (aquellos contactos que Paco tan bien cultivaba) y autoridades civiles, y nuevos ricos (mujeres enjoyadas y maridos de vientre prominente) deseando codearse con los «nuevos pobres» (grandezas rancias), los que hipotecaban palacios, fincas y promesas para mantener un nivel que amenazaba descender.

Y peinados tensos a lo «arriba España», enseñando cogotes delatores (idiosincrasias terroríficas que más hubiera valido ignorar). Y miradas inquietas, codiciosas, miradas dispuestas a cazar otras (las que fuera) con tal de no saberse perdidas en olvidos y abandonos… Y silencio; pidiendo a gritos admiraciones torpes, ilusiones absurdas, esperanzas sin futuro…

Busqué a Lolita con la mirada. No la veía. Sin embargo, Paco me había dicho claramente la noche anterior que su hermana había llegado con el «imbécil de su marido». (Paco empezaba a odiar a Raimundo.) Me habían colocado en el presbiterio, tal como correspondía a mi calidad de testigo, y la nave de la iglesia se extendía ante mí como un hormiguero ampliado y rutilante.

Recuerdo que, al entrar Victoria en la iglesia del brazo de su padre, comenzó a llover. Era una lluvia fina, muy parecida a la del norte, y su velo, al subir las gradas del presbiterio, salpicó el plastrón de Paco (a veces los detalles más insignificantes se graban en la memoria con la tenacidad de una garrapata). Paco lo miró con gesto adusto y sacudió con los guantes que llevaba en la mano la salpicadura de su futura mujer.

La señora Moraldo, acomodada ante los testigos, se parecía mucho a ella

misma cuando era joven; apenas esbozó una sonrisa al rozar su hijo el brazo de la novia para llevarla al altar. Era una estatua gris aureolada de plumas y taladrada de pedruscos que, a pesar de su indigencia, no había querido vender.

De pronto vi a Lolita. Fue lo mismo que ver un derrumbamiento irreparable; estaba allí, en el segundo banco, transformada, desgarradoramente fea, el vientre abultado y el rostro lleno de manchas amoratadas. Jamás hubiera podido imaginar que aquella criatura, tan idealizada en mis sueños, pudiera llegar a convertirse en un horror semejante.

Cerré los ojos para no verla. No en vano había tardado en descubrirla. La Lolita que yo había conocido era completamente distinta. A su lado, el marido contemplaba la ceremonia como si contemplase la calle: distraído, pendiente sólo de su perfil, de su bigote recortado a lo Adolphe Menjou, indiferente, aburrido y descaradamente avergonzado de que aquel cuerpo que tenía al lado, fuera el de su mujer.

También yo sentí vergüenza por ella, por mí, por todo lo que nos estaba rodeando. Hubiera querido escapar, olvidar aquella visión aterradora, desligarme de todo lo que suponía aquel enjambre de vanidades.

Los novios dijeron «sí», intercambiaron alianzas. Victoria estaba seria. Paco encogía una ceja. Los padres de Victoria se llevaron el pañuelo a los ojos. También yo tenía necesidad de llorar. No por ellos, sino por Lolita, por el espectáculo que me estaba ofreciendo, por la desilusión que, sin quererlo, estaba yo experimentando.

Después nos trasladamos al palacio Remo. El edificio era lo bastante grande para albergar los invitados. (Se había conservado intacto porque durante la guerra había sido habitado por un alto jefe rojo.) Escuchamos la marcha nupcial cuando los novios entraron.

La gente los vitoreaba, levantaba copas para brindar por ellos. Comimos, bebimos, nos dejamos fotografiar y aplaudimos cuando los novios partieron

el pastel de boda.

Victoria y Paco sonreían. Eran sonrisas frías, mecanizadas. Sonrisas autónomas que nada tenían que ver la una con la otra.

Pronto se separaron para recorrer las mesas, para hablar con los invitados. Parecía como si se hubiesen casado para eso: para distanciarse enseguida, para alejarse el uno del otro, para divorciarse antes de llegar al lecho conyugal.

Luego bailaron. Un baile anodino, protocolario y estúpido.

Comprendí enseguida que Lolita me rehuía. Probablemente no quería que yo la viera en aquel estado. A veces la vislumbraba, pululando con paso torpe y vacilante por entre la masa de gente que nos rodeaba. No sé aún por qué razón nos encontramos. Quizá a fuerza de rehuirnos llegamos a coincidir. De repente la tuve delante, con su vientre apuntando impúdico mi cuerpo y su mano tendida hacia mí: «Dios mío, cuántos años…» Eran más que años: eran siglos, eternidades.

–Ya ves… -dijo ella.

Quedamos silenciosos, expectantes, como si acabáramos de conocernos, como si entre nosotros jamás hubiera mediado un abismo de amor reprimido y de ilusiones prensadas.

–Esperaba verte -le dije.

–También yo a ti.

Pero mentíamos: ni ella quería que yo la viera, ni yo esperaba encontrarla tal como la veía.

–¿Cómo va tu pierna?

–La pierna…

Casi no me acordaba de la herida.

–Perfectamente; ya no cojeo.

–¿Recuerdas…?

De pronto se detuvo. No sé lo que iba a decirme. Quizá algo que ya no tenía vigencia, algo muerto o definitivamente podrido.

–¿Decías?

–Nada.

Vista de cerca era todavía más fea, menos Lolita.

–Tienes buen semblante…

–¿Por qué mientes, Carlos?

–Nunca te he mentido.

–Ahora lo estás haciendo.

Se apoyó en la silla, se llevó la mano al vientre.

–¿Para cuándo esperas? – pregunté.

–Saldré de cuentas dentro de un mes.

–Suerte -le dije.

–Gracias.

–Pareces cansada.

Se sentó en la silla, respiraba con dificultad:

–Lo estoy; el viaje, el trajín, los nervios…

–¿Cuántos hijos tienes?

–Éste será el tercero…

–¿Eres feliz?

–¿Feliz?

Miraba al techo. Parecía como si quisiera leer en la bóveda la respuesta que debía darme.

–¡Vaya una pregunta, Carlos!

Jugaba con los dedos, los trituraba. Suspiró hondo y procuró sonreír:

–A veces… ¿Qué es de tu vida, Carlos? ¿Tienes novia?

–No. Trabajo, me he cambiado de casa…

–Lo sé; me lo dijo Paco. Has prosperado mucho.

–También tú has prosperado: eres marquesa.

–Me gustaría que fueras feliz -dijo ella entonces.

–Es muy difícil. La felicidad es otra cosa. La felicidad pasó un día por mis manos… Pero me la arrebataron, Lolita.

–Muchas veces me he preguntado qué significa esa palabra.

–Te lo diré: la felicidad es sentir el corazón acelerado porque alguien al que uno quiere está contando esos latidos en su propio corazón… Y escuchar

las pisadas de esa misma persona pensando: «Viene hacia mí» y estrechar su mano sabiendo que dirá «Hasta luego…» Y confiar en el futuro, y esperar cartas que hablen de vacas y de niños sobre los pastizales del Norte.

Lolita bajó la vista:

–Entonces la felicidad es algo que sólo pertenece al pasado… No conviene pensar eso.

–¿Por qué?

–Somos tan incautos, que lo imaginamos siempre mejor que el presente.

–¿También a ti te ocurre eso?

No contestó. Cogí su mano. La alianza le venía grande:

–¿Por qué huiste de mí, Lolita?

–Creí que era lo mejor…

Señalé a su marido:

–No debiste casarte con él. Me gustaría saber por qué lo hiciste.

Se encogió de hombros. Retiró su mano de la mía.

–No lo sé -dijo-. Debe de ser un fenómeno corriente. Mucha gente se casa sin saber por qué. De pronto se nos mete en la cabeza que «hay que casarse…» Como Paco: tampoco él sabe por qué se ha metido en este lío.

–Fue un error.

–Siempre cometemos errores: es un privilegio humano -intentó bromear-. Los animales nunca se equivocan.

–¿Crees tú que si te hubieses casado conmigo hubieras cometido también un error?

–Me temo que nunca podré contestarte a esa pregunta.

Se volvió de espaldas. Luego se levantó. Volvió a tenderme la mano:

–Adiós, Carlos.

–Otra vez huyes de mí.

–Quizá.

Y se fue.

Al día siguiente regresó a Madrid. Yo entré en el Banco con el ánimo decaído. Me sentía vejado, burlado, despojado de algo que hasta entonces me había parecido imposible perder.

En el Banco cundía de nuevo un clímax angustioso: la guerra mundial había dejado huellas profundas y la economía del país presentaba incógnitas a las que nadie podía responder. Desde España era muy difícil saber con exactitud los pormenores de la pasada guerra. El colaboracionismo, la matanza de judíos, los arrolladores crímenes que el nazismo había fraguado, llegaban a nuestra tierra amortiguados, disimulados aún por una prensa vigilada. Se nos daba una versión romántica del asunto, algo que se tardó mucho en desmitificar.

Aunque la virulencia de nuestra primera euforia se había esfumado (por ejemplo las brigadas de la División Azul), surgió de pronto otro tipo de virulencias que desmoralizaban, que provocaban descontentos y que sumían al país en una constante tensión.

Bajo mano y en tono confidencial, los bulos sustituían lo que los periódicos no publicaban. El momento era difícil, muy difícil: Nadie sabía lo que podía ocurrir. «Nos quieen dogá con fútbol, con los toos, peo el pueblo no

dueme…», decía don Alberto.

La mentalidad española había empezado a cambiar cuando la guerra mundial se dio por acabada. España buscaba en aquella paz un nuevo drenaje y la conformidad anterior se resquebrajaba. Existía la posibilidad de una expansión extranjera, nuestro desarrollo económico se minificaba y el peligro de la crisis imponía un cambio de estructuras. Fue entonces cuando le propuse a don Alberto instalar una sucursal en Madrid: «Es absolutamente necesario mantener contacto con la capital. La centralización se vuelve día a día más exigente.» Don Alberto dudaba; todavía se aferraba a la idea caduca de una Banca netamente catalana.

Aquella actitud me desazonaba: «No podemos quedarnos rezagados -le dije-. Pronto vendrán los tiempos en que las relaciones bancarias internacionales se impongan y un Banco netamente catalán tendría pocas probabilidades…»

Se quedó mirándome, ceñudo, los ojos ligeramente entornados:

–Estoy cansado, ¿sabes, hijo?

Se sentó en el sillón de su mesa, la mano en la frente, su incipiente calvicie aureolada por unas canas que ni siquiera el rubio de su cabello podía disimular.

Lo recordé en otros tiempos, eufórico, vibrante, alerta a la menor contingencia:

–Muy cansado -repitió.

Estaba cansado de luchar para preparar futuros ciegos y sordos, sin el aliciente de unos hijos definitivamente cegados y mudos, sin la continuidad de su apellido:

–Muchas veces pienso que estoy hecho un Sísifo…

Y esbozó una mueca entre desencantada y despectiva:

–¿Quees que vale la pena complicase tanto la vida…?

Le dije que estancarse en los negocios era la mejor forma de perderlos. «O avanzar, o retroceder. No hay otra solución.» Mis argumentos no lo convencían. Meneaba la cabeza de un lado a otro: Yo era joven: por eso pensaba así, decía él. Yo tenía ambición. Volvió a mencionar los hijos muertos…

–Le queda una hija.

–Es inútil -contestó él-. Venda un cazadotes y se apovechaá de todo.

¡Qué curioso resulta ahora recordar aquella conversación! Ni don Alberto ni yo podíamos intuir lo que iba a suceder con aquella niña. Alicia, en mi panorama particular, era todavía una circunstancia plana, sin relieve, un hecho esporádico que se producía más allá de cualquier proyecto.

–Nadie tiene derecho a utilizar procedimientos drásticos únicamente para prevenir…

Él insistía:

–¿No te das cuenta, hijo? Alicia es muy joven y está expuesta a que la engañen.

–Pero le tiene a usted para protegerla, tiene a su madre…

Don Alberto lanzó un soplido violento y alzó las manos en un ademán ambiguo:

–Su made… Bah -dijo-. Mi mujé es muy buena, peo muy tonta.

Era curioso, que don Alberto se expresara así al referirse a su mujer. Nunca había hablado de ella conmigo en aquellos términos. Contemplé el retrato

que descansaba sobre la mesa. No se parecía al que había colocado allí antes de la guerra. La efigie que yo estaba contemplando en aquellos momentos pertenecía a una mujer asustada, gruesa y ligeramente crispada por el flash del fotógrafo.

–A pesa de todo, la necesito, ¿sabes, hijo? Uno se acostumba…

No era extraño que don Alberto me hiciera aquel tipo de confidencias. Más de una vez lo había yo sorprendido metiendo mano a su secretaria (una recién llegada de aspecto atractivo que se llamaba Irene) y tal vez considerara que al hablar de aquella forma, justificaba sus deslices.

–La vida también es tonta, y nos gusta -le dije.

No tardé mucho en ver de nuevo a aquella niña que tanto preocupaba a su padre. El cambio que había dado era notable.

Alicia era ya una mujer. Un día entró en mi despacho con paso decidido y sonrisa alegre:

–¡Hola, Carlos!

–De modo que tú eres Alicia…

Se sentó frente a mí, cruzó las piernas: las tenía bonitas, esbeltas, de tobillos finos y pies alargados. No se parecía a su padre. Sólo había heredado de él el colorido de sus ojos.

–¿Cómo te ha ido por Portugal?

–Aprendí pintura… Te habrán dicho que me gusta el arte.

Me chocaba que una mujer como ella se interesase por la pintura.

–Me alegro -dije-: una buena solución para no aburrirse.

Alicia pareció ofenderse.

–Estás en un error. No pinto para distraerme. Pinto porque lo necesito.

Rectifiqué enseguida:

–Perdóname: no quise ser grosero.

Tardó mucho en entrar en materia. Primeramente me habló de su padre: lo admiraba, lo quería. A su madre ni siquiera la mencionó. Al final expuso el motivo de su visita: «Se trata de informe bancario.» Una amiga suya se había hecho novia de «desconocido»: «Uno de esos hombres que surgen no se sabe dónde y que prometen lo que a lo mejor no existe…» Alicia hablaba con un tonillo despectivo, un poco pedante: «Y sus padres han pedido que averigüe la verdad a través del Banco.»

Me dio el nombre, las señas:

–Descuida -le dije-. Te pondré al corriente en cuanto me entere.

Me suplicó sigilo: no había querido pedirle aquellos datos a su padre para que nadie se enterase. «Mi amiga nunca me lo perdonaría.» Le agradecí sus muestras de confianza: «Sabré corresponder», prometí.

La acompañé hasta la puerta de la calle:

–Espero tu respuesta, Carlos.

La vi perderse paseo de Gracia arriba, su andadura ágil, todavía un poco desgarbada.

Aquella noche le hablé de ella a mi madre. «Ha venido la niña Salcedo…» Le expliqué el motivo de su visita. Recuerdo que mi madre me escuchaba ceñuda. No estaba acostumbrada a que yo le diera tantas explicaciones. Desde hacía algún tiempo nuestra vida en común se reducía a intercambiar frases sin importancia, preguntas anodinas: «¿Qué quieres comer? ¿Has

dormido bien? ¿Te acostaste muy tarde anoche?»

–Así que has visto a Alicia -machacó ella-. Ha cambiado mucho…

También mi madre había cambiado: su religiosidad, iniciada, poco antes de empezar la guerra, se había desarrollado en ella de modo inequívoco. Nunca me espoleaba ya con la necesidad de alcanzar «metas». Para mi madre sólo existía una: formar parte del peregrinaje hacia el cielo. Cuando terminamos de hablar, se acercó a un cuadro para enderezarlo:

–Cuidado, hijo.

–¿A qué te refieres, mamá?

Me daba la espalda: la tenía ya ligeramente encorvada, con ciertas prominencias bajo las paletillas.

–Alicia no está hecha para ti.

–No sé por qué se te ocurren esas cosas, mamá: Alicia es mucho más joven que yo. Además…

Se volvió de repente:

–¿Además qué?

–Además no es mi tipo.

–Lo celebro -dijo-. Si te casaras con Alicia, la gente murmuraría. En fin de cuentas, tú no eres más que un empleado del Banco.

–No eres justa, mamá: soy algo más que eso.

–No irás a considerarte importante por tener unas miserables acciones…

–Soy el director adjunto.

–Eso no impide que sigas siendo un empleado.

–No tardaré mucho en ser algo más.

Mi madre lanzó un suspiro; me miró fijamente:

–A veces me das miedo, Carlos.

–¿De qué?

No contestó. Cambió de conversación. Me preguntó por Paco. Le dije que continuaba en plena luna de miel.

–Vas a echarlo de menos -dijo mi madre-. Una vez casado…

Se levantó, cruzó las manos y las dejó caer a lo largo del cuerpo:

–Lo malo de Paco es que se ha convertido en el marido de su mujer. Será un esclavo de ella toda la vida.

Le di un beso en la frente:

–Si lo que te preocupa es que yo acabe como él, tranquilízate, mamá; nunca seré el marido de Alicia.

Y efectivamente, no lo fui. Pero me casé con ella.

Empezó todo con mi llamada telefónica para darle el informe que había solicitado; me citó en Parellada, para que los del Banco no sospecharan lo que tramábamos. Las noticias no eran halagüeñas: poca solvencia, muchos gastos para figurar, escasos conocimientos comerciales… Alicia acariciaba su vaso de Coca-Cola: «Lo suponía… Si mi amiga no fuera tan rematadamente terca…»

–Lo siento, Alicia: hubiera querido que los informes fuesen más

halagüeños.

Después vinieron los encuentros casuales: «Me alegra volver a verte…» Enseguida surgieron los encuentros intencionados: las cenas en «Las Siete Puertas», en merenderos de la Barceloneta, en lugares ignotos donde sólo se veían parejas que no deseaban ser vistas. Nos hicimos confidencias. Le hablé de Estrella, de la persecución de que habíamos sido objeto, de mi actuación en el frente, de mi herida…

Alicia me contemplaba alucinada, entre admirada y temerosa. Cuando terminaba de hablar me rogaba: «Continúa… Es tan apasionante todo lo que me cuentas…»

Cierta noche, al acompañarla a su casa, detuve el coche en la esquina de la calle. Los Salcedo llevaban mucho tiempo afincados en una torre de Sarria. Entonces, aquel barrio era silencioso y poco frecuentado. Me preguntó por qué me detenía: «Me cuesta separarme de ti…» Cogí su mano. «¿Sabes, Alicia? Es malo acostumbrarse a una persona… Luego, cuando se pierde, nos deja hechos cisco…»

Pasó algún tiempo sin que las cosas se alterasen. Un día le dije que no volvería a salir con ella: era ya verano, un verano cálido que presagiaba un invierno frío. Alicia, al día siguiente debía marcharse a Can Pou, la finca que los Salcedo tenían en la Costa Brava.

–Será mejor que nos despidamos para siempre.

No entendía aquella súbita decisión mía:

–¿Por qué, Carlos? ¿Por qué?

La cogí en los brazos y la besé:

–¿Lo comprendes ahora?

–No, no lo comprendo.

–Estoy jugando con fuego y no quiero estropear nuestra amistad. Volveremos a vernos cuando te haya olvidado.

Alicia lloraba. La estreché de nuevo entre mis brazos: «Por favor, Alicia, no llores…»

Pero no había forma de sosegarla.

–¿No te das cuenta de que no puedo casarme contigo?

Se aferraba a mí desesperada, como si la idea de apartarme de ella pudiese matarla.

–¿Por qué no, Carlos…? Yo te quiero…

–Hay un abismo entre nosotros.

Negaba ella incrementando su llanto: «No es cierto: papá te admira, te quiere… Siempre habla de ti…» Pero yo insistí: «Si supiera lo que está pasando entre nosotros, me odiaría…»

–Mi padre jamás te odiará, Carlos… Te pareces a él. Siempre me lo está diciendo.

–Al fin y al cabo no soy más que un subordinado suyo, un empleado que vive de su trabajo… No tengo fortuna.

–¿Y eso qué importa?

Alicia era joven, no podía intuir lo que se esconde tras un hombre que no tiene fortuna. «Mi hombría y mi ética…»

Nos separamos como dos enamorados sin futuro.

–Que pases un feliz verano… -le dije.

Al cabo de unos días, don Alberto entró en mi despacho. Parece que lo estoy viendo: tenía el rostro congestionado por el calor y sus ojos centelleaban en el tostado de la piel:

–Vengo a invitate a mi casa de la Costa…

Presentí que lo sabía todo. Pero me hice de nuevas:

–¿Lo juzga usted oportuno?

–Alicia me ha pedido que te invite.

–¿Entonces ha sido ella? Lo siento: no puedo aceptar.

–¿Po qué?

–Es difícil de explicar, don Alberto… Pero voy a ser sincero. Alicia me gusta demasiado y no quiero estropear nuestra amistad.

–Eso es una bobada.

Guardé silencio. Don Alberto prosiguió hablando. Me describió la finca: «Una especie de edén…» Me habló de la torre: restos románicos de un poblado que ya no existía. Decía que su padre la había reconstruido hacía muchos años: «Alicia tiene allí su estudio…» Detalló la playa: podría bañarme todos los días y descansar… Era un lugar tranquilo, sin bañistas, sin interferencias vecinales…

–No insista, don Alberto.

Pero insistía. No estaba dispuesto a admitir chiquilladas. Si Alicia y yo nos gustábamos, no había motivo para que yo me hiciera el remolón, decía.

No voy a negarlo: él mismo fomentó mi acercamiento a su hija. Tenía la convicción de que yo era el hombre que le convenía: «Me basta tu foma de

actuá paa compendé lo que vales…» Decía que yo era el único hombre que podía salvarla de los cazadotes, que yo conocía el valor del dinero, que yo sabía lo que suponía el esfuerzo de ganarlo…

Encontré a Alicia morena, bellísima, sonriente. Y don Alberto se frotaba las manos de satisfacción. Por fin iba a recuperar un hijo. Yo todavía me defendía: «No quisiera convertirme en el marido de mi mujer.» A don Alberto le complacía que yo dijera cosas así: «¿Quién habla de eso…?» No comprendía aún que aquel tipo de expresiones eran mis garantías, mis pobres garantías de honestidad.

Después vino el otoño con los consabidos preparativos: el piso, el ajuar, la elección de los muebles, los regalos de boda…

Cuando Paco lo supo, se le volvía la saliva espesa de envidia: «Vaya pez gordo que has pescado…» Le dije que tampoco el suyo era manco: «Tonterías: hasta que mi suegro muera, Victoria no podrá ser rica.» Cuando le pregunté cómo funcionaba su matrimonio, encogió la ceja:

–No puede funcionar mejor -dijo-. Victoria es un gran compañero, un formidable camarada.

Faltaba muy poco para la boda cuando mi madre, en su intento moralizador, me preparó la celada religiosa. Una noche, al llegar a casa, me encontré de nuevo con el padre Celestino: estaba en el salón, su sotana otra vez impecable, sus cabellos totalmente blancos y su figura de asceta ligeramente adulterada por una obesidad incipiente.

–Carlos, hijo…

Me dio un abrazo apretado, mucho más expresivo que el que me había dado la mañana de su expulsión.

–Ya lo ves: aquí me tienes, dispuesto a dar guerra, como antes.

Me quedé tan sorprendido que no sabía qué decirle.

–Ya no te acordabas de mí: confiésalo.

Había llegado de América hacía pocos días y traía consigo un estilo nuevo, más desenvuelto y menos jerárquico.

Al parecer llevaba un buen rato con mi madre. Lo comprendí porque su copa de jerez estaba casi vacía.

–Me han dicho que vas a casarte.

Me preguntó por Alicia. Hablé de ella con entusiasmo. Era necesario darle la impresión de que realmente la quería. «Será religiosa.» Asentí aun cuando no estaba muy seguro de que Alicia lo fuera. Cumplía con el precepto dominical y, según afirmaba, comulgaba por Pascua. En suma, Alicia realizaba aquello que en los años cuarenta hacía todo el mundo más o menos decente. Mientras yo hablaba, el padre Celestino me iba escudriñando. Probablemente mi madre lo había mandado llamar para que me confesara: decía que el matrimonio era un sacramento y que, antes de recibirlo, debía estar en gracia de Dios. Para desviar la cuestión, volví al tema de Alicia:

–Le gusta pintar: tiene temperamento artístico. Es muy sensible.

La verdad es que los cuadros de Alicia me parecían nauseabundos. Pequeños engendros que servían únicamente para que la familia se extasiara ante ellos y para que Alicia justificara sus deseos de ser algo más que una rica heredera sin importancia, un simple objeto de lujo.

El padre Celestino escuchaba complacido. No se cansaba de oírme hablar. Se empeñaba en sondear mis ideas, como había hecho siempre. Me habló de política. Quería saber qué opinaba yo. Le dije que España andaba a la deriva y que seguiría bamboleante hasta que Franco señalara pautas. Aunque se habían promulgado las Leyes Fundamentales, todavía no se hablaba de sucesión. Daba la impresión de que Franco se consideraba eterno, y los monárquicos, nostálgicos de sus formas de vida pasada,

comenzaban su protesta solapada, poniendo zancadillas clandestinas para fomentar el malestar. El reciente manifiesto de Don Juan los había soliviantado: querían la restauración a toda costa. Para ello se escudaban en el boicot extranjero que el país estaba experimentando y padeciendo. Pero también le dije que todo aquello me tenía sin cuidado; que la política no me interesaba, que a lo único que aspiraba yo era a vivir en paz, con Franco o sin él, con monarquía o con falangismo…

–¿También con comunismo?

–Si el comunismo aceptase un sistema capitalista, ¿por qué no?

–Pero tú… Tú has hecho la guerra, Carlos, deberías ser consecuente.

–Se equivoca, padre. Yo no hice la guerra: fui su víctima.

Cuando la conversación fue subiendo de tono, mi madre entró en el salón. Se comprendía que estaba incómoda. Le molestaba recordar temas que, en otros tiempos, la habían mantenido en vilo:

–Aunque parezca una insensatez, yo creo firmemente que la guerra la hicieron los que no lucharon.

Mi madre intervino:

–Carlos siempre dice que la guerra la preparamos nosotros, los mayores… ¿No es eso? Más de una vez me lo ha reprochado.

–Comprendo -dijo el padre Celestino-. Estás resentido.

No era exactamente resentimiento: era disconformidad, frustración, vacío… Algo que daba al traste con los ideales, una especie de necesidad de llevarle la contraria a los que se habían nutrido de sueños absurdos, como Jaume Palafell, los Moraldo, los Tramachos, los Paquitos, a todos los que en otros momentos había yo oído perorar como si cada uno de ellos tuviera razón.

–No creo en los ideales, padre: se han cometido demasiados horrores a expensas de ellos.

–Sin embargo, son precisamente los ideales los que mueven el mundo -contestó él.

–Yo me contento con vivir.

Supongo que la impresión que le causé aquel día al padre Celestino fue lamentable… Cuando se hubo marchado, mi madre me recriminó por mi actitud:

–Has estado demasiado derrotista. Carlitas. El padre Celestino no merecía esos desplantes.

–Lo siento -me acerqué a ella, acaricié sus mejillas-. No te preocupes. Arreglaremos el asunto. Le propondré que nos case.

Aceptó.

La boda se celebró en enero. El día amaneció radiante. A pesar del frío, la ciudad asumía un tinte de primavera.

De aquella ceremonia y de todo lo que vino después conservo un recuerdo difuso, con algunas pinceladas relevantes que enturbian todavía más el conjunto. Destaca mi suegra (escaparate de perlas y brillantes), su voz saltarina hartándose de llamarme «hijo»; don Alberto (convertido ya en burgués orondo), llevándose el pañuelo a los ojos; Alicia, etérea, vaga, envuelta en tules, y suspiros. Sonriendo, entregando el ramo a su mejor amiga (la de los informes bancarios). Pilar Berruguete de Pérez haciéndose la enterada, la celestina, la sabihonda… Mi madre… (No me avengo a recordar a mi madre tal como la vi aquel día) parecía triste, despegada de todo, sumergida en lucubraciones sórdidas que sin duda alguna le estaban haciendo daño.

El padre Celestino no quiso asistir al banquete. Se despidió de mí en cuanto

finalizó la ceremonia: «Que seas muy feliz, Carlos.»

No se parecía a la boda de Paco. Faltaba el núcleo de aristócratas forasteros que los Moraldo y los Remo se habían propuesto cultivar para dar tono al banquete.

Mi boda era mucho más modesta. La representación aristócrata se reducía a las pocas familias de raigambre catalana que yo conocía: los Sobrado, los Repecho, los Cabeza de Moro, los Trigo, los Cascote…

En cambio, había una nutrida representación financiera: banqueros, textiles, capitalistas y fabricantes de todos los ramos.

Mi suegro contribuía notablemente a que mi posición social adquiriese dimensiones relevantes: «Aquí tienen ustedes a mi yeno… -decía regodeándose-. Un futuo hombe de empesa que daá que hablá…» La confianza que mi suegro depositaba en mí fue un gran apoyo aquel día.

Paco Moraldo había aportado también su grano de arena: al fin pude conocer al famoso Justo Fuentes. Era un hombre maduro, de mirada serena y porte sobrio, que, al parecer había llegado a Barcelona dos días antes de mi boda y, al enterarse Paco, se había adjudicado el derecho a invitarlo: «Justo también acaba de casarse», comentó cuando me lo presentó… «Pero su mujer se ha quedado en Madrid…»

Todo eso lo recuerdo entre brumas, igual que uno de esos relatos que nos impresionan cuando somos niños y que, cuando crecemos, no podemos distinguir si los vimos o sólo fueron explicados…

Me dolió que Lolita no asistiera a mi boda. Sin embargo, la olvidé enseguida. Alicia, aquel día, estaba verdaderamente bonita: tenía las mejillas encendidas y por los ojos le brotaba la felicidad que estaba experimentando.

De pronto vi a mi madre: me estaba mirando desde el otro lado de la sala. Era como si me estuviera reprochando algo que no decía.

Paco habló de Alicia: «Te has casado con un bombón…» Había bebido unas copas de más y empezaba a enrojecérsele la nariz. Pregunté por Victoria, me dijo que la había perdido de vista hacía ya mucho tiempo…

Recuerdo que, en aquellos momentos, Alicia se colgó de mi brazo: «Espero que nuestro matrimonio no se parezca al de Paco…», me deslizó al oído.

Después, la plaga de fotógrafos… Las firmas del menú.

Nos fuimos temprano. Aquella noche cenamos en el hotel Florida del Tibidabo. Fue una cena expectante, anquilosada, sin excesiva conversación.

Desde allí, la ciudad se extendía enorme con sus mil ojos apuntando al cielo. Al bajar de nuevo a ella, Alicia dijo que no podía ser más feliz. Teníamos habitación reservada en el hotel Ritz. Nos habían acomodado en la cámara nupcial, llena de flores y con una botella de champaña (obsequio de la casa). Bebimos, brindamos.

Recordé a Estrella, recordé a Paloma… Alicia jamás podría ser como ellas.

Así comenzó nuestro largo período en común: revestidos de apariencia.

Primero fue el paisaje de Niza, con su luz estallante reverberando sobre un mar todavía frío. Luego París: teatros, music-halls, itinerarios turísticos: olvidos de una guerra en aquella paz recién nacida. Indicios de una era envuelta en náuseas y existencialismos. Nostalgias de un romanticismo que empezaba a estorbar. Y cansancio. Fatiga de no fatigarnos. Sensación de flotar, de vivir sin sensaciones. Y unos deseos locos de volver a España, de recuperar nuestro paisaje de siempre.

Un día Alicia me sorprendió mirando por la ventana el obelisco de la Place Vendôme:

–Te aburres, ¿verdad, Carlos?

–¿Por qué dices eso?

–Llevas varios días bostezando continuamente.

Se había echado en la cama, envuelta en una bata de encajes.

–Tengo la impresión de que nuestro viaje de boda te está defraudando.

Me acerqué a ella; cogí su cara entre las manos.

–No vuelvas a mencionar semejante aberración. No tolero que hables así, Alicia… A no ser, naturalmente, que la defraudada seas tú.

Se incorporó: miraba las iniciales de la sábana, jugaba con ellas. Suspiraba. Y el obelisco seguía allí, con sus jeroglíficos misteriosos y su punta enhiesta señalando un cielo encapotado.

–No lo sé -confesó-. Hay momentos en que tengo la impresión de haberme casado con una sombra.

–Quieres decir que te has equivocado…

Agachó la cabeza. No podía ver la expresión de su cara.

–Yo te quiero, Carlos… Pero tú… ¿estás seguro de quererme?

–¿Crees tú que si no te quisiera me habría casado contigo?

Lanzó un suspiro hondo, asintió. Dijo luego:

–Será mi falta de experiencia… No sé lo que me pasa. A veces tengo la sensación de que nunca llegarás a ser completamente mío… Y lo que es peor: tampoco yo soy plenamente tuya… Hay algo que nos lo impide. ¿Podrías decirme qué es?

Procuré quitarle de la cabeza aquella idea. Le propuse visitar el museo del

Louvre. Sabía que aquella proposición la complacería.

Recuerdo que al entrar allí una corriente helada nos salió al paso. Frente a nosotros, en el primer rellano de la escalera, Niké presidía la escalinata. Era como si sus alas se hubieran agitado al vernos entrar: «La Victoria helando», pensé. Anduvimos por las salas desconectados el uno del otro: contemplando las obras en silencio. Alicia se detenía en los lugares más inesperados. Decía que había pintores que enriquecían y otros que empobrecían.

–Tú no puedes comprender eso -me lanzó al fin.

–A veces puedes ser altamente impertinente, querida Alicia.

Se volvió hacia mí sorprendida.

–¿Por qué te ofendes, Carlos? Siempre me has dicho que el arte no te interesa.

Pero me molestaba que me diera lecciones. Y, aunque tal vez ella no se lo propusiera, me las estaba dando.

–Perdóname -acabó diciendo.

Y continuó recorriendo las salas sin despegar los labios.

Cierta mañana Alicia se despertó llorando. Decía que había tenido un sueño perturbador. «Lo malo del caso es que no puedo recordarlo…»

Sollozando, se llevó las sábanas a la cara para secarse el sudor que empapaba su frente:

–Tenía que ver contigo, Carlos, y con alguien más… Una horrible mujer sin rostro…

–Ya empiezas con tus fantasías.

La cogí en brazos: intenté tranquilizarla. La besé; eran besos desabridos, pobres, exactamente igual que el viaje que estábamos realizando.

Aquel mismo día recibimos un telegrama de España. En él nos comunicaban que mi madre había caído enferma. Alicia comentó: «Tal vez el sueño fuera eso…» Llamamos por teléfono. La voz de mi suegra era un puro gorgorito. Se expresaba con el tonillo solemne que utilizaba cuando recitaba poesías: «Venid pronto: se ha puesto muy grave… Una embolia…» Mi suegro le arrebató el auricular: «Todavía estáis a tiempo.»

Pero cuando llegamos a España, mi madre había muerto sin recuperar el conocimiento.

Dolores se cuidó de amortajarla. Y yo contemplé su cuerpo inmóvil sin experimentar la menor emoción. De hecho, para mí, aquella inmovilidad había empezado hacía infinidad de tiempo.

En cambio, Alicia lloró mucho. Era absurdo que la nuera mostrase mayor disgusto que el propio hijo. Pensé entonces que acaso Alicia estuviera llorando por ella misma, por sentirse tan muerta como mi madre, por percatarse que mi frialdad ante aquel cadáver estaba alcanzando a ella también.

La dejé llorar sin consolarla, sin agradecerle el llanto.

También doña Alicia lloraba y suspiraba y me llamaba hijo… Sin duda se acordaba de sus hijos muertos, de aquellos remedos humanos que nunca podría recuperar… Y don Alberto se mordía los labios, nervioso, sin saber exactamente qué actitud debía adoptar: «Fue una mujé luchadoa -repetía obsesivamente-, una gan pesonalidad…»

Al desalojar la casa comprendí que mi suegro tenía razón. A veces los objetos que los muertos abandonan resultan más elocuentes que sus propios dueños. Aquel álbum de fotografías… «Ya he tomado diez baños, Carlitos…» Aquel tren que un día me regalaron a fuerza de quitar horas al

sueño… Mi primer pantalón largo, guardado cuidadosamente con bolas de alcanfor… Sus tijeras, ágiles y puntiagudas, sobre el cesto de la costura, con los mangos desgastados de tanto usarlas…

–¿Crees tú que nos estará viendo ahora? – le pregunté a Alicia.

Asintió ella con el buche lleno de sollozos:

–Naturalmente -dijo-. Los muertos nunca nos abandonan.

El padre Celestino se ocupó de las exequias. Fue un entierro tan lujoso como el del tío Rodolfo: un entierro que a ella no le hubiera gustado presenciar.

El simple hecho de haberme convertido en yerno de Alberto Salcedo era suficiente motivo para que el entierro de mi madre fuese nutrido. Estreché manos que hasta entonces me habían parecido distantes, escuché condolencias en boca de personajes encumbrados, autoridades y también sirvientes… Esa larga estirpe de sirvientes que a veces «visten» tanto como un grupo de la alta sociedad.

Rostros que hasta entonces me habían parecido inasequibles, se acercaban a mí, me llamaban don Carlos, me sonreían…

Aquel día Alicia y yo almorzamos en la casa de sus padres. Fue sofocante. Al llegar a los postres mi suegra me comunicó que había compuesto una poesía en memoria de mi madre. Recuerdo que empezaba así:

Se nos fue Remedios,

se quebró su tallo,

se quedó sin medios

de evitar el fallo.

No sé cómo pude aguantar toda la recitación sin reírme. Creo que me lo impidió el malestar que demostraba don Alberto y la vergüenza que pasaba Alicia. «Se lo agradezco, doña Alicia, muy conmovedor…» Mi suegra se esponjaba:

–Pues tengo muchas más, hijo. Si te gustan, algún día te las recitaré todas…

Le dije que me complacería sobremanera. Y Juan Villoria, convertido en perfecto mayordomo, sonreía admirado, extasiándose ante aquella escena hogareña y tradicional, mientras escanciaba el café.

Era curioso contemplar a Juan Villoria en sus funciones domésticas. Durante años había aspirado a convertirse en lo que era: un camarero de casa rica. Debía de ser magnífico soñar con metas tan fácilmente alcanzables…

Cuando se dirigía a mí, ya no me llamaba «mi sargento», me llamaba don Carlos y, por supuesto, nunca se tomó la libertad de recordarme que, en otros tiempos, los dos habíamos sido botones de la Banca Salcedo.

Después vino la larga y difícil adaptación de la vida matrimonial. Aburrimientos paliados con recursos más aburridos todavía: las funciones de ópera, las reuniones sociales, la casa de los amigos de mi mujer, las mañanas domingueras en el polo o en el tenis, las sesiones de bridge… Y Alicia procreando cuadros, llenando la casa de pinturas horrendas (tan fétidas como las poesías de su madre) exigiendo una alabanza en cada pincelada y repitiéndome, cuando ponía en duda su talento, que «yo no entendía», que «yo no era capaz de distinguir lo que era arte de lo que no era…»

Poco a poco me fui habituando a aquellas salidas de tono. Pero al año de casados yo me había distanciado de mi mujer gracias a la costumbre de no prestarle atención.

Aunque continuábamos durmiendo juntos, el día lo pasaba prácticamente alejado de ella.

De repente, empezaron a lloverme consejos de administración. Proposiciones ventajosas, negocios marginales que auguraban un porvenir risueño. Lo acepté todo. Era mi gran excusa para estar fuera de casa.

Al final, tras la guerra europea, España había dado un viraje total en el terreno económico. El panorama interno, tal como le había vaticinado yo a mi suegro, empezaba a presentar síntomas de deflación: los créditos, al restringirse, habían creado problemas en las industrias poco solventes, y los comerciantes pequeños amenazaban ruina. Aunque no pudiera hablarse propiamente de crisis, era indudable que ciertos sectores de la industria estaban experimentando grandes pérdidas, y la gente empezaba a alarmarse. Se hacían cábalas sobre el futuro: «La igidez fanquista nos está aislando del mundo», insistía don Alberto. Por lo pronto Inglaterra, Francia y los Estados Unidos nos excluían abiertamente de cualquier negociación. Fue entonces cuando el nombre de Justo Fuentes empezó a tener verdadera resonancia. Al parecer, sus gestiones diplomáticas y sus asesoramientos económicos estaban influyendo notablemente en las altas esferas. Le rogué a Paco que me pusiera en contacto con él. Prometió hacerlo en cuanto se terciara.

Los momentos eran críticos, pero desde mi atalaya bancaria era fácil detectar la solvencia de ciertas propuestas. Fue en aquella época cuando creé «Productos gastronómicos C.H.S.A.» (Carlos Hondero, Sociedad Anónima). Eran pequeños monopolios conseguidos a fuerza de asumir quiebras pequeñas: envases de legumbres, frutas, carnes, pescados… Todas las industrias alimenticias que no podían subsistir por sí mismas, iban cayendo en mis manos.

Don Alberto se alarmaba: «Quien mucho abaca…» Pero acababa invirtiendo capital en la sociedad. También de entonces data la creación de la Industria Cepaca: «Cerámicas, Pavimentos y Carpintería», altamente apreciada en el ramo de la construcción.

Con frecuencia mi mujer se quejaba de mi continuo ajetreo: «Nunca imaginé que me casaba contigo para dejar de verte…» Mi reacción era inmediata: «Si lo que pretendes es que me convierta en un semental, estoy dispuesto a renunciar a todo.»

–No se trata de eso, Carlos. Se trata de vivir. ¿Crees tú que tanto ajetreo puede considerarse vida?

Pero lo que llegó a exasperarla fue la intención que yo tenía entonces de adquirir un piso en Madrid:

–Tú verás lo que haces, Carlos. Al parecer no te basta poner calles de por medio… Ahora quieres poner carreteras.

Aquel día me sentía belicoso. Le dije que no tenía derecho a interpretar mis sanas ambiciones como un pretexto de separación: «Al fin y al cabo, mis continuos viajes a Madrid lo están exigiendo.»

Nos encontrábamos en el salón de nuestra casa (la misma que habíamos estrenado después de nuestra boda). El ventanal, abierto de par en par, daba a una terraza desabrida saturada de plantas exóticas, a las que Alicia profesaba una especie de admiración fanática:

–A veces pienso que te has casado conmigo únicamente para realizar esos malditos proyectos tuyos…

Me puse en pie. La miré como si la fulminara. Alicia me contemplaba desde el sofá, encogida, hecha un ovillo, asustada:

–Has estado inoportuna, Alicia, muy inoportuna.

Parpadeó. Mi actitud debió de sorprenderla:

–Era una broma -murmuró.

Pensé: «Está hablando igual que Paco.» También él lo echaba todo a broma

cuando se equivocaba.

–Buenas noches, Alicia.

Salí de casa. Era la primera vez que reaccionaba de aquel modo. Fue como romper un precinto: un precedente irreversible que ya no podía volver atrás.

Me presenté en la vivienda de Paco. Lo encontré en la biblioteca hablando por teléfono. Al verme llegar a una hora tan desusada, colgó el auricular y se acercó a mí:

–¿Qué ocurre?

Pregunté por Victoria. Me dijo que se había quedado a cenar en casa de unos amigos.

–No te extrañe: Victoria y yo somos un matrimonio civilizado y hemos hecho un pacto de «no agresión». Ella lleva su vida y yo la mía. Es la mejor forma de entendernos.

–Una buena premisa -dije yo-. De ahora en adelante voy a hacer lo mismo con Alicia.

Me senté junto al ventanal. El calor de la noche se metía de lleno en la biblioteca.

Me fijé en el mobiliario: era barroco y plomizo. En la chimenea se alzaban los retratos de don Juan y de doña Mercedes, debidamente firmados y dedicados.

–De acuerdo -dijo Paco-. A las mujeres hay que enseñarlas desde el principio a no entremeterse en nuestros asuntos.

–Alicia está abusando de mí -expliqué-, de mi buena fe, de mi ingenua fidelidad…

Paco dio un palmetazo:

–A ti lo que te hace falta es distraerte… Llevas demasiado tiempo metido en esos complicados negocios. El mundo está lleno de mujeres normales capaces de compensar tus esfuerzos…

Me contó entonces que él tenía una amiga.

–¿Y Victoria lo sabe?

–Probablemente lo intuye. No le importa. También ella debe de tener sus historias. Lo esencial es que entre nosotros reine la mejor armonía.

Se expresaba igual que los antiguos: aquellos que jugaban el golf en el club de Pedralbes, que gustaban de las zarzuelas, de las varietés y que admiraban a Freudman. Me acordé de lo mucho que se había escandalizado Paco cuando se entero de que su tío Lorenzo engañaba a su mujer. Sin embargo, él hacía ya lo mismo.

–Llegará un tiempo en que esas cosas carecerán de importancia, Carlos. El mundo evoluciona y nadie podrá impedirlo. La tiranía de la mujer única no puede durar.

Aquella misma noche reanudamos juntos nuestra vida de solteros. Recorrimos varias *boîtes*, nos emborrachamos, nos agenciamos mujeres… «Como en los buenos, tiempos», decía Paco. Y en su euforia recitaba párrafos extraídos del Fuero de los Españoles: «Hay que tener respeto a la dignidad, la integridad y la libertad de la persona humana.»

–Así que ya lo sabes, Carlos: que nos respeten.

Cuando llegué a casa, Alicia dormía. Procuré levantarme antes de que despertara. Le telefoneé desde el Banco para comunicarle que, aquella misma tarde, salía para Madrid:

–Estaré dos días fuera: asuntos Salcedo. El director de la sucursal madrileña

me reclama…

Cuando quería justificar mis ausencias ante Alicia no tenía más que pronunciar la frase clave: *Asuntos Salcedo.* Los asuntos Salcedo eran inviolables para ella.

Pero aquella vez, Alicia dio la callada por respuesta:

–¿Me has oído, Alicia? ¿Estás ahí?

–Sí, Carlos.

–¿Qué te he dicho?

–Que te vas a Madrid por asuntos Salcedo.

–Entonces, hasta luego: pasaré por ahí para recoger el equipaje.

Poco tiempo después conocí a Serena.

Alicia se había instalado en Can Pou con su madre y yo iba a visitarla, con mi suegro, los fines de semana. Can Pou era entonces todavía una finca poco explotada, sin carreteras para circular por ella, con una masía antigua acondicionada para vivienda moderna y un torreón en lo alto del otero, que en otros tiempos debió de pertenecer a una fortaleza musulmana.

Para los Salcedo, aquel torreón era el orgullo de la finca. Según explicaba don Alberto, su padre lo había mandado reconstruir sin apartarse de las exigencias arquitectónicas. Alicia había instalado su estudio en lo alto y desde allí podía otear la finca entera.

–Un lugar maravilloso -decía mi suegra-, un lugar para inspirarse… Lo malo es que Alicia nunca me deja subir a su estudio.

Para Alicia, la vida en Can Pou se reducía a bañarse por las mañanas y a pintar por las tardes. Sus amigos (aquellos jovencitos que al principio de

nuestro matrimonio me había querido imponer) apenas nos visitaban ya. Mi presencia debía de resultarles incómoda. La diferencia de edad que mediaba entre mi mujer y yo era considerable. Y esa circunstancia contribuyó a que Alicia fuera quedándose cada vez más sola.

Le costaba congeniar con mis amigos. No llegaba a entender las bromas de Paco. Decía siempre que eran siniestras y que no tenían ni pizca de gracia. Sobre todo cuando se refería a sus cuadros: «No hay duda, Carlos: te has casado con un genio…» Lo peor del caso es que doña Alicia solía tomar en serio las burlas de Paco: «Eso digo yo: no hay duda. Alicia ha sacado mi veta artística.»

Alicia enrojecía, se replegaba en sí misma y salía de la habitación sin soltar prenda. «Buena la has hecho, Paco: ya la tendremos mosca para todo el día.»

Alicia no podía sufrir que su madre dijera que se parecía a ella. Por eso, cuando alguna vez yo me enfadaba con mi mujer, lo primero que la echaba por delante era su parecido: «Tiene razón tu madre: eres un calco suyo.»

Las visitas de Paco y Victoria a Can Pou dejaban siempre algún rastro. Alicia sufría. Comprendía que su madre era el bufón de aquel matrimonio. A Paco le divertía especialmente hacerla recitar. Doña Alicia no vacilaba. Echaba mano de su repertorio y ya no paraba hasta que su hija, desesperada, le decía: «Bueno, mamá, ya está bien de poesías.»

Cuando nos quedábamos a solas los comentarios eran siempre despiadados: Paco y Victoria se cebaban con ella hasta reventar: «Comprendo lo de tu suegro: eso de tener que hacer el amor entre rimas debe de ser muy duro… Al menos con la secretaria no tendrá ese problema…»

Al anochecer, solíamos ir al pueblo cercano. El furor turístico aún no se había iniciado; sin embargo, el ambiente iba cargándose de normas futuras, de excentricidades en cierne, que andando el tiempo parecerían normales. A veces, cuando nos hartábamos del paisaje, nos íbamos a los pueblos cercanos desafiando el firme inmundo de las carreteras, rompiendo

neumáticos, ballestas y muelles. La cuestión era agitarse mucho, buscar horizontes distintos, justificar evasiones que poco a poco iban resultando inevitables.

Al principio, Alicia se adhería a nuestras correrías sin demasiado entusiasmo: por obligación, porque la mujer debe ir a donde va el marido, pero a menudo se quejaba: «No entiendo tanta inquietud…»

Lo peor eran los quince días de vacaciones. Eran quince días largos, insufribles, llenos de poesías ramplonas, de comentarios artísticos y de aburrimiento despiadado.

Sin embargo, mi suegro era feliz aquellos quince días.

Can Pou era para él la culminación de sus sueños. Había heredado la finca de su padre y todo su afán se reducía a conservarla tal como él la dejara. A veces lo había visto yo muy temprano asomado a la terraza de su dormitorio, contemplando el mar abstraído, como si toda aquella extensión de agua le perteneciera. «Siempe cambia -decía-. Siempe estena vestido…»

Mirando el mar soñaba, encontraba placer en cosas prolijas, como por ejemplo el vuelo de las gaviotas: «Podía pasa hoas y hoas simplemente así…» Era un amor el que profesaba a la finca entre posesivo y romántico. Casi nunca bajaba a la playa. Nos dejaba a los tres allí para recorrer la finca solo, departir con los colonos y proyectar mejoras: «Peo sin tocá nada.» Era la condición. Conservar intacto lo que había hecho su padre. Luego se iba hacia el torreón, escarbaba la tierra, decía que allí tenía que haber infinidad de cosas interesantes enterradas…

Luego atravesaba los bancales que separaban Can Pou de las tierras vecinas y contemplaba el bosque de pinos: «Los planté yo con mis hemanos, Jesús y José. Mi abuelo nos pagaba una peseta po cada ábol.» Y absorbía el aire que venía del Este con la misma avidez que si absorbiera la pinaza entera. «Muchas evocaciones, Calos, muchas…»

Lo envidiaba: también a mí me hubiera gustado tener recuerdos de ese tipo

para soportar aquel lugar. Pero mis veraniegos recuerdos infantiles se circunscribían a una casa de pescadores en un pueblecito insignificante, a la llegada del tío Rodolfo y a los baños dosificados de mi madre para «hacer salud». «A ve cuando podé hace lo mismo con mis nietos.» Eran indirectas que yo recogía en silencio. Tanto a él como a mí nos preocupaba la esterilidad de Alicia.

–Deberías mandarla al médico -dijo una vez mi suegra.

Alicia enrojeció. No le gustaba aquel tema. Estoy seguro de que se había hecho reconocer infinidad de veces sin decírmelo.

Poco a poco Can Pou se iba convirtiendo para mí en una especie de mausoleo, un paraíso vuelto del revés: una cárcel con bosque, con huerta, con pinos y con mar. A menudo pensaba: «El día que esta finca sea mía, la cambiaré de arriba abajo.» Veía en ella infinidad de posibilidades y me entretenía pensando en los cambios que experimentaría más adelante. En aquellos momentos era sólo una quimera rodeada de belleza en bruto y sordideces imposibles de soportar. Faltaban carreteras, canoas, veleros… No se parecía al Can Pou de ahora, lleno de avenidas asfaltadas, estatuas romanas y cipreses recortados.

Cierta mañana Paco y Victoria se presentaron allí cuando yo pasaba los quince días reglamentarios de vacaciones. Alicia se había quedado en el estudio del torreón y yo me bañaba en la playa con mi suegra.

–Ahí vienen tus amigos -dijo doña Alicia.

No los esperaba. Me había echado en la arena y estaba medio dormido. Alcé la vista hacia el bosque: había tres cuerpos serpenteando tras la arboleda:

–No vienen solos -añadió mi suegra.

Entonces la vi. Era una mujer joven, esbelta, de cabello castaño y ojos increíblemente verdes. Paco se excusó: «Es la señora de Fuentes…

¿Recuerdas? El famoso Justo Fuentes…» Me tendió una mano cálida, su sonrisa llena de augurios, sus ojos inquietos, despidiendo destellos de gato. «Nos hemos tomado la libertad de traerla con nosotros. Se encontraba sola en Barcelona…», siguió explicando Paco. Al parecer, el marido había tenido que cumplir una misión importante y ella no había podido acompañarlo.

La voz de Serena era profunda. Se excusaba, decía que sentía mucho presentarse en una casa desconocida así, sin avisar…

Mi suegra la tranquilizó: «Nada de eso: estamos encantados…»

Los acompañé hasta la caseta de baños para que se cambiaran de ropa. Paco preguntó por Alicia. Le dije que estaba en su estudio: «Se ha empeñado en terminar un cuadro y ni siquiera baja a la playa…»

–La verdad, querido Carlos, es que has elegido una prenda… -dijo por lo bajo.

Por lo contrario, él jamás hablaba de su mujer y si lo hacía era para ensalzarla. Enseguida se refirió a Serena: «Origen italiano…»

Pregunté:

–¿Te interesa?

Paco se echó sobre la arena y colocó sus manos en la nuca. Luego cerró los ojos para que el sol no hiriese sus retinas:

–¿Quién? ¿Serena? ¡Qué ocurrencia! Cualquiera se atrevería, con el marido que tiene…

Me explicó entonces que Justo Fuentes era veinte años mayor que su mujer: «Un viejo déspota, frío y calculador al que sólo interesa la política: un medio espía de Franco que acaricia con una mano y sentencia con la otra. Además, yo tengo a Gladys…» Gladys era una americana recién instalada

en España y que entonces traía a todos los hombres de cabeza. Calló súbitamente porque doña Alicia se acercaba a nosotros: se había puesto una bata floreada sobre el bañador y parecía un sofá: nos dijo que iba a subir a la masía para advertir a Juan Villoria que pusiera tres cubiertos más en la mesa.

En cuanto se hubo marchado, salieron de la casita Victoria y Serena.

La belleza de Serena estaba entonces en su plenitud. Sería difícil describirla. Era una mezcla del Partenón y de rascacielos, una magnífica contradicción de sí misma, una especie de absorción de todo lo perfecto, de todo lo sublime trasladado a su cuerpo.

–Bonito lugar -decía abarcando la finca entera, el mar, el cielo, con sus ojos casi anormales de puro grandes.

Y al decir aquello fue como si el lugar fuera únicamente bonito porque ella lo estaba decretando así. Pensé que también su nombre era bonito:

–Nunca he conocido a una mujer que se llamara como tú.

Su acento era ligeramente extranjero. Todavía no se había adaptado a nuestra forma de hablar.

–También en España tenéis nombres extraños para nosotros.

No podría describir con exactitud lo que departimos aquella mañana de agosto. El recuerdo se diluye en mil detalles que carecieron de importancia, pero que reducían las sensaciones a una sola: la presencia de aquella extraña mujer.

Era como si todo en torno estuviera girando para ella, con ella y por ella. Las palabras eran simples ornatos: consecuencias sin valor de un valiosísimo hecho real: su cuerpo, su voz, sus ojos, su sonrisa.

Recuerdo que Victoria se había enfrascado en una discusión sobre los toros.

Se refería a Manolete: por aquellos días se cumplía el cuarto aniversario de su muerte: «Un final glorioso para un torero», comentaba Paco. Y Victoria, locuaz (más locuaz que nunca), opinaba que una vez desaparecido el diestro «más importante de todos los tiempos», ya no era posible ir a los toros. Y que para ella se había acabado la fiesta nacional.

Fue una mañana agitada e insólita. Allí, en aquella playa y en aquellos momentos, podíamos llegar a creer que éramos libres, que nada de lo que restringía nuestra vida existía realmente.

Jugamos a la petanca: recorrimos a nado el trecho que mediaba de la playa al islote (aquel islote que cuando, en septiembre, el mar se encabritaba, llegaba a desaparecer). Y reímos. Reíamos por nada, como si el hecho de reír fuera tan natural como respirar. Jugamos también a atraparnos, como cualquier bañista palurdo: «Te he pillado, Serena…» Y Serena se escurría dejando en mis manos la sensación de un hueco hiriente.

Fue una mañana «nueva», una primera mañana que excluía de cuajo la posibilidad de ser la última. Can Pou ya no era un lugar sórdido ni triste: era el lugar más bello del mundo.

Serena, exhausta, se dejó caer sobre la toalla que había extendido a mi lado. «Quisiera quedarme aquí siempre -decía mirando al cielo-. Detener el tiempo, no volver jamás a la ciudad…»

–Eso tiene fácil arreglo -le dije-. Te instalas en Can Pou unos días hasta que te canses…

Serena entornó los ojos y se incorporó ligeramente: «No seas tan generoso, Carlos: soy capaz de tomarte la palabra…»

Me dije que era injusto que una mujer tan joven y tan atractiva hubiera encadenado su vida a la de un hombre que podía ser su padre. Le pregunté si tenía hijos. Victoria respondió por ella:

–Qué cosas se te ocurren, Carlos. Serena es demasiado joven…

Daba por sentado que una mujer con apariencia de niña no podía aspirar a ser madre. Serena se defendió: «Tú ya no eres tan joven y tampoco los tienes.»

Me pareció que entre las dos mujeres crecía una tensión molesta: «Debe de ser un mal general -dije-, Alicia y yo tampoco tenemos hijos…» Paco, entonces, aprovechó la ocasión para lanzar una de sus felices ocurrencias:

–Podríamos fundar el club de los estériles.

La campana de la masía no tardó mucho en avisarnos que el almuerzo estaba preparado.

–El primer toque -advertí-; hay que cambiarse rápidamente.

Cuando subíamos a la casa, rocé el codo de Serena: «Voy a pedirte un favor: si mi mujer te enseña sus cuadros, dile que te gustan mucho.»

–A eso le llamo yo ser un marido complaciente.

–Es una simple precaución. Es celosa y sentiría que te tomara ojeriza.

Aquel día almorzamos bajo el pórtico, entre sol y sombra. Recuerdo que Dolores (agregada a nuestro servicio desde que mi madre había muerto) ayudaba a Juan Villoria a servir la mesa. La presencia de Serena no debió de gustarle. Más de una vez se olvidó de pasarle la fuente: «Dolores, por favor…» Miraba a Alicia; comparaba: estoy seguro. Se daba cuenta de que la diferencia era demasiado notable. Paco, fiel a su impertinencia, le dijo a mi suegro que aquella finca precisaba carreteras. «Sólo los ultrafuertes como usted son capaces de recorrerla sin agotarse…» Mi suegro se resistía: decía que andar era bueno para la salud…

Más tarde subimos al torreón: Alicia enseñó sus cuadros. Serena supo disimular: dijo que eran preciosos. Y Alicia la creyó.

Era una tarde calurosa: olía a tierra tostada, a cuerpos sudorosos, a perfume de Serena. Victoria parecía contenta (había bebido demasiado y todo se le iba en alabanzas): «¿Verdad que Can Pou es fascinante Serena?» Tenía el rostro congestionado y al respirar soplaba como un fuelle.

Así empezó mi verdadera infidelidad.

Hasta entonces mis infidelidades habían sido esporádicas: entusiasmos fugaces y burgueses que satisfacían mis apetitos momentáneos, pero que en definitiva no llegaban a modificar la malparada estructura de nuestro matrimonio. Paco solía denominarlas «infidelidades inofensivas, desahogos naturales, protestas contra "la mujer única"».

–Desengáñate, Carlos: las graves, las que lo trastornan todo, son las que provocan crisis, ataques de ira y distorsión.

Y yo había acabado creyéndolo.

Lentamente me había ido creando entre mis amigos fama de mujeriego, de hombre irresistible, interesante e insustituible. Pero nadie podía decir de mí que fuera un mal marido. Delante de la gente me guardaba muy bien de no perder los estribos. Al contrario, tenía un gran empeño en recalcar la serenidad de mis actos. Únicamente Paco conocía mis andanzas, pero no me preocupaba porque, en el fondo, él hacía lo mismo. Alicia a veces recelaba: «Paco no me gusta -decía-. Está lleno de dobleces.»

Luego yo se lo repetía a él: «Mucho cuidado con Alicia: estás empezando a caerle mal.»

–No te preocupes -decía él-, eso lo arreglo yo en un periquete.

Y se liaba a hablar con Alicia como si para ella fuera un hermano. A veces mi mujer caía en la trampa: le hacía confidencias. Paco no tardaba en repetírmelas:

–Alicia duda de ti: dice que te gustan demasiado las mujeres.

–¿Y tú qué diantre le has contestado?

–La he tranquilizado.

–¿Cómo?

–¿Cómo iba a ser? Poniéndote como un trapo sucio. A las mujeres les gusta mucho que el mejor amigo de sus maridos los critiquen. Les infunde seguridad.

–Serás cabrón…

–No te alarmes, hombre: sólo le he dado a entender que eres un poco frívolo. Después le he dicho que los maridos frívolos son los menos peligrosos, que los dañinos son los santurrones, los que jamás se fijan en otra mujer delante de la propia…

–Así que me has llamado frívolo.

–No irás a suponer que no lo eres…

Aquel procedimiento no me gustaba. Era peligroso.

–Todo eso lo has hecho para ganarte su confianza.

–Bueno. ¿Y eso es malo? A la larga, saldrás ganando.

Por aquella época Alicia y yo habíamos entrado de lleno en la sociedad de Paco, la mía, la que, desde que trabajaba en el Banco al finalizar la guerra, se disputaba mi presencia. El final de la guerra europea había aportado a todos una dosis grande de impaciencia por recuperar el tiempo perdido. Se daba una importancia enorme a la superación material, la que proporcionaba satisfacciones físicas, comodidades, bienestar.

Don Alberto se quejaba, decía que se estaban fabricando objetos

únicamente para fomentar la necesidad de otros. Sin embargo, todavía se procuraba salvar ciertas éticas y yo cumplía a rajatabla aquella salvedad. Mis conversaciones con los intocables eran siempre sublimes. Hablaba mucho de comprensión, de amistad, del amor… Y practicaba con mi ejemplo todo cuanto predicaba: tenía amigos, innumerables amigos; gentes de rostros pasmados, maridos sonrientes como yo, que me llamaban «divertido» sólo porque jamás permitía que pagaran ellos las consumiciones; clientes del Banco que me sabían dispuesto a facilitarles créditos, o a sacarlos de algún apuro en las Juntas Generales… Pero, a decir verdad, ni yo me fiaba de ellos ni ellos se fiaban de mí. Lo probable era que, a la primera ocasión, me vendieran como los vendía yo cuando convenía.

A los pocos días Alicia me refirió la conversación que había tenido con Paco:

–Tu amigo es una víbora. Cuando tú no estás delante te desuella vivo. Te ha llamado *parvenu*, iluso y vanidoso.

Aquellas acusaciones eran algo más que pura frivolidad:

–No me pillas desprevenido, querida Alicia. Lo conozco. Dice siempre lo primero que le pasa por la cabezota. Pero en el fondo no es malo: sólo tonto. Si se tercia es capaz de ponerme por las nubes. Todo depende de su humor, de la digestión que esté haciendo, de lo que gane jugando al bridge…

–¿Ya eso le llamas amistad?

–¿Qué va a ser entonces?

–Una estafa.

–Vamos, Alicia, por favor… No seas niña. No debes medir la amistad con ese rasero… La amistad debe calibrarse a través de una conducta general… Me refiero a la constancia. Paco y yo somos amigos constantes. Nos

conocimos en la infancia. Basta que yo lo halague un poco para que me convierta para él en lo mejor del mundo.

–No te entiendo, Carlos. Nada de lo que dices me parece lógico.

–Desengáñate, Alicia: en sociedad no hay que ser lógico, sino brillante.

Ella no lo era: por eso iba perdiendo terreno. Alicia se fundaba en la lógica, en aquella pobre lógica suya, cada vez más desprestigiada y deshecha. Por eso, cuando Serena entró en mi vida, nadie se molestó en compadecerla. Me compadecían a mí, por verme «tan fiscalizado», por «tener una mujer tan poco comprensiva…»

Tardé algún tiempo en encontrarme de nuevo con Serena. Fue preciso que pasara un invierno largo, una primavera insípida y otro verano aburrido. Justo Fuentes viajaba mucho y casi nunca recalaba en Barcelona. Sin embargo, el recuerdo de Serena nunca lograba borrarse de mi mente. Sin que yo pudiese evitarlo se instalaba de pronto en todo lo que me rodeaba. La veía de nuevo corriendo por la playa, lanzando la bola de la petanca, subiendo camino del torreón… A veces le preguntaba a Paco por ella: «Así que Serena te ha impresionado…» Desviaba la cuestión, le hablaba del marido: «Su nombre se baraja entre los ministrables…» La reputación de Justo Fuentes había llegado a la cima y se aseguraba que en el primer cambio de Gobierno él figuraría entre los candidatos de mayor relieve.

Fue aquel año cuando la curva habitual de España inició un nuevo rumbo. Tras las heladas invernales y los calores abrasantes de aquella primavera, cayó por todo el país una lluvia abundante e inesperada. La cosecha se volvió prolífera y la esperanza de un futuro nuevo y próspero se extendió rápidamente por toda la península. «Ese Franco tiene más suerte que un pillo… -decía Paco-. Ahora resulta que vamos a ser ricos…» Era evidente que el fantasma del hambre iba a desaparecer: se comprendía, sobre todo, por la alarma que cundía en los sectores que hasta entonces habían especulado con la carestía. Don Alberto temía por la estabilidad del pequeño monopolio que yo había creado. «C.H.S.A. está en peligo…» Comprendía que tenía razón: el monopolio alimenticio no ofrecía ya

garantías. Me deshice de él en cuanto pude. «Hay que enfocar el futuro hacia el turismo. De ahora en adelante España va a experimentar alteraciones frente al extranjero, y habrá que adaptarse a ellas.»

Aquel mismo año hubo cambio de Gobierno. Paco, cada vez más metido en los círculos políticos, decía entusiasmado: «Una jugada maestra (se refería a Dávila y Benjumea). Hay que reconocer que Franco sabe hacer las cosas: primero concede grandezas y títulos nobiliarios a los ministros, luego les da la patada…»

Pregunté qué había ocurrido con Fuentes. Una vez más había quedado rezagado: «Nadie sabe qué ha ocurrido…»

La súbita baja de precios de los productos agrícolas permitió que el país experimentase un considerable auge económico. Por primera vez después de la guerra, los mercados se veían repletos de alimentos. Los niveles comerciales se reajustaban y España, tal como yo había previsto, estaba consiguiendo estabilizar su posición frente al extranjero.

Ramón Pérez desconfiaba del nuevo Gobierno: se había acostumbrado al cambio de los seis anteriores porque, como decía Paco, «eran los mismos perros con distintos collares», pero la inflexión de las nuevas directrices se apartaba por completo de la mentalidad totalitaria del director general.

–Ese Ruiz-Giménez está dando paso a demasiados intelectualoides sospechosos -decía.

Ramón Pérez odiaba a los intelectuales, porque, según él, habían sido los causantes directos de la caída de España.

En realidad, el asunto no era tan grave como él aseguraba: de hecho se trataba de un Gobierno transitorio de diversas tendencias, que, andando el tiempo, iba a quedar en un pobre trampolín para el salto aperturista.

Pero el descontento de los posguerristas empezaba a cundir sin reservas. Figueruela lo veía muy claro. Consciente de que los militares habían ya

cumplido su misión en la década de los cuarenta, se esforzaba en adaptarse a las nuevas tendencias civiles antiextremistas y en cierto modo despectivas. Nadie hablaba ya de la guerra de liberación. Se hablaba de guerra civil fríamente, claramente. Se empezaba a presumir de avanzado y se fustigaba abiertamente el totalitarismo que, hasta entonces, se había aceptado impunemente como un mal necesario. Incluso opinaba que había «demasiados militares» en el nuevo Gobierno. Ya no se acordaba que también él había sido militar. Únicamente Ramón Pérez continuaba aferrándose a su «franquismo de toda la vida»; no quería percatarse de que el propio Franco estaba modificando su imagen. «Si España no levanta el palo, volveremos a tener otro 18 de julio.» Le preocupaban los pasados disturbios del mes de marzo. Pero su mujer continuaba frecuentando a los Repecho y los Sobrado, y hasta se permitía algunos pinitos monárquicos cuando, en los pináculos benéficos del hotel Ritz, sorteaba, eufórica, algún obsequio que Don Juan y Doña Mercedes habían tenido la delicadeza de enviar a «los pobrecitos niños» del Hospital de «Niños Pobres».

En noviembre de aquel año, volví a encontrarme con Serena. Fue en el Liceo, durante la representación de *La Bohème.* Por la tarde Paco me había advertido: «Han llegado los Fuentes. Son huéspedes del gobernador.» Tenía la seguridad de que iba a asistir a la función desde el palco oficial. La función iba a ser presidida por los gobernadores.

Recuerdo que las mujeres (incluyendo a Pilar Berruguete) se habían hecho trajes especiales para estrenarlos aquella noche. Creo que fue aquélla la única vez que asistí al Liceo sin protestar. Hasta entonces las óperas, para mí, habían sido espectáculos rituales y abigarrados, propios de una época que nadie podía tomar razonablemente en serio. Jamás me había sentido melómano y los agudos de las sopranos me sacaban de quicio como me ocurría cuando escuchaba los ripios de mi suegra. La propia Alicia se extrañaba de aquella conformidad mía:

–Se diría que estás contento, Carlos. Me gustaría saber qué mosca te ha picado.

–*La Bohème* me gusta -mentí-. Es quizá la única ópera que resisto.

Alicia era liceística. Le gustaba la música, le gustaba el ambiente, le gustaba, sobre todo, que la invitaran al piso principal.

En cambio, yo jamás pude acostumbrarme al espectáculo interminable que las óperas ofrecían. No era sólo la función lo que me aburría: era la ridiculez de la gente, su empeño en destacar, en ver y ser visto.

Más de una vez había escuchado los ronquidos de los que presumían de entendidos. Paco era uno de ellos. Desde que se había casado con Victoria jamás dejaba de asistir al turno que sus opulentos suegros les habían regalado. «Te juro, Carlos, que podría cantarte todas las óperas italianas de arriba abajo…» Pero el muy bellaco se dormía. Solamente permanecía en vela cuando entre los invitados había una mujer que le interesaba.

Aquella noche Gladys Goulden estaba allí, en su palco, tal como ocurría desde hacía varios años. A pesar de su escasa belleza, Gladys Goulden era muy codiciada, por rica, por americana y por un busto agresivo que, según rumores, no tenía inconveniente en enseñar cuando alguien lo solicitaba.

Alicia y yo llegamos al palco en el preciso momento en que Mimí entraba en la buhardilla de Rodolfo. «Os habéis perdido lo mejor»: siempre decía aquello cuando alguien llegaba tarde.

Aquella noche el palco de los Remo estaba lleno. Salvo los Repecho (cada vez más caducos y alelados), los restantes invitados eran jóvenes: Francisca, la hija menor de los Repecho (oteando nerviosa hacia el palco vecino porque su enamorado de toda la vida estaba allí), los Trigo (de la casa condal Trigo y Lagunas, recién rescatados de la ruina gracias a la ayuda bancaria de los Salcedo); los Rampardal (millonarios de última hora y de primera categoría, rivales encarnecidos de los Pérez Berruguete, frente a la muy encumbrada marquesa de Sobrado); los Cascote (de los Cascote ennoblecidos, que visitaban a los reyes en sus viajes a Estoril) y, por descontado, Gladys Goulden, con su escote desbocado, sus perlas cultivadas y su desparpajo bien alimentado por un divorcio sonado y por sus grandes posibilidades económicas.

Un efluvio denso de perfumes y telas nuevas nos salió al paso cuando cruzamos el umbral del antepalco. Los hombres se levantaron y Alicia se acomodó tras el cogote de la americana.

Paco no tardó en advertirme: «Serena está ahí, en el palco central.» Cogí los prismáticos para verla: la distinguí enseguida, entre sombras, su escote realzado por una capa de zorras blancas. «Hay que hacer lo posible para topar con ella en el entreacto.»

Después vino el aria de Rodolfo. Y Paco cerraba los ojos como si de verdad se enfrascara en la música.

Che gélida manina…

Mi la lasce riscaldar?

Mis ojos no podían apartarse de Serena. Paco me advirtió que cambiase de dirección. «Van a darse cuenta…» Enfoqué los otros palcos. Vi a Pilar Berruguete de Pérez, rebosando joyas y satisfacción, sentada al lado de la marquesa de Sobrado… Y a los Moraldo (padres) remedando con sus gestos y sus ademanes aquellas épocas gloriosas en las que asistir al liceo acomodados en un palco del principal suponía un privilegio que muy pocos podían alcanzar.

Después cantó la soprano:

Mi chiamano Mimi…

E perché? No lo so…

Y la gente suspiraba, ponía los ojos en blanco y se mantenía inmóvil para

no entorpecer el idilio que se iniciaba en la escena. Pensé entonces que no me importaría vivir en una buhardilla, como Rodolfo, si Mimí fuera Serena. Tiempo habría de convertir la buhardilla en palacio.

Después fue el encuentro en los salones del círculo. La presentación del marido. El saludo a los gobernadores. Las consabidas alabanzas de los cuadros que colgaban de las paredes. «Las mejores obras de Casas…» Siempre todo era «la mejor», allá en el liceo.

De aquella noche recuerdo especialmente la mueca tensa de Victoria, el puro aromático de Rampardal y la sonrisa entre servil y boba del conde de Trigo. «¿Crees tú que si España ingresa en la UNESCO experimentaremos un auge?» El conde de Trigo llevaba una temporada muy nervioso: su situación era algo precaria (peor aún que la de los Moraldo), el Banco le había descontado varias letras, pero la afición de su mujer a renovar el vestuario constituía para él una continua amenaza. También destaca la inquietud de Francisca Repecho, enamorada sin esperanzas de Manuel Bruton (sin acento en la o, sobre todo) *gentleman* español con grandes ribetes británicos y una elegantísima displicencia que lo cotizaba mucho.

Manuel Bruton (si se pronunciaba Briuton, mejor) era un ser mítico, lleno de misterio, que fumaba sólo «mentolados» y tenía pasión por los animales (naturalmente pertenecía a la sociedad protectora de los mismos), pero que desdeñaba olímpicamente a las personas. Algunos decían de él que era marica, otros que era impotente, y otros que era un tío caliente que se tiraba hasta a las cocineras de su casa.

Lo cierto era que, entre las mujeres, Manuel Bruton (si se pronunciaba Briuton, mejor) gozaba de gran prestigio, y más de una se hubiera casado con él pagando fortunas. Pero Manuel Bruton (si se pronunciaba Briuton, mejor) no hacía caso a ninguna, ni siquiera a su enamorada de toda la vida, Francisca Repecho.

Aquella noche el marido de Serena paseó por los salones del círculo junto a Alicia. Hablaban de pintura: al parecer, también él era artista. «O al menos intento serlo…»

Yo me quedé con Serena: «Por fin…» Serena reía, recordaba la mañana de Can Pou, nuestro juego de petanca, el islote que se alzaba a pocos metros de la playa… «Ignoraba que me hubieras buscado.» Era extraño pasear con Serena por aquel lugar: «Estabas siempre tan distante…»

–Ahora estoy aquí -contestó riendo.

Tras ella había un espejo grande. Su desnuda espalda se reflejaba en él.

–¿Por qué? ¿Por qué te he recordado tanto?

Su espalda se encogía y sus ojos se achicaban sonrientes:

–Misterios de la vida: también yo te he recordado a ti…

Nos interrumpieron; el segundo acto iba a empezar.

–¿Hasta cuándo vais a quedaros en Barcelona?

–No lo sé: pero volveré. Victoria nos ha invitado a su casa. Va a dar una fiesta en Noche Vieja…

–Falta más de un mes.

–Un mes no es un año y medio -bromeó ella.

Aquella misma noche volvimos a vernos. Las funciones de gala no solían acabar en el Liceo. Fuimos a Rigat. Era preciso que las mujeres amortizaran sus trajes. Paco se había ocupado de reservar las mesas. Paco era maestro en ese tipo de cosas. No sé aún cómo se las arregló para que Serena y yo estuviéramos juntos y para que Justo Fuentes se sentara junto a mi mujer. Sé que aquella noche pasó como un suspiro sin que las horas contasen ni la gente que nos rodeaba tuviese relieve.

Alicia parecía contenta. Fuentes, aunque ya mayor, continuaba siendo un

hombre atractivo. Y Alicia se sentía cómoda a su lado.

Serena me contó su vida: una infancia destrozada por la guerra, un padre fascista sacrificado por la causa, una madre arruinada con dos hijos que alimentar: «No me juzgues mal, Carlos, pero cuando mi madre y mi hermano murieron me vi obligada a trabajar en un café como bailarina… Estaba sola en el mundo y no tenía dinero.»

–¿Por qué no me llamaste? Yo te hubiera socorrido.

Era imposible imaginar que aquella criatura hubiera podido vivir excluida de mi contorno hasta entonces. «No lo sabíamos, Serena; pero ya nos conocíamos, estoy seguro…»

Se dejó socorrer por Justo Fuentes: «Me arrancó de aquel lugar y me convirtió en su mujer…»

–¿Lo querías?

–Le estaba muy agradecida.

–¿Y él?

–Me quiere.

Lo suponía. Era difícil no querer a Serena. Era difícil estar a su lado sin sentir el deseo de estrecharla en los brazos.

Cuando nos separamos, retuve su mano entre la mía: «Hasta fin de año…»

Tardó en llegar. A veces tenía la impresión de que aquel año no iba a acabar nunca.

Los Fuentes se presentaron una semana antes del día 31. Paco me llamó por teléfono para comunicármelo: «Ya están aquí.» Al hablar de Justo se mostró intrigado:

–¿Sabes lo que te digo? Ese hombre ha cambiado. Tengo la impresión de que está perdiendo terreno en las esferas políticas. El otro día Manolo (Manolo era el ministro de Comercio) me habló de él despectivamente: «Ese Fuentes se la está jugando», me dijo. No me atreví a indagar más… Pero algo le ocurre.

–Tal vez tenga ideas demasiado cerradas.

–Yo diría que le importa todo un comino: que el régimen (incluido el Fuero de los Españoles y las Leyes Fundamentales) le tienen sin cuidado…

–Quizá esté despechado. Todo el mundo decía que iban a nombrarlo ministro…

Me propuse conocerlo mejor, tratarlo a fondo, intimar con él. Era una forma de acercarme a su mujer. Organicé una cena en mi casa en honor suyo.

Fue una cena ostentosa servida por dos criados alquilados y por Juan Villoria (generosamente cedido por mis suegros), en la que se repitieron las vulgaridades de siempre: el fútbol como enfoque político, la inmediata posibilidad de un concordato entre el Vaticano y España, como enfoque clerical; los abusos que cometían los de la Fiscalía de Tasas, como enfoque económico, y el notable incremento que experimentaba el ramo homosexual, como enfoque lúbrico.

Recuerdo que al rozar aquel tema, Francisca Repecho se volvió insistentemente hacia su enamorado Manuel Bruton (si se pronunciaba Briuton, mejor) para ver cómo reaccionaba. Pero no pareció inmutarse. Continuó sorbiendo la sopa como si tal cosa. Me dije que no podía ser de ningún modo marica. Jamás le había visto yo mover las manos como si fueran abanicos, ni arrastraba las eses cuando finalizaba una frase, ni cerraba los párpados cuando discutía… Pero en cambio era hipersensible (cualquier alusión a su persona arrancaba de él arrebatos de furia), y aquello era altamente sintomático.

Justo Fuentes estuvo comedido. Dosificaba sus frases. Apenas lanzaba opiniones. Producía la impresión de que algo muy profundo lo estaba atenazando.

Aquella noche Victoria tuvo varias salidas de tono. (Victoria empezaba ya a beber.) Se metió con Serena; le repitió insistentemente que sus ojos daban miedo y que por muy señora Fuentes que fuera, no tenía derecho a tener ojos de pantera.

Serena y yo apenas hablamos. Cuando nos trasladamos a la sala para tomar café, me senté junto a su marido. Hablamos del futuro de España, de los peligros que habíamos pasado durante la guerra mundial, de lo difícil que había sido para Franco mantenerse neutral, de la opresión de Hitler:

–Desengáñate, Carlos; no hay opresor mayor que aquel que vive oprimido. Y Hitler era un oprimido, por su resentimiento, por su afán de poder…

Habló de Hitler mucho rato: dijo que había sido un hombre funesto: un ser empeñado en estar al servicio de la política, pero no del pueblo… «Algo que ocurre con demasiada frecuencia…» Me dijo luego que también él había estado, sin darse cuenta, al servicio de la política. «Ése es el terrible peligro del hombre público…»

Hablaba lento, midiendo cada palabra; sin resentimiento, pero, sin duda alguna, abrumado: «Es como si diéramos de comer al tenedor cuando en realidad es el tenedor el que ha de llevarnos la comida a la boca…»

–Voy a confiarte un secreto, Carlos: no creo en la política.

Lo recordé en otros tiempos, cuando su nombre se hallaba en la cumbre, cuando todos decían que el destino de España iba a caer en sus manos.

–Sé lo que estás pensando, pero te equivocas: no hablo por despecho. La gente cree que he sido rechazado, pero no es cierto. Yo mismo me he inhibido.

No lo entendía. Me fijé en Serena: nos estaba contemplando con recelo. Se acercó a nosotros: «Apuesto a que mi marido te está poniendo la cabeza como un bombo…» Fuentes la miró indiferente y se llevó la taza de café a los labios. La voz de Serena continuó:

–Sus teorías no pueden ser más absurdas… Dice que solamente un político que se resiste a serlo, puede llegar a ser un buen político, que todo es cuestión de afán de poder, y que el afán de poder es siempre egoísta…

–Pero eso sería utópico… ¿Cómo se puede ser político sin estar preparado?

Serena lanzó una carcajada:

–Según él, no hay preparación mejor que la de estar en la política «a la fuerza».

Fuentes se levantó. Se miró las manos. Sacó un pañuelo del bolsillo y lo pasó por las palmas:

–Hace calor -dijo.

Comprendí que entre Serena y él había algo tenso, algo que no funcionaba.

–Vuestra cena ha sido magnífica -comentó. Y se adhirió al resto de los comensales.

Su forma de actuar me intrigaba. Pasó el resto de la velada en silencio. Nadie diría que aquel hombre hubiera podido ser un personaje brillante. Las vulgaridades de siempre continuaban en boca de todos. Recuerdo que la condesa de Trigo (cuyo afán de notoriedad llevó a su marido a la cárcel algunos años después) pasó la noche presumiendo de «avanzada». Se quejaba de «nuestro encierro», de nuestras limitaciones, de nuestra contención amorosa… (Era su forma de justificar la indigencia particular.) Y Paco la coreaba lanzando diatribas contra la opresión que nos estaban imponiendo en las altas esferas.

Fue entonces cuando Justo Fuentes volvió a emitir su opinión:

–Opino como vosotros, sólo que difiero en el matiz.

Se volvió hacia su mujer al decir aquello, lo recuerdo muy bien. Serena no pestañeaba. Miraba a su marido tragando saliva, y Victoria la miraba a ella…

–La libertad que pregonáis es siempre una esclavitud… No puede haber libertad sin límites.

–En ese caso la libertad no existe -dijo Victoria.

–Es una cuestión de elegir bien -respondió Fuentes.

Victoria se puso en pie; alzó su copa, excitada: «Brindo por el sermón del padre Fuentes…» Rieron todos. Serena respiró hondo, se acercó a mí: «Victoria tiene razón -dijo-, mi marido se ha pasado. La verdad es que los sermones de los seglares son mucho más inaguantables que los de los curas…»

A pesar de todo, cuando se fueron, Justo Fuentes me tendió la mano amistosamente: «Ha sido una noche muy agradable», dijo.

A los dos días se celebró el baile en el palacete Remo. Paco y Victoria tenían un departamento en el piso alto del edificio, pero los padres de Victoria habían cedido sus salones para aquella noche.

–Un rasgo -decía Paco irónicamente-, un generoso rasgo de mis suegros.

Cuando Alicia y yo llegamos allí, la casa estaba llena. Infinidad de rostros conocidos nos salían al paso. Criados de librea servían whisky «para animarnos». Tardé en ver a Serena. Iba vestida de negro, su espalda al aire, sus brazos, todavía algo tostados, desnudos.

Paco, con su habitual mano izquierda, había conseguido que Serena

estuviera a mi lado durante la cena. Hablamos poco. Había mil ojos espiando, mil cerebros dispuestos a «saber».

Me fijé en Victoria; estaba de espaldas en la mesa de enfrente: tenía un cogote tieso y delgado, rapado y áspero. A su lado Manuel Bruton (si se pronunciaba Briuton, mejor) departía animadamente con la condesa de Trigo, sin prestar la menor atención a Francisca Repecho.

De pronto alguien gritó que iban a dar las doce, y las luces se apagaron. La estancia quedó únicamente iluminada por las velas. Serena me tendió la primera uva. Rocé sus dedos; los besé: «Apresúrate, Carlos; trae mala suerte no acabarlas todas.» Y las tragamos al son de las campanadas que un gong emitía gracias a las pulsaciones de un criado. Después vinieron los abrazos y los besos y los apretujones y los traslados de una mesa a otra; y las exclamaciones consabidas: «Darling», «querido», «Chérie…» Alicia se abría paso con dificultades para llegar hasta mí: «Feliz año nuevo, Carlos…» Le contesté lo mismo mientras le rozaba la mejilla… Y Serena, ¿dónde se había ido Serena? Percibí una presión en mi brazo: era Pilar Berruguete, ansiosa de estamparme dos besos: «Querido amigo mío…» Era idiota besar a Pilar Berruguete, era idiota besar a Teresa Rampardal: «Feliz año nuevo…» Pero Serena había desaparecido. Anduve intranquilo hasta que di con ella: se había sentado a la mesa de los privilegiados, entre los Repecho y los Sobrado.

Me acerqué a ella y la saqué a bailar. Los Remo habían alquilado una orquesta estridente que desafinaba. Pero todo el mundo se iba hacia ella. Vi a Alicia bailando con Justo Fuentes. Vi a María Cascote (de los Cascote que visitaban a los reyes) en los brazos de Plácido Rampardal. Y a la señora Moraldo (todavía tiesa gracias al rodrigón de su corsé) meciéndose con el intocable Repecho, altiva y honesta.

–No debiste escapar de mi lado, Serena.

Lentamente la fui llevando hasta el salón vecino.

–Me debes un beso -le dije.

No contestó; pegó sus labios a mi oído. Era como si todo lo que nos estaba rodeando existiera sólo para Serena y para mí:

–Feliz año nuevo, Carlos.

Después vino el reajuste; los encuentros clandestinos. La inquietud de unas citas ocultas. Mis viajes a Madrid, sus traslados a Barcelona…

Por aquellas fechas había muerto el director de la sucursal madrileña y las oportunidades que se me ofrecían de viajar a Madrid aumentaron:

–Asuntos Salcedo.

Alicia lo aceptaba. Los asuntos Salcedo eran inviolables. Pero los asuntos Salcedo tenían un límite y los consejos de administración no podían repetirse con excesiva asiduidad. Recurrí a Paco: «Por favor, busca una excusa y llévame contigo a Madrid; yo pagaré los gastos.» Pero Gladys Goulden vivía en Sitges y Paco se mostraba poco propicio a salir de Cataluña. Inventaba excusas para invitar a Serena a Barcelona.

Mi nerviosismo iba en aumento. Alicia empezaba a alarmarse:

–No te comprendo, Carlos; a veces tengo la impresión de que te estorbo.

–Eso podría decirlo yo de ti. Te pasas la vida encerrada en tu estudio.

Era mi forma de obligarla a sentirse culpable. Pero aquella vez Alicia me plantó cara:

–¿Te has preguntado lo que sería mi vida sin ese recurso?

Le contesté de igual forma:

–Tal vez te hubiera gustado casarte con un inútil, una especie de Paco…

–Existe un término medio.

–Haberlo pensado antes.

Aquel día apenas me dirigió la palabra. Se mostraba tensa, circunspecta, dolida. Cuando creía que yo no la observaba, movía la cabeza descorazonada, los ojos absortos, la respiración anhelosa.

Pensé que acaso sospechara algo. La idea me asustaba: aunque Alicia era un lastre en mi vida, yo todavía dependía de ella, de su padre, de aquella empresa que llevaba su apellido. Procuré cambiar de táctica: intenté mostrarme amable. Cuando llegó la noche (aquellas noches que yo tanto temía) la vi acercarse a mí con intenciones evidentemente sospechosas:

–Ojalá estuvieras conmigo siempre como has estado hoy, Carlos.

–No veo la diferencia.

Se aferró a mí, sus ojos desteñidos, llenos de deseo:

–¿Cuándo te convencerás de que soy tu mujer?

–Nadie lo pone en duda.

–Estás siempre tan distante…

La abracé:

–No irás a creer que existe otra…

–Si lo creyera, no estaría contigo ahora.

–¿Serías capaz de abandonarme?

También con Angelina había hecho el amor por miedo.

Aquel año ocurrieron infinidad de hechos imprevistos que lograron cambiar el rumbo de mi vida.

Cuando la plaza de director quedó vacante en Madrid, le rogué a don Alberto que me concediera el puesto:

–Nada de eso, hijo: tú has de picá más alto.

Muchas veces he pensado que acaso mi suegro conociera la existencia de Serena. En todo caso se guardaba muy bien de reprocharme nada. Sus aventuras con la secretaria lo tenían maniatado.

La junta acordó nombrar a Figueruela director de la sucursal de Madrid. Y yo me vi encasillado de nuevo en Barcelona. Lo que nunca podía sospechar entonces era que muy pronto iba a ser nombrado director general de la Banca Salcedo.

Ocurrió todo inesperadamente.

Empezó con una llamada telefónica de Paco: «Agárrate, macho: prepárate a oír un notición: han metido a Luis Trigo en la cárcel.» Las causas todavía se ignoraban. Recordé al conde de Trigo, pequeño y zumbón, soplando cada vez que sonreía para esconder su complejo de inferioridad, y pegándose como una garrapata a los Pérez Berruguete, para agradecer los descuentos a largo plazo de sus letras protestadas.

Más de una vez Figueruela me había dicho: «Me gustaría saber qué cuernos fabrica ese Trigo en el despacho del director.» Llevaba más de un año encerrándose con él a ciertas horas del día, sin que nadie pudiera saber lo que tramaban. Pero los plazos vencidos iban siendo pagados religiosamente y nada hacía prever que Trigo y su ampulosa mujer estuvieran en franca bancarrota. Al contrario, de un tiempo a aquella parte, parecían haberse repuesto totalmente del bache pasado y sus signos externos auguraban un auge indudable.

Al día siguiente, Paco volvió a informarme: «Lo han detenido por tráfico de

divisas.» Era difícil imaginar a Luis Trigo (con su cogote de infeliz) envuelto en un asunto de aquel calibre: «No puedo creerlo -le dije a Paco-, esta vez tus noticias son demasiado inverosímiles.» Paco insistió: «Al tiempo, Carlos; yo nunca me equivoco.» Era verdad: Paco era de los que lo sabían todo y lo adivinaban todo. Vivía para eso y difícilmente podía fallar. Mucho antes de que las noticias se supieran por vía normal, Paco las había lanzado.

Aquel día Ramón Pérez llegó al Banco muy tarde y dio órdenes tajantes de que no se le molestara. Su teléfono particular andaba constantemente ocupado y la tensión que más tarde estalló, empezaba a masticarse en el ambiente. Lo recordé tal como era, hacía ya muchos años, cuando consiguió barrer a los J. J. valiéndose del asunto «Vidrios y Metales». Algo, todavía difuso, lo estaba relacionando con aquel pasado. Recordé la inquietud de Jaume Palafell, mientras se afanaba en buscar papeles que ya no existían… Y los gritos que venían del despacho de arriba… No tardaron mucho en reclamar mi presencia en el despacho de mi suegro. Le vi pálido; los ojos hundidos (igual que aquel día), las mejillas tensas: «Pasa, hijo.» Había dos hombres desconocidos con él. Me advirtió que eran policías. «Un asunto muy feo», repetía: «Un asunto complicado…»

Los policías me preguntaron si yo conocía al conde de Trigo, y si estaba al corriente de sus actividades.

–Actividades pocas; es un infeliz que heredó el título de conde y nada más.

Uno de los policías lanzó un respingo y alzó la mano como para llevarme la contraria:

–Infeliz hasta cierto punto, señor Hondero.

Continuó diciendo que venían sospechando de él hacía algún tiempo: «Lo veíamos cruzar la frontera con excesiva frecuencia, se valía de amistades para que no revisaran su equipaje… Especialmente su acostumbrado maletín de mano.»

Yo no entendía aún dónde querían ir a parar. Lo del maletín me sonaba a película americana, a secuencia grotesca y descabellada.

Pero me inquietaba la expresión de don Alberto. Se llevó la mano a la frente; sudaba. «Debe de habé una equivocación», decía. Y se empeñaba en aclarar que el conde de Trigo era solamente cliente del Banco.

–Algo más que cliente, don Alberto -decía el policía.

Y como yo interrogase, insistió:

–Me temo que van a verse ustedes involucrados en un asunto muy turbio.

–¿Nosotros?

El policía asintió:

–El Banco.

Surgieron las explicaciones. La policía había seguido la pista de los maletines. El conde de Trigo los sacaba del Banco, luego se iba al aeropuerto…

Al fin habían abierto uno de los maletines.

–Un millón de pesetas en billetes de Banco.

Era difícil creer aquello. Era tan absurdo como imaginar al conde de Trigo haciendo de gángster norteamericano.

Pero los policías insistían: se le ha tomado declaración. El inculpado ha confesado que el maletín salía del Banco Salcedo, pero niega rotundamente saber lo que entregaba.

–¿Se ha enterado ya don Ramón?

Ramón Pérez estaba al corriente, pero mi suegro se resistía a hablar con él. Quería antes consultar conmigo. Al parecer, el causante de los maletines era él. El conde de Trigo era solamente un muñeco en el asunto. Un mensajero al que sin duda Ramón Pérez pagaba bien.

–Esto va a sé el desaste… -se lamentaba don Alberto.

El policía afirmaba que el director lo había utilizado como agente intermediario. Recordé a la condesa: sus aires triunfales cuando bailaba con la señora Moraldo.

–¿Y el imbécil no se daba cuenta de que si cobraba por realizar ese trabajo era por algo turbio?

El policía se rascaba el cogote: «Eso es cosa del Banco.»

–No mencione usted el Banco -le espeté- El Banco ignora por completo las trapisondas particulares del director.

–Allá ustedes. No haberle dado ese cargo…

Recordé súbitamente el considerable aumento de pasivo que el Banco había experimentado en el último año. Ramón Pérez se jactaba de haberlo conseguido él. Pensé: «Clientes agradecidos.» Podía imaginar la escena: no era difícil conociendo las dotes persuasivas del *Ratón:* «Usted me entrega el dinero y yo me ocuparé de que pase la frontera…» Luego llamaría a Trigo; le hablaría con suavidad; le recordaría las letras protestadas, le prometería cancelamientos, «por amistad», por simple simpatía… Y el burro de Trigo habría caído en la trampa sin darse cuenta de lo que hacía, sin medir siquiera el alcance ni la trascendencia de aquel altruismo absurdo que su «buen amigo Pérez» le prodigaba. Un buen filón para el *Ratón Pérez.* Una fuente de ingresos mondos y lirondos.

Don Alberto asestó un puñetazo en la mesa: «Ese animal va a tenéselas que ve conmigo…» Lo decía congestionado, la frente fruncida, los ojos encogidos: «Que suba inmediatamente ese animal…»

Ramón Pérez subió. Negó. Juró. Protestó.

Y los gritos de aquella mañana se repitieron. Cuando salió de allí, Ramón Pérez era ya un ratón pillado en la ratonera. Sin embargo, aún se defendía. Fueron días amargos en los que se intentó, por todos los medios, demostrar que el Banco nada tenía que ver con aquel tráfico de divisas, que todo había sido un desliz exclusivo del director.

Los nuevos clientes (aquellos que habían entregado el dinero a Ramón Pérez) se alarmaron: «Que la policía no se entere, señor Hondero…» Fueron días difíciles, ribeteados de miedo, de vergüenza y de malestar. Mi suegro perdía fuerzas: le preocupaba la reputación del Banco… Su prestigio. Recordaba a su padre: «Si levantaa la cabeza…»

–Haz lo que sea, hijo, peo sácanos de ésta…

Y lo hice. Recorrí todo lo recorrible. Organicé encuestas para que los clientes «opinaran», busqué influencias, sacudí conciencias y rocé el chantaje.

Tampoco Pérez estuvo ocioso: recurrió al gobernador, al presidente de la Diputación y al propio Fuentes. Esgrimió su inmaculado historial; su adhesión al régimen, su calidad de ex combatiente frustrado por la miopía (no por antipatriotismo, que quede bien claro), su ex cargo de asesor en el Gobierno de Burgos, su franquismo de toda la vida…

Y como ocurría siempre con los asuntos escabrosos que ponían en entredicho las altas esferas de los años cincuenta, Ramón Pérez logró salir ileso del problema sin que su nombre ni el de la Banca Salcedo figurase en las páginas de los periódicos.

Se echó tierra al asunto, y el poco tiempo todo el mundo lo había olvidado.

Naturalmente, Ramón Pérez fue expulsado de la Banca Salcedo. Y yo fui nombrado director general con todos los honores.

La noticia no tardó en extenderse entre los intocables. Pronto Ramón Pérez fue considerado «un indeseable», un arribista que se aprovechaba de la falta de experiencia del «pobre» Trigo, un desagradecido que había rozado la cumbre social a pesar de llamarse Pérez a secas y de tener una mujer «tan cursi y tan entrometida como Pilar Berruguete».

–Esas cosas vienen por abrir las fronteras a tanto bocazas -comentaba Teresa Rampardal, que, en el fondo, era la que más atacaba a Pilar Berruguete.

Por fin, Teresa Rampardal había quedado dueña y señora de los Sobrado. Ya no tenía a Pilar para hacerle sombra. Su rival se había esfumado con sus sombreros rimbombantes, sus collares de rubíes y su enano marido, miope de nacimiento y enredón de última hora.

Lo gracioso del caso era que la mayoría de los que se expresaban de aquel modo habían sido los «clientes de las divisas»:

–Tanto hablar del régimen, tanto declararse adicto, para acabar traicionando sus famosos principios.

Eran ataques continuos, despiadados: «Un cursi de tomo y lomo.» «¿Os acordáis de su forma de andar?» Lo mencionaban «en pasado», como si hubiese muerto. Se reían de su estatura, de sus gafas, de sus ademanes: «Para que se fíe uno de los recién llegados…»

Mi nuevo cargo sirvió para que mis viajes a Madrid se redujeran. Aquello alegraba mucho a don Alberto. Pero a los pocos días de mi nombramiento, mi suegro cayó enfermo. El médico diagnosticó un infarto: «Si no se cuida mucho, durará poco.» Alicia se desesperaba. No quería aceptar el dictamen: «Papá tiene que vivir», repetía con lágrimas en los ojos. «No puede dejarnos ahora…»

Se achacaba las culpas; decía que aquella desgracia había sido un castigo de Dios: «Por nuestra frialdad religiosa…» «Vivimos como perros», decía

lamentándose. «Como si Dios no existiera…»

Empezó a tratar con curas, a traerlos a casa, a frecuentar la iglesia… Lanzaba diatribas contra los que se aferraban a las cosas materiales. Y yo me sentía más acorralado que nunca. No podía perdonarle que se hubiese vuelto beata.

Victoria, al verme tan preocupado por aquel nuevo rumbo, solía reírse: «No te apures, hombre: se le pasará pronto. Una nube de verano.»

Pero a medida que el tiempo pasaba, Alicia se volvía más intransigente. Todo la escandalizaba: los adulterios de Paco, los escotes de Gladys Goulden, la irreverencia de las mujeres que entraban en la iglesia con trajes transparentes, las conversaciones desenfrenadas…

Así empezó a granjearse el odio de la sociedad. Recuerdo que cuando se hablaba de ella, se cruzaban los dedos, se guiñaban, y se tocaba madera: la llamaban «Diosa Artemisa» por sus aficiones artísticas y religiosas. «Una "Arte y Misa" que se empeña en amargarnos la vida vaticinando catástrofes…»

Alicia se daba cuenta, pero no protestaba. Soportaba los vacíos sin chistar. Aquella actitud de santa resignada me sacaba de quicio:

–Como sigas así, acabarán por excluirte de todas las reuniones.

–A Dios también lo excluyen -contestó.

Una vez me habló de Serena: «No debería dejar a su marido tanto tiempo solo.» Y como yo alegase que Serena era muy joven y que su marido era un viejo, contestó: «Razón de más para atenderlo. Cuando se casó con él sabía la edad que tenía.»

Aquella conversación se la repetí a Serena. «Deberías ausentarte una temporada. Alicia empieza a sospechar.»

Serena todavía aceptaba la clandestinidad: era una condición impuesta en nuestras vidas.

–Debe de ser horrible estar casado con una mujer como la tuya… Afortunadamente tu paciencia…

Pero si Alicia se achacaba a sí misma la culpa del infarto de su padre, los empleados del Banco se la achacaban entera a la faena del antiguo director. «A él tenía que haberle dado el soponcio y no a don Alberto…»

Se vengaban así de todo lo que habían tenido que soportar cuando él era el jefe. «Su buena tajada habrá sacado de esos desaprensivos…»

Don Alberto mejoraba lentamente, pero su aspecto ya no era el mismo. Recordaba mucho al hombre que había yo encontrado en el hospital al terminar la guerra. Todos los días iba a verlo; le hablaba de asuntos que no pudieran afectarle, de la devoción sentían los empleados por él, de la buena marcha de la empresa…

Cierto día me comunicó que tenía intención de dimitir como presidente: «Pienso poponé a la junta que tú me sucedas en el puesto.» Demostré sorpresa, emoción y disgusto: «Ni pensarlo: queda cuerda para mucho tiempo; nunca podré ponerme a su altura…»

–Te equivocas, hijo: tú estás más pepaado que yo.

–Todavía no, don Alberto; todavía no.

–Tú déjame a mí que actúe… ¿No te paece que ya va siendo hoa de que el Banco tenga un pesidente que ponuncie las ees como es debido?

Mi admisión como presidente del Consejo coincidió con la admisión de España en la ONU.

Los dos ingresos enarbolaban banderas vindicativas: la de mi infancia y la de la posguerra española. De nuevo salieron a relucir las humillaciones

pasadas; cuando nuestra presencia en la ONU había sido rechazada.

La alegría de don Alberto era manifiesta: «Un buen tanto paa Fanco», decía. «Pa que apendan los que lo atacan.», Era curioso comprobar hasta qué punto aquel hombre había cambiado sus ideas políticas. Sus reminiscencias republicanas habían sido definitivamente enterradas. Incluso rozaba ciertos ribetes monárquicos: se refería a la augural casualidad que suponía que la jura de bandera del príncipe Juan Carlos coincidiera con nuestro ingreso en la ONU: «Ese muchacho me gusta», decía. «Tiene tesón, talento y buena planta.»

Aquella Navidad fue optimista. Mi suegro había mejorado notablemente y mi suegra celebró su mejoría con el habitual almuerzo navideño. Al llegar a los postres recitó una horrible poesía relacionada con la familia, la ONU y mi nombramiento como presidente.

Aquella vez Alicia se había empeñado en que yo la acompañara la Misa del Gallo. Aseguraba que la mejoría de su padre se debía en gran parte a lo mucho que ella había rezado: «El mundo empieza una nueva era, Carlos; hay que estar preparados para afrontarla.»

Se refería al satélite que el verano anterior los rusos habían proyectado lanzar a la luna. «Cuando menos lo esperemos, se llegará a pisarla… ¿No te parece grandioso?»

Accedí. La acompañé a la iglesia. Era extraño ver a Alicia tan devota. Me sentía incómodo. Tenía la impresión que la masa que nos rodeaba, no podía aceptarme como uno de los suyos. Yo era otro. No me parecía a ninguna persona de las que estaban allí. Hacía mucho tiempo que me había desgajado por completo de aquel chorro de luz ocre que inundaba la nave. Yo no era ocre, ni verde, ni amarillo. Era un hombre sin color aferrado a su tierra. Y tenía a Serena. Una Serena viva asumiendo todos los colores que yo había perdido. Lo peor era cuando Alicia me advertía: «Ahora arrodíllate, ahora siéntate, ahora levántate…» Me humillaba que estuviera continuamente advirtiéndome lo que debía hacer. La vi acercarse al comulgatorio: tenía el rostro pálido y una gran serenidad en el porte. Al

regresar al banco, apenas reparó en mí. Se arrodilló a mi lado y se cubrió la cara con las manos: «Como hacía yo en la infancia.» Pero Alicia ya no era una niña: había cumplido veintisiete años.

Me urgía salir de allí: el banco se me antojaba duro, el calor me sofocaba y la mente se me iba a cien leguas de aquel lugar, camino de recuerdos lúbricos, allá donde Alicia no tenía acceso, donde únicamente Serena tenía cabida.

La miré: ni siquiera me inspiraba ternura; me inspiraba odio. Estaba odiándola por todo lo que me obligaba a pensar, por todo lo que me reprochaba sin decírmelo. «Como mi madre el día de mi boda…»

Aquel mismo día mi suegro me había dicho: «Cuando yo falte tendás que ocúpate de los bienes de Alicia.» Alegaba que era muy niña, que su mentalidad infantil podía echar a perder la fortuna que heredase… También aquella idea hurgaba mi cerebro. Y la frase de Paco: «Iremos a Madrid a celebrar el año nuevo…»

Entonces había épocas para todo. La Navidad era para la familia. El año nuevo para lo demás.

Cuando salimos de la iglesia, Alicia iba silenciosa. Hacía frío y se había puesto su mejor abrigo.

–¿Te ha gustado? – preguntó.

–Demasiada gente.

Se volvió hacia mí: me dijo que había rogado para que Dios me ayudara.

–Te lo agradezco; va a hacerme falta. El trabajo que me espera, requiere gran responsabilidad.

–No me refería a ese tipo de ayuda.

–¿A cuál entonces?

–A la que te lleve a Dios.

–No irás a decirme que el trabajo me aparta de Él.

–El trabajo no, pero la ambición sí.

–Sin ambición no puede haber progreso.

–Ni codicia -dijo ella-. Lo malo de la ambición es eso, Carlos: la codicia.

–Hay cosas peores que ser ambicioso.

–¿Por ejemplo?

–La soberbia. Hace un momento, cuando el cura nos hablaba de la pobreza, del establo, de lo que Cristo representaba en la escala social, parecías emocionada… Incluso te has adelantado a besar a un niño Jesús de pasta, reclinado sobre una cuna con virutas…

–¿Qué mal hay en ello?

–Nada. Sólo que me parecía ridículo verte tan compenetrada con la pobreza de Cristo llevando encima un abrigo de visón.

Alicia calló. Miró al cielo a través de la ventanilla del coche. Había estrellas ocultas tras unos jirones de nubes dispersas que babeaban humedad hacia la tierra. Se subió el cuello del abrigo. Ocultó la cara.

–Hace mucho frío -comentó escuetamente.

No quiso acompañarme a Madrid. Yo mismo me encargué de que «no quisiera». La disuadí con argumentos convincentes: «Se trata de una fiesta aburrida, gentes que a ti te molestan… Yo no tengo más remedio que asistir: asuntos Salcedo, ya sabes…»

Aquella decisión de Alicia sirvió para hacerme la víctima entre mis amigos: «Ya lo veis: me deja solo. Nunca quiere acompañarme.» Y la gente me compadecía: «Esas mujeres tan poco sacrificadas…»

Los anfitriones de aquella vez eran los Calzado (de la casa ducal Calzado y Sarandoña). Un matrimonio de mediana edad que todos los años, al llegar aquella fecha, recibían a los elegantes de Madrid y algún que otro forastero relevante. Aquélla era la primera vez que Alicia y yo habíamos sido invitados. Paco, en cambio, llevaba ya varios años asistiendo al tradicional festejo.

Los Calzado eran un matrimonio simpático, de costumbres deliciosamente trasnochadas, que gustaban hablar de doña Victoria, de Ortega y Gasset, de Marañón y de los socios del Nuevo Club. También solían disfrutar vaticinando la caída de Franco, la invasión comunista y el caos general que nos aguardaba.

Aquel año, tal vez por haber sido rechazados en las altas esferas gubernamentales, también habían invitado al matrimonio Fuentes. «Chico: ese Fuentes es un tío con toda la barba; dicen que está dando sopas con honda a los del Gobierno…» Y como se rumorease que Serena lo estaba «adornando», le habían encargado a Paco que invitara «sin falta» a la causa del adorno: «Tú que estás en el ajo…»

Me lo contó él mismo más tarde: «Te divertirás, Carlos; la gente de Madrid está esperándote con expectación. De un tiempo a esta parte los catalanes estamos en alza en la capital. Al parecer, los "matadonas" de Madrid están ya algo trillados…»

Lo que nunca pude imaginar era que, en aquella casa, iba a encontrarme con Lolita.

No había vuelto a verla desde la boda de Paco, cuando ostentaba aquel horrible embarazo que sombreaba de moretones su bellísimo rostro. La tuve delante cuando menos lo esperaba, de nuevo esbelta, sus facciones suaves,

sin manchas, sin crispación.

–Es como un sueño…

Iba vestida de blanco, sencilla, su escote comedido:

–Yo, en cambio, sabía que iba a encontrarte aquí, Carlos.

–Tienes un aspecto tan infantil como en San Sebastián.

–Pues acabo de cumplir treinta y siete años.

–Me gustaría saber qué diantre has hecho para conservarte tan intacta.

Torció la cabeza con aquel movimiento peculiar en ella:

–Te agradezco el cumplido, pero los años no perdonan.

En torno a nosotros la gente bullía, se besaba, se felicitaba.

–Al parecer, te has convertido en personaje -dijo ella.

Había un dejo zumbón en su frase.

–Depende de lo que tú entiendas por personaje. Por supuesto ya no soy el hijo de viuda pobre que tú conociste.

No debió de gustarle mi respuesta:

–A veces puedes ser muy cruel, Carlos.

Me lo dijo sonriendo, echando a broma la frase.

–No era mi intención herirte -le dije.

Lo peor de Lolita era aquella especie de poder que emanaba y que al

percibirlo me obligaba a sentirme mediocre.

–Yo no te he dicho que me hayas herido -cambió de expresión-. Sentí mucho no asistir a tu boda. Por aquellas fechas yo andaba muy atareada con mis hijos.

–Te echamos de menos.

–Agradezco el cumplido -contestó ella.

Aunque no lo quisiéramos, había una tirantez indudable entre nosotros, algo que nos impedía explayarnos. Los años de ausencia habían acumulado demasiadas cosas que no decíamos, demasiados olvidos que nunca debieron serlo, demasiados recuerdos sin desmenuzar…

–¿La quieres? – preguntó de pronto.

Por unos instantes supuse que se refería a Serena. Comprendí que hablaba de Alicia cuando señaló mi alianza:

–La necesito.

–Lo celebro -dijo bajando la cabeza-. Eso lo arregla todo. La necesidad es un lazo fuerte. También yo necesito a Raimundo.

–¿En qué sentido?

Pareció vacilar. Añadió después:

–Es mi apoyo.

–¿Sólo eso?

–¿Te parece poco? A mi edad no se puede exigir más de un marido.

Había un desánimo grande en su voz, algo que me recordaba a la Lolita-

novia, la que me había pedido angustiosamente que no la dejara casarse con aquel hombre.

–¿Es bueno contigo?

Lanzó una carcajada:

–Al menos no me pega.

–¿Y tus hijos? ¿Cómo son tus hijos?

–Tres criaturas adorables. ¿Te acuerdas de mi último embarazo? Fue una niña: una niña maravillosa; se llama Raimunda.

Lo dijo casi con orgullo, como si el nacimiento de aquella criatura (que más tarde tanto habría de pesarle) fuera la razón suprema de su matrimonio.

Vinieron a anunciarnos que pasáramos al comedor. Serena no había llegado. Isabel Calzado se excusaba por sentarnos a la mesa sin que los Fuentes estuvieran allí: «El tiempo apremia y las uvas deben tomarse al sonar las doce.»

Recordé aquel año nuevo en el palacete Remo: el primer beso de Serena, sus frases cálidas atravesando susurrantes mi oído

Lolita me acompañó al comedor. Señaló la silla vacía que tenía yo al lado.

–Voy a dejarte -me dijo-. Imagino que esperas otra compañera de mesa.

No me dio tiempo a reaccionar. Se alejó enseguida. La vi mezclarse entre la gente; erguida, volatilizada, su vestido blanco serpenteando grácil entre fraques oscuros. No sabía si odiarla por lo que acababa de decirme o si agradecerle su ductilidad. Me senté a la mesa de Paco y Victoria. La ausencia de Serena me inquietaba. Aquella misma tarde me había dicho por teléfono: «Nos veremos en la fiesta de los Calzado…»

Lolita estaba frente a mí, lejana, enfrascada en una conversación con su vecino de mesa. Ni un solo instante la sorprendí mirándome.

Al sonar las doce, tomamos las uvas. Victoria estaba ya borracha. Señalaba la silla vacía y empezaba a reír, con risa floja, como si la divirtiese verme chasqueado.

Contemplé las uvas que habían colocado junto a mi plato. Eran doce granos pochos, aislados, tristes. Tragué seis sin entusiasmo.

Cuando empezaron los abrazos y las felicitaciones, Victoria desapareció. Llegó al poco rato hasta mí con el rostro demudado. Se agarró a mis brazos tambaleándose: «Ha ocurrido algo horrible», dijo.

Después me comunicó que el marido de Serena había muerto.

Me sentí aislado, mareado, como si lo que me estaba diciendo fuera también un sueño. En torno a mí había cuerpos que se movían, que se agitaban, que emitían sonidos alegres…

Los labios de Victoria temblaban. Era un temblor como de hielo al derretirse en un vaso de agua caliente:

–Acabo de hablar por teléfono con ella. Me ha rogado que te lo dijera.

Era difícil comprender todo aquello. Recordé a Justo Fuentes, sus frases, su desaliento, su forma de mirar a Serena…

–Ahora Serena es libre -dijo Victoria.

Era una frase postiza, una frase que sobraba. No debió decir aquello.

–¿De qué ha muerto? – pregunté.

Victoria no parecía oírme. Continuaba obsesionada con aquella súbita libertad de Serena. Hablaba de ella: «¿Te das cuenta? Serena es una mujer

libre…»

Isabel Calzado se acercó a nosotros: nos rogó que la acompañáramos.

–Acabo de enterarme: horrible, tristísimo… Y nada menos en una fecha tan señalada-. Se la veía nerviosa, no podía disimular su inquietud.

Echó ojeadas al salón contiguo, allá donde la gente bailaba y reía:

–Os ruego que no hagáis uso de lo que sabéis… Sería un jarro de agua fría en todas las cabezas… Me vería obligada a suspender la fiesta…

–Descuida, Isabel: no diremos nada.

Pero Victoria continuaba obsesionada con la libertad de Serena. Isabel repetía:

–No tenemos derecho, ¿verdad, Carlos? No tenemos derecho a destruir su alegría…

Eché un vistazo al salón contiguo: era una alegría eufórica, llena de champaña francesa:

–Lo están pasando tan bien… Además, ese pobre hombre ya no puede levantar cabeza. Si fuera posible hacer algo por él…

Era extraño que alguien tachara a Justo Fuentes de «pobre hombre». Nadie, hasta aquel momento, se hubiera atrevido a darle aquel calificativo.

–Pero ¿de qué ha muerto? – volví a preguntar.

Fue Isabel Calzado la que me lo dijo: «Cáncer de estómago.»

–¿Serena lo sabía?

–Todos lo sabíamos -dijo Victoria.

Todos menos yo: Serena jamás me había hablado de aquello.

Isabel Calzado nos estampó dos besos a Victoria y a mí:

–Sois unos amores, unos verdaderos amores; ya sabéis: chitón y disimulo…

–Descuida.

Aquella misma noche nos acercamos a la casa del muerto. Era un piso decorado con gusto, pero modesto. Justo Fuentes no era hombre rico y jamás había tenido manías de grandeza.

A pesar de lo intempestivo de la hora, la casa estaba llena de gente. Había mujeres vestidas con traje de noche, hombres con esmoquin, vecinos con bata…

Serena estaba en el salón, pálida, triste, estrechando manos y repitiendo: «Gracias, gracias…»

Cuando nos vio se puso en pie. Pidió disculpas a la concurrencia y se acercó a nosotros. Victoria le dio un abrazo. Yo cogí su mano y la retuve entre la mía. La gente nos miraba: «Lo siento, Serena, lo siento de verdad…» Había que seguir la corriente, había que fingir dolor, respeto, perplejidad… «Tantos años de convivencia», decía. «Era tan bueno…» Y detallaba su muerte, se refería a las últimas horas de su vida. «Era tan bueno…»

Victoria callaba. Ya no decía que Serena era una mujer libre. Nos miraba. Tenía miedo. Y Paco encogía la ceja:

–Una lástima, una verdadera lástima…

A los dos días de aquella escena, Serena y yo nos vimos a solas.

–Por fin…

Su piel olía a *arpège,* a jabón, a Serena limpia de besos ajenos.

–Ahora todo cambiará -le dije-. Te pondré piso en Barcelona. Ya nada te retiene en Madrid.

Serena esbozó un mohín de disgusto.

–Intentas decirme que podré ser tu querida oficial.

Le tapé la boca:

–Te prohíbo que vuelvas a decir eso.

Su cuerpo temblaba, decía que tenía frío. Afuera nevaba, y Serena miraba el ventanal con ojos centelleantes más apanterados que nunca.

–¿Qué voy a ser entonces?

–Mi novia -bromeé.

Continuó mirando la nieve. Era como si estuviera contemplando el futuro:

–Intentaré acostumbrarme a la idea. Espero que Alicia se acostumbre también.

–No te preocupes por ella. Yo me encargaré de que nos deje el paso libre. Al fin y al cabo, no tenemos hijos. Será todo muy sencillo: ya lo verás.

Serena se estremeció; se arrebujó contra mi cuerpo. Era dulce aquel frío de Serena. Era como si al contacto de mi piel se convirtiera en calor.

–Tengo ganas de llorar, Carlos.

Y yo recogí su llanto besándola en los ojos.

Cuando llegué a Barcelona, Alicia me recibió sonriendo. Era una sonrisa enigmática, entre siniestra y alegre. Me dijo que su padre estaba mucho mejor y que su madre lo había celebrado dedicándole una de sus atroces poesías.

–¿Y tú, Alicia? ¿Has pintado mucho?

–No -repuso-, creo que voy a dejar la pintura.

Empecé a alarmarme. Desde que yo la conocía, no había hecho más que presumir de artista. ¿A qué venía aquella decisión?

–¿Sabes, Carlos? He pensado que podríamos hacer un viaje tu y yo solos: un viaje sin testigos, sin Paco, sin Victoria… Una especie de viaje-evasión, para compenetrarnos mejor.

No entendía aún adonde quería llegar.

–¿A qué viene ahora esa ocurrencia? Ya sabes que siempre ando muy ocupado.

La idea de viajar a solas con ella me aterraba. Hubiera sido lo mismo que viajar con un saco de nostalgias, de malestar, de incomprensiones. Estuve a punto de decirle: «Sería demasiado aburrido», pero me contuve.

Se acercó a mí todavía impenetrable, todavía insinuante y gozosa:

–¡Llevamos tantos años sin salir juntos al extranjero! ¿Crees que no podrías encontrar un hueco, aunque sólo fuera una semana?

Pensé: «La maldita manía religiosa… Probablemente algún cura le habrá metido en la cabeza que se ocupe más de mí.»

–Lo intentaré, pero no prometo nada.

Insistió:

–Sería una forma de acercarnos el uno al otro… ¿No te parece? Una forma de conocernos mejor, de ayudarnos…

Hablaba con premura, como si estuviera recitando una lección aprendida de memoria palabra por palabra.

La atajé:

–Para eso no hace falta hacer un viaje. Además, me parece ridículo: después de diez años de matrimonio, uno conoce al otro de sobra.

Encajó mi frase sin alterarse. Negó con la cabeza:

–No, Carlos; no nos conocemos. Hemos vivido juntos, pero nada más.

–No te entiendo.

Pretexté que tenía una mota en el ojo. Me acerqué al espejo para no verla, para rehuir aquella extraña conversación: «Llevo esa dichosa mota desde que salí de Madrid.»

Alicia, desde el fondo, me contemplaba con aire abatido.

Insistió:

–Es necesario que colaboremos, Carlos: los dos.

Y su voz tenía una firmeza que jamás había percibido yo en ella hasta aquel momento.

–¿Colaborar en qué?

Suspiró hondo y me comunicó que estaba esperando un hijo.

VICTORIA

OceanofPDF.com

Mi suegra se empeña en considerar que mi actitud es transitoria, una especie de terquedad provocada por el trauma que he sufrido.

–No es lógico, Carlos; no es lógico que no quieras defenderte…

Me ha explicado después que Ramón Pérez había ido a visitarla: «Está dispuesto a llevar tu caso…»

La he atajado:

–No vuelva a hablarme de ese hombre, se lo ruego.

–Es un buen abogado… Tuvo sus malos pasos en el Banco, pero se las sabe todas en leyes.

–Demasiado viejo.

Imaginaba lo mucho que iba a disfrutar aquel hombre viéndome en la situación en que me encuentro ahora. Nada complace tanto a los que han sufrido humillaciones como compadecer a los causantes de su propia humillación.

–Te ayudaría, Carlos… ¡Si lo oyeras hablar de ti! No hace más que ponderar tus cualidades.

–No se canse, doña Alicia: conozco a ese hombre muy bien; nunca habla de las cualidades de nadie como no sea para sacar a relucir sus defectos. Y para eso, me basto y me sobro.

–También Carlota quiere verte.

No ha debido mencionar ese nombre:

–Si en algo me aprecia, le ruego que aleje a Carlota de este condenado lugar.

Doña Alicia ha aceptado mi repulsa. No ha insistido. Se ha marchado con su frase acostumbrada: «Lo que tú digas, hijo.» Doña Alicia sigue siendo la misma: confiada, estúpida y fundamentalmente buena.

Pero Carlota se ha quedado. Basta mencionarla para que todo lo que me rodea se llene de ella.

Sin embargo, hace muchos años Carlota representaba una rémora para mí. Cuesta trabajo imaginar eso. Es como si alguna vez, en algún momento dado, hubiese renegado de mis propios ojos o de mi propia vida.

Yo no sabía que el hijo que Alicia estaba esperando podía ser como ella. Momentáneamente fue como si la confesión que mi mujer acababa de hacerme, hubiese horadado los cimientos de mi vida y la casa entera se hubiese venido abajo.

–¿Estás segura, Alicia?

Tenía pruebas: mientras yo había estado en Madrid, se había hecho visitar por el médico.

Era difícil creer aquello: «Después de tantos años de matrimonio…»

Aquella misma noche llamé a Serena por teléfono. No sabía cómo decírselo. «Agárrate bien, porque lo que voy a comunicarte era imprevisible…»

La reacción de Serena fue violenta: «Pero ¿cómo has podido hacerme eso a mí, a mí…?» Se sentía engañada, defraudada, vencida. Igual que una esposa traicionada a la que se le intenta encasquetar el hijo de un desliz. «Un golpe bajo, Carlos: una putada vergonzosa…»

Las tormentas de nieve que se cernían sobre España, entorpecían la audición telefónica: «¿Me oyes, Serena?» La voz se le iba. «¿Estás ahí?» Lloraba. «Por favor, señorita, no corte…» La telefonista se impacientaba:

«Yo no corto, señor, es la línea.» Al fin, otra vez Serena: «Nunca me hubiera imaginado semejante felonía, Carlos… ¡A quién se le ocurre!»

Las comunicaciones de aquella época eran todavía deficientes. Se hablaba de que pronto entre Madrid y Barcelona iban a ser directas, pero había demasiadas enmiendas en proyecto para confiar en ellas: «Si pudiera estar a tu lado, Serena, si pudiera verte… comprenderías…»

Cuando colgué el auricular tuve la impresión de haber cometido un fraude como el de Ramón Pérez.

La densa nevada que estaba cayendo sobre la ciudad dejó al día siguiente paralizada la vida. Las obras empezadas quedaron inmóviles, el tránsito se volvía imposible, y la gente no podía acudir al trabajo.

Aquellos días me sentí más encadenado que nunca. Las comunicaciones telefónicas entre Madrid y Barcelona se habían cortado definitivamente. Imposible hablar con Serena. Imposible saber cómo había reaccionado después del primer choque.

Alicia, en cambio, parecía feliz. Ya no tenía aquella endémica expresión de cansancio que durante tanto tiempo le había fustigado yo. Decía que aquel hijo era un regalo de Dios, una respuesta a sus continuas peticiones.

También mis suegros se sentían eufóricos: «Será un chico, naturalmente», decía Alicia. Y mi suegro se aferraba a aquella afirmación para hacer planes. Decía que había que procurar que el día de mañana ese niño pudiera heredar una empresa sólida. Le daba yo a entender que Alicia no estaba capacitada para administrar su fortuna. Mi suegro recogió la onda: «Te nombaé administadó a ti.»

Cuando le comuniqué la noticia a Paco, se quedó petrificado: «¡Conque al fin has dado el braguetazo! Así me gusta, macho. A eso le llamo yo ser oportuno… No me negarás que las cosas te están saliendo a pedir de boca: primero presidente, ahora niño…»

La envidia le iba corroyendo, pero todavía lo disimulaba. En cambio, la que parecía realmente contenta era su mujer:

–Eso cambiará tu vida: ya lo verás.

A veces tenía yo la impresión de que Victoria no aprobaba mis relaciones con Serena; sin embargo, era obvio que en más de una ocasión nos había ayudado. A medida que los años pasaban, Victoria se iba volviendo cada vez más impenetrable para mí. No entendía su forma de actuar, brusca y decidida; su empeño en llevar una vida anárquica sin orientación, bandeándose siempre entre mi compañía y la de Serena, como si en el mundo no hubiera más seres que nosotros, y refugiándose en la bebida como si en ella hallara el único recurso para soportarse a sí misma.

Me costó mucho abrir los ojos y comprender la verdad de Victoria. Fue preciso que transcurrieran algunos años y que España se convirtiera decididamente en un país europeo.

Entonces todavía no lo era. Acababa de ser descubierta por el turismo y los españoles daban sus primeros pasos internacionales.

En algunos tejados destacaban ya antenas de televisión, las carreteras se alisaban, los primeros *snaks* parpadeaban por algunas calles de la ciudad y se edificaban hoteles (todavía tímidos) en la costa catalana. Pero los continuos cambios de Gobierno mantenían en precaria situación la estabilidad del país. Fue el año de la independencia de Marruecos y de nuestros primeros problemas exteriores. Los nuevos aires europeos exigían posiciones que, hasta entonces, habían sido cuidadosamente salvaguardadas por el aislamiento nacional. Pero el aislamiento era ya relativo y España iba despertando lentamente de su modorra. Esporádicamente aún se proclamaban manifiestos, se ponían despertadores políticos en las universidades y se fraguaban hostilidades que hasta entonces parecían imposibles.

Fue en aquella época cuando algunas señoras de la nobleza (por ejemplo, la resentida condesa de Trigo) dieron en jugar a socialistas. Tenían la

impresión de que adoptando tal actitud se les acrecentaba la importancia. En el fondo lo que le ocurría a la condesa era que no podía perdonarle al régimen que hubiera puesto en entredicho a su marido por culpa de los dichosos maletines. De algún modo tenía que justificar la vergüenza de su paso por la cárcel; por eso se decantaba hacia la protesta para dar la impresión de que todo había sido una cuestión política.

De la noche a la mañana dejó de vestirse con ampulosidad y se agenció vestidos sencillos, como de sufragista. Ya no presumía de rica, sino de pobre, de «mujer del pueblo», de aristócrata renegada.

Se granjeó amistades intelectuales, gentes que hasta aquel momento nunca habían figurado en la lista social… Hablaba de la vergüenza que suponía para España la exclusión de los partidos: «Hasta que no se implante una buena democracia social, no habrá justicia en nuestro país», y decía que no había derecho a que Ruiz-Giménez hubiera cesado.

Pero sus mayores ataques los reservaba para el Opus Dei. A decir verdad, todos los intocables se alarmaban cuando se mencionaba aquella palabra.

Decían que era una especie de Ku-Kux-Klan o masonería blanca.

Paco, que no perdía ripio en las evoluciones políticas del país, aseguraba que el Opus Dei estaba invadiendo los puestos del alto mando y que pronto España iba a estar más acogotada que en la década de los cuarenta.

Aquel año el Banco en peso decidió dedicarme un homenaje. Había que destacar de algún modo mi nombramiento como presidente. Para celebrarlo se eligió un local (que ya no existe) donde cabían no sólo los consejeros sino el personal directivo de todas las sucursales.

Las mujeres fueron excluidas. En aquella época aún no se tomaba en serio lo de los derechos de la mujer, ni se la consideraba indispensable en los actos públicos.

Fue un banquete abigarrado, de comida castrense (para que resultara más

cordial y, por descontado, más barato) con vinos de Rioja y champaña catalán.

Recuerdo que Paco se ofreció para gestionar la presencia del ministro de Hacienda en el almuerzo, pero cuando llegó el momento, el ministro se limitó a mandar una representación:

–Lo siento -dijo Paco-, nunca puede uno fiarse de esa gente.

Y yo, para disimular mi decepción, le contesté que no lo sentía por mí sino por el prestigio del Banco y, sobre todo, por don Alberto.

De cualquier forma el acto tuvo una gran divulgación (asistió un nutrido número de periodistas y cámaras de NO-DO) y también hubo discursos: primero habló el vicepresidente (en representación de mi suegro; él fue excluido de toda manifestación verbal no por sus erres, sino por prescripción facultativa). «No le conviene hacer esfuerzos ni emocionarse», había dicho el doctor Cordal.

Después habló el director general: Pascual Romero, y por último hablé yo.

El vicepresidente se llamaba Rosendo Falstat: tenía la edad de mi suegro y tomaba pastillas tranquilizantes («porque se me traba la lengua cuando me pongo nervioso» y pastillas contra la acidez «porque el champaña me produce ardor» y pastillas contra el infarto «porque a nuestra edad hay que ir pensando en defenderse de la enfermedad de los ricos…»). Y rompía a carcajear su frase para dárselas de joven.

Rosendo Falstat era un hombre orondo que reía por cualquier motivo: un ejemplar de ojos saltones y barriga prominente, que sólo se abrochaba el botón bajo de la americana porque los otros apenas le llegaban al ojal. Presumía de campechano (aunque la procesión fuera por dentro) y andaba siempre fumando un puro que con frecuencia estaba apagado.

A él le debo en gran parte la decisión del Consejo de nombrarme presidente, no por la presión que él hiciera para que me nombrasen, sino por

lo mucho que había intrigado para que lo nombrasen a él.

Ante su machacona insistencia, el Consejo se había negado sistemáticamente a complacerlo. «Lo que hace falta es gente joven -decían todos- con ideas nuevas, con empuje y espíritu de trabajo.» Además (no había que olvidarlo), don Alberto era, con mucho, el principal accionista, y don Alberto me había propuesto a mí.

Pero Rosendo Falstat no se había ofendido: tragó estoicamente su humillación y lanzó con la mayor dignidad campanas al vuelo para encumbrarme. Fue un discurso ampuloso, truquista y lleno de tópicos, que entusiasmó al público y halagó mi vanidad. Habló de mis innumerables cualidades, de mi honradez y de mi tenacidad laboral; repasó mis actividades juveniles, tan dignas de alabanza: «…adicto al régimen desde el primer día -dijo con voz sonora-, fue perseguido como buen español por las hordas marxistas, a las que con arrojo y astucia supo dar esquinazo. Prófugo del ejército rojo, fue recibido con los brazos abiertos por nuestros invictos soldados, como un español valeroso, modelo de virtudes cristianas y gallardías ibéricas. Curado de una enfermedad grave, pidió ser trasladado al frente del Norte. Herido en el muslo supo mantenerse en pie hasta que cayó como un jabato, regando generosamente con su sangre el glorioso terreno conquistado para nuestra querida tierra española (aplausos nutridos y vivas a España). Protestando, eso sí, protestando porque no le dejaban continuar en la brecha. Mediador en los inicios de la difícil paz entre los acusados inocentes y los inocentes acusadores (risas intencionadas y exclamaciones de "ese tío se la juega") supo mantener con mano recia la atropellada nave del Banco, apoyado en nuestro querido presidente saliente: don Alberto Salcedo (más aplausos y "viva el presidente saliente"). Nave para nosotros tan querida, pero que, tras el desastre marxista, amenazaba ruina…»

Rosendo Falstat tragó un sorbo de agua y prosiguió: «Ruina que no se produjo gracias a esa mano recia que ha caracterizado siempre a nuestro admirado señor Hondero.» Se refirió luego a mis principios en el Banco «en los que yo era sólo un botones», un empleado sencillo, que pasaba sus noches estudiando para llegar algún día al departamento de Cartera… (Aquí un chiste falstatiano sobre las carteras, las «rubias» y los duros «blandos».)

Ensalzó la recta vida de mi madre, «viuda ejemplar que supo imponer a su hijo los más estrictos deberes morales, sociales y políticos en una sociedad que entonces empezaba a dar síntomas de descomposición…». Y sacó a relucir el heroísmo de mi difunto padre, muerto en aras del deber… «Así que de casta le viene al galgo…» Y añadió que gracias al esfuerzo heroico de mi madre, conquisté los primeros puestos del colegio, de la Escuela de Comercio y, por último, de la empresa Salcedo. «Porque hay hombres destinados a conquistar siempre esos primeros puestos.»

Rosendo Falstat se tomó nuevamente un respiro. Carraspeó y prosiguió: «Quiero que sepan todos mi entusiasmo al apoyar su candidatura. Quiero que los que me escuchan, sepan reconocer, como reconozco yo (y se golpeaba el vientre allá donde los botones no alcanzaban el ojal) las grandes cualidades que acompañan a nuestro nuevo presidente, modelo de hijos, de esposos y pronto de padres, y quiero que, al alzar mi copa, para brindar por él, los dignos asistentes a esta asamblea brinden conmigo no sólo por la recia figura del presidente electo, sino por el hombre sencillo, emprendedor y moderno que se esconde tras la importancia de su cargo (aplausos desbordantes). Ese hombre, digo, que junto con don Alberto Salcedo (mohín condescendiente de mi suegro), nuestro entrañable prócer retirado, nuestro eterno amigo de feliz memoria (protestas de don Alberto: "Hombre, que todavía no me he muerto"), supo airear con lo que yo llamo las dos "tes" (entiéndase: talento y tenacidad) todas esas adversidades que no faltaron en los tiempos difíciles, para colaborar más tarde en el desarrollo de una empresa inmaculada que tanto enorgullece a nuestra querida patria.»

Bravos, aplausos, brindis, exclamaciones y vivas. Después habló el director. Fue escueto, sobrio, emotivo. Dijo aquello de que «si breve, bueno dos veces»: glosó los éxitos conseguidos en los últimos años, recordó la expansión que el Banco había experimentado dentro de la península, anunció futuras agencias, futuras actividades y futuras sucursales. Explicó que la casa «madre» iba a experimentar una reforma: «Nuevos tiempos requieren nuevas instalaciones.» Confirmó la noticia de que la empresa había decidido comprar el inmueble donde se alzaban las oficinas, para realizar reformas, y acabó diciendo que la Banca Salcedo era una de las primeras Bancas del territorio catalán, gracias a los esfuerzos de don

Alberto y de su respetable yerno.

Por último hablé yo: di las gracias a todos, dije que prometía hacerme digno de la confianza que el Consejo y los accionistas habían depositado en mi humilde persona; cepillé (con toda idea) a los ejecutivos inferiores «aquellos que quemaban sus cejas al filo de una bombilla», les dije que por muchos cargos representativos que la vida me ofreciera en adelante, yo siempre me consideraría uno más entre ellos, que «para algo había pasado por aquel honroso aprendizaje», evoqué la inolvidable personalidad de don Pablo Daniel, «aquel mártir caído por Dios y por España» que tanto había luchado en pro de la dignidad bancaria, y, por supuesto, corrí un tupido velo sobre los J. J. y sobre el antiguo director general, Ramón Pérez. Al final anuncié a todos el próximo nacimiento de mi hijo: «Será un Hondero de apellido, pero llevará el nombre Salcedo incrustado en el corazón (aplausos rabiosos y pucheros mal disimulados de mi suegro). Por eso, porque la sangre Salcedo no puede perderse ni malograrse, juro que lo educaré en la devoción y el respeto que la familia Salcedo siempre mereció.»

Así terminé mi discurso. Mi suegro me abrazó llorando. Rosendo Falstat me repitió cien veces: «Muy bien, chico, muy bien», y el director general me estrechó la mano con la violencia del entrenador de un pugilista, que después de una pelea gana gracias a su intervención. «Fenomenal: has estado fenomenal…»

Durante mucho tiempo aquel homenaje fue tema de conversación en las veladas Salcedo.

Al poco tiempo Alicia dio a luz una niña. Fue como recibir un mazazo en la cabeza. Recordé mi discurso, mi juramento… «Juramento inútil…», pensé. Alicia me miraba compungida:

–Lo siento -dijo-, tú esperabas un niño.

Mi suegro disimuló su decepción:

–No importa: el próximo será chico, ya lo veréis.

«No habrá próximo», pensé. No podía haberlo. Serena no debía sufrir una nueva humillación de aquel tipo.

Como era de esperar, mi suegra se apresuró a componer una de sus atroces poesías para recitarla el día del bautizo. Y yo me limité a mirar aquel pedacito de carne rosada de cabeza apepinada y rostro tumefacto, sin comprender cómo un ser humano podía nacer sin haber sido deseado.

–Ya que no puede llamarse Carlos, la llamaremos Carlota -decretó Alicia.

Las mujeres tenían una extraña forma de perpetuar las inclinaciones afectivas: Carlota Hondero Salcedo… Sonaba bien: «¿Te gusta?» Hija de Carlos y Alicia: un matrimonio legal, cristiano (como había dicho Rosendo Falstat), con todas las virtudes de una familia modelo. Un matrimonio tal como se efectúa entre personas de bien, con testigos, con ceremonia religiosa, con pastel de boda y con luna de miel. Un matrimonio entero y verdadero al que sólo le faltaba sucesión. Bien: la sucesión estaba ya allí, llorando y agitándose, chupando y deschupando.

Había llegado oportunamente, cuando el matrimonio estaba a punto de naufragar. Ya no faltaba ningún requisito. Ya no era posible hacer marcha atrás. Todo tenía una justificación de peso: las amonestaciones, el certificado, las felicitaciones, los regalos y hasta las infidelidades…

Sin embargo, yo me sentía cada vez más despegado de aquello. Mi hija no tiraba de mí. Únicamente el Banco. El Banco y Serena.

Alicia quiso que la bautizara el padre Celestino. De nuevo vi a aquel hombre en mi casa, sonriente, patriarcal, inmerso otra vez en el estilo que América le había hecho olvidar: «Ya vuelve a ser un cura carpetovetónico», pensé. Fue un bautizo por todo lo alto, con peladillas, chocolate a la española, abuelos complacidos y amigos complacientes.

Paco fue el padrino y doña Alicia la madrina:

–Jamás tuve una comadre tan inspirada -me dijo Paco guaseando entre dientes-. Fíjate tú: ha sido capaz de rimar Carlota con bancarrota.

Y yo, por seguirle el juego, le dije que debió rimar Carlota con «carota».

Fue un día grande para los Salcedo. También lo fue para Juan Villoria. Con su precisión acostumbrada, servía canapés, saludando ceremoniosamente y hablando de la niña como si fuera un poco suya. Dolores, la antigua cocinera de mi madre, se esmeraba en que no faltase nada, en que todo estuviera a la altura de la importante familia que le había tocado servir.

Recuerdo que Alicia, todavía convaleciente, se mostraba empeñada en demostrar una afabilidad que le iba resultando muy difícil. Y yo, todavía inadaptado a mi condición de padre, ofrecía whisky de hurtadillas a Victoria y a todos los que hacían remilgos al chocolate.

De pronto me vi espetado por el padre Celestino:

–Os agradezco mucho que hayáis pensado en mí para bautizar a la niña.

–Era lo normal -repuse yo.

–¿Sabes, chico? Me ha complacido mucho ver de nuevo a Paco Moraldo… Cuántos recuerdos, Dios mío! Hay que ver las vueltas que da el mundo…

También él estaba (como de costumbre) dando vueltas: de nuevo quería sondearme a fuerza de lugares comunes para llevarme a su terreno.

–Es una lástima que Dios no le haya dado hijos -acabó diciendo.

–¿Quién sabe? A lo mejor le hubieran salido estudiosos… ¡Menudo complejo para Paco!

El padre Celestino rió mi ocurrencia, pero en el fondo de su risa apuntaba una amargura que yo fingí no advertir.

–En cambio, a ti no puede ocurrirte eso. No sólo fuiste buen estudiante: también has sido buen luchador. Te felicito, Carlos: has sabido abrirte camino. No puedes quejarte de la vida.

–Tampoco creo que ella pueda quejarse de mí.

–Agudo como siempre -repuso él-. No cambias: sigues siendo el tigre astuto de entonces… -Y bajando la voz, añadió-: Lástima que no emplees tu talento en descubrir la verdad.

–¿Cuál es la verdad?

–¿Sabías que Pilato hizo esa misma pregunta?

–No recuerdo muy bien quién era Pilato.

–Un prócer que mató a Dios.

–¿Cree usted que yo soy prócer?

El padre Celestino se pinzó la nariz. Me miró luego a los ojos:

–Si no lo eres, llevas camino de serlo. Hay signos inconfundibles en tu carrera hacia la cumbre. Me refiero, claro está, a la cumbre humana.

–¿Puede haber otra?

El padre Celestino movió la cabeza de un lado a otro, con cierto aire de desaliento:

–Pilato también tenía una mujer religiosa, ¿lo sabías?

–¿Se parecía a Alicia?

Encajó bien la impertinencia:

–No tuve el gusto de conocerla.

–¿Qué fue de ella? Me refiero después que Pilato hubo matado a Dios.

–La tradición afirma que abandonó a su marido. Pero también cabe que el marido llegara a destruirla: es decir, a convencerla de que no merecía la pena pensar tanto en un Dios muerto.

Comprendí lo que insinuaba. Temía por Alicia, por aquella fe que yo no compartía.

–Ciertas enfermedades son contagiosas -añadió.

–No irá usted a temer que Alicia me contagie.

–A decir verdad, tengo miedo de que tú la contagies a ella.

–Eso probaría que su fe no es muy boyante.

–Eso probaría que la carne es flaca. Alicia te quiere mucho… Y a veces el amor no correspondido arrastra a la desesperación.

–No tema -dije-. Por ahora no tengo intención de atacar su fe.

–Podrías destruirla sin darte cuenta.

–En tal caso yo estaría exento de culpa.

El padre Celestino se llevó la mano a la frente, tal como hacía cuando precisaba concentrarse:

–Te equivocas: siempre somos un poco culpables de lo malo que les ocurre a los otros. Cuando destruimos algo, por pequeño que sea, la humanidad entera participa de aquella destrucción…

Encogió los ojos. Dijo enseguida:

–¿Recuerdas aquella mañana…? Hacía frío, mucho frío… Te agradecí que fueras a despedirme, pero me quedó la duda de mi culpabilidad. Todavía la llevo dentro, Carlos.

–No se atormente: mi conciencia está muy tranquila.

–La mía no lo estará hasta que vuelvas al redil.

Rompí a reír.

–Póngame usted una buena chavala en el redil y verá qué pronto corro a meterme en él.

No se enfadó. Se limitó a respirar hondo:

–Podrías tropezar y caerte. – Carraspeó-. De cualquier forma -añadió-, tú ya has tropezado y te has caído.

Pensé: «El muy cotilla se ha enterado de lo de Serena.» Los curas de su Orden se enteraban de todo.

–De todos modos, no me he roto ningún hueso: fíjese… -Y rompí a andar para demostrarle que continuaba íntegro.

–Dios no tiene prisa.

–¿Pretende usted amenazarme?

–Comentaba.

–¿Cree usted que algún día me llegará el castigo?

–Dios no castiga: reforma. Dios no se venga: cura.

–¿Enviando calamidades? ¿Qué me dice usted de los desgraciados a los que

la calamidad les pilla en el camino?

–A ésos los premia como premió al buen ladrón.

–Suponga usted que hubiera algún inocente…

–Nadie es más inocente de lo que fue Él.

–¿Ni siquiera los niños?

–Ni siquiera los niños.

Me estaba cansando de tanto palabreo, de tanta acusación mórbida y oculta:

–Yo no puedo aceptar un Dios que destroza pueblos, que mutila niños, que reparte miseria, hambre, plagas, sólo para reformar a un hombre.

–En cambio aceptas que el hombre lo mutile y lo crucifique y lo insulte a Él… -se le había puesto voz autoritaria, casi indignada-. Eso es algo normal, una actitud corriente. El hombre puede matar, puede destruir, puede mutilar y crear monstruos a su capricho y hacerse el sordo ante el hambre y las plagas y deformar la imagen de Dios, minimizarla, como haces tú… ¿Para qué? Sólo para echarle las culpas de lo que nos duele, cuando de hecho es Dios el único que tiene derecho a pedirnos cuentas a nosotros…

De pronto se detuvo. Cambió de expresión. Carraspeó de nuevo y puso su mano en mi hombro:

–Perdóname, Carlos. No era mi intención hablarte así. No estoy aquí para reprochar conductas. Por un momento había olvidado que mi única misión era la de bautizar a tu hija.

Y se alejó de mi lado.

Pero su conversación quedó dentro de mí como un reproche directo de Alicia. Pensé: ha sido ella. Probablemente le había suplicado antes de

abordarme: «Intente cazarlo, padre; mi marido está perdido.»

Lo que Alicia no podía saber era que también Serena suplicaba y pedía y exigía. Sólo que ella no recurría a los curas. Recurría a mí directamente. «¿Y ahora qué va a ser de nosotros, Carlos?» Desde que su marido había muerto, Serena no se hospedaba en casa de los Moraldo cuando venía a Barcelona. Se instalaba en el hotel Emperatriz: un lugar alejado del núcleo elegante, donde mis visitas podían fácilmente pasar inadvertidas. «Esa niña va a modificar todos nuestros planes…» Serena especulaba con aquel nacimiento como yo especulaba con la baja de algunos valores.

–Sabes muy bien que nada ha cambiado, Serena. Te pondré un piso en Barcelona y aguardaremos a que el tiempo decida…

–¿Vas a decírselo a tu mujer?

–Todavía no. Es imposible. Dejaremos que la niña crezca un poco, que se acostumbre a ella, que se convenza de que nuestro matrimonio es un fracaso…

Le dije, además, que Alicia me era imprescindible para afianzar mi puesto en el Banco. «Don Alberto va a colocar en mis manos toda su fortuna… Y don Alberto lleva un puñal en el pecho: no lo olvides.»

Fue a poco de nacer la niña cuando don Alberto me confirmó la realización de sus proyectos. Me dijo que no podía dormir cada vez que pensaba en los disparates que su mujer y su hija podrían realizar si la fortuna Salcedo cayera en sus manos… «Así que he decidido nombate administadó de todos sus bienes en mi testamento…»

–Pero eso no sería justo… Ni siquiera legal.

–He puesto una cláusula: o continúas siendo administadó, o te dejo usufuctuaio… Que elijan.

Era lo mismo que convertirme en dueño absoluto de toda la fortuna

Salcedo.

–No debo admitirlo. Alicia podría ofenderse.

–Con el tiempo me lo agadeceá.

Y añadió que era preferible que se ofendiera a que se arruinara.

–¿Quién mejó que tú puede sabe lo que le conviene a mi hija?

A veces pienso en lo estúpida que puede ser la inteligencia del hombre. No había duda de que don Alberto había dado siempre muestras de gran suspicacia; sin embargo, jamás se le ocurrió dudar de mí. Llevaba demasiados años a mi lado, para conocerme realmente. Ni siquiera intuía la tensión terrible que existía entre mi mujer y yo. Creía que lo que realmente nos separaba era el supuesto «fanatismo» de su hija. «No se puede se tan intansigente», decía. Lo que más le molestaba era la tesitura apocalíptica que Alicia había adoptado últimamente: «El mundo se acaba, papá, te lo aseguro. Los hombres ofenden demasiado a Dios…» Y le leía párrafos de la Biblia, donde se anunciaban calamidades espantosas que ella, desde su profetismo, aplicaba a nuestro tiempo.

Cuando la veía tan entusiasmada, yo procuraba rebatirla: «El mundo está en mantillas, Alicia… Hace un siglo que hemos empezado a inventar cosas… ¿Qué supone un siglo en tantos millones de años?»

–El verdadero progreso no puede basarse en la perfección material.

–Deberías leer a Teilhard de Chardin, Alicia: ahí tienes un cura inteligente.

–Teilhard de Chardin se equivoca; una de dos: o el fin del mundo es un mito, o el mito consiste en esa anhelada perfección material.

–Prefiero creer que el fin del mundo es un mito.

Mi suegro se escandalizaba: «Esa hija mía no sabe lo que dice…»

–Si hemos de llegar hasta Dios, si creemos en Él, no concibo más perfección que la espiritual…

–Eso supondría atentar contra la humanidad, regresar al hombre de la caverna.

–Y tu idea supone atentar contra Dios, regresar al hombre pagano.

Así era nuestra vida: un continuo fluctuar en contradicciones, un continuo buscar pretextos para discutir.

A veces, cuando la discusión se ponía al rojo vivo, recurría a Paco: «Inventa algún pretexto y acércate por mi casa: Alicia está insoportable.»

Cuando llegaba Paco, Alicia se dominaba. Pero cuando se iba, volvía a enfrentarse conmigo: «No entiendo cómo puedes ser tan amigo de un hombre que se pasa la vida echando pestes de ti.»

Le repuse que sería una táctica para probarla a ella, para ver cómo reaccionaba. «¿Quién es él para meterse donde no lo llaman? Si es así, todavía me parece más Judas.» Una vez me llegó a decir que Paco se había atrevido a compararme con Plácido Rampardal: «Figúrate tú: ese nuevo rico ridículo, con ínfulas de conquistador. Como si Plácido Rampardal no fuera el hazmerreír de todos…»

Aunque Alicia tuviera razón, yo no podía permitirme el lujo de romper con Paco. Él y Victoria eran los amigos incondicionales de Serena y, cuando me veía en apuros, sólo ellos podían ayudarme a salir del atasco.

La gente se escandalizaba todavía cuando se trataba de reajustes ilícitos entre un hombre y una mujer. La palabra ligue aún no se había puesto de moda, y no era tan fácil encontrar cómplices discretos.

En realidad, aquella época era un tránsito entre el tiempo de mi infancia y el tiempo actual.

Entonces, cuando yo era niño, las cosas de ese tipo se veían desde otra plataforma (la que se nutría de organillos callejeros, tintineos de viáticos, trompeteos de *drapaires* y afiladores ambulantes). Una plataforma tranquila que admitía adulterios tranquilos y disimulados, y excluía todo lo que nos atosiga ahora: polución, vehículos a granel, fines de semana atiborrando carreteras, curas subversivos, *hippies,* drogadictos y adulterios ostentoso.

Después la plataforma cambió, se volvió más audaz, pero todavía era comedida: los hombres aún no llevaban melenas, ni las mujeres pantalones, ni nadie decía «vale» para cerrar contratos, o «a nivel de» para dárselas de enterados, o «de cine», para ensalzar algo. Había otro léxico, otro trajín y otro estilo más sedentario y menos dado al escándalo.

Por eso precisaba tanto de Victoria y de Paco. En cierto modo eran nuestra tapadera, nuestra seriedad social. Aun cuando todo el mundo sospechaba lo que había entre Serena y yo, nadie se hubiera atrevido jamás a darlo por existente, en parte porque un matrimonio serio y «como debía ser», llamado Moraldo-Remo, nos respaldaba.

Sin embargo, estábamos entrando en la era nueva. Podría decirse que se inició con el lanzamiento del Sputnik I. Aquel acontecimiento entusiasmó a todos los amantes del progreso, y, por supuesto, a los «progresistas».

Francisca Repecho (la eterna enamorada de Manuel Bruton, (si se pronuncia Briuton, mejor), que empezaba ya a tener ramalazos internacionales y avanzados, decidió celebrar una fiesta en su casa para celebrarlo. Era una forma de fastidiar a sus retrógrados padres, tan aferrados a su aversión soviética y tan amantes la tradición. «Será muy divertido: vais a llevaros todos una sorpresa.»

La sorpresa consistía en adornar los salones de su casa con espaciales, estrellas de papel de estaño, planetas fosforescentes y cielos azules con nubes de algodón: «Una preciosa oración de Titín» (Titín era el arreglacasas de aquella época: marica superelegante que empezaba a presumir de serlo). La de Trigo, muy intelectual ella, y metida de lleno en su función de mujer

avanzada, lo había ayudado en la tarea: hay que fomentar el progreso de algún modo», decía con aires de mujer inteligente y activa. Y Titín, siempre al quite de la nobleza, siempre dispuesto a dar coba a cualquier intocable, le decía que tenía mucha razón; que, efectivamente, el progreso había que plasmarlo en festejos como el que iba a dar Francisca Repecho «tan *éclatante* y tan activa». La condesa de Trigo admiraba mucho a Titín, sobre todo porque Titín decía admirarla a ella: «Da gusto ver a condesas contestatarias…», decía. Y se lió a adornar la casa Repecho con la misma violencia con que defendía los derechos de una Europa sin fronteras, sin pasaportes y sin divisas. «El mundo andaría de otro modo si la moneda fuera la misma en todos los países.»

En cambio, el marido de la condesa iba alelándose de día en día. Nunca hablaba ya del régimen ni se quejaba de los impuestos. El tiempo que había pasado en la comisaría (cuando el asunto de los maletines) y el miedo a volver a ella lo habían desarraigado por completo de sus opiniones antifranquistas.

Como era de esperar, los padres de Francisca (muy duques de Repecho) se habían negado sistemáticamente a hacerse cómplices del capricho de su hija: «Esa generación extraña parece poseída por el diablo. A quién se le ocurre: festejar los éxitos meteóricos de un invento ruso.» Y, por descontado, no estuvieron presentes en la reunión que se celebró aquella noche en su propia casa.

Para darle un tono más divertido al proyecto, Titín (el gran maestro de la diversión) había rogado a los invitados que asistieran a la fiesta disfrazados de «cualquier cosa» que tuviera relación con las zonas siderales y con Rusia. «Muy bien, Titín, muy acertado.» No importaba que no fuera Carnaval (Titín decía que había que huir de convencionalismos burgueses). Para los «divertidos», podía ser carnaval todo el año.

Recuerdo que Plácido Rampardal y Teresa, su mujer, entusiasmados con la idea, se habían trasladado a París para que Dior les confeccionase un traje «a su aire», capaz de «dar el golpe».

Todo el mundo, aquellos días, hablaba de los famosos disfraces de los Rampardal. Alicia aprovechó la coyuntura para recordar lo que Paco había dicho sobre mí: «Deberías ir a París también tú… y encargarte el disfraz a Christian Dior.» Aquella vez no me enfadé. Me limité a contestarle con todo el veneno que venía acumulando:

–No me lo digas dos veces, Alicia: soy capaz de tomarte la palabra.

Pero no fui a París. Me disfracé de cohete. Era un disfraz burdo y ridículo que Serena dirigió desde su atalaya del hotel Emperatriz.

Alicia, fiel a la cursilería que había heredado de su madre, se disfrazó de estrella, y Serena (todavía dependiente de un luto medio violado) se disfrazó de noche. Una noche escotada, estrellada, rutilante, con su luna en cuarto menguante, su Vía Láctea, su Marte, su Venus y hasta su platillo volante bien asentado sobre su adorable cabeza.

Paco y Victoria fueron más sobrios: se limitaron a colocarse una escafandra de plástico para imitar a los futuros hombres del espacio.

Y Manuel Bruton (si se pronunciaba Briuton, mejor) dio la nota entrando en el salón vestido de frac y sosteniendo en una mano una luna de cartón blanco y en la otra una lámpara de pilas, para simular un eclipse.

–Aquí me tenéis: eclipsado -decía a todos.

Titín se entusiasmó. «¡Qué sobriedad, qué elegancia, qué talento tiene ese chico!» Francisca Repecho lo miraba encandilada: «Nadie como tú para tener ideas: sin disfraz has conseguido disfrazarte de Tierra.»

También Francisca había calentado sus meninges para ser original. Iba vestida de sol: un sol ardiente que despedía rayos, en la anchura de su falda, mientras el cuerpo, con escote bañera, dejaba al descubierto sus tostados brazos (probablemente por una lámpara de rayos ultravioleta, porque estábamos en octubre), un busto todavía joven y su rostro cuidadosamente maquillado por la esteticista de moda.

De pronto se acercó a Manuel Bruton (si se pronunciaba Briuton, mejor), agarró el brazo que sostenía la lámpara y le dijo:, «Retira la lámpara, Manolo, que voy a eclipsarte…»

Fue una frase clave. Una de esas ocurrencias que, sin saber por qué, se instala en un ambiente y se extiende luego sin que nadie logre evocar su origen. Durante mucho tiempo aquella frase fue el comodín de la sociedad. Se aplicaba a todo: Se decía: «Retira la lámpara, Manolo, que voy a eclipsarte» cuando se contaban mentiras, cuando se explicaban chismes, cuando se trataba de eludir impuestos, cuando se quería conquistar a una mujer, indulto cuando se deseaba olvidar algo molesto. (Fue aquella frase precisamente la que más adelante me reveló una situación que yo jamás hubiera podido imaginar.) De cualquier forma, los reyes de la noche fueron los Rampardal. Sus millones habían dado de sí ostensiblemente y Dior no se había quedado rezagado. Titín palmoteaba entusiasmado: «*Mais comme c'est chic* -decía enloquecido-: *Quelle beauté.*» A Titín le gustaba mucho hablar francés en cuanto tomaba unas copas de más.

Plácido Rampardal iba de Saturno, con su aro bordado en perlas luminosas, y Teresa (cuya estancia en París había servido para someterse a un régimen estricto de adelgazamiento) hizo su aparición, despertando un «Oh» inacabable, disfrazada de nebulosa (conjunto de gasas azuladas, bordadas esparcidamente, con hilos sutiles para que la ingravidez del vestido no se perdiera). Pero las admiraciones tenían su contrapartida. Había quien los alababa por un lado y por el otro los ponía verdes: «La bromita habrá costado una fortuna… Una vergüenza: con el hambre que hay por el mundo…» No hubo forma de conocer el precio. Era un síntoma de mal gusto hablar de esas cosas.

La condesa de Trigo llegó disfrazada de rusa: «Soy la mujer del futuro astronauta», decía con un aplomo rayano en la demencia. Y su marido, cada vez más achicado y más oblicuo, se había calado un gorro de piel de conejo, al modo soviético, un bigote a lo Stalin y unas katiuskas sobre el pantalón.

Lo curioso del caso era que, a pesar de la tendencia subversiva que se le

había dado al ambiente, salvo los Repecho padres (muy dignos ellos, muy en su puesto) nadie dejó de asistir a la fiesta. También vi a los Sobrado, sin disfraz «porque a nuestra edad, ¿sabes, Carlos?», y a los padres de Paco, con disfraces extraídos del arcón y que sin duda en otros tiempos habían servido para alucinar en otras reuniones menos avanzadas y que nada tenían que ver ni con Rusia ni con los espacios siderales. Y a los Cabeza de Moro, cada vez más bajitos, con la disminución senil de las espaldas encorvadas y el tórax abultado por el artritismo. «Venimos a ver, sólo a ver…» Y a muchos más: todos distintos, todos insertos en la ridícula necesidad de «ser originales» y sobre todo de alucinar a Titín, el gran maestro de la elegancia artística.

Hubo un momento en que Alicia, todavía ajena a lo que había entre Serena y yo, se acercó a mí para hablar de ella: decía que una mujer viuda desde hacía unos meses no debería haber asistido a aquel baile, por muy negro que fuera su disfraz. Y como yo le contestara que el luto era algo que se llevaba en el corazón y que Serena era demasiado joven para encerrarse entre cuatro paredes mientras los demás se divertían, ella me respondió que Justo no merecía un olvido tan rápido: «Un hombre como él…»

–¿Sabes lo que te digo, Alicia? A veces creo que estabas enamorada de Justo Fuentes…

Alicia frunció el entrecejo:

–Sólo piensas en adulterios, Carlos. ¿No se te ocurre imaginar que entre un hombre y una mujer puede haber algo más elevado?

Rompí a reír y di una palmadita a su mejilla, para que todos se dieran cuenta de la buena armonía que reinaba entre nosotros.

–Aplícate el cuento, Alicia. A ver qué día dejas de andar sospechando de mí.

Por supuesto, Francisca Repecho nos obsequió con caviar (de Ibarra naturalmente), con vodka y salmón ahumado. Probablemente los

Rampardal se habían encargado de traerlo de París. La gente devoraba. Daba gusto ver con qué ferocidad los comensales se abalanzaban hacia la mesa para liquidar lo que ofrecían. Después, como siempre, hubo orquesta y baile y luces tenues para «dar ambiente» y parejas entrelazadas jugando a enamorarse, a soñar ilusiones y a sobarse todo lo que la situación daba de sí, fuera quien fuese objeto de los sobeos.

Apenas estuve con Serena; había que fingir desinterés y lejanía. Por si fuera poco bailé con Alicia: era algo que sólo hacía de tarde en tarde, para cubrir el expediente y dejar bien sentado que nuestro matrimonio, pese a las habladurías que me asociaban a Serena, era un matrimonio feliz.

Estuve también departiendo largo rato con Lidia Cascote (de los Cascote que frecuentaban Estoril); era ya fondona y cuando hablaba sus eses se deslizaban emitiendo sonidos de dientes postizos. También sus brazos la delataban: eran dos masas de carne colgante que vibraban, gelatinosas, al menor movimiento. Por eso agradecía tanto que se le hiciera caso.

–Una idea genial la de nuestra Francisca, ¿verdad, Carlos?

También el marido presentaba síntomas de decrepitud: sus mofletes temblequeaban cada vez que abría la boca y los pasitos que daba cuando se levantaba del asiento producían la impresión de que iban a tirarlo al suelo de un momento a otro.

Me extrañó no ver a Gladys Goulden. Luego supe que Francisca no quiso invitarla, a pesar de las protestas de Paco, porque solía mostrarse demasiado amable con su adorado Manuel.

Era ya noche avanzada cuando ocurrió el incidente.

De pronto se formó un tumulto hacia el fondo del salón. Al principio supuse que se trataba de una broma. Luego, cuando comprendí que la cosa pasaba a mayores, me acerqué al lugar de la reyerta.

Entonces vi a Victoria, completamente borracha, sostenida por Titín.

«Vamos, Victoria, no te pongas así…»

Pero Victoria jadeaba, soltaba palabrotas y quería desasirse a toda costa de las manos de Titín:

–Se ha liado a tortas con Sobri-Sobra: no se sabe lo que ha ocurrido entre ellos.

El aludido se estiraba las mangas, enderezaba su cuello de pajarita y se alisaba el cabello. Se llamaba Tico y era sobrino de los Sobrado: por eso lo llamábamos todos Sobri-Sobra.

Aunque en más de una ocasión había yo visto a Victoria excitada por el alcohol, nunca como aquella noche me dio la impresión de estar verdaderamente bebida. Se había quitado la escafandra y tenía el traje desgarrado.

Sobri-Sobra la miraba con ira mal contenida: «A mí ese marimacho no me llama marica, vamos…» Indagué. La gente parecía desorientada. Nadie sabía darme razón de lo ocurrido: «Han bebido mucho…» Enseguida vi a Serena: temblaba y miraba a los dos con terror en las pupilas. Me acerqué a ella: «¿Qué ha ocurrido?»

Me refirió, nerviosa, que Sobri-Sobra estaba charlando con ella cuando de repente se había acercado Victoria: «Se ha puesto como una fiera porque Sobri-Sobra se ha metido con mi escote.» Después todo había ocurrido en pocos segundos: Tico, furioso, ¡había lanzado la copa de champaña al vestido de plástico y entonces Victoria se había liado a tortas con él.

Paco escuchaba la explicación sereno, sin emitir comentarios. Sus padres, circunspectos, charlaban a pocos metros de distancia con los Sobrado, para no dar importancia al asunto: «Cosas la juventud -decían-. En cuanto toman unas copas…» Evidentemente, querían justificar a su nuera.

Tico Sobrado se acercó a Serena: «Tú sabes perfectamente: mi comentario era una broma…»

–Será mejor que te la lleves -le dije a Paco, refiriéndome a su mujer.

No tardó en hacerlo. Victoria salió de la casa dando tumbos. Serena, tranquila, continuó departiendo con el supuesto causante de la reyerta.

La noche prosiguió como si nada hubiera ocurrido. Fue años más tarde cuando tuve conciencia plena del incidente. Pero nadie se acordaba ya de él.

Al día siguiente nos enteramos de que Valencia había sufrido la inundación más catastrófica de la historia de España.

Francisca Repecho suspiró aliviada: «Imagínate que el Turia le da por desbocarse un día antes; menudo desastre: todo se hubiera perdido. Hubiera estado mal visto celebrar una fiesta en plena inundación.»

Y a nadie se le ocurrió pensar que la frase de Francisca Repecho era tan catastrófica como las inundaciones de Valencia.

A los pocos días, y para contentar a Serena, le propuse hacer con ella un viaje al extranjero. «Tengo una buena excusa -le dije-. Los campeonatos de golf en Niza. Alicia no querrá acompañarme. Le meteré en la cabeza que se trata de un viaje aburrido, cansado y rápido.» Serena temía que, a última hora, Alicia cambiara de parecer, como había ocurrido otras veces: «Entonces le diré que el viaje se ha limitado a hombres solos. Paco puede acompañarnos para reforzar la tesis.»

–¿Crees que lo tragará?

–Alicia se traga cualquier cosa: todo se reduce a comprarle un regalo cuando regrese. Tú puedes encargarte de elegirlo.

Fue un viaje excitante, una especie de luna de miel, con miel y con luna. Paco y Gladys Goulden nos acompañaban. De aquellos días destacan, sobre todo, las mañanas (increíblemente cálidas) en la terraza del hotel, los paseos nocturnos bajo los focos, el aire salobre y excitante que venía del mar… El

tono acerado del agua hacia el atardecer, cuando el sol perdía virulencia y estrellaba el agua de frío. Sobre todo, la risa nasal de Gladys Goulden cuando Paco la presentaba como la señora Moraldo, y el rostro de Serena, ligeramente contraído, al oírse nombrar por el conserje señora Hondero. También detalles insignificantes como la contracción de la ceja de Paco cuando nos daba a entender que Victoria estaba al corriente de aquel viaje. «Victoria es una mujer comprensiva…» (Luego comprendí que no era cierto.) Y, especialmente, el número de Paco cuando dijo que se había tragado un hueso de aceituna.

En realidad, tanto Victoria como Alicia creían que Serena había regresado a Madrid y que nuestra escapada era simplemente un capricho de hombres modernos e inquietos.

Pasamos una semana vagabunda e indolente, invadida de situaciones límites para recordarlas más tarde, cuando la realidad nos devolviera a la vida cotidiana: la de nuestras mujeres, nuestras casas y nuestras ocupaciones. Para mí, la vida normal era el Banco, con su complicado tinglado financiero, sus efectos públicos, sus valores, sus fondos, sus bonos, sus pólizas, sus financiaciones, los arbitrajes caprichosos de las juntas generales… Y las defensas astutas contra las dichosas crisis (aquellas crisis que empezaban a tener ínfulas internacionales). Las futuras inmobiliarias ya sometidas a estudio. Y las propuestas: las innumerables propuestas de todos los días, con su porción de riesgo superado siempre por mi buena suerte: «Todo lo que tocas lo conviertes en oro, Carlos.»

Entonces mis ideas eran siempre «aciertos». Podía olfatear de lejos quiebras futuras, cambios de Ministerios, destinos de embajadores. Y la gente decía: «Pareces un brujo.» Yo no sé si mi clarividencia era producto de un desenfrenado delirio de grandeza, pero reconozco que mi visión era preclara, algo que me permitía sentirme dueño del mundo.

En cambio, Paco carecía de ocupaciones. Lo suyo era el bridge, el golf, las veladas liceísticas, los amoríos fugaces con mujeres esporádicas que, entre amor y amor, le deslizaban al oído confidencias políticas, chismes sociales, secretos graves, que luego él, haciéndose el enterado, repetía a sus amigos.

Pero entonces su verdadera ocupación era Gladys Goulden. Probablemente, al margen de sus encantos, como buena americana caprichosa y ya entrada en años, forraba los bolsillos de Paco hasta la saciedad. Victoria todavía no era una mujer rica (mientras su padre viviera, no podía tocar su fortuna: el viejo Remo se había caracterizado siempre por una implacable tacañería) y los Moraldo padres escasamente tenían el dinero suficiente para mantenerse vivos con cierta dignidad.

Por las tardes íbamos los cuatro a Montecarlo: jugábamos a la ruleta y al bacarrá. Paco casi siempre ganaba. A pesar de todo, fui yo quien costeó íntegramente aquel viaje.

Tal como habíamos previsto, Serena compró el regalo de Alicia: un par de jerseis que mi mujer jamás llegó a ponerse porque le venían grandes.

El día que nos fuimos de Niza, llovía. La ciudad se veía muerta sin la luz de siempre. Un tufo húmedo lo invadía todo. Y las nubes que se cernían sobre el mar corrían veloces tierra adentro.

Al llegar a mi casa, pregunté por Alicia: la encontré junto a Carlota, cambiándole la ropa y preparándole el biberón.

Me dijo que la pequeña había estado algo indispuesta, pero que ya se había repuesto. Yo le hablé de todo lo que se podía hablar llegando de Niza: el golf, la princesa de Mónaco, Onassis… Le dije que me había aburrido mucho y que acababan de inventar un baile francamente tonto: «Se llama Rock-and-Roll.» Alicia me escuchaba en silencio, dándome a entender que mi verborrea era innecesaria, que, a su modo, sabía todo lo que yo intentaba ocultarle. Aquella actitud suya, pasiva y desnaturalizada, me sacaba de quicio.

No tardaron en surgir los altercados. Venían siempre arropados por poquedades, excusas absurdas que, en el fondo, ocultaban verdaderos recelos, los que ella presentía y yo pretendía transformar en manías persecutorias. A veces ella me espetaba:

–¿No te das cuenta, Carlos, que de un tiempo a esta parte te has vuelto muy susceptible?

La alusión a mi susceptibilidad bastaba para espolear mi mal humor:

–Nadie es perfecto -le dije-. En cambio, tú cada vez te pareces más a tu madre: te falta la dimensión del ridículo.

Era lo que más podía herirla: la estaba llamando tonta, cursi, vulgar.

–Nadie puede evitar los cromosomas.

También aquello tenía visos de ataque; aludía a mi familia, a la baja extracción de los míos.

–Te prohíbo que te metas con mi madre.

Los ataques mutuos duraron más de un año, el tiempo preciso para que Serena se instalara definitivamente en Barcelona. Conseguí un piso para ella lejos de nuestra casa, en el paseo de Colón, un departamento antiguo, con vistas al mar y sonidos apagados de sirenas y abordajes. Serena lo había reformado a su gusto. Aunque se tratara de un piso trasnochado, ella había sabido darle toda la gracia de una vivienda moderna.

Allí, en aquel lugar, las horas pasaban veloces: «Quisiera quedarme aquí siempre…» Pero Serena empezaba ya a rebelarse: «De ti depende que se cumpla tu deseo.»

Intentaba yo hacerle comprender que era prematuro, que si la gente se enteraba abiertamente de nuestras relaciones, todo iba a venirse abajo… Cuando Serena y yo rozábamos aquel tema, llegaba a mi casa malhumorado, furioso contra mí mismo por no hallar solución al problema. Entonces la presencia de Alicia se volvía realmente insoportable. Todo en ella se me antojaba odioso, inoportuno, insufrible.

Al verme tan soliviantado, Alicia optaba por callar: había comprendido al

fin que mis arrebatos de furia jamás podrían ser paliados con violencias.

Así empezó su declive: cediendo. Se volvió taciturna, recelosa, apenas me dirigía la palabra. Era como si sus resortes se hubiesen agotado. Sistemáticamente dejó de frecuentar la sociedad: «No me encuentro bien», era siempre su excusa. Adelgazaba y sus ojos, desvaídos, eran una sombra que pretendiera en vano absorber la luz.

Mis suegros andaban preocupados por aquel cambio: «Alicia no es la misma desde que ha nacido la niña», me decían. Achacaban a Carlota el decaimiento de su hija. Ni por asomo se les ocurría pensar que la causa de aquel desajuste estaba en mí.

Una noche, cuando me disponía a acostarme, Alicia me preguntó súbitamente:

–¿Por qué te casaste conmigo, Carlos?

Estaba ya en la cama y fingí tener sueño. Bostecé:

–Eso mismo me pregunto yo de ti.

–No desvíes la cuestión.

–Probablemente imaginas que me casé contigo por tu dinero…

–No te equivocas.

Me volví hacia ella. Me incorporé:

–Muchas gracias, Alicia.

Y volví a darle la espalda.

–Perdóname, Carlos -dijo ella-, a veces creo que mi cabeza no funciona bien.

–Deberías ir a un médico.

–Ya lo he hecho.

–¿Y qué te ha dicho?

–Que estoy anémica: que debo cuidarme.

–Pues adelante: cuídate.

Tardó en contestar.

–¿Para qué?

Volví a bostezar.

–Y tú presumes de religiosa… ¡Vaya modo de obedecer a Dios!

Alicia cogió mi cara con las dos manos y me obligó a mirarla:

–Dios me da miedo, Carlos… Exige demasiado de mí.

Y se echó en la cama. Miraba al techo.

Recordé lo que me había dicho el padre Celestino: «Podrías contagiarla, Carlos…»

Alicia insistió:

–Además, Dios no me escucha.

–¿Qué pretendes decirme?

Me miró a los ojos: nunca los había visto tan asustados ni tan llenos de desesperación.

–No tengo fuerzas para seguirlo si no me escucha.

–Eso suena a blasfemia, Alicia.

–No tengo valor para soportar lo que estoy soportando -susurró.

Volví a atacarla para hacerla reaccionar:

–De modo que ahora te consideras víctima… ¿No puedes soportar lo que soportas? Si al menos me dijeras qué cuernos te obligo yo a soportar… Por lo visto ahora no te basta que sea yo únicamente el que «no te comprende». Ahora quieres involucrar a Dios…

Alicia volvió a incorporarse. Me miró fríamente. Entonces me dio un bofetón.

Luego, avergonzada, se llevó las manos a la cara y se volvió al otro lado hincando el rostro en la almohada. Lloró un buen rato sin sollozos. Apagué la luz. Aquella noche tardé mucho en dormirme.

Su bofetón fue mi gran argumento: la causa de todas mis futuras justificaciones. «Alicia está perdiendo la razón», le dije a sus padres: «El otro día, sin más ni más, me pegó.» Don Alberto movió la cabeza, descorazonado: «A veces las mujees se desquician cuando tienen hijos… Debes amate de paciencia, Calos…»

Pronto los amigos empezaron a mirar a Alicia con recelo. Tenían miedo de ella. Mis confesiones de alcoba los dejaba perplejos. Fue una época incómoda, pero eficaz. La idiosincrasia de mi mujer adquiría unas dimensiones nuevas para todos: «Verdaderamente, hay que tener la paciencia de Carlos para soportar a ese monstruo», decían.

Mi suegro redobló sus muestras de cariño: «¿Te das cuenta. Calos? ¿Te das cuenta de lo peligoso que puede se el que mi hija se adueñe de su popia fotuna?» Y repetía que yo era la única persona que podía en conciencia

manejar el patrimonio Salcedo.

A veces, para hacerme el solícito, me atrevía a aconsejarle a Alicia que volviera a pintar: «Era una gran distracción para ti…»

Sabía que mis argumentos la ofendían. Ella no admitía el arte como distracción: «El arte es una imposición -solía decirme-. No un devaneo.» Pero ni siquiera aquella especie de insulto la obligaba a reaccionar.

Doña Alicia se desesperaba. Quería granjearse la confianza de su hija, intentar que se desahogara con ella. Pero yo sabía que Alicia la rehuía, que la presencia de su madre la ponía nerviosa. El único peligro era su padre. Con él Alicia tal vez se hubiera confiado. Por eso yo le hablaba tanto del riesgo que suponía para don Alberto cualquier disgusto: «Guárdate mucho de disgustar a tu padre: podrías matarlo.»

En cuanto llegó el calor, mi mujer se fue a Can Pou con sus padres. Decía que no podía resistir la ciudad. Mi libertad entonces fue absoluta. Barcelona en verano era una ciudad alegre y llena de posibilidades. Ni siquiera me importaba que me vieran con Serena. Sabía que nadie iría a explicar mi conducta a mi suegro (estaba demasiado enfermo para preocuparlo con mis devaneos); en cuanto a mi suegra, tenía la seguridad de que jamás hubiera creído lo que podía desprestigiarme. La muy incauta tenía la seguridad de que yo era el mejor marido del mundo.

Cuando llegaba a la costa, Alicia me recibía con desgano, sus resortes atrofiados y sus ojos cada vez más desvaídos:

–¿Qué tal estás, Alicia?

Apenas contestaba. Me enseñaba la niña. La obligaba a decir «papá» y se iba.

Pronto me di cuenta de que Alicia no practicaba su fe como antes. Aunque todavía asistía a las misas domingueras, ya no leía la Biblia, ni comulgaba, ni se encerraba en su cuarto, al atardecer, para rezar el rosario. No quise

darme por enterado de aquel cambio.

–¡Qué suerte tienes, Alicia, pudiendo disfrutar de Can Pou sin pensar en la ciudad…!

Estábamos en la playa. Aquel día el mar era casi dorado de puro refulgente. No se parecía al mar de Niza: invernal e impregnado de luz blanca. Ardía como la arena, como el cielo y como el rostro pigmentado de Alicia.

–No te hagas el amable, Carlos: estamos solos.

Me enderecé: la arena caía lentamente de mi cuerpo y el codo me dolía por culpa del pliegue de la toalla:

–¿Qué quieres decir?

–Que si tanto te gustara Can Pou, no pasarías tanto tiempo en Barcelona.

Volví a recostarme, crucé mis manos bajo la nuca:

–Insinúas que estoy en Barcelona por gusto…

Hubo un lapso largo.

–Mírame, Carlos.

Me incorporé con desgana, entornando los ojos para evitar la luz. Hice ademán de ponerme las gafas de sol.

–No, sin antifaz.

Y me arrancó el adminículo de las manos:

–¿Qué mosca te ha picado, Alicia? ¿Qué diantre te ocurre?

–Quiero que me contestes sin velos en la cara.

Pensé: «Ya se ha enterado…» Aunque Alicia no era muy inteligente, poseía una pasmosa facilidad para deducir, para intuir y para averiguar.

–En estos momentos desearías tenerme a mil leguas de este lugar -dijo-. Probablemente te gustaría que otra mujer estuviera en mi sitio.

–¿Qué mujer?

–Eso quisiera yo saber.

Entonces rompí a reír.

Alicia no se inmutó:

–Hace tiempo que vengo observando que sólo te ríes cuando quieres ocultarme algo.

Me puse repentinamente serio. Le arranqué las gafas de las manos y me las coloqué:

–Al menos no impidas que me proteja los ojos. Sería una lástima que, por culpa del sol, no pudiera ver los tuyos cuando se enfadan.

En aquel tiempo, la playa era un hervidero de gente. No se parecía a la playa de antaño. Empecé a mirar en torno para hallar una excusa y mudar de conversación.

–Estoy segura de que existe otra mujer.

–Por el amor de Dios, Alicia: vas a acabar por enloquecerme.

Me puse en pie:

–No voy a tolerarlo -le dije-. Si continúas recelando de ese modo te aseguro que acabarás acertando. Un hombre tiene sus límites.

Alicia se recostó sobre la toalla:

–Es una lástima -dijo-. Tenía la esperanza de que no te sulfurases. Te estás delatando, Carlos. Solamente se reacciona del modo que tú lo estás haciendo cuando no se tiene razón.

Traté de burlarme de ella:

–Encima sicóloga… ¿Desde cuando, Alicia? ¿Quién te ha metido esas ideas en la mollera?

–Tú mismo, Carlos. Todo lo que sé lo he aprendido de ti. ¿Recuerdas? Yo era una niña cuando me casé contigo.

La arena me estaba quemando los pies, me atravesaba el cuerpo… llegaba hasta mis ideas. Quería correr hacia el mar para refrescarme:

–Te lo ruego Carlos: sé franco conmigo. No deseo otra cosa. No me importa lo que vayas a decirme. Sólo te pido franqueza. Si quieres abandonarme, hazlo, pero no me mientas…

Me quité las gafas, las eché sobre mi toalla:

–Esto no se puede resistir -dije.

Y me lancé al mar braceando y levantando espuma.

Pero el verdadero calvario empezó con mis vacaciones: aquellos quince días reglamentarios de los que nunca podía zafarme. De nuevo los paseos con mi suegro al torreón románico (Alicia ya no subía allí), las consabidas explicaciones sobre la repoblación forestal, las evocaciones de su abuelo: «Una peseta po ábol», la vena poética de mi suegra. La tristeza de Alicia, sus miradas llenas de reproches, su falta de interés por todo, incluso por la niña… Y, sobre todo, la ausencia de Serena. Aquellos días era imposible verme con ella. Como Paco y Victoria veraneaban en San Sebastián, se

había ido con ellos hasta que yo regresara a Barcelona. Por si fuera poco, la enfermedad de mi suegro nos mantenía aislados. El médico había decretado reposo absoluto.

Lo peor era la dejadez de Alicia, aquel quedarse todo el día cruzada de brazos, sin dar muestras de interés por nada, desligada hasta de sus propias amigas…

–No deberías aislarte del modo que lo haces.

–¿Quién puede interesarse por mí?

–Tú tenías amigas, Alicia…

–Yo no creo en la amistad.

Y volvía a los ataques de Paco, a su doble juego, a la odiosa costumbre que tenía de mentir: «Si eso es un amigo…»

–Pides demasiado a la vida -le repuse-. Paco no es malo, te lo he dicho mil veces: sólo frívolo y tonto.

–La frivolidad no puede unirse a la amistad.

Y continuaba inmersa en sí misma, en aquel mundo suyo inaccesible, en el que ni sus padres ni yo teníamos ya cabida.

Nuestras continuas rencillas jamás acababan: surgían por la menor causa: «¿Dónde has dejado los cigarrillos?» Los tenía delante. «Pareces ciego, Carlos.» Y yo, enseguida saltaba: «Cualquiera diría que la pregunta te ha ofendido… De un tiempo a esta parte tus nervios son preocupantes, Alicia.»

Una mañana tuvimos una discusión violenta a causa de la niña. La niñera se quejaba de que Carlota tomaba demasiado sol. Pero la niña se negaba a instalarse bajo el toldo.

–Deberías ayudar a esa pobre chica -le dije a Alicia-. Ella sola no puede dominar a esa fiera.

Alicia se acercó a su hija y la cogió con evidente desgana. Carlota no cesaba de llorar, golpeaba el rostro de su madre y me llamaba a voz en grito para que la rescatara de los brazos de Alicia.

–Le estás haciendo daño -le reproché-. Procura ser más cuidadosa…

–Pues tómala tú. – Y me lanzó la niña entre furiosa y agotada.

Carlota se aferraba a mi cuello, señalaba el mar, quería que la metiese en el agua y seguía gritando desaforadamente.

La bañé y se calmó. Cuando salimos del agua, Alicia me esperaba de pie bajo el toldo:

–Una bonita forma de educar a tu hija.

–No seas tan quisquillosa.

La niña, agradecida, me besaba la mejilla: «Te quiero, papá.»

–Así es muy fácil ser padre -dijo ella-. Primero me incitas a que la corrija, luego me desautorizas.

–Todo eso son chiquilladas, Alicia: carecen de importancia

–No la tendría si tú no me odiaras.

–Ahora resulta que te odio.

–Con toda tu alma, Carlos: no hace falta que disimules.

Se ponía excitada y el mentón comenzaba a temblarle:

–Procura calmarte, Alicia. Vas a dar el espectáculo.

–No me importa: estoy cansada de andar sufriendo en silencio. No puedo más, Carlos: necesito un desahogo.

–Lo que tú necesitas es una amiga, alguien sensato que te haga comprender lo muy equivocada que estás.

–Ya te dije que no creía en la amistad. Lo que voy a hacer es hablar con papá. No puedo soportar más tus malos tratos.

–Adelante -le dije-. Habla con tu padre. También yo hablaré con él. Tengo mucho que decirle, Alicia. Lo primero, que debería encerrarte. Si no lo he hecho aún es porque no quiero matarlo. Aprecio demasiado a tu padre para llevarlo al sepulcro.

La vi palidecer.

–Pero que conste -añadí-. Tú habrás tenido la culpa de lo que pueda ocurrirle.

Aquella misma tarde me despaché a gusto con doña Alicia.

–Su hija está enferma -le dije-. A veces su cerebro desvaría.

Mi suegra frunció la frente:

–No te falta razón, hijo. También yo me doy cuenta de eso. Ya nunca sonríe, ya nunca pinta, ya no habla de religión… Hay algo muy raro en su mente: algo que la está atormentando y que se niega a confesar.

–Se lo diré yo, doña Alicia: su hija cree que yo la engaño.

–Dios Santo… ¡Lo que faltaba! Debes perdonarla, hijo; Alicia es una enferma. Todos sabemos que no hay marido mejor que tú.

–Tendría que examinarla un médico… un siquiatra.

–El otro día se lo insinué.

–¿Qué le contestó?

–Se fue del cuarto dando un portazo.

Y desde aquel día doña Alicia se convirtió en mi aliada.

Al llegar el invierno don Alberto se agravó. Cierta madrugada nos despertó el sonido del teléfono. Cuando los teléfonos suenan en las noches avanzadas tienen otro sonido, otra duración, otra insistencia. Era la típica llamada de los casos perdidos, los que invaden la casa de urgencia.

Alicia y yo nos vestimos a toda prisa, nos metimos en el coche y atravesamos las calles desiertas con el alma más desierta todavía: teniendo la convicción de que íbamos hacia lo irremediable, hacia un hombre que ya no existía.

Sin palabras: entre Alicia y yo cabían ya muy pocas palabras. Habíamos ingresado de lleno en el lote de los matrimonios de habitaciones separadas, de ideas separadas y de actividades separadas. Una pareja más, destronada de su condición de pareja. Si en aquellos momentos estábamos juntos era porque nos habían despertado al mismo tiempo, porque el coche era nuestro y porque don Alberto era su padre y mi suegro. Por nada más. Ni siquiera nos unificaba el dolor. El mío era un dolor agridulce, un «al fin», casi grato, y un «lo siento» provocado por el horror de la nada, aquel terror congénito que me inspiraba siempre la muerte: la certeza de que también yo, algún día, había de pasar por aquel trance.

El de Alicia, en cambio, era un dolor desgarrado, egoísta y profundo. Probablemente le resultaba insufrible comprender que el único apoyo de su vida había desaparecido para siempre y que yo, el hombre que la odiaba, iba a convertirme, para ella, en su protector; así debía de ser el dolor de Alicia en aquellos momentos: irreversible, rotundo, uno de esos dolores que brotan

en los cimientos y se enroscan vida arriba, para devorarlo todo.

Pero no la vi llorar. Se hubiera dicho que el estupor de su nueva situación la había dejado seca.

En cambio, yo lloré (con lágrimas silenciosas y discretas), lloré mi primer encuentro con aquel hombre, mi uniforme de botones, mi desengaño de Estrella… Lloré todos mis recuerdos ligados a él.

Era inaudito ver a don Alberto inmóvil, entre sonriente y triste, sin la posibilidad ya de comerse la erre, ni de asestar puñetazos sobre su mesa. Era extraño que un muerto tan respetable como aquél hubiera tenido una amante que se llamara Irene: «Estoy hecho un Sísifo.»

También doña Alicia parecía un Sísifo escalando cimas y volviendo a bajarlas: tres hijos muertos, una belleza enmustiada, un marido perdido, una hija enferma… y una vena poética desprestigiada.

Doña Alicia explicaba su muerte: «Quería despedirse de vosotros, quería veros…» Se fue sin conseguirlo, llevándose la convicción de que su hija quedaba en buenas manos, de que yo era el mejor yerno del mundo y de que su nieta Carlota era sólo el principio de una nutrida y sólida sucesión de Hondero-Salcedo.

Alicia miraba a su padre sin pestañear, sobrecogida. Doña Alicia se acercó a ella para consolarla. «Déjame en paz, mamá.»

La rechazaba. No quería a su madre. No quería su conmiseración. Quería la mía.

–Ya lo ves, Carlos, ni siquiera me queda el consuelo de poder consolarla - me dijo mi suegra.

Rocé su espalda; era ya la espalda de una vieja, abultada, deforme:

–No se preocupe: algún día volverá a ser la Alicia de antes.

Pero nunca llegó a serlo. Empezó su verdadero declive tras la muerte de su padre.

Cuando escuchó la lectura del testamento, tenía la mirada fija hacia un vacío que sólo ella captaba: el rostro pálido, desencajado.

Su madre se alarmaba: «No es normal», decía. «Estoy seriamente preocupada por ella.»

Echamos mano del doctor Cordal. Desde que el tío Rodolfo había muerto, el doctor Cordal se había convertido en médico de la familia. Era un hombre de media edad, con estudios brillantes y dedicación total a la carrera.

Decretó neurastenia, anemia y «fenómenos hormonales propios de la mujer». Ni por asomo le pasó por el magín que aquella actitud de Alicia obedecía a una insatisfacción interna.

–Lo mejor sería que la llevarais una temporada al campo… El cambio de aires puede ser muy beneficioso.

–¿Sola?

–Si fuera posible que la acompañara una amiga…

Pero Alicia ya no tenía amigas. No tenía a nadie.

Muchas veces pienso que si yo no hubiera encontrado a Lolita en aquel viaje rápido a Madrid, nada de lo que ocurrió más tarde hubiera sucedido, y la situación que llevó a mi mujer al límite de su aguante jamás se habría producido.

Pero a menudo los eslabones de nuestra vida se entrelazan solos, como si nuestras fuerzas no intervinieran, como si estuvieran esperando el momento adecuado para reajustarse y formar la cadena.

En todo caso, la cadena está ahí; la veo clarísima; sólida, fundamental, sujeta a mi cuerpo sin posibilidad de liberarme de ella.

Más tarde, cuando Lolita se introdujo de nuevo en mi vida, intenté varias veces explicarle el desarrollo exacto de sus palabras. Pero no lo hice: se hubiera sentido culpable sin serlo.

En aquellos momentos Lolita era para mí sólo un recuerdo grato: algo que sólo existía en función de sí misma; un ser muy querido que todavía no podía ser «ella», una mujer desorientada que se aferraba a la vida sin saber exactamente cuál era su verdadera misión. La encontré hacia el mediodía por la calle de Serrano: llevaba (lo recuerdo muy bien) un traje gris de chaqueta, y su aspecto, aunque ya no tenía la estallante apariencia de la mujer que había yo admirado hacía dos años en la fiesta de los Calzado, continuaba despertando en mí aquella extraña sensación de permanencia que nada, ni siquiera el tiempo, podía destruir.

–Carlos…

Quedamos frente a frente, el bullicio en torno a nosotros, el sol achicando sus pupilas, su sonrisa tímida buscando la mía.

Fue como naufragar de nuevo en mi pasado, como sentirme inmerso otra vez en aquel mar inmenso de cosas muertas, que se empeñaban en mantenerse vivas.

–Buscaba un taxi, pero no hay forma de encontrarlo -dijo.

Estuvimos un buen rato de pie, aguardando juntos, hablando de mil cosas sin sentido, como si sólo el hecho de hablar fuera importante.

Le propuse sentarnos a una mesa del bar cercano. Pareció vacilar. Decía que tenía prisa: «Sólo unos instantes…» Aquel día Lolita no pidió whisky. Quería, sin duda, mantenerse lúcida. Me confesó que el alcohol le hacía daño. Comenzamos una conversación circunspecta, apagada, estrangulada

por la inevitable nostalgia que me crecía cada vez que me encontraba con aquella mujer.

En un momento dado Lolita preguntó por mi hija: «Ahora ya no te falta ninguna dimensión, Carlos…» Aludía a la conversación que habíamos mantenido en casa de los Calzado. Entonces yo no sabía aún que Alicia estaba encinta. Era curioso que siempre entre nosotros surgieran temas caducos, situaciones sin presente, comentarios que ya no servían…

Le rogué que hablase de ella. Lolita parecía resistirse.

–Lo de siempre -dijo con tono despectivo-; canasta, golf, estrenos teatrales, cócteles de Embajadas…

Miraba su vaso como si todo aquello estuviera allí.

–Una vida estúpida -terminó diciendo.

No parecía sentirlo. Sencillamente flotaba en aquella vida estúpida, como flotan los barquitos de papel en una bañera, sabiendo que de un momento a otro van a naufragar.

–¿Por qué no la cambias?

Lolita frunció los labios y me lanzó una mirada guasona:

–¿Cómo?

–De cualquier forma: tú la elegiste.

Asintió ella sin dejar de mirarme. Aceptando de lleno el hecho consumado de su error.

–En cierta ocasión hablamos de eso, ¿recuerdas? Uno se lanza al vacío precisamente porque tiene miedo al vacío. Los seres humanos somos así: contradictorios. De cualquier forma, ¿crees que de no haberme casado con

Raimundo hubiera sido feliz?

–Al menos no serías desgraciada.

–O quizá fuera peor.

Desvió la vista al decir aquello. Probablemente pensaba en Alicia, en Serena…

–La vida es tremendamente larga, Carlos; la gente se cansa. Todo el mundo se cansa de lo que tiene… Quizá también tú te hubieras cansado de mí.

No le llevé la contraria. En aquellos momentos no habría podido decir qué era lo que me hurgaba por dentro. Serena continuaba siendo una presencia demasiado viva, excesivamente acuciante, para descartarla de mi programa.

–Pero al menos hubieras evitado casarte con alguien que de antemano podía cansarte a ti…

–Eso no basta -dijo ella.

–¿Qué puede haber en la vida capaz de bastar?

–No deberías hablar así, Carlos: tú pareces haberlo encontrado.

–¿Aludes a Serena?

No contestó. Le dolía aquel nombre. Le estaba doliendo en las arrugas de su frente y en aquellos aladares que empezaban a blanquear.

–A pesar de todo, no puedo quejarme: tengo un marido rico y no me falta nada.

–¿Te quiere?

–No.

–¿En qué te fundas para decir eso?

Lolita rompió a reír. Sorbió un trago de su vaso:

–Me engaña. Y lo que es peor: no está enamorado de nadie; sólo de sí mismo.

Se produjo un silencio viscoso, molesto; un silencio que nos iba amordazando. Dijo de pronto:

–Tampoco mi hermano es feliz.

Recordé a Paco; era ridículo que Lolita hablara así de su hermano. «Paco hace lo que le da la gana», le dije. «Paco tiene una mujer cómoda: una mujer que jamás se permite el lujo de fisgar en sus asuntos…»

–No vuelvas a mencionarme a Victoria.

No la entendía. Lolita se había puesto súbitamente seria, como si nuestra conversación se hubiese vuelto repentinamente odiosa, como si todo lo que fuéramos a decir en adelante pudiera herirla demasiado para continuar.

–Victoria es deleznable: el ser más abyecto que existe sobre la tierra -fue lo único que dijo.

–Sin embargo, Paco la respeta.

–La soporta. Ella le obliga a soportarla.

–¿A qué te refieres? ¿A sus borracheras?

Fue entonces cuando me abrió los ojos. Recordé a Victoria hacía muchos años, vestida con su traje de novia, frente al tocador; el ramo que yo le había llevado, posado displicentemente sobre la repisa: «Joven o vieja, estaba condenada al suicidio.»

–Es hora de marcharme, Carlos.

Me tendió la mano.

–¿Volveré a verte, Lolita?

–¿Para qué?

Sentía perderla de nuevo… Intenté decírselo.

–No merece la pena provocar encuentros sin motivos lógicos. Deja que la vida nos traiga y nos lleve… A lo mejor, cualquier día, tropezamos de nuevo…

Detuvo un taxi antes de que yo pudiera evitarlo. Se metió en él:

–Adiós, Carlos.

Tardé mucho en volver a verla, pero su confidencia sobre Victoria quedó en mí como grabada al fuego.

Fue aquella confidencia lo que me indujo al desastre. Cuando ahora pienso en aquello, siento necesidad de disculparme, de buscar atenuantes para convencerme a mí mismo de que mi actitud no era tan despreciable como yo suponía. Sin embargo, no valen razones: de todos mis actos vergonzosos, quizá fue aquel el más vergonzoso de todos, el más servil y el más inhumano…

Y lo que es peor: nadie ha podido jamás culparme de él. La gente lo ignora. Ni siquiera valdría explicarlo: no lo aceptarían como culpa (tampoco Irrutamendi y Soldázar hubieran sido considerados culpables si de repente hubiesen dado en confesar que mi herida, en el frente, era culpa de ellos). Se limitarían a decir: «Mala suerte.»

Solamente yo sé a ciencia cierta que aquella «mala suerte» fue provocada.

Aquel año la Costa Brava tenía ya un turismo decidido, copioso; un turismo que exigía expansiones y suscitaba proyectos. Hacía diez meses que Paco y yo habíamos empezado a urbanizar un terreno que yo había comprado a unos cinco kilómetros de Can Pou, cuando la tierra todavía se cotizaba poco. «Un negocio redondo», le había yo dicho. «El Banco te abre un crédito y cuando hayamos vendido las viviendas, lo devuelves.» En el fondo, Paco sólo tenía que desembolsar los intereses. Era mi forma de pagarle los favores que venía prodigándonos a Serena y a mí. «Seguramente podrás adquirir una de esas viviendas para ti, y, al mismo tiempo, ingresar algo de dinero…» Se trataba de pequeños bungalows, cuya construcción corría a cargo de un arquitecto de origen vasco, pero que cuando hablaba de arquitectura moderna decía siempre: «Pues en Italia…»

Aquellas construcciones coincidieron con las reformas de la finca. Al morir don Alberto, ya no había razón para conservar «todo aquello» tal como lo habían dejado sus abuelos. Abrí avenidas, tracé carreteras, edifiqué una casa con garaje en el rellano que daba a la playa y convertí la finca en uno de los lugares más bellos de la Costa.

Aquel invierno, Paco, Victoria y yo solíamos trasladarnos con frecuencia al lugar de las obras. Era gracioso ver a Paco paseándose ufano con el arquitecto, como si el dueño absoluto de aquella urbanización fuera él. Victoria y yo nos quedamos rezagados junto a la construcción que más adelante iba a convertirse en su vivienda particular. Frente a nosotros teníamos el mar. Un mar de nuevo helado, rígido y metálico.

–Alicia estará de enhorabuena -dije señalando la casa a medio construir-. Por fin tendrá una amiga cerca de la finca.

Victoria me miró extrañada.

Insistí:

–Supongo que te habrás dado cuenta de que todo el odio que siente por tu

marido, se transforma en simpatía al tratarse de ti.

Pero Victoria no comprendió lo que intentaba decirle hasta que le cité la intervención del doctor Cordal: le referí que había tenido una conversación «larga y delicada» conmigo:

–Acaba de hacerle un test a Alicia… Me ha revelado ciertas facetas. Tendencias oscuras que prefiero olvidar…

Recuerdo la mirada de Victoria: respiraba deprisa, el pecho agitado…

–No irás a decirme…

No lo dije: dejé que lo pensara. Victoria tenía las manos sumergidas en un montón de arena. Alzó la mano y la abrió repentinamente. La arena cayó sobre el otero.

No preguntó: meditaba. Tal vez intentara recordar, minimizar situaciones, desmenuzar las reacciones de aquella nueva Alicia que yo le estaba describiendo. Solamente dijo: «Parecía tan religiosa…» Me encogí de hombros: «Son las peores…», repuse.

Luego, para evitar el mal efecto de mi frase, añadí:

–Alicia está enferma: necesita alguien que la centre. Una amiga que la ayude…

Y Victoria asentía, pensativa.

Aquella misma noche abordé a mi mujer; le hablé de Victoria: «Me ha reprochado que te deje tanto tiempo sola: es una buena amiga tuya, Alicia.» Abrió los ojos sorprendida; creía que le estaba gastando una broma.

–Aunque no lo creas, Victoria siempre te ha defendido. Sin duda alguna contigo es mucho mejor de lo que tú eres para ella.

Al poco tiempo, Victoria empezó a llamarla por teléfono: se citaba con mi mujer, salían juntas… Y Alicia parecía recuperarse de aquel decaimiento suyo que nada podía disipar.

Por entonces Carlota era todavía una niña pequeña: una Salcedo que se parecía a su abuelo y que había heredado de él la tendencia a eliminar la erre.

–Hay que educar su dicción -insistí yo-. A su edad aún se está a tiempo de evitar defectos de ese tipo.

Pero Alicia opinaba que lo que se heredaba era imposible que pudiera modificarse.

Empecé a darle clases: «Veamos, Carlota; pon la lengua así. Ahora repite conmigo: Reus, Rosa, Remedios…» Y Carlota, con tal de sentarse en mi pierna, podía repetir todas las palabras del mundo sin cansarse: «Tragedia, trigo, tricornio…»

Carlota aprendió la erre y aprendió a quererme. Y yo aprendí a quererla a ella. A veces me entraban remordimientos por no haberla deseado. Me sentía igual que un asesino que a última hora descubre que la víctima es su hijo.

–Como sigas mimándola de ese modo, se pondrá insoportable -decía Alicia.

Tal vez sintiera celos de la niña, tal vez empezara a comprender que Carlota era ya mi gran horizonte.

A menudo le hablaba de mi hija a Serena: «Ojalá hubiera sido tuya…» Y Serena, circunspecta, todavía insegura en aquel futuro gris que nos atenazaba, me respondía: «Si en España hubiera divorcio, podría serlo.» La idea del divorcio iba resultando obsesiva para Serena. «Si al menos consiguieras la separación legal…» Todavía no se especulaba con la anulación como ahora. Intentaba yo entonces hacerle comprender que mi fuerza radicaba en aquel matrimonio. Desde que mi suegro había muerto yo

era el manipulador legal de cualquier actividad económica de mi mujer y de mi suegra. Hubiera sido insensato echar por la borda aquella situación.

–¿Qué ocurriría si Alicia muriese?

–Me casaría contigo.

Era igual que matarla, pero sin riesgo. A partir de aquel día, nuestra diversión más destacada consistía en fingir que Alicia había muerto. Realizábamos proyectos: «Desalojaré su habitación, cambiaré el mobiliario de toda la casa, quemaré sus cuadros…» De pronto me acordaba de Carlota: «Tú serás su madre…»

–A veces tengo celos de tu hija.

–Nuestra hija. ¿Lo has olvidado?

No: Serena era incapaz de olvidar esas cosas.

Al llegar la primavera se inauguraron las nuevas instalaciones del Banco. Fue un acontecimiento relevante, con obispo, autoridades catalanas y representación directa del ministro de Hacienda.

También aquel día lancé un discurso. Hablé de «los recios pilares de nuestra economía», de «la sólida tradición Salcedo que tanto lustre había dado a nuestra ciudad», de la «gran eficacia de nuestros ejecutivos» (algunos de ellos eliminados gracias a las computadoras electrónicas; pero, naturalmente, aquello no lo dije), señalé la gran expansión financiera que nuestra empresa había conseguido gracias al apoyo de los consejeros, allí presentes, embadurné de jabón al director general, don Pascual Romero, al director de la Banca de Madrid, señor Figueruela, y a mi querida esposa, que tanto se había afanado siempre por los asuntos Salcedo.

El público era nutrido y los aplausos duraron bastante. Luego recorrimos los tres pisos renovados: «Aquí la sala de Juntas…» «Aquí el despacho del director.» «Aquí mi despacho…» Oficinas, lavabos, cocina… Todo fue

enseñado, admirado y, naturalmente, criticado.

La decoración había corrido a cargo de Titín. Era divertido verlo pulular entre toda aquella gente, con sus finos aires de artista «comprendido» y agasajado: «Pues todo, todo, todo, me sale de aquí…», decía dándose golpecitos en la frente con la mano en forma de abanico. Recuerdo que Paco, harto ya de tanta mariconería, lanzó la consabida frase mientras le hacía un corte de mangas disimulado: «Aparta la lámpara, Manolo, que voy a eclipsarte…» Y se puso a imitarlo para que los iniciados coreásemos su broma.

Hubo refrigerio con vino español en la Sala de Juntas. Hubo apretones de manos y chistes honestos, muy del régimen, muy a lo Arias Salgado: chistes de escotes cerrados y discriminación de sexos. Y hubo bromitas entre seniles y de primera comunión emitidas por Paco para divertir a mi hija: «Aquí se fabrican las rubias, ¿sabes, Carlota?» Y la niña insistía: «Quiero verlo, tío Paco: quiero ver cómo se fabrican…»

Aquel día, Paco estaba realmente insoportable. No podía disimular su envidia. La dejaba entrever en todo: en aquella forma suya de pasear de un salón a otro, con las manos en los bolsillos y el mentón alzado; en aquella sonrisa enigmática que parecía enseñorearse de todos y de todo, en aquel meterse constantemente con Titín, para aguarle su alegría: «Anda, chico… Qué modo de achuchar: ni que te hubieran dado pimienta… Pues no estás tú poco nervioso…»

Recuerdo que mi suegra, al observar aquel cambio, se llevó el pañuelo a los ojos: «Si el pobre Alberto pudiera verlo…»

Fue aquel día cuando empecé a sondear el terreno para que se me concediera la medalla del mérito al trabajo. Paco, de acuerdo conmigo, había lanzado la «posibilidad», como quien lanza una afirmación: «Nadie como tú merece una distinción de ese tipo…» Yo me hacía el remolón: «Vamos, hombre: no digas tontadas…» Y el representante del ministro ponía cara de circunstancias: «No es mala idea, no, señor: sería muy justo, muy justo…» Y yo: «De ninguna manera: yo nunca he sido partidario de

esas cosas… El trabajo se demuestra trabajando: no con medallas.» Tan aferrado me vio Paco a mi negativa que llegó a recriminarme cuando nos quedamos un instante solos: «Serás animal… A lo mejor te toman en serio y adiós medalla.»

–Para eso estás tú, idiota: para contradecirme. Siempre se ha hecho así.

También el obispo puso su granito de arena:

–Hombres como el señor Hondero son los que necesita España para prosperar…

Y yo, hinchado de orgullo, agachada la cabeza como si me abrumase el peso de tanta adulación.

Como era de esperar, mi efigie fue reproducida en los periódicos. Mi suegra recortó cuidadosamente todas las alusiones de la prensa al *«Acto de inauguración de las nuevas dependencias de la Banca Salcedo.»* Y repetía que había sido un día memorable que difícilmente se podría olvidar.

Pocos días después, recibí una carta del obispo: me felicitaba, me auguraba grandes éxitos y me rogaba que fuera a visitarlo al Palacio Episcopal para tratar de un asunto de sumo interés para la ciudad.

–Querrá pedirte un donativo -opinó Alicia-. No me extraña. ¡Tanta ostentación, tanto tapiz y tanta «tintinería…» tienen su parte adversa…!

Paco, en cambio, fue menos suspicaz y más agorero:

–Ése se ha enterado de tu lío y quiere sermonearte.

Serena fue más idealista:

–A lo mejor quiere consultarte sobre la posibilidad del divorcio. Se está hablando mucho de un futuro Concilio: vete a saber si quiere saber la opinión de los seglares.

Ninguno de ellos acertó. El obispo quería verme para hablarme de un proyecto importante relacionado con la indigencia de los ancianos.

Se había propuesto fundar una especie de institución (por barrios) para atender las necesidades de los viejos que careciesen de fortuna. Un tipo de seguro distinto al que se venía aplicando hasta aquel momento… «Algo que dignifique a los ancianos indigentes y los rescate del lamentable abandono en que la mayoría están sumidos…»

Me pareció una idea plausible. Esbocé esquemas, di ideas, proyecté posibilidades, propuse estructuras. Primeramente había que reunir a unas cuantas potencias de la región para nombrar una Junta Administrativa: «Una Junta que diera nombre y fama a la persona que perteneciese a ella.» Luego sería preciso dividir el trabajo en zonas: cada zona debería regirse de una forma autónoma, pero dependiendo de la Junta Central. Lo esencial debía consistir en que los asegurados consiguieran todas las garantías mediante una cuota mínima…

El obispo se entusiasmaba: «Por supuesto, usted, Hondero, sería el presidente.» Protesté: yo no era digno… Pero el obispo también protestó: «Una organización de esa envergadura requiere hombres de envergadura…»

Me rogó que le diera nombres. Confeccioné allí mismo una lista convencional: «Todavía prematura…»

Encabecé la lista con Plácido Rampardal, por honesto y millonario (por supuesto omití el episodio de Christian Dior). Seguí con Sobri-Sobra. Por parte de padre, representante de la nobleza catalana. Por parte de madre, sobrino segundo del ministro de Trabajo (me acordé de la medalla y pensé que favor con favor se paga). Introduje a Paco Moraldo (por influyente y futuro conde de Remo, lo cual equivalía a ser un futuro Onassis). Y, por descontado, añadí innumerables nombres de industriales, banqueros y gente pudiente, que estarían encantados de colaborar con Su Ilustrísima en cuanto se les ofreciera la posibilidad de formar parte de la Junta.

Cuando Paco se enteró de la proposición del obispo, empezó su acostumbrada retahíla de aspavientos: «Así que ahora te tratas con obispos… Dentro de poco te veo disfrazado de cardenal. ¡Y tú eras el que decía que los obispos sólo servían para adornar procesiones…!»

–No te desboques, Paco: también tú formarás parte del Consejo…

Se quedó perplejo:

–¿Y eso por qué? ¿Qué has alegado? ¿Que soy un burgués devoto? ¿O acaso un campeón de bridge dispuesto a merendarse las fortunas de las viejas viciosas?

–He alegado que eras amigo mío. Al obispo le basta.

Me apuntó con el índice y rompió a reír:

–¡Menuda jugarreta le has gastado a ese señor…! ¿De dónde voy a sacar el dinero…?

–Eso corre de mi cuenta -le dije-. La cuestión es que tú figures entre los consejeros.

Sabía que aquello iba a halagarlo mucho. Era el único Consejo al que Paco podía aspirar.

Serena, cuando supo aquella nueva actividad mía, dio muestras de preocupación:

–Intuyo lo que va a pasar: los curas van a influir en ti… Un buen día me dirás: «Serena, hay que ser precavido…»

–No seas absurda: el obispo no se mete en la vida privada de la gente.

–Sin embargo, ahora no podrás separarte de Alicia.

–Nunca tuve intención de separarme. Te he explicado mil veces la causa. A lo máximo que aspiro es a que Alicia me deje en paz. Y desde que sale tanto con Victoria debo reconocer que lo consigo.

Era cierto; el repentino interés que Victoria demostraba por ella, había modificado nuestra situación. Aunque todavía áspera, me había liberado algo de sus continuas insidias, de su decaimiento y de sus reproches.

Pero su desconfianza crecía. Podía apreciarlo en las indirectas que me lanzaba, en la adustez de sus frases: «Nunca imaginé que un tipo de tu clase fuera capaz de embobar a un obispo…»

Se burlaba de mis continuas visitas al obispado, de las llamadas telefónicas de los curas: «Vivir para ver…»

De pronto se liaba a hablar sola: «Daba gusto verlo campar por sus respetos en el Banco de mi padre… Desplegando un abanico de plumas prestado…»

–¿Qué andas rezongando?

–Pensaba, Carlos. Pensaba en que la vida ha sido siempre eso para ti: un préstamo. Un préstamo para escapar a tu condición de pelagatos.

Y como yo no chistara, continuó pensando en voz alta: «Gestionándose medallas, haciéndose nombrar presidente de todos los Consejos imaginables…»

–Basta, Alicia.

–¿Por qué, Carlos? ¿Por qué no permites que hable conmigo misma?

Se le habla puesto un tono de voz tranquilo, de mujer ecuánime y dueña de sus actos:

–Todo lo admito en ti, todo menos una cosa: el fraude que me has hecho

valiéndote de mi padre.

–No sé a qué te refieres.

Alicia cruzó las piernas, miró al techo y respiró hondo:

–No voy a tolerar que mi fortuna esté en tus manos -dijo escuetamente-. Así que vete preparando porque vas a perderla.

–Fue una disposición de tu padre.

–En primer lugar, mi padre no te conocía. En segundo lugar, la ley dejará de ampararte en cuanto yo pida la separación.

Me fijé en ella: no bromeaba. Ni siquiera sonreía. Continuaba sentada frente a mí, algo recostada en el respaldo del sofá, los brazos tendidos a lo largo del asiento.

–¿Así que vas a pedir la separación…? ¿Y qué piensas alegar?

–Adulterio, malos tratos, sevicias… Abuso de confianza.

–Estás mal informada, Alicia: en primer lugar, el adulterio hay que probarlo. Y tú no puedes probar nada. Los malos tratos exigen hechos; jamás te he pegado. En todo caso ha sido al revés. Las sevicias hay que especificarlas: siempre has hecho tu santa voluntad. En cuanto al abuso de confianza… Podrías quejarte si os llevara a la ruina, pero precisamente está ocurriendo todo lo contrario. Nunca la empresa Salcedo ha estado tan alta como ahora. Además -añadí- perderías a Carlota.

–Carlota me pertenece hasta los siete años. Luego veremos lo que ocurre.

–Te equivocas; el juez nunca te dará la razón, Alicia. Todo el mundo sabe que eres una desequilibrada. Seria un mal negocio para ti.

A partir de aquel día empecé a preocuparme. Hablé con el doctor Cordal.

«Un proceso muy corriente -explicó-. A ese tipo de enfermas les ocurre siempre lo mismo; primero les da por la religión, luego se hunden en abismos de apatía y por último se vuelven belicosas… Alicia está peor de lo que suponía.»

Cuando le expliqué a Paco lo que me había dicho el médico, se vio en la precisión de intervenir: «Métela en un sanatorio y termina de una vez con ella. Vas a acabar enloqueciendo tú.»

Lo peor era referirle todo aquello a Serena. Ella ignoraba que Alicia quería separarse de mí. Probablemente hubiera contestado:

«Pues aprovecha la ocasión y sepárate.»

En cuanto a Victoria, me extrañó que adoptase una actitud pasiva, como si quisiese ignorar lo que estaba ocurriendo.

–Al fin y al cabo, todos tenemos derecho a defendernos -dijo.

Aquel mismo verano inauguramos la urbanización cercana a Can Pou. Casi todos los bungalows habían sido vendidos y Paco pudo instalarse en el suyo sin gastar un céntimo. Tal como habíamos previsto, Serena se quedaría en Barcelona conmigo hasta que llegara la fatídica fecha de mis vacaciones. Entonces Serena se trasladaría a casa de los Moraldo para estar cerca el uno del otro.

Mi suegra había sido descartada. El doctor Cordal le había recomendado que viera poco a su hija. «No conviene excitarla, y usted suele ponerla nerviosa…»

Can Pou era ya un lugar agradable. Una carretera ancha cruzaba la finca de parte a parte. La vivienda se había reformado y el jardín empezaba a tener un aspecto de parque italiano. Alicia, en cuanto podía, me echaba en cara aquel cambio:

–Te ha faltado tiempo para realizar tus planes. En cuanto papá ha muerto…

No le contestaba. Pero un día cometí la debilidad de hacerlo:

–En el fondo he mejorado la finca, deberías estar contenta.

–Para tus amigos. La has mejorado para eso.

–También son los tuyos.

Rompió a reír estrepitosamente:

–¡Amigos! Ni siquiera me fío de Victoria. Nadie tiene amigos. Veríamos lo que iba a ocurrirte si no fueras rico y poderoso…

A pesar de las diatribas de Alicia, aquel verano la finca se llenó de gente. Todos querían ver «las mejoras». Iban sólo cuando podían encontrarme a mí, pero ningún sábado y domingo dejaban de visitarnos.

Aquellas incursiones ajenas molestaban a Alicia. Casi siempre se encerraba en su cuarto cuando llegaban, no quería participar del bullicio. La atosigaba tanto ajetreo, tanta canoa rápida, tanto griterío y tanto cuerpo medio desnudo pululando por la playa.

Luego, cuando todos se iban, cuando el domingo se adentraba hacia el lunes y las carreteras (todavía estrechas e incómodas) serpenteaban saturadas de coches camino de la ciudad, yo recogía a Serena en el bungalow de los Moraldo: «Ha sido un día agotador, Serena…» Y Victoria nos decía adiós desde el atrio de su casa.

Hacia finales de julio, Serena se refirió a mis quince días de vacaciones. En vano intenté explicarle que, una vez que ella se hubiera instalado en casa de los Moraldo, yo podría visitarla con frecuencia:

–Por lo visto mi destino es recoger las migajas…

Agarré sus hombros y la obligué a mirarme:

–No vuelvas a hablarme de esa forma. Serena: no lo merezco.

Aquel día Serena estaba inquieta:

–En efecto, te debo mucho, Carlos: mi piso, mis trajes, mi estómago alimentado; no tengo derecho a reprocharte nada.

Me dolía que hablase de aquella forma. Descorazonado, salí al balcón. La canícula se cernía sobre el puerto y el paseo de Colón tenía un ritmo lento y fatigoso. Serena quedó dentro. Sollozaba. Podía escuchar sus quejidos fundidos al runrún de la calle. El horizonte tenía barcos y un conjunto de azules entre el mar y el cielo que parecían postizos: «Algo se está estropeando», pensé. Miré la estatua de Colón, enhiesta, su dedo señalando el mar. También Serena me señalaba a mí: me delataba, me descubría.

Entré de nuevo en la alcoba. La encontré echada en el lecho. Le juré que todo iba a cambiar entre nosotros.

–De ahora en adelante se acabarán las simulaciones y los juegos de escondite… Si Alicia se entera, tanto peor -dije-. Nos separaremos.

Serena dio un suspiro largo y me abrazó con fuerza:

–No te arrepentirás, Carlos. Nunca permitiré que te arrepientas.

Llegó agosto. Era difícil olvidar que se estaba en pleno verano. La ciudad vacía y el pegajoso destilar del cuerpo lo estaban recordando continuamente. Los periódicos se llenaban de noticias peculiares: redadas de drogadictos, turistas insolados, accidentes masivos…

Habíamos acordado marcharnos pronto a la Costa cuando me comunicaron que Mr. Rosmund, de Filadelfia, se disponía a trasladarse a España con su plana mayor, para tratar conmigo de un asunto que no admitía demora.

Mr. Rosmund era importante: imposible eludir la entrevista. Se lo dije a

Serena: «No podré cenar contigo: han venido los americanos.»

La primera vez me creyó. Pero cuando le comuniqué que míster Rosmund y yo todavía no habíamos llegado a un acuerdo y debíamos cenar juntos al día siguiente, Serena dejó de creerme.

–Será mejor que inventes otra excusa -repuso con aspereza-. ¿No era precisamente hoy cuando debías empezar tus vacaciones?

Me vi incapaz de persuadirla: «Conozco de memoria los embustes de los hombres. Tú mismo me has enseñado a aprenderlos mintiendo a Alicia.»

Le juré por mi hija que le decía la verdad.

–Pues entonces llévame contigo.

–Imposible: Rosmund conoce a Alicia.

–¿En qué quedamos? ¿No dijiste que ya no te importaba que lo nuestro se supiera?

–Prefiero que Alicia se entere de otro modo.

Serena cambió de voz.

–De acuerdo, haz lo que te plazca. Pero te lo advierto, Carlos: no respondo de lo que pueda ocurrir.

A pesar de todo, cené con los americanos. Soporté estoicamente sus bromas infantiles y ruidosas. Me esforcé en emitir sonidos nasales para que se sintieran más cómodos, repetí cien veces sus O. K. sus «Oh yaaa» e imité a la perfección sus ademanes. Hablamos de millones, de la gigantesca máquina financiera que estábamos proyectando, soporté las cursilonas sonrisas de sus mujeres (muñequitas peripuestas, asépticas y relamidas) vestidas a «lo Saks» (es decir, a lo U.S.A. elegante), tuve que inventar excusas para justificar la ausencia de Alicia: «No ha podido venir a

Barcelona… Se encuentra algo delicada.» Me enseñaron la fotografía de sus hijos. Mr. Rosmund aclaró: «Éste es de mi primera mujer…»

Comentamos fríamente el atraso que suponía para un país prescindir del divorcio, emitimos chistes manidos sobre el encadenamiento matrimonial, y se fueron a dormir la melopea después de asegurarme reiteradamente que, a pesar de no tener divorcio, España era un país magnífico, y que, como aún no se había explotado, podría sacarse un gran partido de nuestro incipiente desarrollo. En suma, llegué a un acuerdo con Mr. Rosmund.

Aquella noche me sentía feliz. La operación con los americanos suponía un gran paso adelante y la culminación de muchos años míos.

En cuanto los hube dejado, me encaminé al paseo de Colón. Subí la escalera contento, el cuerpo ligero, la mente excitada. Al llegar al rellano, vi un letrero en la puerta de Serena: «*No estoy.*» Imaginé que era una broma. Metí la llave en la cerradura y entré en el piso. Efectivamente, Serena no estaba allí. Consulté la hora: era la una de la madrugada. «No debí dejarla sola.» La conciencia me remordía. Había ciertos desplantes que las mujeres no perdonan.

Pensé que se habría ido a la costa y que estaría en casa de los Moraldo. A pesar de lo avanzado de la hora, pedí una conferencia. Me contestó la voz de Victoria, espesa y adormilada:

–¿Qué te ocurre?

–¿Está ahí Serena?

Victoria, a aquellas horas, siempre andaba confusa.

–Serena tenía que venir contigo…

–Lo sé; pero las cosas se torcieron y ahora ha desaparecido.

–Me alegro.

–¿Qué dices?

–Que ya va siendo el momento de que Serena ponga las cosas en su punto.

–No sé de qué estás hablando. Lo que yo quiero es encontrarla.

–Pues tú verás dónde la buscas.

Escuché un bostezo prolongado. Luego su voz irritada:

–Otra vez procura llamar a una hora más oportuna. Estaba en el mejor de los sueños.

Y colgó.

Aturdido y desorientado, salí otra vez a la calle. No podía imaginar dónde se había metido Serena. Los cines habían terminado y en la ciudad apenas quedaban amigos para salir con ellos. En el paseo de Colón escaseaba el tránsito. Algún coche cruzaba veloz la avenida, algún borracho zigzagueaba por la acera, y el mar se veía seco, quieto, sin brisa. Todo parecía asumir el bostezo de Victoria. Me dirigí a mi casa. Me sentía cansado. Me acosté con la desazón que provocan siempre las incógnitas.

A las diez de la mañana me despertó el teléfono:

–¿Qué tal tus famosos americanos?

La voz de Serena se oía lejana, casi inasequible.

–¿Desde dónde me llamas?

–Estoy en Cadaqués.

Era lo último que esperaba oír.

–¿Y qué cuernos fabricas en Cadaqués?

–En Barcelona me aburría. Recibí una invitación y aquí estoy.

–¿Quién te ha invitado?

–Adivínalo.

–Te exijo que me lo digas.

Escuché una carcajada.

–Todavía no, Carlos; todavía no tienes derecho a ser exigente.

Cambié de tono:

–Entonces, te lo ruego.

–Eso me gusta más; estoy en casa de los Rampardal. Me ha traído Sobri-Sobra. Te lo explicaré cuando te vea.

Su voz se volvía melosa. Ya no era la voz áspera que me había advertido: «No respondo de lo que pueda ocurrir.» Volvía a ser la Serena de siempre: la Serena sumisa.

–Debiste esperarme… Fui a tu casa en cuanto acabé con esos americanos.

–Lo imagino. Perdóname, Carlos. Ahora te creo. Pero estaba furiosa y no supe lo que hacía.

–Supongo que ese imbécil de Sobri-Sobra no se habrá tomado libertades.

Serena adoptó un tono zumbón:

–Descuida; sigues siendo tú el hombre de mi vida.

–¿Y hasta cuándo esperas quedarte ahí?

–Tenemos intención de trasladarnos esta noche a Cala Rosa. Está a mitad de camino entre Cadaqués y Can Pou. Podríamos encontrarnos allí y regresar juntos.

Cala Rosa era un lugar recientemente inaugurado donde la gente bien acudía para hallar un medio de acabar mal. Orquesta buena, poca luz, alguna atracción insinuante y una buena dosis de alcohol en todas las mesas.

–De acuerdo -le dije-. Nos veremos en Cala Rosa.

–Espero que tu mujer no ponga el grito en el cielo. Se supone que hoy empiezas tus vacaciones.

–Si lo pone, tanto mejor: te juré que Alicia iba a acabarse y voy a demostrarte que tengo palabra.

Silencio. Un suspiro entrecortado. Luego:

–Te quiero, Carlos.

Y el susurro silbante de un beso prolongado.

Procuré llegar a Can Pou antes de que Carlota abandonase la playa. Aquel día también era soleado. La playa estaba atestada. Era la gente de los sábados agosteños, la que pedía a gritos aire y luz para vivir.

–Carlota…

Corría hacia mí dejando huellas minúsculas en la arena.

–Papá…

Olía a salitre, a piel tostada, a niña limpia.

–Has tardado mucho, papá… Te esperábamos esta mañana.

Me besaba frenética, tiraba de mí hacia el agua.

–Mamá se está bañando…

Y la señalaba, para que yo la viera. Luego dijo:

–Mamá está triste. Esta semana ha estado muy sola.

Pregunté por la «tía Victoria».

–No ha venido -contestó la niña.

Alicia estaba cambiada. De nuevo parecía sumergida en aquella impavidez de antes, los ojos hundidos, las mejillas chupadas.

–¿Por qué no besas a mamá?

Me acerqué a ella y rocé su frente con mis labios.

Carlota agarró mi mano:

–Iremos al torreón, ¿verdad, papá?

Le prometí complacerla. Me metí en el agua; me bañé con ella. Alicia nos miraba desde la playa, con aquella expresión muerta que parecía robada de la misma desolación.

Cuando subimos a la casa, Dolores me comunicó que Alicia había vuelto a las andadas: «No ha salido de su cuarto; ni siquiera ha bajado a la playa. Hoy es el primer día.»

Pregunté por Victoria. Dijo que Alicia la había llamado por teléfono alguna vez pero que «la señora Moraldo» no había pisado la finca.

Dolores sufría por Alicia. Decía que estaba enferma, que había que adoptar medidas: «Así no puede continuar.»

–¿Y Carlota? ¿Cómo ha estado Carlota?

–Contaba las horas para que el señor viniera. Esa niña necesita cariño y su madre no sabe dárselo…

Se le escurría una lágrima que secó con el delantal.

–Todo se arreglará -dije yo por decir algo.

Fue un día largo, desabrido y demasiado caluroso. Alicia vagaba por la casa como una sonámbula, sin hablar, sin una finalidad concreta. Yo la miraba a hurtadillas, procurando no coincidir con sus ojos, fingiendo leer.

Carlota se sentó a mi lado:

–Me has prometido llevarme al torreón.

Agarré su mano. Alicia miró el cielo y dijo: «Va a llover.»

Pero Carlota corría ya cuesta arriba, dando brincos y hablando con el aire, como si hablara conmigo: «Allí está la torre, allí está la torre…»

Fue una tarde feliz para Carlota. Le divertía ver cómo imitaba yo el batir de alas de un pájaro, o el rebuzno del burro, o el cloqueo de una gallina. Creo que nunca la he visto tan feliz como aquel día. De repente rompía a reír, con aquella risa desbocada que a veces la dejaba sin aliento. Después se plantaba ante mí, firme, seria, para recitarme palabras que tuvieran erres: «Rocas, trigo, rubia, rosa, madera…», sólo para que yo le dijera: «Muy bien, hija, muy bien.» Aquella recitación era el premio que Carlota me reservaba por haberla hecho reír.

–¿Por qué le gusta tanto esa torre a mamá?

Le expliqué que, allá arriba, su madre tenía un estudio.

–Es una torre musulmana. Románica.

Ella repetía: «Torre, románica, torre románica.»

Había lagartijas correteando por el muro. Carlota las perseguía con un palo. Había ortigas que era necesario eludir: «Son plantas enfurecidas, Carlota, apártate de ellas.» Había saltamontes, mariposas y silencio… Un silencio denso que dejaba al desnudo el sordo rumor del bosque.

–¿Te gusta que haya venido?

Asintió ella sin mirarme. A Carlota no le complacía exteriorizar sus sentimientos.

–¿Vas a quedarte con nosotros quince días enteros, papá?

–Quince largos días.

Luego miré al cielo:

–Mamá tenía razón: va a llover.

Caían las primeras gotas.

–Rápido, Carlota; hay que llegar a casa antes de que nos pille el chaparrón.

Corrimos como gamos, cuesta abajo, sorteando matorrales para llegar antes.

Alicia nos esperaba en el mismo sitio que la habíamos dejado.

–Os lo advertí -dijo-, aquel calor no era normal.

Y su hija la miró como si le echara la culpa de aquella lluvia. No tardó en

estallar la tormenta. Daba gusto verla desde el salón. Carlota tenía miedo; se refugiaba en mis brazos. «Vamos, hija: el trueno no hace daño.» Pero Carlota lloraba. Le asustaba aquel continuo bramar de un cielo cuarteado de relámpagos, de estallidos y de lluvia.

–Tranquilízate, Carlota; ese rayo ha caído lejos: la tormenta está amainando.

–¿Dónde se va?

Le dije que se iba a otro planeta, un lugar remoto donde tenía su casa.

Carlota era imaginativa y le gustaba oír cosas fantásticas aunque no las creyera.

–Explícame el cuento de la tormenta, papá.

Y yo se lo expliqué: «Una vez era un trueno que buscaba compañera para casarse…»

–¿Era guapo el trueno?

–Era normal.

–¿Cómo tú?

–Más o menos.

–Entonces era guapo.

–El trueno estaba triste porque todas las fuerzas de la naturaleza huían de él… ¡Era tan rudo y poseía una voz tan potente…! Hasta que un día encontró una luz muy hermosa: se llamaba Relámpago. Lo aceptó, se casaron y nació la tormenta.

Así conseguía yo amortiguar el miedo de Carlota; inventando para ella

historias fantásticas. A veces me interrumpía: «¿Es rubia la tormenta, papá?» Estoy seguro de que pretendía identificarse con ella, ser un poco hija del trueno y del relámpago: «Sí, Carlota: es rubia y tiene los ojos azules, como tú y como mamá.»

Pero Alicia no se ablandaba. Continuaba inmersa en aquella especie de adustez helada, sin defensas ni ataques. Probablemente intuía que aquella amabilidad mía era prenuncio de algo que no iba a gustarle.

Cuando Carlota se hubo ido a la cama, cenamos los dos solos. Al llegar al postre, le dije que había de marcharme: «Me esperan unos americanos en Cala Rosa.»

Alicia no respondió. Se limpió los labios con la servilleta.

–¿Me has oído, Alicia?

Tardó en responder:

–Te he oído.

Luego se acercó al ventanal. Tras el cristal se veía una noche oscura, sin estrellas ni luna.

–No supondrás que me he tragado la excusa de los americanos -dijo-. Vas a verte con ella…

No contesté. Alicia se volvió hacia mí:

–Eso es nuevo, Carlos. Nunca había ocurrido que te fueras de casa el mismo día que empiezas tus vacaciones.

Me senté para esperar el café.

–Un ejemplo precioso para la niña. Por la tarde juegas a ser padre amantísimo y por la noche…

Me levanté. Me encaminé a mi cuarto y cerré con llave por dentro. Nunca imaginé que, al salir de él, Alicia continuaría allí.

–Mañana llamaré a mi abogado.

–Llama a quien quieras -le dije-. Eres muy dueña, pero vuelvo a repetirte que vas a salir perdiendo. En España, las mujeres perdéis siempre.

–No puedo perder más de lo que ya he perdido.

–Está bien: ahora déjame pasar.

Se plantó delante, abrió los brazos.

–No -dijo fríamente-, antes quiero saber «quién» es.

La empujé para que me dejara el paso libre. Pero al llegar al vestíbulo comprobé que la puerta estaba atrancada. Alicia me contemplaba desde el fondo del salón con ojos turbios y obstinados:

–No te canses, Carlos. He cerrado todas las puertas de la casa, incluida la del servicio.

–Eres diabólica, Alicia. ¿Qué te propones?

–Saber la verdad.

–La verdad es que ya no te soporto, Alicia; estás loca, ¿me oyes bien? Completamente loca…

Todavía hablábamos bajito. Miré el reloj: la noche avanzaba deprisa y Cala Rosa estaba lejos. Alicia carraspeó con fuerza:

–Yo estaré loca, pero tú irás a la cárcel por ladrón.

–De acuerdo; iré a la cárcel por ladrón, pero ahora déjame salir.

Le hablaba como se habla a los niños o a los dementes, acentuando mi aparente tolerancia. Fue entonces cuando Alicia perdió el dominio de sí misma. Se acercó a mí y agarró con las dos manos mi corbata: «Quiero su nombre, ¿me oyes? Quiero su nombre.»

El nudo se encogía y yo me ahogaba. Grité para que me soltara. Fue un grito ronco que atravesó la estancia y trepó escalera arriba. Caímos los dos en el sofá, ella sobre mi cuerpo, sin soltar la corbata, sin apartar su aliento del mío: «Quiero su nombre…» Y tiraba de la corbata para mantener mis manos ocupadas. Era su defensa. Su lamentable y pobre defensa. Era evidente que yo precisaba mis dos manos para que el cerco de la corbata no me ahogase. «No pienso soltarla hasta que me des su nombre.» Hablaba gritando, sin importarle que la oyeran.

–Vas a matarme -grité yo también-. ¿No te das cuenta de que vas a matarme?

–Mejor, mucho mejor: ojalá murieras, ojalá…

Fue entonces cuando ocurrió lo imprevisto. Lo que ni ella ni yo habíamos imaginado que pudiera suceder. No sé aún cómo nos dimos cuenta. De pronto la vimos allí, en lo alto de la escalera, su cara asustada, pegada a los barrotes de la baranda, su camisón hecho un ovillo, su pelo suelto, sus ojos desorbitados: «No, no, no…»

También ella gritaba. También ella quería defenderse de lo que estaba viendo: «No, no, no…»

Alicia soltó mi corbata y fue corriendo a su lado: «¿Qué estás haciendo, Carlota? Te he dejado en la cama…» La niña no respondía. La miraba con horror, como si no fuera su madre, como si la viera por primera vez. Luego me miró a mí. Bajó corriendo por la escalera, se echó en mis brazos: «Papá, papá, papá…»

Y Alicia nos contemplaba desde el rellano, rígida, pálida… Llegó Dolores. No entendía lo que estaba ocurriendo. Veía a la niña llorando en mis brazos. Quería saber lo que había pasado.

–Carlota debía dormir a estas horas -dijo Alicia.

Daba la impresión de que se estaba diciendo aquello a sí misma, para convencerse de que, efectivamente, Carlota estaba allí, que no era una pesadilla sino una realidad.

–Voy a buscar a la niñera -dijo Dolores.

La atajé:

–No; yo mismo llevaré a Carlota a su cuarto.

Pasé junto a Alicia con la niña en los brazos, la metí en su cama. Luego me senté a su lado. Su llanto se iba sosegando poco a poco:

–Mamá quería matarte, ¿verdad, papá?

Intenté disuadirla; fingir que estábamos jugando.

–Le he oído decir: «Ojalá murieras…»

Le crecía un sollozo grande, retardado… Tendía sus brazos hacia mí, acariciaba mi cuello.

–No quiero que mueras, papá…

–No voy a morir, Carlota…

–Mamá es mala, ¿verdad, papá? No te quiere. No te quiere porque es mala…

Se durmió así, repitiendo una y otra vez que su madre era mala. Cuando se

quedó dormida, salí del cuarto. Alicia estaba allí, tras el batiente de la puerta: pálida, desencajada. Me detuve unos instantes:

–Estarás satisfecha…

Alicia se llevó la mano a la frente. Era una mano nervuda, envejecida, delgada.

–¡Dios mío! – dijo-. Ya ni siquiera me queda la niña.

Tal vez esperara aún que yo le replicase, o la sostuviese, o la consolase. No lo sé. (Cada vez que recuerdo aquel momento tengo la impresión de que fue crucial, definitivo…) Pero yo no repliqué. Ni siquiera me volví hacia ella cuando me dijo que la puerta estaba abierta y que podía marcharme cuando quisiera.

La noche seguía brumosa y húmeda. En la carretera apenas había tránsito. Consulté el reloj: era ya muy tarde.

Estaba próximo a Cala Rosa cuando el cielo empezó a clarear. Lentamente las estrellas iban destapándose de nubes. Por unos instantes llegué a olvidar la escena recién vivida.

Un mundo de coches húmedos rodeaba el recinto de Cala Rosa. Coloqué el mío alejado de la entrada. La música se escuchaba en sordina, envuelta en el brusco estallido del mar al romperse contra las rocas.

Tras el vestíbulo (de paredes oscuras y luces cavernosas) se veía el jardín, cubierto con una lona y cuajado de mesas. En el centro, la pista de baile rebosando parejas. Más allá el mar: un mar oscuro que levantaba espuma.

Alicia desapareció. Allí, como en todos los «allís» semejantes, Alicia ya no era nadie. Busqué a Serena. Recorrí una por una las mesas, los rincones más ocultos, me asomé al acantilado para ver si habían bajado a la playa.

Ni Serena, ni los Rampardal, ni Tico Sobrado estaban allí. Pregunté a los

camareros si habían dejado un mensaje para mí. Nadie tenía mensaje. Nadie sabía nada. Aguardé un buen rato sentado a una mesa lejana de la pista. Me dije que, a pesar de lo avanzado de la hora, acaso no hubieran llegado aún de Cadaqués. Pedí un whisky. Bebí tres. Me sentía chasqueado, furioso contra Serena, contra Alicia, contra el maldito llanto de Carlota, que tanto había retrasado mi salida de Can Pou.

De pronto vi a Paco avanzando hacia mi mesa junto a Gladys Goulden: «Al fin; creíamos que no venías…»

–¿Habéis visto a Serena?

Se sentaron a mi mesa; también ellos habían bebido.

–Serena ha estado aquí: te esperaba…

–¿Dónde está ahora?

–Probablemente a estas horas habrá atravesado la frontera. Se ha ido a Francia con Tico Sobrado y los Rampardal.

Creí que bromeaba. Paco insistió: «Juro que no miento.»

–Ha sido una idea repentina. Serena estaba furiosa contigo. Dice que es la segunda vez que la plantas.

–No es cierto.

–En vista de eso, han decidido irse a Perpignan sin ti. Tenían la intención de pasar allí la noche y regresar mañana.

–Si supieras lo que me ha costado llegar hasta aquí…

–Lo imagino -dijo Paco-. Supongo que la «pintora» te habrá puesto inconvenientes…

–Ha organizado una escena increíble. Quería estrangularme. Por si fuera poco, ha conseguido que la niña se enterase…

Gladys se puso seria. Las tragedias familiares no entraban en su ética: «Estos españoles…»

–Pero Serena debió esperarme. Nunca le he fallado.

Paco encogió la ceja, hinchó el tórax y exclamó:

–En eso Victoria es civilizada. Ni por asomo se le ocurriría hacerme una escena por un quítame allá esas pajas. Al fin y al cabo, todos tenemos derecho a vivir… -Y se apoyó en el hombro de Gladys para besarle el cuello-. ¿No es cierto, *darling?*

Y Gladys asintió, porque «en mi país, cuando una pareja no se quiere, cortan por lo sano y se acabó».

–A ver si con el Concilio la cosa cambia -dijo Paco.

Pidió otro whisky. Los dejé. Salí de Cala Rosa furioso y defraudado. Una noche perdida. La jugada de Serena se me antojaba injusta, tanto como las exigencias de Alicia y el llanto de Carlota: «Así no es posible continuar.»

Alicia había dicho: «Mañana llamaré a mi abogado.» De acuerdo, que lo llamara. También yo llamaría al mío. Aquella idea me tranquilizaba. «Se acabó…»

La carretera era sinuosa y estaba mal pavimentada. De vez en cuando había que amortiguar el acelerador por culpa de las obras: el paso se estrechaba y los vehículos circulaban en fila india.

Llegué a Can Pou jadeante y sudoroso. El guarda abrió la portezuela de mi coche: le rogué que lo metiera él mismo en el garaje.

Me sentía agotado y quería acostarme cuanto antes. Al entrar me extrañó

ver luz en el salón. Pensé que se habían olvidado de apagarla. Pero cuando me dispuse a dar el conmutador, vi a Alicia, todavía vestida, de pie junto a la chimenea:

–Has tardado menos de lo que esperaba.

–Te lo advertí: no se trataba de una velada divertida.

–Así que el asunto te ha salido mal. Lo siento por ti.

–No, hemos llegado a un acuerdo.

–¿Con quién? ¿Con los americanos o con Serena?

Era extraño oír aquel nombre en labios de mi mujer. Comprendí entonces que lo sabía todo.

–Serena no estaba.

–No pretenderás que te crea, Carlos. Acabo de enterarme.

Volví a desmentirlo.

–No había razón para invitar a Serena. Apenas la veo.

Alicia respiró hondo.

–¿Por qué eres tan falso, Carlos?

Y como viera que yo continuaba callado, insistió:

–Ahora el proceso de separación va a resultar más fácil. Ya es hora de que pongamos la verdad sobre el tapete, ¿no te parece?

Hablaba con la firmeza de los desesperados. Era evidente que lo sabía todo, pero yo no llegaba a captar cómo diablos se había enterado en el espacio de

aquellas pocas horas.

–Una vez más estás desvariando, Alicia.

No me miraba; fijaba la vista en la puerta que yo tenía a la espalda. Era lo mismo que si contemplara una aparición.

–Mañana hablaremos -dije-. Esta noche estoy demasiado cansado.

De pronto noté como si una sombra avanzase tras de mí. Y al volverme, vi a Victoria envuelta en una bata rosa.

–¿A qué has venido? – pregunté.

Comprendí enseguida que Victoria se había ido de la lengua. «La muy puerca ha sido capaz de traicionarme», pensé. Nadie más que ella podía haberle soplado a Alicia lo que hasta entonces se había mantenido en secreto.

–Puedes suponerlo -respondió.

Se ladeaba como si fuera a caerse. Había bebido. Sobre la mesa de cristal se veían los restos del whisky que las dos habían ingerido.

–Efectivamente -dijo Victoria-, ahí tienes el cuerpo del delito.

Anduvo hasta la mesa para servirse otro trago. Alzó luego el vaso:

–Por nuestra amistad -brindó.

–¿No te parece que has bebido demasiado? Es ya muy tarde, Victoria; deberías estar en tu casa.

–Lo siento -dijo-, pero tu mujer me ha invitado a pasar aquí la noche.

Se dejó caer en el sofá. Contempló su vaso vacío:

–Decía que se sentía sola y enferma, y que tú te habías marchado…

–¿Es cierto eso?

Alicia bajó la vista; se negó a contestar. Me acerqué a ella y sacudí sus hombros:

–¿Qué pretendías? – le grité.

Alicia alzó el rostro; parecía una máscara de sí misma.

–Efectivamente -contestó-. Victoria no te ha mentido.

–Así que tú…

–Quería verla a solas, hablar con ella, averiguar de una vez lo que ocurría entre tú y yo… Llevo demasiado tiempo metida en un pozo, ¿sabes, Carlos? No podía resistir más. Quería saber cuál de vosotros miente, cuál de vosotros me apoya o me traiciona…

–¿Y lo has averiguado?

–Completamente.

–Te habrás quedado satisfecha… Una hazaña muy tuya, Alicia -dije-. Armar tanto barullo sólo para satisfacer tu maldita curiosidad… ¿No podías esperar a mañana? ¿Era necesario obligar a Victoria a que viniera a estas horas?

Alicia miró a la aludida: una mueca de asco se le dibujaba en los labios.

–Yo creí que Victoria era amiga mía.

En aquellos momentos Victoria parecía un fardo. Se había quedado arrebujada en el sofá, los brazos cruzados, las piernas encogidas en el

asiento.

–Y, como es lógico, a las amigas hay que explotarlas y tratarlas desconsideradamente, ¿no es así, Alicia? Por eso te apresuraste a llamarla en cuanto me marché.

Victoria abrió los ojos. Nos oteaba a los dos con mirar extraviado.

–Eso mismo le he dicho yo: para averiguar una sandez semejante no se obliga a nadie a recorrer cinco kilómetros.

Alicia levantó la voz.

–No es cierto -dijo-, sabes muy bien que te ofreciste tú misma a venir. Yo sólo te llamé por teléfono. Te dije que estaba desesperada. Te expliqué lo de la niña. Tú me contestaste: «Voy a Can Pou enseguida…»

Victoria esgrimió un ademán para atajarla y asintió con la cabeza.

–Es posible -admitió-. Pero ¿qué iba a hacer? ¿Qué hace una buena amiga cuando la otra reclama un S.O.S.? Atenderla. Correr a su lado. Es una forma de obligar.

Hubo un lapso breve. Un lapso lleno de dudas, de suspicacias y de temores. Era un lapso muy parecido al silencio del bosque poco antes de estallar la tormenta. Miré a través de la cristalera: la luna estaba allí, sobre el mar, tardía, pálida y enorme.

–Si al menos se hubiera tratado de algo serio -comentó Victoria.

–Lo era -protestó Alicia-. No podía haber nada más serio para mí. Tú eras la única persona en quien podía confiar.

–Te lo agradezco -dijo Victoria con ironía.

Estaba borracha, pero no perdía el hilo. Alicia tragó saliva con dificultad y

aclaró la voz:

–No podía más, Carlos: estaba cansada de vivir como si fuera un mueble…

Victoria cogió su vaso y volvió a llenarlo:

–Bueno: supongo que te habrás convencido de que mi amistad es auténtica: ya conoces el nombre de la mujer que está robándote al marido…

Y me miraba desafiándome al decir aquello.

–No me lo has dicho por amistad, Victoria.

–¿Por qué entonces?

–Porque estás borracha.

Victoria rió sin ganas y aclaró su voz:

–Seamos sinceras, Alicia. Sabes muy bien por qué me has obligado a venir. Lo de Serena era una excusa… Había algo más. Confiésalo. Querías vengarte de tu marido. Querías aprovecharte de su ausencia. Querías engañarlo conmigo.

Lo que vino después se confunde en insensateces inimaginables, en temores fugaces que iban creciendo sin lógica, apoyados por una sola idea: salir ileso del atasco. Vi las manos de Alicia pegadas a sus mejillas: «¿Por qué, Dios Santo? ¿Por qué todos tenéis que mentir?» Y sus ojos buscando en los míos un rastro de comprensión, de ayuda. Y los míos negándose a ello. Y los de Victoria implacables, contemplando su vaso vacío otra vez.

–Supongo que no le harás caso, Carlos: ni tú ni yo desconocemos los famosos motivos de Alicia.

Y sonreía de un modo extraño, como si abriese la boca, no para sonreír, sino para enseñarme los dientes.

Era evidente que Victoria mentía. Sin embargo, no le llevé la contraria. Victoria, en aquellos momentos, era una arma de dos filos: una posible y aterradora enemiga, o una aliada eficacísima cuando llegase el proceso de nuestra inevitable separación legal.

Me fijé en Alicia: su cara era como aquella luna que asomaba más allá de la cristalera. Acerqué mi rostro al suyo y le lancé como si escupiera:

–Atreverte a eso, a eso… Tú, mi mujer…

Cerró los ojos para abrirlos enseguida. Los vi llenos de horror. Yo estaba en ellos. Era un yo desconocido para ella, un yo que nada tenía que ver con el hombre que su padre admiraba… Un yo nuevo que nunca hubiera podido imaginar.

Todavía reaccionó. Todavía encontró fuerzas para agarrarse a una hipotética comprensión mía. Todavía quiso creer que yo iba a ayudarla: «No irás a creer eso, Carlos. Mírame bien… Dime que no lo crees…»

Hubo un chispeo de esperanza en aquellos ojos suyos. Un destello que hería: «Por nuestra hija, Carlos… Por ella te suplico que no creas a Victoria…»

–¿Cómo te has atrevido?

Alicia se agarró a mis brazos, me sacudió:

–Reacciona, por favor, reacciona. No puedes creerla: está mintiendo… Tiene miedo de que yo diga la verdad de lo que ha ocurrido. Por eso se ha presentado aquí en cuanto ha oído tu coche. Tiene miedo de que yo te explique lo que me ha propuesto…

–¡Cállate!

–No puedo callar, Carlos: Victoria está loca, completamente loca.

Se acercó a ella, tiró de su bata, la sacudió como acababa de sacudirme a mí: «Confiesa la verdad, Victoria… Dile a mi marido lo que tú eres. Vamos: repíteselo. Repítele a él todo lo que me has confesado a mí…»

Victoria palideció, se llevó la mano al pecho. Me miró asustada:

–Juro que te engaña, Carlos. Quiere echarme la culpa de lo que ha hecho ella… Te está engañando… Quería traicionarte conmigo para vengarse de ti.

Me crecía un asco infinito. Un asco que nacía de mí mismo y se extendía por la tierra como una lepra que no tuviese cura.

Alicia se replegaba, se llevaba la mano al vientre: daba la impresión que iba a quebrarse de dolor allí mismo.

–No es posible, Dios mío: no es posible.

Enseguida rompió a llorar. Ahogándose, con sollozos precipitados, como si no le diera tiempo a echarlos todos fuera.

Y yo la dejé llorar, sin dar un paso para calmarla. «Tú nunca fuiste cruel, Carlos, nunca…» Volvió a agarrarme por los brazos. Tenía el rostro lleno de lágrimas: «Los seres humanos tenemos derecho a un apoyo…» Se trabucaba. No sabía qué hacer para convencerme.

–Supongo que no serás tan ingenuo como para creerla -decía Victoria.

Había que decantarse. No me quedaba otra solución.

–Habéis bebido demasiado -dije.

Fue entonces cuando Victoria sacó las uñas:

–Evidentemente una de las dos está falseando la verdad. Carlos, bebidas o

no, tenemos conciencia de lo que está ocurriendo. De ti depende que se aclare ese maldito embrollo. Si no me crees, dilo francamente y saldré de esta casa ahora mismo.

Me amenazaba, sin rodeos, sin la menor condescendencia.

Era lo mismo que si me dijera: «O finges creerme, o no cuentes conmigo…» Me tendía una trampa. Y caí en ella: porque tenía miedo. Porque el horror de perder a Serena era demasiado acuciante.

No pensé en el daño que podía causar. Pensé únicamente en el daño que podían nacerme a mí. Me acerqué a Victoria condescendiente:

–Por favor, Victoria, no te alteres.

Los ojos de Alicia eran dos fieras desbocadas, dos pedazos de hielo. Era como si mirasen más allá de toda razón y de todo recato. Ya no pedían ayuda: estaban pidiendo a gritos que los cegaran para no ver lo que estaban viendo.

–Te creo, Victoria. Conozco a la perfección las reacciones de esa pobre loca… Esta tarde ha estado a punto de estrangularme… -Victoria empezó a llorar. Le ofrecí mi pañuelo-. Te lo ruego, no vayas a llorar…

Victoria respiró hondo y se secó los ojos con el pañuelo que yo le tendía.

De soslayo eché una mirada a Alicia. Su expresión era indefinida: como prestada. Algo postizo que sobraba. Por primera vez me había atrevido a declararle la guerra ante un tercero. La había llamado loca sin dirigirme a ella. La había descartado sin paliativos, decididamente. Como un enemigo cualquiera.

Victoria se ceñía la bata, me pedía el brazo para sostenerla:

–Por favor, Carlos: acompáñame a mi cuarto.

Y yo la obedecí por inercia, por servidumbre, por cobardía. Ni siquiera volví la cabeza para contemplar a Alicia. Al llegar a su cuarto, Victoria se dejó caer en la cama:

–¡Vaya nochecita! – dijo llevándose la mano a la frente-. ¡Quién tenía que decirlo! ¡Venir a esta casa en son de paz y encontrarme metida en un lío semejante…!

La ayudé a quitarse la bata, las zapatillas… Le abrí el embozo de la sábana. «Tenías tú razón, Carlos: tu mujer está loca, completamente loca…»

Le pedí disculpas, le rogué que olvidara… Amanecía. Tras el batiente cerrado se filtraba una luz azulada fría y apagada.

–¿Crees que podrás dormir?

–Perfectamente: gracias por todo.

Antes de llegar a mi cuarto, me detuve en la terraza. El mar tenía el color del día que nace indeciso. «Como los ojos de Alicia.» Las aguas encalmadas parecían hechas de acero. Era la calma típica de las horas muertas, aquellas que asisten al relevo del sol y de la luna.

Los árboles estaban aún llenos de noche y oscurecían las rocas mientras cabeceaban lentos. Observé el cable telefónico que atravesaba la finca: despacio y soñoliento, goteaba su relente. Allá, a lo lejos, había un barquito lejano, todavía encendido, jugando a ser un farol de papel. Todo era inofensivo y sereno. Alicia ya no podía dañarme: tenía a Victoria para atestiguar en contra de ella; tenía a Paco para protegernos de cualquier ataque suyo; tenía mi prestigio avalado incluso por un obispo…

Al entrar en mi cuarto divisé la silueta de Alicia.

–Todavía estás aquí…

Caminaba como sonámbula. Sin llorar. Dijo solamente: «Lo he

comprendido todo.»

No le contesté. Empecé a desnudarme como si ella no estuviera delante. Alicia todavía insistió:

–Te ruego que me escuches… No voy a exigirte nada: sólo que me escuches…

–Vengo escuchándote hace demasiado tiempo.

–Lo sé…

–Adelante -le dije-. Aunque no lo parezca, te escucho.

Y continué desvistiéndome mostrando fastidio.

–Nadie me necesita.

Lancé un bostezo prolongado y sonoro.

–Ni siquiera mi hija…

No había patetismo en su frase: sólo certidumbre. Una recia y consolidada certidumbre.

–Creo que lo mejor para todos será…

Bostecé, eructé, me rasqué la cabeza:

–Toma -dijo tendiéndome un papel-. Al menos, eso te servirá…

–Ahora no puedo leerlo: déjalo en la mesa.

Alicia se dirigió a la puerta. La abrió sin hacer ruido y salió de la estancia. Antes de cerrar todavía me dijo: «Buenas noches.» Después me metí en la cama e intenté dormir.

De pronto me acordé del papel. Tenía curiosidad por ver lo que había escrito. Me levanté de la cama. La letra de Alicia era desigual y denunciaba la alteración de su pulso. Leí su contenido: *Me quito la vida por mi propia decisión. Que no se culpe a nadie de mi muerte.* Luego venía la firma y la fecha.

Tuve un instante, un brevísimo instante de alarma. Luego, el blanco total. La imposibilidad de moverme. La incapacidad de reacción. Quise convencerme de que aquello era una trampa. Miré de nuevo el mar. Su calma lo borraba todo. Lo volvía todo inocuo.

El resplandor del día iba ya delatando el cielo y los árboles ya no tenían noche: verdeaban.

Lo cierto es que no intenté evitarlo. Volví a acostarme. Incluso dormí.

Me despertaron unas voces angustiosas que venían de abajo. Hablaban alto, parecían pelearse. Luego golpearon mi puerta. Era igual que la tormenta de la tarde anterior, sólo que sin rayos: con sol. Un sol estallante que hería la retina.

Todavía embrutecido por el sueño, fui distinguiendo los rostros que irrumpían en mi cuarto. Eran caras pálidas, estupefactas, cuerpos asustados que parecían huir de una catástrofe irremediable.

Vi a Victoria, envuelta en la bata que yo mismo le había quitado hacía unas horas; vi al guarda con la guerrera entreabierta y el rifle colgando de su hombro, apuntando al suelo; vi al colono con la camisa manchada, y a la cocinera ocultando las manos bajo el delantal.

No pregunté. No me decían nada, pero yo no pregunté.

El guarda fue el primero en hablar:

–Rápido, señor: ha ocurrido una desgracia.

Salté de la cama a toda prisa. No miré el papel que Alicia había dejado sobre la mesa. No quise mirarlo.

Me arrastraban todos hacia el torreón, hacia la colina, hacia el lugar del siniestro. Por el camino iban explicándome a retazos lo que había ocurrido. Se había lanzado desde lo alto de la torre. Había caído de espaldas. El perro del guarda aulló…

No tardé en verla. Yacía en tierra: la melena esparcida, los ojos abiertos, sin fluido, apuntando a un cielo que absorbía su color, la mueca de sus labios acentuada por un hilillo de sangre coagulada, que prolongaba la comisura. Dolores, arrodillada a su lado, le acariciaba la melena y sollozaba bajito.

Un sol impúdico y rutilante caía de lleno sobre su cuerpo inmóvil.

OceanofPDF.com

SERENA

En realidad, empecé a matar a Alicia cuando se percató de que yo no la necesitaba. Lo demás quedó en sistema, en trámite, en procedimiento más o menos vulgar.

Pero el abogado sigue pensando que soy inocente:

–Si al menos me explicara detalladamente lo que ocurrió…

–Aunque quisiera hacerlo, no podría. Es demasiado complicado.

No mentía: la memoria inmediata estaba atascada. Ni siquiera podía recordar cuánto tiempo había transcurrido desde que me habían detenido como presunto autor de la muerte de mi esposa. Cuando se traspasa la barrera de un cataclismo, el tiempo y el espacio carecen de valor.

Sólo he podido recordar con exactitud el cuerpo tendido, el estupor de Victoria, las insistencias de Paco, la aglomeración de rostros, los empujones, las increpaciones de la masa…

–Nunca en la vida me he encontrado con un caso como el suyo. ¿Por qué ese empeño en parecer culpable?

Servando Fuentevella disimula mal su nerviosismo. Ha esgrimido un argumento tajante:

–Tengo coartadas que prueban su inocencia.

Era lo último que pensaba oír. La vida es así de arbitraria. Coartadas, documentos, pruebas… Todo se reducía a eso. La conciencia no cuenta. Lo importante no son los hechos, sino las pruebas de los hechos. Las inducciones, las insinuaciones y el silencio no son pruebas lo bastante

sólidas para convencer a un letrado cabezota como Servando Fuentevella.

En cambio, las coartadas sí.

–¿Cuántos días llevo en la cárcel? – le he preguntado.

–Tres.

–¿Por qué no he sido incomunicado?

–El juez no lo ha considerado oportuno.

–Me niego a recibir más visitas -le he dicho.

–¿Ni siquiera a su hija?

–Ésa menos que nadie.

Conocía el empeño de mi suegra en que yo la viera:

–Dígale a doña Alicia que le prohíbo terminantemente que me traiga a Carlota. La cárcel no es lugar apropiado para ella.

Bastante había sufrido cuando le comunicaron que su madre había muerto. Era un sufrimiento injusto, desmadejado, impropio de su edad: «¿Por qué? ¿Por qué?» y me miraba con los ojos llenos de lágrimas: su dolor abrasándole las mejillas: «Yo no quería que muriese…» También ella debía de considerarse un poco culpable de la muerte de Alicia. «Que se lleven a la pequeña, que no suba al torreón…»

El cuerpo de mi mujer debía permanecer allí hasta que el juez llegase. Había que levantar acta, estudiar los pormenores… Fue preciso que el sol diera en sus ojos durante más de una hora, fue preciso que las moscas revoloteasen inquietas en torno a su rostro, y que los cuervos, hambrientos, batieran el aire con sus enormes alas, ahuyentando gaviotas y jilgueros…

Dolores continuaba acariciando su cabello como si únicamente durmiese. Había comentarios: «Estaba enferma, llevaba mucho tiempo trastornada.» Y el guarda repetía: «Me pareció ver una sombra que subía por el monte, pero imaginé que era un perro…» Todo antes que confesar que no podía haber visto a Alicia escalando la colina, porque, como tenía por costumbre, en cuanto yo había entrado en la casa se había echado a dormir.

La finca se llenó de curiosos: gentes «abnegadas» que se ofrecían «al señor Hondero» para lo que hiciera falta. En realidad, querían «ver» el cadáver, querían satisfacer su morbosa curiosidad a costa de altruismos falsos.

Recuerdo que Victoria, con el rostro hinchado y la mente nublada, pedía aspirinas. «El disgusto me estalla en la cabeza», repetía. Se negaba a reconocer que la cabeza le dolía por culpa de la resaca.

La guardia civil formaba un cerco en torno a la colina: «Nadie puede subir hasta que se apersone el juez…» Al fin llegó el juez con el forense: «Habrá que hacerle la autopsia», decían.

Miraban el torreón: «Alto, muy alto…» Las piedras nuevas se unían con las antiguas por el moho y el desgaste: «¿Cómo se le ocurriría venir hasta aquí para matarse…?» Había que explicar las razones: «Arriba tenía su estudio: Alicia pintaba…» El juez miraba las piedras como si en ellas fuera posible encontrar la clave de la tragedia.

Envuelta en una sábana, la trasladamos a la casa. Dolores preparó la cama: «Ni siquiera se había acostado», comentó tragándose un sollozo.

Pedí un whisky. Necesitaba beber aunque la resaca de la noche anterior estuviera atormentándome. Lo necesitaba para soportar aquello.

De repente surgieron los recuerdos: «Alicia siente una gran predilección por ti, Victoria…» Y la mención de aquel test, que jamás se realizó: «Un largo y lamentable test.» Los ojos de Victoria abriéndose golosos: «No te preocupes, Carlos: haré cuanto pueda por tu mujer.» Así había empezado la complicidad de Victoria: acusando a Alicia de algo que no era cierto.

Luego el papel…

–¿Sabía usted que había dejado un papel en la mesa de su cuarto?

El aturdimiento me permitía mentir sin demasiado esfuerzo:

–Debió de dejarlo cuando entró a darme las buenas noches…

–Pero usted, naturalmente, no lo leería…

–Es la primera vez que lo veo.

A pesar de todo, el juez me miraba con recelo. Reaccioné a tiempo:

–Por descontado. Si lo hubiera visto, Alicia no estaría muerta -dije gravemente.

Y sostuve la mirada con firmeza, como si la sombra de aquella posible duda fuera un insulto para mí.

–Por supuesto, comprendo…

El cuarto de Alicia se llenó de gente: rostros extraños que me compadecían, que se empeñaban en consolarme: «Un golpe duro, muy duro…» Y yo asentía, mirando de soslayo el cuerpo de la muerta: la habían colocado sobre una colcha bordada; su melena cuidadosamente peinada por Dolores, el hilillo de sangre lavado, sus mejillas amarillas, cuarteadas ya por algún morado. «Es mi única hija», había dicho don Alberto al presentarla al personal… «Se llama Alicia…» Y Alicia había saludado doblando la rodilla, porque en aquella época las niñas de casa bien saludaban así: «Buenos días, señor.» Pero entonces yo era aún inocente. Entonces yo no sabía que aquella niña era la cabeza del Bautista. Por eso el tío Rodolfo me había dicho entusiasmado: «Pídeme lo que quieras, Carlitos.»

Lo peor fue afrontar la llegada de mi suegra. Bajó del coche acompañada de

Juan Villoria: el rostro congestionado de tanto llorar, las piernas, endebles ya, caminando inseguras y apresuradas por la arena del jardín. «Ésa es la madre», susurraba la gente. Se echó en mis brazos sollozando, imposibilitada para toda palabra.

Yo mismo la llevé al cuarto de Alicia. Se quedó allí, abrazada a su hija, regando con sus lágrimas aquellos ojos secos.

Un cosquilleo invadía los míos: no sé aún por qué lloré. Tal vez porque comprendía que a partir de aquel momento algo en mi iba a morir para siempre.

El doctor Cordal llegó a Can Pou aquella misma tarde. Habló con el juez. Desarrolló una larga teoría sobre el proceso «lógico» del desequilibrio de Alicia. Sacó a relucir una serie de datos y nombres técnicos relacionados con el caso. El forense asentía. «El doctor Cordal tiene razón…» Luego vinieron las preguntas de rigor. De nuevo el maldito papel: «¡Gran Dios! ¡Ojalá lo hubiera leído a tiempo!»

–Cuando entró en su cuarto, ¿no advirtió usted en ella algo extraño?

–Estaba tranquila, demasiado tranquila… Ahora caigo en aquella tranquilidad, era sospechosa… Me dio las buenas noches y cerró la puerta.

–¿Discutieron ustedes? Perdone, señor Hondero, pero no tengo más remedio que hacerle esa pregunta.

–Anoche, no. Por la tarde sí. Ya le habrán dicho que mi mujer llevaba un infierno dentro. Por la tarde estuvo a punto de estrangularme.

Había testigos: Dolores, la niña. Y el doctor Cordal insistía: «Era mi paciente y puedo garantizar que vivía en un perpetuo desequilibrio: el trauma del parto suele causar repercusiones síquicas en algunas mujeres. Se empieza por una gran melancolía, a veces reforzada por manías religiosas (ya sabe usted: misticismo exasperado) luego viene la fase del estupor, y, al fin, la violencia.»

Preguntaron a Victoria:

–Últimamente se había desquiciado. Me llamó a altas horas de la noche para que viniera a esta casa. Decía que se encontraba sola…

–¿Dónde estaba usted, señor Hondero?

–Tenía una cita en Cala Rosa: asuntos Salcedo… Negocios.

Victoria continuó:

–Luego…

No arrancaba a explicarse. El juez insistía: «¿Luego qué?»

–Me hizo proposiciones raras: ya sabe usted, señor juez…

El juez no sabía. Fue preciso detallarle la situación: «Todo el mundo le podrá decir que la pobre Alicia era una perturbada…»

Y yo permití que el juez se tragara aquello. Es decir: dejé que Alicia muriese otra vez.

Después abordaron a su madre:

–Llevaba mucho tiempo ensimismada. No se confiaba a nadie. Ni siquiera al médico, ni siquiera a mí, que soy su madre…

El dolor no la dejaba expresarse: quería justificarla, pero la estaba inculpando.

El papel bastaba para realzar la inocencia de todos. El papel era un testimonio inapreciable.

Comenzaron a llover pésames, justificaciones, arrepentimientos: «Debimos

internarla cuando estábamos a tiempo…»

–La pobre arrastraba una melancolía crónica.

Fue preciso luchar para que la enterrasen en un cementerio católico. Había que hacer hincapié en la locura de Alicia: firmar documentos, buscar influencias eclesiásticas, agarrarse a su irreprochable conducta, a sus «sólidas» tendencias religiosas… El párroco del pueblo se mostró bien dispuesto: «Dios no habrá tomado en cuenta su acto. La señora Hondero no estaba en sus cabales. Todos sabemos que era una enferma…»

Había que evitar vericuetos complicados y poco edificantes. Había que perderse en verdades abstractas, apañadas con oratorias convincentes. Y Alicia fue enterrada en el cementerio católico.

La verdadera comedia empezó cuando Victoria y yo nos encontramos a solas:

–Estoy consternada -me dijo-. Jamás hubiera creído que Alicia fuese capaz de una insensatez semejante: al fin y al cabo, nuestra conversación no fue tan terrible. Las dos estábamos sopladas.

Desvié la cuestión. Pregunté si había avisado a su marido.

–Paco me llamó esta mañana desde Cala Rosa. No creo que tarde en llegar.

Y de nuevo volvió a la carga:

–Tal vez no debí contarte lo que hubo entre nosotras antes de que tú regresaras. Tal vez debí callar lo que Alicia me propuso…

Ni siquiera después de saberla muerta era capaz de apearse. Continuaba acusándola como si jamás hubiera mentido. Estuve a punto de desenmascararla: Victoria ya no me hacía falta. Ya no podría servirme en aquel maldito proyecto de separación.

Probablemente, la muy incauta suponía que, al decirme aquello, yo la estaba creyendo. Probablemente no sospechaba siquiera que la mentira urdida por ella, para defenderse de las acusaciones de Alicia, no había sido realmente asimilada por mí.

Opté por callar. Lo contrario hubiera sido casi lo mismo que declararme culpable. Y Alicia fue asesinada por tercera vez.

Lo verdaderamente difícil fue afrontar a Carlota. Le habían dicho que su madre había sufrido un accidente: «Subió a la torre y, al asomarse al balcón, tuvo un mareo.» Pero Carlota no se contentaba con aquello: quería saber algo más. «¿Por qué? ¿Por qué subió a la torre, papá?» Y se aferraba a mi cuello, llorando, sin darse cuenta de que aquellas lágrimas suyas iban adentrándose en mi sangre como un veneno que me fuera debilitando.

–Ya nunca podré pedirle perdón por haberla llamado mala.

–No llores, hija mía: mamá te perdona. En estos momentos te está escuchando.

–Pero no contesta.

–Algún día te contestará.

No sabía cómo consolarla.

–Mamá está en el cielo, ¿sabes, hija? Mamá no te abandona…

Pero las manos de Carlota seguían aferrándose a mi cuello, desesperadas. No se contentaba con aquel lejano cuidado de la madre; quería el mío, mi protección.

–No me dejes, papá.

–Nunca te abandonaré, hija.

–¿Me lo prometes, papá? No quiero quedarme sola nunca, nunca.

Y yo se lo prometí: la garganta seca, el cuello tenso y dolorido por la presión de sus brazos.

Fueron días angustiosos, desusados y saturados de niebla. Can Pou se llenó de amigos: caras familiares y extraños a la vez que hasta aquel momento jamás se habían mostrado compungidas.

Eran personas de «otros momentos», gentes que siempre habían definido su amistad gastando bromas o comentando vaciedades. De pronto sus facciones adquirían rictus distintos: gestos amargos que lo volvían todo insólito y patético. Y yo debía seguirles la corriente porque, a pesar del sol, todo en Can Pou era niebla, desconcierto y sordidez. La verdad no contaba. Nadie parecía interesarse por la verdad. La servidumbre social exigía que la verdad permaneciese oculta y amordazada.

Vino Paco: me abrazó presuroso, delante de todos. Dio palmadas en mi espalda, me dijo: «Horrible, chico: nunca imaginé que acabaría así.»

Y yo:

–Ya lo ves: la vida… Ayer todavía estaba aquí, contemplaba ese paisaje: el mar, los árboles…

Y Paco asentía, achicando la ceja porque en cuanto la sensiblería mediaba entre nosotros, el tic de la ceja se hacía inevitable.

«Ayer.» ¡Qué lejos estaba ya el ayer! Era un cúmulo de recuerdos sin retorno, una sinfonía de errores que lentamente iban asentándose en la húmeda frialdad de la masía, en los objetos que Alicia había dejado, en los cuadros que yacían amontonados en su estudio (un estudio que ya no olía a trementina porque Alicia había dejado de pintar hacía mucho tiempo), en el cielo que ella contemplaba cuando Carlota y yo subíamos a la colina: «Va a llover.»

A pesar de todo, la casa, sin Alicia, estaba vacía. Había huecos suyos en todas partes. Huecos llenos de su tristeza, de su propio vacío, de aquella necesidad de ser necesitada que nadie había recogido cuando aún vivía. Huecos llenos de su incomunicación. Huecos que reclamaban y exigían con mayor insistencia que antes.

Lo peor de aquel «ayer» era hablar en pasado: saber que el presente no podía afectarla: «Qué pronto se vuelve todo pasado para los que mueren», dijo doña Alicia. Y yo la miré como si aquella frase no la perteneciera, como si, en realidad, la estuviera robando de mi propia mente.

–Esta finca ya no será la misma -continuó diciendo mi suegra.

Y Paco asentía. Enseguida pidió un *alkaseltzer:* «El disgusto me ha revuelto el estómago…» Juan Villoria se apresuró a complacerlo. Juan era servicial y su eficacia iba convirtiéndose en la envidia de mis amigos:

–Quién tuviera un «juan» como el tuyo.

Paco tragó su *alkaseltzer* con avidez. Luego me dijo por lo bajo:

–Espero que a tu suegra no se le ocurra lanzarnos una poesía sobre la soledad de los muertos y el «pasado de los que mueren…»

Y enseguida eructó su primera burbuja estomacal.

Dos días después del entierro, regresé a Barcelona. Había un sinfín de asuntos pendientes que debía resolver. Mi suegra se quedó en Can Pou con la niña.

–Vete tranquilo, hijo: yo cuidaré de Carlota.

Mi hija lloraba, no podía soportar que me fuera: «Me prometiste que no me dejarías…» Tuve que explicarle que la muerte de su madre había causado alteraciones insospechadas que no debía descuidar. Carlota insistía: «Pero tenías vacaciones…» Mi suegra la censuraba por aquella insistencia:

«Bastante sufre tu padre… No se lo hagas todo más difícil.»

Se había vestido de negro y, al decirme adiós desde el atrio, el sol verdeaba su luto, no sé si a causa de la arboleda o al tinte apresurado de la tela:

–Volveré pronto -prometí.

La canícula se cernía implacable sobre Barcelona. Recuerdo que, al entrar en la ciudad, el pavimento asfaltado parecía oscilar inmerso en dunas de vapor.

Llegué hasta el paseo de Colón. Detuve el coche en la esquina de una calle discreta. Luego anduve hasta la casa de Serena. Llegué a su rellano. Metí la llave en la cerradura

Serena estaba en el vestíbulo: erguida, sus brazos caídos, el rostro moreno; los ojos abiertos, verdes, rasgados, brillantes. Nos miramos unos instantes en silencio: su olor a Arpège, entre ambos. No hablamos: nos abrazamos.

A través del balcón abierto, se escuchaba una radio vecina. La voz del locutor hablaba de Caryl Chessman: se hacían conjeturas sobre su inocencia. Decía que si lo ejecutaban iba a cometerse una injusticia. Serena lloraba:

–Pensaba que nunca ibas a venir.

La radio insistía: «Chessman asegura que es inocente.»

–También yo lo he asegurado -dije.

Serena cogió mi cara con sus dos manos:

–Tú lo eres -exclamó.

Negué con la cabeza. Pero sus ojos insistían. «Lo eres, lo eres…»

Me desasí de ella. Me acomodé junto al ventanal. El mar era un retazo de cielo volcado a la tierra; un cielo líquido que centelleaba con guiños demasiado alegres para que no dañaran.

–A ti no puedo mentirte, Serena. Sería como mentirme a mí mismo.

Me llevé la mano a la frente. Contemplaba los dibujos de la alfombra, la sombra que los barrotes del balcón proyectaba sobre ella…

Al final le confesé:

–Yo pude evitar la muerte de Alicia, pero no lo hice.

Serena se sentó en mis rodillas. Escondió su cara en mi cuello. Su voz era un susurro:

–¿Por qué no lo evitaste?

–No lo sé: eso es lo peor. Tal vez porque imaginé que Alicia me tendía una trampa. O quizá porque era la única ocasión que tenía de eliminarla. Sea por lo que fuere, no soy inocente.

Volvió a besarme, frenética, crispada: «Lo eres, lo eres», repetía casi gritando.

Y yo quise convencerme de que lo era. Por eso, cuando recibí la carta de Lolita, me sentí, en cierto modo, vindicado:

Quisiera estar a tu lado, Carlos, para ayudarte a soportarte a ti mismo. Sé lo mucho que debes de estar sufriendo. Te conozco lo bastante para saber que, a estas horas, te habrás fabricado un mundo de reproches vagos que sólo conseguirán torturarte. Los suicidios siempre dejan en los vivos un amargo regusto de culpabilidad. No permitas que la muerte de Alicia te hunda. Por mucho que la conciencia se empeñe en atormentarte con lucubraciones absurdas, no olvides que los suicidas son también

homicidas: casi siempre se quitan la vida para matar a su modo a los que continúan viviendo…

Aquel mismo día contesté a Lolita: *Gracias, querida amiga: Tu carta ha sido un remanso para mí. ¡Qué bien has captado mi estado de ánimo! Efectivamente la muerte de Alicia ha sido un golpe duro, muy duro… Más de lo que puedes suponer…*

Y me convencí de que, efectivamente, Alicia, al quitarse la vida, había atentado descaradamente contra la mía.

Cuando llegué al Banco, me miraron todos como si contemplaran a un héroe recién llegado de la guerra. «Don Carlos: tómese un respiro.» Querían descargar mis problemas, ser útiles, sustituirme en los asuntos enojosos: «No debería volver por aquí hasta que se haya repuesto del todo.» Yo les agradecía sus propuestas: «Pero el trabajo me distrae, me quita preocupaciones…»

Regresé en el coche a Can Pou cuando hube puesto al día los asuntos de la herencia. Serena, para cubrir apariencias, aquella vez no viajó conmigo. Se fue en el tren y, al llegar al pueblo, alquiló un taxi para dirigirse a la urbanización donde vivían los Moraldo.

Carlota me recibió con cierto rencor en las pupilas:

–Has tardado mucho, papá.

Por unos instantes tuve la impresión de que Alicia había reencarnado en ella: «Has estado con Serena, ¿verdad, Carlos?»

–Los asuntos Salcedo son sagrados, hija mía.

Doña Alicia abogó en mi favor:

–No se puede ser tan exigente, Carlota. Tu padre es un hombre muy

ocupado, un hombre trabajador… Todo lo hace por ti.

Aquel día lo pasé entero con ella. Hasta que la dejé en la cama, no me trasladé al bungalow de Paco. Serena estaba allí: sonriente, ansiosa de saber qué había ocurrido. Le dije que todo en la finca continuaba igual.

Nunca como aquel día Serena se había mostrado tan sumisa ni tan avergonzada de sus ramalazos de ira: «Fui absurda, Carlos: me porté como una niña estúpida.» Se lamentaba de su ida a Perpignan: «Una cabezonada idiota. Una frivolidad provocada por mis celos.»

De aquellos días recuerdo, sobre todo, el empeño de Serena en amoldarse a todas mis decisiones. «De ahora en adelante, jamás te ocasionaré problemas, ya lo verás, Carlos», el regusto ácido de un remordimiento que lentamente iba perdiendo virulencia y los ojos ansiosos de cariño de mi hija Carlota. Lo demás (aquellos detalles que más tarde adquirieron un volumen insospechado) apenas alcanza relieve: las miradas entre furtivas y directas de un Paco «distinto» cuando, por las noches, nos quedábamos los cuatro frente al televisor de su casa, o jugando al *bridge:* los ademanes cada vez más nerviosos y bruscos de Victoria al barajar los naipes; sus indirectas agresivas a los comentarios de Serena…

Poco a poco, nuestros encuentros fueron afianzándose. Como Alicia ya no podía interferirse en nuestras vidas, nada impedía que los Moraldo se llegaran a la playa de Can Pou acompañados de Serena. Mi suegra los recibía siempre risueña: «Habéis caído del cielo, hijos míos -decía-. Sois una bendición de Dios… Desde que ocurrió la desgracia, Carlos y yo nos hemos quedado tan solos…»

Y se tragaba aquellas lágrimas rebeldes que parecían nacerle en la garganta.

–Nunca olvidaremos vuestra amabilidad, vuestra compañía…

Decía «Carlos y yo» como si formáramos un clan, como si «ellos» fueran miembros de otros clanes y otros ambientes. La pobre mujer vivía de utopías así: optimismos absurdos que la ayudaban a soportar las derrotas de

su vida. Se había acostumbrado a las tragedias y cualquier muestra de afecto le parecía un regalo.

Incapaz de dañar a nadie, creía a pies juntillas que nadie, a su vez, podía causarle daño a ella. Para doña Alicia, las desgracias de su vida habían sido «males inevitables» pero nunca intencionados. Todo el mundo era bueno, noble y abnegado, y si alguna vez alguien intentaba abstraerla de aquella ingenua concepción de la vida, inmediatamente reaccionaba: «Mentiras, envidias: nada más que envidias.»

Después cambiaba de conversación.

Fue aquella faceta optimista e ilusa lo que, en realidad, la había distanciado tanto de su hija. Alicia jamás pudo acostumbrarse a la insustancialidad de su madre. No comprendía cómo una mujer tan azotada por la adversidad podía vivir sin acusar la huella: «Arrastra su dolor como si arrastrase una maleta pesada sin querer averiguar lo que hay dentro de ella», decía Alicia cuando se refería a la resignación de su madre.

–Ahora sólo me quedan mi nieta y mi hijo -seguía explicando doña Alicia señalándonos a Carlota y a mí-. Dos tesoros que por nada del mundo quisiera perder… Espero que Dios se apiade de mí y me lleve antes de perderlos.

Le emocionaba mucho saber que Victoria había estado con su hija poco antes de morir: «Pensar que tú fuiste de las pocas personas que la vieron…»

Y al decir aquello, cogía la mano de Victoria, como si el contacto de aquella mano pudiera devolverle un poco a la hija.

–Nunca podré olvidarlo, nunca…

A veces, cuando Victoria se ponía a tiro, se volvía confidencial:

–Entre tú y yo: sabrás ya que mi hija me rehuía. Sobre todo últimamente…

Y le repetía mil veces las conversaciones íntimas que en algún momento dado habían mantenido ella y Alicia: «La pobre se encerraba en sí misma: "Déjame en paz, mamá… No tengo nada que contarte…"»

Y los Moraldo, a medida que el tiempo pasaba, se iban afianzando más y más en el beneplácito de mi suegra. Pronto las mañanas playeras se extendieron al día entero. Los invitaba a almorzar, recorría la finca con ellos, los llevaba a la huerta: «Fijaos en esos tomates: parecen granadas.» Y daba órdenes al colono para que los «queridos amigos Moraldo» se llevaran un cesto lleno. En cuanto regresábamos a la masía, le decía a Juan Villoria que sirviera whisky. Había descubierto que a Victoria le gustaba beber y se hacía comprar para ella el mejor whisky que había en el pueblo.

Pero los progresos amistosos tuvieron su culminación en Serena. Fue un proceso lento, incisivo y tremendamente eficaz.

Empezó por la niña. Carlota encontraba en Serena la «persona mayor» dispuesta a complacerla en todo: «Quiero bañarme contigo Serena.»

Y Serena la cogía en los brazos, la metía en el agua, jugaba con ella: «Vamos a sorprender a papá», decía mientras me salpicaban aposta. Yo me hacia el sorprendido, el atacado. Y Carlota reía…

El mundo se llenaba de luz cuando Carlota reía: «A la canoa…» Doña Alicia era feliz cuando observaba la alegría de su nieta: «Hay que evitar a toda costa que le ocurra lo que a su madre…»

Fueron quince días completos. Carlota ya no concebía la vida sin Serena. «¿Vendrá hoy, papaíto?» Nunca faltaba. Y doña Alicia repetía: «Esa señora es un ángel… Me refiero a la viuda de Fuentes…»

Hacia principios de septiembre, el padre Celestino fue a visitarme al Banco. No lo esperaba. A decir verdad, me había olvidado de él. Llevaba mucho tiempo sin tener noticias suyas. Lo hice pasar a mi despacho. Entró con paso todavía ligero, su sotana de nuevo reluciente y la mano tendida: «¡Dios mío, cuántas cosas…!»

–Me hubiera gustado verte antes -dijo-, pero no ha sido posible. He estado fuera de España…

Al parecer se había enterado hacía poco de la muerte de Alicia.

Lo hice sentar en el butacón frente al mío: «Me enteré tarde, una desgracia… Una verdadera lástima.» Con los años la voz se le estaba volviendo más aguda y menos convincente. Pero su mirada continuaba siendo penetrante como en los tiempos en que me llamaba a sus habitaciones para «dialogar».

–No quisiera robar tu tiempo, Carlos: debes de andar muy ocupado -y miraba en torno como si el lujo de mi despacho le estorbara-. Únicamente quería darte el pésame y decirte que he rogado mucho por ella.

–Ya sabrá usted que Alicia se quitó la vida.

El padre Celestino respiró hondo y asintió con la cabeza:

–Lo sé -dijo fríamente-. Confiemos en la misericordia de Dios. Alicia era profundamente religiosa.

Recordé la conversación que habíamos mantenido el día que Carlota fue bautizada. «Ahora me sacará a relucir lo del contagio.» Pero el padre Celestino tenía demasiadas horas de vuelo para provocar impertinencias que nos hubieran alejado definitivamente.

–No merecía esa muerte -terminó diciendo.

–Alicia era una enferma -dije-. Supongo que ya sabía usted eso.

–¿Enferma de qué?

–Tenía obsesiones.

–¿Fundadas?

–Veía fantasmas donde no los había.

El padre Celestino cruzó las manos sobre su regazo y habló como si se dirigiera a ellas:

–De cualquier forma, siempre hay algo de verdad en lo que nos obsesiona. También Job era un obsesivo… Y ya ves: estaba cargado de razón.

Opté por afrontar directamente sus diatribas:

–No irá usted a decirme que Alicia era una especie de Job.

–En la vida hay muchas clases de Job, Carlos; y de Herodes y de Caín… Únicamente cambian los sistemas, los procedimientos.

Se detuvo de pronto. Me miró, asustado. Mudó enseguida de conversación. Preguntó por mi hija.

–Carlota se está haciendo mayor: va a cumplir cinco años.

–¿Cómo aceptó lo de su madre?

–Los niños olvidan enseguida.

El padre Celestino frunció los labios.

–No estés tan seguro de eso, Carlos: tendrás que vigilar estrechamente a tu hija. A su edad se experimenta una especie de pudor que impide demostrar el dolor que se siente. Es como si sufrir fuera un espectáculo feo al que hubiera que rehuir. Pero, por dentro, se vive un infierno.

–Haré cuanto esté en mi mano para evitar que sufra. Aunque le parezca extraño, yo quiero a mi hija.

El padre Celestino movió la cabeza asintiendo:

–De todos modos, no basta querer a una persona para cumplir como es debido con ella… para evitar que se hunda. Acuérdate de tu mujer: si no me equivoco, también la querías…

Encendí un cigarrillo: necesitaba humo para esconder mi cara:

–…y a pesar de todo, llegó a suicidarse.

Después vino un silencio incómodo. Sonó el teléfono de mi mesa: era la consigna que yo le había dado a la secretaria para interrumpir nuestra conversación: «De acuerdo: ahora mismo lo recibo.»

–¿Te reclaman?

Asentí. Se levantó. Me tendió la mano sonriendo:

–Si quieres algo de mí, ya sabes donde me tienes.

–Se lo agradezco.

Lo acompañé hasta la puerta.

A los dos meses de aquella entrevista, ejecutaron a Caryl Chessman. Hasta el último instante de su vida, estuvo manteniendo la tesis de su inocencia.

–Es horrible -comentaba Serena- pensar que han podido ejecutarlo por un crimen que no ha cometido…

Se le acusaba de ser el «asesino de la luz roja». Eso era cuanto la ley podía imputarle. Los restantes crímenes no contaban porque ninguno podía probarse con exactitud.

La ley era astuta: terriblemente astuta. La ley se hacía la dormida cuando las pruebas no eran rotundas. Dejaba que la vida se encargara del zarpazo.

En el fondo, la ley no se equivocaba: ni siquiera cuando decretaba una sentencia falsa.

–No me hubiera gustado estar en el pellejo de Caryl Chessman -dijo Serena.

Y yo, no sé por qué, pensé que tal vez le hubieran hecho un favor matándolo aunque no fuera el asesino de la luz roja.

La Navidad de aquel año resultó mucho más boyante que las anteriores. El auge turístico se percibía en todos los detalles. España iba enriqueciéndose poco a poco. El fluido eléctrico ya no era un problema: las calles se veían iluminadas y los escaparates empezaban a matizarse de estilos europeos. Era necesario ocuparse de los regalos de Carlota. Mi suegra no sabía por dónde empezar. «Podría ayudarme Serena…»

Y Serena la ayudaba; comenzaba a ser el brazo derecho de nuestra casa, la mujer indispensable en los asuntos domésticos. También mi hija iba aficionándose a ella: «¿Por qué no le dices a Serena que se venga a vivir con nosotros, papá?» Y yo me hacía el agobiado: «Vamos, Carlota… No seas insensata…»

–¿Sabes lo que dice la abuela, papá? Que Serena te quiere mucho.

Un día doña Alicia me abordó sin rodeos:

–Deberías casarte otra vez, Carlos.

Me proponía aquello como si se tratara de una cura de aguas o un viaje «para olvidar»:

–Carlota necesita una madre y yo necesito una hija.

Se me helaba la sangre al oírla. No podía concebir que en el mundo hubiera seres tan poco egoístas como aquella mujer.

–Es demasiado pronto -dije.

Doña Alicia ignoraba lo que había entre nosotros. Me proponía aquello porque Serena era la mujer que veía todos los días, porque no conocía otra para sustituir a su hija. «¿Te has fijado en Serena, Carlos? Aunque no es rubia como Alicia, hay momentos en que se parece a ella…»

Victoria y Paco se desternillaban de risa cuando escuchaban aquel tipo de frases: «Una mujer deliciosa -decían-. Cualquier día te dedica una poesía, Serena…»

Sin embargo a veces, Victoria se rebelaba: «Le estáis haciendo un lavado de cerebro. No tardará mucho en suplicarte de rodillas que te cases con Carlos», le decía a Serena.

Y volviéndose a mí me increpó abiertamente:

–Si llega a ese extremo, todo habrá sido obra tuya.

–No irás a considerarme un Rasputín, Victoria.

–No -dijo-, te considero un Carlos Hondero. Es suficiente.

Y salió de la estancia sin más comentarios.

Fueron aquellas pequeñas cosas las que lentamente me iban poniendo en guardia contra Victoria. Pero entonces no llegaba a captar íntegramente lo que se escondía en el fondo de aquella mujer.

Intenté sondear a Serena. «Una mujer extraña…» Serena la defendía:

–A veces pienso que eres la gran estafa amistosa, Carlos. ¿Qué te ha hecho Victoria para que estés continuamente lanzándole pullas? Seguro que la hermana de Paco habrá influido en ti…

–Hace un siglo que no la veo.

–Pero te carteas con ella.

–Es muy difícil influir por carta.

Serena y yo nos casamos aquella primavera: faltaban unos meses para que se cumpliera el aniversario de la muerte de Alicia. Fue una boda secreta, sin boato y sin pastel de boda. Firmaron como testigos Paco y Juan Villoria.

Mi suegra se empeñó en asistir a la ceremonia: tenía la presunción de que aquella boda había sido un «arreglo suyo». Entró en la iglesia dando la mano a su nieta. Las dos iban radiantes, convencidas de que su presencia era imprescindible para que yo accediera a casarme.

Recuerdo que, al salir de la iglesia, fuimos todos al aeropuerto. Pregunté por Victoria; me extrañaba no verla allí. «Ha tenido un ataque de hígado», me dijo Paco. Los ataques de hígado, en Victoria, eran siempre resultados de una borrachera.

Fue una despedida cordial. Mi suegra parecía contenta: «Cuídala mucho», le encomendé a Paco. Y doña Alicia, al oír aquello, se esponjaba.

Carlota se pegaba a mi cuello:

–Vuelve pronto, papá.

Subimos al avión que debía conducirnos a Niza: los dejamos allí a los tres, agitando pañuelos.

Queríamos rehacer nuestro primer viaje juntos: aquel que se había camuflado tras un campeonato de golf.

Faltaban Paco y Gladys Goulden. Lo demás era todo igual. De nuevo el Paseo de los Ingleses. Y el sol, y los barcos… «¿Recuerdas, Serena? ¿Recuerdas la risa de Gladys cuando la llamaban madame Moraldo?»

–¿Dónde andará Gladys Goulden?

Se había marchado a América hacía ya dos años y nadie se acordaba de ella.

–Quién sabe…

Gladys era ya una página leída en la historia de nuestras vidas, un personaje olvidado que probablemente nunca íbamos a recobrar.

–Sería magnífico volver a aquellos días -dijo Serena.

No se percataba de que «aquellos días» eran sólo crispaciones anhelosas abocadas a conseguir lo que ya tenía.

–¿Por qué añorar lo conseguido? – pregunté.

–Tal vez lo que esté echando de menos sea el afán de conseguirlo.

El amor debía de ser eso: adorar las pequeñas cosas que nos arrastraban al amor; algo más sutil que el amor mismo.

El caso es que a mí me ocurría algo parecido. En realidad, no podía quejarme. Tenía lo que tanto había anhelado. Me había casado con Serena sin perder la fortuna de Alicia. Por si fuera poco, tenía a Carlota, prestigio, cargos importantes, responsabilidades de resonancia pública. Era lo que se llamaba un prócer; un V.I.P. en potencia. Además había adquirido la suficiente experiencia para no sentirme cohibido ante ninguna situación difícil: sabía desenvolverme con holgura, conocía exactamente lo que en cada momento debía hacer o no hacer. ¿Qué era lo que estaba fallando?

–Finjamos ser una pareja clandestina.

Serena rompió a reír:

–Imposible -dijo-. Somos ya una pareja respetable.

–Entonces habrá que ir pensando en dejar de serlo.

Nos encontrábamos en la terraza del Negresco y en torno a nosotros había un grupo de gente joven que reía y voceaba. Sorprendí a Serena mirándolos con envidia.

–Se divierten -dijo. Y se volvió hacia mí:

–¿Qué nos falta, Carlos?

–Tal vez juventud.

–No: no es exactamente eso…

Yo sabía muy bien lo que nos faltaba: la costumbre de sabernos en falso, la inquietud de unas aspiraciones que ya eran realidades, la imposibilidad de anhelar un equilibrio porque nos habíamos adentrado de lleno en él. Estábamos saturándonos de sosiego: por eso nos aburríamos.

Fue un descubrimiento doloroso: algo parecido a una amputación.

–¿Recuerdas cuando Paco se tragó un hueso de aceituna?

La broma del hueso había durado dos días. Y Paco había fingido un cólico que ninguno de los cuatro había tomado en serio.

–Gladys decía que también ella tenía un hueso clavado en la garganta. ¿Te acuerdas? Un hueso que se llamaba Paco…

Sonreíamos al recordar. Nuestros vecinos, en cambio, sonreían para crear recuerdos. Ésa era la diferencia.

El camarero se llegó hasta nosotros con aire severo. No parecía el mismo hombre que servía a los de la mesa de al lado.

–Nos ha tomado por una pareja caduca -comentó Serena.

–En realidad, lo somos.

Serena contempló su vaso:

–¿No te habrás cansado de mí, Carlos?

–¿Cómo puedes decir eso?

–No lo sé, una idea repentina…

Todavía no era cansancio: era decepción. Comprender que Serena y yo no nos bastábamos para ser felices.

Alcé mi vaso:

–Por nuestra felicidad.

Una vez más nos empeñábamos en ser reyes del presente, como lo habíamos sido antes, cuando resultábamos inéditos el uno para el otro.

–Por nuestra felicidad -brindó ella.

Salimos de allí algo confortados. Cenamos en un lugar que no conocíamos. Pero tampoco los escenarios nuevos servían para crear emociones nuevas. También allí arrastrábamos esperanzas antiguas, las que ya no podían saciarse porque se habían saciado.

Hubo días en que nos quedamos mudos, frente a frente, observando las cosas que nos rodeaban como si únicamente en lo que no nos pertenecía, pudiéramos hallar la clave de nuestro bienestar.

Sólo al beber resucitábamos un poco. Pero la euforia duraba lo que el efecto del alcohol.

Cierta noche me desperté gritando. Serena me miraba asustada.

–¿Qué te ocurre, Carlos?

–No lo sé: estaba soñando algo terrible.

Se acurrucó en mi pecho:

–El corazón te late deprisa, ¿recuerdas lo que soñabas?

Era imposible concretarlo. Se trataba de un siniestro inevitable:

–Algo que tenía que ver con un avión caído en picado…

Serena bromeó: «A lo mejor es un aviso para que volvamos en tren.» Serena era supersticiosa, como Victoria, como Paco, como el noventa por ciento de los ateos.

–Sería ridículo prestar atención a un sueño.

–Quizá, pero me has asustado. Nos queda un recurso, Carlos: duérmete otra vez, recupera el sueño. Acércate al lugar del siniestro, procura hacerte con la caja negra: conociendo las causas, será más fácil evitar el daño.

Pero había daños irreparables, daños que «debían producirse» aunque se supieran de antemano los motivos que iban a provocarlos. Yo aún no los conocía; sin embargo, ahora sé que estaban en mí de forma difusa. Empezaron a surgir en la infancia y continuaron vigentes hasta la madurez.

No pude dormir. Contemplé el rostro de Serena de nuevo traspuesto, a mi lado. Era como si aquel sueño la estuviera aislando de mí. «No habría que dormir nunca junto a la persona querida» Así, dormida, era imposible llegar hasta ella, penetrar en su vida; la que resultaba exclusivamente suya. Hubiera querido despertarla para preguntarle: «¿Qué estás escondiendo cuando duermes, Serena?» Me acordaba de Alicia: de todo lo que me había dicho antes de morir: «Tú nunca fuiste cruel, Carlos»; sin embargo, había sido mi crueldad lo que la había arrastrado a la muerte.

Salí al balcón. Abajo, un mundo de criaturas vivientes se agitaba en la vorágine del ir y venir callejero. Hasta mí llegaban retazos de frases inconexas, ruidos medio frustrados por la lejanía, silencios que se apagaban enseguida con sonidos inconcretos y sordos. Todo subía hacia mí en espiral, como un torbellino que fuera a arrollarme.

«Imposible conocer a nadie -pensé-. Imposible saber con exactitud cómo somos, cómo podemos reaccionar…»

–Cierra el balcón -dijo Serena-. Está entrando frío.

La obedecí. Volví a la cama. Miré al techo:

–¿Crees que soy un hombre cruel, Serena?

–Pero ¿de qué estás hablando?

–De Alicia. Ella no creía que yo pudiera ser cruel…

–¿No te parece que resulta poco oportuno nombrarla ahora? Déjala que duerma en paz. Alicia ya no existe.

–Ella me creía inocente.

–También yo.

–Sin embargo, no lo soy.

A lo lejos se oían las sirenas de los barcos y el motor ametrallante de un fuera bordo. Pensé que no había nada como el mar para evadirse. «Compraré un yate.» Sentía envidia de aquella lancha que se perdía en el horizonte.

–Decididamente, nadie conoce a nadie.

Pero Serena no me oía. Se había vuelto a dormir. Un sabor amargo invadía

la concavidad de mi boca. La noche anterior había bebido demasiado: era estúpido pasar la vida así: bebiendo para sentirse vivo y morirse al día siguiente para volver a beber. Era estúpido crear personalidades sin saber cómo somos realmente y tener fe en los demás cuando nadie podía fiarse ni siquiera de sus propias reacciones.

Imaginé lo que, en adelante, iba a ser mi vida con Serena. Me vi a mí mismo junto a ella, bostezando ante el televisor, discutiendo pequeñeces, insertos de lleno en la horrible sociedad de consumo que estábamos inaugurando, sorteando pequeños problemas domésticos, defendiendo derechos arbitrarios, ideas sin importancia. Y comprendí que nada de aquello había sido previsto por mí antes de casarme por segunda vez.

Me levanté de la cama. Volví a salir al balcón.

De pronto vi a Serena apoyada en el quicio: tenía el sueño en las facciones y el ademán aletargado. Distraídamente se rascaba la cintura y al alzarse el camisón dejó al descubierto una celulitis incipiente en sus piernas.

–¿Qué te ocurre, Carlos?

–No puedo dormir. El maldito sueño del avión siniestrado me ha dejado hecho polvo.

–Estás deseando regresar a Barcelona, ¿verdad?

–No exactamente.

Serena bostezó y dejó de rascarse la cintura.

La amanecida era lenta. Ya no había canoas rasgando el agua, ni barcos lejanos camino del horizonte. Había una paz mortuoria, como de cementerio, y aquel otro recuerdo de otro amanecer en que los árboles, todavía impregnados de noche, se inclinaban negros sobre las rocas de Can Pou.

–Bonito -dijo ella-. Igual que un cromo. ¡Todo tan detenido!

–Por favor, Serena… Esa comparación no es digna de ti.

–¿Te parezco trivial?

–Manida. Todo el mundo dice esas cosas.

Pareció molestarse:

–Quiéraslo o no, todos formamos parte de ese «todo el mundo».

Sin embargo, hasta entonces yo siempre había imaginado que Serena era distinta.

–No -dije-. Tú no puedes ser «como todos.»

–¿Por qué?

–Porque si fueras como los demás yo no me habría enamorado de ti.

–Un razonamiento muy alentador y, sobre todo, humilde.

–También yo soy distinto.

–Y por eso me he enamorado de ti, ¿verdad?

Hubo un silencio largo. Dijo luego:

–Ha sido un error venir a Niza. Nunca segundas partes fueron buenas. Me siento igual que una vieja recuperando una luna de miel acartonada para celebrar sus bodas de oro. Debimos elegir otro lugar para hacer este viaje.

Y yo pensé que era inútil: no era el sitio lo que fallaba.

–Haremos otro -le contesté.

Regresamos a Barcelona a los pocos días.

Aquel verano perdimos las colonias de Marruecos. Pero ganamos una enorme cantidad de turistas.

Para evitar que Carlota se quedara sola durante los meses de calor, habíamos decidido que Serena la acompañase a Can Pou. «Tendrás a los Moraldo cerca y no te sentirás tan aislada.» Serena no puso reparos. La perspectiva de tomar el sol y disfrutar a sus anchas de la finca la seducía.

Yo solía visitarlas los fines de semana. Unos fines de semana dilatados (no como los de antes, que empezaban el sábado al atardecer y terminaban el domingo después del baño).

Al llegar solía encontrarme la finca llena. Serena no se parecía a Alicia y, aunque yo estuviera ausente, recibía constantemente visitas de amigos comunes. No eran sólo los Moraldo los que invadían la playa. Para la mayoría de la gente que conocíamos, nuestra boda había sido un acierto. Nadie se atrevía a criticarla: «Por fin han podido regularizar su situación: ya era hora de que la pobre Serena ocupase el puesto que merecía…» Y se hacían lenguas alabando los años en que «por culpa de Alicia» había tenido que vivir sacrificada.

Aquel verano empezamos las obras de la masía. «Hay que remozarla, convertirla en un lugar agradable…» Había que borrar todo vestigio de Alicia, perder para siempre su huella. Carlota era la primera en aplaudir aquel cambio: «Serena va a decorar mi dormitorio…»

Carlota quería ya a mi mujer casi tanto como a mí. Yo mismo había contribuido a aquel afecto. También doña Alicia encomiaba aquel modo tan diplomático de acercar a Carlota hacia su madrastra: «Conviene que se quieran…»

Lo peor de Can Pou era mirar hacia la colina y ver el torreón: «Si fuera posible taparlo con árboles…»

–Hay que saber afrontar las cosas desagradables -respondía Serena-. Por mucho que lo taparas el torreón seguiría allí.

Muchas veces soñaba con él: lo veía enhiesto, majestuoso, rodeado de aves negras. Era como un falo enorme que tuviera ojos. A veces expelía algo que se deslizaba lento hacia el suelo: era un papel minúsculo que al ir a cogerlo, rompía a volar…

Doña Alicia intuía mi desasosiego: «Cuando haya pasado más tiempo, yo misma te acompañaré allí, para que te cure.»

Doña Alicia, como siempre, había superado (o fingía superar) el dolor que le causaba la constante presencia de aquel edificio.

–Derruirlo sería un crimen, Carlos; pero también lo es que Serena se percate de lo mucho que te acuerdas de mi hija…

Sin embargo, el verdadero punto negro de aquel verano lo constituía Victoria: en cuanto podía, se apresuraba a recordarme la escena de aquella noche: «Cuando pienso en todo lo que me propuso…» Seguía hablando de Alicia como si no estuviera muerta y ella se viera en la precisión de defenderse. Victoria iba volviéndose cada vez más repulsiva: «Deberías hacer régimen, Victoria: estás engordando…»

El vicio de la bebida la había puesto como un tonel. Ello no le impedía continuar con la vida de siempre. Casi todas las noches nos íbamos los cuatro a Cala Rosa o a otras *boîtes* parecidas. Paco solía quedarse hasta muy tarde. Victoria regresaba con nosotros: «Paco ha ligado con la francesa…» Era evidente que los devaneos de Paco le salían por una friolera. Ni siquiera cuando lo veía entusiasmado con alguna jovencita yeyé (entonces estaban en pleno auge) daba síntomas de disgusto: «Déjalo que se divierta… Al fin y al cabo, no hace daño a nadie.»

Y si permanecíamos callados, añadía: «El tiempo pasa volando; dentro de poco habrá perdido facultades; los hombres ya se sabe…» Su desprecio por

el sexo masculino era cada vez más notable. Hablaba del «hombre» como si hablara de un fenómeno extraño de la naturaleza: «Más vale que se divierta con mujeres…» Aludía a la redada de homosexuales que había tenido lugar aquel año en Madrid: «Mira lo que le ha pasado a Esteban… ¡Quién lo hubiera dicho: tan culto, tan hombre…! ¡Pervertidor de menores!» Luego se acercaba a mi hija:

–Tú no puedes comprender esas cosas. Pero cuando seas mayor, acuérdate de mi consejo: deja libre a tu marido.

Las borracheras de Victoria eran peligrosas. Por eso no podía sufrir que se acercara a mi hija cuando había bebido. Pero mis suspicacias exasperaban a Serena: «Cualquiera diría…»

Aquel año intenté convencer a Serena para que se vendiera el piso del paseo de Colón. Alegaba que era insensato desprenderse de algo que día a día iba subiendo de valor. Comprendí que tenía razón; los efectos públicos eran entonces numerosos: la ciudad estaba en vías de gran desarrollo y resultaba pueril llevar a cabo una operación que tan abiertamente contradecía nuestro programa bancario. España estaba dando sus primeros pasos hacia la expansión exterior: la Comunidad Económica Europea se alzaba en nuestro horizonte como una promesa de estabilidad, y los rumores de que el ministro de Asuntos Exteriores iba a intentar una apertura en las negociaciones con aquella entidad, eran cada vez más insistentes.

Insensiblemente habíamos entrado en una nueva era: teníamos el Concilio en puertas y la gente se agarraba a él para cacarear sus más ocultas esperanzas, posibilidades que hacía pocos años ni siquiera hubiese soñado con ellas. «Habrá divorcio, se limitarán los nacimientos, el aborto será legalizado, los curas podrán casarse y las confesiones serán suprimidas…»

Lo que más tarde fue debate público, se comentaba en privado. Para la mayoría, Juan XXIII era el gran renovador; el futuro paladín de un mundo feliz, exento de ataduras y escrúpulos: «Ya es hora de que la Iglesia rehaga sus estructuras…»

Yo era el primero en abogar por las nuevas ideas: «Hay que adaptarse a los tiempos. Resulta absurdo vivir como se vivía en la Edad Media.» Había una sicosis grande de futurismo y una necesidad de declarar la guerra a las ideas crónicas y enquistadas.

Pero la angustia vital crecía: la prensa extranjera era un reflejo fiel de aquella realidad. Como contrapartida, se cacareaba continuamente la palabra «libertad». La libertad era ya el ídolo del tiempo; la meta abstracta de todas las mentalidades. Había que «ser libre» a costa de lo que fuera. «El cambio de Gobierno nos traerá la libertad», decían todos. Y se alababa mucho la participación de los exiliados españoles en el Congreso del Movimiento Europeo, celebrado en Munich. En realidad, los exiliados ya no estaban «mal vistos». Se hablaba de ellos con gran condescendencia y hasta se les alababa la valentía de haberse alejado de su propio país para defender sus ideas políticas.

La condesa de Trigo no perdía ocasión de abordar el tema: «Un día u otro tendrán que volver: son tan españoles como nosotros…» Se refería especialmente a la fuga de cerebros que tanto habían dado de sí en el extranjero: «Los mejores científicos y escritores están fuera de España. Parece imposible que Franco no lo remedie.»

A pesar de las audacias liberales de algunos intocables, los Repecho y los Sobrado no se apeaban: continuaban siendo líderes de aquel mundo (ya en franca decadencia) y se aferraban a sus derechos con intransigente tenacidad: «No haberse marchado…»

Pero Francisca Repecho (siempre condicionada a su amor imposible) seguía celebrando fiestas «originales» para tener ocasión de deslumbrar a Manuel Bruton (si se pronunciaba Briuton, mejor) sin que aquél diera jamás muestras de haber sido deslumbrado.

Manuel Bruton era inmutable. Nada lo alteraba. Únicamente pareció reaccionar un poco cuando las inundaciones del Vallés asolaron la comarca barcelonesa. Las lluvias lo habían pillado en Tarrasa y su comportamiento fue digno de un verdadero valiente. Según Francisca, había salvado viejos,

niños, mujeres embarazadas: «Un hombre: lo que se dice un hombre auténtico.»

Aquella noche Francisca no había cesado de llamar por teléfono a todos sus amigos: «Es horrible, Dios mío, ¿qué va a ser de Manuel?» En la radio daban noticias alarmantes: incomunicaciones, muertes, situaciones extremas… «Parece el fin del mundo», decía Serena. Me acordé de Alicia, de sus diatribas contra Teilhard de Chardin: «El mundo no se reduce a la comarca del Vallés.»

Carlota tenía miedo: «¿Qué va a ocurrir, papá?» Corría hacia el balcón; miraba la lluvia brusca y furiosa que caía a chorros sobre la ciudad: «Tengo miedo.»

Llamó por teléfono a su amiga Sofía. No pudo comunicar mucho rato con ella. Las líneas telefónicas se averiaron enseguida. «¿Qué va a ocurrirle a Sofía, papá?»

Sofía era entonces la gran constante de Carlota. «Mi mejor amiga», decía al referirse a ella.

Pero yo estaba aún lejos de saber quién era, en realidad, Sofía. (Lo supe el día que ambas hicieron la primera comunión.) Entonces, aquella fecha parecía lejana.

Cierto día Carlota me dijo que las monjas de su colegio deseaban hablar con Serena y conmigo. Se trataba de formalizar ciertos puntos relacionados con la ceremonia.

–Las monjas dicen que debo comulgar contigo y con Serena.

–No veo la razón.

–Es la costumbre.

Serena me miraba a hurtadillas.

–Está bien: hablaré con las monjas.

Carlota me contemplaba extrañada. Serena añadió:

–Naturalmente, Carlota: comulgaremos contigo.

Aquella misma noche le reproché a Serena su ligereza.

–Tú sabes perfectamente que no estoy en condiciones de comulgar -le dije-. Llevo años sin hacerlo.

Serena se encogió de hombros:

–¿Y eso qué importa? No irás a decirme a esas alturas que todavía crees en esas cosas…

–Ni creo ni dejo de creer. Pero nunca he comulgado sin confesarme antes.

–Pues confiésate.

–No sabría por dónde empezar.

Serena rompió a reír:

–Verdaderamente eres un hombre complicado, Carlos. Nada más sencillo, le dices a un cura: «Hace tantos años que no me he confesado, ayúdeme.» Y te ayudará. A los curas les encanta encontrar «almas arrepentidas».

–No me gusta fingir.

–¿Ni siquiera para contentar a Carlota?

–Algún día podría reprochármelo.

–¡Bah! Tampoco ella creerá cuando sea mayor. Solamente los niños y los

ingenuos pueden ser religiosos.

–Mi madre no era ingenua y acabó sus días entregada de lleno a la religión.

–Los viejos se parecen a los niños. Tú verás lo que haces. Yo pienso comulgar.

–¿Sin confesarte?

–Conozco a un cura que me absolverá sin confesión.

–¿Qué clase de cura es ése?

–Lo conocí hace un mes en casa de los Moraldo. Un hombre inteligente, sensato y lleno de caridad.

–¿Cómo se llama?

–Padre Antonio.

–De acuerdo: preséntamelo.

Y a los pocos días el padre Antonio se presentó en mi casa.

Era un cura de mediana edad, sin tonsura, de aspecto alegre y maneras desenvueltas: uno de esos curas que todavía escaseaban, muy puestos en aires mundanos y en tolerancias familiares. Contaba chistes subidos de tono y reía por cualquier cosa, pero jamás dejaba de bendecir la mesa y añadía en sus frases un «si Dios quiere» lleno de garantías.

–Conque ¿tú eres el marido de Serena? – dijo tendiéndome la mano.

Hice ademán de besársela, pero la bajó enseguida.

–Eso queda para los obispos -exclamó-. Considérame un amigo.

Recuerdo que Serena me miraba satisfecha como diciendo: «Te advertí que era un tío simpático.»

Lo que más me chocaba en él era aquel empeño suyo en tutearnos: «Hay que barrer convencionalismos», decía. «Veréis cómo todo eso cambia cuando se abra el Concilio. En la época de Cristo no existía el usted. Así que llamadme como queráis, pero tratadme de tú.»

Fue un almuerzo ameno en que el padre Antonio llevó la voz cantante. Se refirió a la enfermedad del Papa: «Mira que si ahora nos hace la faena de morirse, después del tinglado que ha armado…» Y habló mucho del amor: de la necesidad de amarnos los unos a los otros. «Todo lo que sea amar, justifica la vida.» Citaba a San Agustín y repitió varias veces la famosa frase de «Ama y haz lo que quieras».

–Gran persona San Agustín.

Disertó también sobre el futuro Concilio:

–Veremos grandes cambios, Carlos: prepárate a sorprenderte. Por lo pronto, nos quitarán esto -y señalaba, displicente, su sotana-; al fin y al cabo los curas tenemos la obligación de ser humildes y parecemos a los demás.

Insistió mucho en que no había que establecer barreras entre los seglares y los sacerdotes: «Cristo fue el primero en unirse a los pecadores.» Y repetía que la misión del cura moderno era imitarlo.

–En este mundo no estamos para ser admirados sino para cooperar con el progreso. ¡Otro gallo nos cantara si el Concilio hubiese empezado hace treinta años!, ni guerra civil ni nada… Ni un mal convento se hubiera quemado…

Luego se lió a criticar a los curas «retro». Los llamaba inmovilistas y decía que hacían mucho daño a los cristianos de buena fe.

–Demasiado boato, demasiados tabúes, demasiadas opresiones, demasiadas

censuras… Lo que interesa no es tanto lo que no se debe hacer como lo que falta por hacer.

Añadía que España estaba fuera de órbita, que vivía en gran retraso con relación a los restantes países y que adolecía de un defecto terrible:

–La envidia. Un pecado del que nadie se confiesa. Aquí el único pecado que cuenta es el sexto. Ya lo sabemos todos. Menudas cosas tenemos que oír en el confesionario relacionadas con el famoso sexto. Unos obsesivos. Igual que si tuviéramos el sexo en la cabeza.

Sorbía coñac despacio, paladeando el sabor con sibaritismo.

–Todo por culpa de la represión… No quiero pensar en lo que va a ocurrir cuando se ensanche la manga.

Cogió su copa entre las manos para calentar el líquido:

–Porque tened por seguro que se ensanchará… Así no es posible continuar. No hay razón para que los curas no se casen. Al fin y al cabo, los primeros apóstoles estaban casados… Acordaos de la suegra de Pedro.

–A lo mejor era viudo -insinué yo.

–Vaya: estoy barruntando que eso de los curas casados no te gusta.

–Si se casan perderán clientela. A las mujeres no les divierte que los maridos anden cuchicheando con otras mujeres.

Y miré a Serena con aire de guasa.

–¿Te refieres a la confesión? No te preocupes: también eso va a desaparecer. ¿Para qué tanto regodeo sobre el pecado? Lo importante es arrepentirse.

Pidió más coñac: lo tomó de un trago.

–La vida no ha de ser una cárcel. La vida es hermosa, y desdeñar sus posibilidades es ofender a Dios.

Entonces intervino Serena:

–Me alegra que se haya suscitado ese tema, padre Antonio. Carlos quisiera comulgar cuando Carlota haga su primera comunión y no se atreve.

El padre Antonio volvió a llenar su copa:

–Eso lo resuelvo yo en un segundo. No te preocupes, Carlos. Podrás comulgar tranquilamente.

Y acabé confesándome: fue una confesión extraña, lacónica e informal. Ni siquiera me arrodillé ante el cura. La realizamos en mi despacho, fumando cigarrillos.

–Adivino tus pecados, Carlos: menos robar y matar, todos entran en la lista. ¿Me equivoco?

De pronto recordé. Me costaba decirlo:

–No, padre; también he matado.

–No te preocupes -dijo-. Puedo arreglar eso.

Y comulgué junto a Carlota.

Fue aquella mañana cuando conocí a Sofía. Tenía la edad de mi hija y recuerdo que corría por el jardín de las monjas mientras un sol inclemente reverberaba sobre su vestido blanco.

Había una abigarrada confusión de voces y de risas cuando salimos de la capilla. Las monjas se habían afanado para que los familiares de las niñas comulgantes se llevaran buen recuerdo de aquel día.

El jardín era grande, profuso de árboles y flores. Junto al edificio se alzaban puestos de refrescos, bocadillos y churros. Sofía y Carlota se acercaron a nosotros con las manos llenas. Mi suegra (peineta y mantilla) las miraba complacida: «Si Alicia las viera…» Carlota jadeaba ilusionada: «Ésta es Sofía, papá…» Y Sofía me presentó a sus padres: eran una pareja sonriente, sin excesivo relieve, de mirada directa. De pronto fue como si algo reviviera en el recuerdo. Una especie de aviso que aún no llegaba a concretar. El padre de Sofía me tendió la mano:

–Me llamo Rodolfo Tramacho.

Luego la vi: estaba tras ellos, con un cargamento de años encima y una expresión estúpida en los ojos.

–Dios Santo… ¿No serás el hijo del doctor Tramacho?

–¿Conocías a mi padre?

Eché un vistazo a la vieja que tenía detrás. Ya no llevaba un sombrero con cerezas ni reparaba en nosotros.

–Naturalmente -repuse-. Tu padre era el médico de la familia Salcedo.

La vieja me intrigaba. Rodolfo me aclaró por lo bajo: «Mi madre padece arteriosclerosis y apenas se entera de las cosas…»

Rodolfo Tramacho era simpático: se parecía notablemente a su padre.

–¡Cuántos años!

La vieja no apartaba los ojos de los míos, pero estoy seguro de que no me veía. Probablemente no podía saber que el hombre que tenía enfrente era aquel niño que, en tiempos, ella había humillado. «Este lugar apesta…»

También, en aquellos momentos, el lugar apestaba a churros, a recuerdos, a

nostalgias.

Rodolfo Tramacho habló de sus hijos: me explicó que Sofía era la menor de cinco hermanos. Su mujer apenas hablaba. Tampoco Serena se sentía elocuente.

–Nosotros sólo tenemos a Carlota -aclaré.

Han transcurrido más de diez años desde aquella mañana de mayo. Carlota y Sofía ya no son niñas. Fue una amistad larga y triste. Una de esas amistades que, de puro firmes, corren el peligro de quebrarse. Pero en aquellos momentos ninguna de las dos podía barruntar lo que ocurriría. Reían, correteaban, jugaban a pillarse. Y mi suegra las recriminaba: «Vais a ensuciaros el vestido…»

Fue aquella mañana cuando inicié mi amistad con Rodolfo Tramacho: «Una amistad tardía», pensé. Una amistad prometida hacía infinidad de años por un hombre que ya no existía.

Aquella misma primavera murió Juan XXIII. El mundo entero experimentó una especie de hundimiento. Se comprendía que algo muy cimentado iba a sufrir una convulsión. En España habían ocurrido dos catástrofes señaladas: las inundaciones de Cataluña y las de Andalucía.

Sin embargo, la pujanza de la empresa Salcedo estaba en pleno apogeo. Una vez más los desastres públicos habían servido para incrementar nuestras posibilidades. Había que potenciar de algún modo los esfuerzos de reconstrucción y desarrollo de la comarca del Vallés. Al margen del apoyo estatal, las iniciativas privadas precisaban nuestra ayuda: la solicitud de hipotecas se incrementaba, los créditos se volvían necesarios y la Junta administrativa decidió abrir la mano generosamente.

La actividad en nuestro Banco crecía cada vez más. Sin embargo aquella mañana, todo en el Banco parecía muerto. La elección del nuevo Papa mantenía en vilo a la mayor parte de los ejecutivos. Se especulaba con varios nombres y se hacían apuestas.

En el sector conservador, Montini no tenía partidarios. La espina del documento que hacía poco tiempo había enviado a Franco, estaba aún muy clavada en ellos: «Es un cardenal marxista», decían. En cambio los «avanzados» cifraban sus esperanzas en él.

Fue la condesa de Trigo la que me dio la noticia: «¿Sabes, Carlos? Ya tenemos Papa…» Me había llamado por teléfono para que lo supiera «antes que nadie» (en realidad me había llamado para presumir de «enterada»). «Ha salido Montini. Acaba de comunicármelo un periodista.» La radio no tardó en divulgarlo.

También en el Obispado andaban soliviantados con aquel nombramiento. (Los proyectos del socorro a la ancianidad eran ya hechos consumados y nuestras reuniones solían ser periódicas.) Paco y Sobri-Sobra también presumían de enterados. Desde que formaban parte de la Junta, todo se les iba en comentarios sobre el clero. Especialmente desde que el padre Antonio se había convertido en cura de la «alta sociedad».

–Curas como el padre Antonio es lo que está necesitando España -decían.

Y confiaban que el nombramiento de Montini nivelara aquella necesidad rápidamente.

El padre Antonio era ya un personaje indispensable entre los intocables. Decir en las reuniones: «Hoy he almorzado con el padre Antonio» era como decir: «Hoy me he puesto al día.» Era indudable que el padre Antonio tenía soluciones para todo.

Bastaba con que se abriese la bolsa para atender caridades. Rampardal, como siempre, era el número uno entre los altruistas. Daba gusto ver cómo asumía el papel del publicano: «Yo jamás me he considerado dueño de mi fortuna», decía. «Sólo administrador…» Y el padre Antonio asentía: «Eso es bueno, amigo: eso es bueno.»

Indudablemente el padre Antonio fue el gran promotor de la unificación de

ideas, costumbres y actitudes en el núcleo, todavía algo anquilosado, de nuestra mejor sociedad.

–Hay que democratizarse -decía-. Únicamente democratizándonos podremos afrontar los peligros futuros.

Se refería a la tercera guerra mundial. Hacía pocos meses, la posible futura guerra había rozado la piel del mundo y sólo el contacto directo entre Jruschov y Kennedy había podido evitarla. Pero la moral disminuía. La gente no confiaba en el futuro. Todo se volvía inestable, todo parecía volatilizarse.

Paco andaba preocupado por los continuos cambios ministeriales.

–Te aseguro que si no fuera por esos constantes relevos de ministros, ya tendrías tu medalla.

Pero en cuanto se granjeaba la amistad de la persona clave, ésta renunciaba a su cargo.

–Antes esas cosas eran mucho más fáciles. Con decirte que hasta mi suegro tiene esa medalla y jamás ha dado golpe -seguía diciendo Paco.

–Algo haría para merecerla.

–Te lo diré: financiar parte del primer horno de Avilés y poner a disposición de los ministros de entonces sus coches y sus propiedades de Asturias.

Paco no podía referirse a sus suegros sin destrozarlos. No les perdonaba la escasa pensión que le pasaban a su mujer. Más de una vez me lo había comentado: «Parece imposible que sean tan tacaños…»

Los dos eran muy viejos, pero gozaban de una salud envidiable. Tampoco aquello era fácilmente perdonado por su yerno:

–Ya ves en lo que consiste la gran medalla del conde de Remo.

Paco, con los años, se iba volviendo cada vez más amargado. Desde que Gladys Goulden había roto con él, sus ingresos habían disminuido notablemente y el *bridge* no daba para superar el aumento del coste de vida.

Cierta mañana, mientras tomábamos el sol en la playa de Can Pou, me dijo, señalando la finca que se extendía en torno a nosotros:

–¡Pensar que todo eso se lo debes a Alicia!

Fue un golpe oír aquello. Paco, hasta entonces, jamás se había atrevido a lanzarme una impertinencia tan directa.

–Olvidas que fui yo quien levantó la empresa cuando amenazaba hundirse.

–De cualquier forma, ninguno de los que estamos aquí podríamos disfrutar de esta finca si no te hubieses casado con ella.

Se puso en pie, sacudió la arena que se le pegaba al cuerpo y añadió:

–Un acierto, un verdadero acierto.

–Tampoco tú te has quedado manco -repuse.

–Eso se verá más adelante… Por ahora mi negocio no es bueno.

De pronto señaló el torreón:

–Cuando herede, te pediré la receta.

–¿Qué receta?

Paco volvió a sentarse a mi lado y me dio un manotazo en el brazo:

–Vamos, no te hagas el santo, Carlos. La que llevó a Alicia a la tumba.

Recuerdo que sobre el mar había un vapor ligero que temblaba, que lo convertía en un mar denso, demasiado fantasmagórico para ser real.

–¿De qué estás hablando?

–Vamos, Carlos, no te hagas el inocente. A mí no puedes engañarme. Conozco a la perfección el proceso.

Me incorporé. Busqué su mirada. Me rehuía…

La sangre se me agolpaba en las sienes. Tenía la impresión de que mi cabeza iba a estallar.

–Quisiera que me aclararas eso, Paco; no entiendo lo que quieres significar…

Paco continuaba mirando la finca, el torreón, las rocas:

–No irás a decirme que tú querías a Alicia. Con franqueza, creo que jamás has querido a nadie, ni siquiera a Serena.

–Explícame, entonces, por qué me he casado con ella.

–Por inercia. Porque así se había previsto, y hubiera resultado feo dar marcha atrás.

–Así que, según tú, no la quiero.

–Has acertado. Nunca la has querido. A decir verdad, sólo te quieres a ti mismo.

Me subía un coraje grande por el cuerpo; una especie de frío que me nublaba la mente:

–La persona que te ha informado miente como un bellaco.

Paco cambió de expresión. Encogió la ceja:

–¡Serás ganso! ¿No te das cuenta de que estaba bromeando?

–Ese tipo de bromas no me gusta.

Recuerdo que, en aquellos momentos, Serena se acercaba a nosotros corriendo y Carlota la seguía gritando: «Te he ganado, te he ganado…» Serena se dejó caer jadeante a mi lado. Reía y Paco comentaba: «Te has casado con un hombre picajoso, Serena. Desconoce el sentido del humor…» Pero ni siquiera aquella aclaración podía borrar el punto clave de aquella charla: «Conozco a la perfección el proceso…» Era evidente que Paco ocultaba algo.

–Eso es lo malo de los banqueros -comentó Serena-. Las finanzas y el humor no se compaginan.

Entonces intervino Victoria. Intervenía siempre que la situación se ponía tensa:

–¿Por qué no te dejas de filosofías y nos sirves un buen martini muy cargado, Serena?

Aquella noche no pude dormir. Una y mil veces iba repasando la conversación que por la mañana habíamos mantenido Paco y yo. Había un dato que no conseguía asir. Se me escapaba de las manos. Tardé algún tiempo en averiguarlo.

Un día, al fin, me condecoraron. El homenaje que me dedicaron fue sonado y nutrido. No faltó ninguna representación social: los Sobrado, los Repecho, los Moraldo…, todos estaban allí, comiendo, bebiendo y aplaudiendo. Se trataba de un relieve importante en la ciudad: «Hay que estar bien con los banqueros…», decía Plácido Rampardal. Sobre todo había que estar bien conmigo: Carlos Hondero y Ruiz de la Argamasa, «amigo de sus amigos», dueño de un yate envidiable que, de vez en cuando, transportaba graciosamente a Grecia y a Italia clientes importantes como él.

–Siempre se encuentra gente divertida en el *Serena* -decía.

Fue mi noche apoteósica: la de los halagos desorbitados, la de los saludos ceremoniosos, la de la servidumbre financiera. «Ese Carlos merece todas las medallas de este mundo… Pensar que empezó de botones… Y ahí lo tenéis: convertido en un personaje…»

A partir de entonces no había una comida relevante sin que se me reservara un puesto de honor, ni criado «antiguo» que al verme no se inclinara ante mí para darme la «bienvenida». Eran muchos años de propinas para que no reaccionaran de aquel modo.

También aquella noche hubo discursos: algunos torpes, otros brillantes. Se dijeron los tópicos de siempre con acentos distintos: «Tú, Carlos (y perdóname por llamarte así, pero sabes que no es por falta de respeto, sino porque te conozco desde que usabas pantalón corto), que tanto te has desvivido siempre por el lustre de nuestra querida ciudad…», dijo el alcalde, como si, efectivamente, hubiera sido amigo de la familia desde la peste bubónica.

Y el vicepresidente, Rosendo Falstat: «Sabíamos dónde pisábamos cuando la Junta acordó nombrarte presidente…»

Y el delegado del Ministerio: «Hombres como el señor Hondero son los que necesita España…»

Y yo, con mi medalla a cuestas, mi cinismo prensado y mi odio a Paco (que parecía decirme: «todo eso me lo debes a mí»), lancé un discurso aprendido de memoria en el que ensalzaba la gentileza de «todos», la laboriosidad de mis compañeros, las buenas costumbres de los que me rodeaban y, sobre todo, «la amistad». «Porque la amistad y sólo la amistad ha hecho posible que nos reunamos aquí esta noche, en fraternal convivencia…»

Se oían voces de «muy bien», «así se habla», para animarme, para que siguiera. Y yo seguía: la amistad era la cumbre de los sentimientos nobles,

la meta de todo bien nacido, la esperanza de los desesperados.

Y Paco me miraba, con su ceja encogida, su calvicie brillante y sus labios llenos de guasa. Recuerdo que Serena, a su lado, tenía los ojos gachos, como si le avergonzara verme tan encumbrado.

En la mesa contigua, distinguí al padre Antonio, con su clergyman recién estrenado y su alzacuellos almidonado (no como los curas vulgares que lo utilizaban de plástico) asintiendo, complacido, a todo lo que yo apuntaba.

–No creo merecer el favor que se me ha dispensado, pero doy palabra de que en adelante me haré digno de tan alto honor.

El primer aplauso arrancó de Plácido Rampardal (candidato a una medalla parecida), siguieron los de la condesa de Trigo (aristócrata socialista, de ínfulas marxistas y resentimientos antifranquistas) y enseguida corearon todos con entusiasmos realmente alentadores.

Cayeron sobre mí fotógrafos, cámaras de televisión, periodistas. Las preguntas llovían: «¿En qué momento económico se encuentra España en la actualidad? ¿Cuál es su opinión respecto del futuro? ¿Qué concepto le merece la supresión del S. E. U.? ¿Cree usted que el petróleo burgalés será lo bastante abundante para cambiar la economía española?»

También había representantes de las revistas del corazón: «¿Cuándo empezó su idilio con su segunda esposa? ¿Cuál fue su primer coche? ¿Y el último?»

Saqué a relucir el Renault con motor de Chevrolet que me había costado quince mil pesetas y un saco de harina. Cité luego mi Jaguar dos plazas. Contestaba deprisa, demasiado excitado para detenerme a pensar. Me sentía inspirado, la medite ágil y el espíritu flotante.

Creo que fue en aquellos momentos cuando todas las humillaciones de mi infancia murieron repentinamente. No había en mí recuerdos sórdidos. Todos ellos se esfumaban con aquella medalla: las bajezas de Urritamendi y

Soldázar, la vergüenza de Estrella, la falsa posición de mi madre, los regalos del tío Rodolfo, el desplante de la señora Tramacho…

La gente me miraba embobada. Eran ídolos añejos que, gracias a mi medalla, perdían su condición de ídolos. Nadie era ya «nada» al lado del excelentísimo señor don Carlos Hondero y Ruiz de la Argamasa. De pronto vi un muchacho joven que me sonreía, me tendía la mano y me llamaba pariente. Paco decía: «Es el marqués de la Triponna.»

–Vaya por Dios, conque tú eres…

Abrazos, risas. Recuerdos infantiles…

–Al fin conozco a la familia…

También vi a Rodolfo Tramacho:

–Has estado magnífico.

Y me daba palmadas eufórico, las pupilas encogidas y el rictus tenso.

Hubiera pagado una fortuna con tal que mi madre estuviese allí. Me preguntaba qué hubiera dicho al contemplar a su hijo tan encumbrado. Recordé la última vez que la había visto. Fue el día de mi boda. Sus ojos censuraban, estaban tristes… «No tenías razón, mamá…»

Me preguntaba si el hijo del tío Rodolfo estaría al corriente de la historia de nuestras familias. «No he querido faltar, Carlos: mi padre era tan amigo de los Salcedo…» Sin embargo, aquella noche no había más representación Salcedo que mi suegra: un manojo de ilusiones frustradas, agarrándose a los éxitos de su yerno, para no morirse de horror.

–¡Qué bien has hablado, hijo mío! ¡Si Alicia pudiera verte! ¡Y Alberto, mi pobre Alberto…!

Me sobaba, me besaba, me machucaba.

–Me hubiera gustado dedicarte una poesía… Pero llevo tanto tiempo seca…

–No se preocupe, doña Alicia…

Y después… La vi de pronto, como si fuera una Venus que brotase de una espuma sintética: un mar de cuerpos que le hubiesen dado a luz repentinamente.

–Vengo a felicitarte, Carlos.

Me tendía la mano pretendiendo ser una más entre aquel cargamento de insulseces, como si su presencia allí tuviese algo que ver con la vaciedad que nos estaba rodeando.

–¡Tú!

–¿Por qué no?

Se había convertido en una mujer madura: con la gravedad y la madurez de los seres eternos, aquellos que el tiempo no deteriora ni marca.

Tenía una mano cálida, todavía flexible, todavía llena de vibraciones.

–Debiste avisarme…

–¿Para qué?

Sonreía y era como si sus labios fueran jóvenes, como si el tiempo se hubiera detenido para ellos.

–Todavía me cuesta comprender que eres tú… ¿No estaré soñando?

–A lo mejor…

La gente nos interrumpía, nos miraba.

–¿Cuándo has llegado?

–Ayer.

–¿Cuándo piensas marcharte?

–Mañana.

–No habrás venido para asistir al homenaje…

Negó. Tenía un asunto pendiente. El homenaje la había pillado por pura casualidad.

De repente tropecé con la mirada de Serena: nos estaba observando. Lolita dijo:

–Se me olvidó felicitarte por tu nueva boda…

Murmuré un «gracias» opaco y restringido. Me remití a la carta que me había escrito cuando murió Alicia.

–La conservo -dije-. Fue muy consoladora.

–Lo celebro.

Enseguida llegó Paco: gastaba bromas a su hermana y Lolita parecía incómoda.

–Te llamaré mañana -dije-. No quisiera que te fueras sin que volviésemos a vernos.

El resto de la noche fue agobiante. Todo se me antojaba postizo. Yo no había contado con la presencia de Lolita en aquel lugar. De repente tenía la impresión de que lo que hasta aquel momento me había parecido glorioso, se volvía ridículo.

Cuando al día siguiente llegué al Banco, me faltó tiempo para llamarla por teléfono. Sabía por Paco que se hospedaba en casa de sus padres. Me contestó una voz tímida y apagada:

–Supuse que te habrías olvidado de mí.

Le pregunté cuándo se iba: «A las cinco debo estar en el aeropuerto.» Le propuse que almorzáramos juntos:

–Luego te acompañaré al Prat.

Pareció vacilar. Aceptó con alguna reserva.

–¿Solos o con Serena?

–Serena está ocupada -mentí.

–De acuerdo: almorzaremos juntos.

Enseguida comuniqué con Serena. Le dije que tenía un compromiso ineludible y que no me esperase a almorzar.

–¿Americanos? – preguntó ella con ironía.

–Españoles -contesté-. Altos Hornos: Bilbao.

–Entiendo.

–Nos veremos por la noche.

–Vale.

La palabra «vale» me molestaba. Entonces empezaba a circular y me parecía postiza, como si despersonalizara a quien la emitía.

Después vino el encuentro. Su perfume. El silencio de un rodar hacia el pasado, hacia lo que jamás se había conseguido, hacia aquella especie de sueño aletargado que de vez en cuando daba en brotar como si continuase latente.

–¿Dónde me llevas?

Le hablé de un restaurante en Castelldefels, cercano al aeropuerto. Lolita reía. Vista a la luz del día, los años la traicionaban. Tenía arrugas junto a las comisuras de los párpados y de los labios. Pero sus ojos continuaban siendo los mismos: negros, aterciopelados, bañados en nostalgias.

–Conviene de vez en cuando volver a la infancia, ¿no te parece?

–Si tú lo dices…

–Es una forma de redimir el presente.

–¿Tan malo es, Carlos?

No contesté. Cogí su mano. Conduje con ella pegada al volante.

–A veces me pregunto qué existe en ti para que las demás cosas desaparezcan cuando estoy a tu lado.

–Sólo «saudades».

–Lo malo viene después: cuando nos separamos.

Continuamos en silencio hasta llegar al restaurante. Estaba casi vacío. Nos sentamos junto a un ventanal que daba al jardín.

Era mayo y olía abiertamente a primavera.

Encargamos una comida frugal, indiferente. Lolita miraba los árboles y el negro de sus ojos castañeaba:

–Háblame de tu presente -le dije.

–No es bonito.

Se le abrillantaron los ojos y temí que fuera a llorar.

–A veces me asusta… Está lleno de amenazas.

Hablaba con la vaguedad de los que no son vagos, de los que no precisan detallar las cosas para describirlas.

–Cuesta imaginarte miedosa.

Asintió.

–La vida me asusta… Está llena de incógnitas, de incertidumbres.

–Mientras no sean realidades…

Desvió el rostro. Cambió el sentido de la frase:

–Se habla de que pronto pisaremos la luna… Tal vez descubramos algo bueno en ella, pero en cuanto el hombre la pise, la contaminará de bajezas.

Me habló entonces de sus hijos. Los sentía a los tres clavados en el alma: «Son tres espinas que difícilmente podré superar algún día.» No la entendía. Jamás me había hablado de ellos del modo que lo estaba haciendo.

–Cuida de tu hija, Carlos: cuando sea mayor, podría convertirse en enemiga tuya.

Decía que había una confusión grande y que lo único que estaba consiguiendo el Concilio era desorientar al profano: «Para unos resulta ñoño, para otros, demasiado avanzado…»

–No hay acuerdo siquiera entre el propio clero. Todos quieren imponer sus ideas…

Sorbió un poco de agua y aclaró la voz:

–Entre los jóvenes empieza a ser dogma lo que sólo se puso a debate. Eso es peligroso, Carlos; resulta difícil retroceder cuando se han dado según qué pasos.

Enseguida me habló de su hija. Y supe la causa de aquella tristeza suya. La fue expeliendo suavemente como un grano maduro que diera en reventar. Salía el pus de ella desgarrando sus tejidos, como un pequeño parto que no tuviera fin.

No lloraba, pero su voz era un puro gemido, un continuo destilar lágrimas: «¿Te acuerdas de aquel embarazo mío?» Lo recordaba: las manchas de su cara, la hinchazón de sus facciones… «A pesar de todo, lo daba por bien empleado… ¡Había esperado tanto tener una hija!»

Se detuvo, se miró las manos. Parecía como si aquella hija estuviera en ellas, otra vez pequeña, otra vez recién nacida.

–La fui dando a luz año tras año, día tras día…

Tragó saliva, miró el mantel.

–No sé aún cómo ocurrió, ni por qué ocurrió, únicamente sé «que ocurrió». De pronto se desmoronó todo. Se perdió todo. No quedó nada: ni la solidez, ni el amor, ni la esperanza, ni la fe… Ni mi hija.

Cogí su mano: la tenía helada. Volvió a mirarme.

–No debería explicarte nada de eso -dijo-. Estoy amargando nuestro encuentro.

Llegó el camarero. Lolita intentó comer. Dejó el cubierto en el plato y cruzó

las manos bajo su barbilla.

–Te lo ruego: no te detengas.

Miró su plato:

–Creció… Eso es lo malo de los hijos: crecen, ¿sabes, Carlos?

Y al crecer había ido averiguando su vida: la que le ocultaba, la que la iba apartando, insensiblemente, de ella.

–De pronto descubrí que hablábamos dos lenguajes distintos. Fue casi repentino: como una torre de Babel en miniatura… Empezó a reprocharme mi intransigencia, mi rigidez, mi falta de comprensión… Yo no la entendía hasta que un día me llamó «vieja».

Se detuvo. Clavó la vista en el jardín. Nunca me había parecido tan joven y deseable como en aquel momento.

–Tenía razón, Carlos; en el fondo yo era una vieja: una mujer que retrocedía, dejando el paso libre a los que venían detrás y lamentándose, como toda persona caduca, del panorama atroz que nos cae encima.

–¿Eso fue todo?

Lolita negó:

–No… Hubo mucho más. Raimunda se estaba destruyendo y no podía perdonarme que yo me diera cuenta de aquella destrucción.

–¿Qué edad tiene?

–Diecisiete años.

–¿Qué le ha ocurrido?

Lolita cerró los ojos. Dos lágrimas casi gemelas le caían de los párpados. Le cedí un pañuelo para que se las secara.

–Se droga.

–Comprendo.

–No -dijo ella-. No puedes comprender. Tu hija es todavía pequeña. También la mía lo fue. También la mía, cuando yo entraba en su cuarto para darle las buenas noches, me sonreía y me besaba y me aseguraba que me quería… Jamás hubiera podido comprender entonces todo lo que estoy comprendiendo ahora.

–¿Cuál fue la causa?

Lolita movió la cabeza negativamente y encogió los hombros.

–No lo sé. Era algo que estaba en el ambiente. Algo que sigue creciendo día a día… Una especie de llaga, Carlos. Una llaga social que nos está devorando.

Respiró hondo, tragó saliva y carraspeó:

–El caso es que Raimunda sabe de la vida mucho más de lo que puedo saber yo. Pertenece a una generación desesperada que no se entiende a sí misma… Una generación madurada a la fuerza, a destiempo, una fruta pocha y corrompida antes de madurar de verdad… -volvió a llevarse el pañuelo a los ojos-. Una fruta verde agusanada.

Me fijé en su alianza: le venía grande. Recordé aquellos dedos cuando todavía estaban desnudos: «Voy a ser heroica por cobardía, Carlos.» Así había empezado su desgracia.

–Lo peor de todo es verla sufrir. Sabes que no tiene remedio, que ha llegado al límite, sin haber aprendido a caminar…

–¿Cuándo empezó?

Lolita cambió de expresión. Tensó las mandíbulas. Era lo mismo que si masticara su ira:

–Empezó cuando Victoria se acercó a ella… Fue en San Sebastián… Yo no sabía la verdad de Victoria…

Y de pronto evoqué a Carlota, su mirada nítida, su amistad con Sofía, su traje de primera comunión. Lolita agarró mi brazo:

–No permitas que esa mujer destruya a tu hija, Carlos; no lo permitas.

–¿Has hablado con tu marido?

Lolita juntó las manos y las volvió a separar:

–¡Mi marido! ¿Crees tú que ese hombre ha sido alguna vez mi marido»?

Dejó escapar una risita hueca, sarcástica y penosa: «Un señorito elegante que sólo piensa en los toros, en el fútbol y en acostarse con mujeres los sábados por la tarde, a la hora del Club, para que nadie ponga en duda su reputación.»

–No, Carlos: los hijos de mi marido son «problemas» a los que él no tiene acceso. No quiere tenerlo.

Intenté tomarlo a broma:

–Así que te has casado con un imbécil a escala nacional.

–No, Carlos: a escala internacional -bromeó-. Todo lo reduce a sus cruceros, a sus partidas de golf, a sus viajes a Suiza para tratarse con los jet-set, los V.I.P. y los play-boys. Sus hijos le salen por una friolera.

Guardó silencio unos instantes.

–¿Por qué no te separas de él?

Lolita respiró hondo y cerró los ojos. No era fácil. Había demasiadas vallas de por medio: «Mis padres jamás me lo perdonarían…» Vivían excesivamente sujetos a sus convencionalismos. Pertenecían a una generación en que los «separados» eran signos de mal gusto.

–Además, están mis hijos… Ninguno de ellos lo comprendería…

Le pregunté cómo habían reaccionado frente a su hermana.

–La consideran una especie de mártir de nuestro tiempo, una víctima de los convencionalismos nuestros…

Por si fuera poco, no tenía medios económicos: «Me educaron para ser un objeto de lujo y una máquina de reproducción… Era una más entre el número de muñecas que la sociedad española de mi época había puesto en venta: sin derechos, sin posibilidades…»

–¿Has consultado con un abogado?

–Me aconsejó que desistiera. Los cargos contra mi marido son inconsistentes. No sirven. Las leyes, en España, protegen al hombre. Tú lo sabes bien.

Se detuvo repentinamente, se llevó la mano a los labios:

–Perdóname -murmuró-, no quise ofenderte.

Bebí un sorbo de vino. Sentía seca mi garganta. Lolita callaba, miraba de nuevo el mantel.

Y yo recordaba a Alicia; su deseo angustioso de separarse de mí: «Te lo prevengo: saldrás perdiendo, Alicia…»

–Debió de sufrir mucho…

No contesté. En aquellos momentos Alicia parecía encarnarse en ella.

–Estaba enferma -dije.

Lolita me miró, como si quisiera taladrar aquella frase mía.

–Todos los desesperados están enfermos. – Se detuvo. Añadió luego-: Muchas veces pienso que también mi marido es un vulgar desesperado… Nos falta algo, Carlos; algo que no queremos recobrar.

–¿Te refieres a Dios?

–Tal vez sea Dios, tal vez nuestra capacidad de amar… En el fondo, viene a ser lo mismo.

Volvió a mirar el jardín.

–Se empeñaban en decir que Dios había muerto. Pero si estuviera muerto cabría la posibilidad de resucitarlo… Por eso ahora nos lo pintan grave, canceroso, impotente… Es nuestro modo de considerarnos dioses.

Consulté el reloj. Le dije que era hora de marcharnos.

Rodábamos, camino del aeropuerto, en silencio. Lolita tenía el rostro vuelto hacia la ventanilla. El cristal reflejaba un par de ojos abiertos y centelleantes.

–Nunca olvidaré el día de hoy -le dije.

No contestó. Sostuvo mi mano. Al llegar abrió la portezuela del coche. Llamó a un maletero: «Madrid», indicó.

Nos acomodamos junto a la puerta de embarque. La tarde declinaba, pero los días eran todavía largos y llenos de luz. Allá a lo lejos, un sol rojo y

grande teñía el firmamento de sangre.

–¿Hasta cuándo?

–No lo sé…

Los altavoces alertaron a los pasajeros. Lolita se puso en pie. Me tendió la mano: quedamos frente a frente, silenciosos, abstraídos, como si lo que estuviéramos viviendo fuese una utopía. Luego me abrazó.

–Adiós, Carlos.

–Adiós, Lolita.

Salió disparada para unirse al grupo. Caminaba ligera, rumbo al avión, el paso firme y decidido. «Lolita, escucha…» Pero estaba ya demasiado lejos para escucharme.

La vi subir deprisa la escalinata. Se detuvo unos instantes en el rellano. Agitó la mano sin verme. Luego cerraron la portezuela.

Otra vez el mundo de coches, la barahúnda callejera, los semáforos y los peatones.

Serena me recibió tosca, casi enfurruñada:

–Me gustaría saber dónde has estado.

Le expliqué que había almorzado en Castelldefels y que luego había acompañado a los bilbaínos al aeropuerto.

No me creyó:

–Mientes mal, Carlos.

La dejé con la duda. Corrí al cuarto de juegos: Carlota estaba allí, haciendo

los deberes. Al verme me echó los brazos al cuello. «Todavía es mía -pensé-. Tengo que luchar para que lo sea siempre…»

Serena, bajo el dintel, me increpaba por haber molestado a la niña: «Las horas de estudio son sagradas.»

Aquella noche los Moraldo recibían en su casa. «Será una noche perdida», recuerdo haberle dicho a Serena cuando nos dirigíamos allí. Mi mujer se había puesto un traje corto (empezaba a estilarse la minifalda) y pretendía recobrar su aspecto infantil peinándose con la melena suelta.

El coche olía aún a Lolita. Pero el perfume de Serena era más fuerte.

–Perdida o no, hay que estar amable con los Moraldo. No olvides que la medalla se la debes a Paco.

Contemplé las desnudas piernas de mi mujer, su perfil de trazos perfectos, y un malestar grande me iba creciendo por dentro.

–Agradezco tu franqueza, Serena.

Victoria misma nos abrió la puerta. Tenía una copa en la mano y se comprendía que estaba ya borracha: «Os habéis retrasado», dijo.

Había los de siempre, con las historias de siempre y el divertido aburrimiento de siempre. Se hablaba de mi homenaje, de mi discurso, de mi nueva condición de excelentísimo.

Paco dio unas palmadas en mi espalda mientras me ofrecía un whisky: «Aquí tenemos al prócer.» Empezaban las bromas, las ironías, los comentarios ácidos que la noche anterior jamás se hubieran atrevido a iniciar. Era preciso ser original con tópicos, con mediocridades… Nadie perdonaba que otro «nadie» hubiese atravesado la barrera de lo corriente. Por eso era obligado hacerle purgar su osadía.

A pesar de todo, aún me respetaban. De repente me había convertido

también en un hombre influyente. «Por favor, Carlos, cuando vayas a Madrid, ¿querrás acercarte al ministerio de…?»

Siempre había una petición coleando entre guasa y guasa. Y siempre una guasa entre petición y petición. Además existía mi yate. Todos se pirraban por darse un garbeo en mi *Serena* cuando se aproximaba el verano.

En cuanto entramos, Serena se separó de mí. Era como si quisiera vengarse de la mentira que le había dicho. Un grupo de hombres se acercaba a ella: admiraban sus piernas, se metían con la brevedad de su falda…

Me sentía cansado: tenía el cansancio de la noche anterior metido en el cuerpo. La conversación era abigarrada, estridente y desagradable. Se mezclaban conceptos, se confundían ideas. «¿Habrá vida en Venus?» Alguien decía que se había descubierto una fórmula para alargar la juventud. Y Paco reía: «Entonces se podrá hacer el amor a los ochenta años…» Añadía también que el tejido de los cerdos se acoplaba a la perfección al del ser humano… «Un gran animal el cerdo.» Lo peor era la plaga de la arteriesclerosis: todo depende de las suprarrenales… «Pero el Papa, ¿qué iba a decir el Papa? El mundo se arreglaría si nombrasen Papa al padre Antonio…»

–Vamos, Carlos; no pongas esa cara: algo te pasa esta noche -decía Victoria-. ¿Qué te ha ocurrido?

Agarró mi brazo, lo acariciaba.

–¿No será por culpa de ella?

Y señalaba a Serena. Continuaba rodeada de hombres, riendo, coqueteando, haciéndose la despechada.

–No puede evitarlo -dijo Victoria-. Se siente excelentísima. ¡Quién tenía que decirle a nuestra bailarina que algún día iba a convertirse en la señora de Hondero!

De repente se plantó en medio del salón: «Propongo música.»

Se llegó hasta el tocadiscos a trompicones, abriéndose paso entre los invitados. Era estereofónico y se oía desde todos los rincones. Luego se lanzó en medio del salón dando palmadas y contoneándose: «Vamos, seguidme: hay que estar alegre…» Eran bailes nuevos, sin pareja, bailes agitados y lánguidos a un tiempo, extraídos de no se sabía dónde, ritmos asincopados y anárquicos, que permitían moverse sin reglas fijas ni limitaciones concretas.

Enseguida la imitaron. Se unían a ella, a racimos, hombres y mujeres, mirándose a sí mismos en todos los demás, copiándose mutuamente movimientos y jadeos, muecas y exclamaciones. Victoria continuaba jaleando: «Vamos, los del sofá: nada de flirteos caducos; a bailar, que es lo sano.»

Era preciso obedecer, cansarse mucho, para que, al día siguiente, todo el mundo comentara: «Fue lo más divertido del mundo: sudamos a rabiar…»

De pronto tuve a Serena frente a mí: «Hola, Carlos…» Hablaba agitada, el aliento entrecortado. Pensé: «Si el baile fuera una penitencia, nadie querría bailar.» Y la voz de Paco: «Retira la lámpara, Manolo, que voy a eclipsarte.» Me empujaba para colocarse frente a Serena. Y yo tuve que reír porque todos reían.

–Déjalos que se pudran -me gritó Victoria.

Los miraba con asco, como si los detestara. «¿Te diviertes, Carlos?» Era la eterna pregunta de todos. No se esperaba la respuesta. Plantearla era suponer que uno se divertía.

–Mañana tendrán colitis.

No importaba: ni la intoxicación, ni las jaquecas, ni las náuseas podían evitar que al día siguiente se volviera a beber y a fumar y a bailar sin pareja.

De pronto me encontré frente a frente con Manuel Bruton (si se pronunciaba Briuton, mejor). «¿Te gusta el Cordobés, Carlos?» Y yo le dije que sí, moviendo la cabeza insistentemente, marcando el compás. «Es nuestro torero del desarrollo», dijo. Y reía. Luego di de lleno con la condesa de Trigo: «¿Sabes que Franco tiene Parkinson?» Francisca Repecho contestaba: «Vaya noticia: es más vieja que bailar.»

También nosotros teníamos Parkinson: una estúpida parálisis agitante que inspiraba conversaciones idiotas. «Dicen que el padre Arrupe se va a cargar el Vaticano…» Y Teresa Rampardal: «¿Vas mañana al golf?» Tenía cuerpo de vieja y cara de niña. «Depende de la resaca.»

La noche pasó lenta entre gimnasias bailables y comentarios idiotas. Cuando regresamos a casa, amanecía. Tuve que desnudar a Serena porque no se mantenía en pie. Al echarse en la cama, se quedó dormida.

Aquel verano Sofía Tramacho fue invitada a la finca. Llegó una mañana acompañada de su padre. Rodolfo venía preocupado por el cambio de Gobierno:

–El reajuste no me parece descabellado, pero las causas son alarmantes.

Se refería a las convulsiones universitarias y al progresivo descontento de los campesinos. «Todo eso venía provocando tensiones entre los gubernamentales.»

–Por eso Franco ha querido añadir otro remiendo ministerial. Una forma de tapar lacras y hacernos tragar el Plan de Desarrollo…

Era indudable que Rodolfo había heredado la vena política del padre. Y como aquél mantenía que, hasta que el país no implantase una verdadera y sólida democracia, andaría siempre a la deriva.

Pregunté por su madre:

–Cada vez más ida.

Era un consuelo saber aquello. Era casi tan consolador como saberla muerta. Rodolfo se quedó poco en la finca. Decía que su mujer lo esperaba… Me causaba envidia verlo tan unido a la familia.

También Paco me habló del cambio ministerial: «Si nos descuidamos un poco, te vuelves a quedar sin medalla…»

–Doce cambios en veintiocho años… No es mala cifra.

Serena, aquel día, no tardó en llegar; venía con su bikini puesto y un albornoz corto color malva. Preguntó distraídamente por Victoria:

–Ya sabes: uno de sus ataques de hígado…

Luego empezó la discusión. Fue a propósito de mis continuos viajes a Barcelona. Paco decía: «Eso te ocurre por ser esclavo de tu trabajo.» Respondí que sin «aquella esclavitud» ninguno de los que estaban en Can Pou podrían disfrutar de la finca. Serena saltó enseguida:

–También Paco tiene ocupaciones; parece que lo hayas olvidado.

–¿Qué clase de ocupaciones? ¿Las de agenciarse influencias?

–No deja de ser un trabajo como otro cualquiera. Otro gallo nos cantara si no hubiera sido por él.

El tono de Serena era agresivo. Miré a Paco. Sonreía satisfecho, como alguien que se sabe dueño de la situación. Hubiera querido abofetearle por aquella sonrisa y aquella actitud. Me limité a meterme en el agua. Y Paco se quedó allí, junto a Serena, viendo cómo mi furor se diluía en el agua.

Anduve braceando hasta el islote. Carlota me reclamaba desde la orilla: «Papá, vuelve, vuelve, papá…» Quería pasear con Sofía en la canoa, enseñarle la finca desde el mar: contemplar el torreón de la colina… A veces Carlota se olvidaba de que en aquel torreón su madre había

encontrado la muerte.

El Concilio se cerró definitivamente poco antes de la Navidad de aquel mismo año.

La incertidumbre flotaba en el aire. La crisis de la Iglesia se había puesto al desnudo y el desconcierto invadía a los creyentes. Un mundo de interrogantes flotaba en el panorama de nuestra civilización. Las novedades escandalizaban, chocaban y creaban dilemas. Las opiniones eran libres, las voluntades eran libres, los hechos y las actitudes empezaban a serlo.

Ya no era sólo el padre Antonio el que hablaba descaradamente de «libertad», de amor, de caridad y de pureza de intenciones. De repente, un aluvión de curas nuevos planteaban soluciones nunca oídas hasta aquellos momentos.

El principio de autoridad eclesiástica comenzaba a tambalearse: la obediencia al Papa se ponía en tela de juicio, la oración se descartaba: «Más vale actuar que perder el tiempo en rezos.» Y si alguna beata se escandalizaba, le salían al paso con un «en el cielo se cansan de oír tantas avemarías… Lo que hace falta es socorrer, ayudar, poner remedio a las calamidades que agobian al mundo.»

Y se referían a las guerras, al hambre, a las injusticias sociales: «¿Sabía usted que, desde que terminó la guerra mundial, no ha habido ni un solo día de paz completa en esta condenada tierra?»

Luego había la «píldora», el gran remedio oculto de las familias pobres, de las señoras ricas y de las solteras algo putas. La píldora ya no era secreta. Infinidad de mujeres en activo recurrían a ella para evitar problemas. Los propios curas (tipo padre Antonio) eran los primeros en aconsejarla. «Mientras el Papa no se defina…» Todo podía hacerse «tranquilamente» y a conciencia: abortar, fornicar, comulgar sin confesarse… «Lo importante es la intención.» La intención era la clave de todo.

Después, los teólogos de la nueva ola: los que hacían declaraciones públicas

sobre la Iglesia en el año 2000; los que vaticinaban que acaso entonces los matrimonios no fueran insolubles y la procreación libre y la paternidad responsable, y los pecados sexuales pecadillos de poca monta… Se esgrimían frases literarias de gran efecto público: «Los españoles, a fuerza de ser fieles a la Iglesia, no están ya en ella. La Iglesia "se les ha ido…"» Y todo aquello se decía, naturalmente, a la luz o a la sombra del Concilio. Del Papa todavía se hablaba poco. Lo esencial éramos nosotros, los que formábamos la Iglesia. Porque, andando el tiempo -decían-, los sacerdotes iban a desaparecer. «Sólo secularizando a los sacerdotes podremos conseguir que los seglares se clericalicen…» De pronto, las sotanas estorbaban: «Si Cristo hubiese nacido en esta época, jamás hubiera llevado sotana.» Lo curioso del caso era que los *hippies* la adoptaban y hasta había algún artista como Titín que utilizaba alzacuellos en las galas de la alta sociedad.

De vez en cuando se leían retractaciones; súplicas de perdón: «Rogamos a la cristiandad que perdone nuestra antigua intransigencia…» Era como si pidieran permiso para convertirse en pecadores, en publicanos oficiales.

Fue una Navidad alterada, sensibilizada por los recientes cambios. Paco insistía: «Tal como van las cosas, el próximo año se nos dirá que Cristo nunca existió…»

Serena reía: abonaba las ideas de Paco. Un día nos anunció que en Italia había ocurrido un hecho insólito: «Un cura ha anunciado su boda desde el púlpito.»

–No quiero deciros la que se armó. Al parecer, la novia estaba en el primer banco…

Entonces había púlpitos (tardaron algunos años en suprimirlos) y sagrarios centrales e imágenes de la Virgen presidiendo el altar.

–Tal como van las cosas, cualquier día veremos curas mujeres…

Y Paco gastaba bromas sobre la posibilidad de que andando el tiempo

Serena echara sermones sobre la moralidad de los bikinis y el amor libre.

Aquel año tuve que realizar varios viajes por el extranjero. Serena casi nunca me acompañaba. Decía siempre que eran «demasiado cortos, o demasiado aburridos, o demasiado serios: Cuando decidas hacer viajes extraoficiales, iré contigo.» Comprendí pronto que mis ausencias no sólo no la inmutaban sino que la complacían. Entre ella y yo se iba abriendo una sima cada vez más acentuada. Podía percibirlo en su forma de mirarme, de responderme, de atacarme con torneos verbales. Especialmente cuando había testigos: «Carlos sabe utilizar tácticas persuasivas. Cuando desea algo muy intensamente, se limita a averiguar qué clase de ambición mueve al contrincante. Cuando las conoce, no tiene más que retorcerle el pescuezo e inutilizarlo.»

Su agresividad iba en aumento. Y a veces resultaba peligroso llevarle la contraria. Enseguida buscaba la forma de desmontarme: «Como tú jamás quisiste a Carlota…» Decía cosas así para evitar que le tomase la delantera:

–Te ruego que, al menos delante de Carlota, no hagas uso de esa teoría…

–Como si Carlota no lo supiera.

Era doloroso oír aquello. Era doloroso y temible. Había un mundo de amenazas acechando en aquella afirmación.

–Tú sabes que no es cierto.

–Vamos, Carlos; todo el mundo recuerda tu desilusión cuando nació tu hija…

Fue aquella tesitura de Serena lo que, sin darme cuenta, me iba acercando cada vez más a Lolita. Eran encuentros breves, todavía amparados por el ineludible matiz de la amistad. Almuerzos tranquilos en lugares tranquilos, saturados de conversaciones tranquilas.

Jamás mencionábamos a Serena. Era como si los dos nos hubiéramos

puesto de acuerdo para no hablar de ella.

Aquel día Lolita habló de su marido: me dijo que ya no soportaba vivir con él, que el ambiente de su casa era cada vez más irresistible.

–Los errores se pagan caros, Carlos.

–En efecto… Sobre todo cuando se reincide.

Estábamos sentados a una mesa cercana a la cristalera. El invierno discurría lento y la gente circulaba fosca, desafiando el frío con paso activo.

Lolita se mordió los labios igual que si se mordiera la voz. No se atrevía a decirme lo que estaba pensando.

–¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué volviste a casarte?

–No me quedaba otra solución, Lolita.

Veía sus manos jugando con el salero: tenía las venas abultadas y los nudillos prominentes.

–Si no me hubiera casado con ella, tendría la convicción de haber errado también… Es como si el ser humano no tuviera más destino que el de equivocarse.

–¿Le has sido fiel?

–No.

–¿Por qué?

Me encogí de hombros.

–Supongo que por costumbre. El hombre se acostumbra a su infidelidad.

–¿Lo sabe ella?

–Probablemente lo sospecha.

–¿Y Paco? ¿Lo sabe Paco?

–Es posible.

Lolita bajó la vista, volvió a mirar el salero:

–Procura que no se entere.

–¿Por qué?

–Es peligroso.

Cogí su mano: temblaba.

–¿A qué te refieres?

Lolita palideció. Retiró la mano:

–A nada. Conoces a Paco de sobra… Es inconsistente, y además vive amargado.

También entonces se encendió una luz, pero duró un segundo. No era posible mantenerla encendida. Lolita volvió a hablarme de ella. Dijo que estaba dispuesta a marcharse de Madrid una temporada: «Mi marido me ignora, mis hijos no se acuerdan de que existo…»

Le propuse que la pasara en Barcelona.

–Lo pensaré -dijo.

Me acompañó luego al aeropuerto: «Te espero, Lolita: no tardes.»

Cuando llegué a Barcelona encontré a Serena en el salón con mi hija. Me comunicó que Carlota había estado muy rara y que lloraba por cualquier cosa. Lo decía de un modo brusco, como si me echara en cara mi viaje a Madrid.

–Supongo que habrás almorzado con esa… Lolita.

No contesté. Cogí a Carlota y la senté en mis rodillas: «¿Qué te pasa, hija?»

Carlota tenía el entrecejo fruncido y me miraba con hostilidad.

–¿Quién es Lolita?

–La hermana del tío Paco.

Serena añadió:

–El gran amor de tu padre.

Lo pronunció con ritintín, arrastrando la erre para que resultara más impertinente.

–No hagas caso, hija mía: Serena está bromeando.

–No bromeo: hace muchos años, antes de conocer a tu madre, antes de conocerme a mí, ese amor ya existía.

Carlota saltó de mis rodillas. Me miraba furiosa:

–¿Te has ido con ella…?

Volví a cogerla:

–No seas absurda… Lolita es como una hermana.

Carlota era ya una niña espigada, de rostro definido y perfil maduro. Tenía

el rictus de su abuelo cuando se esforzaba en pronunciar la erre.

–Tiene nombre de niña sádica, ¿verdad, Carlota?

Carlota no entendía la palabra «sádica». Serena intentaba definírsela.

–Basta -dije furioso.

La niña rompió a llorar. La cogí en los brazos. Le dije que no debía hacer caso de aquellas tonterías… Corrió pasillo adentro hacia su cuarto. La seguí. Se había echado en la cama; continuaba llorando. «No sé qué tengo, papá…» Pensé que tenía sólo desilusión, tristeza… Pero al besarla noté que su frente ardía: «Tienes fiebre, Carlota.»

Le dije a Serena que avisara al doctor Cordal. Serena se negaba: «Pamplinas: eso es lo que tiene Carlota. Una rabieta nada más…»

Aquella noche volvíamos a estar invitados en casa de los Moraldo y Serena alegó que tenía el tiempo justo para arreglarse.

Lo ocurrido después fue una sucesión de hechos insospechados: un continuo «no puede ser» siendo. Un sentir la vida horadada sin posibilidad de rehacerse del taladro. Sin embargo, fui capaz de sobrevivir, de soportar… de contemplar todo aquello sin cegarme ni morirme.

Cuando Serena se fue, avisé al médico. El aspecto de Carlota no me gustaba. Decía que le dolía la garganta, que la cabeza le estallaba… Pero el doctor Cordal me tranquilizó enseguida: «Simples anginas…» Le recetó sulfamidas y dijo que volvería a pasar por mi casa al día siguiente.

Me acosté relativamente pronto. Me sentía cansado. Olvidé a la niña y dormí. No puedo precisar cuánto rato estuve durmiendo. Me despertó el sonido lento y apagado de unos pasos que se deslizaban furtivos hacia la sala de estar. Miré el reloj: «Las dos de la madrugada.» Comprendí que Serena había vuelto. Lo que no entendía era por qué motivo, en vez de entrar en el dormitorio, se quedaba allí en el salón, silenciosa, dejando que

la noche discurriese sin prisas.

Agucé el oído y me di cuenta de que no estaba sola. Hablaba con un hombre. Eran cuchicheos susurrantes y lejanos, sin ecos. Estuve a punto de levantarme, pero no lo hice: «No merece la pena -pensé-; no tardará en despedirse de quien sea…» Las voces se volvían cada vez más etéreas y lamentosas… Y el tiempo las iba absorbiendo, minuto tras minuto, con la velocidad absurda de las cosas que ocurren sin motivo.

Cuando volví a mirar el reloj, eran las tres. Seguían hablando. De pronto escuché una frase muy clara: «Aparta la lámpara, Manolo, que voy a eclipsarte.» Pensé: «El imbécil de Paco está con ella.» No había nada peyorativo en aquel descubrimiento. Era un hecho normal, como las borracheras de Victoria. Después vino un silencio largo, un silencio que acogotaba, que impedía razonar, ni moverse, ni respirar… Y el silencio se volvió latidos: los míos. Unos latidos desbocados que descorrían cortinas y emponzoñaban el ambiente. Me sentía paralizado: incapaz de saltar de la cama, de correr hacia ellos, de presentarme en el salón y descubrirlos. Quería aún convencerme de que aquellos latidos eran infundados. Todavía pensé: «Mañana, Serena me dirá: Estuve charlando con Paco en el salón más de una hora…» Y luego me repetiría todo lo que se habían dicho mientras yo dormía. Pero el silencio se prolongaba y las voces no volvían. Sólo se oían roces, crujidos de telas, gemidos medio sofocados… Fui a saltar de la cama, corrí el embozo… Me detuve: de nuevo los oía hablar. Miré el reloj: eran ya las cuatro. Me quedé inmóvil, reloj en mano, los latidos como detenidos… La vergüenza aprisionando mi voluntad.

Y el miedo: un miedo nuevo, rotundo, como de alguien que se ve empujado al abismo. «De ahora en adelante serán mis enemigos…», pensé. Lo vi claro: como si todas las luces de la casa se hubieran encendido repentinamente. Bastaría demostrarle que «yo sabía», para que inmediatamente ellos se pusieran en guardia.

Súbitamente me acordé de Carlota, de su devoción por Serena, de su llanto por todo lo que ella le había dicho sobre mí… Mi cabeza era un molino triturando ideas. Las sentía todas agolpadas en las sienes. «Paco es

peligroso», me había dicho Lolita. «Te pediré la receta…», había dicho él.

Eran ya las cinco de la madrugada cuando escuché la puerta de la calle. Me volví de lado y fingí dormir. Serena entró en el dormitorio sigilosa. Se desnudó en el cuarto de baño y se deslizó en la cama contigua a la mía, procurando evitar que yo me despertara.

No dejé transcurrir ni un minuto. Quería probarla. Necesitaba saber enseguida cómo reaccionaba. Pensé: «Todo dependerá de lo que me conteste.» Al fin y al cabo. Serena y Paco eran lo suficientemente amigos para poder charlar horas y horas sin despertar sospechas. Lo grave iba a ser que lo negara, que me dijera: «No es cierto; lo has soñado.»

Bostecé ruidosamente, como si acabara de despertarme y extendí el brazo para rozar su cuerpo:

–¿Qué hora es? – pregunté.

Serena no contestó. Se hacía la dormida. Incluso respiraba fuerte para justificar su sueño. Encendí la luz y volví a mirar el reloj.

Luego comenté:

–Son las cinco.

Ella se frotó los ojos, daba a entender que acababa de despertarse en aquellos momentos.

–¿Qué estás haciendo, Carlos?

–Miraba la hora.

–¡Vaya ocurrencia! Me has despertado.

–¿Desde cuando estás ahí? No te he oído llegar.

–Debían de ser las dos.

–¿Has venido sola?

–Naturalmente. ¿Con quién iba a venir? ¿Por qué lo preguntas?

–Por nada.

Apagué la luz.

No fue cobardía. Fue que, por primera vez, tuve conciencia de lo que iba a ocurrir. Era preciso retardar el estallido. Antes debía pensar, meditar lo que convenía hacer. Esperé a que Serena durmiera para levantarme. Anduve por el piso. Todo estaba en silencio. Entré en el salón. Vi el sofá ahuecado, terso; como si nadie hubiera yacido en él. «Los muy puercos se han tomado la molestia de arreglarlo.» También aquello evidenciaba su culpa. Si no hubieran hecho el amor en aquel sofá, las huellas de sus cuerpos hubieran continuado allí. Recordé súbitamente mil detalles: los vi corriendo por la playa, bailando, mirándose furtivamente cuando todavía yo confiaba en ellos: «Los insultaré hasta quedarme sin aliento…» Hablaba solo, mascullaba insultos: «Pregonaré a todo el mundo lo que han hecho…»

De pronto surgía la duda: No era posible. Serena siempre había despreciado a Paco… Serena no podía yacer con un hombre al que despreciaba… Y Paco… Mi mejor amigo. «Un imbécil cobarde y fanfarrón, pero amigo…» Lo difícil era saber cómo era, en realidad, Serena. Nunca lo había podido saber. Recordé a Victoria: Victoria llevaba muchos años lanzando pullas contra mi mujer. «Si al menos supiera cuándo ha empezado ese lío…» Victoria debía de saberlo. Victoria, desde sus borracheras, solía averiguar siempre ese tipo de cosas.

Era como si todo hubiese cambiado repentinamente, como si nadie fuera ya real. «Tengo que pensar.» Debía medirlo todo muy bien antes de adoptar una decisión. Y saber: sobre todo necesitaba «saber». Sin estar seguro de algo era imposible proyectar, ni prever, ni admitir.

Me acerqué al ventanal. El día estaba ya en la calle: era un día débil y vacío. Había beatas apresurando el paso camino de la iglesia, había barrenderos que regresaban del trabajo, algún coche atravesaba la calle.

Tenía un aspecto raro: como si fuera una calle antigua, una calle superviviente de mi adolescencia: sin Serena, sin Alicia… Una calle blanca, con la blancura de los amaneceres fríos.

Salí del salón: entré en el cuarto de mi hija. Dolores me comunicó que había pasado buena noche. Besé a mi hija: la frente continuaba ardiendo.

–Voy a salir -le dije a Dolores-. Si la niña me necesita, llámeme usted a la oficina. Si es posible, no moleste a la señora. Se ha acostado muy tarde.

Cuando entré en el Banco muchos de los empleados aún no habían llegado. Subí a mi despacho y cerré la puerta. Allí, en aquel lugar, era más fácil pensar. Debía trazarme un plan. Un plan concreto, con soluciones concretas y dignidades concretas.

A las nueve agarré el teléfono y pedí conferencia con Madrid. Fue un sosiego grande oír la voz de Lolita:

–¿Qué te ocurre, Carlos?

–Debiste ser más franca conmigo, Lolita.

Guardó silencio. Preguntó:

–¿A qué te refieres?

–Resulta difícil abordar esas cosas por teléfono… Si pudieras venir…

–Lo intentaré. Pero ¿qué te pasa?

–Es muy sencillo. Tu hermano y mi mujer están liados.

Pensé: «Ahora lo negará.» Casi lo estaba deseando. Pero no lo negó. Permaneció callada:

–Tú lo sabías, ¿verdad?

–Lo imaginaba.

–¿Desde cuándo?

Tardó en contestar:

–Lo ignoro. Pero Serena no es mujer de un solo hombre. – Se detuvo un instante. Añadió-: Debiste comprenderlo cuando aún vivía su marido.

Hablaba con aspereza, casi agresiva:

–¿Te has olvidado ya del pobre Fuentes? ¿Por qué supones que malogró su carrera? No irás a creer lo de la renuncia altruista… Sencillamente su mujer no encajaba. Todo el mundo sabía eso. Todo el mundo menos tú.

–¿Y él? ¿Lo sabía él?

–Naturalmente.

Era duro oír aquello. Era duro que fuera precisamente Lolita la que me hablase así.

–De modo que era eso…

Escuché una respiración anhelosa, como si el corazón de Lolita se hubiera pegado al auricular.

–¿Por qué no me lo advertiste? ¿Por qué no me dijiste que estaba arrimándome a una zorra?

–No me hubieras creído. Ningún hombre considera zorra a la mujer que

engaña a su marido con él.

Mi silencio la alarmaba:

–¿Estás ahí, Carlos?

–Sí -repuse-, supongo que tienes razón.

–¿Qué piensas hacer?

–Aún no lo sé.

–¿Cómo te has enterado?

–Ellos mismos se han delatado.

–Entonces saben que tú estás enterado.

–No. Lo ignoran.

–¿Pudiste impedirlo?

–Sí.

–¿Por qué no lo hiciste?

–Tuve miedo.

–¿De qué?

–De todo.

–Nunca fuiste cobarde…

Pero empezaba a serlo. Me sentía atrapado en aquel miedo. Imaginé los años que tenía por delante: sanguijuelas chupando mi vida. Instintivamente

recordé las confidencias que le había hecho yo a Serena. Ya no debían de ser mías. Probablemente las habría traspasado todas a Paco: «Te pediré la receta…»

–Decidas lo que decidas, debes hablar con ellos: poner las cosas en su punto, amenazarlos. De lo contrario, acabarán contigo. Conozco a mi hermano: es un hombre sin escrúpulos, como Serena.

–Demasiado tarde -repuse-. Serena domina a mi hija… También ellos pueden amenazarme.

–Te advertí que Paco era peligroso.

–Por favor, Lolita: no dejes de venir… Cuanto antes.

–¿Crees que podré ayudarte?

–No lo sé, pero te necesito.

–De acuerdo. Iré hoy mismo a Barcelona.

Colgó el auricular. Hacía frío. Los radiadores funcionaban mal y en la calle se notaba el invierno.

Otra vez el teléfono: sonaba fuerte, insistente, machacón. Lo dejé sonar un buen rato antes de descolgarlo. A pesar de todo, la vida proseguía, y el Banco funcionaba y la gente precisaba comunicar conmigo…

–Diga.

–¿Es usted, señor?

–Sí, Dolores, la escucho.

Hubo un carraspeo extraño que demoró la respuesta. Luego la voz de Dolores angustiada, llena de urgencia:

–Venga usted enseguida, señor. La niña empeora.

–¿Han llamado al doctor Cordal?

–Está de camino.

–¿Qué ocurre?

El carraspeo otra vez:

–No lo sabemos. La niña dice que no puede ponerse en pie.

Salí del despacho sin colgar.

Después fue un amasijo de horrores en un mundo sin esperanzas. Un rastreo de ritmos extraños, inéditos, completamente desligados de toda lógica. Un verlo todo sin color, como si se tratara de una fotografía siniestra: Carlota en la cama, asustada, sus ojos abiertos, sus manos aferrándose a Serena. «¿Qué me ocurre? ¿Por qué no puedo andar?» El doctor Cordal no respondía. Le miraba las piernas, las palpaba, las martilleaba…

–No hay reacciones.

Tampoco nosotros las teníamos. Éramos como muñecos de cera parodiando actitudes. Tres vidas detenidas, pugnando inútilmente por volver al tiempo.

Había una palabra terrible que no se pronunciaba. Había un temor-certeza, que se imponía, y una espantosa seguridad que mandaba, que engullía todas las esperanzas del mundo.

–¿Cree usted que podrá ser transitorio?

Era extraño oír la voz de Serena preguntando aquello.

De pronto vi a Dolores. Tenía la misma expresión que el día en que Alicia

murió.

–Fue al saltar de la cama. Cayó enseguida.

En cambio aquella vez había dicho: «Ni siquiera se había acostado…»

El doctor Cordal irguió el busto. Se llevó una mano a la cadera. Hizo un movimiento negativo con la cabeza. Repitió inflexible:

–Hay que hacer un recuento. Rápido. Podría ser poliomielitis.

Mi suegra llegó jadeante, desmaquillada, los labios encogidos: «¿Cómo ha sido? ¿Qué ha pasado?»

Se lo explicaron. No lo creía:

–Prueba otra vez, Carlota: La abuela te sostendrá… Vamos: ponte en pie…

Apartaba a Serena, quería sostenerla ella. El doctor la disuadió:

–Ya se ha probado, señora. Es mejor que no lo intente.

–¿Por qué? Un día u otro tendrá que andar…

No podía aceptar que aquello fuera eterno. Recordé a Carlota la noche anterior, corriendo, pasillo adentro, camino de su cuarto. Escuchaba sus pasos precipitados, ágiles y bruscos, como si quisiera huir de ella misma: «No sé qué tengo, papá.»

Probablemente había llorado por eso, porque algo debía de decirle que, a partir de entonces, nunca podría correr, ni trepar, ni ser como las demás personas.

Salí del cuarto. Llegué al mío. Me lancé contra la cama. Los pasos de Carlota trepidaban en mi cerebro: «Los últimos, los últimos.» Lloré hasta extenuarme.

OceanofPDF.com

CARLOTA

–De modo que tiene usted una coartada que prueba mi inocencia…

Servando Fuentevella ha encendido un cigarrillo. No se tragaba el humo, lo ha expelido bruscamente, casi triunfalmente:

–Según usted sólo se es culpable en la medida en que los demás conocen nuestra culpa -he continuado diciendo-. Por lo tanto, si usted prueba mi inocencia, todo quedará arreglado. ¿No es así?

–En efecto.

Ya no había rayo de sol atravesando la estancia. La luz que asomaba por el ventanuco alto era débil y mortecina. Parecía como si los gérmenes que el sol había alumbrado, ya no existieran, como si al marcharse el sol, los gérmenes se hubieran ido con él. Sin embargo (no había duda), continuaban allí, ocultos, vitales, exactamente igual que mi culpa.

–Se equivoca, amigo: mientras haya una sola persona que conozca la verdad, el peligro persiste.

–¿El peligro de qué?

–El peligro de la amenaza, del chantaje.

Fuentevella ha aplastado el cigarrillo contra el cenicero:

–Usted pretende inmiscuirse en el terreno de la moral. Yo me muevo en el terreno de la ley.

–¿Y para qué se hizo la ley? ¿Para destruir la moral o para salvaguardarla?

Se ha levantado del asiento. Caminaba a lo largo de la estancia con pasitos cortos y preocupados. Se ha detenido, me ha mirado fijamente.

–¿Quiere usted decirme, de una condenada vez, quién lo amenaza?

–Sólo puedo decirle que si usted «me salva», me habrá hundido definitivamente.

–¿Por qué?

–A veces ninguna dictadura puede ser más cruel que nuestra propia libertad.

–Sofismas… Si es grave dejar una culpa sin castigo, más grave sería recibir un castigo sin culpa. Además -ha añadido-, ¿dónde caray deja usted mi reputación?

Al fin lo había soltado. Su orgullo profesional, su oportunidad hollada. ¿Quién era yo para entorpecer la reputación de un hombre que se ganaba la vida pleiteando?

–Le pagaré bien, pero, por favor, pierda usted su causa.

–No me dejo sobornar, señor Hondero. El soborno no encaja en mi ética.

Se ha marchado con la esperanza de su coartada atenazando mi recuerdo. Todo volvía a estar como al principio: inútil, igual que las piernas de Carlota.

Era difícil hacerse a la idea de su inmovilidad. Los primeros días el aturdimiento me impedía comprender aquello: «Te curarás», le prometí. «Te llevaré a los mejores médicos del mundo.»

También aquel día fue preciso soportar visitas. Venían a manadas como si Carlota hubiera muerto. Eran gentes alicaídas que explicaban casos similares, que ponían ejemplos, llenos de insustancialidad: «Luego creció y llegó a casarse…»

Fue un día largo y odioso. Un día desarraigado de todo. Lolita no tardó en venir. Se presentó en casa con su madre, los ojos hundidos, las mejillas pálidas. Apenas hablaba: me miraba. Serena la recibió compungida. «Ya lo ves, Lolita, un golpe terrible…»

Me preguntó si podía ver a la niña:

–Imposible -dijo Serena-, el médico lo ha prohibido.

Cogí a Lolita del brazo:

–Vamos: yo te llevaré a su cuarto.

Serena protestó: convencionalismos. La aparté de un manotazo. Carlota continuaba teniendo mucha fiebre. «Tú eres Lolita…», decía. Y cerró los ojos, como si no quisiera verla.

Lo difícil fue soportar la presencia de Paco. Llegó a mi casa de improviso, soplando, encogiendo la ceja. «Acabo de enterarme: horrible. Pero ¿cómo ha sido?» No le contesté. Dejé que Serena se lo explicara. Paco agarró mi brazo: «Espantoso, chico, espantoso… Un tremendo golpe bajo…» Me desasí bruscamente de él:

–Pero ¿qué te ocurre?

Serena dijo: «Déjalo: está preocupado por lo de la niña…»

Después fue Victoria: «Nuestra pobre pequeña…

No le contesté. Me limité a prohibirle que entrase en el dormitorio de mi hija:

–De ahora en adelante, seré yo quien se ocupe de Carlota.

Serena provocó una discusión aquella misma noche:

–Tu comportamiento con los Moraldo no ha podido ser más grosero: digno de un patán o de un loco.

La agarré del brazo y la llevé al salón. La lancé contra el sofá: cerré la puerta.

–Ahora grita lo que se te antoje.

Serena se quedó mirándome como si yo fuera un monstruo. Jamás me había visto tan furioso. Agarré su falda para bajársela: me repugnaba ver tanta pierna.

–Creo que has perdido la razón -decía.

Me acerqué al ventanal: un mundo de estrellas iluminaba la noche.

–Ahora vas a explicármelo todo -dije sin mirarla.

–¿Explicarte qué?

Me volví hacia ella. Señalé el sofá.

–¿Desde cuándo dura ese lío tuyo con el imbécil de Paco?

Creí que se abochornaría, que algo en ella iba a traicionarla.

–Repite eso otra vez: temo haber entendido mal.

–Me has entendido perfectamente. Anoche te oí llegar a las dos. Venías con Paco y me dijiste que habías llegado sola. Te pregunté a qué hora te habías acostado y me respondiste que hacía tres horas que dormías… Mentías, Serena. Os estuve escuchando, os estuve «soportando» hasta que todo acabó.

–Decididamente tú no estás en tus cabales, Carlos. Naturalmente que me

trajo Paco. Naturalmente que estuvimos charlando un buen rato en el salón… Pero no estábamos solos. Victoria nos acompañaba. Pregúntaselo. Verás lo que te contesta.

–Entonces, ¿por qué me mentiste?

–Sencillamente: estaba cansada. No tenía ganas de dar explicaciones. Por eso te mentí. Me pareció más sencillo.

Hablaba tranquila, como si no mintiera: «Pregúntale a Victoria…» Sabía que era inútil. Victoria era la gran alcahueta de su propio marido.

–Supongo que ahora me darás una explicación.

Se le había puesto una expresión severa de mujer ultrajada.

Señalé el sofá:

–Hiede -dije-. Deberías cambiar de tapicería.

–Será porque esta tarde Lolita se ha sentado en él.

Lo dijo crecida, firme el habla y la actitud:

–La conozco bien: es una lagarta con aires de mosca muerta.

Hice ademán de marcharme. Se plantó ante la puerta:

–No, Carlos: esto no puede quedar así… Te exijo que me pidas perdón.

Nos miramos en silencio. Su odio tropezando con el mío. La aparté de mi lado. A partir de aquel día dormimos en habitaciones separadas.

Después vino el largo peregrinaje hacia lo imposible. Pero había que intentarlo todo. Recorrí con Carlota países lejanos, clínicas destacadas, médicos famosos. La respuesta era siempre la misma: «Sólo un milagro…»

Me hablaron de recuperación: «Con tenacidad podría mejorar un poco.» La metieron en piscinas, idearon para ella aparatos especiales (rodrigones antiestéticos) que resultaron siempre ineficaces: muletas complicadas que dañaban sus sobacos sin conseguir mantenerla en pie. Carlota se desesperaba: «Me canso, papá…» Era como dejarla morir esperando que viviera, o darle vida para que agonizara.

Pero los desengaños no bastaban para desengañarnos del todo. Siempre surgía una nueva posibilidad, una brecha nueva abriendo paso a la esperanza. El mundo para mí se reducía a eso: buscar ayuda para mi hija.

Después vino la renuncia: la aceptación de aquel tremendo «inevitable». Fue una conformidad lenta, como la erosión de una colina baqueteada por la lluvia, y la realidad se fue imponiendo crudamente, sin atenuantes, con la renuncia a luchar y la costumbre de verla siempre en la sillita de ruedas.

Poco a poco la gente dejó de preguntar por ella: Carlota había recuperado la salud y sus piernas ya no contaban. Insensiblemente se había ido convirtiendo en esa «pobre chica que prometía tanto», en «una lástima»: alguien que pudo ser pero que nunca «sería». Una flor artificial que no precisaba agua en su vaso, una criatura de rostro bellísimo descartada de su condición de mujer.

Y la olvidaban: no era posible andar recordando siempre lo que dolía, lo que obligaba a sabernos limitados.

A veces Carlota se quedaba mirando a Sofía como si jamás la hubiera visto: examinándola de arriba abajo. Se detenía en las piernas: cerraba los ojos… «Nunca, ¿verdad?»

–Quién sabe, hija.

–¿Para qué engañarnos?

Aquel año prometí llevarla en el barco a Italia.

–Podemos invitar a Sofía.

–No, papá: prefiero ir sola con vosotros.

Le daba reparo compartir con su amiga aquella invalidez.

Fue a partir de aquella renuncia cuando empezó mi declive. La vida tenía ya otro sentido, otro matiz. Nada conseguía el relieve de antaño. Había algo mortuorio en todo lo que me rodeaba. Recuerdo las calles: tenían la tristeza de los días sin sol, de la vejez prematura… El campo: era como un erial infecundo. El mar: una extensa llanura de recuerdos ahogados.

Y mi trabajo, mi estúpido trabajo, que en un momento dado llegó a parecerme importante… Era imposible vivir «como antes». El antes era ya una parodia de mi vida real: la de los domingos huecos y los proyectos cercenados. Me faltaba la urgencia. La urgencia era patrimonio de los otros, los que todavía esperaban «metas». Las mías se habían acabado para siempre. Sin embargo, era necesario continuar en el engranaje, improvisar sonrisas, dar ideas, opinar: mantener conversaciones: «Carlos, ¿has oído hablar de…?» «Deberías presentarte mañana en…» «¿Cuándo finalizará el informe…?» La gente actuaba, vivía, moría: «Fulano ha muerto…» Había que asombrarse y sentirlo: «A tal hora, el entierro…» Siempre había algún entierro pendiente, algún enfermo moribundo, algún «mal» peor que el mío. Y las consultas: «Carlos, por favor, ¿podrías recibirme?» Recibía, hablaba, opinaba. Pero todo quedaba en el mismo sitio.

Naturalmente, había recursos para aturdirse: el alcohol, las noches de luna junto a una mujer fácil, las mañanas soleadas en el yate *Serena*. «Vamos, Carlota, ahora te tenderé boca abajo para que tuestes tu espalda», y las drogas para dormir: «Mañana llegaremos a Portofino.»

Pero los recursos tenían también un límite. Luego venía la lucidez: la que desnudaba costumbres y señalaba vacíos.

Serena, en aquel viaje, se aburría. «Si al menos hubieras invitado a los Moraldo…» Alegaba que era un derroche escandaloso fletar un barco tan

grande sólo para tres personas: «El próximo año invitaremos a los amigos de siempre: Carlota lo pasará mejor con ellos…»

Carlota asentía para no llevarle la contraria.

Lo mejor del crucero era la hora del baño. En el agua, las piernas de mi hija se reactivaban. Cierta vez llegó a creer que podía moverlas: «Mira, papá…» Era el oleaje, la corriente: esas pequeñas cosas de la naturaleza que a veces daban en parodiar ilusiones. Al subirla a cubierta, las piernas continuaban inservibles, fláccidas y descoyuntadas.

Al principio Serena había aceptado el viaje con aparente entusiasmo. De algún modo debía mostrar lo que, a todas luces, iba resultando indemostrable. «Esas ridículas sospechas tuyas…» se podían atenuar agregándose al viaje con sonrisas postizas: «Al fin y al cabo, veinte días pasan pronto…» Pero su aguante tenía un límite. No tardó mucho en dar a entender su fastidio. Especialmente cuando el mar se embravecía: «Buena la hemos hecho con este maldito viaje…»

Se cansaba: le faltaba público, admiraciones, motivos de estrenar atuendos, ojos que la desearan, comentarios que acariciasen su vanidad. Entonces rompía su cerco, desataba la lengua: se volvía agresiva. Rompía lanzas contra la gente: se quejaba de todo, sacaba a relucir retazos de vidas vergonzosas «para decir algo, para salir de esta horrible modorra». En sus labios había siempre una crítica: «Ese marinero que parece una mujer», «Aquella soltera que tuvo un hijo», «Aquel cura que colgó los hábitos…»

–Por favor, Serena: no conviene que hables así delante de Carlota.

–Carlota ya no es una niña: tiene derecho a enterarse de lo que es la vida.

–La vida no es sólo «eso».

Había otras cosas, otros caminos, otras mentalidades.

–¿Cuáles? ¿Las de tu suegra, las de Dolores, las de Juan Villoria?

–También son seres humanos.

–No interesan.

–Pero viven.

Hasta aquellos momentos tampoco yo me había preocupado demasiado por el núcleo de «los otros», los que se reducían a respirar, a mirar las cosas sin codicia, a esperar sin inquietud el discurrir del tiempo… «Como Carlota…»

Habíamos puesto ya rumbo a Barcelona cuando un día Carlota me preguntó por su madre.

–¿La recuerdas? – indagué.

Carlota asintió:

–A veces sueño con ella. – De pronto fijó su vista en la mía-. Tú la querías mucho, ¿verdad, papá?

Miré el mar. Me aterraba tropezar de nuevo con su mirada.

–¿Te estoy haciendo daño? Lo siento. Nadie me habla de mi madre. Ni siquiera la abuela. Sólo me dice que tú fuiste muy bueno con ella.

–¿Cómo la recuerdas?

–Triste, muy triste. También la recuerdo violenta, como si sufriera mucho.

–Tu madre era buena.

–Lo sé. Dolores me lo ha dado a entender varias veces. Pero tampoco quiere hablar de mi madre. Ni siquiera me ha dicho cómo murió.

–Sufrió un accidente.

–En la torre, ¿verdad?

Asentí.

–No entiendo por qué se niega a concretarme eso… Me refiero a Dolores. Cuando se lo he preguntado, me ha dicho siempre: «Déjate de preguntas…»

–¿Y Serena? ¿No te habla Serena de tu madre?

–Procuro evitar que lo haga. Probablemente sufre al recordarla. Todo el mundo dice que tú querías más a mi madre que a Serena.

Hubo un lapso largo, ondulante, lleno de sonidos sordos: el mar cortado por la quilla, el motor rodando monótono:

–Entonces cayó de la torre…

Asentí.

–¿Estás seguro, papá? ¿Estás seguro de que no…?

Me volví bruscamente hacia ella:

–No se te ocurra pensar eso de tu madre -dije-. La injuriarías, Carlota. Tu madre era religiosa. Jamás hubiera hecho lo que estás pensando.

Carlota bajó los párpados. Miró sus piernas:

–Perdóname, papá.

–Si quieres cerciorarte, puedes visitar su tumba. Fue enterrada cristianamente. Ningún suicida puede ser enterrado en cementerio católico.

Me acerqué a la popa. La estela que el barco dejaba trazaba un camino blanco, abultado y arisco:

–Le gustaba pintar… ¿No es así?

–Tenía su estudio en el torreón.

–Pintaba mal, ¿verdad? No hay un solo cuadro suyo en las paredes de la casa.

–Era doloroso verlos… Tu abuela los guardó en el estudio.

Me daba cuenta de que, sin querer, le iba explicando una Alicia extraña, una Alicia que hasta aquel momento nunca había intentado imaginar: con ilusiones, con afición artística, con esperanzas y deseos de vivir.

–Seguramente debo de parecerme a ella. También a mí me gustaría dedicarme a la pintura.

–¿Estás segura?

–Llevo algún tiempo dibujando cosas.

Metió la mano en el bolsillo de la silla y extrajo una carpeta:

–¿Quieres verlos?

Eran apuntes rápidos, de trazos firmes, de rasgos concretos.

–Esto es magnífico, Carlota.

–No: todavía no. Necesito estudiar…

No me había comprendido. No me había referido a sus dibujos; me refería a su afición. Era un recurso para proyectar su vida, para ser algo más que una inválida inservible.

–Sentiría que mi afición fuera sólo un recurso -dijo ella.

Parecía que hubiese leído mi pensamiento. También Alicia había dicho algo parecido.

–No lo será: tienes talento. Mucho talento.

Se le coloreaban las mejillas al decirle aquello.

–¿Por qué no lo has dicho antes? En cuanto lleguemos a España me ocuparé de tus clases.

Carlota sonrió. Tenía unos dientes blancos, bien alineados, y unos labios suaves que a veces se fruncían en un mohín cómico:

–¿Qué tal si me convirtiera en una pintora famosa?

–¿Por qué no?

–Es bonito soñar… ¿Verdad, papá?

Respiraba hondo: miraba el horizonte.

–Y vivir… Sobre todo, vivir.

Fueron sus ganas de «vivir» las que poco a poco iban devolviéndome las mías. No era ya la costumbre de verla inválida lo que me conformaba: era precisamente aquella superación inconformista de mi hija lo que me estaba dando fuerzas para superar mi propia inconformidad. Lentamente la vida se fue acoplando a su parálisis, a su silla de ruedas, a sus límites. Le había puesto una mujer a sus órdenes para ayudarla y un mecánico para transportarla donde quisiera. Nunca le ponía trabas a sus movimientos. Y Carlota sacaba jugo de todo aquello. Salvo caminar, todo lo demás era patrimonio suyo. Había comprendido que vivir era, en cierto modo, incorporarse a la sociedad, formar parte de ella, ser algo más que un ente individualista y aislado.

Volvió a unirse a Sofía; salían juntas, trataban a otras personas de su edad…

Aquel año nos cambiamos de casa. Compré un chalé desahogado en la avenida Pearson. Lo mandé reformar para que Carlota pudiera recorrer la casa entera sin hallar impedimentos. Confeccioné rampas, instalé un ascensor, construí una piscina y destiné una habitación muy amplia, en lo alto de la vivienda, para ella sola. Allí tenía su estudio, allí tomaba clases y allí recibía a sus amigos.

Recuerdo que Serena despertó en ella el gusto de la decoración. Más de una vez salieron juntas a recorrer tiendas, como si Carlota tuviera piernas y no precisara la escolta del mecánico. «Lo que importa es el cerebro, las ideas, la gimnasia mental…», le decía Serena. Carlota le agradecía aquellas frases animosas:

–Quisiera ser como Serena -me decía a veces-. Bonita, inteligente, elegante…

La admiraba. Para ella Serena era la encarnación de todo lo deseable y no comprendía mi evidente falta de interés por lo que ella juzgaba esencial.

–Sólo le falta algo…

Aquel día era otra vez primavera. Y la tierra del jardín despedía efluvios suaves de brotes recientes. Junto a la piscina, había un ciprés nutrido; tras la verja un sauce llorón, y al filo de la casa, un largo seto de rosas.

–¿Qué? – pregunté.

Estábamos los dos solos echados en las tumbonas tomando un sol todavía algo enclenque:

–Confiar en Dios.

–¿Tú confías en Él, Carlota?

Asintió con firmeza:

–¿Sabes una cosa, papá? A veces le doy las gracias por mantenerme sujeta a esta silla.

La acariciaba como si fuera un ser viviente. Sonreía y en sus ojos había una luz extraña:

–¿Cómo puedes decir eso, hija mía?

–Es preferible estar sujeto a una silla que estar sujeto a la locura.

–Existe un término medio.

Negaba. Se aferraba a su idea:

–El término medio siempre se decanta hacia la tentación de dudar.

–¿Tú no dudas?

–No, papá: creo más que nunca.

Quería preguntarle por qué. Pero temí que no supiera contestarme.

–Veo a Dios en todo. Míralo, está ahí, en ese ciprés, en ese seto, en ese sauce… Desde mi silla es muy fácil ver esas cosas… Lo malo es estar absorbido por lo que llaman vida normal…

Respiró hondo: abrió los ojos, sonrió.

–No quisiera ser una de esas personas que se preguntan por qué viven, por qué sufren, por qué luchan…

–¿Te lo has preguntado alguna vez?

Asintió. Volvió a mirarme:

–Hasta que un día Dios dijo: «Basta, Carlota: ya no habrá más preguntas para ti. Quiero ser tu única pregunta y tu única respuesta.»

–¿Estás segura de eso?

–A veces Dios señala -continuó diciendo-. Pone su dedo sobre una persona… ¿No lo sabías? Y cuando hace eso, es inútil resistir. Se queda el dedo grabado para siempre…

No había tristeza en sus frases. Sólo una gran serenidad y una especie de alegría temblorosa que las volvía vibrantes:

–No he vivido mucho -siguió diciendo-. Pero conozco la vida. Ya te he dicho que desde mi silla todo se ve mucho mejor… El mundo está lleno de miserias: la guerra del Vietnam, las drogas, las rebeliones de los exaltados, las extravagancias de los yeyés, los asesinatos, incluso la desabrida paz de esa gente nueva que llaman *hippies.*… No los envidio, papá: prefiero continuar en mi silla.

No me convencía. Había demasiada utopía en todo lo que me estaba diciendo. Por un momento olvidé que estaba hablando con ella.

–¿Por qué a ti? ¿Por qué has tenido que ser tú la que Dios marcara? ¿Por qué no otra persona?

Carlota rompió a reír.

–No irás a decirme que intentas comprender los motivos de Dios.

–Eso es lo que me rebela: no comprenderlos.

–Pero, papá… ¿No te das cuenta de que si tú los comprendieras Dios iba a ser tan pequeño como tú?

Lo que más me sorprendía era la tranquilidad con que abordaba el tema; la

paz que brotaba de sus palabras.

Me habló de pronto de su futuro. Decía que no le asustaba: «Yo sé que nunca conoceré el amor humano…»

–Pero, papá, ¡qué poca gente lo conoce…!

Era extraño que una muchachita de su edad fuera capaz de pensar de aquel modo: «Todo el mundo habla de él, pero nadie sabe lo que es el verdadero amor… Fingen quererse, fingen ser felices…»

–Yo he elegido el amor completo: el que no regatea nada.

Me puse en pie. Algo en mí se rebelaba. Me enfrenté a ella:

–A cambio de tenerte sujeta… Un precio caro, hijita.

–No, a cambio de mi libertad, de mi esperanza, de mi fe.

–¿Puede bastar eso, Carlota?

Rompió a reír:

–No lo sé, papá: estoy empezando a probarlo -dijo bromeando-. Me queda una vida por delante para averiguarlo.

Al llegar la noche volví a recordar la conversación que había mantenido con Carlota: «Se agarra a su fe para no morirse de tristeza -pensaba-. Para soportarse a sí misma…» Y acabé diciéndome que si Dios existía, era injusto que hubiese tolerado aquella desgracia.

Encendí la luz. Recorrí la estancia con la mirada: vi el televisor, las fotografías de Carlota cuando corría por el césped de Can Pou, cuando se bañaba en la playa, cuando jugaba con Sofía…

No podía admitir que Carlota me hubiera expuesto su pensamiento de un

modo tan rotundo y tan sencillo y que, al contemplar sus piernas, sonriera y, en un arranque de sinceridad, me hubiera confesado: «Prefiero estar sujeta a esta silla…»

Al día siguiente llegué al Banco enervado, laso, el insomnio adherido a mis piernas; me sentía viejo, con la extraña vejez de los vagabundos sin rumbo o de los exiliados solitarios. El teléfono, aquel día, sonaba persistentemente. Fue un día agitado, de ritmo delirante. Había mil cosas que aprobar, o discutir, o poner a debate… Pero de vez en cuando todo se detenía. Brotaba la voz de Carlota: «No irás a decirme que intentas comprender los motivos de Dios…»

A decir verdad, tampoco comprendía los motivos de los hombres. Era un mundo absurdo el que vivíamos, un mundo atosigado por el propio atosigamiento. Había sucesos, reacciones, violencias… Los años pasaban cada vez más deprisa, acumulando noticias, atropellando ideas… ¿Para qué?

Recordaba las bromas de Paco, las borracheras de Victoria, las estúpidas reuniones de Francisca Repecho, las teorías vindicativas de la condesa de Trigo… Todo seguía igual, copiándose a sí mismo, ridículamente exacto a su propia exactitud. Pero entre Serena y yo todo era ya distinto. Incluso había veces en que nada de lo que ella pudiera hacer, me importaba. Su asunto con Paco era una certeza que oficialmente se había quedado en duda, en una apariencia oficiosa que, sólo al recordarla vagamente, me afectaba. Tampoco las noticias mundiales lograban mantenerme en vilo como antes: tenía la impresión de que el tiempo pasaba deprisa sin dejar huella: todo iba quedando en agua de cerrajas: los temblores de tierra del Brasil y del Perú, la muerte de los famosos, el terremoto del Irán…

Montini ya no era el predilecto: su *Humanae vitae* y sus frecuentes suspensiones *a divinis* le habían restado popularidad entre sus afectos: «Está chocheando», afirmaba la condesa de Trigo. Ya no se acordaba de lo mucho que se había alegrado el día en que lo habían nombrado Papa. Probablemente se hallaba influida por el padre Antonio: «No es ni convincente ni definitiva», decía aquél al referirse a la encíclica, y defendía

«las iglesias reprimidas» cuando se aliaban a los disidentes del Norte: «No hay que ser inmovilista…»; de vez en cuando alguien se hacía cruces cuando se hablaba de la ETA, pero, en definitiva, nadie sabía aún qué significaban aquellas tres letras.

El Banco prosperaba: la fuga de capitales había dado un vuelco. Repentinamente España se había vuelto receptora y los capitales extranjeros encontraban un encaje perfecto en Torremolinos y Marbella.

A veces, al recordar al tío Rodolfo y a mi madre, me pregunte cómo hubieran asimilado ellos el cambio enorme que estaba experimentando el país, Europa, el mundo entero… Las sordas rebeliones de la juventud. «Hay que desconfiar de todos los mayores de treinta años» contra el estancamiento y la tradición. La inquietud por lo nuevo espoleaba a todos: «En julio llegaremos a la Luna…» Parecía como si el hecho de llegar a la Luna fuera a transformar la faz de la Tierra. «Nixon será el presidente de la Luna…» Y los ovnis: «avisos del cielo», decían algunos. «Sugestión colectiva», decían otros. «Gentes de otros planetas», aseguraban los soñadores.

Cuando llamó Paco para rogarme que lo recibiera, estuve a punto de negarme. Había tenido una mañana agotadora y su presencia en aquellos momentos no era precisamente lo que estaba deseando. «Serán cinco minutos.»

Llegó puntualmente, se sentó frente a mi butaca y me ofreció un cigarrillo. Despotricó contra el ordenanza: «No me dejaba subir: es un asqueroso fascista…», decía. Le rogué que despachara pronto porque tenía mucho trabajo:

–Serán cinco minutos.

Enseguida abordó el tema. Me preguntó si conocía la firma norteamericana High Woodmade and Company:

–Una gran empresa: una cadena hotelera de gran renombre universal. Van a

construir en Marbella un hotel monstruo: algo nunca visto…

Añadió luego que lo habían elegido a él mediador en las negociaciones:

–Ya sabes: tengo influencias y eso se cotiza… Esperan que me convierta en una especie de consejero delgado… Esas gentes son así: exigen garantías. Un representante español que los resguarde, alguien que esté estrechamente vinculado a la empresa para que se tome interés.

–Y te han elegido a ti.

–Así es: se han informado. Saben que mis suegros son personas solventes.

–¿Y tus suegros se han enterado?

–Todavía no. Están con un pie en la tumba. Sobre todo mi suegro, que es el interesante. El médico le ha dado un año de vida.

Lo decía satisfecho saboreando el remate de aquel año como si estuviera ya a punto de cumplirse.

–En cuanto se esfume, ya lo sabes: Victoria heredará una fortuna. No es ningún secreto.

–Así que vas a convertirte en hombre de empresa.

Causaba risa que aquella calvicie y aquellas cejas pudieran algún día tener relieves de fundador, de hombre serio perorando sobre los derechos del capital (el que nunca había tenido ni iba a tener), aceptando adulaciones de los que, hasta entonces, sólo habían recibido condescendencias, y presumiendo de cosmopolita por unir su apellido a una empresa hotelera con nombre de cadencia americana.

–Menos coña, que esta vez va en serio.

–Así que vas a alinearte en Marbella… ¿Qué pretendes? ¿Erotizar la

sociedad de consumo?

–Hasta cierto punto no te equivocas. El desarrollo del país confía mucho en esa erotización.

–Pues adelante.

Se llevó la mano al cogote. Lo rascaba.

–Todo depende de ti.

–Me lo temía -repuse-. ¿Qué debo hacer?

Comenzó atacando a sus suegros. (Paco llevaba ya una temporada en que, en cuanto se terciaba, iniciaba las conversaciones con aquel tipo de ataques.) «Sólo piensan en ellos, en su maldito dinero… La pobre Victoria se pudra.»

–La verdad es que cuando la gente llega a cierta edad debería morirse: simplemente por buen gusto, por sentido del deber, por no molestar a los que vienen detrás, ¿estás de acuerdo? Yo me pregunto, ¿qué diantre pueden hacer ya en la vida ese par de momias carcomidas?

Y acabó diciendo que la mayoría de las gentes que sus suegros habían tratado, o se habían muerto o habían cambiado. «Son como fantasmas…»

En aquellos momentos tenía la impresión de que todos éramos fantasmas: Incluso yo. Y acababa de cumplir cincuenta y tres años.

–¿Dónde caray quieres ir a parar?

Paco encogió la ceja. Pensé: «Ahora me incluirá en el lote.» Había llegado el momento de pedirme dinero. Podía olfatearlo en su modo de fumar, de rascarse el mentón y de aplastar el cigarrillo.

–Necesito que me concedas un crédito.

–¿Cuánto?

–Tres millones de pesetas.

–¿Contra qué? ¿Cuál es tu garantía?

–La herencia de mi mujer.

Paco cambió de expresión, tragó aire sin saliva y esperó impaciente mi respuesta.

–Por lo que me has confiado, deduzco que esperas la muerte de tu suegro para cancelar la deuda. ¿Has pensado en los intereses?

–Confío en que los acumules hasta poderlos pagar.

–¿En razón de qué?

Paco hinchó el tórax y carraspeó nervioso:

–En razón de nuestra amistad.

–Nuestra amistad -repetí-. Comprendo… Pero el Banco no es sólo mío: existen otros accionistas. Lo primero que objetarán es la precariedad de esa famosa herencia.

–Un año -me interrumpió-. Puedo garantizarte que sólo transcurrirá un año… Si quieres informarte habla con el médico. Verás lo que te dice. Mi suegro es ya un muerto en potencia.

–¿Quién no lo es? – repuse fríamente-. También tú lo eres.

–Hombre: no seas cenizo. – Y buscó madera ansiosamente para rozarla con el índice y el meñique.

–¿Quién no te dice que al salir de aquí te atropella un coche y te quedas frito? ¿Me quieres explicar qué pasaría entonces con tu famosa garantía?

–No irás a desearme la muerte, Carlos Hondero.

–Hombre, si te murieses ahora evitarías a los otros el bochornoso espectáculo de tu decrepitud futura… Ya no eres un niño, Paco.

Se miró al espejo que tenía delante, volvió la cabeza a un lado y puso cara de fotografía:

–Tampoco soy un vejestorio… Acuérdate de nuestras enamoradas del golf.

Paco se refería a dos niñas medio bobas que cuando pasábamos él y yo por delante de ellas cuchicheaban y reían.

–Todavía somos alguien, todavía, bueno: tú me entiendes.

Lo entendía. Quería hacerse el cachondo, el compañero de juergas, el potente, para atraerme a su terreno y convencerme.

–Además, habría que hablar con Victoria. No olvides que la heredera es ella.

–Pero yo soy su marido.

–Estamos en Cataluña, Paco: si ella quiere puede cortarte el suministro.

–Victoria hará lo que yo le diga.

–¿Tanto la dominas?

Empezaba a mosquearse. No le gustaba mi forma de tratar el asunto.

–Victoria confía en mí.

Le dije que no prometía nada, pero que expondría el caso en el próximo Consejo.

Paco insistió:

–Necesito saberlo ahora. Me han dado tres días de plazo.

Me fijé en sus manos: lo delataban. Eran unas manos inestables, llenas de desazón.

–El Banco necesitará informarse sobre la solvencia de la Compañía. ¿Cómo has dicho que se llamaba?

–High Woodmade… -vaciló-. ¿No te basta mi palabra?

–No, Paco: no me basta.

Cambió repentinamente de expresión. Era otra vez la cara de Paco niño, la que ocultaba mal su miedo a fracasar en los exámenes, la que se encorajinaba cuando lo suspendían.

–Entonces tendré que recurrir a Lolita: tal vez ella te convenza.

–¿Qué pretendes insinuar, Paco?

Me puse en pie de un salto. Me acerqué a él.

–No me mires así, Carlos: esta vez no bromeo.

Estuve tentado de agarrarlo por la solapa y levantarlo del sillón. Me reprimí. Quedé frente a él viendo cómo cruzaba las piernas y encendía otro pitillo.

–Hasta tu propia hija se ha dado cuenta de lo que hay entre vosotros.

–¿Qué clase de reptil eres, Paco? ¿A qué viene meter a Carlota en ese

maldito lío?

–Carlota puede saber más de lo que tú imaginas.

–¿Qué es lo que puede saber?

–Lo que salta a la vista, Carlos: tus desaires a Serena. Es evidente que, últimamente, la tienes muy abandonada.

Lo peor era ver su ceja encogida, su párpado entornado, como si la ceja le pesara, su forma de mover las pupilas, como si no pudiera fijarlas de una vez.

–Carlota quiere mucho a Serena -continuó diciendo-. No creo que le gustara saber lo mucho que Serena sufre por culpa de su propio padre…

–Tendrás valor…

–No te sulfures, Carlos: Serena sufre mucho contigo. Dice que desde la enfermedad de Carlota, te has vuelto muy raro, que la tienes atenazada, que no le das dinero, que le regateas hasta cien pesetas…

–Eso es mentira: Serena tiene todo lo que precisa.

–Pero con humillaciones.

Recordé conatos de escenas fugaces entre mi mujer y yo: sus constantes peticiones a fondo perdido, sus sablazos sin justificación: «De ahora en adelante deberás especificar para qué quieres el dinero», le había dicho yo en un arrebato de furia. Y el comentario de Serena: «Con razón tu hija dice que eres un tacaño…»

–Yo no la humillo, pero quiero saber qué hace con el dinero que le entrego.

–Es una manera de humillarla.

–¿Y tú cómo sabes eso?

–Serena me lo cuenta todo… No te extrañe, Carlos. Siempre fuimos buenos amigos. ¿Has olvidado ya que la conociste gracias a nosotros?

Era imposible olvidar aquello. Venía recordándolo día tras día y noche tras noche.

–Supongamos que yo sea, efectivamente, tacaño con Serena. ¿Me quieres explicar qué caray te importa a ti lo que yo hago o dejo de hacer con mi mujer?

Paco lanzó una anilla de humo y miró al techo:

–A mí nada. Al único que ha de importarle es a ti. Sería muy lamentable que tu hija se enterase de ciertas cosas ocultas…

Se puso en pie. Aplastó el cigarrillo contra el cenicero y volvió a mirarse al espejo. Se arreglaba la corbata, y contemplaba su perfil de reojo, poniendo cara de fotografía:

–Todos tenemos algo que ocultar, Carlos… Especialmente a las personas que mejor concepto tienen de nosotros.

Me tendió la mano:

–Piensa bien lo que te he dicho.

Miré su mano: no era la de un chantajista o la de un atracador. Pero estaba llena de amenazas.

–De acuerdo -repuse-, lo pensaré.

–No olvides el plazo -recordó-. Son tres días. Sólo tres días.

Se fue alzando la mano que yo no había estrechado: *«Ciao, bambino.* Hasta

más ver.»

Creo que fue aquel día cuando empezó el largo calvario de mis temores. Hasta entonces habían surgido esporádicamente, de un modo aislado, sin que llegaran a prender mi atención.

Había en juego varios elementos, pero todos giraban en torno a Carlota: Lolita, mi prestigio como marido de Serena y, sobre todo, el elocuente silencio de «aquello que se ocultaba» y que Carlota no sabía…

Comprendí enseguida que de nada iba a valer plantarles cara o hacerme el ofendido: la espada de Damocles estaba sobre mi cabeza y sobre la de mi hija. Aquélla visita de Paco me había traído el aviso. Por la tarde llamé por teléfono a Lolita. «Tenías razón, Lolita: tu hermano es un perro sarnoso.» Le conté la conversación que habíamos mantenido en el Banco aquella mañana: «Ahora más que nunca creo que Serena y él están liados. Su forma de hablar lo ha puesto en evidencia.»

–¿Qué vas a hacer?

–No lo sé.

–Piénsalo bien, puedes perder ese dinero. Puedes perder a tu hija…

–Lo haré: te lo prometo.

Hubo un silencio prolongado. Escuché un sonido que podía ser un sollozo.

–Lolita, ¿estás ahí?

–Sí, Carlos.

–Escúchame.

–Te escucho.

Ni yo mismo sé por qué me subió a la boca. Necesitaba decírselo. Necesitaba que lo supiera.

–Es un poco ridículo hablarte de esas cosas por teléfono… Pero quizá sea mejor: Te quiero, Lolita. Te quiero tanto como a Carlota.

–Lo sé, Carlos. También yo te quiero a ti.

–Me parece idiota no habértelo dicho antes.

–No importa: yo lo sabía.

–¿Desde cuándo?

–Desde siempre.

Otra vez el silencio. Y su respiración. Y la cercanía de centenares de kilómetros resumidos en un hilo.

–Quisiera tenerte a mi lado.

–¿Para qué?

–Para decírtelo cara a cara, para no separarme de ti, para…

–Por favor, Carlos, no sigas.

–¿Por qué?

–Sería inútil.

–Mañana iré a Madrid. Necesito hablar contigo.

Un silencio largo. Un gemido casi imperceptible.

–No, Carlos: mañana saldré de viaje. Iré a París con mi marido.

–¿Te lo ha pedido él?

–Se lo voy a pedir yo.

–No lo hagas, Lolita. Espera a que vaya yo a Madrid. Quiero hablar contigo.

–Ya lo estás haciendo.

–Te lo suplico.

–No insistas.

De nuevo el silencio. Y la tristeza de la lejanía. Y el sinsabor de no saber por qué estaba ocurriendo lo que ocurría, o por qué no ocurría lo que debería haber ocurrido hacía mucho tiempo.

–He sido un imbécil, Lolita: un perfecto imbécil.

–No te culpes -dijo ella-. Sería darle la razón a la trampa.

–¿Qué trampa?

Lolita dejó escapar un suspiro casi brusco:

–La de nuestros errores. Hay que sacar el mejor partido posible de ellos. De lo contrario, nos hundiremos.

–Yo estoy ya hundido.

–Todavía no, Carlos. Debes luchar.

–¿Para qué?

–Piensa en tu hija.

–No hago más que pensar en ella.

–Es lo único que importa.

–También tú importas.

–Yo soy el pasado, Carlos. No quieras convertirlo en presente. Cometerías otro error.

–Me estás pidiendo que renuncie a vivir.

–No: únicamente te estoy pidiendo que renuncies a verme.

–¿Por qué, Lolita? No tienes derecho. No puedes exigirme eso.

–No te lo exijo -murmuró ella-. Sólo te lo pido.

–Por favor, no cuelgues aún. Escúchame… Aquella tarde en San Sebastián… ¿Recuerdas? ¿Sabes a lo que me refiero? Aquella tarde…

–No conviene hurgar cadáveres, Carlos. Ni tú ni yo somos ya los mismos. Aquella mujer era una niña alocada y aquel hombre era un pobre ambicioso cargado de vanidad. Los dos han muerto.

–Pero seguimos latiendo.

–Es curioso… -rió sin ganas-. Supongo que a eso se le llama sobrevivir.

–Para mí significa más. Significa tener esperanza.

–¿De qué?

La voz se le iba:

–No vuelvas a engañarte, Carlos…

–Por favor, no te vayas aún.

–Adiós, Carlos.

–¿Lolita? ¿Estás ahí, Lolita?

No hubo respuesta. Colgué el auricular. Al día siguiente llamé a Paco para decirle que podía contar con el crédito. «Yo mismo avalaré el préstamo.»

Llegó al Banco satisfecho, otra vez sumiso:

–Una buena inversión, Carlos: no te pesará. A lo mejor puedo devolverte el dinero antes de que mi suegro palme.

Aquel año la primavera volvió a llenarse de festejos entre los intocables. Se hablaba mucho de que los Rampardal iban a celebrar un baile «monstruo» en su finca de Cadaqués. Los Rampardal eran ya los amos de la situación. En cierto modo sus millones estaban sustituyendo al aristocrático bullir de los Sobrado, los Repecho y los Cabeza de Moro. Muchos apellidos ilustres comenzaban a ser desguazados por apellidos como el suyo: plebeyos, pero cargados de «posibles». Además los Rampardal eran todavía jóvenes mientras que los Sobrado y los Repecho (padres) comenzaban a declinar visiblemente. Los Cascote ya no iban a Estoril y Tico Sobrado iba perdiendo sin remedio su categoría de conquistador.

Había un mundo de diferencia entre los intocables de mi adolescencia y los de aquel momento. A nadie interesaban ya los martes de los viejos Moraldo, ni la opiniones de Manuel Bruton (si se pronunciaba Briuton, mejor) ni los chistes facilones del conde de Trigo. Interesaban los nuevos, los que llegaban a España a lomos de la ola turística, los artistas del momento, los avanzados… Por eso Francisca Repecho no ofrecía ya festejos sin una figura destacada capaz de divertir: «Habrá mucha mezcla», decía. Precisamente lo contrario de lo que años atrás hubiera dicho.

Serena no perdía ocasión de asistir a todos los festejos que Francisca

organizaba: «Es la única que ha sabido cambiar el panorama de la sociedad», decía.

Y me arrastraba con ella, «para que la gente no murmurase», para que todo el mundo se diera cuenta de que nuestro matrimonio había sido un éxito.

Pero me aburría. Era una tortura para mí escuchar noche tras noche las sandeces de aquellos que hablaban sin oír, o presenciar las borracheras de Victoria (cada vez más fofa y desbocada), o contemplar las miradas furtivas que se dirigían Paco y Serena cuando suponían que yo no reparaba en ellos. Y soportar las opiniones de los que no se resignaban al cambio, los que juzgaban que el «turismo barato» estaba destruyendo a España, o los que se remontaban a su juventud para contar anécdotas que no interesaban, que nada tenían que ver con el vertiginoso presente que nos estaba acogotando.

Luego, «los elegantes venidos a menos» que presumían de *boutiques*, o los nuevos pobres que se dedicaban a gorronear, y los aprovechados, que sacaban partido de todo para medrar a fuerza de lugares comunes: «Voy a abrir una mini-tienda.» «Fulanito ha puesto un mini-bar.» Desde que se había puesto de moda la mini-falda, todo se había vuelto repentinamente «mini». La falta de imaginación era evidente, pero todos los dueños de algún «mini» se sentían emocionadamente originales cuando mencionaban sus «minerías».

Era muy cansador soportar todo aquello. Era casi tan desmoralizador como recordar a Lolita lejana o a Carlota en su silla de ruedas. Era como si también aquellas gentes anduvieran en sillas de ruedas, como si todos viviesen paralizados.

Al llegar a casa Serena siempre reprochaba mi actitud: «Siento decírtelo, pero estás perdiendo puntos…» Y añadía que los amigos empezaban a encontrarme tostón, que ya no era el de antes, que la gente se aburría cuando estaba a mi lado…

–¿Me has oído, Carlos? La gente se está cansando de ti.

También yo me estaba cansando de la gente. Había sentimientos irremediablemente mutuos.

Pero mi aguante llegó al extremo cuando me vi obligado a soportar el crucero de aquel verano.

Serena, escarmentada por su tedio del año anterior, se había desquitado invitando ella sola a los amigos. «Como Carlota prefiere quedarse…» Había los de siempre más algún elemento nuevo. Uno de aquellos elementos era una mujer extranjera. Una otoñal de pelo descolorido, cogote recio y mirada dura que acababa de separarse de su marido. «La pobre Marión está muy triste», decía Serena y se había propuesto «consolarla».

Fueron veinte días agotadores. El tema principal lo encabezaba siempre el padre Antonio. Nadie podía asimilar aún que hubiera colgado repentinamente los hábitos: «Al parecer, se ha fugado con su secretaria.» Francisca Repecho estaba verdaderamente consternada: «Pensar que hace poco más de un mes me confesé con él…» Victoria la tranquilizaba: «No te preocupes, ya se habrá olvidado de tus pecados.» Teresa Rampardal se hacía la escandalizada: «Pero si parecía un santo…» «Tanto hablar de amor…» Y Paco aprovechó la coyuntura para largar uno de sus chistes de mal gusto sobre los curas yeyés. Recordé a aquel hombre cuando todavía llevaba clergyman… Entonces aún era «alguien». Luego había ido perdiendo categoría social. La gente, en cuanto lo vio vestido de seglar, dejó de invitarlo.

No tardé mucho en percatarme de lo que estaba ocurriendo entre Victoria y la nueva del cogote recio. Tras su apariencia de valquiria rubia, se escondía una lesbiana como una catedral.

Cuando regresé a Barcelona le comuniqué a Serena rotundamente que aquél era el último año de barco.

–Pienso venderlo.

Me miró de soslayo: frunció el labio inferior.

–Tú verás lo que haces -me dijo-. Los amigos no van a perdonártelo.

–Cualquiera diría que he comprado el *Serena* para los amigos.

–¿Para quién si no?

–En principio lo compré para ti.

–Entonces, ¿cómo te atreves a venderlo sin consultarme?

La miré de arriba abajo.

–Tú ya no me perteneces.

Lo dije sin nostalgia, sin dolor: únicamente con asco.

–¿Qué intentas darme a entender?

–¿Para qué describirte lo que sabes mejor que yo?

No había violencia entre nosotros: únicamente una repugnante frialdad:

–Lo que me admira -dijo ella- es cómo imaginando lo que imaginas tienes el cinismo de tolerarlo.

–Entonces ¿lo admites?

–No he dicho que lo admitiera. Sólo me intriga saber lo que pasa por tu torturado cerebro.

–Todo -dije-, todo lo imaginable.

–¿Y cuál es la consecuencia?

–Eso está aún por ver.

–¿Me amenazas?

Esbocé una sonrisa despectiva:

–Es demasiado peligroso amenazarte, Serena. Prefiero dejar las cosas tal como están.

–¿Hasta cuándo? – cambió de voz-, ¿No pretenderás deshacerte de mí como hiciste con Alicia?

Fue la primera vez que lo dijo abiertamente.

–¿Cómo te atreves? Sabes muy bien que yo no maté a Alicia.

–Hay muchas formas de matar, querido Carlos. ¿Te has olvidado ya del famoso papel que dejó en tu dormitorio?

Me acerqué a ella. La agarré por los hombros. La vi de pronto con el rostro de Estrella; tenía la misma sonrisa, el mismo odio en la mirada.

–Me repugnas, Serena, me repugnas.

La empujé contra el sofá y salí de la estancia.

No fueron sólo las amenazas. Hubo mucho más: un continuo desprestigiarme entre los amigos: «Ese Carlos es un celoso empedernido… No me deja dar un paso…» Un continuo sacarme dinero: «Además, se vuelve tacaño.» Un continuo prescindir de mí: «Es mejor que no me acompañes, Carlos: te aburrirías demasiado…» Todo se repetía. Sólo que los papeles se habían trastrocado.

A veces, cuando me miraba al espejo era como si estuviera asumiendo la expresión triste de mi primera mujer: «¿Por qué te casaste conmigo, Carlos?» También yo me estaba preguntando por qué motivo se había casado conmigo Serena.

Incluso los amigos empezaban a tratarme como en tiempos habían tratado a Alicia. En cambio, la personalidad de Serena crecía; Serena era divertida; Serena era animada; Serena no tenía una hija paralítica que estuviera paralizando su vida.

Así me fui introduciendo en el silencio, en la misantropía, en la soledad. Lo peor era los reproches de Carlota. Ella no sabía: «Papá, estás descuidando a la pobre Serena… Deberías acompañarla.»

Aquel verano me sentía cansado y prolongué mis vacaciones más de lo habitual. Me quedé en Can Pou con mi suegra y con Carlota. Serena se resistía a «enclaustrarse», como decía ella. Tenía proyectos: viajes al sur de España. «La cadena hotelera de Paco costeará mis viajes…» Y yo fingía creerla, para no violentarla, para que mi hija continuase suponiendo que las ausencias de Serena eran lógicas y normales.

Lo más difícil de soportar era el distanciamiento de Lolita, la falta de cartas suyas, su total aislamiento. Por primera vez me sentía viejo, desgastado, sin empuje para vivir. La hora mejor era la del baño; cogía a Carlota en los brazos, la metía en el agua. La obligaba a bracear. Y Sofía nos contemplaba sonriendo.

–Lo estás haciendo muy bien, Carlota…

También Carlota sonreía. No tenía ya ni prejuicios ni complejos. Por las tardes solían llegar chicos y chicas de su edad a Can Pou. Mi suegra los recibía con su proverbial entusiasmo. Se creía joven como ellos, les preparaba la merienda, los obligaba a reír…

Serena llegó hacia finales de agosto: venía morena, esbelta, cargada de regalos. «Un día te llevaré al hotel del tío Paco -le anunció a Carlota-. Está quedando precioso», y afirmaba que la empresa le había encargado que asesorara gran parte de la decoración.

Cuando entró en su cuarto, Carlota y yo la seguimos. Abría la maleta,

colocaba las prendas sobre la cama. Pregunté directamente:

–Supongo que el suegro de Paco continuará vivito y coleando.

Serena cambió de expresión:

–Si no se ha publicado la esquela, es de suponer que continúa vivo.

Tras el ventanal se veía una tierra guijarrosa cercando la explanada del jardín. Era un paisaje empapado de verano, de sequedad, de torridez.

–Paco afirmó que tenía un año de vida -insistí.

Carlota también miraba el paisaje. Decía que iba a sacar un apunte desde el balcón de Serena. Serena continuó extrayendo prendas de la maleta.

–Si el conde de Remo te estorba… Ya sabes lo que debes hacer, Carlos.

Carlota se volvió hacia nosotros. No entendía. Reaccioné pronto. Lancé una carcajada, me acerqué a Serena, acaricié su brazo: «Estás muy guapa -le dije-. La estancia en Marbella te ha probado.»

Y la soga de mi cuello se iba estrechando.

Regresamos a Barcelona muy cerca del otoño. Desde la avenida Pearson, Barcelona se veía ya envuelta en frío y humedad.

Aquella temporada Paco solía pasar muchas horas en nuestra casa. A Carlota solía divertirle su charla; sobre todo cuando lanzaba sus noticias inéditas. Fue él quien primero habló del asunto Matesa. Conocía a fondo los pormenores:

–Ahora es cuando podemos afirmar que España está avanzando: hasta tenemos nuestro escándalo público a nivel de los países pudientes… -Serena reía-. Sólo nos falta un buen secuestro de aviones para completar nuestro prestigio internacional.

Todavía no me resultaba demasiado difícil mantener una conversación con aquel hombre. Todavía, cuando pensaba en su lío con Serena, no llegaba a exasperarme. Todavía nos tolerábamos, como si yo no «supiera» y él no supiera que yo «lo sabía».

Fue el año de las alarmas bancarias y de los sondeos de créditos desmedidos. El asunto Matesa había despertado conciencias y provocado suspicacias.

Fue entonces cuando le insinué a Paco que empezara a devolver su crédito. «Los intereses acumulados están preocupando a los consejeros.»

Paco no se inmutaba: «Mi suegro no puede tardar en morirse», me contestó fríamente.

No obstante, el tiempo pasaba y el conde de Remo, contra todas las previsiones, continuaba vivo. Al fin decidí intervenir. Me puse en contacto con la compañía High Woodmade de Málaga. Averigüé entonces lo que ya había supuesto: Paco sólo había intervenido como mediador entre los dueños del terreno y los compradores. Lo demás había sido puro invento. El crédito que había pedido no formaba parte del capital de la empresa.

Lo llamé por teléfono. Le dije que deseaba hablar con él en mi despacho. Se presentó en el Banco con aires sosegados, sin dar muestras de la menor alteración. Venía galleando sobre el viaje de Nixon a España, decía que lo había conocido en Madrid: «Un gran tipo ese Nixon.» Últimamente Paco ya no se contentaba con el roce de los importantes nacionales. Necesitaba presumir también de internacional, de hombre influyente más allá de nuestra esfera política.

–Celebro que hayas conocido a Nixon -le dije-. Siempre es una ayuda intimar con presidentes.

Mi tono burlón debió de mosquearlo, pero no dio muestras de enfado.

–En la vida nunca se sabe lo que puede ocurrir.

Aguardé a que se sentara para lanzarle la bomba:

–Me he puesto en contacto con la Compañía hotelera de Marbella -le dije.

Paco se pasó una mano por la calvicie y, por supuesto, encogió la ceja:

–Lo imaginaba: tarde o temprano tenía que ocurrir.

–Así que admites tu mentira.

–Hasta cierto punto. Necesitaba una excusa para que me prestaras el dinero. Te lo pagaré religiosamente cuando mi suegro muera.

Enseguida hinchó el busto, sacó las gafas, se las colocó y desplegó el periódico que llevaba consigo.

Se lo arranqué de las manos de un manotazo.

–No te he llamado para que leas en mi presencia.

Se quitó las gafas y volvió a guardarlas en el estuche.

–Ahórrate los malos modos, Carlos: no encajan en mi estilo.

–Tampoco en el mío encajan los embustes.

Respiro hondo. Miró el techo:

–Has dado pruebas de ello: toda tu vida no ha sido más que un prolongado y miserable embuste.

–¿Y la tuya? ¿Qué ha sido la tuya, Paco?

Se encogió de hombros. Dejó escapar un soplido y cruzó los brazos.

–De acuerdo; tampoco yo he sido un dechado de virtudes: pero al menos no he presumido nunca de intachable como has presumido tú.

Comprendí que ganaba terreno. Corté por lo sano:

–Me gustaría saber para qué me pediste el crédito.

–Sencillamente para vivir.

–Y no vacilaste en urdir ese maldito enredo…

–Todos caemos en eso, Carlos. Dime, ¿jamás has enredado a nadie? ¿Te has olvidado de cómo conseguiste el puesto que ocupas ahora? ¿No fue a costa de engaños, embustes y adulaciones?

–Fue a costa de mi trabajo, de mi esfuerzo, de mis estudios…

–Y de algo más, Carlos. Nos conocemos bien… En cierta ocasión me dijiste que Alicia te había llamado ladrón. No andaba equivocada. Hay muchas formas de robar, Carlos… Una de ellas consiste en hacerse nombrar administrador de los bienes de la propia mujer.

–Alicia no estaba en condiciones de administrar sus bienes.

–Eso es lo que tú le hiciste creer a tu suegro.

Las piernas me flaqueaban. Me senté en el sofá. Paco continuaba atacando:

–Nos conocemos demasiado para que yo ignore tus puntos flacos. Siempre fuiste ambicioso. ¿Recuerdas? Querías prosperar, querías ser un Freudman, un hombre de pro, con medallas, con propiedades, con descapotables extranjeros y consejos de administración. Bien. ¡Ya has conseguido todo eso! ¿Te satisface? ¿Puede satisfacer la gloria al precio que la has pagado?

Recuerdo el tono de su voz: tenía la monotonía de la dulzaina, la sequedad

de sus notas, el chirriante susurro de sus falsetes. Y, sobre todo, su toque de alerta.

–Te has valido de nosotros -siguió diciendo-, nos has exprimido hasta la saciedad: nada se te ponía por delante. Querías dinero y te casaste con Alicia. Querías medalla y me sobornaste para obtenerla. Querías ser libre y eliminaste a Alicia.

–¡Basta!

Pero la voz de Paco no se interrumpía; seguía hablando como un disco que no tuviera fin: fanfarroneando, jactándose de hombre razonable.

–Todo te parecía poco para satisfacer tus estúpidos delirios de grandeza, tus complejos de advenedizo, tus interminables lacras de la infancia…

Me tapé los oídos. No podía soportar su voz. Devoraba, hurgaba, roía. Lo vi de pronto de pie, frente a mí: alto, erguido, los puños crispados.

–Y todavía te quejas porque te pido un miserable crédito con garantías. ¿No te parece que resulta un poco fuerte tu desfachatez?

Estuve a punto de levantarme y emprenderla a bofetadas con él. Todo en Paco se me antojaba ya insufrible: su cara de cobarde envalentonado, sus labios finos, moteados de burbujas de saliva reseca, su calvicie brillante, sus cejas, por primera vez unificadas, sin dar síntomas de encogimiento.

–No eres razonable, Carlos; no lo eres.

Se volvió de espaldas, se acercó al balcón. Miraba la calle: una calle pletórica de miasmas, de ruidos de vehículos exudando tóxicos, de gente angustiada intentando abrirse paso para llegar… ¿Llegar adónde, Dios Santo? Tal vez llegar al punto de partida, a la conciencia de que nada tenía sentido, a la meta de los que nunca alcanzan lo que buscan, la que se anhela sin razón y se ríe de nosotros cuando la rozamos con la mano.

–Escucha, Paco.

No se volvió; continuó imperturbable, respirando anheloso, su furia desatada, prestando vaho al cristal.

–No es tu petición lo que me indigna. Es la excusa que diste para que yo la atendiera.

Rompió a reír.

–¿Y a ti qué caray puede importarte el empleo que yo vaya a darle al dinero que me pertenece?

–No era tuyo ni mío: era del Banco.

Volvió a mirarme. Se había congestionado y los ojos le brillaban como los de un perro rabioso.

–Ahí quería yo pillarte, Carlos Hondero Ruiz de la Argamasa -decía señalándome con el dedo-. El dinero del Banco… El que tú manejas.

–Me pertenece hasta cierto punto.

–Como le pertenece al cazador la carnada de una loba. Es muy fácil hacerse con ella manejando un rifle. Bien: pongamos que yo también lo he manejado. ¿Qué tienes que alegar, señor puritano? Analicemos la situación: ¿cuál de los dos ha salido ganando a lo largo de nuestra vida con esa maldita amistad nuestra? ¿Crees que todo lo que yo te he dado a ti vale menos que ese cochino crédito que me has dado tú a mí? ¿Quién te metió en sociedad? ¿Quién te consiguió la medalla? ¿Quién dio brillo a tu sucia casta de chupatintas? ¿Quieres decírmelo? Pero ¡si ni siquiera sabes quién era tu padre…! Y tu madre… ¿Quién era tu madre? Una pobre costurera de fama un tanto dudosa…

Fue entonces cuando salté. Lo cogí por las solapas; lo empujé hasta la pared: clavé mi aliento contra su rostro.

–O retiras lo de mi madre, o te dejo seco -le grité.

No se defendió. Me miraba; sólo me miraba.

–Retíralo, ¿me oyes? Te lo mando, te lo ordeno.

Paco se llevó un dedo a los ojos.

–Está bien: lo retiro. Al fin y al cabo, tu madre era una infeliz… Ningún delito pudo ser peor en ella que el de haberte traído al mundo.

Me aparté de su lado. Me dejé caer en el sofá. Tenía la impresión de que los pulmones iban a estallarme.

No sé cuánto rato estuvimos en silencio, como dos gatos enemigos que aguardan el ataque del contrario. Al fin, Paco volvió a hablar:

–Estarás satisfecho…

Lo decía mientras se arreglaba la corbata y estiraba su chaqueta.

–Siempre fuiste dado a la violencia: un gesto muy Carlos Hondero. Muy tuyo.

No contesté. La garganta me dolía de tanto gritar.

–Afortunadamente te conozco -continuó diciendo-, por eso no tomo en consideración tus estúpidos arrebatos de soberbia.

Emitía un odio frío, un odio acumulado durante años y años: un odio con nubes, con humedad, con invierno.

–Voy a decirte algo, Carlos Hondero: algo que probablemente nadie se ha atrevido a decirte. Creo que ya es hora de que lo sepas: si no fuera por ese maldito dinero que tienes en las manos, si no fuera porque te has convertido

en un hombre influyente, nadie, ¿me oyes bien?, nadie se tomaría la molestia de tratarte. Te quedarías sin un solo amigo. La gente te ha calado: ya no engañas a nadie.

–Jamás he creído en la amistad -lo atajé-. No me forjo ilusiones sobre un sentimiento tan precario como ése…

–Lo cual no impide que, de vez en cuando, lances discursos azucarados y melifluos ensalzándola.

Recordé lo que me había dicho Alicia: «Eres un fraude, Carlos.»

–Por eso te prevengo: guárdate de la maledicencia. No exprimas a la gente; en cualquier momento puedes verte atosigado por la opinión ajena.

–Como si la opinión ajena me importara… Tengo la conciencia limpia.

Paco me miró: los labios prietos, la sonrisa irónica apuntando en ellos otra vez.

–¿La tienes, Carlos?

–Naturalmente.

Paco se rascó de nuevo el cogote:

–Yo, en tu lugar, no estaría tan seguro.

–¿Qué pretendes insinuar? ¿Te has propuesto enloquecerme?

–La verdad. Sólo la verdad.

–La verdad no me asusta: no tengo nada que esconder.

–¿Ni siquiera a tu hija?

–Carlota confía en mí. Ninguna insidia puede dañarla.

–Eso está por ver.

–Serías capaz de…

No me dejó terminar la frase. Se acercó a mí. Me plantó cara directamente:

–No le preguntes a un hombre atosigado de lo que podría ser capaz, Carlos. La mente humana no tiene límites cuando intentan coartársela como estás haciendo tú. Es un aviso: un simple aviso. Todo depende de tu comportamiento.

–¿Me estás haciendo chantaje?

–Estoy utilizando tus propios procedimientos. ¿Lo has olvidado? También tú le hiciste chantaje a Alicia. También tú especulabas con su silencio frente a tu suegro. La muerte de don Alberto pesaba mucho… ¿Recuerdas? No debe extrañarte que ahora haga yo lo mismo contigo… Ya sabes a qué atenerte: mi silencio a cambio de tu tolerancia.

Fue la última dentellada de aquel día; el último aviso. No contesté. Hubiera sido ocioso contestar. Me dolía la cabeza, me sentía febril. Notaba un malestar grande en todo el cuerpo. Yo ignoraba aún que estaba enfermo. Imaginaba que mi estado angustioso se debía sólo a la disputa que acababa de tener con aquel hombre.

Llegué a casa con la sensación de que Alicia acababa de morir. Más de una vez me había ocurrido aquello. Era como si volviera a tenerla delante, junto al torreón, la cabellera esparcida, los ojos abiertos mirando un sol que ya no podía cegar sus pupilas…

Me sentía débil, bañado en soledad. Pensé que había culpas imborrables, incapaces de vindicación. Culpas eternas que desposeían de todo derecho, de toda excusa.

Me dije entonces que yo mismo hablaría con Carlota. «No permitiré que lo hagan los otros.» Pero ¿cómo decirle a Carlota: «Tu madre murió porque yo dejé que muriese»? Carlota indagaría, preguntaría, querría saber… Y sabría. Paco y Serena se encargarían de que lo supiera todo sin omitir detalle. Y Victoria: también ella aportaría su grano de arena. La imaginaba ya volcando sobre mi hija la escena de aquella noche: «Tu madre me llamó por teléfono porque se sentía sola: tu padre no la quería, tu padre la torturaba…» Y Carlota me contemplaría como había contemplado la tormenta de aquella tarde; horrorizada, buscando un apoyo que nadie podría darle…

Después… ¿Qué iba a ocurrir después? No podía haber un después. No podía existir nada: ni siquiera el derecho a ser considerado víctima.

Aquel día Serena no almorzó en casa. No era la primera vez que se adjudicaba el privilegio de ausentarse a la hora de almorzar.

Subí al estudio de mi hija. Desde allí, la ciudad era un gran bloque gris, cercado por el azul de un mar que a veces se volvía negro. Recuerdo que hacía mucho viento y los árboles se balanceaban goteando restos de una lluvia reciente.

Carlota estaba allí, su silla encarada hacia un caballete donde se alzaba el cuadro que estaba haciendo. Tenía el tocadiscos en marcha y no me había oído llegar. Detuve el mecanismo y me acerqué a ella: «¿Cómo va ese cuadro?» Abandonó los pinceles, me tendió los brazos: «¿Qué hora es?», preguntó. Decía que cuando pintaba las horas se le pasaban volando, que se olvidaba de todo. Era un sosiego escuchar su voz (todavía alegre): «Fíjate en ese paisaje, papá: ¿no te parece sobrecogedor?»

–Pintas mejor que tu madre -le dije-. Algún día podrás hacer una exposición.

Carlota entornaba los ojos: retrocedía, volvía al lugar donde yo la había encontrado. Era consolador comprobar su forma tan ágil de manipular la silla. A veces uno llegaba a olvidarse de que no podía caminar.

–¿Sabes, papá? Cuando pinto a menudo imagino que la tengo al lado, que me está insuflando lo que debo hacer… No deja de ser un acicate saber que también mi madre era artista. Es una forma de prolongarla.

Pensé otra vez: «Voy a decírselo todo. Si no lo hago ahora, no lo haré nunca…» Pero Carlota dio vuelta a su silla y me tendió la mano.

–Mira, papá… Contempla el paisaje. ¿Qué te está diciendo?

Tenía una mano cálida y suave. Una mano llena de sueños. Apretaba la mía, me arrastraba hacia el ventanal:

–¿Crees tú que el paisaje puede hablar?

–Todo puede hablarnos, papá.

–Suponte que te diga algo terrible, algo que tú ni siquiera sospechas… ¿Cómo reaccionarías?

–Quizá pensara: el paisaje está mintiendo.

–Suponte que no mintiera.

–Entonces pensaría: «No volveré a mirarlo.» No me gusta que me digan cosas feas.

–¿Aunque te vieras obligada a tenerlo siempre delante?

Carlota frunció el entrecejo y torció la cabeza:

–¿Qué tratas de decirme, papá? ¿Qué llevas entre ceja y ceja?

–Nada. Era una hipótesis.

Carlota volvió a sonreír.

–Ya sé lo que haría; correría hacia ti. Te buscaría, te diría: «Defiéndeme contra el paisaje, papá; acaba de atentar contra mi vida.»

Cogí su cara entre las manos. Besé su frente.

–Y yo te diría: confía en mí, Carlota; jamás toleraré que nadie ni nada la destruyan.

Almorzamos allí mismo en una mesa portátil. A Carlota le gustaba contemplar el jardín mientras comía. Había tilos balanceándose, había hojas correteando secas por la planicie de arena y había una extraña crispación en la hierba y en las ramas.

–No quisiera parecerme al jardín de ahora -dijo ella-. Es como un borrón en un escrito.

Le gustaba decir cosas así, peculiares; cosas que la gente normal no captaba, como si el hecho de su contemplación forzosa le hubiera descubierto unas dimensiones nuevas.

–Si aguzas el oído, podrás oír sus bramidos.

Intenté bromear:

–Nosotros, los que no somos artistas, lo llamamos viento.

–No -dijo-, más allá del viento… ¿No oyes?

Miré mi plato. Apenas comí aquel día. Me sentía inapetente, destemplado.

–Algo te ocurre, papá. ¿Por qué no me dices lo que te preocupa?.

–Estoy cansado: eso es todo. Quisiera hacer un largo viaje contigo. Marcharme lejos de aquí: tú y yo solos.

–¿Y Serena?

Me llevé la mano a la frente: la tenía ardiendo.

–Serena no querrá acompañarnos.

–Te equivocas, papá… Serena nos quiere mucho. – Se detuvo. Apartó el plato, cruzó las manos sobre la mesa-: Tú, en cambio, jamás la has querido, ¿verdad, papá?

–No es eso.

–¿Entonces qué es? Suele quejarse de que la dejas sola, de que nada de lo que ella hace te interesa… Tiene razón, papá.

–Tampoco lo que yo hago le interesa a ella.

–Apariencias.

–Me duele que hables así de Serena.

Me levanté:

–Perdóname, hija mía; no me encuentro bien.

Me dirigí a la puerta. Carlota quería seguirme. Escuchaba tras mí las ruedas de su carrito avanzando rápidas y suaves sobre la alfombra del vestíbulo.

–Escucha, papá…

Llegué a la escalera. Bajé al rellano de mi dormitorio. Me coloqué el termómetro. Temblaba. Tenía fiebre, mucha fiebre. Pensé aún que podía ser una reacción nerviosa. «Cuida de tu hija, Carlos: podría convertirse en tu enemigo…» Me eché en la cama. La habitación daba vueltas: «El hombre ha llegado a la Luna…» Había que ver la televisión, asistir a los consejos, comer platos típicos, leer *best-sellers*, romper lanzas por una idiotez y forjar

metas estúpidas. «La meta, Carlos; la meta…» En aquellos momentos la meta era protegerse contra Paco, contra Victoria, contra Serena. Intenté levantarme de la cama. No podía. Pulsé el timbre. Pensé que acudiría Dolores. Pero cuando se abrió la puerta, entró Serena:

–No, por favor… Tú no.

–¿Qué le has dicho a Carlota? – preguntó fríamente.

–Tengo fiebre, Serena; estoy enfermo.

–Te conozco, Carlos; siempre aduces esas cosas cuando quieres desviar el tema.

Cogí su mano y la llevé a mi frente; Serena la retiró enseguida.

–La has dejado hecha un mar de lágrimas.

Intenté incorporarme. Serena era una mota difusa en la penumbra de la habitación.

–¿Dónde has estado? – pregunté.

–No creo que a estas alturas te importe demasiado saber dónde paso mis horas libres.

–Has almorzado con ese imbécil.

–No sé a qué imbécil te refieres. En todo caso, sea quien fuere, nunca lo será tanto como tú. Lo que importa ahora es saber con exactitud qué le has dicho a Carlota.

–No temas: no le he explicado el lío que os traéis entre manos. Si es eso lo que te preocupa, quédate tranquila. Es demasiado arriesgado hablar con Carlota de esas cosas. Le he propuesto que hagamos un viaje juntos.

Serena carraspeó:

–Así que pensabas huir con ella… ¿Hasta cuándo?

–Hasta siempre.

–¿Y dejarías tu trabajo?

–No soy insustituible.

Serena respiró hondo:

–Te has vuelto loco.

–Es posible.

–¿Qué te ha contestado Carlota?

–No me ha entendido. No puede entenderme. Imagina que tú eres poco menos que una santa.

–A ti lo que te ocurre es que tienes celos de tu hija. No puedes tolerar que me quiera tanto como te quiere a ti.

No contesté. Su maldita voz era ya un flagelo.

–Me he enterado de todo, Carlos. Has tenido la desfachatez de echarle en cara a Paco el préstamo del Banco. Por si fuera poco lo has agredido… No, es inútil que protestes. Paco me ha puesto al corriente.

–Por lo menos confiesas haber estado con él.

–No es ningún delito almorzar con un amigo de toda la vida.

–Lo es cuando ese amigo atenta contra tu propio marido.

–¿Atentar? ¿Quién atenta contra quién? ¿No estarás invirtiendo los términos, Carlos? ¿Has olvidado ya todo lo que Paco ha hecho por ti a lo largo de la vida?

Volví a incorporarme. No podía ver su rostro. La penumbra me lo impedía.

–Te lo ruego, Serena; no vuelvas a sacar lo de la maldita medalla… ¿Crees tú que todos esos favores le dan derecho a acostarse con mi propia mujer?

Serena no se inmutó. Dio un respingo y se quedó inmóvil.

–Por menos te acostabas tú con la mujer de Justo Fuentes. Por menos te acuestas todos los días con la primera furcia que se arrima a ti por dinero. Paco está bien enterado de todas esas correrías tuyas.

–Luego… lo reconoces. Reconoces que eres una puta…

–Más vale ser puta que asesino.

Me puse en pie. No sé de dónde saqué fuerzas para llegar hasta ella. La percibí apelotonada en el sillón: sus ojos de pantera brillando en la penumbra.

–Vuelve a repetir eso.

–No tengo inconveniente -dijo-. Tú mismo me lo confesaste.

Y de pronto Serena fue otra vez Estrella. Sólo veía sus ojos. Dos brillos agudos en la oscuridad del cuarto. «¿Qué pretendes?» Me incorporaba hacia ella, las manos enristradas, mi odio en la fiebre.

–De modo que soy un asesino.

La cogí por los brazos y la obligué a levantarse. Quedamos frente a frente, el vaho de mi boca invadiendo el suyo.

–Hiedes -dijo ella-. Tienes un aliento putrefacto.

Entonces la abofeteé una, dos, tres veces.

Serena cayó en la butaca llorando. «Asesino, asesino…» Lo repetía entre sollozos: la voz agarrotada.

Tras el cristal apuntaba ya la noche. Las tardes invernales eran cortas. Recordé lo que me había dicho Carlota: «El jardín está bramando.» Carlota era intuitiva. Carlota adivinaba.

–Si vuelves a decir eso, te mataré -le dije entre dientes.

Serena dejó de llorar. Se llevó las manos a la boca y fijó los ojos en los míos.

–¿Serías capaz de hacer conmigo lo que hiciste con Alicia?

–Todo depende de lo que hagas tú con mi hija. Una palabra, ¿lo oyes bien? Una sola palabra, una ligera insinuación y te juro que acabaré matándote.

Se levantó. Se estiraba la falda, se arreglaba el cabello.

–Saldré hoy mismo de España -me anunció-. Pienso tomarme unas vacaciones largas. Espero que al regresar te hayas calmado lo suficiente para no correr yo peligro viviendo a tu lado.

Me tambaleaba… Volví al lecho.

–Estás borracho -dijo-. Todos los borrachos pegan a sus mujeres. Pero ten cuidado, Carlos. No involucres a Carlota. Mientras sepas callar, yo también callaré…

La dejé salir del cuarto sin intentar retenerla. Volví a pulsar el timbre. Le dije a Dolores que me encontraba enfermo, que destapara la cama y que avisara al doctor Cordal.

Estuve ocho días con fiebres altas, tiritando, sudando, sufriendo pesadillas. Recuerdo que, de vez en cuando, alguien abría el batiente del ventanal. Había un hueco en la pared de la terraza que se llenaba de palomas. Era extraño tener palomas cerca del cuarto. Escuchaba sus arrullos, sus aleteos… La fiebre debía de ser muy alta; perdía la noción de las cosas… Mis ideas se diluían en imágenes sin sentido, encabritadas y dispersas.

Lo peor eran las noches. Había miles de ojos oteándome en la oscuridad, y torreones enormes escupiendo papeles, y cuerpos de mujer caídos en la tierra… También había sollozos y manchas moradas invadiendo el rostro de mil Lolitas. Y arrullos de palomas. Y batas blancas junto a carritos de ruedas. Y susurros: infinidad de susurros. Comentarios que rastreaban recuerdos. Frases que dejaban huellas efímeras: «Virus, cansancio, exceso de trabajo…» Palabras obligadas para darle un sentido a la fiebre. Y consultas. Veía a los médicos entre sombras. Escuchaba sus voces. Preguntaban cosas como si hablaran con un niño: «Vamos a ver, don Carlos… ¿Dónde le duele?»

Quería decirles que me dolía el alma, la vida, el horror de perder a Carlota. ¿Cómo explicar todo aquello? Palpaban mi hígado, mi estómago… Me auscultaban.

Cierta tarde la enfermera me pinchó el brazo y me rogó que no me moviera. Comprendí que me estaban administrando suero. No tardé mucho en salir del caos, en concretar relieves y desligar las pesadillas de las realidades.

Primeramente vi a Carlota, pálida, desencajada, con dos cercos morados bajo sus ojos azules. Tenía el carrito de ruedas pegado a mi lecho y en las manos sostenía un rosario.

–¿Qué estás haciendo, Carlota?

Dejó el rosario en la falda y tendió su mano hacia la mía:

–Creí que dormías.

–¿Qué hora es?

Consultó el reloj.

–Mediodía. El doctor no tardará en llegar. ¿Cómo te encuentras?

Me sentía mejor, pero aún tenía fiebre. Pregunté qué había tenido.

–Una infección hepática. Te pusiste amarillo.

Comprendí enseguida que mi hepatitis había sido grave.

–No deberías acercarte: es contagioso.

–Si lo es, ya no tengo remedio -bromeó ella-. He estado contigo durante toda la enfermedad.

No pregunté por Serena. Carlota me lo dijo: «Salió de viaje la tarde que caíste enfermo, se fue a París con tía Victoria y tío Paco…»

Me recalcaba que «la pobre Serena no sabía nada», que no habían querido alarmarla para no estropear su viaje.

–Pensé que tú lo preferías así.

–Es mejor… A Serena también le conviene descansar… Se llevó un gran tute con el traslado de casa.

Carlota me dijo que doña Alicia había estado a visitarme todos los días.

–Tampoco a ella la recuerdo.

–Estuviste delirando.

–¿Qué dije?

Carlota esbozó una risa que murió enseguida, señaló el rosario que tenía en el halda y dijo:

–Pedías un sacerdote.

–Gracioso. No lo recuerdo.

–Hablabas mucho del padre Celestino. Me tomé la libertad de avisarle. Estuvo aquí hace dos días.

–¿Qué más dije?

–Incongruencias. Frases sin sentido. Mencionabas el torreón. La abuela dice que te acuerdas mucho de mi madre.

–¿Qué más ha ocurrido…?

–Tus amigos han llamado por teléfono… Tengo los nombres apuntados.

–Así que el padre Celestino ha estado aquí…

–Intentó hablarte, pero tú no respondías. Quedó en volver cuando mejorases.

Y volvió.

Compareció una tarde mientras Carlota me acompañaba. Había cambiado. Era ya un hombre que frisaba en los setenta, entrado en carnes y escaso de pelo.

–Al fin puedo hablar contigo.

Le tendí la mano desde la cama:

–Conque ¿has tenido ictericia? La enfermedad de los taciturnos. Ya sabes la

receta: reposo, mucho reposo.

Le dije que el doctor Cordal me había prescrito dos meses de cama.

–Un panorama espléndido para la meditación.

–El caso es que no tengo muchas ganas de meditar.

Carlota nos dejó solos: «Gran muchacha», dijo el padre Celestino cuando la vio salir. «Puedes estar orgulloso de tu hija, Carlos.»

Me fijé en su rostro: la nariz le había crecido y sus ojos habían perdido viveza. Pero su mente continuaba tan lúcida como en la juventud.

–Según dicen, estuviste llamándome.

–No lo recuerdo.

–Sería el subconsciente.

Pensé: «Ahora me pedirá que me confiese», pero olvidaba que el padre Celestino no era un cura normal. Me habló del Banco, de la situación política, del giro escandaloso que se estaba produciendo en el clero.

–Sin embargo, no debemos preocuparnos demasiado -añadió-. El extraño apoyo de Dios consiste casi siempre en dejar que el hombre se tambalee y caiga, para levantarlo luego y darle mayor estabilidad.

Personalizaba, pero de un modo ambiguo. Era su forma de encauzar la conversación.

–A decir verdad, la era espacial que hemos inaugurado no resulta muy prometedora. Ya ves lo que está ocurriendo: antes perseguían a los curas por inmovilistas, ahora se mueven para ser perseguidos… -dijo riendo-. Resulta un mal negocio llevar sotana.

Era de los pocos que no se la habían quitado.

–Aunque te parezca una aberración, hoy día presumir de anticlerical es presumir de retrógrado… No hace falta que nadie nos desprestigie: nos estamos desprestigiando nosotros mismos… Una curiosa paradoja.

Carraspeó ligeramente:

–Pero vendrá una reacción; no te quepa duda. La carga religiosa no puede volar de España por un simple soplido.

Decía que había cosas inamovibles. Cosas que jamás podrían desaparecer.

–Es inútil que retiren la imagen de la Virgen: Pablo VI la ha nombrado Madre de la Iglesia. Es inútil que aparten los sagrarios de los lugares preeminentes: donde los coloquen, allá estará siempre la presidencia. Es inútil que prediquen el amor sin Dios; Cristo se hartó de decirlo: «Como el sarmiento se halla unido a la vid…»

Se detuvo repentinamente, esbozó una sonrisa y se llevó la mano a la sien:

–Perdóname: estoy empezando a sermonear.

Me acordé del padre Antonio, de sus diatribas contra la Iglesia triunfante, de sus largas peroratas sobre la humildad…

Le hablé de aquello al padre Celestino:

–Sí, ya lo sé; se critica mucho el triunfalismo, pero ¿has visto nada más triunfalista que un cura desacralizado predicando la humildad? ¿Y has visto nada menos humilde que un cura antitriunfalista? ¿Y los teólogos? A veces uno se pregunta cómo se las arreglan para enredar tanto las cosas… ¡Con lo sencillo que resulta limitarse al Evangelio! Afortunadamente, como decía una escritora francesa. Dios no sabe leer.

–Lo malo -dije yo- es la duda… Nadie hace nada para evitarla.

–Dudar no equivale a ser ateo.

–Son primos hermanos. Pero ¿cómo salir de ese ateísmo si todo lo que nos rodea lo está pregonando?

–Ése es el error: se habla demasiado de Dios para demostrar que no existe. Nadie habla de aquello que de antemano se considera inexistente. ¿Hablas tú de los hijos que no has tenido? ¿Hablo yo de los nietos que jamás tendré? Böll lo dice muy claro: «Nadie habla tanto de Dios como un ateo.» ¿Sabes por qué, Carlos? Para que lo convenzan de que tiene razón. No está seguro y espera estarlo. Ésa es su terrible pesadilla. Por eso quiere hacer una religión de su falta de fe.

Se expresaba sin énfasis. Se limitaba a volcar aquello que desde hacía años estaba deseando volcar.

Hubo un lapso molesto: demasiado prolongado.

–Si al menos hubiera conocido a Cristo… -dije.

–¿Crees tú que, de haberlo visto, las cosas hubieran cambiado?

–No lo sé; pero resulta duro creer sin ver, ni oír, ni conocer.

–Hubo un tiempo en que pudiste conocerlo, Carlos. ¿Lo recuerdas? Desgraciadamente te negaste. Te contentaste con subir al árbol, como Zaqueo, para observarlo a distancia…

–¿No era eso bastante?

–No, Carlos; no lo era. Te negaste a escuchar la voz que te ordenaba bajar del árbol y preparar tu casa para ser recibido en ella.

–Era difícil, era muy difícil atender aquella voz…

¡Había tantas voces apagando la suya! ¡Había tantas incongruencias atosigándome a la vez! ¡Había tantas cimas por escalar, tantos obstáculos que derruir, tantos egoísmos que saciar…!

–Había un mundo de cosas impidiendo que la oyera -dije.

–Dios también sabe eso. Pero no se cansa. Es muy posible que cuando en tu delirio me llamabas, lo único que hicieses fuera atender Su voz.

Recordé a mi madre; también ella había reclamado a un sacerdote cuando creyó que iba a morir: «Hay erratas que nunca podrán ser corregidas… Pero pueden compensarse…» Eso me había dicho don Pablo Daniel mientras señalaba su rostro comido de viruelas: «Ahora podré ser algo más que un cura renegado… Ahora podré dejar de inventar cosas para vivir…» Luego se había perdido para siempre en la vida sin inventos: la de su realidad, la de un destino sellado desde su juventud.

–Yo estaba lleno de propósitos, padre… Pero no podía cumplirlos: no me dejaban…

–Tu vida ha sido azarosa, Carlos. Un tipo de vida que encallece y envara. No es extraño que te encuentres desorientado.

–A veces pienso que me gustaría volver a la fe… Pero no puedo.

–Basta que lo desees para recobrarla.

–No me veo con ánimos de abrazar la cruz, padre.

–Sin embargo, todos la abrazamos aunque no queramos, Carlos. Nadie deja de estar clavado a su cruz particular… Lo único que nos cabe hacer es elegirla. Si eliges la de Cristo, puedes ser feliz. Si eliges la del mal ladrón, estás perdido.

–No sabría por dónde empezar.

–Deja que sea Dios el que empiece.

Recordé a Carlota arrastrando su carrito como si arrastrase un trofeo. Me daba miedo que Dios hubiera querido empezar por ahí:

–¿Cree usted que las culpas de los padres recaen en los hijos?

El padre Celestino sonrió moviendo la cabeza:

–No irás a culparte por la parálisis de Carlota… Más de una vez te lo he dicho: Dios no castiga, sólo ayuda…

–Según qué ayudas pueden ser terribles.

–No puedes quejarte… Dudo de que en el mundo haya una muchacha más feliz que tu hija. Podrías considerarlo castigo si Carlota estuviera desesperada: tiene paz. Tiene fe. Tiene a Dios.

–¡Pero le falta tanto!

–Más te falta a ti, hijo mío; incluso teniendo dos piernas.

Se levantó. Se inclinó hacia mi cama. Me tendió la mano: «Volveré otro día», dijo.

Escuché sus pasos mientras se alejaba. Le oí bajar la escalera. Ya no tenía la agilidad de antaño. Cerré los ojos. Soñé que moría. Era una muerte dulce, casi alegre. Alguien me decía: «Por fin has dejado de temer…» Y yo me sentía liberado, ingrávido, feliz.

Serena regresó de su viaje cuando yo todavía continuaba en la cama. La vi entrar en mi cuarto como si entre nosotros no hubiese ocurrido nada. No me besó: alegaba que las enfermedades hepáticas eran contagiosas. Luego rompió a hablar con naturalidad como si entre nosotros no se hubiera producido ningún tipo de choque. Carlota la escuchaba encantada. Serena tenía un sinfín de argumentos para justificar su viaje. Había que ver el

«subido» que había dado París: «Una ciudad preciosa…» Habían cambiado el nombre de la Place de l'Ètoile… «Ahora se llama de Charles de Gaulle.» De vez en cuando se dirigía a mi hija: «Debiste decirme que tu padre estaba tan enfermo… Hubiera suspendido mi viaje.» No dejaba argumentar. Volvía a sus novedades: «Teníais que haber visto el duelo que se formó cuando enterraron a Nina Ricci: todo un espectáculo.» Carlota le seguía la corriente. Sonreía, bromeaba. Le complacía vernos a los dos en buena armonía. Serena repartió regalos: «Eso es para ti, Carlos», y dejó sobre mi cama un jersey de cachemir: «Pensé que te gustaría.» Enseguida comentó que los precios estaban por las nubes, que no era posible vivir en París sin ser millonario… Me acordé de los jerseis que le había traído yo a Alicia cuando viajaba con Serena. Pregunté por Paco con toda intención. Serena no pareció alterarse. Me dijo que Victoria y Paco se habían preocupado mucho al enterarse de mi trastorno hepático y que tenían intención de verme enseguida. Le repuse que el médico había prohibido las visitas. Carlota intervino:

–Pero Victoria y Paco no pueden ser considerados visita, papá.

–De acuerdo: diles que vengan cuando quieran.

Y los recibí, como si entre ellos y yo jamás se hubieran producido roces, como si Paco continuara siendo el amigo indispensable y Victoria la incondicional compañera de siempre. También ellos hablaron mucho. También coincidían en que París era el lugar más caro del mundo. También deseaban que «yo mejorase rápidamente», para volver a salir juntos y «divertirnos», como siempre habíamos hecho. Y de pronto, Paco regresó a sus bromas, las que lo hacían insoportable:

–Me han dicho que ahora te tratas con curas retro. La verdad es que no se te puede dejar solo. En cuanto vuelvo la espalda, te desmandas.

Y lanzó la risotada «bromista» especialmente reservada para sus chistes.

–Espero que no te salga rana como nos salió el padre Antonio. Poco le faltó para ser terrorista de la ETA. Es curioso: ¿quién iba a decirnos que ser cura

y ser terrorista iba a parecerse tanto?

Y al decir aquello, alzaba el mentón como si olfatease el aire.

No le repliqué.

–Así que te han recetado reposo. No es mala cosa. Ojalá me lo recetaran a mí…

Y enseguida arregló las rencillas a su modo:

–Ahora comprendo lo nervioso que estabas aquella mañana en el Banco. Por lo visto, tenías ya mucha fiebre…

Era su forma de darme a entender que todo había sido olvidado, que, por él, «borrón y cuenta nueva». Pero también suponía una amenaza: la de mi posible desequilibrio. Era como si me advirtiese: «Mucho cuidado: la primera vez ha podido ser enfermedad, pero la segunda será locura.»

A pesar de todo, soporté aquella escena sin violentarme. La presencia de Carlota me frenaba, me impedía desfogar todo el odio que me iba creciendo por dentro.

Serena propuso enviarme un mes a Can Pou para reponerme. «Allí tendrías mejores aires…» Doña Alicia reforzaba su propuesta: «Nadie es insustituible, Carlos -decía cuando yo alegaba que me esperaba un gran trabajo-. Lo que no puede hacerse durante tu ausencia, se hará después…»

Y me llevaron a Can Pou. Me instalé allí con mi suegra, con Carlota, Dolores y Juan Villoria.

Serena dijo que iría los fines de semana. «El campo en invierno me resulta insufrible…» Era realmente insufrible aquel paisaje helado, rodeado de un mar hostil y agresivo. Resultaba abrumador ver aquellos cristales empañados y goteando continuamente. Y aquel mar desteñido que sólo se animaba un poco al brillo de un sol blanco y apagado.

Carlota me decía que allí iba a recobrar la salud. Pero yo sabía que la salud no podía recobrarse cuando la vida se envolvía en zozobras, el pensamiento en miedo y la respiración en ahogos. «Estoy viviendo una tregua», pensaba. En cualquier momento podía acabarse el plazo.

Afortunadamente, desde mi cuarto no se veía el torreón: sólo el cable eléctrico y los árboles negruzcos y la tierra enlodada junto a una hierba mustia.

Sin embargo, prefería aquella soledad a las visitas semanales de Serena. Jamás llegaba sola. Iba siempre acompañada de algún matrimonio amigo, aparte de los Moraldo. Recalaban en la finca avasallando, disponiendo a su antojo de cuanto había en la casa. Pedían whisky, tapas «para picar», hacían sonar el tocadiscos, contaban chismes subidos de tono, y, por supuesto, se olvidaban de mí. En el fondo, aquella invasión era una diversión nueva que Serena había ideado para sus amigos: un acicate semanal «distinto». A veces ni siquiera me dirigía la palabra. Alegaba que me había vuelto misántropo y que resultaba muy difícil mantener una conversación conmigo: «La enfermedad te ha dejado hecho un pingajo, Carlos…» Y se liaba a discurrir con los otros, como si yo no existiera.

Cierta noche, cuando Serena y yo nos quedamos solos, volvimos a tener un conato de pelea: le dije que sus amigos me parecían fundamentalmente estúpidos. Serena tenía un libro en la mano y fingía leer. Ni siquiera levantó la vista para responderme.

–Fuiste tú el que me los presentó.

–Lo reconozco: la culpa es mía. Pero ¿sería mucho pedir que no volvieras a traérmelos?

Serena dejó el libro en la falda y me miró fijamente:

–¿Qué pretendes? ¿Que pase los fines de semana contigo a solas?

–Si tanto te molesta, puedes quedarte en Barcelona.

–¿Es así como pretendes tranquilizar a Carlota? ¿Demostrándole a las claras nuestras diferencias personales?

–Haz lo que te parezca mejor, pero no me traigas a esas gentes.

–Con razón me aconsejan que te recluya.

Se arrepintió de haber dicho aquello. Lo intuí por la mirada furtiva que dirigió a mis manos.

–De modo que ésa es la amistad que me profesan…

Serena se puso en pie; dejó el libro sobre la mesa.

–Todo aquel que pega a su mujer o es un loco o está borracho.

Comprendí que todavía no me había perdonado. «Lo ha ido pregonando a los cuatro vientos.» Podía imaginarla explicando a «sus amigos» aquel despropósito mío: «De pronto se echó sobre mí como un loco y empezó a pegarme. No es la primera vez que pega a una mujer… Hace muchos años…»

–Así que les has contado la escena de aquella tarde…

–No veo por qué no había de hacerlo. Al fin y al cabo, tú estabas enfermo…

–No te preocupes -le dije-. ¡Olvídalo!

Y me dirigí a mi cuarto.

Había momentos en que yo mismo creía de verdad que acabaría enloqueciendo. Aquel lugar iba resultándome cada vez más insufrible. Fue un mes interminable. Un mes con categoría de siglo.

Pero lo resistí. Cuando llegué a Barcelona, estaba completamente curado. Enseguida vino Navidad: una fecha triste que Carlota en vano se empeñaba en hacer alegre. «Dicen que Franco va a conmutar nueve penas de muerte…» Se aferraba a cosas así para convencerse a sí misma de que la vida era bella y que, a pesar de todo, aquellos activistas de la ETA podían también pensar lo mismo.

Recuerdo que aquel día el padre Celestino había estado a vernos (procuraba hacerlo cuando Serena no estaba allí) y por primera vez me insinuó la posibilidad de que yo comulgara en la misa del Gallo.

Empezó hablando del atentado contra el Papa:

–De hecho están atentando contra él todos los días. Y lo que es peor: desde la propia Roma.

Se refirió luego a la puñalada trapera que había supuesto para Pablo VI la aprobación de la ley Fortuna-Baslini, que introducía el divorcio en Italia, mientras él viajaba por Filipinas.

–Un duro golpe para el Pontífice.

Carlota nos miraba inquieta: probablemente sabía ya que el padre Celestino iba a abordar el tema de la comunión.

–El Papa no puede admitir el divorcio -acabó diciendo-. Me refiero a cuando se efectúa religiosamente.

Abordó el tema de los sacramentos y acabó recordándome la escena de mi infancia cuando yo caí enfermo poco antes de inaugurarse la Exposición de Barcelona.

–Tampoco entonces quisiste comulgar. Si he de serte franco, me gustó que fueras sincero: entonces costaba serlo…

Nunca había hablado tan claramente delante de mi hija sobre mis ideas

religiosas:

–Lo siento -le dije a Carlota-. Daría un mundo por tener tus ideas, pero no puedo: me resulta imposible.

Carlota hizo chascar la lengua:

–Por eso estás tan solo, papá.

Y salió de la estancia.

El padre Celestino cambió enseguida de conversación.

En aquella época era tal vez la única visita que yo toleraba. Sin embargo, no me veía con ánimo aún para confiarme a él. Había varias cosas que lo impedían: mi horror a explicarle lo que apenas me atrevía a pensar, la vergüenza de rebajarme, la convicción de que iba a hacer el ridículo…

Aquellas visitas exasperaban a Serena. Decía que me estaba volviendo beato y que los amigos no hacían más que gastar bromas a propósito de «San Carlos Hondero».

–Se pasan la vida diciendo: «Grave peligro tratar a un arrepentido; en cualquier momento puede hacernos arrepentir de haberlo conocido.»

Por experiencia sabía que las diatribas de Serena eran totalmente ciertas. Nada desacreditaba tanto a un hombre como tratar asiduamente a curas con sotana: «Atención con lo que se diga delante de Carlos Hondero: es de los intransigentes…»

–Quién iba a decirme que mi marido iba a parar en beato…

Pero sus comentarios más o menos ácidos se volvieron mordaces cuando averiguó que había puesto el *Serena* a la venta.

–¿Se puede saber qué mosca te ha picado? ¡A quién se le ocurre! ¡Vender

ese barco! Además, sin consultármelo…

–¿Desde cuándo tengo por costumbre consultarte mis negocios?

–Dijiste que el barco era mío.

–Lleva tu nombre, pero los barcos suelen pertenecer al que los mantiene. ¿Podrías tú mantenerlo. Serena?

–Si no fueras tan rematadamente tacaño, podría.

Evoqué las insinuaciones de Paco al referirse a mi mujer: «Le regateas hasta el último céntimo.» Era evidente que me había pedido los tres millones de crédito para darle a Serena lo que yo no le daba, y asegurarla para él a costa de mi propio dinero.

–¿Te parece poco tres millones? Me gustaría saber qué habéis hecho con ellos…

Serena palideció. Tensó la barbilla y abrió los ojos.

–Me estás insultando, Carlos.

–No tanto como me insultas tú a mí. ¿Te imaginas que ignoro lo que os traéis entre manos los Moraldo y tú?

De nuevo se enristraba:

–Vas a tener que aclarar eso… No toleraré que, después de tu desfachatez, sigas atacándome.

–No te preocupes. Dile a Paco que no pienso reclamar esos tres millones hasta que muera el conde. De momento pagaré yo la deuda.

Y la dejé plantada.

Aquella futura muerte era una obsesión para todos. Y la reserva de los tres millones iba agotándose. Fue un lapso interminable; un continuo rastrear situaciones cobardes, un insistente soportar escenas, un permanente desplegar claudicaciones.

Por fin, cierta mañana nos comunicaron que el conde había muerto. Aquel día se había declarado una huelga en el Banco. Era una huelga-parodia; una comedia que venía repitiéndose esporádicamente como los resfriados en invierno y las conjuntivitis en primavera. Ningún empleado abandonaba su puesto, pero se cruzaban de brazos y dejaban pasar la hora convenida como si aquel fragmento de tiempo no existiera.

Carlota me llamó por teléfono para decírmelo: «El padre de Victoria ha muerto.»

–¿Cuándo ha sido?

–Supongo que la noche pasada. Serena me ha dejado el encargo de que te lo comunicara.

–Iré en cuanto pueda: ahora tengo problemas.

–¿Qué clase de problemas?

–El Banco está en huelga. Ya sabes: esas huelgas de pacotilla que de repente lo trastornan todo.

–¿Qué alegan?

–Lo de siempre: descontento.

–¿No hay forma de contentarlos?

–No es tan sencillo, pero se procurará remediarlo.

–¿Qué hacen?

–Nada: se limitan a no hacer nada. Ni siquiera aprovechan para tomarse el bocadillo. Es una hora en blanco.

Me acordaba de aquellas otras huelgas, las de mi infancia: con somatenes y disturbios.

–Son seres humanos: de alguna forma han de protestar si no están de acuerdo…

–Supongo que tienes razón. Supongo que el país necesita, de vez en cuando, menstruar de alguna manera.

Escuché su risa.

–Vuelves a ser tú, papá.

Probablemente la noticia de la muerte del conde de Remo me había puesto contento.

Aquella misma mañana me presenté en el palacete del difunto. De nuevo los Repecho y los Sobrado y los Cabeza de Moro y los Rampardal y los Trigo… Y Victoria, hecha una uva, con su llantina floja de beoda terca, repitiendo por milésima vez que «más valía que Dios se lo hubiera llevado para soportar la vida que soportaba…» Y la condesa viuda babeando, cabeceando y saludando sin tener noción de lo que ocurría: creyendo, tal vez, que aquella reunión era un festejo más entre los muchos que, a lo largo de los años, se habían celebrado en aquella casa «Hola, Toñita: tan guapa como siempre…»

Del marido muerto, ni siquiera se acordaba. De vez en cuando lo nombraba como si estuviera vivo: «Pepito no tardará en bajar: se está poniendo el esmoquin.» Y la gente asentía, le seguía la corriente: «Recuerda el día que nos casamos: también se vistió de esmoquin para celebrar nuestra noche de bodas… Pepito siempre ha sido un hombre extremadamente ceremonioso y educado.» Se llevaba la mano a la boca porque la dentadura se le caía, y sus

dedos temblaban descontrolados, como si cada uno fuera independiente y quisiera separarse de las manos.

Era horrible presenciar el espectáculo que ofrecía aquella mujer. Seca, de piel apergaminada, ojos apagados y tupé postizo, se apoyaba en un bastón para no caer: «Lo malo es que se cree enfermo: toda la vida ha tenido esa manía; siempre dice que los médicos no lo comprenden.»

Pero cuando veía a su hija, se daba cuenta de que Pepito había muerto: «No llores, Victorita: ahora vas a ser condesa y millonaria.»

Enseguida encontré a Paco. Ponía cara de circunstancias y se mostraba compungido: «Ya lo ves, Carlos: no somos nadie.»

Aquella vez no pude contenerme:

–La ceja, Paco, la ceja: te está delatando la ceja.

Fingió no enterarse de lo que le insinuaba porque había demasiados testigos observándonos. La familia Remo en peso se había trasladado allí.

De nuevo vi a los Moraldo padres: eran ya dos seres caducos (casi tanto como la condesa viuda), encorvados y temblorosos, que, arrastraban la ese más que nunca, no por pedantería, como antes, sino por deficiencia dental: dos terrones de tierra que a duras penas dejaban traslucir sus aires marciales de intocables engallados.

–Horrible espectáculo el de la vejez, ¿verdad, Carlos?

Era Francisca Repecho, todavía conservada, todavía aferrada a una apariencia decente:

–Produce grima, miedo, dentera -terminó diciendo.

–Todos acabaremos así -le repuse.

–Si no morimos antes.

–De cualquier forma -le repliqué-, hagamos lo que hagamos, puedes tener la seguridad de que ni tú ni yo podemos ya morir jóvenes.

Pretextó una excusa y se apartó de mi lado. A las Franciscas Repecho no les gustaba que se les pusiera por delante aquel tipo de realidades. Se aferraban a la juventud de espíritu, la invicta y manoseada juventud de espíritu que obliga al ridículo sólo para demostrar que los años no estancan.

Imaginaba que Lolita se trasladaría a Barcelona para asistir al funeral del suegro de su hermano. Pero la señora Moraldo se encargó de desilusionarme: «Hablé con Lolita esta mañana: está desolada; no puede venir…»

Fue una reunión muy elegante la de aquel día: muy al estilo Remo; se habló de todo, del primer hijo de los Cádiz, del viaje de los príncipes de España a América, de los famosos desplazamientos de Kissinger, de la vuelta de Perón, de las medallas de Spitz, de Liza Minnelli, de *El Padrino*, de Septiembre Negro, de la muerte del estudiante de Compostela, de don Cicuta, de las caras de Bélmez…, de todo, menos del difunto conde de Remo.

Remo era un muerto demasiado muerto para ser recordado. Aunque lo enterrasen al día siguiente, podría decirse que había dejado de existir hacía infinidad de años: mucho antes de la era espacial o la era del terrorismo… En realidad era como si no hubiese existido nunca.

Me fijé en Serena: a pesar de sus tentativas por mostrarse compungida, no podía disimular su contento. También ella debía de tener presente la famosa «herencia», también ella debía de sentirse un poco «heredera».

Salí de allí con el ánimo encogido: el frío de la calle se calaba en los huesos. Respiraba gasolina quemada, tufos de gasoil, polvillo de chimeneas… Una amargura irritante brotaba de los ojos de los transeúntes: caminaban todos automatizados, siguiendo las indicaciones del tránsito

(riadas de cuerpos malhumorados), camino de no se sabía dónde y por no se sabía qué.

Me metí en el coche que había dejado en el parking cercano, y enfilé hacia la avenida Pearson.

Yo ignoraba lo que iba a encontrar en mi casa aquel día. Pero en cuanto metí la llave en la cerradura, me di cuenta de que algo funcionaba mal. Me crucé con Sofía en el vestíbulo. Iba llorosa y tenía intención de salir. La cogí del brazo y la llevé al salón.

Me confesó que había discutido con Carlota. «A propósito de Serena», confesó.

Me costó mucho convencerla para que me explicara lo que había ocurrido: Sofía se resistía: «Quizá no debí hacerlo: quizá debí ser más discreta…» Me sentía agarrotado. No me atrevía a preguntar. Al final acabó diciendo: «Serena no juega limpio con Carlota.»

La tranquilicé:

–Efectivamente: estás en lo cierto, Serena no juega limpio con Carlota, ni conmigo, ni con nadie…

Parecía aliviada. Enseguida prosiguió:

–Está procurando separarla de ti. Y eso a mí me subleva.

Me senté a su lado. Temblaba: «Vamos, Sofía: cálmate…»

Empezó a desahogarse: «Seguramente quiere justificarse echando por delante que tú no la quieres, que la engañas… Y Carlota está adquiriendo una imagen deformada de ti. Ya era hora de que alguien le hiciera ver la verdad…»

–¿Qué verdad?

Sofía se mordió los labios, enrojeció: no se atrevía a hablarme claro: «Todo el mundo dice que tú estás enterado…» Bajé la cabeza, coloqué los codos en mis piernas y me cubrí la cara: «No te preocupes, Sofía: estoy enterado de todo.»

Hubo un silencio largo, interminable: un silencio lleno de suspicacias, de alarmas, de pavor.

–Entonces, Carlos… ¿Por qué toleras que Carlota admire tanto a esa mujer? ¿Por qué no te impones de una vez y le descubres la verdad? ¿No comprendes que tu hija está empezando a desconfiar de ti?

Respiré hondo. Me dolía el pecho: lo sentía oprimido, acribillado de agujas.

–¿Qué más le has dicho?

–¿Qué más podía decirle? Carlota se ha enfadado conmigo. No consiente que nadie desacredite a Serena. La quiere como si fuera su madre. No es capaz de darse cuenta de su egoísmo, ni de su crueldad, ni de su indecencia… Cree que todo es culpa tuya. ¿Comprendes?

Me fijé en Sofía: rostro simpático, casi tan bello como el de mi hija.

–¿Qué edad tienes, Sofía?

–Voy a cumplir dieciocho años… ¿Por qué?

La edad de Carlota; la edad de las franquezas, de las realidades hirientes… La edad directa: la que no admitía recovecos, ni hipocresías, la que a fuerza de poner puntos sobre las íes, era capaz de llenar de puntos todo el abecedario.

–No te culpo por lo que hayas podido decirle. Más aún: te lo agradezco. Pero, por favor, no vuelvas a desacreditar a Serena delante de mi hija. Carlota la quiere: yo mismo fomenté ese cariño. No puedo dar marcha atrás.

–Pero Serena no lo merece. Está haciendo lo posible para que tu hija te aborrezca.

–Lo sé.

Miraba al jardín. Una vez más era como un cementerio de árboles:

–Es una larga historia, Sofía…

Me apoyé en el cristal. Los puños cerrados, enristrados de ira.

–Debo aguantar, soportar, tragar… Aunque Serena me hunda, aunque se burle de mí, aunque me destruya… No me queda más remedio.

Sofía no me entendía. Rozó mi codo con su mano.

–Lo siento -dijo-. Yo no sabía…

No la miré. Me daba vergüenza mirarla.

–¿Le has hablado de Paco?

–Sí.

–¿Cómo ha reaccionado?

–Me ha echado de esta casa.

–Dios Santo… debe de estar pasando un infierno.

Era como si el dolor de Carlota se adelantara al mío, como si también lo tuviese yo dentro.

–¿Te das cuenta, Sofía? De ahora en adelante Carlota va a ser desgraciada… Te necesita. Te necesita mucho más que tú a ella.

Era imposible imaginar una Carlota sin Sofía.

–Necesita tu vitalidad, necesita tus piernas…

–Cállate, Carlos.

–Eras su segundo «yo»…

–¿Qué vas a hacer, Carlos?

–No lo sé aún… Hablaré con ella. Tantearé el terreno. Trataré de que se sincere conmigo.

–No lo hará. Es demasiado prudente. Temería herirte.

–Buscaré una solución. Haré lo que sea para encontrarla…

Subí al estudio de mi hija con el alma encogida. La encontré frente al caballete, cabizbaja: los pinceles en la mano, decaída, descorazonada.

–¡Hola, Carlota!

Intentó sonreírme, pero no lo conseguía. Dejó los pinceles sobre el mueble contiguo y acercó su carrito al lavabo.

–¿Cómo está Victoria?

–Eso importa poco -le dije-. Hay cosas más graves que la muerte del conde Remo.

–Entiendo: has hablado con Sofía.

–Acabo de dejarla.

Encaró su silla hacia mí. Preguntó directamente:

–¿Qué te ha dicho?

–Que os habéis peleado.

–¿Nada más?

–Estaba llorando: no ha querido hablar.

Carlota respiró hondo y tragó saliva. Dos rodales rojos iluminaban sus mejillas.

–Ha intentado rebajar a Serena -dijo-. Comprenderás que no puedo tolerarlo.

–¿Qué te ha dicho de ella?

–Prefiero olvidarlo.

–Escucha, Carlota…

Pero no quiso escucharme. Se dirigió al ascensor. Se metió en él. Bajé por la escalera para esperarla.

–Prefiero no abordar ese tema contigo, papá.

–¿Por qué?

–Es demasiado sucio.

Nos metimos en la sala. Vinieron a decirnos que «la señora había telefoneado para comunicamos que no la esperásemos a almorzar».

–Se ha quedado en casa de los señores Moraldo -dijo el criado.

Carlota frunció el entrecejo: dudaba. Probablemente la semilla que Sofía

había dejado caer, empezaba a hurgar su tierra.

–Atiéndeme, Carlota; a veces las cosas se dicen sin mayor trascendencia, sin pensar en las consecuencias. No debes tomar en serio lo que se habla por hablar.

Quería restarle importancia: aligerar su carga.

–Ciertas cosas nunca pueden ser superfluas: tanto si son ciertas como si son falsas, matan al que las escucha.

Sin duda recordaba mil detalles que nunca había considerado importantes; los viajes de Serena con los Moraldo, su impavidez ante mi enfermedad…

–Sofía ha insultado a Serena. ¿Comprendes?

–Quizá lo haya hecho para defenderme a mí.

–Ni aun así podría justificar su insulto.

No contesté.

Fue un almuerzo sombrío, apagado. Ninguno de los dos arrancábamos a hablar. Sofía estaba en la mente de ambos: Sofía y su aturdimiento, su franqueza, su terrible y brutal sinceridad.

Fue a partir de aquel día cuando Carlota empezó a dar el cambio. Ya no había alegría en sus ratos vacíos, ni risas en sus conversaciones, ni proyectos en sus panoramas… Se acabó el teléfono sonando para ella, los encuentros con muchachos de su edad, las interminables veladas con Sofía…

Se encerraba horas y horas en su estudio, sola, taciturna… Había las salidas matutinas (con el mecánico y la sillita plegable en el coche) para trasladarse a la iglesia… Y los silencios cada vez más prolongados. Y los cuadros tristes y los almuerzos melancólicos frente a un jardín helado.

Fue una época sin vida para Carlota. Era como si dejara pasar el tiempo sin percibir su paso, sin aprovechar las horas; dejándose morir un poco en cada segundo.

Serena no entendía aquella ruptura:

–Algo ha ocurrido entre Sofía y Carlota.

Más de una vez intentó sondearla. «¿Se puede saber qué diablos está pasando entre vosotras?» Pero Carlota rehuía la respuesta: se aferraba a su mutismo, a su vergüenza, al pánico de herirla. Cierta vez llegó a decirle:

–No vuelvas a hablarme de Sofía, Serena. Es una chica normal y no tiene por qué encadenarse a una inválida como yo.

Pero Serena no cejaba: «Aquí hay gato encerrado.» Y me miraba como si yo le ocultase algo. «Deberías hablar con Sofía, Carlos. Tu hija ya no es la misma desde que esa niña estúpida la ha dejado.»

En cierto modo la ausencia de Sofía era un conflicto para ella: le impedía moverse con la libertad de antes. Se notaba obligada a cubrir de algún modo el hueco que la amiga de Carlota había dejado.

–No debemos interferimos en su vida privada.

–Muy cómodo, Carlos…

–Nadie puede forzar a nadie -insistí-. No creo que a Carlota le gustara tener al lado una Sofía obligada.

–Pues si no le hablas tú, le hablaré yo.

La llamó varias veces por teléfono. Sofía jamás atendía las llamadas de Serena. Cuando comprendió que la rehuía, empezó a atacarla: «Un mal bicho esa niñita Tramacho, una egoísta de tomo y lomo…»

Y se liaba a ponerla tibia como si Sofía, efectivamente, fuera una desaprensiva, una aprovechada, que, una vez harta de Carlota, hubiese optado por abandonarla sin escrúpulos.

–A eso llaman caridad. Para que vaya presumiendo de niña cristiana. Te digo yo que la juventud, hoy día, es un manojo de egoísmos.

–No creo que a Carlota le satisfaga la caridad de Sofía.

Entonces fue cuando dijo lo que decantó la balanza de Carlota:

–¿Y te conformas? ¿No comprendes, desgraciado, que tu hija, sin Sofía, no vale ni un duro?

No se dio cuenta de que Carlota la estaba escuchando. La aparté de un manotazo y me acerqué a mi hija. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Quise consolarla. No sabía por dónde empezar.

Carlota se fue hacia él ascensor. Subió a su estudio. Se encerró en él. A partir de aquel día, cuando Serena almorzaba en casa ella no bajaba al comedor.

Fue una temporada amarga: día tras día veía yo cómo el rostro de mi hija iba demacrándose. Apenas me hablaba. Le propuse hacer un viaje para visitar museos, para conectarla con pintores famosos. A Carlota no parecía entusiasmarle nada de lo que le proponía.

Hablé con su maestro: «Tal vez podría exponer…» El maestro se negó: «No está preparada, hay que esperar…» Decía que las posibilidades de Carlota eran demasiado importantes para echarlas a perder adelantando acontecimientos.

Y la efigie de Carlota triste, de Carlota taciturna, iba siguiéndome como una pesadilla. Se acabaron las conversaciones desenvueltas. Ya no había ingenio en sus frases. Ya no había rumores más allá del viento, ni colores más allá

del colorido… «La gente cambia, papá…»

Me acordé de lo que me había dicho Lolita en cierta ocasión al hablar de un sobrino de su marido: «Murió de viejo a los veinte años…» También Carlota parecía una vieja y todavía no había cumplido los dieciocho…

A veces incluso se volvía hostil, sobre todo cuando mi suegra se empeñaba en «saber»: «Vamos, Carlota: confíate a tu abuela…» Pero Carlota la rehuía. Y doña Alicia se quejaba: «Igual que mi hija… Exactamente igual…»

Aunque no me lo decía, temía que su nieta acabara como Alicia. A decir verdad, también yo había pensado aquello.

Hasta que un día me atreví a abordarla. Estábamos los dos en el estudio. No sé cómo empezó. Creo que fue al decirle yo que no debía dejarse llevar por la misantropía:

–¿Qué temes, papá? ¿Que haga lo que hizo mi madre?

Fue como recibir una descarga eléctrica. Todo en mí quedó abrasado, fulminado.

–¿Por qué dices eso?

Me miró fijamente: bruscamente, con el azul de sus ojos oscurecido de coraje:

–¿No te parece que ya me habéis mentido bastante? ¿Por qué no he de saber yo lo que sabe todo el mundo? ¿O es que por vivir con una silla a cuestas debéis tratarme como si fuera imbécil?

Nunca la había oído expresarse con tanta dureza. Era una versión nueva de Carlota, de su voz, de sus ademanes, de su mirada.

Me dejé caer en la butaca contigua y escondí la cara en las manos.

–¿Quién te lo ha dicho?

Carlota dejó escapar un soplido que imitaba una risa falsa:

–La pregunta de rigor: ¿Quién? ¿Cómo? ¿Por qué? Como si eso fuera lo único importante. ¿Quién me lo ha dicho? Nadie, papá. Nadie, tranquilízate. Podría haber sido Serena, pero no ha sido ella. Pudo haber sido Sofía, pero tampoco ella me habló jamás de eso. Infinidad de gente pudo habérmelo dicho. Todos los que me rodean lo saben, todos conocen a fondo la historia de su muerte… No hay más que ver cómo hablan cuando se refieren a la «pobre Alicia». Siempre se escapa un guiño furtivo, una mueca elocuente, un índice a los labios para que yo «no averigüe, para que yo no sepa». La gente disimula mal cuando se trata de ocultar una verdad demasiado conocida.

Era horrible escuchar aquella voz, cada vez más áspera, más ronca.

–Habéis sido todos. ¡Compréndelo de una vez, papá! Todos tenéis la culpa de que yo lo haya averiguado: Serena, la abuela, Dolores, el doctor Cordal… Me lo habéis estado repitiendo día tras día, con vuestros disimulos, vuestros embustes y vuestras falsedades…

–Por Dios, hija…

–Y encima nombras a Dios; como si Dios existiera para ti.

Jamás me había hablado de aquel modo. Manipulaba la silla, alterada, trasladándose de un lugar a otro de la habitación, como una persona que camina para desfogarse, como si el movimiento de su carrito fuera preciso para soportar todo lo que llevaba dentro Dios sabía desde cuándo. De pronto se detuvo. Se plantó ante mí, los ojos secos:

–Ahora te corresponde a ti, papá. También yo tengo en reserva mis «cómo», mis «por qués», mis «quiénes» y mis «cuándo». Necesito saber la verdad: sin velos ni tapujos. La verdad total.

–Ahora no, hija mía… Ahora no puedo…

–De acuerdo, papá: se lo preguntaré a Serena. El otro día me insinuó que mi madre estaba enferma. Ya me entiendes: enferma de la mente. ¿Es cierto eso?

Carlota había olvidado. Carlota ya no recordaba la escena de la corbata… «Mamá quería matarte, papá… Mamá es mala…» Eran aquellas cosas las que creaban en torno a Alicia la fama de su locura. Nadie podía comprender que su modo de actuar era una consecuencia y no un motivo.

–Serena te ha mentido -dije-. Tu madre no estaba loca.

Y de pronto callé. Serena estaba allí, en el umbral del estudio. Había llegado furtivamente sin que ni Carlota ni yo nos hubiéramos dado cuenta de su presencia.

–De modo que Serena miente -dijo con la frialdad de un témpano, mientras se acercaba a nosotros-. No protestes, Carlos. Lo he oído perfectamente. Según tú le he mentido a Carlota al decirle que su madre había enloquecido en los últimos años de su vida… No tengo inconveniente en rectificar. Pero… ¿no era ésa la versión que todos aceptaban? ¿Qué otro motivo podía haberla impulsado aquella noche a subirse al torreón? Tal vez Victoria pueda aclararnos esas razones. ¿No pasó con ella la última noche de su vida?

Contemplé a Carlota; nos miraba extrañada; los ojos abiertos, los labios lívidos, las mejillas repentinamente secas, chupadas hacia adentro.

Titubeé.

–Lo admito -claudiqué-. Alicia era una enferma.

–¿Por qué lo has callado, papá? ¿Por qué no me dijiste nunca que mi madre estaba loca?

Dios… ¡qué difícil era aquello! «Vamos, defiéndete sin mentir, Carlos…» No podía. Era imposible defenderme sin poner a Serena en trance de volcárselo todo a Carlota:

–No quería que te sintieras acomplejada -me excusé.

Carlota retrocedió. Se fue al fondo de la estancia. Miraba el paisaje, miraba el estudio, se miraba las manos:

–Entiendo -dijo-. Esas cosas se heredan.

–No -grité-. Eso no.

Corrí hacia ella, me arrodillé junto a su silla. La obligué a que su cabeza se apoyara en mi pecho. Carlota lloraba: «Por favor, Carlota… Te lo suplico: no llores…» La besaba, con su dolor fundido al mío, no podía soportar verla tan abatida, tan llena de desesperación.

–Te juro por lo más sagrado que no puedes heredar «eso» de tu madre. Te lo juro.

–¿Por qué?

Y volví a mentir. Improvisé de nuevo la historia urdida hacía ya mucho tiempo: «Fue al nacer tú…» Y Carlota me daba golpes con el puño: «¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué tuve que enloquecerla yo?» Se miró sus piernas: «Nunca debí nacer, nunca debí existir…»

Era inútil calmarla. El dolor acumulado durante aquellos meses debía brotar de ella como fuera. Contemplé a Serena:

–¿Estás ya satisfecha?

No contestó: salió del estudio. Se encerró en su cuarto.

Agarré la cabeza de Carlota: «No vuelvas a confiar en Serena -le dije-. Pase lo que pase, nunca vuelvas a escucharla…» Carlota continuaba llorando, no podía sosegarse: «Serena no es lo que tú imaginas. Serena es egoísta, falsa, sucia…»

Carlota aún la defendía:

–Tú nunca la has querido -decía-. Por eso la atacas.

–Piensa lo que quieras; pero, por el amor de Dios, no te fíes de ella. No lo merece.

–Es la única que me ha dicho la verdad.

–Una verdad engañosa. Una verdad que sólo puede hacerte daño.

Se apartó de mí, se llevó el pañuelo a los ojos; suspiró con doble resuello.

–Es espantoso -dijo-. ¿Cómo saber quién miente y quién es sincero? ¿Qué nos pasa a los humanos, papá? ¿Por qué vivir siempre en plena duda, en plena tiniebla…?

Seguía suspirando, el aire entrecortado, los ojos todavía brillantes:

–No me resigno a ser yo también un enigma. Quiero ser real y saber a qué atenerme…

Tragaba saliva, se atragantaba:

–Yo quería a Serena -siguió diciendo-. Yo ignoraba muchas cosas de ella. Solamente sabía que la quería, que la necesitaba… De pronto intervino Sofía…

Se detuvo, frunció la frente:

–Dejé de verla tal como la había visto siempre. – Se volvió hacia mí-. La

duda es terrible, papá. Es casi peor que la certeza. Todo la delata. Todo va convirtiéndola en algo horrible, en esa persona extraña que me había descrito Sofía…

–No hables más, Carlota, tranquilízate.

Pero continuaba hablando:

–Me acordé de tu propuesta, ¿recuerdas? Querías marcharte de España conmigo a solas, sin contar con ella… Pensé: «Papá quiere alejarme de Serena por algo…» Me acordé de su comportamiento cuando llegó del viaje… cuando estabas enfermo, me acordé de sus visitas a Can Pou con esos horribles amigos…

Se tapó la cara: dejó escapar un suspiro prolongado.

–Tengo miedo de haber sido injusta con Sofía, papá. Pero ¿cómo saberlo? ¿Cómo averiguar hasta qué punto Sofía me dijo la verdad? ¿La sabes tú acaso?

No contesté. Volví a sentarme en la butaca contigua. Miré al suelo: había manchas de pintura en la madera. Unas manchas caprichosas que parodiaban un cuadro abstracto.

–No te canses, Carlota: la verdad que yo pueda conocer acaso sea también falsa… Siempre hay algo engañoso en nuestras verdades.

Carlota acercó su silla, cogió mi mano:

–Quiero confiar en ti, papá. Lo necesito. Por lo que más quieras, no me defraudes.

Su mano estaba fría, temblaba. La cogí entre las mías: la calenté con mi vaho:

–No te defraudaré, Carlota: te lo juro. Pase lo que pase…

A partir de aquella escena empezó a precipitarse todo.

Primero fue la desfachatez de Paco. Se presentó un día súbitamente en mi despacho, congestionado, nervioso, la voz atiplada y tremola: «Lo siento, Carlos: me temo que nunca podré devolverte el dinero.» No lo entendía. Victoria, al fin, había heredado. Victoria era ya millonaria. Victoria disfrutaba de una fortuna incalculablemente mayor que la de la mayoría de los intocables.

Recuerdo que estábamos en mi despacho los dos solos: abril finalizaba y los árboles del paseo de Gracia empezaban a rebrotar. Un punto de aflicción volvía la expresión de Paco, por primera vez, sincera:

–Temo haber comprendido mal -le dije-. ¿No lo habíamos basado todo en la muerte de tu suegro?

–En efecto.

–Entonces ¿qué diantre te impide devolvérmelo?

Paco retrocedió: le asustaba mi tono, mi actitud, mi conato de violencia.

–¿No te has convertido ya en el conde de Remo consorte? – insistí-. ¿No estás plagado ya de millones? ¿Se puede saber a qué estás jugando ahora?

Palideció, se achicó, puso la misma cara de infeliz que había puesto ante sus padres cuando recibía un suspenso:

–Tú lo dijiste una vez, Carlos: estamos en Cataluña. Victoria tiene derecho a manejar su fortuna sin que yo intervenga…

Todavía pensé que me estaba engañando, todavía supuse que se trataba de una trama urdida por ambos para burlarse de mí.

–No voy a consentirlo -dije-. No toleraré que me hagáis esa cabronada.

Prepárate, Paco; eso es una estafa con todas las de la ley. Voy a pleitear contra ti. Veremos cómo reacciona Victoria.

Paco sudaba: le brotaban burbujas en las sienes y el bigote.

–Haz lo que quieras. No conseguirás nada. Victoria es inflexible. Antes de apechugar con la deuda, sería capaz de separarse de mi

Me acerqué a él: de nuevo lo agarré por las solapas, de nuevo lo empujé contra la pared.

–¿No te bastan aún todas las guarradas que me has hecho? ¿Necesitas más? ¿Qué pretendes? ¿Sacarme de quicio? Vamos, dilo de una vez: ¿Qué cuernos pretendes ahora?

No se defendía. Bajó la vista. Ni siquiera se inmutó cuando le agarré el mentón para que me mirase a los ojos.

–Nada -dijo-. No pretendo nada. Tómalo como mejor te plazca. Soy un hombre acabado, Carlos.

Lo empujé contra el diván. Me causaba asco verlo tan cobarde, tan vencido:

–Me asqueas -le dije-, eres un cubo de basura.

Se llevó la mano al pecho: decía que le dolía el costado, que le costaba respirar:

–No me convencen tus comedias… Las conozco al pie de la letra. ¡Como si los gusanos pudiesen tener infartos!

–Eres egoísta -me dijo-. Sólo piensas en ti… No te das cuenta de lo que estoy sufriendo.

Y por primera vez en la vida tuve la impresión de que no mentía. De pronto dijo algo que jamás había oído en sus labios: «Victoria es un monstruo.»

Tenía la vista fija en la alfombra, los brazos apoyados en las piernas y las manos colgando.

–Tú no puedes saber de lo que es capaz esa mujer -repitió-. No has tenido que padecerla como la he padecido yo.

Causaba escalofríos escuchar aquello en labios de Paco. Nunca, hasta aquel momento, se había atrevido a hablarme de ella en tales términos.

–La culpa es tuya -le dije-. Debiste separarte de esa virago el mismo día que te casaste.

–Imposible -susurró-. Habíamos hecho un pacto. Victoria me tenía cogido… Me dominaba. Me juró que si no me separaba de ella, cuando heredase, su dinero pasaría a mis manos.

–Conque ¡era eso!… Te dejaste comprar…

Pensé que iba a responderme: «También tú fuiste comprado», pero no lo dijo. Continuó mirando al suelo, sudando, palideciendo:

–Nunca imaginé que iba a heredar tan tarde… Eso ha sido lo malo. Se ha servido de mí como tapadera a cambio de nada.

–No te preocupes: estáis nivelados. También ella ha sido una tapadera tuya.

Asintió: me daba la razón. No podía negarlo: «Era un odio mutuo que nos apoyaba…»

–Un espléndido intercambio de tolerancia, ¿verdad? Ninguno de vosotros estorbaba al otro. Perfecto, no veo la razón de tus quejas. Al fin y al cabo, todo sigue en su lugar. Nada ha cambiado.

–Te equivocas -dijo Paco-. Nada es lo mismo.

Supe entonces que no todo en aquel imbécil era simple desfachatez: había algo más, algo que todavía no me decía, pero que pronto, muy pronto, iba a volcar sobre mí.

Había detalles inequívocos: la normalidad de sus cejas, la obsesiva mirada de sus ojos, el pedacito de pavimento que estaba horadando con ella… Todo se volvía elocuente, todo volvía a recrudecerse para amenazar, para prevenir. Y supe que el verdadero horror de mi vida aún no había empezado, que el siniestro temido debía aún cumplirse, que todo lo que hasta entonces había ocurrido eran preliminares inocentes de lo que había de suceder.

Estuve a punto de rogarle que no me lo dijera, que lo callara. Pero Paco no sabía callar. Me necesitaba: «Ese problema, Honde… ¿Cómo se resuelve ese problema?»

Y al final lo dijo, con su vergüenza mezclada a su cobardía. Como si confesara un suspenso, el mayor suspenso de su vida.

–Victoria me ha desbancado.

Todavía no caía en la cuenta. Todavía supuse que se refería a la dichosa herencia.

–Victoria ha conquistado a Serena -confesó.

Me dejé caer en la silla estupefacto. Era lo más estúpidamente grotesco que había oído en la vida:

–Repítelo, por favor; temo no haber comprendido.

Paco se apoyó en el respaldo. Cerró los párpados. Probablemente le aterraba mirarme.

–Está muy claro, Carlos. No es ningún secreto que a Victoria le gustan las mujeres. Toda su vida ha sido una perpetua cadena de vicios lesbianos.

Serena la obsesionaba… Siempre intentó conseguirla… ¿Para qué imaginas que Serena nos acompañaba en todos los viajes? ¿Por qué supones que iba con nosotros aquel día en Can Pou cuando Alicia vivía aún? Victoria entonces no tenía más idea que llevarla a su terreno.

–De modo que era eso…

Paco continuó: «Pero Serena se resistía. Serena no es como ella. Serena sólo baila al son del dinero…» Y los recuerdos, a medida que Paco hablaba, surgían nítidos, cada vez más convincentes: «Quién tenía que decirle a la antigua bailarina que algún día iba a convertirse en excelentísima…» Y sus borracheras continuas: «La obsesión de su vida», decía Paco.

–El maldito dinero lo consigue todo -insistió Paco.

–Es lo más ridículo que he oído en toda mi puerca existencia -repuse.

Y me eché a reír con risa fuerte, incontrolable.

–No entiendo cómo puedes reírte, Carlos… ¿No lo comprendes? Victoria es un vampiro.

–Eso es precisamente lo gracioso, Paco. También lo es Serena. ¿Te imaginas? Dos vampiros chupándose la sangre mutuamente. Una historia digna de risa. Es lo más asquerosamente jocoso que uno puede imaginar. ¿Cómo lo has averiguado?

–Las he pillado in fraganti. No lo han negado. Me han desafiado.

Podía suponer la escena: el estupor de Paco, su vanidad herida, el cinismo de Serena, la agresividad de Victoria…

–¿Cómo has reaccionado?

–Les he dado una buena paliza… Luego he venido a verte.

Como antes, como siempre. Cuando Paco no sabía a quién recurrir, acudía a mí.

–Por eso se niega a darme dinero: quiere tener la sartén por el mango.

–Ahí te duele: confiesa la verdad.

No contestó: se sentía herido, insultado, chasqueado, como un novato impotente y grotesco.

–A la mierda el dinero, a la mierda todo…

Saqué la pitillera. Le ofrecí un cigarrillo. Las manos le temblaban al encenderlo.

–¿Qué piensas hacer? – le pregunté.

–Matarlas: eso haré.

–No es rentable -le dije en son de burla-. Perderías rápidamente tu suministro.

Me miró expulsando humo y furia:

–En el fondo, también tú estás involucrado. También tú vas a llevar cuernos lésbicos.

–Lésbicos o normales ¿qué más da? Estoy acostumbrado a llevarlos. Hace mucho tiempo que tú y Serena tuvisteis la gentileza de coronarme.

Retorció su cigarrillo aplastándolo contra el cenicero:

–Si quieres que te sea franco -continué diciendo-, me importa poco lo que Serena haga o deje de hacer.

–A mí no.

–Pues defiéndete. Yo no pienso mover un dedo por evitarlo.

–Victoria es perversa. No imaginas siquiera de lo que puede ser capaz. Cuando bebe se transforma en una fiera.

–Pues si tanto te duele, sepárate de ella. Hoy día las separaciones carecen de importancia. Todo el mundo se separa.

–Ya es tarde -dijo.

Paco no quería la separación. Se había acostumbrado a vivir como soltero bajo la cómoda bandera de un matrimonio respetable. Además, acababa de convertirse en conde. El sueño de su vida. ¿Cómo renunciar a tanta ventaja?

–No tengo un duro -confesó-. No sabría qué hacer con mis huesos. Mientras sea el marido de Victoria tengo la vida resuelta.

–Trabaja…

–¿En qué? Nunca lo he hecho. No sabría por dónde empezar.

–¿Has pensado en lo que puede ocurrir cuando ella muera?

–Ésa es otra -dijo furioso-. Se niega a testar en favor mío. Y aquí, tú lo sabes muy bien, no existen bienes gananciales.

–Amenázala.

–¿Cómo? ¿No lo comprendes? Es ella la que me amenaza a mí. Sabe demasiadas cosas de mi vida.

–Pues entonces no te queda más solución que resignarte.

Se resignó. Fue una resignación próspera y ventajosa. Victoria no reparaba en «chiquitas» para que su marido la dejara en paz.

Lentamente iba desprendiéndose de él con la misma facilidad que él se había desprendido de ella en tiempos de los tres millones.

Finalizaba mayo cuando me enteré de que el *Serena* había sido vendido. Me lo comunicó el administrador con aires triunfales: «Por fin lo hemos conseguido.» Pregunté el nombre del comprador. Me dieron un apellido extranjero. Al llegar a casa se lo comuniqué a Serena: venía de la piscina y tenía el rostro congestionado por el sol.

–Ya lo sabía -me contestó fríamente.

–¿Conoces al comprador?

–Naturalmente.

Tuve una sospecha fugaz. Serena prosiguió:

–La persona que lo ha comprado ha tenido la delicadeza de poner el barco a mi disposición. Dentro de una semana zarparemos para Grecia.

–Par de zorras…

–Desahógate lo que te plazca, Carlos. Tú te lo has buscado. Decidiste venderlo, ¿no es así?

–Pero no a esa tortillera.

–Por eso lo adquirió a través de un alemán. Tenía la seguridad de que tú no querrías vendérselo. Ahora ya es suyo… y mío, naturalmente.

Subió a su cuarto. Tras ella dejaba una estela de agua. No le importaba ensuciar la casa, ni provocar desorden, ni abusar de mi paciencia. Se sabía dueña de la situación y ya no se molestaba en hacerse «la perfecta».

Carlota, al fin, la había calado: ya no confiaba en ella. Serena se daba

cuenta: «Un día u otro tenía que enterarse de que no he nacido para víctima…», solía decirme cuando comprobaba que Carlota ya no era la de antes con ella. «Una se cansa de andar fingiendo de la mañana a la noche.»

Por aquella época Sofía volvió a frecuentar mi casa. La propia Carlota la habla llamado por teléfono. Ignoro lo que se dijeron. Pero comprendí que sus rencillas habían terminado cuando vi bajar a Sofía del estudio de mi hija con el rostro radiante: «Carlota ya no tiene una venda en los ojos», me dijo. No supe qué replicarle. A pesar de todo, mi temor persistía. Todo cuanto se relacionaba con Serena se volvía temor. Probablemente, tanto Carlota como Sofía continuaban creyendo que Serena seguía siendo amiga de Paco. Todo el mundo lo creía. Nada importaba que Paco lanzara diatribas contra mi mujer y que de vez en cuando se desahogara con la primera que le saliera al paso: la sociedad no solía reparar en ese tipo de trivialidades; las consideraban veleidades normales, peleas de enamorados. Al fin y al cabo, para la mayoría de aquellas gentes vivir era eso: bandearse, brujulear, buscar caminos nuevos, renovar circuitos y acabar regresando al redil: «Hay que ser comprensivo…» Victoria era sólo la inevitable sombra de Paco, la entrañable y comprensiva compañera que lo toleraba todo, por bondad, por sentido del deber, porque «al fin y al cabo Paco y Victoria son un matrimonio modelo…»

Nadie sospechaba la sordidez que se había escondido tras «la paciencia de Victoria». La creían simplemente eso: un payaso que elige la borrachera para representar su número, más o menos cómico, pero honesto. Un relleno de millones, que acaso hubiera caído «de vez en cuando» en deslices medio turbios, sólo por aburrimiento, porque no era demasiado agraciada, y porque en la vida algo había que hacer para seguir…

De hecho, Victoria no era nadie: sólo una figura establecida en la establecida sociedad de los establecidos privilegiados. Un ente amorfo e indispensable que no suscitaba recelos, ni prevención, ni dudas excesivamente graves.

Una especie de Manuel Bruton (si se pronunciaba Briuton, mejor), sólo que casada, respaldada por un marido guapo, unos millones muy sólidos y un

título nobiliario que, desde tiempos remotos, venía dando lustre a una familia algo degenerada. «Al fin y al cabo, no hace daño a nadie… Es una infeliz.» Paco era el primero en mantener aquel principio. No le convenía adoptar otra tesitura. Delatarla hubiera sido delatarse, perder todas sus ventajas, hundirse definitivamente.

Nadie comprendía, ni siquiera yo, hasta qué punto aquella inaudita aceptación podía arrastrarnos al desastre. No era posible saber entonces que todos nosotros estábamos viviendo sobre un volcán. Y la vida se iba acoplando de nuevo a la normalidad cotidiana, la que siempre parece inofensiva, aun cuando por dentro los rugidos de la futura lava fueran horadando cada vez más el cuello del cráter.

Aquel verano habíamos proyectado celebrar un festejo en Can Pou para que Carlota fuera presentada en sociedad. La propia Sofía había dado la idea y Carlota la había aceptado.

Era un año clave para España. Un año de posibilidades que, no por controladas, dejaban de parecer halagüeñas. Franco, al fin, había renunciado a la Presidencia del Gobierno para cedérsela al hombre de su confianza. Era preciso dejar los cabos muy atados en espera de la hora de la sucesión. Recuerdo que en el último Consejo del Banco estuve bromeando sobre aquella circunstancia: «También yo debería renunciar a la presidencia: hay que saber retirarse a tiempo y dejar el paso libre a los jóvenes.» Y contemplé a Falstat, el vicepresidente de los discursos engolados y estereotipados, que tanto me habían halagado cuando don Alberto decidió que yo debía remplazarle. Pero Falstat no se había dado por aludido. Ni siquiera se enteraba de lo que se decía.

Falstat era ya un fardo de vaguedades, sin criterio, un pobre disminuido mental, comido de arteriesclerosis, inflado de grasa y de colesterol. Era un hecho que aquel hombre sobraba. Pero nadie se atrevía a arremeter contra él. Confiaban en que muriese pronto. Pero mientras tanto Falstat estaba «siempre allí», fluctuando en dispersiones mientras se abordaban temas sobre la insolvencia de los clientes, las transacciones, los contratos electrónicos, las defensas contra las crisis, los arbitrajes, la tensión

creditiva, la baja bursátil… consumiendo un puro que siempre se apagaba: «Al menos si Franco muere, el Gobierno no se quedará sin presidente…»

En aquellos momentos Carrero Blanco era la esperanza de los conservadores, los que temían que el cacareado aperturismo pudiera repetir un 18 de julio. «A poco que se abra la mano… vamos a estar listos», decían. Falstat, de vez en cuando, hacía chistes: «De todos modos este Gobierno es el número 13… Mal número.»

Del Banco hablaba poco. No estaba al corriente de las nuevas exigencias, ni de los nuevos rumbos sociales. La esfera de la rentabilidad masiva (la que se pretendía alcanzar armonizando la rentabilidad privada con la rentabilidad social) escapaba a sus principios y a su comprensión. «Explíquenme eso de las finalidades comunes…»

Fue aquel día cuando me enteré de que Jesús Salcedo (uno de los J. J.) acababa de llegar a España «con todos los honores». Alguien (que lo sabía de buena tinta) se había enterado de que los millones de su nueva mujer le habían permitido servir de intermediario entre el Grupo Europartners y ciertas entidades bancarias de grandes perspectivas internacionales: «Como se trata de un exiliado, todos se han volcado a recibirlo con grandes muestras de simpatía.»

Los exiliados eran ya los grandes mimados de la nueva España, la que desdeñaba rencores para sentirse paternalista. No había día sin que algún cerebro «fugado», o algún político «inhibido», o algún intelectual «incomprendido» se permitiera el lujo de reencontrarse con su patria recibiendo halagos de hijo pródigo.

Me acordé de lo mucho que había tenido que padecer don Alberto cuando «tener un hermano exiliado» era prácticamente un delito. Entonces el apellido Salcedo era una lacra: «Su Banco apoyó la campaña electoral de la República…» Era malo llamarse Salcedo.

Tenía curiosidad por verme de nuevo con don Jesús. Me divertía imaginar la conversación que sin duda iba a mantener con los periodistas.

Probablemente adoptaría la actitud, entre ofendida y gloriosa, que adoptaban todos los que pisaban la España de Franco después de haberla combatido desde «el otro lado», como si la satisfacción que sentían al regresar fuera simple condescendencia, pura y generosa claudicación personal.

Se hospedaba en el hotel Ritz y no fue difícil localizarlo.

Me presenté tras de haber concertado una cita. Me recibió el hijo. Apenas hablaba español. Lo chapurraba sobrecargándolo de galicismos. Le dije que éramos primos. «Mi primera mujer era una Salcedo…»

René era simpático, joven: de aspecto desenfadado. «Tú sabes: cuando on ma dicho que tú desirabas vermé, me he preguntado: "¿qué es que querrá ese monsieur Honderó?"» Le expliqué la historia de su tío. Le detallé lo mucho que había tenido que sufrir cuando la guerra. «Los rojos le mataron tres hijos.» René Salcedo frunció el entrecejo: «Pas posible: un malentendú… Les republicanós no mataban…» Intenté explicarle que no era precisamente la República sino las fuerzas anarquistas que dominaban entonces: «Los republicanos eran *sages.* Todós saben esó.» Y decía que su papá se lo había explicado muy bien. «Tu sabes, Caglós: *Ça sent le sabotage.»*

Me dio a entender que se había llevado una gran desilusión al llegar a España. «Yo la imaginabá más *farouche.* ¿Me comprendés tú? Menos cosmopolit… Papá deciá siempré que ella estaba *vraiment* subdevelolapadá…» Para René el desarrollo español consistía en ver parejas abrazadas por las calles, mujeres sin sostén y anuncios naturalistas: «Una sorpresá este país… Un país como el faltá…»

Le propuse hablar francés. Me lo agradeció. Supe entonces que su padre estaba enfermo y «no quería morir sin volver a su tierra». En aquellos momentos estaba descansando: tenía delicado el corazón.

Le di mi tarjeta, me ofrecí para lo que le hiciera falta y lo invité a la fiesta de Can Pou. «Conocerás a tu prima…»

No le advertí que Carlota era inválida. René prometió asistir. Quería conocer la Costa Brava.

Habían transcurrido treinta y tantos años desde que don Jesús había elegido el exilio. Cuarenta años de luchas, de incomprensiones, de rencores, de claudicaciones personales. Recordé lo que se había dicho de él hacía ya varios años: se divorció de la primera mujer para casarse con una millonaria francesa. Y allí estaba el resultado: un René de pantalón ajustado, melenas lacias, aspecto pop y un respaldo capitalista de considerable volumen.

Al llegar a casa Serena me anunció que al día siguiente se iba: «Al fin todo está preparado para zarpar…» Me dijo que tardaría en volver. No le contesté. Ni siquiera le recordé la fiesta de Carlota. Fue ella la que la sacó a relucir: «Procuraré estar de vuelta para la fecha del festejo…»

Se iba con Victoria en el *Serena,* rumbo a Grecia. Paco, aquella vez, «no estaba invitado». Iban los amigos de siempre, con la indispensable «nueva» y la consabida maritornes que Victoria había «alquilado» para que la invitada de honor no careciese de ayuda.

La fiesta se había previsto para finales de julio.

Fueron invitadas gentes de toda España, personajes de relieve que, a lo largo de los años, había ido yo coleccionando, para casos de ese tipo.

Escribí a Lolita: tenía la esperanza de que, después de tanto tiempo, no rehusara mi invitación. *«Espero que esta vez no me falles…»*

Tardó algún tiempo en contestar. Envió una tarjeta comunicándome que Raimundo y ella aceptaban gustosos la invitación y que Carlota recibiría un regalo por correo.

Fue una respuesta protocolaria y escueta, sin concesiones de ninguna especie.

Me molestaba que viniera con el marido. Hubiera preferido encontrarme a solas con ella. Pero Lolita no cedía. Se aferraba a aquel hombre como si su inútil presencia pudiera defenderla de todo peligro.

Carlota parecía contenta. Desde que Sofía volvía a ser amiga suya, todo había cambiado otra vez para ella. A veces, cuando creía que yo estaba distraído, se quedaba mirándome como si quisiera averiguar lo que se escondía tras mi apariencia de hombre indiferente. Probablemente no concebía que yo tolerase aquellos manifiestos despropósitos de Serena; aquel continuo ir y venir que casi siempre la mantenía fuera de nuestra casa.

No podía comprender que yo no era más que un ciego tanteando dudas, perseguido por temores, esperando la muerte con terror y afrontando la vida como si afrontase un enemigo.

Durante aquel mes de julio, Can Pou se llenó de ajetreos. Había un maestro de ceremonias que ordenaba cambios, planeaba situaciones y disponía de la finca como si se tratara de un guiso que a toda costa debía condimentarse en su punto. «Allí colocaremos la orquesta, ahí el tablado, allá las mesas…» Lo dejaba actuar sin intervenir, dándole carta blanca y remitiendo a Carlota y a Sofía la responsabilidad del éxito. Mi suegra, como siempre, estaba de acuerdo en todo: «Será una fiesta preciosa…» De Serena hablaba poco. Ya no la encomiaba, pero tampoco la censuraba.

Carlota volvía a tener ilusiones. Aquello era lo importante. Se había fabricado un mundo a su gusto, un mundo en que las cosas pequeñas podían adquirir dimensiones grandes y en el que las cosas grandes podían ser diminutas.

Los días transcurrieron vertiginosamente, matizándose de mil novedades: el traje de Carlota, la iluminación, los puestos de feria…

Serena llegó una semana antes de la fecha señalada: se había puesto morena y con ella traía un cargamento de indumentarias nuevas. Hablaba mucho de Atenas, del Partenón, de la civilización griega: «Te convendría conocer aquel país, Carlota, muy apropiado para tus aficiones: allí todo el mundo es

artista.» Y relataba minucias del barco, de los cambios que Victoria había realizado: «Le ha quitado aquel maldito cuadro que parecía un vómito… ¿Recuerdas, Carlos?» Oyéndola parecía como si su viaje hubiera sido un acontecimiento inofensivo, como si la suciedad que lo había caracterizado fuera puro afán turístico y sana curiosidad cultural: «Además son gente civilizada, muy civilizada; tienen el empaque olímpico de los dioses. No hay duda, Papadopoulos es un gran hombre; nadie podría decir que Grecia ya no es una monarquía. Todo sigue igual.» Y para remachar más la civilización de Grecia arremetía contra Italia, contra sus disturbios: «Veremos cómo se maneja ese tal rumor con eso del racionamiento de la gasolina…»

Enseguida dio en criticar los detalles de la fiesta: «No acaba de convencerme el menú; ahora nadie sirve pollo; demasiado barato.» Pretendía modificar parte de la comida, la distribución de las mesas, los focos del jardín: «Va a ser una fiesta *camp*. Lo importante sería que fuese *in*.» Le rogué que dejara sus ridículas expresiones para sus amigas y que procurase no meter sus narices donde nadie la llamaba. Pero Serena no cejaba; quería opinar, decidir, gravitar sobre nosotros como había hecho siempre.

El maestro de ceremonias se molestaba: «Señor Hondero, no puedo tolerar que a estas alturas…» Tuve que imponerme. «Si pretendías dirigir la fiesta de Carlota, debías no haberte marchado…» Se mostró ofendida. «Como si no tuviera derecho a permitirme un descanso… Tú sabes cuánto me relajan los viajes por mar…»

Para sosegar su enfado decidió marcharse al bungalow de los Moraldo. Regresó con Victoria cuando el día declinaba. Paco, al parecer, continuaba en Barcelona.

Los días que siguieron sólo tuvieron una preocupación seria: la posible lluvia. Mi suegra mandó huevos a Santa Clara: «Te aseguro que tendremos buen tiempo.» La vida, para ella, se medía por cosas así: infantiles y milagreras. El caso es que lo decía convencida y no solía equivocarse. El día señalado amaneció radiante. También Carlota lo estaba. Recuerdo que

aquella mañana no bajamos a la playa. Recorrimos los lugares preparados: calculamos por milésima vez los coches que cabían en el espacio dispuesto para ellos. Probamos los altavoces. Revisamos el toldo de los mecánicos, los puestos de comida, las cocinas ambulantes… Todo estaba a punto. Nada podía fallar.

Me notaba cansado. Tenía el cansancio de las tensiones reprimidas y los nervios atados. Pero me sentía feliz. Bastaba echar un vistazo a Carlota para comprender que también ella lo era. «Faltan sólo dos horas…» No había más que mirar aquel cielo despejado, hinchado de luz, para sentirse tranquilo.

Hacia el atardecer el cielo se volvió rojo. Era como si de repente se hubiera llenado de brasas. El mar ni siquiera se oía. Allá abajo, la arena de la playa también rojeaba, y las olas…

Cuando bajé a la explanada vestido ya de esmoquin vi a Carlota y a Sofía junto al arco que delimitaba la casa. También ellas se habían vestido con traje largo. «Estás preciosa, Carlota…» Costaba comprender que aquella silla de ruedas estuviera allí por culpa de sus piernas. Era difícil acordarse de ella viendo su rostro y su busto.

–Sofía tiene razón -dije-. Vas a ser la más guapa de la fiesta.

El crepúsculo estaba agonizando cuando empezaron a escucharse los primeros coches subiendo la cuesta. Recuerdo que los focos quedaban aún neutralizados por la luz diurna.

La gente venía a oleadas, acicalada, olorosa… Besaban a Carlota. Algunos (los que no la conocían) la compadecían: «Pobrecilla, tan joven y estropeada.» Más de uno habría considerado que aquella fiesta era algo fuera de tono: «En vez de presentarla en sociedad, deberían esconderla…» Pero Carlota era distinta. Carlota podía llegar a borrar su silla de ruedas. Bastaba hablar con ella unos instantes para olvidarse de que sus piernas eran inservibles.

De pronto vi a René Salcedo: se había puesto un esmoquin rojo y una camisa de chorreras; le presenté a su prima. Carlota le tendió los brazos para besarlo. René se volvió hacia mí sorprendido, pero reaccionó enseguida: «Yo soy encantadó, querida prima», después le presenté a Sofía… «Ocúpate de él», le rogué.

Recuerdo que Serena (vestida con traje naranja de escote pronunciado y falda abierta hasta la cadera) repartía saludos con la desenvoltura de siempre: «Estás radiante, Serena…»

Victoria llegó sola. Pregunté por Paco:

–Ha preferido independizarse -dijo-. Ya lo conoces. Tenía un asunto internacional -y me guiñó.

Pretendía hacernos creer que Paco había vuelto a su costumbre de ligar con extranjeras. Aunque Victoria supiera que yo «sabía», le gustaba jugar a los ignorantes.

–No tardará en llegar.

El rodar de los coches se incrementaba: era un continuo ronquido de motores cuesta arriba, de frenazos, de aceleraciones.

Fueron llegando los invitados de relieve: los Rampardal con su Mercedes último modelo. Y los Cascote y los Trigo…

–Falta Tico Sobrado.

Alguien dijo que la vieja Sobrado estaba agonizando.

–Vaya ocurrencia -comentó Serena- ponerse a morir precisamente hoy… ¡Pobre Tico!.

También llegaron los Tramacho: los padres de Sofía. Ella iba un poco anticuada; el escote recoleto, el peinado demasiado perfecto: «No se puede

aguantar -alegó Serena-. Esa Tramacho es una retrospectiva.»

Serena, desde hacía una temporada, había adoptado un léxico especial, que la rejuvenecía y la renovaba. No se resignaba a envejecer, y cuando algún hombre de mi edad le lanzaba algún piropo, enseguida decía: «Vaya con el abuelito, pretende ligar conmigo.»

Las mesas del jardín empezaban a llenarse. Al fondo, la orquesta y el aparato tocadiscos remataban el rellano. Más abajo venía el declive, la carretera que conducía al bosque y a la playa.

Todo había sido discretamente iluminado con tonos verdes y amarillentos. Luego las estrellas, cada vez más concretas, limitaban una bóveda que, a pesar de la oscuridad, continuaba siendo azul.

En el patio de la casa, frente a la explanada, se habían instalado los puestos del aperitivo

No vi llegar a Paco; me enteré de que estaba allí por mi suegra.

Había autoridades, todas las que pude conseguir, había extranjeros ilustres, había artistas… Las voces crecían, la música ambiental las amalgamaba, la euforia del alcohol las recogía.

Me acordé de los Moraldo padres, de los viejos Repecho, de los Cabeza de Moro… Se habían retirado todos de la circulación. Ya no figuraban en las listas de los invitados activos: «Pronto seré yo quien me retire…», pensaba. Los jóvenes empujaban; nos estaban convirtiendo poco a poco en una generación caduca.

De pronto vi a Lolita; llevaba un vestido blanco y, a pesar de no ser ya ninguna niña, continuaba llamando poderosamente la atención. Me extrañó que el marido no la acompañara. Alegó ella que a última hora había decidido no moverse de Madrid.

–Por fin, Lolita.

Se quedó mirándome, sin palabras, sonriendo. Le pregunté dónde se hospedaba. Me dio el nombre del hotel de un pueblo vecino.

–No has cambiado.

–Tampoco tú.

–Así que has venido sola.

–Fue una decisión de última hora. Teníamos previsto venir los dos.

Le rogué que se sentara a mi mesa. Me dijo que se había comprometido con unos amigos de Madrid.

–Nos veremos luego.

Desapareció entre la masa de gente. Ignoraba dónde se había sentado. Vi a Serena, rodeada de autoridades. Cuatro mesas más allá estaba Victoria: una Victoria sonriente, todavía serena. Y Paco: un Paco circunspecto, encarado hacia mi mujer, con el rostro contraído y la ceja encogida.

En el centro, rozando la pista, se hallaba la mesa de Carlota. René se había sentado al lado de Sofía: charlaban, reían. Me preguntaba yo cuántas de aquellas muchachas que la rodeaban eran todavía vírgenes. Probablemente muchas de ellas utilizaban la píldora. «He ahí algo que Carlota jamás utilizará», pensaba yo. Parecía feliz. Más feliz que ninguna.

Ni siquiera cuando empezó el baile dio muestras de decaimiento. Seguía el ritmo con la cabeza, bailaba con los ojos.

La gente de mi mesa se había enfrascado en una conversación plúmbea: hablaban de asuntos trascendentales que «vestían», que reflejaban cultura informativa, que dejaban bien sentada la imprescindible nota social de «estar al día».

Entre los comensales de mi mesa, había un banquero que se mostraba entusiasmado con Yugoslavia por haber abierto un mercado libre de divisas: «¿Te das cuenta, Carlos? Es el primer país socialista que ha adoptado esa medida…»

Hablaban, hablaban, hablaban… Se referían al Lute, al alcalde negro de Los Ángeles, a la pornografía de *El último tango.*… Todo mezclado, todo masticado a medias, digerido deprisa, sin paladear.

Y yo esperaba impaciente el momento de levantarme, de escapar de allí. Quería dar con Lolita, hablarle, sacarla a bailar. Invité a mi vecina de mesa para liberarme de aquella tortura. Era una hembra gorda, todavía joven, de pechuga prolífera y carne dura. Decía que le gustaban mucho los bailes agitados. Era un alivio saber aquello. Imposible soportar una melodía sentimental con aquella mujer.

Pero Lolita no estaba en la pista. Estaba Paco bailando con Serena. Un Paco de nuevo eufórico, que al verme guiñó otra vez, como si olvidara que la mujer que tenía en los brazos era mi propia mujer…

La melodía volvía a ser acaramelada y yo acompañé a mi pareja a la mesa. La dejé allí sin excusarme. Necesitaba dar con Lolita. Atravesé la pista de baile. Tropecé con Sofía, bailaba con René. No repararon en mí; daba la impresión de que se habían conocido hacía mucho tiempo. De pronto escuché la voz de Paco: «Aparta la lámpara, Manolo, que voy a eclipsarte…» y al mirarlo me hizo señas como dándome a entender que estaba en vías de reconquistar a Serena… Le di un empujón: «Apártate tú, pedazo de corcho.» Al salir de la pista tropecé con Victoria. Había vuelto a beber y empezaba a mostrarse agresiva: «¿Los has visto? – preguntó-. ¿Has visto a ese par de estúpidos?» Daba traspiés y se aferraba a mi brazo para no caerse.

Resulta curioso que todos esos detalles salgan a relucir ahora con tanto relieve. Entonces eran sólo eslabones sin destino, fragmentos circunstanciales que únicamente jerarquizaban la ausencia de Lolita. Me olvidé de Paco, me olvidé de Serena, me olvidé de Victoria. Incluso me

olvidé de mi hija. Todo se ceñía a Lolita. Casi no me atrevía a preguntar por ella. Vi a mi suegra, vi a Juan Villoria, vi a Dolores, con su uniforme negro, atendiendo a la gente que se dirigía a los lavabos…

Era ya muy tarde cuando al fin di con ella. Recuerdo que las luces habían disminuido notablemente y que la noche se iluminaba prácticamente con las estrellas.

–¿Dónde diablos te has metido hasta ahora?

Venía de la casa y estaba nuevamente sola.

–He tenido una conversación muy animada con mis compañeros de mesa -contestó.

La invité a bailar. Necesitaba tenerla en los brazos.

–Lo siento, Carlos, ya no bailo.

La cogí de la mano y la arrastré hasta la pista:

–A partir de esta noche no podrás decir lo mismo.

Reía. Apenas ofreció resistencia. La música, en aquellos momentos, era tranquila. Percibí otra vez su perfume: «Si supieras cuánto he esperado este momento…» No contestó. Respiraba inquieta. Temblaba.

–Háblame de ti, Lolita… Tanto tiempo…

Continuaba silenciosa. Llevé su mano a mis labios.

–Es absurdo -dije-… No entiendo ese empeño tuyo en mantener esa lejanía… ¡Queda ya tan poco tiempo!

–¿Para qué?

–Para todo. ¿No lo comprendes? Estamos terminando la vida.

–No, Carlos, ya la hemos terminado.

Se le quebraba la voz al decir aquello.

–Mientras hay vida, puede haber futuro, Lolita.

–¿A qué le llamas tú vivir? – preguntó.

–A lo que en estos momentos estamos haciendo tú y yo -repuse-. ¿No lo entiendes? Volvemos a ser jóvenes: terriblemente jóvenes.

Notaba el roce de su pelo en mi mejilla, sus labios junto a los oídos.

–Cerrando los ojos, quizá…

Me aparté de ella para mirarla. Tenía los ojos brillantes, ligeramente aguanosos. Volví a estrecharla contra mi pecho:

–¿Recuerdas nuestra última conversación telefónica?

–Palabra por palabra.

–Todo en mí sigue igual… -dije.

Lolita se detuvo.

–Dejemos eso, Carlos.

Bajamos de la pista. Anduvimos hasta el borde del acantilado. Se veían parejas pululando por entre los árboles del bosque. Desde allí la música se escuchaba en sordina.

Miré el mar: tenía el tinte de las cosas que perduran, que prometen, que nunca defraudan.

–Por unos instantes he llegado a creer que te habías marchado… Que volvías a rehuirme.

–Estaba a punto de irme cuando nos hemos encontrado.

–¿Cómo? No tenías coche…

–No lo sé; le hubiera pedido a un amigo que me acompañara.

Lolita bajó la cabeza. Contemplé su nuca: hacía mil años, cuando éramos niños, yo había besado aquella nuca.

–No debí venir a esta fiesta, Carlos.

–¿Por qué?

Cogí su mano: temblaba.

–Es peligroso.

La atraje hacia mí. Apoyó su cabeza en mi pecho:

–Toda la vida he luchado para mantenerme digna -dijo-; sería estúpido perder esa dignidad al borde del ocaso.

–Cuando hay amor, nunca hay ocaso.

–Cuando hay amor, siempre hay renuncia. No existe un amor sin ella.

–Entonces ¿por qué has venido, Lolita?

–Quería verte. Sencillamente eso.

Se llevó las manos a la cara. Luego volvió a mirarme.

–Te he mentido, Carlos: Raimundo nunca pensó acompañarme. Raimundo y yo vamos a separarnos.

La cogí del brazo, la llevé hacia la explanada. Lolita caminaba como sonámbula, sin preguntar adonde íbamos, sorteando gentes, mesas, gritos.

–Quiero hablar contigo a solas -le dije-. Te llevaré al hotel.

Fue al llegar junto a la casa cuando Juan Villoria me detuvo. Tenía el rostro demudado: «La señora condesa está muy enferma», decía.

Recordé a Victoria cuando se tambaleaba:

–Avisa a don Paco -repuse.

–Lo siento, señor. Don Paco no aparece por ningún lado.

–¿Y doña Serena? ¿Se lo has dicho a doña Serena?

Juan Villoria bajó la voz:

–Doña Serena no está en la finca. Llevamos mucho rato buscándola.

Miré a Lolita.

–Por lo visto, tu cuñada Victoria está enferma.

Le rogué que me acompañara. Seguimos a Juan Villoria. Nos condujo hasta el dormitorio de Serena.

Victoria estaba allí, vestida, echada sobre la cama de mi mujer, el rostro vuelto hacia la almohada, el cuerpo encogido.

Sollozaba. Era un tipo de sollozos histéricos, nerviosos y entrecortados. Me incliné hacia ella; un fuerte olor a whisky invadió mi olfato:

–Está como una cuba -le dije a Lolita.

Juan Villoria explicó: habían tenido que trasladarla entre varios. «Doña Victoria parecía fuera de sí…»

–¿Qué hacía?

–Gritaba, decía incongruencias, golpeaba todo lo que encontraba.

Juan Villoria enrojeció. Era gracioso que, a su edad, todavía se ruborizase de aquel modo.

–Decía cosas irrepetibles, señor. Insultos.

–Habrá algún médico en la fiesta.

–El doctor Cordal; él mismo la ha atendido.

–¿Dónde está ahora?

–Se ha marchado. Dice que la señora condesa ha bebido demasiado. Le ha suministrado unas gotas de amoníaco. Asegura que se le pasará enseguida.

–Procura que no se mueva de aquí -le dijo a Juan Villoria-. No creo que esté en condiciones de conducir hasta su casa… Que decida la señora cuando vuelva.

–El doctor Cordal ha dicho lo mismo, señor.

Recuerdo la mirada de Lolita. Había un horror grande en sus ojos al contemplar a su cuñada.

–Vámonos -le dije.

Era preciso olvidar a Victoria… Era preciso olvidar a Paco, a Serena, a Raimundo… todo lo que convertía nuestras vidas en un charco de miserias.

Al salir de la casa, la música llegaba tenue hasta nosotros. Nos metimos en mi coche. No hablábamos. La carretera de Can Pou se veía nítida y blanca a la luz de las estrellas. Cogí su mano y la coloqué sobre el volante: «Como aquel día, ¿recuerdas?»

Fue entonces cuando Lolita habló. Lo volcó todo. La vergüenza que había tenido que soportar en su propia casa por culpa de aquel marido… Los desprecios de sus hijos, el horror de las últimas escenas: «Estoy cansada, Carlos; terriblemente cansada…»

Me confesó luego que había consultado con un abogado. Estaba decidida al pleito: «Son demasiadas injurias…» El abogado le había asegurado que Raimundo llevaba las de perder: «No puede alegar nada contra mí…»

Contemplé su perfil: el cabello cuidadosamente recogido en la nuca. La evoqué joven: su pelo suelto, sus mejillas tersas.

–Es curioso -dije-. Hemos querido huir de nuestro destino… Y ya lo ves: volvemos a estar juntos.

–¿Crees de verdad que yo he sido tu destino?

–Año tras año he ido creyéndolo.

–Sin embargo hemos envejecido separados.

–Todavía no, Lolita; todavía podemos envejecer juntos.

Respiró hondo. Dijo:

–La vejez no es bonita.

–Todo es cuestión de empeñarse en que lo sea. La nuestra va a serlo.

Bordeamos el mar. Había dunas en el agua: unas dunas llenas de estrellas. Y

había un olor refrescante a salitre y a brea:

–Quisiera hacerte feliz, Lolita. Tienes derecho a serlo.

Apoyó su cabeza en mi hombro:

–Queda ya tan poco tiempo…

–Habrá que aprovecharlo.

Al llegar al pueblo enfilé hacia su hotel. El tránsito de las calles era escaso. Sólo noctámbulos aburridos, parejas despistadas, gentes que buscaban de local en local lo que sin duda ninguno podía darles. Seres vagabundos que no pensaban en lo estéril de sus merodeos ni en la incongruencia de sus vidas…

–También yo anduve merodeando así, desperdiciando la vida sin comprender que el tiempo pasaba…

Había prostitutas veraniegas que se arrimaban a un hombre cualquiera para no perder la costumbre. Borrachines inofensivos que hablaban solos para no sentirse solos.

–También yo hablaba solo y pensaba solo y vivía solo…

Y algún perro furtivo hurgando en las esquinas o en los sumideros para ganar el sustento que durante el día no había podido hallar.

Alineé mi coche tras la larga fila que se arrimaba al recinto del hotel. Entramos juntos al vestíbulo. Lolita pidió la llave de su cuarto. El conserje nos saludó con ojos adormilados. Luego nos metimos en el ascensor.

Todo era normal. Todo obedecía a un impulso lógico, a una situación acompasada, matemática, como esos sueños en que todo está previsto.

Al entrar en la habitación, Lolita se acercó al balcón y lo abrió de par en

par. Quería que la noche entrase en el cuarto, que el mar estuviera allí. «¿Por qué hemos esperado tanto tiempo?»

Todo era sosiego. Un sosiego grande que venía del mar, del cielo estrellado, de la incipiente claridad que asomaba tímida tras las rocas.

–De nada ha servido luchar tanto…

Era extraño tener a Lolita en los brazos. Era como abarcar la vida entera con sus años vacíos, sus triunfos ridículos y sus errores acabados. Era detener el tiempo y plasmarlo para siempre en aquel amor nuestro que jamás moriría. Era conseguir la plenitud sabiendo que la esperanza nunca seria ya frustración, ni el vacío un reproche. «Resulta extraño vivir el sueño de toda una vida…»

Cuando la amanecida entraba por el balcón abierto, el cuarto se llenó de azules, de rumores marinos, de humedad salobre. Fue preciso entornar el batiente, porque entraba frío. Abajo se veían pescadores dispuestos a hacerse a la mar: manipulaban con las amarras, empujaban los botes hacia el agua y sus voces flotaban en la quietud de la playa como globos sonoros.

–Será difícil olvidar ese paisaje…

Era un paisaje tranquilo, sin miedo acechando ni amenazas hiriendo. No era posible sentir temor al contemplarlo. No era posible intuir que al separarme de Lolita nunca volvería a recuperarlo.

–Descansa -le dije al marcharme-. Volveremos a vernos dentro de unas horas.

Cuando bajé al vestíbulo eran ya las seis de la mañana. Pasé por delante del conserje. Estaba seguro de que no había reparado en mí. El coche continuaba junto a la acera, pegado al bordillo, ligeramente bañado en relente.

El sueño me vencía cuando llegué a la finca, los invitados se habían

marchado. Había un grupo de camareros recogiendo mesas, sillas, cestas… Recordé la borrachera de Victoria. Su coche ya no estaba allí. Pensé: «Alguien se habrá encargado de llevarla a su casa…» Pregunté por ella: nadie la había visto salir. Luego subí a mi cuarto.

Me tumbé en la cama vestido. Fue en aquel momento cuando sonó el teléfono. Pensé que sería Lolita. Escuché la voz de Paco.

–Ven a mi casa enseguida -dijo-. Es muy urgente.

–¿Qué pasa?

–No hagas preguntas. Ven enseguida.

Colgó sin que me diera tiempo a preguntarle algo más. El tono de su voz me alarmaba.

Me quité la corbata, el cuello duro… Cambié mi americana por un jersey y salí de casa.

La carretera continuaba vacía. Llegué a la urbanización: me detuve junto al bungalow de Paco. Me abrió la puerta él mismo antes de que yo hiciera uso del timbre.

Recuerdo que Paco llevaba una bata amarilla, y el tono de su rostro se fundía al de la tela:

–¿Qué ocurre?

Tiró de mí hacia adentro y cerró tras él. Jadeaba. Tenía la boca seca y en las comisuras de sus labios se le amontonaban porciones de saliva espesa.

–Serena ha muerto -me dijo.

LOLITA

OceanofPDF.com

–Lo estaba esperando -le he dicho en cuanto lo he visto entrar.

Su forma de andar es cansina, completamente distinta a la que lo caracterizaba hace un par de años. Ahora arrastra los pies como si le costara despegarlos de la tierra.

Le he ofrecido asiento junto a mi catre. Los huesos le han crujido al agacharse:

–Quisiera hablarle de mi balance particular.

El padre Celestino ha comprendido. Se le escapaba un centelleo alegre que confirmaba aquella comprensión.

–Imagina que lo que voy a hacer supone una claudicación…

–Claudicar no significa necesariamente haberse ido derrotado.

–En todo caso, la derrota ya no me importa -le he dicho-. Es curioso: nunca pensé que pudiera ser tan fácil.

–Todo se reduce a renunciar y aceptar.

Me he acordado de lo que me dijo Lolita tres días antes: «El amor es siempre renuncia.»

–¿Sabe usted. Padre? He pensado mucho en estos tres días. No deja de ser un plazo breve para analizar toda una vida. La conclusión es muy sencilla: si todo acaba en este mundo, nada merece la pena. Pero si no acaba, resulta estúpido olvidarlo y actuar como si acabase.

Hasta nosotros llegaba un sonido hueco de puertas metálicas, de pasos lentos, de susurros inconcretos.

Quería decirle que de pronto había comprendido. Era un comprender nuevo,

lleno de matices. Un comprender que no se reducía solamente a mí, sino a toda la humanidad, con sus esfuerzos, su ceguera, sus afanes limitados.

–¿Cuándo has descubierto eso?

He tardado en contestar. Evocaba el sueño que tuve en Niza.

–Cuando he descorchado mi caja negra.

Allí estaban las causas de mi siniestro: mis ambiciones, mis rebeldías, mis estúpidas vanidades.

–En el fondo, es muy sencillo -he seguido diciendo-. Tarde o temprano Él vence siempre.

Ha dejado escapar un suspiro hondo, como de alguien que se libera de un peso grande.

–Sería todo fácil si en vez de pensar tanto escucháramos más. Pero nos empeñamos en enderezar las cosas a nuestro gusto y acabamos siempre por estropearlas.

Hablaba exactamente igual que hacía cuarenta años, cuando me recibía en su despacho para sondear mi vida: «¿Algún problema, Hondero?» Pensándolo detenidamente, nada había cambiado desde entonces. Todo se repetía con la precisión de un reloj. Era una cuestión de ciclos, de ráfagas, de volver siempre al punto de partida para escapar de él, y de escapar de él para volver al punto de partida. Un permanente destruir y construir, un continuo dejar y recuperar… Y protestar para rectificar, y rectificar para protestar y amar para odiar y odiar para volver a amar. La vida debía de ser eso: llevar la contraria, sentirnos gallos de pelea únicamente para convertirnos en animalitos de laboratorio. Una especie de autoaniquilamiento para evitar que nos aniquilen.

–Lo esencial es aceptarse -ha dicho él-, reconocerse y comprender que no somos dioses.

–Supongo que será así… Lo malo es el sufrimiento. Uno se cansa de tanto sufrir.

–No -ha respondido él-, no es el sufrimiento lo que cansa: es la lucha para no sufrir. Es el esfuerzo que se realiza para evitar el sufrimiento. ¿Recuerdas lo que te dije sobre las dos cruces?

–Perfectamente: el problema está en saber si yo puedo aspirar a la cruz de Cristo.

–Todos los hombres del mundo pueden aspirar a ella.

–¿Y al perdón? ¿Puedo aspirar al perdón?

–Dios no sólo perdonó a David: también lo hizo santo.

–¿Cuál fue su culpa?

–Matar a un hombre para usurpar a su mujer.

La alusión no ha podido ser más directa.

–El caso es que yo no he matado a Serena.

–Lo sé: no me refería a ella.

–Entonces… Usted sabe lo de Alicia.

–Lo vengo presumiendo hace muchos años.

–¿Por qué no lo ha dicho antes?

–Ni Dios ni yo teníamos prisa. Ya conoces su sistema: se limita a sentarse junto al pozo de Jacob en espera de que llegue la Samaritana. Luego le pide agua, o, en último caso, declara que tiene sed… como hizo cuando pendía

de la cruz. ¿No te parece curioso que el propio Dios se muestre sediento?

–Tal vez sea una forma de explicarnos que aquí, en la tierra, la sed nunca puede saciarse.

El padre Celestino ha torcido la cabeza:

–O acaso quiera darnos a entender que, a pesar de ser Dios, tiene una infinita sed de almas… Simplemente eso.

De nuevo se ha producido un silencio. Después me ha preguntado:

–¿Qué piensas hacer?

–Nada.

–¿No vas a defenderte?

–No puedo.

Ha movido la cabeza como si comprendiera.

–¿Qué te lo impide?

–¡Tantas cosas! Una de ellas tal vez el derecho a sentirme víctima. ¡Llevo tanto tiempo sintiéndome verdugo! Serena o Alicia… ¿Qué más da? Lo esencial está en que yo he matado: de algún modo tengo que purgar esa culpa. No puedo arrastrarla siempre como un lastre angustioso. Mi vida tiene una cuenta pendiente y he de pagarla. Pero además está Lolita, está Carlota…

Ha cerrado los ojos.

–¿Sabe Lolita lo que ocurrió con Alicia?

–Nunca se lo he dicho.

–¿Por qué?

–Temí que me despreciara.

–¿Y ahora: vas a decírselo?

–No pienso volver a verla. Le agradeceré que se lo diga usted.

–¿Para qué?

–Le debo esa prueba de confianza. Será el mejor modo de que me olvide.

El padre Celestino ha carraspeado.

–La quieres, ¿verdad?

He asentido sin palabras: la garganta agarrotada por aquel amor que lo invadía todo.

–Suponte que te declarasen inocente… ¿Volverías a ella?

–No.

De nuevo el silencio y el rumor metálico y los pasos lentos:

–Ése es el amor que Dios nos pide, Carlos. Efectivamente, estás comprendiendo…

–Antes yo creía que el amor era poseer y arañar la vida…, dominar el mundo, sabernos dueños de las personas, de las cosas, de la mujer deseada: en el fondo, desdeñar fundamentos para edificar sobre arena… Antes yo creía en todo eso y practicaba todo eso. Antes era un perfecto imbécil, Padre.

–Dios puede borrar ese «antes».

–Pero me deja el recuerdo. Ése es mi castigo. Yo sé que el pasado se negará siempre a perdonar. Lo vengo sabiendo hace tres días, desde que mataron a Serena. Lo tengo siempre delante, reprochando, persiguiendo, atosigándome, despojándome de cualquier derecho… Es lo mismo que si me hubieran condenado a una muerte lenta.

–De algún modo hay que depurarse, Carlos.

Y mientras hablaba iba pensando en lo maravilloso que sería un mundo sin amenazas, sin miedos, sin odios ni pasiones: un mundo en que el hecho de respirar no significara despedazarse, ni vengarse, ni odiar ni destruir. Un mundo donde no cupieran los silencios obligados, ni las verdades falsas, ni las tiranías disfrazadas de libertad… Un mundo sin mentiras necesarias, ni comedias sociales ni imposiciones políticas, ni afán de poder.

Se lo he dicho.

–Fabrícate un mundo con esas medidas, Carlos. Trata de adaptarlas a las de los demás… Quizá llegues a convencerlos.

–Será difícil nadar contra corriente… La verdad es que no sé por dónde empezar.

–Será mejor que empiece yo por ti -ha dicho él sonriendo.

–Tendrá que enseñarme a nadar otra vez.

–Y a caminar, y a respirar, y a latir…

¡Buen maestro el padre Celestino!

Ha sido una confesión larga, sin mistificaciones, sin escrúpulos… «Menos robar y matar…» No: también había robado, también había matado. Y lo que era peor: aparentando rectitud…

Después el siniestro. «Serena ha muerto.» Y Paco con el rostro tan amarillo como la bata que llevaba encima.

Y enseguida la vorágine: el laberinto de las ideas, el terror de la pesadilla que no se acababa de concretar.

Paco me empujaba hacia el cuarto. No atendía a mis preguntas. De pronto vi a Victoria; estaba sentada en el sillón contiguo a la ventana; inmóvil, los ojos abiertos llenos de estupor, la expresión alelada, perdida en una especie de sopor hipnótico.

Y el cuerpo de Serena, desnudo, echado en el suelo, cubierto por una sábana y empapado de sangre.

–Dios mío… ¿Qué es eso?

Paco me ofreció un whisky: «Tómalo: vas a necesitarlo.»

Recuerdo que su mano temblaba al tenderme el vaso. Y la estancia se oscurecía. Había un «por qué» terrible flotando en el ambiente. Un «por qué» sin respuesta posible. Y una urgencia desesperada de saber. No sé lo que dije. Quería borrar todo aquello con palabras. Quería comprender sin admitir.

La voz de Paco se había vuelto ronca. Decía cosas extrañas: «Te he llamado por teléfono a Can Pou mil veces… No estabas. Tu número particular no respondía…»

–Al parecer te vieron salir de la finca con Lolita.

Reaccioné:

–Quiero saber lo que ha ocurrido: todo. Sin omitir detalles.

Paco empezó su relato: crudamente, fríamente. Jamás había sabido expresarse, pero se expresaba.

Jamás había sabido ser preciso, pero su precisión era rotunda.

Todo iba quedando desgarradoramente en su sitio, con método, con lógica, con orden.

Repentinamente supe que nada tenía remedio. Era un saber implacable: como se saben los aludes, o los terremotos o los desbordamientos fluviales; comprendiendo claramente que el ser humano no es capaz de detener el desastre.

Paco me lo estaba diciendo en cada palabra y en cada gesto.

Era difícil comprender que aquel hombre maduro y resuelto era solamente Paco. Nada en él recordaba al niño bonito que presumía de influencias ni al botarate que recibía suspensos. Ni siquiera era ya el amigo desesperado que pedía ayuda.

De repente se había convertido en un ser concreto con un relato siniestro y una sentencia irreversible.

Lo tenía todo previsto, todo masticado, todo aprendido.

–No pude evitarlo -dijo-; me pilló dormido.

Había ocurrido en cuestión de segundos: «Victoria entró de improviso, con el candelabro en la mano.» Y contempló a su mujer como si contemplase a un aerolito recién incrustado en la tierra.

–Estaba borracha; no sabía lo que hacía.

Y señaló el candelabro, que otra vez había colocado en la consola.

–No me dejó tiempo a reaccionar. Le asestó el golpe cuando Serena intentó saltar de la cama.

Era como escuchar un serial grotesco: un folletín demasiado burdo para que resultase real. Sin embargo, Paco se ceñía al detalle, a la minucia, y yo veía la escena una y mil veces, igual que si todo lo que había ocurrido volviera a ocurrir, como si Serena estuviera todavía muriendo…

Paco se detuvo: tragó saliva, respiró hondo. Miró de nuevo a su mujer. Era como una estatua blanda, como una figura sin vida que pudiera moverse. Me describió su odio, su furia, su despecho… «Estaba enloquecida, Carlos, completamente enloquecida…» Después él había intentado calmarla:

–Se quedó así, tal como la ves ahora, idiotizada.

–¿Cuándo ocurrió?

–Debían de ser las cuatro de la madrugada.

–¿Lo sabe alguien más?

–No: te esperaba a ti.

Hubo un silencio interminable.

–Ahora empezarán a hacer preguntas -dijo Paco.

–Naturalmente.

–Tienes que ayudarme, Carlos.

–¿Cómo? Esta vez no podré.

–Siempre me has ayudado cuando te lo he pedido.

–¿Qué quieres que haga? Al fin y al cabo, tú no la has matado… Ha sido Victoria.

Fue entonces cuando comenzó a descubrirse:

–Para el caso es lo mismo; Victoria es mi mujer. Victoria no puede ser culpable…

Empezaba a comprender. Recordé lo que me había dicho: «Maneja su dinero.» Probablemente se veía ya en la calle…

–Pero lo es: nadie puede evitarlo.

–Tú podrías. Un marido celoso es más razonable… Nadie te pediría cuentas.

–¿Qué insinúas, Paco?

Todavía vaciló. Todavía intentó convencerme: «El juez comprendería. Desplegaríamos influencias… Victoria y yo te ayudaríamos…»

–¡Basta!

Se produjo un silencio largo, viscoso: uno de esos silencios que pueden modificar una vida entera.

–¿Cómo te has atrevido?

Paco todavía adoptaba una actitud sumisa:

–Al fin y al cabo, si tú hubieras sabido…

–Serena no me importaba. Nadie mejor que tú estaba al corriente de nuestras relaciones. Me hubiera limitado a separarme de ella. Eso es todo.

–Sin embargo -dijo Paco-, todo el mundo sabe que la habías amenazado… Nadie ignora eso. Incluso están al corriente de tus palizas…

Me acerqué a él. Dejé el vaso en la mesa. Lo agarré por la solapa de la bata.

–De modo que era eso… De modo que me has llamado para involucrarme… Debí intuirlo, debí imaginar que tu llamada encerraba algo…

Comencé a zarandearlo hasta dejarlo aturdido. Luego lo lancé contra el lecho.

–Asqueroso reptil…

Contemplé mis manos: las tenía rojas. Me dolían. Volví a mirar a Victoria. Continuaba inmóvil, la mirada fija, las manos sobre el regazo.

–Te pesará lo que has hecho, Carlos.

Paco se puso en pie, respiraba anheloso. Agarré el teléfono.

–Voy a llamar a la policía -dije.

–No lo hagas, Carlos. Piénsalo bien. No lo hagas.

Marqué el número. No había nada que pensar. Yo era inocente. Nadie podría dudar de lo que yo dijera. «Piénsalo bien, Carlos…»

Me contestó una voz sonora de hombre adormilado. Di mi nombre. Di las señas de la casa. «Vengan cuanto antes: acaba de cometerse un crimen.» Me hicieron preguntas, me dieron órdenes: «Que nadie toque nada…» Luego colgué.

Paco estaba ante mí, desencajado, más amarillo ya que la bata.

–Has cometido un error -dijo-. Te costará probar tu inocencia.

Y de nuevo insistió:

–Todavía estás a tiempo: piénsalo bien.

–¡Cállate!

Paco continuó hablando. Pronunció el nombre de Alicia, de Carlota, de Lolita… Sacó a relucir todo lo que yo había ocultado durante años y años. Reconstruyó mil escenas que yo había olvidado. Las vi de nuevo como si acabaran de suceder, como si nada de aquello se hubiera perdido. «Carlota comprenderá la muerte de Serena; pero jamás, óyelo bien, jamás te perdonará la muerte de su madre.» Desenterraba momentos que yo creía perdidos: «Yo mismo se lo contaré todo: te lo juro… Le hablaré de tus relaciones con Serena cuando Alicia vivía, de todo lo que hiciste para matarla… de la tortura a que la sometiste, de tu desaprensión frente a su dinero… No callaré nada, Carlos. Puedes estar seguro…»

Volví a cogerlo por las solapas: «No lo hagas, Carlos; es peligroso; no te atrevas… La policía está al caer… Vas a quedarte solo; ni siquiera tendrás a tu hija. Bastará que yo le hable para que se aparte de ti definitivamente. Te odiará. Se verá obligada a arrastrar su odio tal como arrastra su cuerpo. Será una pobre inválida desesperada.»

–No te creerá.

–Nuestros amigos harán que lo crea. Querían mucho a Serena… Ninguno aceptará tus protestas de inocencia. Todos declararán contra ti. Todos.

De pronto me acordé de Lolita: «¿Veamos, señor Hondero: dónde estaba usted a las cuatro de la madrugada?» Y Paco seguía diciendo: «Nadie te creerá, Carlos: absolutamente nadie…»

–¿Quién trajo a Victoria hasta aquí?

–Vino conduciendo ella.

Pero el doctor Cordal había dicho: «No está en condiciones de conducir…»

–Ahora quiero saber yo dónde estabas tú, Carlos… Te vieron salir con Lolita…

Las ideas se taladraban por culpa de aquel nombre. Yo no había contado con él.

–Será preciso que justifiques tus horas blancas… No podrás zafarte tan fácilmente.

Abrí la ventana; necesitaba aire, luz, vida… Allá en lo alto el sol empezaba a caldear el día. Se escuchaban voces lejanas, trinos, motores cruzando el mar. Pero la voz de Paco podía con todos los sonidos. Decía cosas implacables, evocaba bajezas olvidadas, secretos perdidos.

Enfrente había un árbol enclenque lleno de hojas. Y había pájaros revoloteando en torno a ellas. Y hacía calor: un calor tempranero que prenunciaba la placidez del día.

Más allá, tras los tejados, se veía el hotel de Lolita. Probablemente, en aquellos momentos estaría dormida. Acaso soñara… Pero ya no había estrellas: «Hemos envejecido separados…» Y yo todavía pretendía envejecer con ella… «Queda tan poco tiempo, Carlos.»

Escuché, todavía lejanas, las sirenas de los coches. No tardarían en llegar.

–De nada valdrá que te defiendas.

Las sirenas se acercaban. Entraban en la urbanización. Los vecinos, extrañados, se asomaban a las ventanas: miraban la carretera, preguntaban, querían saber…

–Pagarás con creces mi hundimiento…

Golpearon la puerta. Los vi allí, firmes, decididos.

–¿Dónde está el cadáver?

Entraron en el dormitorio. Destaparon el cuerpo de Serena.

–¿Quién de ustedes ha llamado por teléfono?

–He sido yo -repuse.

–¿Conocía a la víctima?

–Era mi mujer.

El policía miraba en torno. Desconfiaba.

–¿Quién es el dueño de esta casa?

Paco carraspeó mientras contestaba.

–¿Su nombre…?

Lo dio.

–Y esa señora… ¿Qué hace ahí esa señora?

Señalaba a Victoria.

–Es mi mujer. En cuanto vio a la víctima, se quedó tal como está ahora… Inconsciente.

–¿Cómo se llama usted? – me preguntaron.

–Carlos Hondero Ruiz de la Argamasa.

–¿Conoce usted los hechos, señor Hondero?

–Los conozco.

–¿Y usted, señor Moraldo

–No puedo decir con exactitud lo que ocurrió. Estaba completamente dormido. Cuando desperté la víctima estaba ya en el suelo. Luego vi a su marido junto al portal.

–¿Puede usted añadir algo a la explicación del señor Moraldo? – me preguntaron.

Contemplé a Victoria; continuaba allí, en la esquina: imperturbable, la vista fija en el vacío, las pupilas dilatadas. De vez en cuando se estremecía como si tuviese frío. Luego volvía a su inmovilidad.

Miré a Paco. Había una dureza grande en la crispación de sus manos y en la tensión de sus mandíbulas. «Estaba dormido…» No me acusaba, pero me advertía.

Respiré hondo:

–Lo siento -dije-. No voy a explicarles nada. Estoy a su disposición.

–De acuerdo -dijo el policía-. Pueden levantar acta.

Al salir de la casa, la gente me abucheó.

Servando Fuentevella ha venido a verme en cuanto el padre Celestino se ha marchado.

–Se acabó todo, señor Hondero: es usted libre.

Traía la orden del juez y parecía Cristóbal Colón izando la bandera en tierra conquistada.

–Causa sobreseída por falta de pruebas. La coartada de que le hablé, ha surtido efecto. El juez ha considerado oportuno abrir otro sumario.

Se le veía el comento hasta en el brillo de las gafas. Traía el rostro

congestionado y el ademán inquieto.

–¿Se da usted cuenta, amigo? Hemos triunfado.

–¿Quién es el inculpado?

Fuentevella ha sonreído subrepticiamente. En aquellos momentos era casi un hombre alto.

–Eso no es cosa mía, señor Hondero. Presumo que la culpable es una mujer. Ya sabe usted a quién me refiero: esa pobre loca a la que internaron aquel mismo día. En cuanto a la ignorancia del marido… Habría que discutirlo mucho… Es muy cómodo eso de asegurar que no sabía nada por estar dormido.

Era como empezar otra vez, como si el mundo entero se dispusiera a derrumbarme nuevamente, como si, en adelante, todos los días de mi vida alzaran su guadaña para segarme lentamente hora tras hora.

–Lo siento, Fuentevella; pero no puedo darle las gracias.

El abogado no se ha ofendido. Lo que yo pudiera opinar, no le importaba. Lo esencial era haber ganado el caso.

Por eso ha seguido hablando como si yo no estuviera delante.

–Un asunto feo, bastante sucio…

De pronto se ha dirigido a mí:

–Lo que no me explico era esa especie de terquedad suya en parecer culpable… Comprendo que deseara usted ocultar sus horas blancas para no desenmascarar a esa señora… La coartada era un tanto arriesgada para ella… Pero no hacía falta publicarlo. Podía usted haber demostrado su coartada sin necesidad de pregonarlo a los cuatro vientos.

–¿Cómo lo han sabido?

–Ella misma se ha presentado al juez.

–No debió hacerlo. No tenía derecho…

Servando Fuentevella ha vuelto a carraspear. Hablaba, decía cosas que yo no captaba: «Un acto muy loable, muy digno…»

–No tenía derecho -repetí.

–Era un caso de conciencia, señor Hondero.

–También lo es que se sepa dónde estaba yo durante aquellas malditas horas, ¿no lo comprende? Esa mujer tenía razones fundamentales para callar.

–Sin embargo no ha callado. Si le sirve de consuelo le diré que el juez ha considerado su silencio como un acto digno de elogio: «Ese señor Hondero es uno de los pocos caballeros que van quedando en el país», ha dicho.

Era fácil imaginar a Lolita departiendo con el juez: «Pasó la noche conmigo, señoría; puede usted preguntarle al conserje. Él mismo nos entregó la llave hacia las tres de la madrugada.» Lolita era así: «heroica hasta en la cobardía»; incapaz de mentir, decidida a perderlo todo con tal de dejar «las cosas en su punto».

«Voy a pedir la separación, Carlos; nadie puede reprocharme nada.» Ya nunca podría decir aquello. Ella misma se había cerrado las puertas.

–Supongo que estará usted muy contento, señor Fuentevella.

No hacía falta que me contestara. Mi caso había sido su gran oportunidad, y lo había ganado. Un formidable tanto a su favor. Un éxito que probablemente iba a modificar la trayectoria de su carrera.

No: el mundo no cambiaba. El mundo seguía inmerso en el indestructible engranaje de egotismos, de avaricias, de vanidades prensadas: «Aunque usted se resista, yo apuraré todos los recursos.» Y los había apurado.

Servando Fuentevella podía respirar tranquilo: «A la fuerza tenía que haber una mujer oculta tras el silencio de mi cliente…»

Y regodearse de satisfacción cuando leyera los titulares de los periódicos: «Abogado de oficio demuestra la inocencia de un personaje relevante.»

«Un proceso difícil e importante», diría él. Y ni siquiera sabría hasta qué punto era importante perderlo.

–Efectivamente, señor Hondero: estoy muy contento.

Hubiera querido hablarle de mi hija, de Alicia, de todo lo que me había mantenido en silencio… Hubiera querido preguntarle: «Dígame, señor Fuentevella, ¿cómo se gana el pleito de las amenazas y el de los reproches internos y el de las culpas ocultas, y el de los remordimientos y el de la imposibilidad de purgar…?» No me hubiera entendido. Además, había preguntas que sólo el futuro podía contestar.

Servando Fuentevella me ha acompañado a mi casa. Al entrar en el jardín he visto a Carlota corriendo hacia mí en su sillita de ruedas. He detenido el coche para correr hacia ella: «Papá, papá, papá querido…» Me abrazaba, me besaba… lloraba de alegría…

Y Servando Fuentevella nos contemplaba lleno de complacencia emocionada.

Esta mañana he vuelto al Banco. Todo continuaba igual. Los ejecutivos me han recibido sonrientes, como si no hubiera ocurrido nada. Algunos pretendían ser amables: «Un atropello indigno… Un verdadero atropello.» Se callaban enseguida en cuanto recordaban que Serena había sido mi mujer.

Había asuntos retrasados que requerían urgencia. El trabajo es un buen recurso para enterrar problemas. La secretaria me entregó la lista de las llamadas telefónicas. He atendido las más precisas. He dictado cartas, organizado entrevistas, buscado soluciones. Iba ya a marcharme cuando me han anunciado la visita de Rodolfo Tramacho.

Ha entrado en mi despacho tal como lo hubiera hecho el tío Rodolfo: eufórico, alegre. En cuanto me ha visto me ha abrazado sin reservas:

–Menuda faena. Encima de todo lo que has pasado, detenerte por sospechoso…

Tenía la voz de su padre, la risa de su padre, los ademanes de su padre.

Junto a él iba un muchacho joven: «Se llama Pablo Gómez Bidasoa.»

–Mucho gusto, don Carlos.

Debía de tener unos dieciocho años y vestía una indumentaria sencilla. Rodolfo Tramacho explicó: «Está terminando el peritaje mercantil; le gustaría trabajar en el Banco… por descontado.» Ha añadido luego que su madre era viuda y estaba empleada como mecanógrafa en la Editorial Estrella. «No tiene hermanos. Naturalmente, podía solicitar referencias, pero él, Rodolfo, respondía totalmente de la honradez de Pablito… El muchacho ha sonreído al estrecharme la mano.

Hemos hablado. Hemos argumentado. Hemos expuesto los inconvenientes y las ventajas.

–Cuando te incorpores al Banco, tendrás que empezar por abajo -le he advertido yo-. Es la forma de conocer a fondo los manejos bancarios.

–Por supuesto, señor Hondero; ésa era mi idea.

–Al principio te resultará algo duro.

–No me importa; estoy hecho a la vida dura.

–Y ganarás poco dinero.

–Lo comprendo.

«Conque tú ees Calitos» Y yo había contestado: «Me llamo Carlos Hondero», para dejar bien sentado que cuando un hombre se ganaba el pan, debía prescindir de apreciativos.

–Tengo intención de asistir a las clases nocturnas. Me gustaría llegar a intendente y perfeccionar mis idiomas.

Rodolfo Tramacho opinaba:

–Los grandes hombres se forjan con luchas, ¿verdad, Carlos? Tú lo sabes por experiencia.

Pablo Gómez señaló la fotografía que había puesto yo sobre la mesa: «¿Su hija?»

Asentí. Era una fotografía reciente en la que sólo se veía el busto.

–Guapa -opinó-. ¿Cómo se llama?

–Carlota.

«Me llamo Alicia Salcedo. ¿Y tú?» «Yo me llamo Carlos Hondero» Y al salir de allí el tío Rodolfo me había dicho: «Le has caldo muy bien, Carlitos.»

–Procuraré acelerar la tramitación. ¿Te conviene?

–Muchas gracias, señor Hondero. Espero que no se arrepienta de aceptarme.

Aquel día las copas de los árboles amarilleaban, pero las hojas aún no se habían secado. El tío Rodolfo iba contento: silbaba, reía…

Lentamente fuimos enfilando Ramblas abajo, camino de mi casa.

Junto a la plaza de Cataluña los vendedores de periódicos aireaban sus mercancías anunciando con voces ininteligibles y aullantes los acontecimientos del día.

Y yo acababa de pedir la cabeza del Bautista.

Junio de 1969.

Junio de 1975.

Libros Tauro

http://www.LibrosTauro.com.ar

This file was created with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
02/10/2009

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/

OceanofPDF.com